



## **La ciencia española, polémicas, indicaciones y proyectos**

**Marcelino Menéndez y Pelayo**

### Advertencia

El inusitado, aunque poco merecido favor con que el público acogió estas cartas ligerísimas y escritas a vuelapluma, agotando en pocos meses la primera edición, me mueve a hacer esta segunda, del todo refundida y en más del doble aumentada. No sólo he corregido las erratas, inexactitudes, omisiones y faltas de elocución que noté en la primera, sino que he añadido una segunda parte, formada con diferentes escritos acerca de nuestra ciencia por mí publicados en La España Católica y en la Revista de España. En el texto de las cartas ya conocidas he hecho considerables adiciones, sobre todo en la parte bibliográfica. Suprimo, en cambio, la introducción y plan de mi Historia de los herejes españoles, porque esta obra comenzará a publicarse muy luego, y ya no es necesario aquel specimen.

¡Quiera Dios que con tales perfiles y retoques haya quedado este libreo menos indigno de la benevolencia de los doctos!

### A guisa de prólogo

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Muy querido amigo y paisano: Pasan los años, marchítanse las ilusiones, las esperanzas terrenales se disipan, los desengaños aumentan, desfallecen a una cuerpo y espíritu, el círculo de la existencia se va cerrando, pero el amor al suelo natal permanece vivo en mi corazón: ni el tiempo, ni la ausencia, ni los trabajos y dolores le extinguen, antes bien crece con ellos de día en día, haciéndose cada vez más íntimo, enérgico y profundo. Paréceme estar oyendo de continuo, tristes y dulces al alma como la memoria de las pasadas alegrías, los ecos vagos y soledosos de las distantes campiñas y de las apacibles tonadas, a cuyo arrullo dormí los sueños primeros, cual si me llamasen a

terminar esta vida de tribulaciones allá donde empecé a correrla, feliz y descuidado, entre juegos y risas, caricias y flores. Sumido en amargura y desaliento, sin porvenir ya en el mundo, pocas ideas me apenan tanto como la de exhalar el último suspiro fuera del suelo bendito en que reposan las cenizas de mis abuelos y aún alientan mis padres y hermanos muy amados. ¡Cuán a menudo se me vienen a los labios, con indecible emoción y humedecidos los ojos, aquellos tiernos versos de Lista:

Dichoso quien nunca ha visto  
Más río que el de su patria,  
Y duerme anciano a la  
sombra  
Do pequeño jugaba!

Poseído yo de tales sentimientos, natural es que me complazca en explayar la imaginación por esas tierras cántabro-asturianas, como para consolarme de su ausencia, recorriendo en espíritu sus amenísimos valles y enriscadas cumbres, evocando sus antiguas glorias, fantaseando mejoras y progresos y deleitándome con el cuadro halagüeño de su futura prosperidad y bienandanza. Así, nadie extrañará que experimente indecible gozo al recibir de esas montañas y marinas señales de cariño, noticias de hechos que enaltezcan a sus hijos, o testimonios de su saber y cultura, tan elocuentes como las notabilísimas epístolas literarias que usted ha tenido la bondad de encabezar con mi humilde nombre, honrándole sobre todo encarecimiento y poniendo el suyo y el de nuestra común patria a grande altura. Nuevo y muy preciado título de gloria será el libro de usted para nuestra literatura regional, hoy en alto grado rica y floreciente; pues, aparte de otros prosistas y poetas estimabilísimos, posee uno de los primeros filósofos contemporáneos en Fr. Zeferino González, en Campoamor uno de los líricos más egregios, un insuperable novelista y pintor de costumbres en Pereda, un tan soberano artífice y maestro de la palabra como Juan García, y anticuarios y eruditos tan hábiles, laboriosos y concienzudos como Caveda, Arias de Miranda, Assas y Ríos y Ríos, dignos sucesores de los Compomanes, La Serna Santander, Ceán, Floranes, Martínez Marina, La Canal y Pidal de otras épocas. Justo era que de ella saliese la valiente y animada defensa de los merecimientos del espíritu nacional que usted hace en sus Cartas.

Angústíame sólo el motivo que le indujo a escribirlas, que es ciertamente para afligir al más insensible el ver que, en el último tercio del siglo XIX, cuando tanto ha avanzado en todas direcciones el genio de la investigación histórica, aún esté casi enteramente inexplorada la ciencia ibérica de los pasados tiempos, hasta el punto de que escritores, nada vulgares por otros estilos, no teman desconceptuarse negándola o menospreciándola con singular uniformidad e insistencia, y haya sido preciso desenterrar la péñola apologética de Matamoros, Lampillas, Forner y Cavanilles, no contra menguados enciclopedistas traspirenaicos, ni frívolos abates italianos de la anterior centuria, sino contra famosos literatos y filósofos españoles del día presente.

Pero bien mirado todo, no tenemos por qué lamentarnos de su conducta. Oportet hœreses esse. Si ellos no hubiesen caído en la mala tentación de remedar las añejas ocurrencias del asendereado colaborador de la Enciclopedia, habríale faltado a usted ocasión de enriquecer la literatura española con sus preciosas Cartas, en que tan brillantes muestras da de estar cortado por el patrón de los Nebrijas, Vives y Brocenses. El caudal de doctrina y de noticias (muchas harto nuevas), la madurez y penetración de juicio, la destreza polémica, el orden amplio y desembarazado, y la soltura, originalidad y abundancia de estilo que usted ostenta en ellas, hácenlas dignas de ponerse con los dechados del género en nuestra lengua. Maravilloso en verdad es, en un joven de veinte años, tal conjunto de cualidades, que pocas veces aparecen reunidas. Y el asombro sube

de punto al considerar que esas Cartas han sido improvisadas ex abundantia cordis, sin desatender otras tareas literarias, de mucho mayor empeño algunas. Ahí están, para no dejarme por hiperbólico, los Estudios poéticos, donde en breve conocerá el público la maestría envidiable con que usted, émulo dichoso de Burgos, Castillo y Ayensa y otros preclaros traductores nuestros, interpreta en verso castellano las inspiraciones de la musa griega, latina, italiana, lemosina, portuguesa, francesa e inglesa; los Estudios clásicos, de que es un fragmento el bello discurso acerca de La Novela entre los latinos, por usted leído al recibir la investidura de doctor en filosofía y letras; el Horacio en España, curiosísimo ensayo bibliográfico y crítico sobre los traductores, comentadores e imitadores que entre nosotros ha tenido el gran poeta venusino; el Bosquejo de la historia científica y literaria de los jesuitas españoles desterrados a Italia por Carlos III, del cual han salido a luz, valiéndole a usted no pocos plácemes, diversos e interesantes trozos en La España Católica; los Estudios críticos sobre escritores montañeses, inaugurados con el tomo relativo a Trueba y Cosío, modelo de esta clase de monografías, dignamente ensalzado por el sabio Milá y Fontanals en el Polybiblion; la Biblioteca de traductores españoles, vasto tesoro de erudición biográfica y bibliográfica, en su mayor parte, y con infatigable aplicación y diligencia, ya reunida y ordenada; la Historia de la Estética en España, en que, por decirlo así, saca usted de bajo tierra una de las corrientes más fecundas y copiosas de la ciencia patria; y finalmente, la de los Heterodoxos españoles, cuyo plan, que ahora se publica anticipadamente y a manera de specimen, manifiesta bastante la magnitud e importancia de la empresa, y el talento y saber con que, de fijo, será desempeñada. Ópimos frutos prometía para el porvenir la lucidísima carrera universitaria de usted, discípulo fiel de la escuela catalana, educado por los Milá, los Rubió y los Llorens, que supieron cultivar y desarrollar sus nativas disposiciones... la cosecha lleva trazas de exceder a las más galanas esperanzas. Niéguele su admiración con afectada superioridad la ruin envidia y la vanidosa pedantería; yo no sé reprimirla, ni quiero disimularla; hallo en abandonarme a ella especial fruición, mezclada de noble y legítimo orgullo. ¿Qué mucho, si me cabe parte en la gloria de usted por contrerráneo, por amigo y por identificado con sus ideas, sentimientos y aspiraciones?

Pero volvamos a la materia de sus Cartas, de la cual insensiblemente me he venido apartando. Comprendo cuán en lo vivo herirían a usted en su corazón de español y en su alma de erudito los reiterados menosprecios y negaciones de que es objeto nuestra ciencia, y no extraño, por tanto, el tono cáustico y desenfadado con que a veces habla de sus, en esta parte, desalumbrados autores. ¿Qué buen hijo, y más en el hervor de la juventud, si acaso tiene que indicar la honra de su madre, pertinaz y sistemáticamente denigrada (no por malicia de la voluntad, sin duda, pero denigrada al cabo), sabe contener su indignación, medir con absoluta serenidad sus expresiones y respetar escrupulosamente al agresor, sobre todo cuando la reputación de éste es lo único que da alguna fuerza y autoridad a sus palabras en la opinión del vulgo circunstante? Paciencia heroica habría menester, y los Job son raræ aves.

Harto más duros e incisivos, y de ordinario sin tantas circunstancias que lo atenuaran, han sido la mayor parte de los polemistas antiguos y modernos. Al cabo usted solamente descarga su vis satírica sobre flaquezas literarias, cuando ellos se entraban por la vida privada de sus contradictores, y hasta de sus defectos físicos hacían chacota, si ya no es que apelasen, para hundirlos, a la difamación y a la calumnia. Recuérdese, si no, cuán feroces y envenenadas solían ser las contiendas literarias del Renacimiento. Dejando aparte a Filelfo, a Poggio, a Lorenzo Valla, a Scalígero, a Scioppio y a otros, justamente calificados por Nisard de gladiadores de la república de las letras, ¡con qué rudeza atacó Erasmo a sus adversarios en religión y en filología! ¡a qué armas acudió para

defenderse! ¡Qué invectivas dispararon contra él Estúñiga Carvajal y Sepúlveda! Y en todo aquel siglo, ¡qué carácter tan personal y virulento no tuvo casi siempre la controversia entre católicos y protestantes, aunque fuesen hombres doctos y pasasen por juiciosos y moderados los sustentadores! El tratarse recíprocamente de locos, asnos, ebrios, licenciosos, ministros de Satanás, demonios, incendiarios y otros excesos, era cosa común y corriente en las disputas que los humanistas trababan, siquier versasen sobre la más insignificante cuestión gramatical o la interpretación de algún pasaje de los clásicos. Una rociada de improperios parecía la salsa de aquellas brutales pelamesas literarias. Y aún en tiempos de mayor delicadeza social, en el siglo XVII, ¡qué maligno y punzante no aparece Pascal, bien que con formas templadas, en las famosas Provinciales, donde a la par vulnera no pocas veces los fueros de la verdad y de la justicia!

Mas no necesitamos salir de nuestra propia casa. Recorramos la historia de las guerras de pluma en el siglo pasado, y encontraremos repetidos ejemplos de intolerancia y descomedimiento increíbles. El P. Feijóo, por lo común tan prudente y circunspecto, mostrose iracundo y altanero en la Ilustración apologética de su Teatro crítico, proporcionada en verdad al modo descortés con que le impugnaran Mañer, Soto Marne, y otros escritores de aquella época. Del P. Isla nadie ignora que en toda polémica, aún de las más graves, sazónaba con sangrientos chistes todos los rasgos de su pluma. ¿Y quién ha igualado a Forner en el uso de la sátira despiadada contra todo linaje de enemigos? Lean los que a usted le tildan de acre y mordaz sus opúsculos críticos, y entonces sabrán lo que es dureza, furia y personalidades. Ni fue sólo Forner quien se desmandase en este punto: lo mismo hacían sus contrarios; Iriarte, Huerta, Sedano, Sánchez, Vargas, Ponce, Ayala, no le iban en zaga por lo tocante a aspereza y destemplanza. Y en este mismo siglo, ¿no hemos presenciado las durísimas fraternas de D. Fermín Caballero a Miñano y otros geógrafos del año 29, y más acá, y prescindiendo de lides menos ruidosas, la increíble por lo extremada entre Gallardo, D. Adolfo de Castro y Estébanez Calderón con motivo de la publicación del Buscapié en 1848? ¿Ha llamado usted caco ni biblio-pirata a ninguno de los herederos de Mr. Masson?

No vengan a decirnos que esas eran riñas de plazuela entre literatos y bibliófilos, gente levantisca y revoltosa, como que no conocen los mandamientos del Ideal de la humanidad ni saben poner atento oído al Imperativo categórico; ni tampoco nos repitan que muy de otra manera se han en sus controversias los publicistas formales, los científicos y filósofos eximios. Nadie negará que a esta categoría pertenece el sabio escocés Hamilton, el cual, no obstante, empeñado en polémica con el doctor Brown, díjole cosas, por lo menos, tan ásperas como usted a sus adversarios, llegando a afirmar de él que rara vez citaba autores antiguos sin mostrar su absoluta incompetencia en las materias sobre que tan intrépidamente discurría. Esto escribió Hamilton en la sesuda y flemática Revista de Edimburgo, por juzgar comprometida en aquella lucha la causa de la filosofía escocesa. No ha ido usted más lejos, a pesar de su sangre meridional y viveza juvenil, en una contienda en que andaban empeñados juntamente el crédito científico de España y el honor y la vida de la filosofía española.

No dejaré de aconsejarle, sin embargo, que en lo sucesivo, llegado el caso de habérselas de nuevo con los empedernidos sectarios de Mr Masson, imite en lo que pueda al santo Patriarca idumeo, aunque ellos disten mucho de proponérsele por modelo. Así no les dejará usted, para encubrir su derrota, el tradicional recurso de exclamar: «¡Esos neos (por lo visto, vuelve a estar de moda la palabrilla, que, para calificar a los admiradores de Vives, no tiene precio) siempre los mismos! ¡siempre empleando, en lugar de razones, insultos y diatribas! ¿Cómo discutir en serio con tales gentes?» Y privados de esta puerta falsa, ¿por dónde se escaparían?

Porque, a los ojos del buen sentido y de la crítica imparcial, que no se para en la corteza de las cosas, usted ha conseguido sobre ellos señaladísima victoria. Empezaron asentando rotundamente que la vida científica de España estuvo oprimida y paralizada casi por completo durante el periodo que corre desde los Reyes Católicos hasta la guerra de la Independencia. Sólo considerando cuánto suelen ofuscar aún a las más perspicuas inteligencias los prejuicios sistemáticos, acierto a explicarme cómo mi digno amigo y tocayo el Sr. Azcárate pudo aventurar proposición semejante, máxime teniéndola de antemano refutada nada menos que en la Exposición histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos, escrita por el sabio autor de sus días, ferviente panegirista del movimiento intelectual de España en el siglo XVI. El convencerla de errónea no era por cierto difícil, y usted lo ha hecho cumplidamente, recordando los principales méritos de la filosofía española, enumerando los autores más ilustres que entre nosotros cultivaron las varias ramas del árbol enciclopédico, encomiando cual se merecen sus producciones y enseñanzas, y dando alguna idea de los adelantamientos debidos a su meditación y estudio. Su primera carta es un excelente resumen, de la inmensa actividad intelectual desplegada por nuestros compatriotas en los tres siglos precedentes, a la vez que una demostración palmaria de la ligereza y falta de verdad con que se pinta al despotismo inquisitorial como la causa única y más eficaz de nuestra decadencia científica y del menor progreso que en algún orden de conocimientos alcanzamos. ¿Qué obstáculos puso el Santo Oficio a Vives para señalar las múltiples fuentes de la corrupción de los estudios, ni al P. Feijóo para fulminar su crítica incansable contra toda casta de errores y preocupaciones? ¿En qué vejó a Vallés, Gómez Pereyra, Isaac Cardoso y tantos otros por sus hipótesis y teorías físicas y psicológicas, para aquel tiempo tan osadas? ¿Qué persecuciones descargó sobre nuestros políticos y economistas en castigo de los principios y máximas, con frecuencia asaz radicales, que en sus libros expusieron? Si no impidió el florecimiento de las ciencias médicas, por los mismos adversarios reconocido, ¿con qué justicia puede imputársele nuestra relativa pobreza en las exactas, físicas y naturales?

Desalojados así de sus primeras posiciones, todavía no se dieron por vencidos los massonianos. Reconociendo, aunque a regañadientes, que el espíritu científico no estuvo del todo muerto en nuestros abuelos, han pretendido amenguar su importancia con sostener que aquellos sabios no pasaron de voces aisladas sin enlace ni consecuencia con el proceso de la cultura europea, por donde nada valen en la historia general de las vicisitudes del entendimiento humano. Mas como la negación, sobre todo en absoluto, es siempre arriesgada, tropezaron de nuevo con la formidable oposición de usted, que en otras dos cartas, amplificando especies ya apuntadas en la primera, puso de resalto a poca costa la inanidad de sus juicios y el ningún fundamento de sus aseveraciones.

No se habrían metido en tan mal paso, si en vez de medir, como sin duda miden, lo pasado por lo presente, parasen mientes en ciertos datos históricos y reflexionaran sobre ellos. Hoy, es verdad, nuestra ciencia halla eco muy débil fuera de los lindes de la Península. ¿Para qué han de venir los extranjeros a buscar pálidas y desfiguradas reproducciones de su saber y enseñanzas? ¿Tenemos en el día pensamiento propio, digno de ser estudiado? Esto hemos adelantado con el insensato empeño de divorciarnos de la tradición nacional y abrimos a todo viento de doctrina. Excepto un corto número, casi todos producto de neos y oscurantistas como Balmes, Donoso Cortés, Fr. Zeferino González, Caminero... ¿qué libros modernos de ciencia española han salvado los Pirineos? ¡No sucedía así en el siglo XVI, y aún en el decadente XVII. Entonces se traducían y reimprimían y leían con avidez en toda Europa las producciones de Fr. Antonio de Guevara, paisano nuestro muy ilustre, las de Granada, Quevedo, Saavedra

Fajardo, Gracián y otros mil, originalmente escritas en castellano, a tal punto, que una bibliografía de sus versiones sería inmensa y para España gloriosísima. Pues si esas obras, no todas de primer orden, obtenían tanta circulación entre los extranjeros, ¿qué no acontecería con las compuestas en latín, cuando éste era el idioma común de los sabios en el orbe cristiano? ¿Dejarían de infiltrarse y germinar en el espíritu de Europa y contribuir a su educación intelectual las doctrinas, las ideas nuevas, los descubrimientos en ellas contenidos? Por otra parte, multitud de sabios españoles desempeñaban a la sazón cátedras en las principales Universidades italianas, francesas y alemanas; hasta en Polonia y Dinamarca tuvimos profesores. ¿Cabe en lo posible que sus lecciones cayesen como semillas muertas sobre los innumerables alumnos que a oírlas acudían? Si tan pobre y estadiza fuese nuestra ciencia, ¿habrían merecido tal aceptación en todas partes los libros y los doctores que la explicaban? ¿No prueba esto que íbamos, no a la cola, sino a la cabeza? ¿Cuándo se ha visto que los pueblos menos cultos manden en tanta abundancia lecturas y maestros a los más adelantados?

Numerosos hechos, cuya certeza e importancia sería monstruosa temeridad poner en duda, vienen en confirmación de estas inducciones tan obvias como legítimas. Juan Luis Vives sembró los gérmenes del baconismo, del psicologismo escocés y aún del cartesianismo, que tuvo también antecedentes más inmediatos en otros filósofos peninsulares; las doctrinas metafísicas y teológicas de Molina, Vázquez y Suárez, que modificaron el tomismo en puntos capitales, dando origen a empeñadas controversias, extendieron con la Compañía de Jesús hasta los últimos confines del globo; los teólogos españoles fueron los oráculos del Concilio de Trento y de todas las escuelas del continente, adquiriendo superior concepto, aún entre los protestantes; con las obras de los místicos, recibidas donde quiera con extraordinario aplauso, nutrieron su espíritu San Francisco de Sales, Bossuet, Fenelon, etc., que no les superan ciertamente en profundidad ni en grandeza; en las de nuestros escritores filosófico-jurídicos, Vitoria, Ayala, Suárez, Domingo de Soto, bebieron Grocio y demás organizadores del Derecho natural y de gentes lo más selecto, puro y sólido de sus teorías; las de Huarte, Pujasol, Venegas y Bonet algo representan en el desarrollo histórico de la Frenología y de la Pedagogía, como en el de la Gramática general y de la Filología comparativa las del Brocense, Arias Montano y Hervas y Panduro; ¿qué más? hasta las de nuestros físicos y naturalistas, en tan baja estima tenidos, aportaron no despreciables aumentos al acervo común de la ciencia europea. De todo esto ha hablado usted acertadamente. Y ante hechos de tal calibre, ¡hay doctores españoles, y de primera nota, que crean posible escribir la historia del saber humano sin contar para nada con España!

No es de admirar, a vista de semejante fenómeno, que los extranjeros miren con poco aprecio la ciencia española y desconozcan sus servicios. Así, no extraño que Rousselot en su monografía de Los místicos españoles hable de Raimundo Lulio como de un loco verosímil sólo en el país de Don Quijote, y llame simples moralistas a todos nuestros pensadores del siglo XVI, citando entre ellos a algunos que, como Sepúlveda, poco de moral escribieron, y hasta regatee su admiración a los sublimes místicos objeto de su libro, con tener por cierto y averiguado que fueron ellos nuestra única filosofía. Menos extraño aún que Emilio Saisset, que a la cualidad de francos une la de no presumir de hispanista, en su obrita de los Precursores de Descartes, ni siquiera miente los nombres de Vives, Juan de Valdés, Foxo, Henao, Bernaldo de Quirós, Arriaga, Vallés, doña Oliva Sabuco, Gómez Pereira, etc., de cuyos libros sacó o pudo sacar el filósofo de la Haya la duda metódica, el entimema famoso, la doctrina del pensamiento y la extensión considerados como constitutivos esenciales respectivamente del espíritu y de la materia, la de las ideas innatas, la teoría de las pasiones, la localización del alma en la glándula pineal, el mecanismo, el automatismo de las bestias, etc. Ni tampoco me sorprende que

otros escritores franceses, que, como, por ejemplo, M. Levèque en la *Revue des Deux Mondes*, han ventilado recientemente este último punto -hoy de alguna entidad por lo que se relaciona con la psicología comparativa,- hagan caso omiso de la Antoniana Margarita y de sus impugnadores. ¿Por dónde pretenderíamos que los extraños nos diesen ejemplo de españolismo, cuando no saben (salvo sus intenciones) dárnosle los propios?

Desde el comienzo de la presente contienda viose asomar, en medio de las varias negaciones, digámoslo así, concéntricas, que la ocasionaron, y cual núcleo de ellas, una negación capital, en cuyo mantenimiento han revelado mayor empeño los massonianos, así como usted, por su parte, lo ha puesto no menor en echarla abajo; la negación de la filosofía española. Arrollados por la erudición y la lógica de usted, fueron abandonándolas todas sucesivamente; a esta de que hablo no renunciaron hasta el postrer momento, encastillándose en ella como en su último y máspreciado baluarte. Eran harto débiles sus fundamentos para que pudiese sostenerse mucho tiempo. No sé con qué derecho exigen los adversarios, como condición sine qua non, para que un pueblo pueda blasonar de tener filosofía propia y con ella opción a figurar honrosamente en los anales de la ciencia, el que ofrezca una serie de filósofos regimentados en forma de escuela, y que el influjo de ésta haya trascendido al resto del mundo. Paréceme que con poseer cierto número de pensadores ilustres que, reflejando la índole del genio nacional, apareciesen unidos por comunes caracteres externos, bastaría. No tuvo más Italia, y de los chinos no sabemos que sus luces hayan llegado mucho más acá de las fronteras del Celeste Imperio. Con todo, a nadie se le ha ocurrido la peregrina idea de calificar de mitos a las filosofías italiana y china, y menos de privarlas de los honores de la historia. Pero no necesitó usted valerse de esta clase de argumentos, supuesto que podía acometer de frente al enemigo, oponiéndole no una, sino tres creaciones filosóficas españolas, tres escuelas originales, de influencia en el pensamiento europeo, a saber: el lulismo, el suarismo y el vivismo, aún sin contar el senequismo, el averroísmo y el maymonismo.

La existencia del lulismo y del suarismo por ningún escritor razonable había sido hasta ahora puesta en tela de juicio; la del vivismo era más disputada; yo me atreví a afirmarla años ha; usted la demuestra con pruebas irrefragables, evidenciando al propio tiempo sus extensas y profundas ramificaciones en la variada trama de las modernas teorías filosóficas. ¡Cuán fuera de camino van los que sólo consideran a Vives como censor de la Escolástica, cuando su poderosa crítica alcanzó a todos los sistemas entonces conocidos, y de todos formó proceso, y en todos encontró defectos y perfecciones! No sería absurdo un paralelo entre la obra científica de Vives y la de Santo Tomás de Aquino. Si el Ángel de las Escuelas supo encauzar por las vías católicas las torcidas corrientes filosóficas de su siglo, depurando las doctrinas anteriores y organizándolas en una vasta síntesis; el polígrafo valenciano acrisoló la escolástica decadente, combinó con el oro que de ella extrajo lo más acendrado de otros sistemas, abrió nuevo sendero a la especulación dando importancia al procedimiento inductivo, reformó el método, señaló reglas para evitar los extravíos intelectuales, y cristanizó la filosofía del Renacimiento, milagros todos de su espíritu imparcial y comprensivo, que le hizo, no entrever, sino formular con claridad y precisión incomparables cuantos principios habían de disputarse la arena filosófica en aquella edad y en las siguientes; pero sin extremar ninguno, ni sacarlo de su lugar propio y valor respectivo. Por tal razón, tuvo menos discípulos completos, que secuaces exagerados de alguna parte de su doctrina, los cuales, dividiéndose la herencia del maestro, corrieron en diversas, y aún opuestas direcciones, porque no abundan las inteligencias tan sintéticas y universales como la de nuestro filósofo, siendo, por el contrario, achaque

frecuente, aún en pensadores esclarecidos, el contentarse con un solo principio y deducir de él las últimas consecuencias. Así Bacon, exagerando la experiencia proclamada por Vives, paró en el empirismo y engendró a Locke, como Locke a Condillac, y Condillac a Destutt-Tracy y a Cabanis. Así, Reid, huyendo del escepticismo de David Hume, se refugió en aquel juicio natural e instintivo de que habla Vives, y a imitación suya el Padre Buffier, y no acertando a salir del sentido común ni a desprenderse de las reminiscencias baconianas, estableció un empirismo psicológico, sabio y fecundo, pero estrecho, que a su vez extremó Hamilton, desterrando de la filosofía toda especulación acerca de lo absoluto e incondicionado, por donde vino a convertirse en fautor del positivismo. Así, Descartes, tomando de los vivistas españoles su racionalismo, pero sin atenuación ni límites, dejó al descubierto altas verdades y, conscia o inconsciamente, abrió la puerta a todos los idealismos posteriores. Y he aquí cómo, de Vives procede toda la filosofía moderna anterior a Kant, lo mismo en lo bueno que en lo malo, sin que, esto no obstante, se le puedan achacar las erradas consecuencias que infieles alumnos derivaron de principios suyos mal entendidos o trastocados del único lugar en que tenían solidez y fuerza dentro del conjunto de sus especulaciones. La Europa entera es discípula, aunque ingrata, de Vives, y no sin razón le reputaba Forner por igual a los mayores sabios de todos los siglos. España debe estimarle como la más elevada personificación de su genio científico, y ver en su sistema el molde más a propósito, por lo amplio y conciliador, para reducir a unidad armónica las diferentes teorías de nuestros doctores, y de esta manera dar cuerpo visible, si se me permite la expresión, a la filosofía nacional.

En toda su apología, pero más, si cabe, en esta última parte de ella, hace usted ver prácticamente que no son incompatibles la cualidad de crítico profundo y la de consumado bibliófilo, desplegando, al par que un gran conocimiento de los pormenores históricos, recto juicio y perspicacia suma para examinarlos y discernirlos, clasificarlos y componerlos según su respectiva importancia y mutuas conexiones. La notable participación que en el crecimiento y desarrollo de la cultura científica europea, sobre todo de la filosófica, tuvo España, resulta patente y puesta en su debido punto, aunque con la brevedad propia de una polémica. De esta demostración brota otra no menos palmaria, y es que la historia de la ciencia, y especialmente de la filosofía moderna, tal como anda escrita, dejando a nuestra patria en casi completo olvido, carece de integridad y de verdad, puesto que no abraza toda la materia que le corresponde abrazar, ni refleja con exactitud el enlace real de las causas y de los efectos, y que por tanto debe rehacerse radicalmente, dando cabida en ella a la exposición de las ideas de los sabios españoles, y partiendo de Vives, centro de la vida intelectual de Europa en la era del Renacimiento y progenitor de las principales doctrinas que florecieron antes de la kantiana. Abundantes y preciosos materiales para esta obra ha reunido usted en sus Cartas, dirigiendo la atención de los estudiosos hacia puntos poco conocidos, sacando de la oscuridad libros y autores dignos de remembranza y loa, rectificando noticias y juicios equivocados que corrían como indudables, señalando relaciones de que nadie se percataba entre unos y otros pensadores y sistemas, y determinando la existencia y entronques de ciertas escuelas hasta ahora confundidas en la masa común o inclasificada de nuestro caudal filosófico. Por ello merece usted bien de la ciencia, ya en cuanto acrecienta desde luego considerablemente sus dominios, ya también en cuanto le abre camino para nuevas y fecundas conquistas.

No es menor el servicio que usted presta a la patria volviendo por sus timbres científicos, de cierto más altos y estimables que las conquistas y hazañas sin cuento registradas en nuestros anales. Desmoronose el poderío fundado en la fuerza militar y en las artes de la política; no perecerán nunca el genio de nuestros sabios ni la levantada

inspiración de nuestros poetas. Los segundos son universalmente conocidos y celebrados. Pero de los primeros, ¿quién se acuerda? ¿quién los lee ni estudia? Tarea en sumo grado loable es la de renovar su memoria y procurar que vuelvan a adquirir popularidad y fama; que al par de los nombres de Fr. Luis de León, Ercilla, Cervantes, Lope, Calderón, Tirso y Quevedo, suenen de nuevo con aplauso, entre propios y extraños, como sonaban en mejores tiempos, los de Lulio, Vives, Foxo, Vallés, Gómez Pereira, Vázquez, Molina, Suárez, Domingo de Soto, Ángel Manrique, Isaac Cardoso, Caramuel y tantos otros, y que, convirtiendo la vista a sus enseñanzas y tomándolas por base de sus ulteriores disquisiciones, recobre España su pristina personalidad e influencia en el mundo científico.

¡Triste de la nación que deja caer en el olvido las ideas y concepciones de sus mayores! Esclava alternativamente de doctrinas exóticas entre sí opuestas, vagará sin rumbo fijo por los mares del pensamiento, y, como usted con mucho acierto indica, cuando acabe de perder los restos de la ciencia castiza, perderá, a la corta o a la larga, los caracteres distintivos de su lengua, y los de su arte y los de sus costumbres, y luego... estará amenazada de perder también hasta su integridad territorial y su independencia, que, mejor que con lanzas y cañones, se defienden con la unidad de creencias, sentimientos y gloriosos recuerdos, alma y vida de los pueblos. Y ¡cuán cerca de tan desdichada suerte nos hallamos en España! La demolición comenzada en el siglo XVIII, se ha proseguido con ardor creciente en el XIX, amontonando ruinas sin medida ni término. Por el campo de nuestra filosofía han penetrado sucesivamente el cartesianismo, el sensualismo de Locke y Condillac, el materialismo de Cabanis y Destutt-Tracy, el sentimentalismo de Laromiguière el eclecticismo de Cousin y Jouffroy, el psicologismo de Reid y Dugald-Stewart, el tradicionalismo de Bonald y el P. Ventura de Ráulica, el kantismo, el hegelianismo, el krausismo, y ahora andan en moda el neo-kantismo y el positivismo, estrechamente aliados. La ciencia española ha ido, entre tanto, desapareciendo del comercio intelectual. Precedentes insignes tenían en ella algunas de las referidas escuelas; pero (con una sola excepción) los dedicados a propagarlas aquende el Pirineo, de todo se han cuidado menos de empalmar sus doctrinas con las antiguas, españolizándolas en lo posible, para que así corriesen rodeadas de mayor autoridad y prestigio. Lejos de eso, hasta la forma de exposición ha solido ser anárquica, mestiza, desapacible y de todo punto ajena a la naturaleza del habla castellana.

No ignoro (¿como había de ignorarlo?) que la ciencia es una y que la verdad no tiene patria; mas nadie negará tampoco que la verdad y la ciencia adoptan formas y caracteres distintos en cada tiempo y país, según el genio e historia de las razas, a cuyas peculiares condiciones se atenta con la manía de introducir lo extranjero sin asimilarlo a lo propio. Infríngese una ley fundamental de la vida así espiritual como física cuando a la asimilación se sustituye la superposición, nunca duradera ni fructuosa. De muy diverso modo proceden los misioneros católicos en las regiones donde reina el paganismo. Van a difundir la verdad, la verdad absoluta, superior a las opiniones y juicios varios de los hombres; no, por eso, prescinden de las creencias anteriores de las gentes a quienes intentan evangelizar; las examinan a fondo, las cotejan con los dogmas de la Iglesia, y siempre que de estos no difieren o pueden, mediante plausibles interpretaciones, armonizarse con ellos, las traen y utilizan en su apoyo. ¿Qué hizo San Pablo cuando empezó su discurso en el Areópago diciendo a los Atenienses que, al entrar en la ciudad, había visto la estatua del Dios ignoto, y que cabalmente de ese mismo Dios iba a predicarles?

La tradición es elemento y auxiliar capitalísimo del progreso en todo. La falta de ella, la solución de continuidad entre lo viejo y lo nuevo, explica por qué en la España

moderna aparecen y mueren tan pronto los sistemas filosóficos sin llegar jamás a aclimatarse, y la facilidad con que sus adeptos pasan de unos a otros, como si en ninguno encontrasen estabilidad y reposo. ¿A qué debe, en cambio, Alemania el vuelo y preponderancia de sus escuelas sino a haber permanecido fiel en lo que va de siglo al espíritu nativo de su ciencia, con tener esta tantos deslumbramientos y trampantojos, como creación de los que Hamilton llama visionarios filosóficos, Gens ratione ferox et mentem pasta chimeris?

¿A qué debió su prosperidad o importancia la escuela escocesa, sino a su rigurosa consecuencia y disciplina, sólo por el Dr. Brown quebrantada, y a su conformidad con el sentido práctico de la gente británica? ¿Por qué ha prevalecido en Francia el moderno eclecticismo, sino por sus conexiones con la doctrina cartesiana o invocarla constantemente en favor suyo? ¿Por qué, en fin, rayó a tanta altura la filosofía italiana ea los días de Gallupi, Gioberti, Rosmini, Mamiani y Sanseverino, sino por el colorido nacional que éstos le dieron, presentándose como intérpretes y vivificadores de la antigua sabiduría de su patria? ¿Qué diferencia entre el auge y esplendor que entonces tuvo, y la pobreza a que ha venido desde que, abandonada aquella senda, la Península trasalpina se ha dejado invadir y dominar de las escuelas alemanas y francesas más funestas, favorecidas por el espíritu revolucionario y anti-católico! ¿Qué es al presente, ni qué supone Italia en el terreno de la especulación filosófica?

Salta a la vista, pues, que importa en extremo a los pueblos no renegar de su abolengo doctrinal, ni limitarse a repetir más o menos servilmente lo que otros pueblos discurren y escriben. Insistere vestigiis, debe ser su divisa; acoger la verdad, sí, venga de donde viniere, pero ingiriéndola en el cuerpo de las que los siglos les legaron, y no aceptándola como prestada siempre que puedan ostentarla como de cosecha propia. Sólo de esta suerte lograrán en la línea científica vida robusta o independiente, consideración y respeto. Impórtale a España muy especialmente seguir esa pauta, ya que, por fortuna, su filosofía de antaño -donde, a lo menos en germen, se contiene casi todo cuanto de razonable y sólido encierran los libros de los modernos pensadores, y aún más que en ellos respecto a no pocas cuestiones- le ofrece, a la vez que seguros métodos, inagotable mina de excelentes materiales para las más variadas, atrevidas y grandiosas construcciones Restaurarla, ilustrarla, ampliarla, embellecerla, siguiendo los designios de Vives, sea por tanto, de hoy más, su principal empeño, si quiere de influida convertirse en influyente en los futuros desarrollos de la razón humana. A este fin han de contribuir sobremana las eruditas epístolas de usted, y los atinadísimos proyectos que en ellas diseña. Muy conducente sería asimismo, en mi sentir, la composición de una obra metódica, extensa y minuciosa acerca de la Filosofía española comparada con la antigua y la moderna, por el estilo de la relativa a la cristiana que tan justo renombre ha dado al napolitano Sanseverino.

Al par que como diligente obrero de la ciencia y como hijo amante de la patria, ha cumplido usted como buen católico vindicando la verdad histórica en punto al estado intelectual de España en las edades pretéritas, pues con esto pulveriza ipso facto uno de los argumentos que más a su sabor emplean frecuentemente los multicolores devotos del Gran Pan contra la Iglesia de Jesucristo, cual es el suponer efecto de su acción y predominio la que llaman decadencia de las naciones dóciles al magisterio de la cátedra de San Pedro. En la guerra que se hace a nuestra antigua cultura científica, entran por mucho, entre otras causas, la escasez de conocimientos bibliográficos, la poca afición a leer libros viejos y en latín, la preocupación y el espíritu de secta y de sistema; pero el móvil principal -usted lo ha dicho sin rodeos- es el odio al catolicismo, el insaciable afán de desacreditarle. La adhesión inquebrantable a éste ha sido en todos tiempos una

de las notas características del pueblo español; de ella nacieron la mayor parte de las proezas y maravillas obradas por nuestros padres. La heterodoxia intentó en repetidas ocasiones borrarla; siempre en vano. Nunca doctrinas impías ni heréticas echaron raíces en la Península ibérica; fueron, a lo sumo, accidentes transitorios. Usted lo patentiza admirablemente en su Historia de los Heterodoxos españoles. ¿Qué son, en el glorioso y dilatado curso de nuestra civilización, más que aberraciones de un día el gnosticismo de Prisciliano y el adopcionismo de Félix y Elipando? ¿Qué significan los olvidados desvaríos de Hostigesis, Arnaldo de Vilanova, Gonzalo de Cuenca y Pedro de Osma? Ni el protestantismo en el siglo XVI, ni el enciclopedismo a fines del XVIII y principios del actual, consiguieron torcer la índole unitaria de nuestra raza. Y en cuanto a los que, fuera de estos grupos, extravagaron de la ortodoxia, sabido es que, no obstante ser a veces hombres de talento privilegiado y mucha doctrina, ni hicieron prosélitos ni dejaron rastros en pos de sí, apareciendo en la historia patria como fugaces meteoros, como fenómenos aislados, sin antecedentes ni consecuencias. Hoy nos embiste el error nuevamente y con formidable aparato, valiéndose de todo linaje de armas, y para abrirse paso con mayor facilidad pone singular empeño en hacernos ver que todas las dolencias históricas de España provienen de su catolicismo. Una de ellas, acaso la más grave, es, a sus ojos, nuestra pretendida nulidad científica desde el Renacimiento hasta la edad que denominan novísima, y por eso se la cuelga a las trabas e imposiciones dogmáticas, prevalido de la ignorancia que en orden a nuestra pasada actividad intelectual reina generalmente entre doctos o indoctos. Señalado obsequio hace usted, pues, a la religión, trabajando por destruir esta ignorancia y dejar, como deja, fuera de duda que no hubo semejante anulación del pensamiento ibérico, y que, por tanto, carecen de base cuantas deducciones en ella se fundan.

También la falsa filosofía del siglo último llamó ese argumento en pro de sus dañados propósitos; también hubo entonces quien, a nombre de ella, preguntase enfáticamente: ¿qué se debe a España?; y entonces como ahora, salieron a la palestra valentísimos defensores de la cultura nacional. Quizá en algún punto anduvieron escasos; quizá en otros comprometieron demasiado su generosa causa. No ha de dudarse, sin embargo, que en la mayor parte de ellos obtuvieron sobre sus adversarios completísimo triunfo. Con todo, aquellas memorables apologías no han impedido a M. Masson resucitar en el año de gracia 1876, ni hecho innecesarios los denodados esfuerzos de usted para repeler sus tenaces acometidas y hundirle de nuevo en el sepulcro; y témome que, semejante a los vampiros, aún vuelva a levantar, cuando menos se piense, la cabeza. Para evitarlo, es indispensable emprender con energía y constancia la ilustración bibliográfica e histórico-crítica del saber de nuestros antepasados en sus diversas ramas, particularmente en la filosófica, llevando a cabo el magnífico programa por usted expuesto, que ha sido siempre el sueño dorado de mi vida. De vano, utópico e irrealizable sé que han de calificarle a boca llena los hombres de voluntad débil y tibio patriotismo; los españoles netos, los verdaderos amantes de las luces, los católicos fervorosos y de elevadas miras no dejarán de tener fe en su éxito, y con fe contribuir a él, moviendo montañas, si preciso fuere; que la fe a tanto alcanza.

En ningún caso desmayemos: la obra es grande, es santa; requiere el concurso de todas las voluntades no marchitas, de todos los entendimientos no pervertidos por el error, de todos los corazones que no han apostatado de la religión ni de la patria. Con su directa colaboración los doctos, con sus simpatías y aplauso los no letrados, coadyuven todos a esta empresa regeneradora, todavía posible, porque, dicha, aún alienta el genuino espíritu de España, la cual no está reducida a las dos docenas de doctores más o menos flamantes que se arrojan el derecho de representarla en el estadio de la inteligencia. Pero acudamos pronto; el mal se ha hecho crónico, y cuanto más dilatemos

la curación, más difícil será extirparle. A los católicos exhorto muy principalmente. Ni en los campos de batalla, ni en las, de ordinario, estériles luchas políticas, sino en el ancho palenque donde usted bizarramente lidia, deben concentrar sus facultades y recursos. No cabe dar más útil aplicación a los talentos y vigiliadas del apologista ortodoxo; pocas materias, de seguro, la reclaman tanto. Vengan, pues, los sabios todos del orbe cristiano a defender y sacar del olvido la ciencia española. Defendiéndola, defenderán el catolicismo; sacándola del olvido, franquearán un arsenal riquísimo a los paladines de la Iglesia. Multiplíquense los diccionarios bibliográficos, las monografías, las publicaciones de todas especies acerca de nuestro pasado científico; acábase de descorrer el velo que lo cubre; no quede en él rincón alguno a donde no lleguen las luces de la erudición y de la recta crítica; désele a conocer, en una palabra, plena, clara y detalladamente, y entonces M. Masson, que sólo a favor de la oscuridad revive, habrá muerto para siempre.

Levantada tengo años ha esa bandera, y ¡loado sea Dios! no todo ha sido desdén hacia ella. Poco a poco va creciendo el número de los que creen en la ciencia española y desean que su historia se escriba y que su savia torne a vigorizar el espíritu nacional. Usted sólo vale por un ejército. Flaco siempre de entendimiento, y ahora, amén de esto, enfermo y dolorido, nada me es dado hacer ya para unir a la predicación el ejemplo: estas líneas, salvo un milagro, pueden considerarse como mi testamento literario. ¿Qué importa? Non omnis moriar. Queda en pie usted, joven alentado, corazón sano, cabeza potentísima, para continuar la tradición de mis ideas y proyectos, y si, como ardientemente le pido, el cielo se digna otorgarle vida larga, salud sosiego, conducirlos todos a felice término y remate. Lo que en mi fue humilde brote, será en usted árbol corpulento y lozano, cargado de sabrosísimo fruto.

¡Cuánto me regocija y consuela, en medio de mis angustias y melancolías, el pensar que es usted, como yo, hijo de

[...] la gran montaña en quien guardadaLa fe, la sangre y la lealtad estuvo,Que pura y no manchada,Más limpia que su nieve la mantuvo,

y que, tal vez, a esa comarca está reservada la gloria de dar, como dio los primeros, el último y más avanzado paso en el camino de la restauración científico-patriótica que anhelamos! ¡Cuán dulcemente me lisonjea el poder finalizar la presente carta, y con ella mi carrera de escritor, apropiándome esta afectuosa estrofa de la oda de Cadahalso, a Meléndez Valdés:

Y yo, siendo testigoDe tu fortuna, que tendré por mía,Diré: «Yo fui su amigo,Y por tal me tenía,¡Y en dulcísimos versos lo decía!»

Reciba usted el más cordial abrazo de  
GUMERSINDO LAVERDE.  
Lugo 30 de Setiembre de 1876.

Primera parte  
Al Sr. D. Gumersindo Laverde

Mi carísimo amigo y paisano: En una serie de artículos que, con el título de El Self Government y la Monarquía doctrinaria, está publicando en la acreditada Revista de España su tocayo de usted D. Gumersindo de Azcárate, escritor docto, y en la escuela krausista sobremanera estimado, he leído con asombro y mal humor (como sin duda le habrá acontecido a usted) el párrafo a continuación transcrito:

«Según que, por ejemplo, el Estado ampare o niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o menos su peculiar genialidad en este orden, y podrá hasta darse el caso de que se ahogue casi POR COMPLETO su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos.»

Sentencia más infundada, ni más en contradicción con la verdad histórica, no se ha escrito en lo que va del presente. Y no es que el ilustrado Sr. Azcárate sea el único sustentador de tan erróneas ideas, antes con dolor hemos de confesar que son harto vulgares entre no pocos hombres de ciencia de nuestro país, más versados sin duda en libros extraños que en los propios. Y achaque es comunísimo en los prohombres del armonismo juzgar que la actividad intelectual fue nula en España hasta que su maestro Sanz del Río importó de Heidelberg la doctrina regeneradora, y aún el mismo pontífice y hierofante de la escuela jactose de ello en repetidas ocasiones, no yéndole en zaga sus discípulos. ¡Y si fueran ellos solos! Pero es por desdicha frecuente en los campeones de las más distintas banderías filosóficas, políticas y literarias, darse la mano en este punto sólo, estimar en poco el rico legado científico de nuestros padres, despreciar libros que jamás leyeron, oír con burlona sonrisa el nombre de filosofía española, ir a buscar en incompletos tratados extranjeros lo que muy completo tienen en casa, y preciarse más de conocer las doctrinas del último pensador alemán o francés, siquiera sean antiguos desvaríos remozados o trivialidades de todos sabidas, que los principios fecundos y luminosos de Lulio, Vives, Suárez o Foxo Morcillo. Y en esto pecan todos en mayor o menor grado, así el neo-escolástico que se inspira en los artículos de La Civiltà y en las obras de Liberatore, de Sanseverino, de Prisco o de Kleutgen (sabiendo no pocas veces, gracias a ellos, que hubo filosofía y filósofos españoles), como el alemanesco doctor que refunde a Hegel, se extasía con Schelling, o martiriza la lengua castellana con traducciones detestables de Kant y de Krause. Cuál se proclama neo-kantista; cuál se acoge al estandarte de Schopenhauer; unos se van a la derecha hegeliana; otros se corren a la extrema izquierda y de allí al positivismo; algunos se alistan en las filas del caído eclecticismo francés, disfrazado con el nombre de espiritualismo; no faltan rezagados de la escuela escocesa; cuenta algunos secuaces el tradicionalismo, y una numerosa falange se agrupa en torno de la enseña tomista. Y en esta agitación y arrebatado movimiento filosófico, cuando todos leen y hablan de metafísica y se sumergen en las profundidades ontológicas, cuando en todos los campos hay fuertes y aguerridos luchadores, y todos los sistemas cuentan parciales y todas las escuelas discípulos, nadie procura enlazar sus doctrinas con las de antiguos pensadores ibéricos, nadie se cuida de investigar si hay elementos aprovechables en el caudal filosófico reunido por tantas generaciones, nadie se proclama luliano, ni levanta bandera vivista, ni se apoya en Suárez, ni los escépticos invocan el nombre de Sánchez, ni los panteístas el de Servet; y la ciencia española se desconoce, se olvidan nuestros libros, se los estima de escasa importancia, y pocos caen en la tentación de abrir tales volúmenes, que hasta los bibliófilos desprecian en sus publicaciones, teniendo sin duda por más dignos de conservarse el Libro de las aves de caza, el De la cámara del Príncipe D. Juan, La Lozana Andaluza, o La desordenada

codicia de los bienes ajenos, que los tratados *De causis corruptarum artium* y *De tradendis disciplinis*, los *De justitia et jure*, la Antoniana Margarita, el libro de Gouvea *Adversus Petrum Ramum*, el de Sánchez *Quod nihil scitur*, el *De morte et immortalitate* de Mariana, las obras todas de Foxo Morcillo, hoy rarísimas, sin otra multitud de producciones por varios conceptos notables y algunas excelentes. ¿Y qué diremos del olvido en que políticos, economistas y escritores de ciencias sociales suelen tener a sus predecesores? Raros son asimismo los que conocen y estudian a nuestros filólogos y humanistas. Y de este común descuido nace, cual forzosa consecuencia, el que se sostengan y repitan afirmaciones como la que da ocasión a esta carta. A usted, amigo mío, campeón infatigable de la ciencia española, conocedor, como pocos, de sus riquezas, toca oponerse con ardor creciente a los descomedidos ataques que contra nuestro pasado intelectual cada día y en todas formas se repiten. Yo, pobre de erudición y débil de entendimiento; yo, que sólo en la modesta condición de rebuscador y bibliógrafo puedo ayudar a la generosa cruzada por usted desde 1855 emprendida, y por pocos, aunque valiosos sustentadores, apoyada, voy a exponer brevísimas consideraciones sobre el párrafo del distinguido filósofo krausista que me ha dado pie para estas mal pergeñadas reflexiones.

Dice el Sr. Azcárate que se ahogó casi por completo la actividad científica de España durante tres siglos, que serán sin duda el XVI, XVII y XVIII. Vamos a verlo. ¿En cuál de las esferas del humano saber tuvo lugar esa opresión y muerte del pensamiento?

¿Fue en la filosofía? Precisamente el siglo XVI puede considerarse como su edad dorada en España. En él continuaron, se rejuvenecieron y tomaron nuevas formas las escuelas todas, ya ibéricas, ya de otros países importadas, que entre nosotros dominaron durante la Edad Media. El lulismo, la más completa, armónica y pujante de todas ellas, conserva sus cátedras mallorquinas, penetra en Castilla amparado por el cardenal Jiménez, recibe decidida protección del opresor y tirano Felipe II, y cuenta entre sus sectarios nada menos que a Fray Luis de León y a nuestro egregio conterráneo el arquitecto Juan de Herrera. Llega a su apogeo el escolasticismo en sus diversas sectas de tomistas, escotistas, etc., brota lozana y vigorosa la de los suaristas, y multiplíquense los volúmenes en que semejantes doctrinas se exponen, hasta el punto de que ninguna nación nos excede ni en el número ni en la calidad de tales escritores. De lo primero responda, sin ir más lejos, la *Bibliotheca hispana nova* de Nicolás Antonio, que sobre la mesa tengo, en cuyos índices, con ser tan incompletos, figuran innumerables filósofos peripatéticos, autores, ya de Cursos de artes, ya de Dialéctica y Símulas, ya de Física, ya de las materias en las escuelas comprendidas bajo el dictado genérico *De Anima*, ya, en fin, de Metafísica.

Del mérito o importancia de muchos de estos trabajos den testimonio los preclaros nombres de Gabriel Bañez<sup>1</sup>, Domingo de Soto<sup>2</sup>, Téllez<sup>3</sup>, Vázquez<sup>4</sup>, Rodrigo de Arriaga<sup>5</sup>, Toledo<sup>6</sup>, Bernaldo de Quirós<sup>7</sup>, Pererio<sup>8</sup>, Molina<sup>9</sup>, Marsilio Vázquez<sup>10</sup>, Ángel Manrique<sup>11</sup>, Juan de Santo Tomás<sup>12</sup>, y sobre todo el de Suárez, en cuyos libros fuera no difícil hallar, abundante y de subidos quilates, aquel oro que Leibnitz reconocía en la escolástica, con resultados tan notables beneficiada en nuestros días. Y no insisto más en este punto, porque hartó sé que hoy ningún hombre serio osa despreciar aquella prodigiosa labor intelectual, de significación tan grande, de tan notable influjo en la historia de la ciencia. Harto se me alcanza asimismo que los parciales de ciertas escuelas modernas (en una de las cuales milita el distinguido escritor a quien combato) miran, no sólo con respeto, sino con veneración excesiva, envuelta en cierto temor, al renaciente escolasticismo, hoy tan en boga, quizá porque creen descubrir en él su más valiente enemigo, sin que se atrevan tampoco a dirigirle cargos en cuanto a la rudeza y literaria incorrección de las formas, como culpables que son, hasta con creces, del

mismo pecado. Justo es, pues, que amigos y enemigos de esa remozada teoría tributen a los nombres obras de nuestros escolásticos insignes el mismo culto que, no sé si con rendimiento extremado, ofrecen a las doctrinas y libros de ciertos extranjeros contemporáneos.

Y saliendo del campo escolástico, que conozco mal, y del que, en ocasiones, instintivamente me aparta algo de aquella santa ira que dominaba a los humanistas del Renacimiento, repulsión en mí más poderosa que la corriente tomista, hoy avasalladora, dirijamos la vista a la falange, brillantísima de peripatéticos clásicos, como usted los apellida (denominación en todo extremo feliz), y de esos otros pensadores eclécticos e independientes que en su bandera pudieron escribir el lema de ciudadanos libres de la república de las letras. ¡Qué siglo aquel en que Sepúlveda vertía al latín y comentaba con exquisito gusto y clara inteligencia del original *La Ética*, *La Política*, los opúsculos psicológicos y otros tratados de Aristóteles; en que Don Diego de Mendoza parafraseaba las obras todas del Estagirita<sup>13</sup>, y Fonseca trasladaba la *Metafísica*, y Pedro Juan Núñez, que desde las filas de Pedro Ramus se había pasado al peripatetismo, explicaba las dificultades de Aristóteles, ponía escolios al *Organon*, y coleccionaba las memorias históricas de los antiguos peripatéticos, y Cardillo de Villalpando y Martínez de Brea extendían sus comentarios a los libros todos del discípulo de Platón, defendiendo su doctrina en sabias y elegantes monografías contra los que le acusaban de materialista y reñido con la inmortalidad del alma! ¿Quién podrá enumerar los más importantes siquiera de aquellos trabajos de bibliografía, comentario, crítica y exposición de la doctrina de Aristóteles, bebida en las fuentes helénicas? ¿Cómo olvidar, entre otros no menos dignos de estima (cuyos autores no solían escasear, por cierto, las acerbas invectivas contra la barbarie de los escolásticos, su ignorancia del griego y su incompleto y torcido conocimiento de Aristóteles), los de Gouvea<sup>14</sup>, Montes de Oca<sup>15</sup>, Luis de Lemus<sup>16</sup>, Pedro Monzó<sup>17</sup> y Simón Abril<sup>18</sup>, y las traducciones castellanas fidelísimas completas (en la Biblioteca nacional se conservan inéditas) que a principios del siglo XVII trabajó el insigne helenista valenciano Vicente Mariner, último de los peripatéticos clásicos y, sucesor no indigno de los Sepúlvedas y de los Núñez? ¡Y en época de tal y tan prodigioso movimiento dicen que estaba dormida la actividad científica de España!

¿Ofreció entonces nación alguna el espectáculo de independencia y agitación filosófica que caracteriza a España en aquella era? Todos los sistemas a la sazón existentes tenían representantes en nuestra tierra, y sobre todos ellos se alzaba el atrevido vuelo de esos espíritus, osados e inquietos los unos, sosegados y majestuosos los otros, agitadores todos, cada cual a su manera, sembradores de nuevos gérmenes, y nuncios de ideas y de teorías que proféticamente compendiaban los varios y revueltos giros del pensamiento moderno. Sólo Italia podía disputarnos el cetro filosófico con su renovado platonismo y con las audaces y más o menos originales doctrinas de sus Pomponazzis, Telesios, Brunos y Campanelas. Si tienen que envidiarles nada nuestros filósofos, usted lo sabe, amigo mío, que tantas veces se habrá detenido, como yo, en la contemplación y estudio de los tratados admirables de Luis Vives, el más prodigioso de los artífices del Renacimiento, pensador crítico de primera fuerza (como hoy suele decirse), renovador del método antes que Bacon y Descartes, iniciador del psicologismo escocés, conciliador casi siempre, prudente y mesurado aún en la obra de reconstrucción que había emprendido, dechado de claridad, elegancia y rigor lógico, admirable por la construcción arquitectónica del sistema, filósofo en quien predominó siempre el juicio y el sentido práctico, nunca reñidos en él con la alteza del pensamiento, que, para todos accesible, jamás se abate, sin embargo, con aparente y menguada facilidad al vulgar criterio. ¡Qué útil fuera una, resurrección de la doctrina vivista en esta época de

anarquía filosófica, más enamorada de lo ingenioso que de lo sólido, más que de lo razonado de lo abstruso, siquiera en ello se encuentren únicamente esfuerzos de intelectual gimnasia, útiles tal vez como ejercicio, pero perniciosos si se convierten en hábito y se erigen en sistema!

Próximo a Vives debemos colocar al sevillano Foxo Morcillo, que con sin igual fortuna lanzose, en son de paz, entre platónicos y aristotélicos, intentando resolver en terreno neutral la eterna lucha del discípulo y del maestro, el eterno dualismo del pensamiento humano, que por sí solo explica la historia entera de la filosofía, partida siempre en dos campos rivales, más en apariencia que en realidad conciliados a veces, nunca del todo, en los sistemas armónicos.

Afirma Foxo que la idea de Platón, la idea sobre las cosas, es la forma aristotélica, cuando se traduce y concreta en las cosas creadas. ¿Quién no ve aquí los elementos de un racionalismo armónico?

De siglo de oro filosófico habrá de calificar al siglo XVI quien conozca, siquiera someramente, las obras de los ramistas españoles, muy superiores a su maestro en saber o ingenio, cuales fueron Núñez (en su primera época), el protestante Pedro Núñez Vela, amigo de Pedro Ramus y autor de una Dialéctica, y el Brocense, ingenio agitador por excelencia, que llevó al campo de la lógica aquella su perspicacia y agudeza de entendimiento, aquel horror a la opinión vulgar y a la barbarie de la escuela, altamente manifestados en filológicas cuestiones. Y en punto a novedad y extrañeza de opiniones, pocos libros pueden compararse al del portugués Sánchez Quod nihil scitur, inspirado en los de Sexto Empírico, y predecesor de los de Montaigne y Charron. ¿Qué diremos de Gómez Pereira, cartesiano antes que Descartes, así en materias físicas como metafísicas; del divino Vallés, adversario terrible, asimismo, de la cosmología aristotélica, como lo fue después Isaac Cardoso en su egregia Philosophia libera; de Huarte, padre de la frenología y engendrador inconsciente de no pocos sistemas materialistas; de doña Oliva, analizadora sutil de las pasiones? ¿Qué de nuestros innumerables moralistas, secuaces de Séneca y estoicos a su manera los unos, apologistas otros de Epicuro, amalgamándolos con frecuencia bajo superiores principios? ¿Y qué de nuestros místicos, en cuyas obras el entendimiento se abisma, y halla luz la fantasía, y alimento el corazón, y regalo el oído, admirando todos de consuno tanta profundidad y tan seguro juicio, tal intuición de los misterios ontológicos y estéticos adonde no llega la reflexión ni el análisis alcanza, tal revelación de maravillas y de grandezas hecha en aquella lengua cuyo secreto se ha perdido, que parece en tales escritores la más grande de las lenguas humanas y que es, a lo menos, la única entre las modernas que ha logrado expresar algo de la idea suprema, y ha tenido palabras, por grandes y pequeños comprendidas, para penetrar en los arcanos del ser, palabras que en su correr y en su sonar tienen algo de celestial y angélico, como pronunciadas por aquellos que se perdieron en el ancho piélago de la hermosura divina? Imposible es menospreciar el siglo que tales grandezas produjo. Inmortal sería, aunque sólo hubiese dado las Moradas teresianas, la Llama de amor viva y la Subida al Carmelo, el libro admirable de Los Nombres de Cristo y los Diálogos de la conquista del espiritual y secreto reino de Dios de Fr. Juan de los Ángeles.

¡Tan por completo se ahogó nuestra actividad científica en aquella época! No acierto a ver esa opresión que pondera el Sr. Azcárate; por el contrario, me admira a veces la tolerancia y lenidad de los poderes civil y eclesiástico de entonces con ciertas ideas de buena intención expuestas, pero más o menos sospechosas de materialismo o de panteísticas cavilaciones. No encuentro en los Indices Expurgatorios más obras de filósofos ibéricos notables que las de Huarte y doña Oliva, y éstas sólo para borrar frases muy contadas. Exceptuando al Brocense y Fr. Luis de León, en cuyos injustos

procesos influyeron otras causas, no hallo pensador alguno español perseguido por el Santo Oficio; a nadie castigó aquel Tribunal por haber expuesto doctrinas metafísicas, propias o ajenas, acomodadas o no a las ideas dominantes. En las llamas pereció un crudo panteísta aragonés, pero fue su suplicio en Ginebra, no en España; ordenolo Juan Calvino, no el Tribunal de la Fe.

No me empeñaré en trazar una brillante pintura del siglo XVII, que, notable bajo otros aspectos, fue en lo filosófico degenerada secuela del XVI. Pero usted sabe, amigo mío (y discretamente lo ha dado a entender en uno de sus preciosos Ensayos), que no puede juzgarse muerta la actividad científica de un periodo que cuenta pensadores como Pedro de Valencia, Isaac Cardoso, Quevedo, Caramuel y Nieremberg, aparte de numerosos escolásticos, discípulos no indignos de los grandes doctores del siglo anterior. Y como la tirantez de la Inquisición en ese tiempo no fue mayor que en la precedente centuria, claro se ve que, no por falta de libertad, sino por causas de otra índole, decayeron tan lastimosamente los estudios. El mal gusto literario que extendió sus estragos a todas las disciplinas; la universal decadencia de la nación, de múltiples fuentes emanada; la rigidez y tiranía de las escuelas; las inútiles guerras filosóficas, y la natural tendencia de las cosas humanas a descender así que llegan a la cumbre, dieron al traste con gran parte del edificio levantado en el siglo XVI, sin que en tal destrucción ejerciera grande influjo ese poder opresor a quien algunos atribuyen toda la culpa.

El tercero de los siglos ominosos para el Sr. Azcárate es el XVIII, época de controversia, de discusión y de análisis, de grandes estudios y de encarnizada lucha; siglo de transición, falto de carácter propio, si ya no le fijamos en su propia vaguedad o indecisión. ¿Pero cómo ha de estimarse muerta la actividad científica en un periodo en que penetraron sucesivamente en España todas las doctrinas extranjeras, buenas o malas, útiles o dañosas, a la sazón corrientes; en que el gassendismo contó secuaces como el P. Tosca, y el maignanismo fue defendido por el P. Nájera, y la doctrina cartesiana, combinada con reminiscencias de Vives, Gómez Pereira y otros filósofos ibéricos, logró, como más afine de los sistemas peninsulares, el apoyo, siempre condicional, del P. Feijóo, y el más decidido de Hervás y Panduro y Forner<sup>19</sup>, y el fácil y rastrero sensualismo de Locke y Condillac deslumbró las clarísimas inteligencias de los PP. Andrés y Eximeno, no libres en esta parte del tributo que raros pensadores dejan de pagar, más o menos, a las ideas dominantes de su época? Y no se ha de creer por esto que faltaron en el siglo XVIII paladines de los antiguos sistemas y acérrimos contradictores, más o menos bien encaminados, de las innovadoras doctrinas. Recuérdese el número prodigioso de libros y folletos que aparecieron con ocasión del *Theatro Crítico* y de las *Cartas* del P. Feijóo; recuérdense especialmente las defensas del lulismo hechas por los PP. Fornés, Pascual, Tronchon y Torreblanca; fíjese la consideración en los tratados escolásticos que entonces se dieron a la estampa; estúdiense la porfiada contienda entre revolucionarios y conservadores, primero en el terreno de la Filosofía natural, después en el de la Metafísica y la Moral, y podrá formarse idea del notable movimiento intelectual del siglo que nos precedió; edad en muchos conceptos gloriosa para España, aunque por nosotros poco estudiada, y aún puesta en menosprecio y olvido. Excelente monografía pudiera escribirse sobre este punto, utilizando las indicaciones por usted esparcidas en diversos artículos, que dan (como diría un krausista) el concepto, plan, método y fuentes de conocimiento para obra semejante. Y en verdad que no sería excusado, antes muy útil y fructuoso, el análisis y juicio de libros tan notables como la *Philosophia Sceptica* del Dr. Martínez, la *Lógica*, la *Filosofía Moral* y los *Opúsculos* de Piquer, *La Falsa Filosofía* del P. Ceballos, los *Desengaños filosóficos* de Valcárcel, *El Philoteo* del cisterciense D. Antonio Rodríguez, los *Discursos filosóficos sobre el hombre* de Forner, los *Principios esenciales del orden de*

la Naturaleza de Pérez y López, Dios y la Naturaleza de D. Juan Francisco de Castro, las Investigaciones de Arteaga sobre la belleza, y El Hombre Físico de Hervás, escépticos reformados, o sea eclécticos los unos, adversarios los otros del enciclopedismo, un tanto sensualista alguno de ellos, y secuaces los otros del espiritualismo cartesiano.

Bastan los nombres de autores y de obras hasta aquí indicados, para demostrar que en dicha época anduvo muy ajena de ser oprimida ni anulada nuestra peculiar genialidad en este orden de conocimientos. Antes bien observamos que las doctrinas más funestas y tumultuosas recibieron en ocasiones el decidido apoyo del poder civil, como acaeció con el enciclopedismo francés. En cuanto a la Inquisición, es harto sabido que perdió en aquella era gran parte de su fuerza y prestigio, que desde mediados del siglo estuvo en manos de los jansenistas, convertida a veces en instrumento dócil del regalismo, y que lejos de perseguir ni coartar en ningún sentido la libertad filosófica, dejó crecer y desarrollarse la mezquina planta del sensualismo, consintió que penetrase en las aulas, y sólo tuvo prohibiciones y anatemas para los libros franceses claramente perniciosos a la religión o a las costumbres. Y si molestó a Olavide, a Marchena y a algún otro propagandista o secuaz de enciclopedismo, más digna es de encomio que de censura por haberse opuesto, aunque desgraciadamente sin bastante energía, a la importación de doctrinas pobres, rastreras y monstruosamente impías, hoy, para todo hombre de ciencia, de cualquier campo filosófico, dignas de menosprecio y risa.

De presumir es que entre las ciencias oprimidas y muertas en los siglos XVI, XVII y XVIII no incluya el Sr. Azcárate a la Teología católica, tan cultivada en esas tres centurias como ha podido serlo en cualquier otro momento histórico (hablemos a la manera germanesca... ¡como si pudiera haber algún momento que no lo fuese!). Sin más trabajo que el facilísimo de registrar a Nicolás Antonio (ya que por desdicha no existe una Biblioteca especial de teólogos españoles), se encontrarán nombres de escriturarios y expositores, de dogmáticos, controversistas, ascéticos, moralistas, etc., etc., en número verdaderamente prodigioso. ¡Y qué nombres entre ellos! Arias Montano, Maluenda, Maldonado, D. Martín Pérez de Ayala, Fr. Luis de León, Fr. Luis de Granada, Francisco de Vitoria, Fr. Luis de Carvajal, Melchor Cano, Báñez, Lomos, Soto, Láinez, Salmerón, Molina, Suárez, Vázquez, Valencia, Sánchez, Álvarez de Paz, Martínez de Ripalda, Tirso González, astros de primera magnitud en el cielo de las letras eclesiásticas. En sus libros se explicó ampliamente nuestra genialidad teológica, que es católica y no heterodoxa, mal que les pese a algunos. ¡Qué inmensa actividad intelectual no desplegaron en las famosas controversias de auxiliis! ¡De qué sutileza y profundidad de pensamiento no hicieron alarde Molina, Vázquez y Suárez en la concepción y desarrollo del congruismo, sistema teológico admirable, del todo español, que ha llegado a ser la doctrina más corriente en las escuelas católicas! Confesaré de buen grado que la Inquisición se opuso con mano fuerte a la introducción de toda enseñanza herética; en lo cual obró con suma cordura, dada la condición de los tiempos y dado el principio fundamental de nuestra civilización, entonces harto amenazado; mas no faltó por eso considerable grey de disidentes, que mostraron a su sabor sus propias genialidades, seguros unos del alcance del Santo-Oficio, y sujetos otros a sus rigores. Y quien busque teología heterodoxa, acuda a Valdés y a Servet, a Juan Díaz y al Dr. Constantino, a Cipriano de Valera y a Juan Pérez, a Tejada y a Molinos, y advertirá que, por haber de todo, no faltaron doctores del mal y sembradores de cizaña, aunque a dicha no germinó entonces la mala semilla en nuestro suelo.

Tampoco creo que nuestro articulista incluya en su casi rotunda afirmación el Derecho, así natural como positivo, pues en quien tan dignamente ha ocupado cátedra de esta ciencia, debe suponerse, no vulgar conocimiento, sino meditación y estudio, del

tratado De Legibus et Deo legislatore del jesuita Suárez, de los sendos De Justitia et Jure del dominico Soto y de los jesuitas Molina y Lugo, de los dos De Jure Belli debidos a Vitoria y a Baltasar de Ayala, de la Æncyclopædia juris de Cristóbal García Yáñez, y de otras producciones del mismo género, estimadas y grandemente puestas a contribución por Grocio y demás renombrados maestros extranjeros de Filosofía del Derecho. Y presumo que han de serle asimismo familiares las obras de los grandes jurisconsultos y canonistas Gouvea, émulo de Cujacio; Martín de Azpilcueta, defensor generoso del arzobispo Carranza; Antonio Agustín, en todo linaje de disciplinas eminente; D. Diego de Covarrubias, honra al par de la mitra y de la toga; Pedro Ruiz de Moros, admirado en Polonia por sus Decisiones lituánicas; Ramos del Manzano, el más erudito de los Jurisconsultos, Fernández de Retes, su discípulo, lumbrera de la Universidad salmantina; Nicolás Antonio, tan docto jurisperito como bibliógrafo consumado; Salgado, Puga, y en tiempos a nosotros más cercanos, Mayans, Finestres, Castro, principalmente el insigne conde de Campomanes, por más que su nombre no suene del todo bien (y con harta razón) en muchos oídos.

De legistas a políticos el tránsito es fácil. Conocidos son los tratados De Regno et Regis officio de Sepúlveda, De Regis institutione de Foxo Morcillo, De Rege et Regis institutione del P. Marlana, El Consejo y Consejeros del Príncipe de Furió Seriol, El Príncipe Cristiano del P. Rivadeneira, el libro De República y policía cristiana de Fray Juan de Santa María, El Gobernador Cristiano del P. Márquez, la Conservación de monarquías de Navarrete, la Política de Dios de Quevedo, las Empresas de Saavedra, y otros libros semejantes, escritos casi todos con gran libertad de ánimo, y llenos algunos de las más audaces doctrinas políticas. Ninguno de ellos (entiéndase bien) fue prohibido por el Santo Oficio, ni recogido por mandamiento real. La Inquisición y el Rey dejaron correr sin estorbo (y perdónese me lo manoseado de la cita, en gracia de su oportunidad) aquel libro famoso de Mariana, en cuyos capítulos 6.º, 7.º y 8.º se investiga si es lícito matar al tirano, si es lícito envenenarle, y si el poder del rey es menor que el de la república, decidiéndose en la primera y tercera de estas cuestiones por la afirmativa, lo cual no deja de ser una prueba de lo oprimida y anulada que estaba la libertad científica, cuando tales genialidades se estampaban como cosa corriente. Esa terrible manía del tiranicidio, nacida de clásicas reminiscencias, y en España poco o nada peligrosa, porque al poder monárquico nadie lo reputaba tiránico, y era harto fuerte y estaba de sobra arraigado en la opinión y en las costumbres, para que pudieran conmovérle en lo más mínimo las doctrinas de uno ni de muchos libros, contagió a otros escritores, llegando hasta manifestarse en conclusiones tan audaces como las publicadas en 1634 por el P. Agustín de Castro, de la Compañía de Jesús, donde la consabida pregunta de si es lícito matar al tirano, va acompañada de las siguientes: «¿Es mejor algún gobierno, que ninguno? ¿Es mejor el gobierno democrático que el monárquico y aristocrático? ¿Es más conveniente la monarquía electiva que la hereditaria? ¿Es lícito excluir a las hembras de la sucesión del trono?»; tesis todas que el buen Padre se proponía sostener en sentido afirmativo; prueba asimismo evidentísima de la formidable opresión y tiranía que pesaba sobre el pensamiento español en materias políticas.

Muy semejante debió de ser la anulación de nuestra genialidad y carácter en las sociales y económicas. De ello dan muestra los tratados de Fray Bartolomé de las Casas, de Bartolomé Frías de Albornoz y de tantos otros contra la esclavitud, y los libros de economía social y hacienda pública debidos a las valientes plumas del doctor Sancho de Moncada, de Francisco Martínez de la Mata, de Fernández de Navarrete, de Álvarez Osorio, de Mariana, de Pedro de Valencia, del contador Luis Valle de la Cerda, de Martín González de Cellorigo, de Damián de Olivares, de Diego Mexía de las Higueras, de Alcázar de Arriaza, de Francisco de Cisneros y Jerónimo de Porras, de Leruela, de

Alberto Struzzi, de Dormer y tantos otros economistas, ninguno de los cuales dudó en poner el dedo en la llaga, ora señalando entre las causas de la despoblación el excesivo número de regulares y la amortización así civil como eclesiástica, ora combatiendo las absurdas disposiciones gubernativas respecto a la tasa del pan y la alteración de la moneda. El número de tales escritores es grande: con ellos pudiera formarse una colección copiosísima; y, de sus nombres y obras lógrase sin dificultad larga noticia con sólo recorrer la Educación Popular de Campomanes y su Apéndice, la Biblioteca Económico-Política de Sempere, el Sumario de la España Económica de Vadillo y, sobre todo, la Biblioteca de los españoles y la Historia de la economía política en España del Sr. Colmeiro. Por lo que al siglo XVIII respecta, nadie ignora que se dio a estos estudios especial fomento, y basta recordar, entre los nombres de sus economistas, los del marqués de Santa Cruz de Marcenado, el P. Cabrera, Campillo, Ulloa, Ustáriz, Campomanes y Jovellanos, para hacer respetable en lo crematístico la época en que se escribieron La Industria Popular y La Ley Agraria, en que se crearon las Sociedades Económicas, y con tal suerte y tino se explotaron los veneros todos de la riqueza pública.

Si con tanta amplitud y libertad discurrieron nuestros ingenios sobre materias filosóficas, políticas y económicas, claro es que no habrían de encontrar cerrado el campo de las investigaciones lingüísticas, críticas, históricas y arqueológicas. Que hubo orientalistas, y en especial hebraizantes, dignos de inmortal recuerdo, compréndese con sólo traer a la memoria las dos Políglotas, monumentos de gloria para los que las protegieron y realizaron. Que hubieron de tropezar, en España y fuera de ella, con poderosos obstáculos los cultivadores de tales estudios, especialmente en el segundo tercio del siglo XVI, explícase bien por el estado de agitación religiosa de aquella época. Pero si Arias Montano fue envuelto en dilatados procesos, y Fray Luis de León gimió en las cárceles inquisitoriales, y Pedro de Valencia hubo de luchar con el P. Andrés de León en defensa de la memoria de su maestro, el resultado de estas persecuciones y contiendas en definitiva favorable a los agraviados, pues al ilustrador de la Políglota antuerpiense y a su libro los escudó la protección de Felipe II; al místico autor de la Exposición del libro de Job valióle su inocencia y saber contra los encarnizados ataques de León de Castro, y fue absuelto, aunque tarde y con alguna restricción; y el docto filósofo de Zafra sacó a salvo de las detracciones de enconados émulos el nombre y los trabajos del inmortal escriturario de la Peña de Aracena. Mas si en el estudio de la lengua y literatura hebraicas encontraron nuestros filólogos alguna contradicción, no ha de afirmarse otro tanto del de los idiomas clásicos griego y latino, con tanto esmero y gloria cultivados desde fines del siglo XV, en que a uno y otro señalaron rumbo y abrieron camino Arias Barbosa y Antonio de Nebrija. De los posteriores progresos responden las numerosas traducciones de ambas lenguas, las gramáticas así griegas como latinas (estas últimas en cantidad prodigiosa), los vocabularios, los comentarios e ilustraciones de diversos autores de la antigüedad clásica, los tratados de preceptiva y crítica en que se exponen y amplían los cánones aristotélicos u horacianos; tareas en alto grado fructuosas, debidas (entre otros mil que al presente omito) a los insignes humanistas Vives, el comendador Hernán Núñez, Sepúlveda, Vergara, la Sigea, Lorenzo Balbo, Encinas, Gélida, A. Agustín, Mendoza, Páez de Castro, Diego Gracián, Pedro Juan Núñez, Oliver, Chacón, Gonzalo Pérez, Álvarez Gómez, Matamoros, Pérez de Oliva, Foxo Morcillo, Álvarez, el Brocense, Malara, Medina, Girón, Osorio, Calvete, Simón Abril, el Pinciano, Cascales, Bustamante, Barreda, Espinel, Correas, González de Salas, Baltasar de Céspedes, Valencia, Mariner, Tamayo de Vargas, Perpiñá, el P. La Cerda, Martí, don Juan de Iriarte y todos los latinistas y helenistas egregios que después de él florecieron en el

siglo XVIII. De otras lenguas, como el árabe, escasearon más los cultivadores, y aún estos no solían proponerse un objeto literario al aprender tal idioma, relegado casi a los misioneros que habían de usarle en sus predicaciones y enseñanzas<sup>20</sup>. A la diligencia y celo de estos piadosos varones debieronse asimismo gramáticas y vocabularios de gran número de lenguas exóticas, catecismos y traducciones de libros sagrados en caldeo, siríaco, etíope, malabar, chino, japonés y sánscrito, en los dialectos americanos y en los de no pocas islas de la Oceanía; riquísima mies lingüística que a fines del siglo XVIII había de cosechar uno de los más esclarecidos hijos del solar español, el jesuita Hervás y Panduro, de cuyo cerebro, como Minerva del de Júpiter, brotó armada y pujante la Filología comparada.

¿Y qué diremos, amigo mío, de los innumerables cultivadores de las ciencias históricas y arqueológicas, en esas edades que con tanto desdén miran algunos? Materia es ésta ya tratada, y en que no insistiré por tanto, pues de superfluidad impertinente habría de tacharse el repetir, cual si no fuesen de sobra conocidos, los nombres de A. Agustín, numismático insigne, de Luis de Lucena, Fernández Franco, Juan de Vilches, Llanzol de Romaní, Ambrosio de Morales, Resende, Rodrigo Caro, Ustarroz, Lastanosa, el deán Martí, Sarmiento, Valdeflores, Finestres, Contador de Argote, Flórez, Pérez Bayer, Floranes, Capmany y tantos otros arqueólogos y diligentísimos investigadores; los de nuestros historiadores generales más o menos eruditos, más o menos críticos, Florián de Ocampo, Morales, Garibay, Zurita, Mariana, Ferreras, etc.; los de aquéllos que como Gonzalo Fernández de Oviedo, el Inca Garcilaso, Bernal Díaz del Castillo, Antonio de Herrera, etc., etc., dieron a conocer la América y los maravillosos sucesos acaecidos en su descubrimiento y conquista por los españoles; los de tantos y tantos como ilustraron los anales de ciudades, villas, provincias, monasterios, iglesias, de los cuales formó copiosa bibliografía, que aún puede acrecentarse mucho, el Sr. Muñoz Romero; los de Sigüenza, Yepes y otros doctísimos cronistas de órdenes religiosas; los de Pellicer, Salazar de Castro y otros eruditos respetables entre la inmensa balumba de los genealogistas e historiadores de casas nobles, y aún los de los forjadores de falsos cronicones, que demuestran el grande, si bien descaminado, entusiasmo con que se proseguían las indagaciones históricas, entusiasmo que los llevaba a fingir historia donde no la había y a llenar con patrañas los huecos, no sin que, para gloria de la crítica histórica entre nosotros, encontrasen los osados falsarios, cabalmente en el periodo menos próspero de la cultura española, en los últimos días de la casa de Austria, la formidable oposición de varones tan preclaros como D. Juan Bautista Pérez, Pedro de Valencia, Fr. Hermenegildo de San Pablo, el marqués de Mondéjar, D. Juan Lucas Cortés y D. Nicolás Antonio.

Filólogos, humanistas, arqueólogos o historiadores nos han traído a las fronteras de la República literaria, en la cual no entraré, sin embargo porque el Sr. Azcárate parece referirse sólo a la actividad científica, y ni él ni nadie ha negado ni niega el prodigioso desarrollo de nuestra genialidad artística, antes bien, suelen afirmar que el poder opresor y tiránico de aquellos tiempos dio libertad y protección a la poesía, a la novela, al teatro y a todos los ramos de las bellas letras, para entretener y aletargar de esta suerte a los españoles, y hacer que no sintiesen en modo alguno el peso de las cadenas que amarraban la libertad del pensamiento. Esto, expresado en más retumbantes frases y, preñados conceptos, se oye cada día en boca de algunos filósofos, y esto quería indicar sin duda Sanz del Río, cuando asentaba que, por falta de libertad en el llamado siglo de oro, el ingenio español se desarrolló sólo bajo un parcial aspecto, que, según él piensa, no fue el de la razón ni el entendimiento; y cierto que sería cosa peregrina un desarrollo intelectual de cualquier especie sin razón ni entendimiento. Digo, volviendo a mi asunto, que, aunque así hubiese acontecido, siempre tendríamos que agradecer mucho a

aquel Estado que, en medio de sus iniquidades y tiranías y anulaciones del pensamiento, tanto se desvelaba porque no las sintiésemos, y procuraba divertirnos con poesías, novelas y comedias, discreta y lozanísimamente escritas; secreto administrativo, propio de déspotas, al cual deben nuestras letras muchos días de gloria que jamás les daría un Estado krausista en que fuesen norma de buen estilo y elegante decir la Analítica o el Ideal de la humanidad para la vida. Hablando en serio, creo haber dejado fuera de duda que, excepto en algún caso particular, no hubo anulación de la libertad científica en materias filosóficas, políticas y sociales, las más difíciles de tratar bajo un gobierno de unidad religiosa y monárquica.

Pero se dirá: ¿por qué obtuvieron tan escaso florecimiento las ciencias exactas, físicas y naturales, sino por la rigidez con que el Estado negó siempre la libertad de la ciencia? Entendámonos: en primer lugar, niego el supuesto en tan absolutos términos formulado: verdad es que no apareció en España ningún Galileo, Descartes, Newton, Lagrange, Lavoisier o Linneo; confieso de buen grado nuestra inferioridad en esta parte; no lo da Dios todo a todos; quizá el terreno no estaba tan bien preparado; quizá la genialidad española no tira tanto por ese camino como por otros; pero es lo cierto que en esos ominosos siglos debieron las ciencias de la naturaleza considerables adelantos a muchos españoles; acaudaláronse la Zoología y la Botánica con las innumerables noticias sobre la Fauna y la Flora de los países americanos, esparcidas en los libros de Gonzalo Fernández de Oviedo y otros primitivos historiadores de Indias, y luego más científicamente expuestas en los tratados de Nicolás Monardes, Francisco Hernández y José de Acosta; brillaron Cavanilles y tantos otros sabios ilustradores del reino vegetal, de que en su laureada obra *La Botánica y los Botánicos de la Península* da cumplida noticia el Sr. D. Miguel Colmeiro; hicieron importantes estudios sobre los metales Álvaro Alonso Barba, Bernal Pérez de Vargas y otros menos conocidos autores; publicáronse notables comentarios y traducciones de Aristóteles y Teofrasto, de Arquímedes y Euclides, de Dioscórides y Plinio; no faltaron matemáticos y físicos tan memorables como Núñez, inventor del nonius, el docto humanista Fernán Pérez de Oliva, que escribió *De magnete* y empeñose en hallar modo de que por la piedra imán se comunicasen dos ausentes<sup>21</sup>, el complutense Vallés que, entre otras novedades, presentó en su *Philosophía sacra* la doctrina del fuego, adoptada e ilustrada posteriormente por el célebre químico Boerhave, el cosmógrafo Santa Cruz, el ya citado Chacón, que tuvo parte no secundaria en la corrección gregoriana, el arzobispo Siliceo, profundo aritmético, el insigne polígrafo Pedro Ciruelo, cuyo tratado *De Algoritmia* compite con los mejores de su clase dados a la stampa fuera de España en el siglo XVI, el maestro Esquivel que, por encargo de Felipe II, formó la topografía de la Península, siglos antes que las demás naciones de Europa se ocuparan en trabajos análogos, el portentoso Caramuel, el gaditano Hugo de Omerique, cuyo tratado de *Análisis Geométrica* impreso en 1698 (nótese la fecha), mereció los elogios de Newton; y, en tiempos más cercanos, el universal Feijóo, que, no contento con vulgarizar multitud de conocimientos matemáticos y físicos y propagar el experimentalismo, apuntó ideas originales sobre cuestiones geológicas y se adelantó a los extranjeros en la teoría eléctrica de los terremotos, los Padres Tosca y Losada, los sabios marinos Ulloa y Jorge Juan, sin contar una multitud de tratadistas como los Padres Zaragoza, Cassani y Cerdá, el alférez Fernández Medrano, Bails, etc., que, más o menos atinados en la exposición de la doctrina, demuestran que nunca faltaron del todo buenos estudios de ciencias exactas y físicas en nuestro país. Prueba son también de ello los numerosos tratados de fortificación, artillería y arte militar en todos sus ramos, dados a luz en los siglos XVI y XVII por nuestro conterráneo el beneficiado de Laredo D. Bernardino de Escalante, por su homónimo de Mendoza, por Cristóbal de Rojas, Lechuga, Firrufino, D. Diego de

Álava, D. Sancho de Londoño, Luis Collado, etc., libros que en su mayor parte obtuvieron la honra de ser traducidos a extrañas lenguas. En otra ciencia aplicada, aunque bien diversa de la anterior por su objeto, descollaron notablemente los españoles. Me refiero a la Medicina, que con orgullo registra en sus fastos los nombres de Laguna, a la vez humanista, orador y poeta; de Villalobos, tan célebre sifiliógrafo como ingenioso y agudo literato, por algunos apellidado el Fracastorio español; del divino Vallés, ya mencionado como filósofo, en unión con Gómez Pereira, Huarte, Cardoso y otros médicos esclarecidos; de Servel, descubridor de la circulación de la sangre, tan famoso por ello como por sus teorías antitrinitarias y su desastrada muerte; de Valverde, Mercado, Gaspar de los Reyes, Lobera de Ávila, etc.; y en el siglo pasado, los de Solano de Luque, a quien dio universal renombre su doctrina del pulso; de Martín Martínez, el Feijóo de la medicina, y Piquer que, continuando como él la gloriosa serie de médicos-filósofos, supo a la vez traducir a Hipócrates, analizar las pasiones o investigar doctamente las causas de los errores.

Aparte de todo lo expuesto, conviene observar que, dada la menor relación de las ciencias exactas, físicas y naturales con la religión y la política, debieron de ser las menos oprimidas y vejadas, si admitimos la teoría de nuestros adversarios. Y es lo cierto que la Inquisición española no opuso trabas a la admisión del sistema copernicano en las aulas salmantinas ni impidió que Diego de Estúñiga le expusiese con toda claridad en su Comentario a Job, libro que mandó expurgar la Congregación de Roma, en cuyos índices figura hasta tiempos muy recientes. Y, hablando en puridad, ¿qué temor podía inspirar a los poderes públicos, así civil como eclesiástico, los grandes descubrimientos astronómicos o físicos? A nadie hubieran dado malos ratos la Inquisición ni el Rey por formular la ley de atracción, descubrir el cálculo de las fluxiones, o por entretenerse en profundos estudios de óptica y de mecánica. En una nación en que se permitía defender el tiranicidio, ¿qué obstáculo había de encontrar el que se propusiese hacer nueva clasificación de las plantas, o destruir la antigua nomenclatura alquímica, o revelar la existencia de todos los cuerpos simples hoy conocidos, y de muchos más, si más hubiera? Si como el docto aragonés Gómez Miedes escribió un grueso volumen sobre la sal común, única que él cocía, hubiese tratado de todas las sales hoy descubiertas, ¿hubiérale puesto cortapisas alguien? ¿Se opuso el Estado a que desarrollase ampliamente su estrafalaria genialidad matemática el caballero valenciano Falcó, tan agudo poeta latino como desdichado geómetra, que gastó su tiempo y su dinero en investigar la cuadratura del círculo y se fue al otro mundo pensando haberlo logrado?

Como indicios claros de la situación lamentable a que llegaron entre nosotros las ciencias naturales, suelen citarse esos libros llenos de patrañas y aberraciones que a fines del siglo XVII aparecieron con los títulos de Magia Natural, Oculta, Filosofía, El Ente dilucidado y otros ejusdem fur furis. Pero fuera de que en la misma época se escribieron otros tratados con sano juicio y buen seso, y dejando aparte también el que dichas obras fueron vertidas a idiomas extranjeros y acogidas con aplauso, lo cual demuestra que en todas partes cuecen habas, es lo cierto que en ningún siglo han faltado autores y obras extravagantes, y aún en este ilustradísimo en que nos tocó nacer, abundan doctrinales de espiritismo y otras ciencias de la misma laya, más estúpidos y menos divertidos que el mismísimo Ente dilucidado, que al cabo todos los curiosos leen con placer y ponen sobre las niñas de sus ojos como tesoro de recreación y mina de pasatiempos.

Estas breves indicaciones, mi Sr. D. Gumersindo, escritas a vuela-pluma y casi sin consultar libros, bastan, en mi juicio, para demostrar lo mal fundado e injusto de la opinión del Sr. Azcárate respecto a nuestra cultura; y eso que he prescindido de los

notables estudios estéticos que desde León Hebreo, Fonseca y Maximiliano Calvi hasta Rebolledo y Nieremberg, desde Barreda y Alcázar hasta el P. Feijóo y Arteaga, mantuvieron siempre viva entre nosotros la filosofía del arte y de la belleza, y pasado por alto las sabias especulaciones de Salinas, Eximeno y otros sobre la Música, y hecho caso omiso de la admirable invención pedagógica del arte de enseñar a los sordo-mudos, imaginada por el benedictino Ponce de León y escrita por el aragonés Juan Pablo Bonet, y nada he dicho, en fin, de otros varios aspectos y merecimientos de la ciencia española, cuya relación me habría llevado más allá de lo que consienten los estrechos límites de una carta. Nunca hubiera enristrado la mal tajada peñola contra escritor tan estimable, a no estar bien convencido de que refutaba una opinión, no particular suya, sino común y corriente entre muchos que de doctos se precian. La ignorancia y el olvido en que estamos de nuestro pasado intelectual; las insensatas declamaciones que se enderezan a apartarnos de su estudio como de cosa baladí y de poco momento; el desacordado empeño de algunos en romper con toda tradición científica persuadidos de que sólo en su secta y escuela se halla la verdad completa; la facilidad que hoy existe para apropiarnos la erudición forastera, granjeando así fama de sabios a poca costa, y las dificultades con que tropezamos para conocer, siquiera por encima, la nuestra; el orgullo que caracteriza al siglo actual, entre cuantos recuerda la historia, causas son que producen ese menosprecio de todo lo de casa, esas antipatrióticas afirmaciones que afligen y contristan el ánimo. El remedio de tanto mal indicado está por usted, amigo mío, en su excelente artículo El plan de estudios y la historia intelectual de España, donde propone el establecimiento de las seis cátedras siguientes para el doctorado de las respectivas facultades:

Historia de la teología en España.

Historia de la ciencia jurídica en España.

Historia de la medicina española.

Historia de las ciencias exactas, físicas y naturales en España.

Historia de la filosofía española.

Historia de los estudios filológicos en España.

Cada día van siendo más urgentes las reformas allí pedidas para la enseñanza. ¡Qué vastísimo campo abrirían ante la clara inteligencia de nuestra juventud estudiosa seis profesores escogidos con acierto, dedicados exclusivamente a exponer de palabra y por escrito el magnífico proceso de la vida científica nacional en todas sus fases y direcciones! Cuánto de honra y provecho no reportarían a España! ¡Quiera Dios que el actual director de Instrucción pública, de cuya ilustración y patriotismo mucho bueno hay derecho a esperar, nos dé pronto la satisfacción de ver realizado algo siquiera de tan oportuno proyecto!

De suma necesidad es también (y esto puede hasta cierto punto considerarse como condición precisa para llevar a cabo el pensamiento de usted en orden a las referidas cátedras) que continúe la publicación, hace años lamentablemente interrumpida, de las obras bibliográficas premiadas por la Biblioteca nacional, y que las Reales Academias, principalmente las de la Historia, Ciencias morales y políticas, y Ciencias exactas, físicas y naturales, consagren parte de sus certámenes -anunciándolos con más anticipación de la que acostumbran- a promover el estudio de la actividad intelectual de nuestros mayores y de los variados y copiosos frutos que produjo en los diversos ramos del saber humano. ¿Qué serie de temas tan preciosos no ofrecen a la primera de dichas Academias los grandes polígrafos españoles? ¿Qué interesantes monografías no pudiera obtener la segunda si propusiese por asuntos de sus concursos, ya determinados escritores, vg., Soto, Molina, Suárez, Foxo Morcillo, el Padre Ceballos, D. Juan Francisco de Castro, ya ciertos grupos de ellos, como los moralistas, los políticos, los

economistas que florecieron bajo la dinastía austriaca? Y la última, ¿cuán curiosos y útiles estudios no lograría premiando Memorias acerca de nuestros físicos, astrónomos, cosmógrafos, metalurgistas y geopónicos, de los españoles que han ilustrado a los naturalistas y matemáticos griegos, de los cultivadores de la Historia natural de Ultramar, y de otros puntos semejantes?

Si el gobierno y los Cuerpos sabios no toman este rumbo, mucho me temo que lleguen a ser (como ya lo están siendo en parte) una verdad aquellas palabras de nuestro buen amigo, el ilustre literato D. Juan Valera: «Quizá tengamos que esperar a que los alemanes se aficionen a nuestros sabios, como ya se aficionaron a nuestros poetas, para que nos convenzan de que nuestros sabios no son de despreciar. Quizá tendrá que venir a España algún docto alemán a defender contra los españoles, que hemos tenido filósofos eminentes.»

Santander 14 de Abril de 1876.

- II -

De re bibliographica

Mi muy docto amigo y paisano: Dias pasados dirigí a usted una breve impugnación de ciertas erradas afirmaciones acerca del pasado intelectual de España, vertidas por el Sr. D. Gumersindo de Azcárate en sus artículos sobre El Self-Government y la monarquía doctrinaria. Dolíame allí del lamentable olvido y abandono en que tenemos las glorias científicas nacionales, en especial las filosóficas, abandono y olvido que, entre otros daños de menor entidad, trae el gravísimo de mantener a nuestra patria falta de todo carácter propio en las modernas evoluciones del espíritu humano, dejándonos a merced de cualquier viento de doctrina que sople de extrañas tierras, y siendo causa eficacísima de la anarquía y desconcierto que hoy nos aqueja y lleva trazas de prolongarse, si Dios no lo remedia. Él solo sabe si es útil o dañoso el sesgo que al presente llevan ciertos estudios en España, y si es el mejor antídoto contra la exageración innovadora la exageración reaccionaria. Lo que sí puede afirmarse es que ambos fanatismos se inspiran en libros extranjeros, por más que uno y otro sean de antiguo abolengo en nuestra historia filosófica, y que, tal vez sin darse cuenta de ello, obedecen los secuaces de tan opuestas ideas a las providenciales leyes del pensamiento ibérico, aunque incurriendo en no pocas aberraciones y alejamientos de las escuelas peninsulares, por no detenerse a estudiarlas como debieran y a buscar dentro de España el anterior desarrollo de sus respectivos sistemas o los precedentes históricos que los han motivado. Pero dejando aparte tales consideraciones, vengamos derechamente al objeto de esta epístola y de las que, Dios mediante, han de seguirla, que se enderezarán sólo a desenvolver algunas indicaciones apuntadas en mi anterior, sobre los medios de reparar la ignorancia, hoy generalmente sentida, respecto a nuestra historia científica y aún a una gran parte (no despreciable por cierto) de la literaria.

Estos medios se reducen a tres:

- 1.º Fomentar la composición de monografías bibliográficas.
- 2.º Ídem la de monografías expositivo-críticas referentes a cada ramo de la ciencia, o al menos a los que tienen historia importante en España.
- 3.º Creación de seis cátedras nuevas en los Doctorados de las facultades, con otras instituciones encaminadas al mismo propósito.

Trataré brevemente de cada uno de estos proyectos, dividiendo mi trabajo, a guisa de sermón, en tres puntos.

#### I. -ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICOS.

Acúsase con frecuencia a la Bibliografía, por los extraños a su cultivo, de ciencia árida e indigesta, de fechas y de nombres, superficial y pesada al mismo tiempo, como

que sólo para la atención en los accidentes externos el libro, en la calidad del papel y de los tipos, en el número de las hojas, y limita sus investigaciones a la portada y al colofón, sin cuidarse del interior del volumen, que para ella suele estar tan cerrado como el de los siete sellos. No ha de negarse que hay hartos bibliófilos (si tal nombre merecen) acreedores a esta y aún a otras más acres y no menos fundadas censuras; y en verdad que se duda a veces entre la risa y la indignación al ver a ciertos acaparadores de libros estimar el mérito de los trabajos del humano ingenio por su mayor o menor escasez en el mercado, despreciando, vg., los clásicos griegos y latinos porque se encuentran a toda hora, en cualquier forma y en variedad de ediciones, al paso que dan suma importancia a los tratados de jineta, de esgrima, de cetrería, de tauromaquia de heráldica o de arte de cocina, por raros y difíciles de encontrar en venta. Y produce ciertamente triste impresión la lectura de muchos catálogos bibliográficos, cuyos autores para nada parecen haber tenido en cuenta el valor intrínseco de los libros, fijándose sólo en insignificantes pormenores propios más de un librero que de un erudito. Pero no es ese el verdadero procedimiento del bibliógrafo, ni puede llamarse trabajo científico, sino mecánico, el descarnado índice de centenares de volúmenes cuyo registro externo arguye a lo sumo diligencia y buena fortuna, nunca dotes intelectuales ni saber crítico. Y la crítica ha de ser la primera condición del bibliógrafo, no porque deba éste formularla con todo el rigor del juicio estético y de la apreciación histórica diestramente combinados, sino para que sepa indicar de pasada los libros de escaso mérito, entresacando a la par cuanto de útil contengan, y detenerse en las obras maestras, apuntando en discretas frases su utilidad, dando alguna idea de su doctrina, método y estilo, ofreciendo extractos si escasea el libro, reproduciendo íntegros los opúsculos raros y de valor notable, y añadiendo sobre cada una de las obras por él leídas y examinadas un juicio, no profundo y detenido como el que nace de largo estudio y atenta comparación, sino breve, ligero y sin pretensiones, como trazado al correr de la pluma por un hombre de gusto; juicio espontáneo y fresco (si vale la expresión), como que nace del contacto inspirador de las páginas del libro; impresiones vertidas sobre el papel con candor e ingenuidad erudita. ¡Qué obra más útil, a la par que deliciosa, es un catálogo bibliográfico redactado de esta manera! Así concebida la Bibliografía, es al mismo tiempo el cuerpo, la historia externa del movimiento intelectual, y una preparación excelente e indispensable para el estudio de la historia interna. Los registros de obras hechos sin estas condiciones serán útiles como lo son los catálogos de editores y libreros, pero no serán trabajo de literato, sino de mozo de cordel; no llamemos a sus autores bibliógrafos, sino acarreadores y faquines de la república de las letras<sup>22</sup>.

Por dicha, los bibliógrafos españoles (con excepciones raras) han sido fieles al objeto importantísimo que la ciencia por ellos cultivada debe cumplir, y aún algunos pueden presentarse como dechados, si no de todas, de la mayor parte de las cualidades indicadas. No son escasos los frutos de la investigación erudita entre nosotros; pero aún resta no poco que trabajar en este campo: De los Diccionarios y Catálogos hoy existentes, ya impresos, ya manuscritos, puede hacerse la división siguiente:

- \* 1.º Bibliotecas generales.
- \* 2.º Etnográficas.
- \* 3.º Corporativas.
- \* 4.º Regionales.
- \* 5.º Por materias.
- \* 6.º Índices y Catálogos de bibliotecas públicas y particulares.

Tiene nuestra España la gloria de poseer una de las bibliografías generales más extensas y con más diligencia trabajadas, doblemente admirable si consideramos el tiempo en que fue compuesta, en las dos Bibliothecas, Vetus y Nova de Nicolás

Antonio, dadas a la estampa, la segunda en 1672, y póstuma la primera en 1696, gracias a la munificencia del cardenal Aguirre y a los desvelos del deán Martí.

Breves y de escasa importancia eran los ensayos anteriores al colosal trabajo del ilustre bibliógrafo sevillano. El comentario elegantísimo *De doctis Hispaniæ viris*, o sea *Apologia pro adserenda, hispanorum eruditione*, del docto profesor complutense Alfonso García Matamoros (vertido al castellano en el siglo pasado por el canónigo Huarte), no es otra cosa que un panegírico de nuestras letras, en que se mencionan muy pocos autores y escasísimos libros, sin indicaciones tipográficas de ninguna especie. La *Bibliotheca Hispaniæ* de Andrés Peregrino (o sea el P. Andrés Scotto) puede aún consultarse con provecho en ciertos lugares, y mereció bien de nuestras letras su extranjero autor, sólo por el intento, pero es de limitada utilidad bibliográfica a pesar de su volumen, pues de los tres de que consta, versa el primero sobre la religión, universidades, bibliotecas, concilios y reyes de España, y en los dos restantes, tras de intercalarse asimismo materias extrañas, se habla más de los autores que de los libros, y por lo general sólo de los contemporáneos del jesuita flamenco, que dio a luz su obra en Francfort el año de 1608. Un año antes había salido de las prensas maguntinas un *Catalogus clarorum Hispaniæ scriptorum* a nombre de Andrés Taxandro, índice sucinto y descarnado que generalmente se atribuye al mismo Scotto. Así en el Catálogo como en la Biblioteca se hace mérito casi únicamente de los escritores que usaron la lengua latina, falta que intentó remediar el toledano D. Tomás Tamayo de Vargas, formando un índice bastante copioso de obras castellanas, con el título no impropio de *Junta de libros la mayor que España ha visto en su lengua*. Manuscrito permanece en la Biblioteca Nacional este catálogo, hoy de escaso valor como libro de consulta, dado caso que le disfrutaron ampliamente Nicolás Antonio y otros bibliógrafos. Con tan escasos auxilios comenzó su tarea, en verdad hercúlea, el autor de la *Censura de Historias Fabulosas*, prosiguióla con ardor creciente y jamás igualada diligencia, y logró darle cima en lo posible, consagrando a ella el bien aprovechado trabajo de su vida entera. De eterna admiración son dignos sus esfuerzos, pues si reflexionamos las gravísimas dificultades con que se tropieza para formar la bibliografía del ramo menos cultivado del saber humano, el índice de los trabajos relativos a un solo punto de la ciencia, el catálogo de los escritores de una provincia, de un pueblo de limitada importancia, ¿cómo no asombrarnos de esa titánica empresa de dar a conocer en un libro cuanto en España se había escrito desde la era de Augusto hasta fines del siglo XVII, sobre cualquier materia y en cualquiera forma! Y ¿quién ha de parar la vista en los errores, en las omisiones, en las faltas de pormenor inevitables en obra semejante? Aunque mucho más graves fueran, no bastarían a contrapesar las singulares excelencias de erudición y crítica, la riqueza incomparable de noticias recogidas en aquellos cuatro volúmenes, que son aún, y serán por mucho tiempo, el monumento más grandioso levantado a la gloria de las ciencias y de las letras españolas. Conviene consultar la obra de Nicolás Antonio en la reimpresión matritense de 1783 y 1788, en que se agregaron a la *Bibliotheca Nova* las adiciones manuscritas del mismo autor, y se acrecentó la *Vetus* con las copiosísimas notas del sabio hebraizante y numismático Pérez Bayer.

El segundo ensayo de bibliografía general debiose a D. José Rodríguez de Castro, que con erudición notable, aún que sin método ni crítica, propúsose refundir, acrecentar y continuar las *Bibliothecas* de Nicolás Antonio en la suya Española que no pasó del siglo XIV, si bien, con haber quedado tan a los principios, es obra de indispensable consulta en la parte hispano-romano y en la de los tiempos medios, y puede considerarse como el mejor suplemento a la *Bibliotheca Vetus*.

Al lado de Nicolás Antonio, padre de nuestra bibliografía, debemos colocar el nombre del rey de nuestros modernos eruditos, D. Bartolomé J. Gallardo, en cuyas papeletas,

diestramente ordenadas por los señores Zarco del Valle y Sancho Rayón, veo casi realizado (un poco más de crítica no sobraría) el ideal de la labor bibliográfica, tal como la concibo y expuse al comienzo de esta epístola. El Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, riquísimo en extractos y noticias, suple gran parte de las omisiones de Nicolás Antonio respecto al siglo XVI, suministra datos y documentos sobre toda ponderación interesantes para la historia de nuestra literatura y en especial de la poesía lírica y de la dramática, y es de utilidad más directa e inmediata que ningún otro libro de bibliografía nacional para todo linaje de curiosos y de lectores. ¿Por qué desdicha no han visto aún la pública luz los últimos volúmenes de esta obra excelente, suspendida desde 1866 en la letra F? ¿A qué director de Instrucción pública estará reservada la gloria de procurar la impresión de lo restante?

Empresa es harto difícil el formar la bibliografía del siglo en que vivimos, fértil como ninguno en folletos, opúsculos, memorias, periódicos y hojas volantes. En parte muy considerable, realizáronlo, sin embargo, los señores D. Dionisio Hidalgo y D. Manuel Ovilo y Otero en sendos Diccionarios de no poco volumen, impreso en cinco tomos el primero, desde 1862 a 1873, e inédito en la Biblioteca Nacional el segundo, del cual publicó en París un extracto, con título de Manual, la casa de Rosa y Bouret. Como escritos de bibliografía general pueden considerarse, además de los citados, la Tipografía Española del P. Méndez, adicionada por Hidalgo, los Apuntamientos de nuestro paisano D. Rafael Floranes sobre el mismo asunto, y el specimen de Diosdado Caballero De prima typographiæ hispaniæ ætate, con otros opúsculos de menor cuantía relativos al primer siglo de nuestra imprenta<sup>23</sup>. Y si agregamos la voluminosa Bibliographia critica (no en todo española) del trinitario Fr. Miguel de San José, los trescientos artículos que añadió Floranes a Nicolás Antonio, los excelentes que en las Revistas Universitarias de Instrucción pública dio a luz el bibliotecario ovetense D. Aquilino Suárez Bárcena, y alguna que otra tentativa semejante<sup>24</sup>, tendremos casi completo el índice de los estudios generales de bibliografía española realizados hasta el momento en que trazo estas líneas.

Y continuando, amigo mío, en esta reseña de lo hasta hoy trabajado, para indicar después con más holgura lo que aún falta llevar a cabo, mencionaré las dos únicas bibliotecas etnográficas que poseemos, la Árabe-Hispano Escorialensis de Casiri y la Rabínico-Española de Rodríguez de Castro, ninguna de las cuales satisface las exigencias de la crítica moderna, por más que la primera fuese, en el tiempo en que salió a luz, una revelación, y hoy mismo parezca de utilidad grandísima, dado caso que no existe obra alguna que pueda con ventaja sustituirla.

Pero, aparte de la falta de método; harto sensible, y de los reparos que la ciencia contemporánea ha puesto a algunas de las traducciones allí incluidas, ha de confesarse que la obra de Casiri, reducida al catálogo de los manuscritos árabes de una Biblioteca, siquiera sea de las más ricas en este ramo, no puede suplir, sino en parte y muy indirectamente, la falta de una Bibliografía árabe-española completa, más necesaria a medida que adelantan los estudios orientales, tan interesantes para la historia de nuestra cultura. A los arabistas españoles toca llenar este vacío, y uno de ellos, el Sr. Fernández y González, está encargado oficialmente de completar y corregir el catálogo de Casiri, lo cual nos da esperanza de ver realizado antes de mucho el común deseo de nuestros eruditos, si, como creemos, el citado profesor no se limita a esta preliminar tarea sino que emprende la formación del apetecido índice de autores árabes-españoles, ya conservados en nuestras bibliotecas, ya en las extranjeras. En cuanto a la obra de Rodríguez de Castro, superior en riqueza de noticias a las anteriores de Wolfio y Bartholoccio, táchanla no pocos hebraizantes modernos de superficial y poco exacta, y fuera de desear que entre la nueva generación masorética, educada por el doctor García

Blanco, se hallase algún bibliófilo, docto, a la par, en la lengua santa y en sus afines y derivadas, que tomase a su cargo las adiciones y enmiendas al trabajo de nuestro bibliotecario.

En la clase de Bibliotecas corporativas pongo en primer término las de comunidades religiosas, limitada alguna de ellas a España, generales las más y obras por lo común de autores extranjeros.

Por la parte considerable que encierran de nuestra bibliografía, son dignos de especial mención los Anales franciscanos de Wadingo y su continuador Harold; la Biblioteca de la misma orden, formada por Fr. Antonio de San José; la excelente de escritores dominicos, de Quetif y Echard, a la cual precedieron los ensayos de Antonio Senense, Alfonso Fernández y Fr. Ambrosio de Altamira; la Carmelitana, de Cosme de Villiers de San Esteban; el Alfabeto Augustiniano, de Fr. Tomás de Herrera, los *Sœcula Augustiniana* del P. Lanteri (1858-59); la Biblioteca Mercenaria de Fr. José Antonio Garí (Barcelona, 1875), las *Bibliothecas cistercienses*, de Vischio y Muñiz, y otros menos, extensos y conocidos catálogos de autores pertenecientes a diversas órdenes, que no mostraron tanto esmero como las anteriores en la conservación de sus Memorias literarias.

A todo lo cual deben agregarse las numerosas historias de las mismas sociedades monásticas, que, sin ser obras propiamente bibliográficas, contienen, no obstante, un tesoro de noticias acerca de no pocos escritores, siendo notables, en tal concepto, la Crónica de la Orden de San Benito, de Yepes, la que en muy elegante estilo escribió de los jerónimos el P. Sigüenza, y otras que fuera prolijo, y no parece necesario, enumerar. Pero ninguna Orden religiosa ha excedido a la Compañía de Jesús en lo esmerado y completo de su extensa y curiosísima bibliografía. Ya en 1608 publicose en Amberes el catálogo de escritores jesuitas, formado por el ilustre P. Rivadeneyra. Continuáronle Nieremberg, Alegambe y otros egregios varones de la Compañía, así nacionales como extranjeros, y llegados los tiempos de expulsión y extrañamiento, dos jesuitas de la provincia de Aragón, Diosdado Caballero y Onofre Prat de Sabá, formaron en Italia sendos catálogos de los deportados españoles que tan gallarda muestra habían dado de su saber en todo linaje de ciencias y disciplinas. A coronar todos estos ensayos, y otros que al presente no recuerdo, vino en 1859 la muy erudita *Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jésus*, publicada en Lieja por los Padres Agustín y Luis Backer, obra que adolece, no obstante, sin duda por la dificultad de la empresa, de omisiones aún yerros, por lo menos en la parte española.

No menos poderosos, influyentes, conspicuos y fecundos en ilustres escritores que las Órdenes religiosas, fueron los llamados Colegios Mayores, muertos a mano airada por D. Manuel de Roda en tiempo de Carlos III. De los escritores salidos del seno de tales corporaciones, poseemos notable bibliografía, gracias a las vigilias de Rezabal y Ugarte, y encuéntranse además noticias en la Historia del Colegio Viejo de San Bartolomé de Salamanca, que ordenó el marqués de Alventos.

Como incluidos también en la sección bibliográfica de corporaciones, pueden estimarse los catálogos de escritores alumnos o maestros de las Universidades de Salamanca, Oviedo, Zaragoza y Valencia, que acompañan a las Memorias históricas de dichas escuelas, publicadas en estos últimos años por los Sres. Vidal y Díaz, Canella y Secades, Borao y Velasco, si bien tales apéndices son por su naturaleza harto breves, y sólo pueden servir de índices o registros para quien emprenda formar la Bibliografía universitaria ibérica, no intentada aún por nadie que yo sepa.

Mucho más rica que la sección anterior, es la de Bibliotecas regionales, en la cual comprendo las de reinos, provincias, comarcas y ciudades. A continuación va el índice

de las que conozco, muy incompleto, sin duda, pero que demuestra el grado de cultivo obtenido en España por esta rama de la erudición bio-bibliográfica.

PORTUGAL. Excede en este punto a las demás regiones peninsulares: posee la magna Bibliotheca Lusitana, de Barbosa Machado (a quien precedieron en su empresa Juan Franco Barreto, Jorge Cardoso y algún otro)<sup>25</sup>, y el admirable Diccionario bibliográfico, de Inocencio de Silva, que aumenta y corrige la obra de su predecesor y la continúa hasta nuestros días.

En la Biblioteca Nacional se conserva un manuscrito del Sr. D. Domingo Pérez, relativo a los escritores portugueses que han escrito en lengua castellana.

VALENCIA. Sigue a Portugal en materia bibliográfica. Aparte de los ensayos hechos en el siglo XVII por Onofre Esquerdo y D. Diego de Vich, cuenta tres bibliotecas impresas: la del P. Rodríguez, continuada por el P. Savalls; la de Jimeno y la de su adicionador Pastor y Fuster, que la prosiguió hasta 1829. Hanse publicado además diversos opúsculos eruditos sobre puntos aislados de la historia literaria de aquel reino, y entre ellos El teatro en Valencia, de D. Luis Lamarca.

ARAGÓN. A ninguna de nuestras bibliotecas regionales cedería la de Latassa, si la falta de método y lo farragoso e indigesto del estilo no oscurecieran las cualidades de erudición y exactitud que en ella resaltan<sup>26</sup>. Esperamos que los iniciadores de la Biblioteca Aragonesa refundan, amplíen y terminen este trabajo. Acerca de la Imprenta en Zaragoza, conozco un folleto del Sr. Borao<sup>27</sup>.

CATALUÑA. Aparte de otros catálogos anteriores de menor importancia, posee el Diccionario de escritores catalanes, de Torres Amat, ligero e incompleto, aunque rico en noticias, y el Suplemento al mismo, de Corominas y Aleu, que repara algunas de sus omisiones. Aún resta no poco que trabajar en la bibliografía del Principado, pero es de creer que agote la parte lemosina el docto bibliotecario señor Aguilo, en su obra premiada, ha no pocos años, por la Biblioteca Nacional, aunque por desdicha no impresa todavía. Sobre escritores gerundenses existe una Memoria del Sr. Girbal.

ISLAS BALEARES. D. Joaquín M. Bover ha publicado una extensa y erudita Bibliografía balear, de la cual se han hecho dos ediciones, muy aumentada la segunda, que puede considerarse como obra nueva.

Las regiones del Mediodía, Centro y Norte de la Península han sido en esta parte menos afortunadas que Portugal y la corona aragonesa. Los estudios bibliográficos (con alguna excepción) han sido más breves en Castilla, y muchos de ellos permanecen inéditos. Tengo noticia de los siguientes:

ANDALUCÍA. Sevilla.- Rodrigo Caro (Claros varones en letras, naturales de Sevilla), y sus continuadores don Diego Ignacio de Góngora y D. Juan Nepomuceno González de León, el analista Ortiz de Zúñiga, Arana de Varflora, o séase el P. Valderrama (Hijos ilustres de Sevilla), Matute y Gaviria, más que todos diligente; muchos contemporáneos nuestros, entre los cuales recordamos a los señores Colom, Álava, Asensio, Gómez Aceves, Bueno, Palomo, Lasso, etc., y la Sociedad de bibliófilos andaluces, han acopiado innumerables datos para la bibliografía hispalense, siendo de lamentar que no se hallen reunidas en una obra de fácil manejo las noticias hoy dispersas en manuscritos, libros no frecuentes, prólogos y artículos de revistas. La Biblioteca Nacional premió tiempo atrás la Tipografía Sevillana (siglo XV), del Sr. Escudero y Perosso.

Cádiz.- Sólo he visto el Diccionario de Cambiaso, sobremanera incompleto, y los Hijos ilustres de Jerez de la Frontera, obra del Sr. Parada.

Córdoba.- Hijos ilustres de esta provincia, manuscrito de D. Luis M. Ramírez de las Casas Deza, conservado en la Biblioteca Nacional. Es más biográfico que bibliográfico y crítico.

Granada.- Bibliografía granadina hasta fines del siglo XVIII. Ms. de D. Juan F. Riaño, premiado por la Biblioteca Nacional.

CASTILLA LA NUEVA. Madrid.- El Diccionario de Álvarez Baena tiene de bibliográfico muy poco, y esto con frecuencia inexacto. Más que a los escritores atiende a los nobles nacidos en Madrid, a quienes, por el sólo hecho de serlo, considera ilustres, deteniéndose con fruición a trazar sus genealogías y describir sus escudos de armas<sup>28</sup>.

Toledo.- Es muy de sentir que el docto cronista de la imperial ciudad, Sr. Gamero, ha poco difunto, no hubiese dedicado una parte de sus aprovechadas tareas a la formación de una Biblioteca toledana. Las únicas noticias que sobre el particular se han recogido, hay que buscarlas en su Historia y en las de otros analistas anteriores, que por incidencia traen algo aprovechable para la historia literaria.

Cuenca.- Posee, no un seco catálogo de ediciones, ni un fárrago de apuntes bibliográficos, como otras provincias menos afortunadas, sino una serie de admirables estudios, modelos de erudición y de crítica, que debieran ser luz y espejo de bibliógrafos y eruditos. Cuatro tomos de notable volumen lleva publicados el Excmo. señor don Fermín Caballero, relativos a Hervás y Panduro, Melchor Cano, el Dr. Montalvo y los hermanos Juan y Alfonso de Valdés. En ellos ha dado a conocer, no sólo la importancia científica y literaria de cada uno de sus personajes, sino las ideas y el espíritu de la época en que vivieron y la atmósfera intelectual que respiraron. La tipografía conquense queda asimismo ampliamente ilustrada en el opúsculo La imprenta en Cuenca, del mismo autor<sup>29</sup>.

EXTREMADURA. El Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes, infatigable explorador de las glorias de su país natal, es autor de un Catálogo bibliográfico de obras útiles para la historia de Extremadura, premiado por la Biblioteca Nacional, y hoy refundido en el Aparato bibliográfico, del cual han visto la luz pública dos tomos. En él anuncia el Sr. Barrantes hallarse ocupado en una bibliografía de extremeños ilustres, que servirá de complemento a sus notables estudios.

CASTILLA LA VIEJA Y REINO DE LEÓN. Doloroso es decirlo, pero necesario. Las provincias castellanas y leonesas han manifestado escasísimo interés en la conservación de sus memorias literarias. Segovia posee el apéndice de escritores que añadió Colmenares a su Historia y los Apuntes biográficos de escritores segovianos de D. T. Baeza (1877). En los anales eclesiásticos y seculares de las demás capitales y poblaciones de importancia se encuentran esparcidas muchas noticias útiles, pero no expuestas con criterio bibliográfico ni en forma erudita. Ni aún ciudades de tan gloriosa historia como Valladolid y Burgos<sup>30</sup>, ni aún la Atenas española, foco de saber y de cultura, centro además de una escuela literaria en días no muy lejanos, han cuidado de formar sus catálogos bibliográficos. Si algo se ha intentado en tal sentido, son tan escasas la extensión e importancia de los ensayos, que sus títulos y los nombres de sus autores se van de la memoria y de la pluma. La Biblioteca Nacional premió en uno de sus últimos concursos una Colección biográfico-bibliográfica de noticias concernientes a la historia de Zamora, por D. Cesáreo Fernández Duro.

LAS ASTURIAS. Asturias de Santillana o Montaña de Santander.- Sepárola de Castilla, con la cual no tiene otras relaciones que las puramente administrativas y las comerciales, y la asocio, como más afin, al Principado de Asturias. De extensión territorial harto reducida, pero con historia y costumbres propias, la comarca montañesa, patria nuestra muy amada, recuerda con orgullo no pocos blasones literarios, alcanzados por naturales y oriundos de su suelo. A pesar de haberse contado entre ellos eruditos y bibliógrafos tan eminentes como Floranes, el P. La Canal y La Serna Santander, ninguno pensó en registrar ordenadamente los trabajos científicos de sus conterráneos. Algo se ha intentado en nuestros días. La Biblioteca Nacional ha premiado en el

presente año un Diccionario de obras útiles para la historia de Santander, obra de un extraño a nuestro país, el Sr. D. Enrique de Leguina, a quien debemos agradecimiento por su diligencia. Y aunque parezca de mal tono literario sacar a plaza el propio nombre, y más cuando éste es de sobra oscuro e insignificante, sabe usted, amigo mío, que me he propuesto formar una serie de monografías crítico-bibliográficas acerca de nuestros escritores, de la cual ha visto la luz pública el primer estudio, dedicado a la apreciación de las producciones del ilustre santanderino D Telesforo Trueba y Cosío.

Asturias de Oviedo.- A fines del siglo pasado, el docto canónigo de Tarragona, González Posada, acometió la empresa de formar una Biblioteca de escritores asturianos. El primer bosquejo de su trabajo, remitido por él a Campomanes, ha visto la luz pública como anónimo en el tomo I del Ensayo de una biblioteca española formado sobre los apuntamientos de Gallardo. Extendidas con la brevedad que allí aparecen, las primeras notas, dio Posada mayor extensión a sus trabajos, y con el título no muy propio de Memorias históricas del Principado, publicó un primer tomo que abraza sólo la letra A de su Diccionario, no limitado ya a los escritores, sino comprensivo de todos los asturianos ilustres. Perdióse en Tarragona, de la manera que usted sabe, el resto de su obra, harto farragosa y poco crítica, y hasta estos últimos años no se pensó en reparar su falta con una nueva Biblioteca Asturiana. Hala formado con diligencia el Sr. Fuertes, catedrático de este Instituto, y se guarda el manuscrito en la Biblioteca Nacional.

GALICIA. Existen: un Diccionario de escritores gallegos (lastimosamente interrumpido en su publicación), del Sr. Murguía; un Catálogo de libros útiles para la historia de aquel reino, formado por el bibliotecario de la Universidad de Madrid D. José Villamil y Castro, y el ensayo (manuscrito en la Biblioteca Nacional) sobre La imprenta y la prensa periodística en Galicia, del Sr. Soto Freire<sup>31</sup>.

No tengo noticia de más bibliografías peninsulares, faltando entre otras (y es falta notable en provincias tan apegadas a sus tradiciones) la vasco-navarra, para la cual sólo se hallan noticias sueltas esparcidas en muy desemejantes libros y folletos<sup>32</sup>.

Existen además las siguientes Bibliotecas americanas, sin otras que de seguro no habrán llegado a mi noticia<sup>33</sup>:

Generales.- León Pinelo. Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica. Madrid, 1629, en un solo tomo, y con adiciones mucho más considerables que el texto por D. Andrés González Barcia, en Madrid, 1737-38, tres volúmenes.

Biblioteca Americana de Ternaux Compans.- También son útiles para nuestra bibliografía, la Asiática y la Africana.

Bibliotheca Americana Nova de Rich. Londres, 1846.

Harrise (Enrique), Biblioteca Americana Vetustissima. A description of works relating to America, published between the years 1492 and 1551. New-York, 1816.- Additions, París y Leipzig, 1872.

La Imprenta en América, del mismo. New-York, 1866. Hay una traducción castellana con notables adiciones del Sr. Zarco del Valle.

Apuntes para un Catálogo de escritores en lenguas indígenas de América, por D. J. García Icazbalceta. Méjico, 1860<sup>34</sup>.

Los idiomas de la América latina, por D. F. Cibdad y Sobron, Madrid, 1876. Es una especie de Catálogo bibliográfico, muestra de otro más extenso que tiene inédito su autor.

México.- Eguiara y Eguren. Bibliotheca Mexicana, sive eruditorum historia virorum qui in América Boreali nati vel alibi geniti, in ipsam domicilio aut studiis asciti, quavis lingua scripto aliquid tradiderunt. Méjico, 1755. Un tomo que comprende hasta la letra C. Los borradores del autor alcanzaban hasta la I.

Beristain de Souza. Biblioteca Hispano-Americana Septentrional o Catálogo y noticia de los literatos que educados en la América Septentrional española han dado a luz algún escrito, etc. Méjico. 1816-21. Tres tomos en folio. Obra abundante en noticias, aunque le falta rigor bibliográfico en las descripciones.

Isla de Cuba.- En la Biblioteca Nacional se conserva un manuscrito moderno, más biográfico que bibliográfico, acerca de los ingenios nacidos en esta colonia. No recuerdo el nombre de su autor.

América del Sur.- Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos, por D. José María Rojas. (París, 1875.)

Ensayo sobre la historia de la literatura Ecuatoriana, por Pablo Herrera. Quito, 1860.

Gutiérrez (J. M). Apuntes biográficos de escritores, oradores, etc., de la República Argentina. Buenos-Aires, 1860.

Id. Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires con noticias sobre orígenes del arte de imprimir en América. Buenos-Aires, 1866.

Id. Estudios biográficos... sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX. Buenos-Aires, 1865.

Torres Caicedo. Ensayos biográficos sobre los principales publicistas, oradores, historiadores, poetas y literatos de la América latina.

Filipinas. D. Sebastián Vidal y Soler insertó un Catálogo de libros útiles para la historia y geografía de aquellas islas al fin de su Memoria sobre los montes de Filipinas. Véase además el Apéndice VI a las Guerras Piráticas de Mindanao y Joló, publicadas por el Sr. Barrantes, y algunos artículos del Sr. Pano en la Revista de Filipinas.

Con intento más científico que el de las bibliotecas regionales, se han formado en España algunas por orden de materias. Su número es por desgracia harto breve. Entre ellas merecen especial recuerdo la Historia bibliográfica de la medicina española, de Hernández Morejón, y la que con el título de Anales publicó D. Anastasio Chinchilla; la Bibliografía médica-portuguesa, de Fonseca Benavides. La Botánica y los Botánicos de la península hispanolusitana, obra del Sr. Colmeiro (D. Miguel); la Biblioteca mineralógica., de los Sres. Maffei y Rua Figueroa; el Diccionario de bibliografía agronómica, de D. Braulio Antón Ramírez; los Apuntes bibliográfico-forestales de D. José Jordana y Morera (Madrid, 1875); la Biblioteca Marítima, de Navarrete, la Bibliografía Militar, del Sr. Almirante<sup>35</sup>; la de los Economistas españoles, del Sr. Colmeiro (D. Manuel); la Económico-Política, de Sempere y Guarinos; la de Historiadores de reinos, ciudades, villas, iglesias y santuarios, de D. Tomás Muñoz Romero; el admirable Catálogo del teatro antiguo español, del malogrado y eruditísimo La Barrera, libro que en saber y diligencia deja muy atrás los ensayos antecedentes. Si a estas obras, nacidas en su mayor parte de los concursos de la Biblioteca Nacional, agregamos la Hispania Orientalis de Paulo Colomesio; la comenzada Biblioteca de traductores, de Pellicer; el Specimen, del P. Pou sobre la misma materia; los Apuntes, del Sr. Apraiz, para una historia de los estudios helénicos en España; el Catálogo de piezas dramáticas anteriores a Lope de Vega, que acompaña a los Orígenes del Teatro Español, bellísimo estudio de Moratín; el Índice del teatro del siglo XVIII, que puso el mismo egregio dramaturgo al frente de sus Comedias; los muy copiosos y esmerados Catálogos de pliegos sueltos y libros que contienen romances, unidos por el sabio Durán a la última edición de sus Romanceros; los de Poemas heroicos, místicos, históricos, burlescos, etc., publicados por los Sres. D. Cayetano Rosell y D. Leopoldo A. de Cueto<sup>36</sup> en los tomos XXIX y LXVII de la Biblioteca de Autores Españoles; los Índices cronológicos de dramáticos del siglo XVII, incluidos en la misma colección por el Sr. Mesonero Romanos; el de Libros de caballerías españoles y portugueses, del señor Gayangos; la Biblioteca Genealógico-Heráldica, de Franckenau; el Ensayo

bibliográfico sobre los principales poetas portugueses, de Costa e Silva (Lisboa, 1855); y descendiendo a trabajos de menor extensión e importancia, la Biblioteca militar española, de García de la Huerta; la Biblioteca histórica portuguesa, de Figanière; el ensayo de una Biblioteca antirabínica, de Ribeiro dos Sanctos (tomo VII de las Memorias de la Academia de Ciencias de Lisboa), el Catálogo de escritores de veterinaria, del Sr. Llorente y Lázaro, la Bibliografía venatoria, de Gutiérrez de la Vega, y la de libros de gineta, de Balenchana, tendremos casi completa la lista de las monografías bibliográficas, por orden de materias, dadas hasta hoy a la estampa. Pero inéditas se conservan algunas más, premiadas o adquiridas casi todas por la Biblioteca Nacional, cuales son: el Catálogo de escritores de Bellas Artes en España, del Sr. Zarco del Valle; el de Relaciones y Fiestas, de D. Genaro Alenda, inteligentísimo ordenador de la sala de Varios de dicho establecimiento; la Monografía acerca de las colecciones de refranes, obra del Sr. Sbarbi, que se dispone a publicarla, a par de la rica y curiosa colección que con el título de Refranero da a la estampa, llevando ya impresos cinco volúmenes; el Catálogo de periódicos, del Sr. Hartzenbusch (don Eugenio); el de Escritores de matemáticas en el siglo XVI, formado por el Sr. Picatoste; el muy rico y extenso del Moderno teatro español, de D. Manuel Ovilo y Otero; la Biblioteca jurídica, de Fernández Llamazares, y la de Poetas líricos antiguos y modernos, citada sin indicación de su autor en la Memoria de la Biblioteca Nacional correspondiente a 1872, y como presentados en la misma Biblioteca y no premiados un catálogo de tragedias españolas y otro de fabulistas.

En punto a índices y catálogos de Bibliotecas públicas y particulares, con mencionar, aparte de los registros e inventarios de diversas colecciones formados en los siglos XV, XVI y XVII sin rigor bibliográfico suficiente<sup>37</sup>, el Casiri ya citado, la excelente Bibliotheca Græca-Matritensis, de Iriarte (D. Juan), trabajo el más esmerado que ha salido de manos de nuestros helenistas; el Specimen bibliothecæ hispano-majansianæ; el ligerísimo Catálogo de Mss. del Escorial, del Sr. Llacayo; el Índice de los manuscritos españoles conservados en las Bibliotecas de Roma, de Hervás y Panduro, el Catalogue of the Spanish Mss. in the British Museum, del Sr. Gayangos, el de Manuscritos de las Bibliotecas de París, dado a la estampa años ha por D. Eugenio de Ochoa; el que tiene dispuesto para la prensa mi docto amigo Morel Fatio, corrigiendo los infinitos yerros de su predecesor; los diversos Índices<sup>38</sup> de la Universidad de Salamanca la Memoria descriptiva de los códices notables conservados en los Archivos Eclesiásticos de España, del Sr. Eguren, y los tres ricos y extensos Catálogos de nuestro La Serna Santander (Bruselas, 1803; 5 volúmenes), del marqués de Morante y de Salvá; el Relatorio acerca de la Biblioteca Nacional de Lisboa, por José Feliciano de Castilho; el Catálogo de los Mss. de la Biblioteca de Évora, formado por Joaquín Heliodoro da Cunha Rivara; y el de Mss. portugueses del Museo Británico, tendremos expuesto lo más notable que sobre el particular recuerdo.

A estas seis especies de bibliotecas pudieran añadirse otras dos, la de épocas y la de sectas religiosas. Pero no habiendo de la primera clase más ejemplos que el Ensayo de una biblioteca de los mejores escritores españoles del reinado de Carlos III, de Sampere y Guarinos, y los dos Diccionarios de autores del siglo XIX, ya mencionados; y estando limitada por hoy la segunda a la Biblioteca Wiffeniana del sabio profesor de Strasburgo, doctor Bohemer, relativa a los protestantes españoles del siglo XVI, no he juzgado necesario hacer clase aparte de tales libros. Por razón análoga omito las bibliografías especiales de cada autor, de su escuela, discípulos, imitadores, etc.; pues, fuera de la Biblioteca Luliana, de Roselló, inédita todavía, no conozco ninguna que forme libro aparte, dado que suelen acompañar como apéndices a las monografías crítico-bibliográficas de cada autor, que citaré en sazón más oportuna<sup>39</sup>.

A todo este arsenal erudito han de añadirse las bibliografías generales de Brunet, La Serna Santander, Hain y tantos otros que fuera prolijo citar aquí, libros de indispensable consulta, debidos en su mayor número a autores extranjeros<sup>40</sup>.

Tal es (salvas inevitables omisiones) el caudal bibliográfico hoy existente<sup>41</sup>

. ¿Cuál de los métodos hasta ahora adoptados para la composición de este linaje de obras es más científico, más útil y, satisface mayor necesidad en España? No dudo responder que el de materias. La Bibliografía general es hoy por hoy, imposible en España como en todas partes. Debe ser el desideratum de la erudición y de la crítica, pero no conviene empeñarnos en tentativas directas, y sin duda infructuosas, para conseguirlo. Deben fomentarse los trabajos eruditos acerca del movimiento intelectual en cada una de las regiones de nuestra Península, para que por tal camino se conserve la autonomía científica y literaria de que algunas ciudades, como Barcelona y Sevilla, disfrutaban; adquieran otras la independencia, carácter y vida propia de que hoy, a pesar del número y calidad de sus ingenios, carecen; crezca en nosotros el amor a las glorias de nuestra provincia, de nuestro pueblo y hasta de nuestro barrio, único medio de hecer fecundo y provechoso el amor a las glorias comunes de la patria, y sea posible contrarestar esa funesta centralización a la francesa, que pretende localizar en Madrid cuanto de vida literaria existe en todos los ámbitos del suelo español, borrando por ende toda diferencia y todo sello local, para obtener en cambio una ciencia y un arte reflejos pálidos de la ciencia y del arte extranjeros, no pocas veces antipáticos y repulsivos a nuestro carácter. Aparte de esta capital consideración, los catálogos de escritores provinciales conducirán en un término lejano a la formación de la bibliografía general; los estudios sobre la imprenta en cada una de nuestras ciudades formarán unidos la Tipografía Española, y los índices de libros útiles para la historia particular son materiales para el Aparato bibliográfico a la historia de España, obra que falta aún, como asimismo faltan el Arqueológico y el Diplomático, trabajos preparatorios indispensables, sin los cuales, y numerosas colecciones de documentos a más de las existentes, nunca lograremos poseer una Historia completa, erudita y digna de su nombre.

Pero aún más necesarias que las Bibliotecas regionales, de las cuales existen al cabo gran número, son las compuestas por materias, muy escasas todavía en España; libros que satisfacen de lleno las condiciones que la historia literaria tiene derecho a exigir de la bibliografía, pues su unidad interna no está limitada por las condiciones de tiempo y espacio, sino por la naturaleza de cada rama del saber, apareciendo los escritores en ellos incluidos como eslabones de la misma cadena. De ese género de bibliografías, formadas con los requisitos que señalé al principio de la presente carta, es muy fácil el tránsito a las monografías histórico-críticas.

Por desgracia, consideraciones materiales de poco levantada índole limitan en España, del modo que usted sabe, la producción de libros eruditos. No hay público para esta clase de trabajos, y su impresión, con frecuencia hartamente costosa, suele no ser accesible a las fuerzas de un particular, que teme empeñar sus recursos en un libro de difícil o dudosa venta. Por tal razón hallo digna de toda alabanza la institución de premios anuales para este objeto en la Biblioteca Nacional, institución provechosísima, de que nuestras letras son deudoras al insigne erudito señor D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe. En el escaso tiempo transcurrido desde el primer concurso hasta hoy, ha dado por naturales frutos un número de obras bibliográficas superiores en extensión y en importancia a cuanto se había trabajado en España en el medio siglo antecedente. Algo se ha detenido este movimiento desde el año 67, por una causa verdaderamente lamentable, que dará ocasión a la muerte de toda actividad bibliográfica, si pronto no se acude al remedio. Desde aquella fecha no se ha impreso una letra de ninguna de las

obras premiadas, y, lo que es aún más de sentir, ha quedado incompleto el importantísimo Ensayo de Gallardo, Zarco del Valle y Sancho Rayón. ¿Cuál es la causa de semejante atraso? La ignoro: tal vez los malos tiempos que hemos corrido; tal vez la indiferencia con que en España se miran estas cosas. Pero sí afirmo que de no remediarlo presto quien puede y debe, darase ocasión a que el público no tenga medio fácil de apreciar el acierto del Jurado en sus calificaciones, confiscarse en provecho de los pocos literatos que en Madrid residen y pueden a toda hora concurrir a la Biblioteca Nacional lo que debiera ser patrimonio común de la erudición española; harase cada día más difícil el conocimiento de nuestras riquezas literarias, y a la postre faltarán aspirantes a los premios, pues no es grande estímulo la mezquina recompensa pecuniaria a ellos aneja, ni aún la entrada en el cuerpo de Bibliotecarios, para que consienta nadie en enterrar en la sala de manuscritos una obra, fruto tal vez de largos afanes y vigiliias.

Es, pues, urgentísima la publicación de los trabajos hasta hoy premiados, y si arredrare a la Superioridad el escasísimo coste de tal empresa (pues aquí para todo lo útil se tropieza con dificultades increíbles, al paso que nadie para mientes en los gastos que ocasionan tantas y tantas cosas superfluas), creo que fuera preferible suspender por algunos años los concursos y publicar en tanto las obras existentes, a dejar de cumplir lo que se anunció en las condiciones de los concursos como parte (y la más esencial) del premio.

Pero tal vez se me dirá: ¿A qué tanta protección a esos estudios? ¿A qué fomentar la composición de obras bibliográficas, cuando existen tantas como ya dejo citadas, aparte de las muchas que habré omitido? ¿No se ha trabajado bastante en ese campo? ¿Quedan aún puntos sin explorar? ¿No sabemos bastante de nuestros escritores? La respuesta es muy sencilla: a continuación va el índice de algunos de los Diccionarios bibliográficos que nos faltan todavía. Elijo sólo aquellas materias de mayor y más reconocido interés, prescindiendo de otras muchas que solicitan de un modo menos imperioso la curiosidad erudita:

\* 1. Biblioteca de Teólogos

o Escrituarios

o Escolásticos.

o Dogmáticos.

o Moralistas.

\* 2. De Místicos y Ascéticos.

\* 3. Filósofos.

\* 4. Moralistas no teológicos.

\* 5. Jurisperitos.

o Civilistas.

o Canonistas.

\* 6. Políticos y tratadistas de Filosofía política.

\* 7. Escritores de Alquimia, Química y Física. (Pudieran dar materia a dos Bibliotecas, cuya formación incumbe de derecho a mi sabio amigo y maestro en materia bibliográfica don José R. de Luanco, autor de la excelente monografía acerca de Raimundo Lulio considerado como alquimista, y al Sr. Rico y Sinobas, ilustrador de las obras científicas del Rey Sabio.)

\* 8. Zoólogos.

\* 9. Geógrafos y Cronologistas.

\* 10. Arqueólogos.

\* 11. Historiadores generales y de sucesos particulares.

- \* 12. Historiadores de órdenes religiosas y monasterios, Genealogistas, etc., etc. (Sobre el segundo de estos grupos existe la Bibliotheca Genealógico-Heráldica, de Franckenau, o sea D. Juan Lucas Cortés; pero es muy incompleta)<sup>42</sup>.
- \* 13. Estéticos, preceptistas, críticos o historiadores de la literatura.
- \* 14. Orientalistas.
- \* 15. Humanistas.
- \* 16. Autores que han escrito de o en lenguas exóticas.
- \* 17. Poetas españoles que han escrito en griego, en latín o en alguna de las lenguas vulgares no habladas en la Península Ibérica.
- \* 18. Líricos castellanos, galaico-portugueses y lemosines.
- \* 19. Poetas épicos.
- \* 20. Novelistas.
- \* 21. Biógrafos, y Bibliógrafos.
- \* 22. Anónimos, pseudónimos, plagarios, curiosidades literarias. (Obra análoga al Diccionario de supercherías bibliográficas, de Querard.)
- \* 23. Heterodoxos españoles. (Completar a Bohemer con la noticia de todos los que en Iberia extravagaron de la fe católica antes y después de la Reforma protestante del siglo XVI.)
- \* 24. Biblioteca de Traductores de lenguas clásicas y de poetas modernos. (Llevo muy adelantada esta Biblioteca.)
- \* 25. Traductores de idiomas vulgares.
- \* 26. Escritores oriundos de España, aunque hayan nacido y escrito en país y lengua extranjeros. Escritores extranjeros que han usado cualquiera de las lenguas peninsulares en todos o en alguno de sus escritos.
- \* 27. Autores extranjeros que han escrito de cosas de España.
- \* 28. Matemáticos ibéricos anteriores y posteriores al siglo XVI.
- \* 29. Autores cuyas obras se han perdido.
- \* 30. Escritoras españolas.
- \* 31. Obras prohibidas. Pudiera hacerse un trabajo curiosísimo cotejando los diversos índices expurgatorios de la Inquisición.

Quando esté realizado todo o la mayor parte de este programa, podrá decirse con fundamento que la bibliografía española queda ampliamente ilustrada. Hasta tanto, y mientras sigamos ignorando la mitad de nuestro pasado intelectual, no me cansaré de solicitar protección y apoyo, para este linaje de estudios, de suyo áridos e ingratos, que reportan fatigas considerables, aunque no honra ni provecho.

En mi próxima epístola trataré del segundo medio de promover el estudio de nuestra historia científica, o sea de las monografías expositivo-críticas.

Santander, Junio de 1876.

- III -

Mr. Masson Redivivo

Mi muy querido amigo y paisano: Parece que algún revoltoso duende anda empeñado en hacerme prolongar esta correspondencia. No será para mal, puesto que Dios se lo consiente. He aquí que cuando pensaba continuar hablando con todo reposo acerca de los medios de facilitar a la generación actual el conocimiento de nuestra ciencia antigua, se me atraviesa el ingenioso y agudo crítico don Manuel de la Revilla, que en el último número de la Revista Contemporánea nos larga tremenda filípica, llamando mito a la filosofía española, y soñadores a los que en ella nos ocupamos, citándonos a usted y a

mí (aunque indigno) nominatim, y honrándonos con un calificativo que por mi parte no acepto, aunque se lo agradezca de veras. Justo parece que, a modo de paréntesis, nos hagamos cargo de las afirmaciones de este caballero, eco póstumo de aquel Mr. Masson de la Enciclopedia tan briosamente refutado un siglo ha por Cavanilles, el abate Denina y Forner, ya que no duda en lanzarlas al mundo, suscritas con su nombre y apellido. Y comencaré por advertir que ninguna extrañeza me ha causado el verlas en letras de molde en la Revista citada, pues parece que esa publicación profesa odio mortal a todo lo que tenga sabor de españolismo, y yo, por mi parte, juro que desde que apareció por estas playas, ando buscando en ella a meco de candil algún artículo, párrafo o línea castellanos por el pensamiento o por la frase, y muy pocas veces he logrado la dicha de encontrarlos. Como no sé el alemán, ni he estudiado en Heidelberg, ni oído a Kuno Fischer, no me explico la razón de que en una revista escrita (al parecer) en español y para españoles, sea extranjero todo, los artículos doctrinales, las novelas, las poesías y hasta los anuncios de la cubierta. Dios nos tenga de su mano. Si esto sigue así algunos años, ¿qué será de los desdichados que jamás entramos en el Sancta Sanctorum del Deutschen, y que en vez de leer a Hartmann y a Schopenhauer y a otros pensadores y filósofos eximios, cuyos nombres acaban en of y en graf, como los de los héroes de El Gran Cerco de Viena, gastamos el tiempo y la paciencia en los añejos y trasnochados libros de esos pobres españoles de las tres centurias antecedentes, que vivieron bajo el triple yugo de todos los despotismos, de todas las intolerancias, de todas las supersticiones? Afortunadamente, los redactores de la Revista Contemporánea no paran mientes en esa grey servil, aherrojada por el despotismo y la Inquisición, y siguen impertérritos su camino. Con ellos me entierren, que son inteligencias abiertas a todo viento de doctrina y libres de preocupaciones históricas. ¿Qué extraño que menosprecien la filosofía española?

Cosas más raras estamos viendo cada día. Parecía que ya era tiempo de que callase esa literatura progresista de perversa ralea, cuyas inocentadas han sido la delicia de tres generaciones. Pues he aquí que el eminente lírico Sr. Núñez de Arce (nombre caro a nuestras musas), al tomar asiento en la Academia Española, se acuerda de haber sido periodista y diputado constituyente y gobernador de Barcelona después del movimiento setembrino, y con mengua de su buen juicio y talento poderoso (¡debilidades humanas!) nos regala un trocito de poesía doceañista, capaz de hacer llorar a las piedras. El Sr. Núñez de Arce es de los que para todo encuentran una explicación: la intolerancia. ¡Felices ellos que así poseen la clave de nuestra historia!

El vulgo de los mortales nos devanamos el seso para comprender cómo esa intolerancia puede producir efectos contradictorios. Unos dicen que las letras españolas florecieron gracias a la intolerancia, pero que ésta mató toda actividad científica; otros afirman que la susodicha intolerancia echó a perder ciencia y arte y costumbres, todo en una pieza. De estos es el Sr. Núñez de Arce. Al leer su discurso me parecía tener a la vista el estudio crítico que antepuso el abate Marchena a sus Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia, o algún otro de los alegatos que por el tiempo de éste, aparecieron en defensa de la imbecilidad y estupidez de nuestra raza. El nuevo académico está, por lo visto, en tales cuestiones a la altura de los críticos del año de gracia 1820. No le envidio la triste gloria de sustentar causa tan antipatriótica y atrasada. El Sr. Núñez de Arce, que como poeta tiene no pocas semejanzas con el gran Quintana, hasta en lo declamador a veces, se le parece mucho más en ideas religiosas y políticas: uno y otro se hacen insoportables cuando se acuerdan de que pertenecen a la incorregible y reacia estirpe liberalesca de comienzos del siglo presente.

Pero dejemos el discurso del nuevo académico, ya que con tanta brillantez le trituró su compañero el Sr. Valera (pocas veces se pudo decir con igual exactitud que ahora: Paz a

los muertos), y, hablemos algo del artículo del señor de la Revilla, al cual dio principal asunto la solemnidad literaria en que fue leído aquel sangriento ataque a nuestra cultura. El crítico ex-krausista se entusiasma con él y bate palmas de gozo al hallarse con una nueva catilinaria contra la Inquisición y la gente de sotana. A otro le causaría empalago tan enfadosa repetición de lugares comunes; al señor de la Revilla no: en este punto es insaciable: trivialidades, contradicciones, absurdos, todo sirve para su propósito. Examinemos punto por punto los párrafos que dedica a esta materia, y no espere usted, amigo mío, descubrir una idea, ni una noticia nueva; es la peroración eterna con algunas variantes, no siempre atinadas.

Ante todo, ha de advertirse que el señor de la Revilla no conviene en absoluto con las ideas del autor de los Gritos del Combate, y hace algunas salvedades respecto a la literatura, aunque ninguna en punto a la ciencia. Vea usted cómo se explica en cuanto al segundo de estos dos ramos de la cultura patria: «A despecho de los que se obstinan en descubrir en aquella época un supuesto florecimiento de la ciencia española, es lo cierto que en este punto caímos bien pronto en lamentable atraso.» Contradicción lastimosa en el pensamiento y en la frase. Si caímos en atraso, sería porque hasta entonces estábamos adelantados; sería porque antes floreciera la ciencia en nuestro suelo, pues mal se puede decir que decae lo que primero no ha existido; no se queda atrasado, el que no se pone en camino. Ahora quisiera yo que el señor de la Revilla fijase las épocas de florecimiento y de decadencia en nuestra actividad científica, no con vigas afirmaciones de es cierto y es indudable, sino con ejemplos al canto, como discuten los míseros mortales que no han penetrado los arcanos de las novísimas filosofías. Yo le aseguro que el determinar estos límites es más difícil de lo que parece. En general, el siglo XVII puede estimarse como de atraso científico respecto al XVI; pero, aún en este punto, cabe establecer sus excepciones: la crítica histórica, por ejemplo, rayó mucho más alto en el reinado de Carlos II que en el de Carlos I el Emperador. ¿Sabe el señor de la Revilla que en materias de erudición conviene proceder con no poco tiento? El ingenio y la agudeza y el desembarazo sirven de mucho; pero en cuestiones de hecho, los hechos deciden.

Y añade nuestro crítico: «Regístrense los nombres de todos los físicos, matemáticos y naturalistas que entonces produjimos, y ninguno se hallará que compita con los de Copérnico y Galileo, Newton y Kepler, Pascal y Descartes.»

Al señor de la Revilla se debe el asombroso descubrimiento de que todo geómetra, físico y astrónomo que no llegue a la altura de los citados, es un pigmeo indigno de memoria. ¿Ignora el arrojado crítico que esos genios poderosos aparecen muy de tarde en tarde para cumplir una providencial misión en la vida de las ciencias? ¿Ignora que no hay intolerancia que logre cortar su vuelo, ni libertad que baste a producirlos? Y si no, ¿dónde están los grandes astrónomos, físicos, matemáticos y naturalistas que ha dado España en este siglo, no ya de libertad y tolerancia, sino de anarquía y desconcierto? Y ¿qué es aquí la intolerancia más que una palabra vana, una verdadera garrulería, arma de partido, buena para los tiempos en que se quemaban conventos y se degollaba a los frailes, pero hoy desgastada y sin uso? ¿Qué influencia buena ni mala había de ejercer la intolerancia religiosa en ciencias que no se rozaban, o se rozaban poquísimas, con el dogma? No nació en España Copérnico, porque no quiso Dios que naciese; pero nació Diego de Stúñiga, que abrazó inmediatamente su sistema y le expuso con toda claridad sin que nadie le pusiese trabas. ¿Quiere decirme el señor de la Revilla en qué índice expurgatorio del siglo XVII, en cuál de esos libros de proscripción del entendimiento humano, como dijo el Sr. Núñez de Arce, ha visto prohibidas las obras de Galileo, de Descartes y de Newton? Pues si a nadie se prohibía su lectura, ¿con qué derecho se afirma hoy que el Santo Oficio coartó la libertad científica? Luego si no tuvimos Galileos, Keplers ni Newtones, por otra razón sería, y no por los rigores inquisitoriales.

En mi primera carta, que sin duda no leyó el señor de la Revilla, porque tan insignificante escrito no merecía solicitar su atención, apunté algo sobre el particular, y a lo dicho entonces me remito.

Y sigue hablando el señor de la Revilla:

«Por doloroso que sea confesarlo, si en la historia literaria de Europa suponemos mucho, en la historia científica no somos nada, y esa historia puede escribirse cumplidamente sin que en ella suenen otros nombres españoles que los de los heroicos marinos que descubrieron las Américas y dieron por vez primera la vuelta al mundo. No tenemos un solo matemático, físico ni naturalista que merezca colocarse al lado de las grandes figuras de la ciencia.»

Punto y aparte. Cargad aquí la consideración, como decía aquel predicador portugués. El señor de la Revilla cree, por lo visto, que la historia de la ciencia se reduce a las biografías de seis, siete u ocho hombres prodigiosos: ellos dieron la luz; en los intermedios completa oscuridad. Pero a cualquiera se le alcanza, sin ser filósofo ni crítico de la Revista Contemporánea, que una historia de la ciencia escrita de esa manera, ni sería historia ni sería ciencia, sino un libro muy ameno y entretenido à l'usage des demoiselles, como las Vidas de los sabios que publican Luis Figuier y otros franceses. Una historia formal no puede escribirse de este modo: ¿qué unidad ha de tener obra semejante? ¿cómo ha de componerse una historia de la astronomía saltando de Copérnico a Galileo, y de Galileo a Kepier y Newton, y de Newton a Laplace? Concibo que se escriba una historia de la literatura dejando aparte las obras de los autores medianos, no obstante la importancia grandísima que suelen tener bajo el aspecto histórico y a pesar de las grandes bellezas que con frecuencia se hallan en los libros de escritores de segundo orden, merecedores de estudio y de aplauso, aunque no se llamen Homero, Dante, Shakspeare, Cervantes, Calderón o Byron; comprendo, repito, que se escriba tal historia, aún a riesgo casi seguro de dejar sin explicación infinitos fenómenos literarios y sociales producidos en el mundo por poetas y prosistas oscuros, y hasta malos; pero en la historia de la ciencia, ¿cómo olvidar la infatigable labor de esos modestos cultivadores que han abierto y allanado el camino a los genios (según en voz poco castellana, aunque necesaria, decimos ahora) y que, si no han sido grandes hombres, han sido por lo menos hombres eminentes útiles para los progresos del entendimiento humano, lo cual vale en ocasiones tanto o más que lo primero? En ciencias de observación y experimento como las naturales, o de cálculo como las exactas, ¿no significan tanto como los descubridores de leyes y los forjadores de hipótesis, esas generaciones de observadores, analizadores y calculistas que día tras día, en incesante lucha y noble cumplimiento de la ley, del trabajo, han ido adquiriendo nuevos hechos y demostraciones no sospechadas? Las tareas de esos hombres ¿no merecen un recuerdo en la historia de sus respectivas ciencias? ¿A qué recompensa pueden aspirar en el mundo, si no se les otorga ésta?

El señor de la Revilla debe de pensar que los grandes hombres aparecen aislados en el mundo, y que nada les precede ni les sigue nada. Puede afirmarse, por el contrario, y muchas veces se ha demostrado, que cuanto ellos supieron pensaron, fantasearon y dijeron, estaba en germen en los trabajos de modestos sabios antecedentes, aunque no expuesto en fórmulas claras, ni sistemáticamente enlazado, ni reducido a unidad científica. Siendo esto tan evidente que por sabido debiera callarse, yo le aseguro al señor de la Revilla que gran trabajo había de costarle escribir la historia de ninguna ciencia sin tropezar una y muchas veces con los españoles, a pesar de la mala voluntad que muestra y el desprecio con que mira a cuanto haya salido de manos de sus compatriotas. ¿Qué historia de la Botánica sería la que para nada mentase a Nicolás Monardes, José de Acosta, Francisco Hernández, a quienes debió la Europa el

conocimiento de la Flora americana, ni a Quer, Mutis, Cavanilles, Lagasca y tantos otros posteriores? Recorra nuestro crítico el *Prodromus florae hispanicæ* del alemán Will-Komms, y el *Genus Plantarum* de Endlicher, alemán también, y verá continuos elogios y citas de nuestros autores. Desengañese el señor de la Revilla: no hay medio humano de omitir a los españoles en esa obra. ¿Tanto exceden los botánicos extranjeros del siglo XVI a los españoles? Aunque esa historia se escribiese con la deliberada intención de oscurecer nuestros méritos, muchos o pocos, ¿podría el narrador (siquier lo fuese el señor de la Revilla) dejar de decir al llegar a esa época: «Diversos españoles dedicados a estos estudios dieron a conocer infinitas especies de plantas ignoradas en el antiguo mundo?» Y ¿no basta esto para que se recuerde con respeto a nuestros filólogos? ¿Cree el señor de la Revilla que sólo marinos y aventureros pasaron al nuevo continente y que sólo les debe reconocimiento la humanidad por la exploración material del territorio?

Fuerte cosa es que los españoles seamos tan despreciadores de lo propio. Los autores de la Biblioteca mineralógica, recientemente dada a la stampa, dicen en su prólogo, que tiempos atrás se les acercó un erudito extranjero pidiéndoles noticias sobre el particular. Si este erudito, en vez de dirigirse a aquellos dos ingenieros de minas, doctos y bien intencionados, que se creyeron en la obligación de apurar el asunto, hubiese tropezado con el señor de la Revilla, éste no habría dudado en decirle las siguientes o parecidas palabras: «No hay noticia de que esta tierra, atrasada e ignorante, haya producido ningun Haüy, Werner ni Beudant; he oído hablar de ciertos rancios librotos que tratan de metales, de minas y de otras cosas semejantes, pero todo ello es despreciable: aquí no se ha hecho nada digno de memoria en esas materias; la Inquisición y el despotismo nos han impedido estudiar las piedras y los metales, porque, ya ve usted, tales estudios ponían muy en peligro la inviolabilidad de esa creencia inflexible, divorciada de toda dirección científica, que nos ha mantenido apartados de todo comercio intelectual y ha sido causa de todas las plagas de España.» Y el extranjero se iría tan persuadido de que los españoles habíamos sido unos salvajes, gracias a la Inquisición, y no dejaría de decirlo en letras de molde apenas llegase a su país. Porque ese terrorífico nombre de Inquisición, coco de niños y espantajo de bobos, es para muchos la solución de todos los problemas, el *Deus ex machina* que viene como llovido en situaciones apuradas.

¿Por qué no había industria en España? Por la Inquisición. ¿Por qué había malas costumbres, como en todos tiempos y países, excepto en la bienaventurada Arcadia de los bucólicos? Por la Inquisición. ¿Por qué somos holgazanes los españoles? Por la Inquisición. ¿Por qué hay toros en España? Por la Inquisición. ¿Por qué duermen los españoles la siesta? Por la Inquisición. ¿Por qué había malas posadas, malos caminos y malas comidas en España, en tiempo de Madama D'Aulnoy? Por la Inquisición, por el fanatismo, por la teocracia. ¡Qué furor clerofóbico domina a ciertos hombres! Hasta son capaces de afirmar que los pronunciamientos y los escándalos del parlamentarismo, y las licencias de la prensa, y las explicaciones de los krausistas, y la jerigonza de la Analítica, son efectos póstumos de la Inquisición y obra de esa abominable teocracia que quiere desacreditar por el ridículo las ideas e instituciones modernas.

Volviendo a nuestro asunto, yo diría al señor de la Revilla si, a su juicio, debe mencionarse en una historia de la ciencia la invención de las cartas esféricas o reducidas y la del nonius. Pues a dos españoles fueron debidas, la primera a Alfonso de Santa Cruz, la segunda a Pedro Núñez. Preguntaría también si no son dignos de recuerdo en una historia de las matemáticas (o de la matemática, como dicen los krausistas con insufrible pedantería), aparte del Rey Sabio y de los que le ayudaron en sus grandiosas tareas científicas, aparte de Raimundo Lulio y no pocos de sus discípulos, aquellos

insignes españoles que en el siglo XVI enseñaron con general aplauso las ciencias de la cantidad y de la extensión en aulas españolas y extranjeras, como fueron, entre otros que al presente omito, el cardenal Silíceo y su discípulo el doctísimo Hernán Pérez de Oliva, el aragonés Pedro Ciruelo, Álvaro Tomás, Pedro Juan Monzó, Núñez, los numerosos autores de tratados de la esfera, los no escasos cementadores de Euclides y Tolomeo, los que como nuestro paisano Juan de Herrera, fundador de una academia de matemáticas protegida por el sombrío déspota Felipe II, hicieron estudios acerca de la figura cúbica y otras materias semejantes, adquiriendo fama de aventajados geómetras, los tratadistas de arte militar que lograron renombre europeo y fueron traducidos a diversas lenguas, y los celebrados matemáticos que en el siglo XVIII atajaron la decadencia de estos estudios, cuales fueron (aparte de otros menos conocidos) los PP. Tosca, Cerdá, Andrés y Eximeno, y el ilustre autor del Examen Marítimo.

Yo soy enteramente extraño a tales disciplinas, y aunque conozco de visu los libros de muchos españoles cultivadores de las ciencias exactas, nunca he caído en la tentación de leerlos (otro tanto digo de los extranjeros, y juzgo que lo propio le habrá sucedido al señor de la Revilla); pero sí puedo afirmar que las obras de los autores citados y de otros que fuera prolijo referir, lograron en su tiempo aceptación grande y son mentados con aprecio por críticos e historiadores, si no como prodigios científicos ni mucho menos, como obras apreciables, doctas y juiciosas, no inferiores al estado de los conocimientos en su época, y que tales cuales son bastan para demostrar que nuestra relativa pobreza en este punto no llega a esterilidad absoluta. Por lo demás, a algún docto matemático incumbe la resolución de este punto, no al señor de la Revilla ni a mí, meros profanos que hablamos al aire en tales materias, gracias a la manía que hoy reina de generalizar las cuestiones y de confundirlo todo. *Tractent fabrilia fabri.*

Pero antes de dejar este asunto y entrar en materias que nos tocan más de cerca, permítame el señor de la Revilla aconsejarle que, si desea saber lo mucho que la Medicina debió en todos tiempos a los españoles, hojee las obras conocidísimas de los señores Morejón y Chinchilla, en que, aparte de mucho fárrago, hallará noticias copiosas que de plano lo convenzan de que es imposible escribir la historia de dicha ciencia sin hacer mérito, no de uno, sino de muchos nombres españoles. Tengo, no obstante, por cierto, dada su erudición, que sabe todas estas cosas, y sin duda por eso no incluye a nuestros médicos nominatim en el general anatema que contra la ciencia española fulmina.

Y aún nos falta la cola por desollar, y la cola es lo siguiente: «Sutilícese el ingenio para descubrir portentos y maravillas en las ignoradas obras de nuestros filósofos; búsquense en ellos precursores de Bacon y Descartes; encómiense los merecimientos de Vives y Suárez, Pereira y Morcillo, Huarte y Oliva Sabuco, y por más que se haga, forzoso será reconocer que, salvo los que siguieron las corrientes escolásticas, ninguno logró fundar escuela ni alcanzar legítima influencia, siendo por tanto un mito esa decantada filosofía española, con cuya resurrección sueñan hoy eruditos como Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo.» Gracias por la lisonja, y vamos al grano. Cualquiera al leer el párrafo transcrito y fijarse en lo magistral y decisivo de sus afirmaciones, diría que el señor de la Revilla se ha pasado la vida estudiando nuestra filosofía y desempolvando los libros de nuestros filósofos, convertido en hurón literario, y dividiendo sus horas entre los estantes de las bibliotecas públicas, los de las particulares y las madrigueras de los libreros, para sacar por fruto de todas sus investigaciones, lecturas y molestias, el convencimiento tristísimo de que la decantada filosofía española era cosa absolutamente despreciable, como engendrada, ya se ve, en país de Inquisición y fanatismo.

Yo también juzgué piadosamente que el señor de la Revilla había hecho esta preliminar a indispensable indagación, aunque algo me daba que sospechar lo rotundo y

destemplado de sus negaciones, siendo propio de los que han mascado un poco el saludable polvo de los antiguos volúmenes, no decidir de ligero y en redondo las cuestiones, hacer en todas no pocas salvedades, desconfiar mucho del propio juicio y no aventurar palabras, todo lo cual se deja no para eruditos como el señor de la Revilla, sino para esos filósofos que discuten en el Ateneo y sentencian en las Revistas sobre todo lo discutible y sentenciable. Pero volviendo a leer con alguna detención las precitadas líneas, convencime de que el señor de la Revilla no debe haber penetrado mucho en el estudio de nuestros filósofos, puesto que dice que sus obras son ignoradas, y que la filosofía española es un mito, palabra que no se aplica a lo que es malo, sino a lo que no existe, a lo que es fábula y mentira, si no miente la etimología griega o no he perdido yo los papeles desde que regresé a la montaña. Y ahora ayúdeme usted a discurrir, amigo mío: el señor de la Revilla dice que la filosofía española es un mito y que está ignorada; ergo el señor de la Revilla es de los que la ignoran y dudan de su existencia. De lo que está ignorado y se tiene por mito no hay derecho a afirmar que sea bueno o malo, que valga o que no valga: la cuestión es de existencia o no existencia. Sed sic est que existe la filosofía española, como está superabundantemente demostrado; ergo póngase a estudiar el señor de la Revilla y cuéntenos después sus impresiones. Tome el señor de la Revilla las obras de Lulio, Vives, Foxo (a quien llama Morcillo a secas, semejante a aquel buen hombre que llamaba a Cervantes D. Miquel de Saavedra), Servet, Suárez, Soto, Gómez Pereira y tutti quanti; léalos con la misma atención y amor con que leerla a Darwin o a Hacckel, y entonces podrá decirnos con algún fundamento si tales escritores son despreciables o dignos de veneración y loa. Entre tanto, ni en el señor de la Revilla, a pesar de su agudeza de ingenio y poca aprensión, ni en el sabio más eminente de los nacidos, aunque se llame Platón, o Aristóteles, o Leibnitz, reconozco ni reconoceré nunca el derecho de sentenciar sobre doctrinas que no conoce y sobre libros que no ha leído. ¿No se reiría de mí el señor de la Revilla si magistralmente comenzase a hablar del darwinismo, del positivismo y de otras doctrinas, hoy a la moda, que poco más que de nombre y por referencias conozco? Pues en el mismo caso se encuentra él respecto a las obras y sistemas de los filósofos peninsulares. El talento más claro no libra a nadie de dar traspies en lo que ignora. Por eso, sin duda, ha tropezado tantas veces el señor de la Revilla en las breves líneas que copié antes.

Sólo a quien desconozca por entero la filosofía española se le puede ocurrir el citar entre nuestros grandes pensadores a Huarte y a doña Oliva Sabuco de Nantes, colocándolos en la misma línea que a Luis Vives, Suárez y Foxo Morcillo. Con ser el Examen de ingenios y la Nueva Filosofía de la naturaleza del hombre dos libros discretos, amenos y originalísimos, por ningún concepto pertenecen a la alta Filosofía, ni pueden, en manera alguna, ser puestos al mismo nivel que los tres De prima philosophia de Vives y el De Platonis et Aristotelis consensione de Foxo Morcillo, la Metafísica y el tratado De Anima de Suárez, ni aún el Quod nihil scitur de Francisco Sánchez, el Christianismi restitutio de Servet, o la Antoniana Margarita de Gómez Pereira (no le, llame Pereira a secas el señor de la Revilla, porque corre riesgo de confundirle con otro filósofo portugués del siglo pasado, autor de una Theodicea escrita en castellano). Apreciables los libros de Huarte y doña Oliva como manifestaciones del empirismo sensualista en nuestra historia filosófica, curioso el primero por sus vislumbres de Frenología, y el segundo por su delicado análisis de las pasiones, son, a pesar de todo, de más interés en la relación fisiológica que en la psicológica según entiendo.

El señor de la Revilla se engaña de todo punto si imagina que somos usted y yo los únicos defensores de la filosofía ibérica. Ésta, por el contrario, cuenta, así en la

Península como en el extranjero, numerosos aficionados. Sonlo en España el Sr. Valera (a pesar de ciertas proposiciones dubitativas que alguna vez aventura), pues le debemos, aparte de otros artículos, un notable estudio (inserto en La América) acerca de Quevedo, considerado principalmente como filósofo; el Sr. Campoamor, que en su discurso de entrada en la Academia Española, llama a Gómez Pereira el fundador del psicologismo moderno, y al canciller Bacon el más prosaico de los discípulos de Vives; el Sr. Canalejas, autor de una extensa Memoria sobre Las doctrinas del iluminado Dr. Raimundo Lulio, de las cuales casi se declara partidario, manifestando deseos de su restauración, y llegando a afirmar que el solitario del monte Randa fue más sintético que Santo Tomás; D. Adolfo de Castro, que ha llegado a formar un tomo de filósofos (moralistas los más) para la Biblioteca de Rivadeneyra; D. Luis Vidart, autor de un tomo de Indicaciones bibliográficas sobre nuestros filósofos; los dos krausistas D. Facundo de los Ríos Portilla y D. Federico de Castro, expositor el primero de las doctrinas vivistas, biógrafo el segundo de Pérez y López; el hegeliano de la extrema izquierda Sr. Pi y Margall, que en su discurso preliminar a las obras del P. Mariana encomía altamente el valor filosófico del libro De morte et immortalitate: el escolástico Fr. Ceferino González, cuya Philosophia Elementaria, aparte de numerosas citas, incluye en la parte histórica noticias de varios filósofos peninsulares; el Sr. Azcárate (D. Patricio), que muy atinadamente declara nuestro, en el concepto filosófico, el siglo XVI, al analizar los tratados panteístas de Servet en la Exposición de los principales sistemas filosóficos modernos; el neo-cartesiano Sr. Martín Mateos, que en 1857 apoyaba en la Revista de Instrucción pública los proyectos de usted, amigo mío, y posteriormente ha dado a la estampa estudios acerca de nuestros místicos; el empírico Sr. Weyler y Laviña, expositor y crítico de las doctrinas de Raimundo Lulio; el portugués López Praza, historiador de la filosofía de su país, y el erudito mallorquín Roselló, bibliógrafo infatigable del lulismo, sin otros que al presente no recuerdo.

Fuéronlo entre los muertos el doctor D. Ildfonso Martínez, editor o ilustrador de Huarte y doña Oliva; el señor Sánchez Ruano, panegirista de la segunda; el suarista padre Cuevas, digno de muy honroso recuerdo por haber trazado ya en 1854 un compendio de nuestra historia filosófica, destinado a la enseñanza de los Seminarios; el bibliotecario ovetense Suárez Bárcena, erudito biógrafo de los Abarbaneles, Sabunde y Servet; el Sr. González Muzquiz, vindicador de Vives en 1839; el ilustre Martí de Eixalá, importador de la filosofía escocesa a Cataluña, y su sabio y nunca bastante llorado discípulo el doctor Llorens, eminente profesor de Metafísica en la Universidad barcelonesa, de quien todos los que alguna vez tuvieron la dicha de oírle, recordarán el respeto con que citaba siempre a Vives, el largo estudio que de sus obras había hecho, dejando traducida e ilustrada la De anima et vita, y las relaciones que hallaba entre las doctrinas del insigne pensador valenciano y la del sense common de Guillermo Hamilton, por él con tanta gloria defendida. Y no es cosa de ayer la creencia de una tradición científica en España, pues quien haya leído las notas sabias y asaz olvidadas de los Discursos filosóficos de Forner, una de las inteligencias más claras y poderosas que en el siglo XVIII produjo España, y la Oración apologética, el Preservativo contra el Ateísmo y otras obras del mismo, no podrá menos de contarle con igual o mayor razón que a usted y a mí en el número de los soñadores. En igual categoría deberá poner a Cerdá y Rico, editor de diversas obras de nuestros filósofos, y que por desdicha no llegó a reimprimir, como deseaba, las de Foxo Morcillo, a los PP. Andrés y Lampillas, y al infatigable y eruditísimo Mayans, a quién tanto deben estos y otros estudios de parecida índole. Y en general puede afirmarse que, hasta fines del siglo pasado, nadie dudó de que España hubiese tenido en todas épocas filosofía y filósofos eminentes.

Pues si al extranjero pasamos, no quiero suponer que el señor de la Revilla desconozca los libros y artículos de Adolfo Franck, Munk, Ernesto Renan, Rousselot, Saisset, relativos a Maymónides, Avicbron, Averroes, los místicos, Miguel Servet y otros filósofos peninsulares, hebreos, árabes o cristianos, ni pienso que ignore la existencia de una Historia alemana de la Psicología en España, y no dudo que habrá leído en la antigua Revista de Edimburgo un estudio de James Mackintosh a propósito de ciertos ensayos de historia de la filosofía publicados por Dugald-Stewart, y en él encarecidos elogios de Suárez, Domingo de Soto, Francisco de Vitoria y otros españoles cuyos nombres no le sonaban, por lo visto, al crítico escocés tan mal como al señor de la Revilla. ¿Qué más? Hasta soñaron con la filosofía española Montaigne, traductor y apologista de Raimundo Sabunde; Lessing, que vertió al alemán la obra de Huarte; Hamilton, que llama a Vives filósofo tan profundo como olvidado, y cita y aplaude doctrinas suyas sobre la Lógica; Leibnitz, en cuya opinión los libros de nuestros escolásticos contenían mucho oro, y los doctores de la Universidad de Jena que, según cuenta Puffendorf, no obstante ser luteranos, tenían a Suárez, Molina, Vázquez, Valencia y Sánchez por escritores dignísimos de eterno renombre (con perdón sea dicho del señor de la Revilla y de los que como él piensan y juzgan)<sup>43</sup>.

Todos estos autores y algunos más, célebres u oscuros, españoles y extranjeros, buenos, medienos y malos, representantes de todas las tendencias filosóficas o simples eruditos, antiguos y modernos, vivos y muertos, han soñado o sueñan, y continuarán soñando los que aún viven, con la filosofía y con los filósofos españoles.

Hormiguean las contradicciones y los errores en el párrafo del señor de la Revilla. Ante todo conviene advertir que a pesar de ser la filosofía española un mito, nos concede la existencia de grandes escolásticos y de místicos incomparables, esto es, las dos terceras partes (y me quedo corto) de nuestra filosofía.

Excluye a los primeros en términos expresos, «salvo los que siguieron las corrientes escolásticas», y comprendo bien que los excluya, porque no invalidan su doctrina. Fuera de cerrar los ojos a la luz, no veo otro medio de negar el mérito y la influencia de Suárez y del suarismo, ni la importancia grande de muchos tomistas y escotistas españoles.

Concede, pues, el señor de la Revilla que tuvo un gran florecimiento la ciencia escolástica en España. Y como el escolasticismo abraza sin duda algunos de los sistemas más completos, luminosos y prepotentes que han ejercitado al entendimiento humano (aunque no el sistema primero ni único de la filosofía cristiana, digan lo que quieran los neo-tomistas), síguese por lógica consecuencia que España, madre de los más ilustres escolásticos después de Santo Tomás, ha tenido una grey de verdaderos y profundos filósofos dentro de las vías católicas, y que aunque esto sólo hubiese producido, siempre sería ligereza indisculpable (por no darle otro nombre) llamar mito a la filosofía española, y que así como fuera absurdo suprimir el escolasticismo en la historia de la filosofía, absurdo sería, y mayor, omitir en el capítulo a tal materia dedicado los nombres y obras de los doctores escolásticos peninsulares, por más que el señor de la Revilla afirme (con admirable patriotismo) que en la historia de la filosofía puede suprimirse sin gran menoscabo la parte relativa a España.

Pero aún es más peregrino lo que dice de los místicos. Para el señor de la Revilla, el misticismo no es filosofía, puesto que pone en parangón y contraste la riqueza del uno con la pobreza de la otra entre nosotros.

¡Bien por el señor de la Revilla, que sabe distinguir, como el Estrepsiades de Aristófanes, la piel de perro de la de perra, y disputa como los conejos de la fábula sobre si son galgos o podencos! Todos los católicos y muchos racionalistas están de acuerdo en considerar el misticismo, no sólo como filosofía, sino como la más alta y sublime de las filosofías existentes.

Si el señor de la Revilla me dice que el misticismo es más que filosofía, que el misticismo empieza donde la filosofía concluye, y que sólo él resuelve hasta cierto punto las perpetuas dudas de la primera, porque la intuición del alma iluminada y abrasada por el amor divino es siempre más poderosa que el mezquino análisis psicológico y las eternas logomaquias de los sofistas, estaré de acuerdo con él; pero entonces la cuestión será de palabras, y a mí me será lícito decir: «España, además de sus escolásticos y de sus pensadores independientes, precursores de Bacon y Descartes, tuvo una casta de hombres, hoy perdida, que no fueron filósofos, sino mucho más que filósofos, pues por intuición soberana y nunca igualada, supieron y entendieron lo que nunca han sabido ni entendido los filósofos, dijeron clara y hermosamente lo que los filósofos han envuelto en laberínticos juegos de palabras, y vieron a toda luz lo que los filósofos nunca han visto sino a medias y envuelto en mil nebulosidades.»

Tenemos, pues, que el señor de la Revilla admite la existencia y el mérito de nuestros místicos y escolásticos. Del resto de nuestros filósofos dice que son un mito, porque (según él piensa) no formaron escuela ni ejercieron legítima influencia. ¡Peregrina regla para juzgar el mérito de los filósofos! Figúrese el señor de la Revilla que hasta ahora hubiesen estado inéditas y desconocidas o no estudiadas por nadie, aunque impresas, las obras de Platón, y que hoy las publicase o reimprimiese, ilustrase y comentase algún erudito apreciándolas en su altísimo valor. Si el señor de la Revilla es consecuente con su doctrina, tendría que decir: Platón es un mito; no ha formado escuela ni ejercido influencia en el mundo. O bien: imagine el señor de la Revilla que él mismo da mañana a la stampa un libro portentoso de alta filosofía, que por uno de aquellos azares bibliográficos tan comunes, habent sua fata libelli, nadie compra, ni lee, ni estudia, hasta que al cabo de los años mil sale un doctor alemán proclamando su excelencia: ¿querrá que, aplicándole entonces sus principios, diga alguno: no leáis el libro del señor de la Revilla; de la Revilla es un mito, no ha formado escuela ni ejercido influencia en el mundo? Es método muy aventurado a errores el estimar el mérito de los libros por el ruido que han hecho o por el número de los secuaces de las doctrinas de sus autores. No se ha dicho en el mundo absurdo ni desatino que no haya tenido secuaces: ahí está, sin ir más lejos, el mormonismo, para comprobarlo. Para el señor de la Revilla, la religión de los mormones será un sistema prodigioso, porque a la voz de Smith se congregó muy pronto numeroso enjambre de ilusos y de truhanes. No hay idea que no tenga partidarios, en religión, en filosofía, en sociología (como hoy se dice bárbaramente), y cuanto más grosera sea la doctrina, más elementos de anarquía envuelva y más halague los apetitos humanos, tanto más seguro será su efecto.

Niego además que los españoles que filosofaron fuera del escolasticismo y de la mística no formasen escuela ni ejerciesen influencia. Luis Vives es el patriarca de una serie de pensadores críticos: sus discípulos se llaman Dolese, Gélida, Melchor Cano, Foxo Morcillo, Gómez Pereira (con ciertas vislumbres de empirismo en ocasiones), Quevedo (vacilante también, pero con marcada tendencia vivista), Pedro de Valencia y Caramuel, y en el siglo XVIII el deán Martí, Tosca, Feijóo, Mayans, Viesgas, Piquer y su ilustre sobrino Forner, que hace profesión de vivismo clara y descubiertamente en repetidos lugares de sus obras impresas y manuscritas. Esta doctrina crítica, cuya restauración no sería un sueño ni mucho menos, constituye con el lulismo y el suarismo, la gran triada de los sistemas peninsulares ortodoxos. En cuanto a los peripatéticos clásicos, los ramistas, los partidarios del empirismo sensualista, y los moralistas ya estoicos, ya epicúreos, nadie negará que constituyen grupos perfectamente definidos, si bien casi todos ellos pueden considerarse como derivaciones más o menos próximas de la corriente vivista. En cuanto a si ejercieron o no influencia en el mundo, baste repetir lo que hasta ahora no se ha convencido de falsedad, que Vives y el Vivismo son los

precedentes históricos de Bacon y el baconismo y de Descartes y el cartesianismo; que el libro *De augmentis scientiarum* del famoso canciller inglés en nada supera (si es que iguala) a los *De disciplinis*; que Foxo Morcillo intentó, al decir del sabio francés Boivin, la más docta conciliación entre Platón y Aristóteles, y que desde su época hasta la nuestra se viene trabajando en el mismo sentido, sin haber mejorado gran cosa lo que él dejó escrito.

A algunos ha de extrañar la tenacidad sin ejemplo con que los sectarios de ciertas escuelas niegan el mérito de nuestros filósofos, sin haberlos leído ni querer leerlos. Muy sencilla me parece la explicación de esta terquedad y de esta ignorancia (llamemos las cosas por su nombre) en que voluntariamente se mantienen. Si llegasen a confesar que España había dado grandes filósofos en esa época de Inquisición y fanatismo, ¿qué peso tendrían sus declamaciones contra la intolerancia? De suerte que, por mantener una vulgaridad y un absurdo, tolerables sólo en gacetillas de periódico, consienten en cerrar los ojos, tapiar los oídos y mantenerse apartados de toda investigación erudita. El señor de la Revilla desprecia la erudición, sea en hora buena; dice que expone a grandes extravíos: a mayores expone la falta de ella. Yo estoy firmemente persuadido de que la erudición conduce siempre a algún resultado provechoso; el charlatanismo y las discusiones de *omni re scibili* a ninguno. De sofistas y oradores de Ateneo estamos hartos en España. La generación presente se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas; la generación siguiente, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas: fallan estudios sólidos y macizos.

Nuestros flamantes filósofos desprecian a los antiguos sabios españoles porque fueron católicos y escribieron bajo un gobierno de unidad religiosa y monárquica. Muchas veces me he sentido tentado a tomar alguna de sus obras, traducirla en la jerga bárbara de la Analítica y ofrecérsela a esos señores (gente poco escrupulosa en materias bibliográficas) como traducción de un libro alemán desconocido. De seguro que les hacía buen efecto y que la ponían en los cuernos de la luna.

La prueba de que sólo por ser católica desprecian nuestra ciencia, nos las da el señor de la Revilla cuando, al refutar a su modo al señor Valera, dice pocas líneas más adelante: «En esa Inglaterra... nacieron las más avanzadas sectas del protestantismo (¡gran progreso, a fe mía!) y propagaron Bacon, Hobbes y Locke los más radicales principios de la filosofía; en esa Francia... minó Ramus los fundamentos de la escolástica, abrió Gassendi el camino al materialismo, zahirió Rabelais los más altos ideales, proclamaron escépticas doctrinas Montaigne y Charron, y fundó Descartes el racionalismo moderno; y esa Alemania... fue la cuna de la filosofía novísima que ha conmovido los cimientos de toda creencia. «Bien por el señor de la Revilla. ¿Conque para él significan más en la historia de la filosofía el pedante Ramus, cuyas innovaciones fueron únicamente de palabras, y el asqueroso Rabelais, que ni fue filósofo ni hizo cosa de provecho jamás, y el sensualista Locke, y Hobbes, apologistas de la fuerza bruta y de toda tiranía; conque estos escritores, digo, representan más que Lulio, Foxo, Vives, Suárez y toda nuestra filosofía junta? ¿Conque hasta el Pantagruel, libro estúpido si los hay, excede a todas las concepciones de nuestros filósofos? Imposible parece que la pasión ciegue tanto a hombres de claro entendimiento. Si Montaigne y Charron fueron escépticos, escéptico fue Francisco Sánchez y más radical que ninguno de ellos. Si Francia engendró el materialismo, guárdese esa triste gloria, que aquí no la necesitamos. Si el señor de la Revilla juzga que la filosofía alemana ha conmovido los fundamentos de las creencias, yo creo y creeré siempre que éstas permanecen firmes y enteras; y después de todo, España dio a Miguel Servet, que ni en audacia ni en talento cede a ninguno de los pretensos demolidores de allende el Rhin.

Del resto de la lucubración del señor de la Revilla nada diré, porque se alarga ya en demasía esta carta, y los restantes párrafos de su artículo no nos interesan de un modo directo. Con decir que constituyen una sinfonía patriótica sobre motivos inquisitoriales, quedarán calificados como merecen. No falta ninguna de las campanudas expresiones de rúbrica, «intolerancia sistemáticamente organizada», «bárbara fiereza», «crueldad fría y sistemática», «muerte del pensamiento», «poder teocrático implacable y tenaz», «uniformidad de la muerte», «calma de las tumbas», «sangría lenta jamás interrumpida», «opresión constante», «siglo de hierro», «tiranías de todo género» y otras ejusdem furfuris, dignas de La Inquisición sin máscara del recalcitrante novicio cartujo Dr. Puigblanch, o de la Histoire Critique del canónigo volteriano Llorente, escritor venal y corrompido, cuya buena fe y exactitud niego, aunque no dispute su erudición.

Respecto a la literatura, juzga el señor de la Revilla, discorde en esto del Sr. Núñez de Arce, que no fue oprimida por el Santo Oficio, lo cual, dice, da singular prueba del talento y habilidad de los Inquisidores, porque la actividad intelectual del hombre necesita desahogo, y toda máquina que la comprima ha de tener válvulas para darla salida. ¡Benditos Inquisidores aquellos que abrían semejantes válvulas!

Dos palabras para acabar. Yo no niego que una de las mil causas ocasionales de la declinación parcial de la ciencia española en el siglo XVII fuese la intolerancia; pero no la de la Inquisición tan solo, sino más bien la de las escuelas y sistemas prepotentes, harto más dañosa, como usted apuntó ya en uno de sus Ensayos críticos. Y esto ha sucedido y sucederá en todos tiempos: las sectas filosóficas dominantes, lo propio que los partidos políticos, tienden a la intolerancia y al exclusivismo, cohibiendo de mil maneras la iniciativa individual. Sin ir más lejos, ahí están los krausistas, de cuya tolerancia pueden decir muy buenas cosas los que alguna vez han asistido a sus aulas.

El señor de la Revilla no es ya krausista, no es siquiera hegeliano, por más que tal se le creyera en algún tiempo; ha renegado de esas sectas por reaccionarias y atrasadas; hoy no gusta de espiritualismos e idealismos, según nos informa en el mismo artículo a que contesto; hoy tiende con toda claridad al materialismo positivista en crudo, y rompe lanzas en pro de la teoría darwiniana. Pero en medio de todas estas transformaciones ha conservado el señor de la Revilla la intolerancia de la impiedad, como otros la de la creencia; habla siempre con desdén del catolicismo y de los católicos, y afecta mirarnos con cierta compasión, cual si se tratase de parias o ilotas. Yo, por mi parte, ni acepto la compasión ni tolero el desprecio. El verdaderamente digno de lástima es quien camina a ciegas, sin fe, sin amor ni esperanza en las cosas de este mundo ni en las del otro.

Antes de terminar, diré a usted que me parece muy dudosa la propiedad de expresión con que el señor de la Revilla incluye a Pericles entre los déspotas protectores de las letras. El llamar déspota a un hombre que gobernó bien y legalmente en una república, pasaría por grave lapsus, aún en sujeto de menos campanillas que el crítico de la Revista Contemporánea.

Santander 2 de Junio de 1876.

- IV -

Monografías expositivo-críticas

Mi carísimo amigo y paisano: Una vez terminado el incidente que vino a torcer el hilo de nuestra literaria correspondencia, hora es ya de continuar las indicaciones de re bibliographica, extendiéndolas hoy a las monografías expositivo-críticas, segundo medio de fomentar el cultivo de la ciencia española, y medio aún más útil y seguro que el de los diccionarios bio-bibliográficos. Pero ante todo debo reparar tres omisiones que noté en mi segunda carta al releerla.

Pasé en silencio los elogios en verso de escritores españoles, no muy recomendables en clase de poesía, ni propiamente trabajos eruditos, pero de utilidad suma, dado el gran número de ingenios que sin estas letanías hubieran quedado en olvido. Nombrando sólo las que conozco, recordaré algunas octavas de la bella imitación que hizo Boscán del Templo de amor del Bembo, sin las cuales no tendríamos hoy noticia del poeta barcelonés Gualbes y del andaluz Haro; el canto 38.º del Carlo famoso, de Luis Zapata; la Casa de la Memoria, de Vicente Espinel; el Viaje de Samnio, de Juan de la Cueva; el Canto del Turia, de Gil Polo; el de Caliope y el Viaje del Parnaso, de Cervantes; el Laurel de Apolo, el Jardín y algunos trozos de la Jerusalem, de Lope de Vega; la epístola de cierta señora peruana a Diego Mejía, acerca de los poetas de aquellas regiones; la Aganipe de los cisnes aragoneses celebrados en el clarín de la Fama, peregrino poema del cronista Andrés de Ustarroz; la Elegia in priscos et celebres Valentini Regni poetas, del docto helenista Vicente Mariner; los Epigramas latinos del P. Tomás Serrano en loor de españoles ilustres; el romance endecasílabo de González Posada, en alabanza de diversos poetas asturianos; otro de D. J. Julián de Castro, famélico coplero del siglo pasado, en que se refieren los nombres de gran número de dramáticos españoles, buenos y malos; y otros y otros que en este instante no recuerdo. No ha de dudarse que estos catálogos son utilísimos, puesto que sólo en el Laurel de Apolo se mencionan más de 300 poetas, lo cual no es un grano de anís para el investigador curioso. Y sube de punto el interés de semejante mina bibliográfica, si agregamos los comentarios que algunos de estos registros poéticos han merecido, especialmente las preciosas, extensas y eruditísimas notas de Cerdá y Rico al Canto del Turia, y las más breves, pero no menos ricas en noticias, de La Barrera al Canto de Caliope y al Viaje del Parnaso, y de Rossell al Laurel de Apolo. Aún en el siglo XV encontraríamos algún ensayo, si bien hartó breve, de este género de poéticas coronas, a cuyo lado deben ponerse ciertos escritos en prosa, muy semejantes en la índole, cuyo primer modelo fue la carta o prohemio famosísimo del Marqués de Santillana.

Entre las bibliografías que faltan, y conviene que se formen, omití las relativas a un solo escritor, cuando por el gran número de ediciones, comentarios, críticas y escritos relativos a su persona, o por haber fundado escuela y tenido numerosos secuaces, merece estudio y libro aparte. En este caso se hallan, por lo que a nosotros toca, Séneca, Averroes, Raimundo Lulio, Suárez, Cervantes y alguno más. La Biblioteca cervántica, ya preparada por gran número de trabajos parciales, saldrá poco menos que perfecta de manos del infatigable, erudito y entusiasta cervantista barcelonés D. Leopoldo Rius, que ha dado en la Crónica de Cádiz una exposición del plan que se propone seguir en sus tareas. No ha podido caer en mejores manos la empresa: el amor del Sr. Rius a su asunto y la riqueza asombrosa de ediciones de Cervantes que ha logrado reunir en su biblioteca, sin rival en Europa, nos aseguran un pronto y feliz desempeño<sup>44</sup>.

¡Ojalá pudiéramos abrigar igual esperanza respecto a las bibliotecas senequista, averroísta y suarista! ¿Para qué eruditos estará guardado el dar feliz remate a tan gloriosas aventuras? Desdichadamente hoy nos gusta más discutir sobre el positivismo que revolver libros viejos.

Suplidas ya del modo posible las omisiones que cometí, y que de fijo no serán las únicas, en la referida carta, paso a tratar en esta del segundo punto de nuestro sermón, o sea de las

#### MONOGRAFÍAS EXPOSITIVO-CRÍTICAS.

Reunidos, clasificados en alguna manera, y aún juzgados brevemente los materiales por el bibliógrafo, se ofrece una nueva y más importante tarea: el estudio detenido y formal de cada una de las secciones y de cada uno de los escritores, y de su espíritu, doctrina y significación histórica; obra propia del crítico, destinada por su índole a ser

más leída y ejercer mayor influencia en el común de las gentes, y aún entre los sabios no bibliófilos, que los catálogos y diccionarios de que hasta ahora he venido hablando. En esta parte podemos decir con dolor que casi todo está por hacer en España, mucho más si tenemos en cuenta el gran número de tales obras, tan útiles como agradables, que poseen las principales literaturas extranjeras. No hay escritor inglés acerca del cual no se hayan publicado en su patria innumerables estudios, unos simplemente biográficos, otros críticos, no sólo de todas, sino de parte de sus producciones: no hay autor francés, por mediano e insignificante que a los extraños parezca, que no haya dado ocasión a prolijas investigaciones y minuciosos análisis, que a veces rayan en lo ridículo. ¿Quién será capaz de enumerar los estudios sobre Lafontaine, Corneille, Racine, Molière, Pascal, Voltaire, Rousseau, que cada día y en todas formas aparecen? ¿Quién contará los trabajos a que ha dado motivo el bueno de Rabelais, ídolo del señor de la Revilla? Hasta Beaumarchais, autor de dos sainetes interminables, en que es más lo impertinente y chocarrero que lo chistoso, da asunto a un muy curioso y bien escrito libro de L. de Lomenie. Señálanse algunas de estas obras por la erudición, otras por la crítica, y muchas por la amenidad y ligereza del estilo, que en ocasiones les quita algo de su valor científico.

Pero en España, ni las monografías ligeras ni las pesadas abundan, y por demás está decir que las pocas existentes se refieren a cosas nacionales, pues nadie tiene vagar para ocuparse en erudiciones extrañas, y los mismos filósofos y literatos germanescos y afrancesados harto hacen con seguir, según su expresión, el movimiento de la ciencia, pendientes siempre del último libro y de la última doctrina que asome por Ultra-Puertos. Y en cuanto a lenguas y literaturas clásicas, vale más no meneallo, porque esto daría ocasión a largas lamentaciones que no vienen al propósito de esta carta. Nuestros sabios de Ateneo han olvidado el latín y el griego, si algo aprendieron, y en cambio se han dado al alemán con todas las potencias de su alma: los D. Hermógenes de nuestros días hilan más delgado que el de la Comedia Nueva; en zend y en sánscrito suelen ser eminentes, si hemos de atenernos a su honrada palabra; no citan en griego la Poética de Aristóteles, pero recitan slokas del Ramayana; no hablan de la prótasis y de la epítasis, sino del nirvana y mazdeísmo; saben al dedillo las leyes de Manú y los preceptos de Zoroastro, y de los concilios buddistas entienden más que del Concilio de Trento. No es maravilla, pues, que anden tan de capa caída ciertos estudios en la patria de Vives y Sepúlveda, de Núñez y del Brocense; nada tiene de extraño el que, para vergüenza nuestra, apenas contemos en el periodo contemporáneo tres o cuatro opúsculos relativos a asuntos de literatura griega y romana, cuando en otros países se suceden sin interrupción las publicaciones.

En modo alguno censuraría esta indiferencia, y diérala hasta cierto punto por bien empleada, si en cambio se dirigiera nuestra actividad científica a exponer y quilatar los tesoros allegados por las generaciones literarias que nos precedieron en el suelo ibérico. Antes de estudiar lo de fuera, conviene conocer lo de casa; una vez despertada la afición a esta clase de trabajos y de lecturas, lo demás vendría natural y fácilmente.

A pesar de no ser grande el número de las actuales monografías expositivo-críticas, haylas excelentes entre ellas, así absoluta como relativamente consideradas. No pocas han salido de plumas extranjeras, lo cual, si nos mueve a agradecimiento, contrístanos más y más por el abandono sin ejemplo que en nosotros revela. Voy a formar breve catálogo de las que conozco, aunque con seguridad casi de dejar olvidada alguna, quizá de superior importancia, que o no ha llegado a mi noticia o no ocurre a mi memoria en este momento.

Por su carácter general menciono en primer término (y no me pesa) la excelente monografía del P. Tailhan sobre las bibliotecas españolas en el primer periodo de la Edad Media<sup>45</sup>.

Con el título de *La Filosofía española*; indicaciones bibliográficas, publicó el Sr. Vidart en 1866 una colección de apuntamientos acerca de nuestros filósofos, apreciable como ensayo, no bibliográfico (según impropriamente se intitula), sino expositivo, y más aún que expositivo, crítico. Casi igualan al libro del Sr. Vidart en extensión, y en riqueza de noticias le superan, los excelentes artículos, que usted, amigo mío, escribió sobre él en *La Abeja Montañesa*, periódico santanderino de grato recuerdo, y recogió posteriormente en sus *Ensayos críticos*. Son también dignos de leerse los amplios capítulos que, al fin de sus respectivos cursos latinos de Filosofía, han dedicado a reseñar la historia de la española los ilustres filósofos asturianos el P. Cuevas y Fr. Ceferino González. Por su extensión merece aún más que estos trabajos el nombre de monografía, aunque tampoco se haya impreso aparte, el Discurso preliminar de D. Adolfo de Castro a su colección de filósofos españoles (tomo LXV de la Biblioteca de autores españoles de Rivadeneyra).

Ullesperger. *Historia de la Psicología y de la Psiquiatría* (curación de las enfermedades mentales) en España, 1871, (en alemán).

Fuera de estas tentativas generales, y dejados en silencio, por ser más conocidos y en gran número, los libros y memorias que acerca de Séneca y otros escritores hispano-romanos vienen publicándose desde el siglo XVII<sup>46</sup>, hay relativas a filósofos peninsulares las monografías siguientes:

*L'École de Seville sous la monarchie des Visigots*, par l'Abbé Bourett (París, 1855).

*Averroes et l'Averroisme*, de Ernesto Renan (París, 1859, 2.<sup>a</sup> ed., 1861); libro erudito y muy agradable de leer, pero lleno de graves errores e inspirado con frecuencia por un criterio torcido y falso. De desear sería que algún arabista católico emprendiese la tarea de completarle, refutando al propio tiempo sus aventuradas aserciones.

*Estudios orientales*, de Adolfo Franck (París, 1861). Dos de ellos versan sobre Avicbron y Maymónides. El mismo autor francés ha publicado un libro titulado *La Kábala* (París, 1813), muy superior a la *Kaballa denudata* del barón Knor de Rosenroth, contemporáneo de Leibnitz, y cuya materia es en gran parte judaico-española. Sostienen opiniones muy diversas de las suyas, Luzzato (S.) en los *Diálogos* (hebreos) sobre la *Kabala* y el *Zohar* (1852) y Jellinek en su *Beiträge zur Geschichte der Kabbala* (Berlín, 1852).

Del mismo Franck hay otro estudio acerca de Maymonides (El racionalismo religioso en el siglo XII) en su libro *Philosophie et religion*. Escribióse, lo mismo que el de Saisset, con ocasión del libro de Mank (*Le Guide des égarés*).

Extractos de *LA FUENTE DE LA VIDA* de Salomón ben Gabirol (Avicbron). - *Misceláneas de filosofía arábica y judaica*, de Munck (París, 1859). Al mismo se debe una excelente versión francesa, con eruditas ilustraciones, de *El guía de los extraviados o Director de los que dudan*, obra capital de Maymónides (París, 1856-61-66, 3 vols).

Moisés ben Sem Tob. de León (compilador de la Kábala), por Jellinek (Leipzig, 1851).

De la filosofía religiosa de R. Abraham ben David ha-Levi (Ausburgo, 1850). Por Gugenheimer.

Maymónides y Spinoza. Estudio de Emilio Saisset, en la *Revista de Ambos Mundos* de 15 de Enero de 1862<sup>47</sup>.

Los cantos del gran poeta toledano Jehudá Levi, a la par que profundo filósofo, (cuyo libro de *El Kuzari* puso en castellano Jacob de Avendaña), han sido traducidos al alemán por Gelger, rabino de Breslau (1851).

La Ética de Maymónides, por Bosen (1876).

Eisler. Conferencias sobre los filósofos judíos de la Edad Media, anteriores a Maymónides.

Existen otros estudios alemanes sobre filósofos judíos españoles; pero ni sus títulos ni los nombres de sus autores han llegado a mis oídos<sup>48</sup>.

Las doctrinas del doctor iluminado Raymundo Lulio, por D. Francisco de P. Canalejas (Madrid, 1872). A este opúsculo hay que agregar varios artículos concernientes a Lulio dados a luz por el Sr. Canalejas en la Revista de España y en otras publicaciones<sup>49</sup>.

Raymundo Lulio juzgado por sí mismo, obra erudita, aunque sobrado empírica, de D. F. Weiler y Laviña (Palma de Mallorca, 1867).

Biografía de R. Lulio, por D-Gerónimo Roselló. Precede a las Obras Rimadas de Lull (Palma, 1864).

Biografía de Raymundo Lulio, por Delecluze, en la Revista de Ambos Mundos de 15 de Noviembre de 1840.

Raymond Lull und die Anfänge der Catalonischen Literatur, por Helfferich (Berlín, 1858).

Ramón Lull (Raymundo Lulio) considerado como alquimista (Barcelona, 1870).

Excelente trabajo de mi sabio amigo D. José Ramón Luanco, catedrático de química en la Universidad barcinonense<sup>50</sup>.

Le Roman de Blaquerne, por A. Morel Fatio (Romanía, tomo VI).

Ein Katalanische Thierepos von Ramon Lull, por Hofman (Munchen, 1872).

De Theologia naturali Raimundi Sabunde, por Holberg, impreso en Halle de Sajonia.

Idem por Kleiber (Berlín, 1856). De Raymundi S. vita et scriptis.

Un inconnu célèbre, recherches historiques et critiques sur Raymond de Sebonde, par l'Abbé D. Reulet (París, 1875).

Raymundo Sabunde, por D. Aquilino Suárez Bárcena, en el tomo de la Revista de Instrucción pública correspondiente a 1857. Por ser meramente biográfico-bibliográficos, aunque eruditísimos, omitiré los estudios sobre León Hebreo y Miguel Servet, publicados por el mismo escritor en la citada revista, años de 1856 y 57.

Vita Joannis Ludovici Vivis... a Gregorio Majansio, generoso valentino, conscripta. Precede a la magnífica edición valenciana de las obras de Vives, pero por su extensión y mérito debe, como otras producciones análogas de Mayans, colocarse en el catálogo de las monografías.

Vindicación de Juan Luis Vives, por D. Ricardo González Muzquiz (Valladolid, 1839).

Luis Vives en sus tres libros DE PRIMA PHILOSOPHIA combina las doctrinas de Platón y Aristóteles con las de los Padres de la iglesia. Tesis doctoral de D. Facundo de los Ríos Portilla (1864).

J. Luis Vives considerado como teólogo, monografía holandesa de W. Francken (Rotterdam, 1853).

J. Luis Vives como filántropo cristiano (Amsterdam, 1851). Opúsculo escrito, también en holandés, por Bosch Kemper.

Mémoire sur la vie et les écrits de Jean Louis Vives, por A. J. Namèche (profesor en la Universidad católica de Lovaina), 1840-41. Se publicó en las Mémoires conronnés de l'Académie Royale des Sciences et Belles Lettres de Bruxelles (tomo XV).

Discurso preliminar a las Obras del P. Juan de Mariana, tomo XXX de la Bibl. de Rivadeneyra, por don F. P. M. (Francisco Pi Margall). Cítrole en este lugar, por referirse principalmente a la filosofía del P. Mariana, que expone y juzga con elocuencia, pero torcidamente.

Juan Huarte. -Diego Álvarez (autor de una impugnación inédita de la obra de Huarte). Estudios de D. Ildefonso Martínez insertos en el *Círculo científico y literario* (Madrid, 1851).

Ensayo sobre la obra de Huarte, por J. M. Guardia (París, 1855).

Doña Oliva Sabuco de Nantes; su vida, sus obras, su valor filosófico, su mérito literario. Tesis doctoral de D. Julián Sánchez Ruano (Salamanca, 1867).

De vita et scriptis Joannis Genesii Sepulvedæ commentarius. Precede a la edición de las obras de Sepúlveda hecha por la Academia de la Historia, y lo escribió Cerdá y Rico (Madrid, 1780).

Francisci Sancti Brocensis vita, scriptore Gregorio, Majansio. Al frente de las obras del Brocense en la edición hecha por los hermanos Tournes (Ginebra, 1766).

Biografía del Maestro Francisco Sánchez de las Brozas... Dala a luz el marqués de Morante (Madrid, 1859) en el tomo V del *Catalogus librorum*. Hay ejemplares sueltos. Compúsole el distinguido humanista D. Raimundo de Miguel.

Las Escuelas Místicas Españolas, artículos del Sr. Canalejas en sus *Estudios de Filosofía, Política y Literatura*.

El estoicismo en España, artículo de D. Fernando Belmonte en la *Revista de España*.

El tradicionalismo en España durante el siglo XVIII, artículo de D. Gumersindo Laverde Ruiz en la *Revista de España* y en los *Ensayos Críticos*.

Luis Vives, -Juan Ruarte, -Diego Álvarez, artículos de D. Octavio Marticorena en las *Revistas Hispano-Americana y de España*<sup>51</sup>.

Francisco Suárez, monografía alemana de Werner.

Francis Suárez, por el P. Coleridge, en *The Month* de Londres, (1865).

Études sur le P. Suárez, por el P. Ramière, en la *Revue du monde calholique*, (1861 y 62).

Elogio de Suárez, discurso inaugural de D. Francisco J. Simonet, en la Universidad de Granada.

Vida religiosa de Suárez, por el P. Guéau de Reverseaux (Bruselas, 1857).

Vida de Suárez, por el P. Antonio Decamps (Perpiñan, 1671 y 72). -Ídem por el P. José Massei (Roma, 1687, en italiano, traducida al latín por el P. Benito Rogazzi, 1694, en Transilvania). -Ídem por el P. Benito Sartolo (Salamanca, 1693)<sup>52</sup>.

Foxo Morcillo, -Pérez y López, artículos del Sr. Laverde Ruiz en sus *Ensayos Críticos de Filosofía, Literatura e Instrucción pública Española*.

Vida del P. M. Feijóo, atribuida a Campomanes y puesta al frente de la edición de 1774 de las obras del sabio benedictino.

Hay otra extensa y crítica, escrita, según creo, por Roca y Cornet en la *Biografía eclesiástica completa* (Barcelona, 1847).

El P. Feijóo, su vida y escritos, oración inaugural de la Universidad de Oviedo en 1852, por D. José María Anchoz.

Estudio acerca de Feijóo, por doña Concepción Arenal en la *Revista de España*. Otro por doña Emilia Pardo Bazán, premiado en un certamen de Orense.

D. Antonio Xavier Pérez y López, estudio del señor D. Federico de Castro en la *Revista de la Universidad de Madrid* (1873)

Los libros y Memorias de Blanche Raffin, Roca y Cornet, García de los Santos, etc., sobre Balmes, y la biografía de Donoso Cortés, puesta al principio de las obras de éste por D. Gabino Tejado, cierran la lista de los escritos de algún interés, que recuerdo, relativos a nuestros filósofos, en cuya categoría deben contarse también Piquer, Forner y algún otro, de quienes haré mérito más adelante por distintos conceptos<sup>53</sup>.

Historia de Filosofía em Portugal, por López Praza. No he visto más que el primer tomo.

Acerca de los teólogos ortodoxos españoles, incluso escriturarios y místicos, son poquísimos los estudios que existen, cuya escasez contrasta notablemente con la inmensa riqueza del asunto. En cambio, reúnen mérito nada común casi todos<sup>54</sup>.

Prudentiana, de D. Faustino Arévalo. Es un doctísimo extenso comentario sobre la vida y escritos de Prudencio, que antecede a la edición de este poeta hecha en Roma, 1788. Impreso aparte podría formar una voluminosa monografía.

Prolegomena in carmina Dracontii. Del mismo Arévalo, en la edición romana de Draconcio, 1791.

Deben leerse también las ilustraciones de Arévalo a su edición de Juvenco y a la *Himnodia Hispanica*. Son excelentes trabajos.

Damasus et Laurentius hispanis asserti et vindicati. Disertación de Pérez Bayer, Roma, 1756.

Hosius vere Hosius (vindicación de la santidad de Osio) por el P. Macena (Bolonia, 1790).

Disertación sobre la verdadera patria de Paulo Orosio, que fue Tarragona en Cataluña y no Braga en Portugal, por D. Pablo Ignacio de Dalmases y Ros. Barcelona, 1702.

De Orosii vita, Monografía de Teodoro Morner, 1844.

Isidoriana, de Arévalo. Comentario dilatadísimo y muy rico en noticias que antecede a la edición de San Isidoro, hecha en Roma, 1802.

Vida de San Beato de Liébana, escrita en latín por el P. Flórez, al frente de su comentario al Apocalipsis, dado a luz por vez primera en 1770.

Elogio de D. Alonso Tostado, obispo de Ávila, por D. José Viera Clavijo, en las *Memorias y Premios de la Academia Española*.

Elogio de Benito Arias Montano, monografía rica en noticias y bellamente escrita por González Carvajal, traductor ilustre de los Libros poéticos de la Biblia. Está inserta en el tomo VII de las *Memorias de la Academia de la Historia*.

Vida, de Melchor Cano, obra eruditísima de D. Fermín Caballero (Madrid, 1871). Ocupa el 2.º tomo de la serie de *Conquenses ilustres*.

Vida de Fr. Luis de León, por D. José González de Tejada (Madrid, 1863).

Fr. Luis de León. Ensayo histórico, por el licenciado D. A. Arango y Escandon. México, 1866. Excelente libro, el mejor que tenemos sobre Fr. Luis.

Fr. Luis de León y la Inquisición, estudio alemán del doctor Reusche, publicado en el presente año.

Biografía del Maestro León de Castro, por D. Vicente de la Fuente, en el *Catalogus librorum del marqués de Morante*. Tiráronse ejemplares aparte.

Vida del Ven. Fr. Luis de Granada, por el licenciado Luis Muñoz.

San Juan de la Cruz, por el difunto lectoral de Jaén D. Manuel Muñoz Garnica (Jaén, 1875).

Histoire du Père Rivadeneyra, por el P. Prat S. J. (1862).

Maldonat et l'Université de Paris dans le XVI siècle, por el mismo Padre (París, 1856).

Vida del P. Vieyra, por el P. Prat. Otra prepara Silva Tulio, erudito bibliotecario de Lisboa.

Les Mystiques espagnols, por Rousselot (París, 1867). Sobre el mismo asunto ha publicado una serie de artículos en la *Revista de la Universidad de Madrid* el docto filósofo D. Nicomedes Martín Mateos.

Historia de la vida de D. Félix Amat, arzobispo de Palmira, por su sobrino D. Félix Torres Amat (con un extenso Apéndice).

Añádanse las varias Vidas de Santa Teresa de Jesús<sup>55</sup>, en especial la compuesta por el obispo de Tarazona Fray Diego de Yepes, y la publicada modernamente en Bélgica por

los Jesuitas continuadores de las Acta Sanctorum de los Bolandos, que llena un tomo en folio, riquísimo en erudición y crítica, y tendremos registrado casi todo lo digno de memoria que hay escrito relativamente a nuestros teólogos católicos.

Mayor ilustración han recibido, aunque no de plumas españolas por lo común, los heterodoxos, con ser infinitamente menos numerosos e importantes.

De secta Priscillianistarum dissertatio, por el P. Girves (Roma, 1753).

Estudios históricos sobre el Priscilianismo, por D. Antonio López Ferreiro (Santiago, 1878).

Historia adoptianorum, por Walch (se refiere a Félix y Elipando), Gottinga, 1755.

Historie van Michael Servetus (Rotterdam, 1729), Traducción holandesa del libro latino de Allwoerden y Mosheim). (Historia Michaelis Serveti.)

Miguel Servet, opúsculo anónimo, impreso en 1855.

Michel Servet, estudio de Emilio Saisset en la Revista de Ambos Mundos (1848).

Michael Servet und seine Vorgaenger. Erstes Buch die Protestantischen Antitrinitarier vor Faustus Socin, por Trechsel (Heydelberg, 1839).

Das Lehrsystem Michael Servets... von Tollin. Gütesloh, 1876. Del mismo autor hay las siguientes memorias: Lutero y Servet, Melancton y Servet, Infancia y juventud de Servet, Servet y la Biblia, Servet y la dieta de Ausburgo, Servet y Bucero, Miguel Servet, como geógrafo Miguel Servet como médico, Panteísmo de Servet, Servet descubridor de la circulación de la sangre, etc., etc., unas sueltas, y otras en revistas alemanas.

Servetus and Calvin... by R. Wilis, (London, 1877).

Servet ocupa también un lugar señalado entre los filósofos.

History of the progress and supression of the reformation in Spain. (Londres, 1829). Obra de M'Crie, muy incompleta.

Historia de los protestantes españoles, por D. Adolfo de Castro. (Cádiz, 1852). Trabajo más concienzudo. Según tengo entendido, su ilustrado autor, que hoy ve las cosas por distinto prisma que cuando le escribía, se propone refundirle y ampliarle.

Cenni biografici sui fratelli Giovanni e Alfonso di Valdesso. Opúsculo del Dr. Bohemer que acompaña a su edición italiana de las Consideraciones divinas de Juan de Valdés.

Lile and writings of Juan de Valdés otherwise Valdesso, Spanish reformer in the sixteenth century. By Benjamin Barron Wiffen, (Londres, 1865). Obra notable en su línea. Va seguida de la traducción inglesa de las CX Consideraciones divinas.

Alfonso y Juan de Valdés, por D. Fermín Caballero. Tomo IV de la preciosa galería de Conquenses ilustres. (Madrid, 1875).

Alfonso y Juan de Valdés, tesis sostenida por Eugenio Stern ante la facultad de teología protestante en Estrasburgo en 27 de Noviembre de 1868.

Damián de Goes y la Inquisición de Portugal, por Lopes de Mendonça. En los Annaes das Sciencias e Letras de Lisboa. Damián de Goes fue erasmista y algo más. Su proceso se conserva en la Torre do Tombo.

No incluyo los Spanish Reformers-Bibliotheca Wiffeniana, del Dr. Bohemer por ser obra más propiamente bibliográfica que expositivo-crítica. Por igual razón omito los prólogos e ilustraciones de Usoz y Río a su colección de Reformistas españoles<sup>56</sup>.

De otros dos protestantes modernos hay impresas monografías, a saber:

Life ol Reverend Joseph Blanco-White, written by himself wit portions of his correspondence. By John Elapman (1845).

D. Juan Calderón. Auto-biografía, aumentada por Usoz y Río (Madrid, 1858).

El Abale Marchena, por D. G. Bono Serrano en su Miscelánea religiosa, política y literaria, y por M. Latour en el último volumen de sus Estudios sobre España (1867).

Andrés María Santa Cruz, por D. Salvador Bermúdez de Castro en *El Iris* (1841).  
La España Protestante, artículos del Sr. Guardia en la *Revista Germánica*, en la *Nacional* y en la de *Ambos Mundos*.

Pasando ahora a la clase de humanistas, citaré, además de las de Vives, Sepúlveda, el Brocense y algún otro mentados ya, las monografías siguientes:

Aloysa Sigea et Nicolas Chorier, por Mr. Paul Allut (Lion, 1862). Tirada de 112 ejemplares.

Elogio de Antonio de Lebrija, por D. Juan B. Muñoz, en el tomo V de las *Memorias de la Academia de la Historia*.

De vita et scriptis Alphonsi Garsice Matamori Commentarius, por Cerdá y Rico, al frente de las obras de Matamoros (Madrid, 1769).

Emmanuelis Martini Ecclesie Alonensis Decani vita... a Gregorio Majansio conscripta. Impresa con las Epístolas latinas y otros opúsculos del Deán Martí, por Pedro Wiseling (Amsterdam, 1738).

Biografía de Nicolás Antonio, por Mayans, en la *Censitra de Historias fabulosas*.

Memorias para la vida de Luzán, por su hijo D. Juan Antonio (1789).

Elogio de Pérez Bayer, por Fuster (incorporado en su *Biblioteca Valenciana*) Ídem por D. Gaspar Bono Serrano en su *Miscelánea*.

Elogio del P. Manuel Aponte, por el cardenal Mezzofanti (único escrito impreso de aquel polígloto estupendo)<sup>57</sup>.

Biografía de Eximeno, por el Sr. Barbieri, en la edición del D. Lazarillo Vizcardi que publicó la *Sociedad de Bibliófilos Españoles*.

Memoria sobre la vida y escritos de Capmany, por D. Guillermo Forteza. Premiada por la *Academia de Buenas Letras de Barcelona* en 1868.

Ensayo bibliográfico-crítico sobre traductores españoles de Horacio. Estudio del que esto escribe.

Juliana Morell. Por D. Joaquín Roca y Cornet, en el tomo II de *Memorias de la Academia de Buenas letras de Barcelona*.

Completa la serie de trabajos, harto escasos por desgracia, acerca de nuestros filólogos, la monografía de Hervás y Panduro, que forma el tomo 1.º de *Conquenses ilustres*, por D. F. Caballero.

Antes de entrar en el campo de la historia y de las bellas letras, mencionaré de pasada, el *Examen histórico-crítico de los trabajos concernientes a la Flora. hispano-lusitana* de D. Miguel Colmeiro; las *Memorias sobre Vallés, Piquer y otros insignes médicos*, premiadas por la *Academia de Medicina de Madrid* e insertas en *El Siglo Médico*, el *Discurso sobre los autores de artillería*, de D. Vicente de los Ríos, y los no mucho más numerosos estudios que tenemos referentes a jurisconsultos, políticos y economistas, y son:

Vidas de los jurisconsultos. Ordenolas nuestro eruditísimo Floranes, y existen algunas en la *Academia de la Historia* y otras en poder del Sr. Gayangos.

Noticias del Dr. Alonso Díaz de Montalvo. Tercer tomo de *Conquenses ilustres*, por D. Fermín Caballero.

Vida de Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona, publicada en castellano por Mayans al frente de los *Diálogos de armas y linajes*, y en latín precediendo a la edición completa de las obras de aquel sabio jurisconsulto y anticuario, hecha en Luca en 1772.

El mismo Mayans escribió para el *Tesoro de Meerman*, biografías de Ramos del Manzano, Puga y otros intérpretes del *Derecho romano*.

De las doctrinas políticas de los españoles en la época austriaca. Estudio del Sr. Cánovas del Castillo en la *Revista de España*.

De vita et scriptis Josephi Finestres. Elegante biografía latina, escrita por el jesuita catalán D. Luciano Gallisá (Cervera, 1802)<sup>58</sup>.

De los políticos y arbitristas españoles, discurso del señor Colmeiro.

Memorias para la vida de Jovellanos y noticias analíticas de sus obras, por D. Juan A. Ceán Bermúdez (Madrid, 1814).

Vida de Jovellanos. Precede a las Obras del esclarecido polígrafo asturiano, coleccionadas por el Sr. Nocedal para la Biblioteca de Rivadeneyra. Se ha impreso también aparte, en unión con el Discurso preliminar al tomo II de la propia colección.

Llegamos, por fin, al terreno propiamente literario, que ha sido el mejor cultivado. A continuación va el índice de los estudios de esta especie que ofrecen más carácter monográfico:

Introducción de Damas Hinard al Poema del Cid. (París, 1858). Du Poème du Cid et de ses analogies avec la Chanson de Rolland, por Baret (1863).

Estudios sobre los judíos de España, por D. José Amador de los Ríos (Madrid, 1848). Su mayor parte es de crítica literaria, a diferencia de la Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal, que el mismo renombrado escritor ha dado recientemente a la estampa.

Poesía y Arte de los Árabes en España y Sicilia, del barón Adolfo Federico de Schak, admirablemente traducida por el Sr. D. Juan Valera (Madrid 1867 a 72)<sup>59</sup>.

De la poesía religiosa de los judíos en España, por el Dr. Miguel Sachs (Berlín, 1845). Obra excelente.

De la poesía romance de los judíos en España, por Kayserling (Leipzig, 1859). Vale harto poco.

Les vieux auteurs castillans (París, 1861). -La cour littéraire du Roi D. Jean II (Ibid, 1874). Obras eruditas, discretas y amenísimas del conde de Puimaigre.

Ricerche intorno al libro de Sindibad, por Comparetti (Milán, 1869).

Los Trovadores en España (Barcelona, 1861). -Observaciones sobre la poesía popular (1853). -Resenya dels antichs poetas catalans (1865). -De la poesía heroico-pupular castellana (1874). -Poètes catalans. Les Noves Rimades. -La Codolada (Montpellier, 1876). -Trabajos del eminente escritor catalán D. Manuel Milá y Fontanals, que ni en madurez de juicio, ni en copia de datos, ni en delicadeza de análisis, ni en seriedad y concisión tienen superiores en nuestra literatura.

Essai sur la littérature calalane, por F. R. Camboliou.

De primitiva cantilenarum epicarum, vulgo romances, apud Hispanos forma. Tesis de Huber (Berlín, 1844).

Darstellung der Spanischen literature in Mittelalter, de Ludovig Clarus (1846).

Studien der Spanischen und Portuguesischen National Literature, de Fernando José Wolf (Berlín, 1859). Este sabio hispanista publicó además diversos estudios sueltos muy notables<sup>60</sup>.

Recherches sur le texte et les sources du libro de Alexandre, por A. Morel-Fatio (París, 1875).

Ilustraciones al Conde Lucanor, de D. Juan Manuel, traducido al francés (París, 1854), por M. Puibusque, autor también de la Historia comparada de las literaturas francesa y española.

Sobre las versiones españolas de la Crónica Troyana<sup>61</sup>. Memoria de Mussafia (Viena, 1871).

Traductores o imitadores españoles de Dante, erudito artículo de D. Cayetano Vidal y Valenciano en la Revista de España. El autor prepara un trabajo mucho más extenso sobre la materia.

Discurso preliminar y observaciones que anteceden al Romancero general, colectado por el sabio D. Agustín Durán (Madrid, 1859). Reunidos pueden formar una excelente monografía.

De la poesía popular gallega, por D. M. Milá (en la Romanía, tomo VI).

De la poesía castellana en los siglos XIV y XV. Estudio de D. Pedro José Pidal, que sirve de introducción al Cancionero de Baena (Madrid, 1851). Estudio (en francés) sobre el Cancionero de Baena, por D. Leopoldo A. de Cueto en la Revue des Deux Mondes (1857).

Crónica del Cid. -Poema y Romancero del Cid. Estudios de D. Pedro José Pidal en la Revista de Madrid.

Sobre la legitimidad del Centón Epistolario, artículos del mismo62.

De la poesía mística española, Malon de Chaide. Artículos del mismo en la Revista de Madrid. De éstos y los demás estudios literarios, históricos y jurídicos de Pidal tendremos muy pronto colección esmerada y completa.

Elogio del arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada, por D. Vicente de la Fuente, en las Memorias de la Academia de la Historia.

Vida literaria del Canciller Pero López de Ayala, por D. Rafael de Floranes, en los tomos XIX y XX de Documentos inéditos para la Historia de España.

Vida política y literaria de D. Enrique de Villena, por D. Juan A. Llorente. Tiénese noticia de esta obra por el catálogo que de sus escritos inserta el mismo Llorente en la auto-biografía que publicó en París (1852).

Vida del Marqués de Santillana, antepuesta por don José Amador de los Ríos a su excelente edición de las Obras de aquel ilustre prócer (Madrid, 1852).

Vida de Alonso de Palencia. Discurso de entrada del Sr. Fabié en la Academia de la Historia.

Vida de Gonzalo Fernández de Oviedo, con que encabezó el Sr. Amador de los Ríos la Historia general y natural de las Indias, publicada por la Academia de la Historia de 1851 a 1855.

Don Fernando Colón, historiador de su padre, por el autor de la Biblioteca americana vetustísima (Harrise). Monografía impresa por la Sociedad de Bibliófilos andaluces (Sevilla, 1871).

Vida y obras del Dr. Lorenzo Galíndez de Carvajal, por D. Rafael Floranes. (Tomo XX de Documentos inéditos para la Historia de España.)

Vida de Ambrosio de Morales, por el P. Flórez, en su edición del Viaje Santo.

Elogio de Morales, por Vargas Ponce (inédito).

Progresos de la Historia de Aragón y elogios de sus cronistas, obra comenzada por Andrés de Ustarroz. El tomo I, concerniente a Zurita, fue publicado por el arcediano Dormer. El segundo permanece manuscrito.

Biografía del P. Juan de Mariana. Atribúyese a don Vicente Noguera, ilustrador de la edición de la Historia general de España hecha en Valencia por Benito Monfort a fines del siglo pasado.

Biografía de D. Diego de Mendoza, atribuida a Mayans. En la edición de la Guerra de Granada, hecha en Valencia, 1776, por Montfort.

Teniendo en cuenta su brevedad, no apunto las de Moncada y Calvete de Estrella, por Cerdá y Rico; la de Melo, por Capmany; la de Solís, por Mayans, y otras de historiadores de menor cuantía.

El Sr. Fabié prepara una monografía de Fr. Bartolomé de las Casas63.

Biografía de D. Carlos Coloma. Discurso de recepción de D. Alejandro Llorente en la Academia de la Historia.

Vida de Garcilaso de la Vega, por D. Eustaquio Fernández de Navarrete (Madrid, 1850).

Vida del Br. Francisco de la Torre. Discurso de recepción en la Academia Española, por D. Aureliano Fernández-Guerra, y contestación del marqués de Molins.

Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana de los siglos XVI y XVII, por D. Ángel Laso de la Vega y Argüelles (Madrid, 1870).

Pablo de Céspedes. Memoria del Sr. D. Francisco María Tubino, premiada por la Academia de San Fernando.

Francisco Pacheco, sus obras artísticas y literarias, en especial su libro de Descripción de verdaderos retratos, etc., por D. José María Asensio de Toledo (Sevilla, 1867).

Estudio sobre Góngora, por D. Leopoldo Eguilaz Yanguas. Todavía inédito.

Biografía de Francisco de Rioja, trabajo eruditísimo de D. Cayetano Alberto de la Barrera, preliminar a las Poesías de Rioja, edición de los Bibliófilos españoles (1867). Pueden servirle de complemento:

La canción a las ruinas de Itálica, ya original, ya refundida, no es de Francisco de Rioja. Informe leído a la Academia Española por D. Aureliano Fernández-Guerra e inserto en el tomo I de las Memorias de aquel cuerpo literario. Demuestra que el verdadero autor de dicha composición fue Rodrigo Caro.

La Epístola moral a Fabio no es de Rioja. Descubrimiento de su autor verdadero por D. Adolfo de Castro. (Cádiz, 1875). Evidencia que la escribió el capitán Fernández de Andrada.

Vida de Rodrigo Caro. Prepárala por encargo del ayuntamiento de Utrera, patria de aquel insigne anticuario, humanista y poeta, el Sr. D. Antonio Sánchez Moguel.

Biografía del Maestro Vicente Espinel. Tiénela dispuesta para la impresión D. Juan Pérez de Guzmán.

... los dos Argensolas, por Pellicer en su Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles (Madrid, 1878).

Vida de D. Esteban Manuel de Villegas, por D. Vicente de los Ríos, a la cabeza de las Obras de aquel ingenio, edición de 1774.

De la poesía lírica anterior al siglo XVIII. Discurso preliminar de Quintana a los tres primeros tomos de su Colección de poesías selectas castellanas.

De la poesía épica castellana. Introducción de Quintana a su Musa épica.

Vida de Ercilla, por D. José de Vargas Ponce. Quedó inédita e incompleta. Ha aprovechado parte de sus noticias el Sr. Ferrer del Río para el prólogo de la edición de La Araucana, hecha por la Academia Española en 1867.

Estudio sobre Balbuena, por Lista. En la Revista de Sevilla, tomo III.

Vida de Quevedo, por D. Pablo A. de Tarsia (la primera edición es de 1663).

Vida de D. Francisco de Quevedo y Villegas. -Discursos preliminares a las Obras del célebre polígrafo en los tomos XXIII y XLVIII de la Biblioteca de Rivadeneyra. En ellos luce su autor el Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra exquisita erudición, método excelente y gallardísimo estilo.

Sobre las obras sueltas de Lope de Vega. Artículo de Southey en el Quaterly Review de 1818, n. 35.

Orígenes del teatro español, obra póstuma de D. Leandro Fernández de Moratín, dada a luz en 1830 por la Academia de la Historia.

Discursos sobre la tragedia española, por D. Agustín Montiano y Luyando (Madrid, 1750 y 53).

Lecciones de Literatura dramática, por D. Alberto Lista (Madrid, 1836).

Sobre la tragedia española. -Sobre la comedia. -Sobre la poesía didáctica. -Sobre el poema épico. Apéndices del Sr. Martínez de la Rosa a su Poética.

Discurso sobre el influjo de la crítica moderna en la decadencia del Teatro español (Madrid, 1828). -Estudios sobre Lope de Vega (en la Revista de Madrid, por don Agustín Duran, a quien se deben asimismo excelentes análisis de algunas comedias de Tirso.

De poeseos dramaticæ genere hispanico, præsertim de Petro Calderone de la Barca (Hafniæ, 1817, 12). Por Heiberg, poeta danés.

Ensayo histórico-filosófico sobre el Teatro español, diez artículos de D. Fermín Gonzalo Morón (en la Revista de España, de Indias y del extranjero, tomo VII).

Historia de la Literatura y del Arte dramático en España, obra preciosa, escrita en alemán por el barón Adolfo Federico de Schack (Berlín, 1845), de la cual empezó a publicarse en 1862, no pasando del primer tomo, una buena traducción española hecha por el señor don Eduardo de Mier.

Del drama religioso antes y después de Lope de Vega. -Prólogos a las Farsas de Lucas Fernández y a la Josephina de Micael de Carvajal. Opúsculos del Sr. Cañete, que hacen desear su prometida Historia del Teatro español antes de Lope de Vega.

Discurso preliminar al tomo de Autos Sacramentales de la Biblioteca de Rivadeneyra. Notable trozo de crítica debido a la pluma del malogrado escritor D. Eduardo González Pedroso.

De las antiguas colecciones dramáticas españolas. Monografía del barón Federico Halm de Münch-Bullinghausen (Viena, 1852).

Carácter dramático de D Juan Ruiz de Alarcón. Discurso de entrada del Sr. Hartzenbusch en la Academia Española. El mismo ilustre literato ha coleccionado e ilustrado para la Biblioteca de Rivadeneyra las obras dramáticas de Lope, Calderón, Alarcón Tirso.

Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, peregrino libro compuesto por el Sr. D. Luis Fernández-Guerra y premiado por la Academia Española. Al propio literato somos deudores de la muy estimable biografía de Moreto, que encabeza las Obras de este preclaro dramaturgo en la tantas veces citada Biblioteca de Rivadeneyra.

Life of Lope de Vega... By Lord Holland (1866). Y acompañada de otra biografía de Guillen de Castro (Londres, 1817).

Crónica biográfica y bibliográfica de Lope de Vega, manuscrito de La Barrera, premiado por la Biblioteca Nacional, donde se conserva.

Vida de Tirso de Molina. Manuscrito que perdió, según él refiere, D. Bartolomé José Gallardo en el famoso día de San Antonio de 1823.

Estudios acerca de Calderón, por el Sr. D. Patricio de la Escosura en la Biblioteca escogida de Autores españoles de la Academia Española, y en la Revista de España.

Sobre la tragedia de Calderón «El Mágico prodigioso»; Disertación de Karlos Rosenkranz (Halle y Leipzig, 1829).

Sobre el Príncipe constante, disertación de Schulze (Weimar, 1811).

Die Schauspiele Calderon's dargestellt und erläutert, von Fried. Wilh. Val. Schmidt (Elberfeld, 1857).

Acerca de Calderón pueden verse, entre otros trabajos breves, el discurso de entrada del Sr. D. Adelardo L. de Ayala en la Academia Española, y el discurso sobre los autos sacramentales, leído en la misma corporación por D. F. de Paula Canalejas.

Discurso sobre la primitiva novela española, por don Buenaventura Carlos Aribau, en el tomo III de la Biblioteca de Rivadeneyra.

Discurso sobre la novela española, por D. Eustaquio Fernández de Navarrete, en el tomo XXXIII de la misma publicación.

Discurso preliminar de D. Pascual de Gayangos al tomo de Libros de Caballerías de la propia Biblioteca.

De l'Amadis de Gaule, son influence sur les moeurs et la littérature au XVI et au XVII siècle (París, 1873), por Baret.

Kritischer Versuch über den Roman Amadis von Gallien, del Dr. Braunfels (Leipzig, 1876).

Jerónimo de Urrea y su libro inédito D. Clarisel de las Flores, por D. Jerónimo Borao (Zaragoza, 1867).

Los estudios relativos a Cervantes son innumerables. Por evitar prolijidad, sólo mencionaré los siguientes, dejando a cargo del Sr. Rius la tarea de formar un catálogo completo de esta rama de la bibliografía cervántica.

Análisis del Quijote, por D. Vicente de los Ríos (1780).

Vida, etc., por D. Martín Fernández de Navarrete (Madrid, 1819).

Notas a la vida de Cervantes, de Navarrete (en la Revista de Sevilla). -Noticias biográficas de Arguijo (en la de España), por D. Cayetano Alberto de la Barrera.

Vida de Cervantes, por Quintana

Cervantes vindicado en ciento quince pasajes del Ingenioso Hidalgo que no han entendido o han entendido mal sus comentadores, por D. Juan Calderón (Madrid, 1854).

Cervantes, sa vie, son temps, ses œuvres, por Emilio Chasles (París, 1867).

Vida de Cervantes, por D. Jerónimo Morán, en la lujosa edición del Quijote hecha por Dorregaray.

Comentarios filosóficos al Quijote (en La América). -La Estafeta de Urganda. -El Correo de Alquife. -Segundo aviso de Merlín. -La verdad sobre el Quijote. - Monografías sobre el sentido esotérico del Quijote, por D. Nicolás Díaz de Benjumea. De sentir es que este docto e ingenioso escritor no lleve a cabo el anunciado propósito de publicar reunidos sus numerosos y peregrinos estudios cervánticos.

El Quijote y la estafeta de Urganda. -Cervantes y el Quijote. Estudios críticos del Sr. Tubino.

Sobre el carácter del Quijote, discurso académico del Sr. Valera.

Apología de Cervantes por Eximeno (Madrid, 1806).

Pericia geográfica de Cervantes, por D. Fermín Caballero. -Bellezas de Medicina práctica descubiertas en el Ingenioso Hidalgo, por Hernández Morejón. -Jurisprudencia de Cervantes, por D. Antonio Martín Gamero. -Cervantes teólogo e Intraducibilidad del Quijote, por don José María Sbarbi. -Cervantes y la filosofía española, por D. Federico de Castro. -Ideas económicas del Quijote, por D. Luis Piernas y Hurtado<sup>64</sup>.

La sepultura de Cervantes, por el marqués de Molins, (1870).

Juicio analítico del Quijote, por Antequera.

Lecciones sobre la Literatura española, francesa, italiana e inglesa del siglo XVIII, dadas en el Ateneo por D. Antonio Alcalá Galiano. La parte española es harto escasa. El mismo escritor publicó en El Laberinto notables estudios críticos acerca de Meléndez, Cienfuegos, Moratín, Arriaza y otros poetas del siglo pasado, y, en la Crónica de ambos mundos otro sobre la Escuela sevillana de la misma época; asunto tratado también por Lista en la Revista de Madrid (1.<sup>a</sup> época)<sup>65</sup>.

De la poesía castellana del siglo XVIII. Discurso de Quintana puesto al principio del tomo IV de su colección de Poesías selectas, en la 2.<sup>a</sup> edición (1830).

Juicio crítico (sic) de los principales poetas españoles de la última era. Obra póstuma de D. José Gómez Hermosilla (París, 1845). Vale poquísimo. Refutola Gallego en la parte relativa a Meléndez. También lo hizo Andrés Bello, como puede verse en la Biblioteca Venezolana de Rojas.

Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII, antepuesto por el Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto a la muy copiosa colección de Líricos de dicho periodo en la Biblioteca de Rivadeneyra. El título de este precioso trabajo peca de

modesto en demasía y no da bastante idea de su mérito e importancia: no debiera llamarse Bosquejo, sino Historia crítica. ¡Pluguiera a Dios que abundasen en España producciones semejantes a esta en riqueza de datos, severidad de juicio y amenidad y corrección de estilo! De este Bosquejo se ha hecho en París una edición fraudulenta, en dos tomos con destino a América. De esperar es que el Sr. de Cueto lo reimprima por separado, agregándole la Reseña bibliográfica de poetas del siglo XVIII, que tiene inédita, y puede considerarse como su complemento.

Historia, de la crítica literaria desde Luzán hasta nuestros días. Memoria del Sr. D. Francisco Fernández y González, premiada por la Academia Española en 1870. Suplemento indispensable a esta obra son los artículos que sobre ella publicó usted en La Enseñanza y reprodujo en sus Ensayos críticos (Lugo, 1868).

Noticias para la vida del P. Flórez, recogidas por el P. Méndez (1780).

Elogio de D. Juan Pablo Forner, leído por D. Joaquín Sotelo en la Academia de Jurisprudencia en 23 de Mayo de 1797. Reimprimiolo el Sr. de Cueto al frente de las Poesías de Forner en el tomo LXII de la Biblioteca de Rivadeneyra.

Vida de D. Juan Meléndez Valdés, por Quintana (1820).

Historia y juicio crítico (sic) de la escuela poética sevillana en los siglos XVIII y XIX. Madrid 1876, por D. Ángel Laso de la Vega.

Breve reseña del actual Renacimiento de la Lengua y Literatura Catalanas, por D. Joaquín Rubió y Ors (1877).

Datos y apuntes para la historia de la moderna literatura catalana, por D. J. Leopoldo Feu. En el tomo II de Memorias de la Academia de Barcelona.

Vida de D. Nicolás Fernández de Moratín, por su hijo D. Leandro (1821).

Vida de D. Leandro F. de Moratín, por Aribau. Impresa con la anterior en el tomo II de la Biblioteca de Rivadeneyra.

Vida de D. Leandro Fernández de Moratín, por don Manuel Silvela (1845 y 1867).

Quintana considerado como poeta lírico, discurso leído por el Sr. de Cueto al tomar asiento en la Academia Española.

Conforme nos vamos acercando a la edad presente, disminuyen más y más las monografías. Así que, relativas a contemporáneos, sólo recuerdo (limitándome a las de alguna extensión) la Memoria sobre la vida política y literaria de Martínez de la Rosa, por Rebello da Silva; la auto-biografía de D. Joaquín Lorenzo Villanueva (Londres, 1825), la Biografía del Conde de Toreno, y el extenso discurso necrológico del Duque de Rivas, trabajos ambos del Sr. de Cueto; la vida de D. Próspero Bofarull, escrita por el Sr. Milá y Fontanals, y algunos discursos académicos que por sus dimensiones e importancia merecen contarse entre las monografías, cual es, por ejemplo, el del Sr. Escosura sobre Espronceda, Vega y Pardo, leído en la Academia Española en 1870.

No ha sido mucho mas beneficiada mediante monografías la literatura lusitana. Las principales son las siguientes:

Ensayo sobre el origen y progreso de las matemáticas en Portugal, por Garçon Stockler.

Memoria sobre la literatura sagrada de los judíos portugueses hasta fines del siglo XV. -Biografías de los matemáticos Pedro Núñez y Francisco de Melo. -Sobre algunas traducciones bíblicas en lengua portuguesa. -De los orígenes y progresos de la poesía en Portugal, etc. Memorias de Antonio Ribeiro dos Sanctos en las de la Academia Real das Ciencias de Lisboa. Manuscritas dejó (entre otros muchos importantísimos trabajos) este docto bibliotecario unas Memorias para la Historia de la poesía en Portugal, con noticias de los antiguos cancioneros. -Memoria sobre las controversias de Jerónimo de Santa Fe con los judíos. -Memoria acerca de los libros raros de las bibliotecas de

Portugal. Están entre los manuscritos del mismo Ribeiro dos Sanctos conservados en gran parte en la Biblioteca Nacional de Lisboa.

Sobre los antiguos Cancioneros Portugueses, estudio de Bellerman (Berlín, 1840).

Über die erste portugiesische Kust und Hof poesie, von Friederich Díez.

Discurso sobre el Palmerín de Inglaterra y su verdadero autor, por D. N. D. de Benjumea (Lisboa, 1875)66.

Antonio Ferreira, por Julio de Castilho.

Los estudios de Teófilo Braga sobre literatura portuguesa llegan a 15 volúmenes, constituyendo generalmente cada cual monografía separada. Y son:

Epopeyas de la raza muzárabe.

Trovadores gallego-portugueses.

La poesía palaciega en el siglo XV.

El Amadís de Gaula.

Los Qinhentistas (escritores del siglo XVI): Sá de Miranda y su escuela.

Bernaldim Ribeiro, y los bucólicos.

Historia del teatro portugués. Cuatro tomos.

1.º Gil Vicente y su escuela.

2.º La tragedia, clásica y las tragi-comedias (teatro del siglo XVII).

3.º La Baja Comedia y la Ópera (siglo XVIII.)

4.º Almeida-Garret y los dramas románticos.

Historia de Camoens. Forma dos tomos, uno de ellos dividido en dos volúmenes.

Además de este extenso y luminoso estudio sobre Camoens, hay otro biográfico-bibliográfico del Vizconde de Juromenha que sirve de tomo primero en su edición de las obras del gran poeta lusitano, y en inglés uno de Adamson (Memoirs of Camoens).

La Introducción de Braga a su Historia forma un volumen. Ha publicado además una Historia de la poesía popular portuguesa (introducción a su Romancero) y una colección de Estudios da Edade Media. Entre las demás monografías portuguesas mencionaré: el Ensayo sobre la vida y escritos de Gil Vicente, antepuesto por Monteiro a las obras del Plauto lusitano en la reimpresión de Hamburgo.

Biografía de F. Luis de Sousa, por D. Francisco Alejandro Lobo, obispo de Viseo.

Memoria, biographica e literaria, acerca de M. M. Barbosa du Bocage, por Luis Augusto Rebello da Silva (Lisboa, 1854).

El mismo publicó estudios sobre otros ingenios de la Arcadia, como Domingo dos Reis Quita, Garçao y Antonio Diniz.

Le Brésil littéraire, por Fernando Wolf. (Berlín 1863.)

Los estudios sueltos de Revistas, Memorias de academias, etc., así en Portugal como en Castilla y Cataluña, son numerosos e importantes; pero ni he pensado nunca en apurar la materia, ni es posible citar todos los que recuerdo sin alargar demasiado este apéndice. Con pequeño trabajo podrá acrecentar cualquier lector curioso este catálogo.

En punto a trabajos de escritores castellanos sobre la literatura portuguesa, conocemos sólo uno relativo a Camoens, escrito por el Sr. Canalejas en la Revista Ibérica; la biografía de Antonio Feliciano de Castilho, impresa en Cádiz, 1837, con las iniciales T. G.; y el erudito libro del Sr. Romero Ortiz, titulado Literatura portuguesa del siglo XIX.

Considerable parecerá a primera vista este catálogo (sin duda incompleto), y tendrán de fijo por infundadas nuestras quejas quienes ignoren que pocos, muy pocos, de los estudios referidos reúnen el carácter expositivo-crítico, que muchos son puramente biográficos, que otros pecan de brevedad excesiva, y que, por consecuencia de todo esto, conviene rehacerlos casi todos bajo un plan más amplio y completo. Nótese, además, que la mayor parte de ellos conciernen a la literatura y no a las ciencias ni a la filosofía, y que muchos de los mejores son parto de plumas extranjeras y aún no han

sido castellanizados, habiendo numerosas materias enteramente intactas, no obstante ser de igual o superior interés que las hasta hoy dilucidadas. El publicar estudios sueltos sobre determinados escritores cuando éstos no son muy conspicuos e importantes, no me parece método tan acertado como el de considerarlos agrupados, historiando el género que cultivaron, la escuela a que pertenecieron, etc. Por eso convendría que se publicasen libros semejantes a Los Místicos españoles, de Rouselot; Los trovadores en España y La poesía heroico-popular, de Milá; La corte literaria de Juan II, de Puimaigre; la Historia de los falsos cronicones, de Godoy Alcántara; el Bosquejo de la poesía castellana en el siglo XVIII, de Cueto, y algún otro de la misma índole.

A tres puntos principales debe, en mi concepto, dirigirse la actividad erudita por lo que a monografías respecta, a saber:

I. Exposiciones histórico-críticas de la vida y doctrinas de los grandes pensadores ibéricos y de las escuelas de que respectivamente fueron cabeza, vg.:

Séneca y el Senequismo.

Damos este nombre a la doctrina moral estoica tal como la formuló Séneca, doctrina que en toda la Edad Media y en los siglos XVI y XVII ejerce muy señalada influencia en España y fuera de ella.

San Isidoro y la tradición Isidoriana.

Averroes y el Averroísmo.

Maymónides y el Maymonismo.

En este libro deben estudiarse los progresos del panteísmo hispano-judaico hasta Spinosa, y sus relaciones con la moderna filosofía germánica.

Lulio y el Lulismo.

Vives y el Vivismo.

Suárez y el Suarismo.

En la misma línea pueden entrar otros preclaros sabios españoles que, si no dieron origen a escuelas o sectas filosóficas propiamente dichas, personifican grandes fases de la vida intelectual de la Península, aparecen como iniciadores de trascendentales movimientos en la esfera de las ideas, o descuellan por la originalidad y universalidad de su doctrina, de tal suerte, que para darlos a conocer debidamente es preciso trazar en tomo suyo el cuadro de la época en que lo florecieron, con sus antecedentes y consiguientes. A esta clase corresponden:

\* El arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada.

\* Alfonso el Sabio.

\* Antonio de Nebrija.

\* Antonio Agustín.

\* Arias Montano.

\* Caramuel.

\* Feijóo.

\* Campomanes.

\* Jovellanos.

\* Hervás y Panduro.

Más o menos próximos por su significación histórica a los que acabo de mencionar, figuran en los anales de la ciencia española otros muchos egregios varones, dignos asimismo de que sus hechos y escritos sean expuestos críticamente, bajo la forma monográfica, en sendos volúmenes. Sólo citaré, por no ser prolijo, los nombres de Quintiliano, Thofail, Jehudaba Leví, Avicebron, Pedro Hispano, San Raymundo de Peñafort, el infante D. Juan Manuel, Arnaldo de Vilanova, el Tostado, los Abarbaneles, Fray Antonio de Guevara, Sepúlveda, Gouvea, Gómez Pereira, Foxo Morcillo, Miguel Servet, Vallés, Mariana, Fray Luis de Granada, Domingo de Soto, Vitoria, Molina,

Vázquez, Fray Luis de León, Azpilcueta, el Brocense, Martín del Río, Quevedo, Gracián, Nieremberg, Isaac Cardoso, el Padre Tosca, Martín Martínez, Piquer, Luzán, Mayans, Pérez Bayer, Andrés, Eximeno, el Padre Ceballos, los autores de La España Sagrada, Forner, Martínez Marina, Lista, etc., etc.

II. Estudios biográfico-críticos extensos, por el estilo del Don Juan Ruiz de Alarcón, del Sr. Fernández-Guerra (D. Luis), acerca de los principales ingenios peninsulares, no juzgados todavía con el detenimiento y profundidad necesarios, ni menos relativamente a su tiempo y a la influencia que tuvieron en las vicisitudes de la bella literatura. Hállanse en este caso -y únicamente recuerdo los de primera marca- Lucano, Prudencio, Ausias March, Juan de Mena, Torres Naharro, Garcilaso, Ercilla, Balbuena, Góngora, los Argensolas, Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Rojas, Calderón, los Iriartes, D. Ramón de la Cruz, los Moratines, Meléndez, Arriaza, Quintana, etc., etc., ninguno de los cuales tiene libro aparte de crítica (que yo sepa), cuando en Francia y otras naciones no hay poeta mediano que no esté juzgado y aquilatado en todos sus aspectos y relaciones.

III. Historia de los principales periodos, ramas y corrientes de nuestra cultura, de determinados grupos de escritores, y de las opiniones profesadas por los españoles en orden a ciertos puntos de la ciencia, como

Los Padres toledanos.

Sabios españoles que brillaron en las Gallas bajo la dominación Carolingia.

Los Kabalistas españoles.

Impugnadores del judaísmo y del mahometismo.

El escolasticismo tomista en España.

Anti-aristotélicos españoles.

La fisiología filosófica en España.

Estudios fisionómicos y frenológicos.

Doctrinas de los filósofos españoles sobre la naturaleza y origen de las ideas.

Ídem sobre los primeros principios de los cuerpos.

Ídem sobre el alma de los brutos<sup>67</sup>.

Filosofía del derecho en España.

El derecho romano en España.

Políticos españoles.

Moralistas.

Místicos.

Casuistas.

Canonistas.

Escriturarios rabínicos.

Ídem católicos.

La oratoria sagrada.

Heterodoxos españoles, desde Prisciliano hasta los krausistas.

Impugnadores del enciclopedismo<sup>68</sup>.

Las controversias de auxiliis.

Hebraizantes españoles.

Arabistas.

Helenistas.

Latinistas.

Cultivadores de lenguas exóticas.

Arqueólogos.

Geógrafos.

Historiadores de Indias.

Geopónicos.  
La estética en España.  
Las doctrinas sobre la Historia<sup>69</sup>.  
Poetas hispano-latinos modernos.  
El culteranismo en España.  
La poesía lírico-dramática.  
La tragedia clásica.  
Escuela poética salmantina.

Los jesuitas españoles en Italia a fines del siglo XVIII y otros mil temas semejantes a éstos que sin orden he ido apuntando a medida que acudían a la memoria y a la pluma.

El promover la composición y publicación de tales Memorias toca a las cinco Academias, según su especialidad respectiva, pero más particularmente a la de la Historia, que tiene por instituto cultivar, no sólo la política, civil y religiosa, sino también la intelectual de la Península. Y para que esos trabajos se hiciesen con el debido esmero, convendría que dichas corporaciones señalaran para los certámenes plazos más largos que los de costumbre, teniendo en cuenta las dificultades inherentes a la busca de datos, ordenación del plan y redacción correcta y elegante. Bien puede asegurarse que cuantos autores han sido laureados por nuestras Academias y en méritos de obras eruditas de cierto bulto, las tenían ya compuestas, o cuando menos habían acopiado para ellas gran cantidad de materiales al anunciarse los concursos, siendo, por tanto, una casualidad el que éstos no resultasen estériles.

También sería medio muy conducente para obtener buenas monografías del género indicado, el exigir que las tesis doctorales, en vez de reducirse, cual vemos comúnmente, a breves disertaciones, sean escritos de mayor extensión, verdaderos libros, como en otras naciones acontece, y que éstos versen precisamente sobre puntos de la historia científica o literaria de nuestra patria. Lo que hoy se pide para el caso a los graduandos es tan poco y de tan poco momento y utilidad, que bien podría suprimirse sin inconveniente alguno, más aún que por las exiguas dimensiones de los discursos, por la facilidad de hallar en libros modernos y sin la menor fatiga las especies necesarias para componerlos. ¿No es un dolor el ver cuál nuestros aspirantes a doctores hacen alarde de una erudición postiza ante el claustro de la Universidad Central, disertando ostentadamente sobre el Budismo, y Sócrates, y el Petrarca, y Descartes, y Kant, y el Darwinismo y otras materias tan poco trilladas como éstas, mientras dejan en despreciativo olvido las obras y las doctrinas de nuestros antepasados, sobre las cuales tanto bueno y verdaderamente nuevo pudieran decirnos? Qui potest capere capiat.

En la próxima carta seguiré conversando con usted, mi señor D. Gumersindo, sobre los medios de fomentar el estudio de nuestra pasada cultura, y lograr, en un plazo más o menos breve, historias de las diversas ciencias en España<sup>70</sup>.

Soy de usted siempre devoto amigo y servidor.  
Santander 10 Julio 1876.

- V -

Prosíguese el pensamiento de las cartas anteriores

Mi docto y entrañable amigo: Apuntados quedan en anteriores epístolas los dos medios primeros e indispensables para facilitar el conocimiento de la antigua ciencia española y poner término (si posible fuere) a las eternas e insensatas declamaciones, contra ella inspiradas por la ignorancia y el fanático espíritu de secta a nuestros rimbombantes sabios, y dócilmente repetidas por la juventud dorada, que los venera

como oráculos. Hoy me toca dar fin a esta materia, indicando otros recursos para atajar el mal que lamentamos, recursos tan importantes o más que los diccionarios bibliográficos y los estudios expositivo críticos, y de cierto más generales y más en grande concebidos, pero que no exigen explicación tan larga y menuda (detallada diría alguno) y pueden sin dificultad agruparse. Y como está de Dios que estas cartas han de tener siempre algo de polémica, y que yo, con ser de natural tan inofensivo como usted sabe, he de reñir forzosamente con los filósofos a cada triquitraque, me haré cargo, después, de las rotundas aseveraciones de otro Mr. Masson, y de primera magnitud, que ya tenemos en campaña. Dios los cría y ellos se juntan.

Entrando en el primero de los puntos que hoy me propongo exponer, diré dos palabras de la creación de nuevas cátedras en los doctorados de las facultades, proyecto ya indicado en mi primera epístola, germen de todas las restantes.

Ya ha reunido la bibliografía los materiales; ya han sido aquilatados en las monografías expositivo-críticas: tenemos ya elementos para la historia de la ciencia española en sus diversas ramas; ¿qué falta, pues? Dos cosas aún: primera, enseñar esa historia; segunda, escribirla. Ahora bien entrambas cosas pueden realizarse a la par, y conviene que se realicen. ¿Cómo? Creando esas seis cátedras, dotándolas dignamente e imponiendo a sus profesores la obligación de componer con extensión y profundidad la historia de las respectivas disciplinas en España.

La enseñanza en España apenas tiene de española en el día más que el nombre; está casi del todo desligada de nuestra tradición científica<sup>71</sup>, y los esfuerzos de muchos sabios profesores no bastan para infundirle el carácter nacional de que mucho ha la despojaron las torpezas oficiales. Las obras de texto que corren en buena parte de nuestras aulas son extranjeras, extranjeros los autores que en ellas se citan, extranjeras las doctrinas en ellas enseñadas (y malas, que es lo peor, pues al cabo la verdad no tiene patria, aunque aparece con muy diversas formas, que importa respetar, según las condiciones del suelo, el carácter y la historia de las razas); todo extranjero. Ha reinado aquí una insensata manía de remedar fuera de propósito todo lo que ultrapuertos estaba en boga; y sin pararnos en barras, importamos (siempre tarde, mal y a medias) teorías, libros, planes de enseñanza, programas todo a medio mascar y sin cuidarnos de si encerraban o no elementos discordantes. Así, nuestro actual sistema de estudios es un mosaico en que hay de todo y para todos gustos, menos para el gusto español puro y castizo. En nuestras cátedras se puede aprender la historia de la filosofía india o china, pero no la de la filosofía española: de la escuela Vedanta y de la Mimansa saldrán muy enterados los discípulos, que tal vez no hayan oído en su vida mentar el suarismo; de Gotama y de Patandjalí sabrán divinidades, pero ni una palabra de Luis Vives o de Foxo Morcillo. Tal vez asistirán a cátedras de literatura latina en que no oigan hablar de Séneca, ni de Marcial, ni de Lucano. ¡Y gracias si vergonzantemente y como de limosna tenemos un poco de literatura española agregado a la literatura general en un solo curso, y una cátedra, una sola, a ella exclusivamente dedicada en el doctorado de la facultad de Letras, cátedra que (para ignominia nuestra) estuvo suprimida durante algunos años! Y si esto se hace tratándose del arte literario ibérico, por todos estimado como uno de los más ricos, espléndidos y poderosos que ha producido la fantasía de ningún pueblo, ¿no sobra motivo para afirmar que si tal estado de cosas continúa, ha de llegar día en que reneguemos hasta de nuestra lengua y de nuestra raza, y acabemos de convertirnos en un pueblo de babilónicos pedantes, sin vigor ni aliento para ninguna empresa generosa, maldiciendo siempre de nuestros padres, y sin hacer nada de provecho jamás? Sólo un antídoto puede oponerse a tanto daño: el cultivo oficial de la ciencia española, el establecimiento de esas seis cátedras, cuyos títulos repetiré, aunque peque de prolijo.

Historia de la teología española.

Historia de la ciencia del Derecho en España.  
Historia de la medicina española.  
Historia de las ciencias exactas, físicas y naturales en España.  
Historia de la filosofía española.  
Historia de los estudios filológicos en nuestro suelo.

Y como la historia de la literatura española es de suyo tan extensa y raya en imposibilidad absoluta el exponerla en un solo curso, además de la cátedra general, hoy dignamente desempeñada por un profesor sapientísimo<sup>72</sup>, conviene establecer las cuatro siguientes:

Historia de la literatura hispano-latina.  
Historia de las literaturas hispano-semíticas.  
Historia de la literatura catalana.  
Historia de la literatura galaico-portuguesa.

La primera debiera establecerse en la Universidad de Salamanca, emporio un día de los estudios clásicos; la segunda en la de Sevilla o Granada; la tercera en la de Barcelona, y en la de Santiago la cuarta, pues no parece justo que Madrid disfrute de todo género de ventajas y preeminencias, antes conviene vigorizar el espíritu provincial en donde quiera. Cuanto a las seis cátedras primeramente indicadas, convendría asimismo distribuirlas entre nuestras provincias universitarias para evitar su centralización en la corte; pero atendiendo a la mayor comodidad de profesores y discípulos, a la abundancia mayor de libros y medios de investigación y a otras consideraciones hoy ineludibles, fuerza será agregarlas a la Universidad llamada (con irritante distinción) central, y aguardar el día en que puedan extenderse tales estudios a los otros nueve centros de enseñanza superior que en España poseemos. No existiendo hoy facultad de Teología en las Universidades, y no enseñándose (por desdicha grande) los elementos de la ciencia de Dios y de sus atributos en la facultad de Filosofía, a la cual debieran servir de corona, la historia de la misma entre nosotros habrá de guardarse para el gran Seminario central, cuya necesidad, cada día más urgente para la Iglesia y para la nación, ha sido encargada por usted en diversas ocasiones.

Los catedráticos de estas nuevas asignaturas, retribuidos con menos mezquindad de la que aquí se acostumbra, habrían de unir a las tareas de la enseñanza la composición de libros, en que largamente diesen a conocer el desarrollo de cada una de las ciencias en España, a la manera que el ilustrísimo Sr. D. José Amador de los Ríos ha escrito con diligencia suma y erudición pasmosa la Historia crítica de la literatura española, lastimosamente interrumpida su publicación ha no pocos años<sup>73</sup>.

No faltará quien censure, y con apariencia de fundamento, la protección oficial concedida a la ciencia española. Para no incurrir en grandes errores conviene distinguir cuidadosamente los términos de la cuestión. La protección oficial no debe condenarse en absoluto; ¡ojalá pudiéramos prescindir de ella! pero no estamos ahora en ese caso, ni veo gran peligro para la dignidad e independencia del científico (como dicen los krausistas) en que sea subvencionado y protegido en sus estudios e investigaciones por el Estado. Hay obras que en ninguna manera deben implorar ni recibir auxilios ni subvenciones: su único juez natural es el público. Tal acontece con las de ingenio. La teoría que sostiene Alfieri en su hermoso tratado de El príncipe y las Letras es (aparte de sus exageraciones) exactísima: el favor oficial, venga de donde viniere, sirve sólo para menoscabar la alteza del rebajar y empequeñecer sus creaciones, y si alguna vez han sido grandes las de las letras protegidas (en general más elegantes y correctas que enérgicas y sublimes), hanlo sido a pesar de la protección, no en virtud de ella. En los tiempos que corren es, además de inútil y hasta ridículo, en alto grado anacrónico todo lo que huele a patrocinio y amparo dado por príncipes o gobiernos a las bellas letras.

Éstas pueden vivir por sí y no mendigar socorros de nadie: pasó el tiempo de los Mecenas y de los Augustos. Si la obra favorecida es mala, el público se reirá de ella, aunque la escuden regios patronos; si es buena, tiene ilustración sobrada para leerla o asistir a su representación, sin que de arriba le avisen que aplauda.

Pero hay otros modestos ciudadanos de la república de las letras que ni pueden aspirar a triunfos ruidosos, ni obtener siquiera para sus libros un despacho que les indemnice de los gastos de impresiones ya que no de las incalculables fatigas y dispendios que ocasionan las investigaciones previas, tal vez por largos años y con generoso aliento proseguidas. El que en España emprendiese hoy por su cuenta y riesgo la publicación de ciertas obras, a no ser un potentado o un capitalista, se arruinaría en la empresa y ni aún tendría el consuelo de terminarla. ¿Quién ha de atreverse a lanzar al mundo una Historia de la filosofía española o una Biblioteca de filósofos, cuando la eterna e implacable posteridad de Mr. Masson clamorea sin cesar en libros, revistas y discursos, por boca de sus más espectables individuos, que la historia de la ciencia puede escribirse sin que en ella se mencione una sola vez a España? ¿Qué más? En España no se pueden publicar libros de literatura española. Dígalo la excelente obra del señor Amador de los Ríos, cortada en el tomo VII; dígalo la Historia del Teatro, compuesta por Schack y traducida por Mier, que no pasó del primero. Apareció, habrá dos años, un admirable trabajo (dechado de sagacidad y erudición) acerca de la poesía heroico-popular castellana, obra de un eminente profesor catalán, a quien no supera ninguno de nuestros críticos contemporáneos. En otro país la prensa se hubiera deshecho en elogios, y agotado la edición en pocos días. Aquí sucedió todo lo contrario: los sabios de Madrid no lo leyeron, o si lo leyeron no lo entendieron: las Revistas callaron o sólo dijeron boberías. Dobleemos la hoja, pues, y convenzámonos de la verdad tristísima que apunté más arriba, A saber: que si el Estado no protege los estudios de erudición, ¡pobres estudios de erudición y pobre Estado! Como forzosa consecuencia del abandono de aquéllos, irá borrándose todo sello nacional en el arte, en la ciencia y en las costumbres; España acabará de perder sus históricos caracteres, y después... vendrá lo que Dios quisiere, porque nada es imposible en un pueblo que olvida y menosprecia las glorias de sus mayores.

Y ahora, espíritus fuertes, libres de imposiciones dogmáticas y esclavos del primer charlatán que os embauque, tétricos y cejjuntos krausistas, incansables discutidores de Ateneo, traductores aljamiados, sapientísimos autores de introducciones, planes y programas, alegres gacetilleros, generación novísima de dramaturgos y novelistas fisiológicos, reíos de mí a carcajada tendida, porque voy a proponer como medio indirecto, aunque poderoso, de adelanto para la historia de la ciencia española, el restablecimiento de ciertas comunidades religiosas, de frailes, si lo queréis más claro, ya que para vosotros lo mismo son monjes que frailes y frailes que freiles, y no satisfechos con trastocar el color de los hábitos, soléis confundir la corona con el cerquillo. No frailes sino monjes serán los míos, y de la familia de Montfaucon, de Mabillon y de Calmet, hermanos de aquellos que hicieron el Arte de comprobar fechas, la Gallia Christiana, la Antigüedad explicada y la Historia literaria de Francia; benedictinos, en fin, como lo fueron Yepes, cronista y paleógrafo insigne; Feijóo, el hombre a quien más debió la cultura española en el siglo XVIII; Sarmiento, de erudición universal y portentosa, y tantos otros que hicieron algo más que artículos de revista y disertaciones sobre el concepto, plan, método y fuentes de enseñanza de la ciencia, tareas favoritas de nuestros doctores iluminados, que después de recoger con tal objeto todas sus fuerzas, comienzan invariablemente con parrafadas de este jaez: «Para saber qué sea la Metafísica, es preciso que la Metafísica venga a mí o que yo vaya a la Metafísica.» Y cierto que debe de sudarse el quilo para descubrir verdad tan recóndita, semejante a

aquella filosófica distinción del P. Fernández en su Crotalogía: «Las castañuelas pueden tocarse bien y pueden tocarse mal»; a la cual sólo falta un meditemos por contera, dicho con ademán grave y reposado, para ser acabadísimo modelo de oratoria krausista.

Ohcuras hominum! Oh quantum, est in rebus inane!

Pero volvamos a nuestros monjes, y dispense usted esta digresión ligerísima. Si en España hubiera de hecho libertad para las sociedades monásticas, como la hay para todo género de asociaciones; si fuera menos brutal la intolerancia de los que se dicen sabios y filósofos y políticos, sería utilísimo el establecimiento de dos o tres comunidades de benedictinos, que como la antigua de los Maurinos y la moderna de Solesmes, en Francia, tuviese por instituto el cultivo de la ciencia patria y el de los estudios de erudición en general. Recuerdo a este propósito, amigo mío, que cuando tiempo atrás hablamos de este asunto, me decía usted en una de sus preciosas cartas familiares: «Podría fundarse (un monasterio de San Bonito) en Covadonga, en vez del cabildo colegial que ahora existe, compuesto de gente allegadiza y que, en su mayor parte, merece mejores colocaciones y, mira aquello como un punto de paso; estaría más en relación con el carácter venerando de aquel santuario; haría que éste prosperase más, como más identificado con su porvenir, y ofrecería, por ende, mayores estímulos a la piedad y al patriotismo para contribuir con donativos a la erección de un templo digno de lugar tan glorioso y memorable. El presupuesto de la actual colegiata bastaría para su sostenimiento. Podría, además, allegar recursos teniendo rebaños en los montes vecinos, riquísimos en pastos. Enviando comisionados idóneos a los archivos y bibliotecas de dentro y fuera de España para sacar copias o extractos de libros y documentos, iría reuniendo allí los elementos todos conducentes a los fines de su instituto. Tampoco sería difícil montar al lado del monasterio una fábrica de papel y una imprenta para las publicaciones de la comunidad.» Y añadía usted y repito yo, aún a riesgo de que en altas regiones (si allá llegan estas líneas) se nos tache de visionarios: «Ahora que se piensa en pactar un nuevo Concordato con la Santa Sede sería la mejor ocasión para realizar este pensamiento, tanto más, cuanto que siendo los benedictinos una orden cuyos individuos han permanecido de todo punto ajenos a nuestras discordias políticas, no hay, o no debe haber al menos, prevención alguna contra ellos... Sólo una comunidad semejante responderá dignamente a la majestad incomparable de aquel sitio, que tan hermosamente describe Ambrosio de Morales.»

Referíase usted en esto al Viaje Santo del docto cronista cordobés, que en el título (o capítulo) vigésimotercio de su curioso libro pinta, en efecto, con lindeza de frases por extremo notable, el santo lugar cuya extrañeza no se puede dar o entender bien del todo con palabras. Supongo que todos mis lectores (exceptuando los sabios que no leen libros, y menos libros viejos y construyen por sí propios la ciencia en cuya unidad comulgan) tendrán en sus estantes el referido Viaje o al una vez le habrán registrado, y por eso no transcribo las palabras de Morales.

Idea es también de usted, y no se si ya en alguna parte manifestada, el establecimiento de otra comunidad benedictina en el Sacro Monte de Granada, comunidad que especialmente se dedique a la ilustración de la historia árabe española. Y dando igualmente a los benitos de Montserrat el encargo y los medios de explorar las antigüedades catalanas y aragonesas, no hay duda que veríamos surgir de tales congregaciones trabajos inmensos, hoy inaccesibles a las fuerzas aisladas de eruditos que viven en el siglo, rodeados y distraídos de y en (juntamos preposiciones al modo de Sanz del Río) mil ocupaciones y cuidados. Pero hoy por hoy, y sin pecar de pesimista,

reputo muy difícil el que algo de esto llegue a efectuarse, pues en pleno (y ya decadente) siglo XIX hay que luchar aún con inverosímiles preocupaciones contra el monacato, hijas de la falsa y mezquina filosofía francesa de la pasada centuria. Y ahora recuerdo que el ilustre literato D. Juan Valera, a quien nadie tachará de místico ni mojigato, conviene en sustancia con nosotros, pues en su discreto análisis del Ensayo de Donoso Cortés no teme decir: «Quisiera yo que se volviesen a poblar algunos monasterios, y principalmente los que por ser grandes monumentos de nuestras glorias nacionales deben conservarse siempre.» Esto escribía el señor Valera en 1856, y, no dudo que lo mismo diría hoy si preciso fuese. Pero repito que estos buenos propósitos no llevan camino de ponerse en práctica, quizá porque en España estamos condenados a no tener órdenes religiosas y a seguir envidiándonoselas a la volteriana Francia, a la protestante Inglaterra y a la racionalista Alemania, hasta que sintamos imperiosamente su falta, y acabe de cumplirse la tremenda expiación que sobre nosotros pesa por aquel espantoso pecado de sangre (así le llama el protestante Usoz) cometido en 1834 y que (son palabras del mismo erudito cuáquero) pesa mucho sin duda en la balanza de la Divina Justicia.

Aún puede hacerse mucho en otro sentido en pro de la ciencia patria; dando a conocer las obras ya completas, ya escogidas, de los pensadores ibéricos en elegantes o ilustradas ediciones por el estilo de las que publican las cinco o seis sociedades de bibliófilos hoy establecidas en España. Algo de esto pudieran hacer las Academias, en especial la de Ciencias Morales y Políticas, ya que no existe, cual debiera, una especial de Filosofía Española.

Tampoco ha de desconfiarse en absoluto de la iniciativa y de los esfuerzos particulares, pues si es vierto que hoy no soplan vientos muy favorables a nuestras ideas, y son muchos los bien hallados con su ignorancia, no faltan eruditos curiosos y entusiastas por la ciencia de nuestros padres, y quizá lo que hoy parece difícil no lo sea mañana. Abrigo la esperanza de que no ha de quedarse en proyecto aquel generosísimo de la Biblioteca de filósofos ibéricos, por usted iniciado en Oviedo en 1859. Convendría formar con tal objeto una nueva sociedad de bibliófilos, dado que de las actuales poco o nada podemos prometernos; de unas por su índole local (andaluces, catalanes, montañeses, etc.), y de otras por su afición decidida a Celestinas, libros de caza, relaciones históricas y otros escritos semejantes, curiosos sin duda, pero de escaso valor científico. Nuestra Sociedad debería ir publicando ediciones (en latín y castellano) de Lullo, Foxo, Vives, Suárez, Sánchez, Servet, Gouvea, Gómez Pereira y sus impugnadores, Valles, Domingo de Soto, Arriaga e Isaac Cardoso, etc., y de muchos opúsculos de Cardillo de Villalpando, Sepúlveda, el P. Juan de Mariana, Pedro de Valencia y tantos otros, así como de los más notables tratados filosóficos escritos en lengua castellana, tanto por místicos y moralistas de los siglos XVI y XVII, como por muchos pensadores del pasado.

A las obras de cada autor habría de preceder una introducción en que, aparte de las noticias bio-bibliográficas, se hiciese la exposición y juicio de sus doctrinas, apreciándose a la par sus precedentes históricos y su influencia en los sistemas posteriores.

Urge asimismo, y pudiera realizarse por la Sociedad proyectada, la fundación de una Revista que exclusivamente tuviese por objeto la propaganda en favor del estudio de la Filosofía Española, ya que existen revistas dedicadas en todo a la ciencia alemana.

Ofrecería, sin embargo, no pocas dificultades la constitución de tal Sociedad, ora por la indiferencia con que muchos tenidos por sabios miran nuestra cultura, ora por la resistencia y los obstáculos que opone siempre a toda empresa común el especialismo,

verdadera plaga erudita. Son muy pocos los que saben desprenderse de sus gustos, aficiones y terquedades en pro del interés general.

Por tales razones, es indispensable la iniciativa oficial, cuando menos para abrir la marcha y hacer que tome cuerpo y cobre fuerzas el movimiento a favor de dichos estudios. Fuera de que pueden coexistir sin inconveniente, antes bien con notable ventaja, la acción oficial y la particular en sus respectivas formas y con sus peculiares procedimientos.

Y ahora que he desarrollado, aunque brevemente, nuestros planes, paso ir hacerme cargo, por lo mucho que con ellos se rozan, de las magistrales decisiones del nuevo Masson a quien aludí antes. El cual no es ningún doctrino, sino un hierofante, un pontífice máximo, un patriarca del krausismo, jefe reconocido, por lo menos, de una fracción o cofradía, personaje influyente y conspicuo en épocas no lejanas, varón integérrimo y severísimo, especie de Catón revolucionario, grande enemigo de la efusión de sangre, y mucho más de la lengua castellana. Todos lo conocemos y yo dejaré de nombrarle, porque al cabo me acuerdo de haber sido discípulo suyo y le debo, entre otros inestimables beneficios, el de afirmarme cada día más en las sanas creencias y en la resolución de hablar claro y a la buena de Dios el castellano... per contrapositionem a las enseñanzas estilo del referido maestro.

Este, pues, eximio metafísico ha puesto un largo, grave, majestuoso, sibilino y un tanto soporífero prólogo a cierto libro crudamente impío de cierto positivista yankee, traducido directamente del inglés por cierto caballero particular, astrónomo excelente, según nos informa el prologuista, y persona muy honorable (¡manes de Cervantes, sed sordos!), al cual caballero debe parecerle portentosa hazaña traducir del inglés un libro, supuesto que añade muy orondo directamente, como si se tratase del persa, del chino o de otra lengua apartada de la común noticia, siendo así que hay en España ciudades, como ésta en que nací y escribo donde son raros los hombres y aún mujeres de alguna educación que más o menos no conozcan el inglés y sean capaces de hacer lo que el señor traductor ha hecho. Pero no voy a hablar del traductor, ni siquiera del libro que en son de máquina de guerra anticatólica se nos entra por las puertas, libro digno del barón de Holbach o de Dupuis, escrito con la mayor destemplanza y preocupación, y lleno de errores de hecho garrafales, como los de afirmar que la ciencia nació en Alejandría y que los Santos Padres fueron ignorantísimos, sin instrucción ni criterio.

Tampoco hablaré detenidamente del prólogo, escrito en la forma campanuda y enfática que caracteriza todas las producciones de su autor. Léale usted, amigo mío, y allí verá maravillas. Allí se habla de las pretensiones de imperio temporal en la Iglesia; allí se dice que los católicos estamos sumidos en abyección moral y en fanatismo, que la religión y la ciencia son incompatibles (como si no hubiera más ciencia que la que los impíos cultivan y preconizan, y como si ellos hubiesen logrado nunca ponerse de acuerdo en los principios); allí de la antropolatría del Pontífice (SEXQUIPEDALIA VERBA); allí de la mística, sublime cópula verificada en Alejandría entre el Oriente y la Grecia; allí de la solidaria continuidad y dependencia de unas determinaciones individuales con otras, que permite inducir la existencia de un Todo y medio natural que constituye interiores particulares centros, donde la actividad se concreta con límite peculiar cuantitativo y sustantiva cualidad en íntima composición de esencia factible o realidad formable y poder activo formador<sup>74</sup> (esto será castellano de morería, o latín de los Estados Unidos. ¡Vaya unos rodeos para ir a parar en la rancia doctrina del alma, del mundo, que puede exponerse clara y hermosamente en dos palabras!); y allí, en fin, con tolerancia digna de Atila, de Gengis-Kan o de Timurbeck, se presenta en perspectiva a los católicos la justicia de la espada, y se aplauden las persecuciones y atropellos cometidos por el tolerantísimo, ilustrado y filosófico gobierno de Prusia. ¿Dónde nos

esconderemos de esa espada con que se nos amenaza? Aunque tengo para mí que la espada de este caballero krausista ha de parecerse algo a la de Bernardo (no el de Roncesvalles, sino el compañero de Ambrosio), o a aquella hoja toledana del fabulista, la cual fue asador en sus primeros años. Pero yo voy a hacer caso omiso de todo lo anterior y del modo como aprecia el prologuista lo que él llama religiones positivas, como si pudiera haber alguna negativa o si la negación constituyese dogma. No diré tampoco una palabra del logos platónico y del verbo cristiano, a cuya cuestión no sé cómo vuelve nuestro sabio después de la brillante fraterna que en otra ocasión le enderezó Fr. Ceferino González.

Lo que sí nos importa son los yerros y falsedades históricas que, hablando de España, entreteje en su relato; lo de afirmar, por ejemplo, que se debió al Rey sabio la traslación de las academias hebreas a Toledo, cosa que hasta entonces el fanatismo de la clerecía no había consentido, siendo así que dichas academias estaban en Castilla desde el tiempo de Alfonso VII, expulsadas de Andalucía por el fanatismo musulmán. Pero aún esto es leve pecado, y tampoco he de hacer grande hincapié en que llame con desden a España la patria de los dominicos y de los jesuitas, porque hay cosas que sólo desprestigian al que las dice, no a aquellos a quienes se dirige la ofensa. Gloria y muy grande es para España el que de ella saliese el fundador de aquella orden cuyo hábito vistieron Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Savonarola, Fr. Bartolomé de las Casas, Melchor Cano, Domingo de Soto, Fr. Luis de Granada y tantos otros varones eminentes, hasta nuestros contemporáneos Lacordaire y Fr. Ceferino González, lumbreras de la ciencia cristiana. Y no lo es menos el que fuese compatriota nuestro el capitán de aquella compañía en que militaron San Francisco de Borja, San Francisco Javier, Simón Rodríguez, Láinez, Alonso Salmerón, Rivadeneira, Molina, Gabriel Vázquez, Suárez, Mariana, la Puente, Martín del Río, Nieremberg, Codorniu, Andrés, Eximeno, Hervás, etc., etc., y en que aún militan hombres como los Padres Secchi, Félix, Kleutgen, Liberatore; la cual con sus misioneros evangelizó (y civilizó por ende) gran parte del mundo, y con sus maestros, insignes humanistas y poetas, adoctrinó a la juventud desde las cátedras, iniciola en el conocimiento de la antigüedad clásica, y encarriló las tendencias paganas del Renacimiento, impidiéndolas llegar a la exageración que alguna vez habían mostrado en Italia, y de que hoy los píos secuaces del abate Gaume se escandalizan.

Unas veinte líneas dedica mi anónimo maestro a hablar de la Filosofía española, repitiendo con escasas variantes las absolutas de los señores Azcárate y de la Revilla, y añadiendo de su cosecha nuevos dislates que me limitaré a registrar con leve comentario, porque hay cosas que a sí propias se alaban y no es menester alaballas.

1.º «Mientras los demás pueblos europeos convertían, mediante el Renacimiento clásico-naturalista y la Reforma, a propia libre reflexión su espíritu, y se despertaban a la observación diligente y profunda, nosotros quedábamos adheridos y como petrificados en las viejas imposiciones dogmáticas.»<sup>75</sup>

Error histórico imperdonable, aunque se explica bien en un sabio que no lee libros viejos y construye su propia ciencia. En España influyó el Renacimiento tanto como en Italia y algo más que en los países protestantes. Traiga a la memoria nuestro prologuista el número prodigioso de humanistas que en el siglo XVI y aún en el XVII florecieron, y se convencerá del culto tributado a la antigüedad en nuestro suelo. Españoles fueron, entre otros mil, Nebrija, Arias Barbosa, Vives, Núñez, Sepúlveda, Oliver, Encinas, Gélida, el Comendador Griego, Antonio Agustín, Páez de Castro, Verzosa, Matamoros, los Vergaras, Luis de la Cadena, Aquiles Stazo, el Brocense, Álvar Gómez de Castro, Calvete de Estrella, Pedro Chacón, Fernán Ruiz de Villegas, el Padre La Cerda, Vicente Mariner, González de Salas, Baltasar de Céspedes, Pedro de Valencia, etc., sin contar

no pocas damas que entendían de letras griegas y latinas más que todos los krausistas juntos<sup>76</sup>.

De muchos de los citados humanistas ya he hecho mérito anteriormente, debiendo añadir ahora que entre ellos los hubo, y en número no escaso, que ni en erudición ni en sagacidad ceden a los Erasmos, Scalígeros, Lipsios, Casaubones y Sciopios, por más que la fama no se haya mostrado con los nuestros bastante equitativa. Precisamente el escritor que más fielmente compendia y personifica las ideas todas y el saber acaudalado por el Renacimiento es un español, Vives. El padre de la Gramática general es otro español, Sánchez de las Brozas. Pocos hombres influyeron tan activamente en los trabajos filológicos del siglo XVI como los españoles Antonio Agustín y D. Diego Hurtado de Mendoza, ya en calidad de obreros, ya en la de Mecenas. El mejor comentario de Virgilio, se debió al jesuita P. La Cerda; la mejor ilustración de Petronio a D. Jusepe G. de Salas. Y ciego se necesita ser para no advertir en la poesía lírica en la historia y en los tratados didácticos del siglo XVI la influencia del Renacimiento clásico-naturalista, como nuestro sabio le apellida. Cabalmente el primero de los líricos de esa era el que cristianizó la musa pagana, trabajando con manos católicas el mármol de la antigüedad, el que verificó la fusión del genio clásico y de la poesía nueva, fue un fraile español, teólogo de la Universidad salmantina. Y en cuanto a la Reforma, si no arraigó aquí, a Dios gracias, menos por los rigores de la Inquisición (que no hubieran bastado) que por rechazarla el espíritu nacional, también tuvo secuaces en España, y de no poco entendimiento y ciencia, como saben muy bien los bibliófilos, o séase libro-vejeros: los que, al parecer, lo ignoran son los filósofos de campanillas que hablan de lo que no entienden.

Después de lo transcrito viene un párrafo muy turbio en que se habla de la falta de intimidad religiosa que degradó la conciencia de nuestro pueblo. Como no sé qué es esto de intimidad religiosa, paso a coger el lapsus

2.º «Voces aisladas a lo sumo, sin enlace ni consecuencia directa con el proceso de la Edad Moderna, son las que ofrece España, y aún éstas con el sentido y el carácter peculiar a los siglos medios<sup>77</sup> Vives, Foxo Morcillo Gómez Pereira se distinguen sobre todos<sup>78</sup>.»

Lejos de ofrecer Vives, Foxo Morcillo y Gómez Pereira el espíritu y el carácter de los tiempos medios, son en grado sumo innovadores y revolucionarios, enemigos de la Edad Media y del escolasticismo, hombres, en cuerpo y alma, del Renacimiento. ¿No levantó Vives contra las viejas enseñanzas la formidable máquina de sus siete libros *De causis corruptarum artium*? ¿No maldijo de Averroes e invectivó *In pseudo-aristotelicos*? ¿Es de la Edad Media el espíritu platónico conciliador del sevillano Foxo? ¿No fue Gómez Pereira cabeza de motín contra la dominación de Aristóteles? ¡Parece imposible que se digan en serio ciertas cosas, y que pasen por talentos los que así tropiezan y así escriben la historia!

3.º Vives (a quien concede nuestro antiguo profesor saber inmenso, sin duda porque, como añade, se educó en medio de Eurotm) no lleva su sentido (palabra mal usada y sobre toda ponderación impropia) más allá de un concierto, que ni siquiera sincretismo, entre las doctrinas de Platón y Aristóteles y las de los Santos Padres.

Aquí hay cosas estupendas. Yo entendí siempre que los sistemas aristotélicos significaban en la historia de la filosofía más que los sincréticos, puesto que los primeros entrañan verdadera composición, y los segundos sólo yuxtaposición de elementos. Creía también hasta ahora que la palabra concierto era en castellano sinónima de armonía (dícelo Capmany, que sabía lo que se pescaba en tales materias); pero ahora me enseña el maestro que un concierto lo es menos que un sincretismo y que, por lo tanto, el racionalismo armónico de Krause es una filfa, de ningún valor

respecto al sincretismo, que cualquiera puede formar metiendo juntas en el cesto las doctrinas de Pedro, Juan y Diego, aunque se den de calabazadas. Pero no es esto lo más grave. El hierofante de quien vengo hablando no hace en su juicio de Vives más que repetir ad pedem litteræ; un tema del antiguo cuestionario de la Universidad de Madrid para ejercicios del doctorado, tema que desgraciadamente estaba equivocado en los términos, por donde puso en grave aprieto a nuestro paisano el Sr. de los Ríos y Portilla cuando le cupo en suerte el explicarle, aunque era, según parece, parto del cacumen de Sanz del Río. Luis Vives no intentó semejante conciliación entre las doctrinas de Platón y Aristóteles y las de los Padres de la Iglesia, ni esto encierra sentido alguno, pues los Padres de la Iglesia colectivamente considerados, no tienen sistema metafísico propio, sino el de Platón unos y el de Aristóteles otros (como todo el mundo sabe), modificados naturalmente con arreglo al dogma cristiano. Mal pueden conciliarse dos cosas cuando una de ellas no existe. El decir las doctrinas de Platón y de Aristóteles, como si fueran lo mismo, y contraponerles las de los Padres de la Iglesia, es una de las ocurrencias más peregrinas que pueden imaginarse. La verdad es, y nuestro sabio lo sabría si hubiese leído a Vives, que dotado éste de alto sentido ecléctico, procede en sus libros *De prima philosophia* con gran libertad de espíritu acostándose, ya a las doctrinas de Platón, ya a las de Aristóteles, sin soñar en sincretismos, ni conciertos, ni Padres de la Iglesia, de los cuales no recuerdo que cite más que a San Agustín, al hablar del tiempo. Unas veces se acerca al peripatetismo clásico y otras al platonismo mitigado que más tarde profesó Foxo Morcillo.

¿Y bastan las frases arriba trascritas para calificar a Vives, a aquél que, según una expresión tan ingeniosa como profunda y exacta del Sr. Campoamor, sembró no las ideas sino los sistemas a granel? ¿Quién negará su importancia como metodólogo? ¿Quién los altos servicios que a la ciencia psicológica prestó con el tratado *De anima et vita*? ¿No son relieves de la mesa de Vives el baconismo, el cartesianismo y, sobre todo, la escuela escocesa? Y es lo más singular que en el prólogo de que estoy tratando se encomie altamente el mérito de Bacon (sin duda porque fue inglés y protestante) y se menosprecie el de su maestro, a quien él quedó tan inferior en todos conceptos<sup>79</sup>.

4.º «Gómez Pereira... no pasa de enunciar en forma silogística un razonamiento análogo al que constituye el principio del método cartesiano, pero sin el carácter de criterio de indagación, ni la intención sistemática que determina su valor científico.»<sup>80</sup>

Es casi seguro que el maestro no sabe de la Antoniana Margarita otra cosa que lo que leyó en el discurso de entrada del Sr. Campoamor en la Academia Española. Las citas de segunda mano se conocen luego. Gómez Pereira atacó en todas sus partes la psicología aristotélica, con ocasión del automatismo de las bestias; identificó el hecho del conocimiento con la facultad de conocer, y ésta con la sustancia del alma; afirmó que las cualidades sensibles no son accidentes entitativos de los cuerpos; refutó la antigua teoría de las especies inteligibles, defendiendo la del conocimiento directo; echó por tierra las formas sustanciales, propugnando el atomismo, como lo hicieron también Vallés o Isaac Cardoso, y asentó otros principios fundamentales de filosofías posteriores, de todo lo cual pudiera nuestro sabio estar al tanto, aún sin registrar la Antoniana Margarita (libro rarísimo), con sólo haber leído las notas a los Discursos Filosóficos de Forner, la Apología del P. Castro por la Teología Escolástica, los Anales de la Medicina Española de Chinchilla, y los Ensayos Críticos de usted, obras todas corrientes y comunes.

Pero ahora reparo que estoy perdiendo la pólvora en salvas, pues no era de esperar que mi maestro hiciese justicia a Vives y Gómez Pereira, cuando en otro párrafo de su lucubración advierte que la Crítica de la razón pura de Kant redujo a un mero interés histórico toda la filosofía precedente. Así quedamos todos iguales. Platón, Aristóteles,

San Anselmo, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, Bacon, Descartes, Leibnitz eran tan mentecatos como Raimundo Lulio, Vives, Suárez, Foxo Morcillo y Gómez Pereira. Hasta que el filósofo de Koenisber lanzó al mundo su Crítica famosa (lo más indigesto, pesado y mal escrito que ha parido madre), nadie había pensado ni discurrido en el mundo.

¡Cierto que se ven impresas Cosas que no están escritas!

Resumen: yo comprendía que se construyese ciencia (krausista) sin libros ni otras zarandajas, porque para decir perogrulladas no es menester gran erudición; mas ya veo con asombro que para juzgar las doctrinas de un autor tampoco es necesario leerle ni hojearle siquiera, y basta con cuatro especies cazadas al vuelo en alguna tesis doctoral o en tal cual discurso académico. Con esto y el tono de oráculo y la severidad estoica y algo de aquella fama que autoriza a un hombre para echarse a dormir, basta y sobra para decidir ex cathedra de cuanto Dios crió, y mirar con desdén a los pobres mortales que no han llegado a semejante pináculo de sabiduría y buena andanza. Pero tanto, tanto... en verdad, que no lo consienten mis tragaderas. ¿Qué menos puede exigirse de un filósofo, si no español, nacido en España, que el que conozca, siquiera por el forro, la Filosofía Española? Veremos si después de su proyectada conversión al positivismo (de la cual ya por estas tierras corren rumores) muda de estilo y tono este mi antiguo e inolvidable maestro.

Y con esto se despide de usted hasta la primera, su apasionado amigo, admirador y paisano.

Santander, 25 de Julio de 1876.

P. D. En el último número de la Revista contemporánea vuelve a las andadas el Sr. de la Revilla. De lo que dice dará larga orienta y razón a usted y al público en mi próxima epístola.

20 de Agosto de 1876.

- VI -

Mr. Masson redimuerto

Mi distinguido paisano y amigo: Picó Mr. Masson en el cebo; ya le tenemos en campaña. Si yo no conociera un poquito (aunque de oídas) el carácter de mi adversario extrañaría una contestación tan descomedida, contradictoria y poco meditada en asunto que requiere moderación y estudio.

Empieza por decir el señor de la Revilla en el último número de la Revista Contemporánea, que mi carta rotulada Mr. Masson redivivo está escrita con ira, furia y no sé qué más cosas, y que tiene un carácter personalísimo<sup>81</sup>. No sé qué ultrajes, furias o personalidades ha visto allí el señor de la Revilla. Le he llamado crítico ingenioso y agudo, he hablado de su claro entendimiento, y me parece que todo esto (dicho con la mayor sinceridad del mundo) ha de sonar a elogio. ¿Qué más quiere el señor de la Revilla? ¿Que le llamemos más filósofo que Descartes, más poeta que Byron, mejor crítico que Villemain, o Sainte-Beuve o Jeffrey? ¿Que tengamos por obras inmortales, asombro de los nacidos, las Dudas y tristezas, el Curso de literatura o las revistas críticas que en diversos periódicos ha dado a la estampa? ¿Que reconozcamos su competencia hasta en cuestiones que no ha saludado, como la de la Filosofía española? ¿Qué es pues, lo que quiere el señor de la Revilla? Han de ser los artículos polémicos un continuo sahumero del autor refutado? ¡Cuánto, según esto, deberán de escandalizarle

las contiendas literarias de los humanistas del Renacimiento, que se decían en seco los más atroces improperios! Convengo en que la cultura moderna exige más cortesía y miramientos; pero, ¿he faltado a ellos por ventura? ¿He proferido alguna expresión que desdore su crédito moral? Si lo que digo de los oradores de Ateneo y de las discusiones de omni re scibili es aplicable en algún modo al señor de la Revilla, el público y la propia conciencia han de decírselo. Si dicen que sí, y él se enoja, ¿qué culpa tengo yo, ni por qué he de ser víctima de sus arrebatos y furores?

A todos y a ninguno Mis advertencias tocan; Quien haga aplicaciones Con su pan se lo coma.

Lo que hay en mi pobre artículo son verdades como el puño, que mi contrincante ha tomado por donde queman, asta el punto de salir desaforado y lanza en ristre contra un oscuro bibliófilo, procedente de una ciudad de provincia y poco o nada conocido en la república de las letras, sobre todo en el barrio que han tomado por asalto el señor de la Revilla y sus amigos. Y para confundir y aniquilar a semejante pigmeo, ignoto estudiantillo y principiante, emplea todo un artículo titulado con mucho énfasis La Filosofía española, y en él se defiende y defiende a su amada Revista (solidaria sin duda de sus ideas y opiniones, por lo cual hice bien en atacarla), y hasta la redacción de esta encaja una nota al pie de ciertos cuadros de la enseñanza que se da en las Universidades alemanas (muy sustanciosos sin duda para quien asista a esos cursos, pero inútiles o poco menos para los españoles quienes adelantan harto poco con saber que el profesor Nahlowsky explica este verano la teoría del sentimiento en la Universidad de Czernowich quejándose de la recelosa y estrecha suspicacia que se abstiene de estudiar la civilización de otros pueblos, cuando precisamente la que no se estudia poco ni mucho es la española.

Pero como ni los exabruptos del señor de la Revilla ni las notas de la Revista Contemporánea me hacen perder la tranquilidad ni el aplomo, voy a contestar al nuevo Mr. Masson, cuyo artículo (adviértase esto), infinitamente más destemplado y furibundo que el mío, está escrito en un tono autoritario y dictatorial verdaderamente delicioso. Yo no tengo el mal gusto de enfadarme como el señor de la Revilla, ni me reputo agraviado por estas cosas, pues bien sé que flechas de pluma no hieren cuando se tiran a bulto y desatentadamente. Tengo por honra grandísima el que el señor de la Revilla me llame neo-católico, inquisitorial, defensor de instituciones bárbaras y otras lindezas. Soy católico, no nuevo ni viejo, sino católico a machamartillo, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios bastante más que la moderna. Soy católico apostólico romano sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia en cualquiera forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso, pero muy ajeno, a la vez, de pretender convertir en dogmas las opiniones filosóficas de este o el otro doctor particular, por respetable que sea en la Iglesia. Estimo cual blasón honrosísimo para nuestra patria el que no arraigase en ella la herejía durante el siglo XVI, y comprendo, y aplaudo, y hasta bendigo la Inquisición como fórmula del pensamiento de unidad que rige y gobierna la vida nacional a través de los siglos, como hija del espíritu genuino del pueblo español, y no opresora de él sino en contados individuos y en ocasiones rarísimas. Niego esas supuestas persecuciones de la ciencia, esa anulación de la actividad intelectual, y todas esas atrocidades que rutinariamente y sin fundamento se repiten, y tengo por de mal gusto y atrasadas de moda lucubraciones como la del señor de la Revilla. No necesitábamos, en verdad, ir a Alemania, ni

calentarnos mucho los cascos para aprender todo eso. Ya lo sabían los bienaventurados liberales del año 20.

Por lo demás, no me quitan el sueño los calificativos de enemigo implacable de la civilización y de la patria que me prodiga el señor de la Revilla. Creo que la verdadera civilización está dentro del catolicismo, y que no es enemigo de la patria el que sale mejor o peor a su defensa.

El señor de la Revilla dice que nunca ha pertenecido a la escuela hegeliana. En hora buena: me interesan poco sus transformaciones filosóficas. Hoy pasa por neo-kantiano, pero no niega sus tendencias al positivismo. Lo averiguado y cierto es que siempre ha militado en las filas de la impiedad, con una u otra bandera. No sé de qué católicos ha hablado con respeto el señor de la Revilla; sería sin duda de los llamados católicos viejos, que tienen tanto de católicos como yo de turco, siendo en realidad unos protestantes nuevos. Y también es peregrina ocurrencia la del señor de la Revilla a asegurar que no hace caso de ciertos ataques, y no necesita de ciertas defensas, y empeñarse en ellas dos líneas antes.

Dice que, al censurar de extranjerada a su Revista, no he pensado lo que digo, y debí leer los índices para convencerme de que eran más los escritos de autores españoles que los de extranjeros. Sin hacer grande esfuerzo de pensamiento, leí a su tiempo dichos índices y aún examinó la colección entera, y por eso dije lo que vio el señor de la Revilla. Muy pocas veces (éstas fueron mis palabras) he tenido la dicha de encontrar algún artículo, párrafo o línea, castellanos por el pensamiento o por la frase. Claro es que, al decir pocas veces, exceptuaba un artículo del Sr. Valera, otros dos del Sr. Escosura, poesías varias del Sr. Campoamor, etc., etc., pero del resto digo que no es español ni en el pensamiento ni en la forma, por más que sean españoles (sin duda por equivocación) sus autores, pues nadie me hará creer que son castellanas las ideas ni el estilo de los señores Montoro, del Perojo y tantos otros bien conocidos del señor de la Revilla. Y considero semejante Revista como empresa anti-católica, anti-nacional y anti-literaria, pues lo que hoy importa no es propagar en malas traducciones arreglos y extractos la ciencia extranjera, que esa por todos lados entra y es de fácil adquisición, sino trabajar algo por redimir del olvido la española, cuya existencia es muy cómodo negar cuando no se la estudia ni se la conoce. En cuanto a los chistes de mal gusto que el señor de la Revilla me reprende, ya sabía yo que no hay más chistes cultos ni delicados que los de la Puerta del Sol o los del Casino. ¿Qué chistes, sino frailunos y de sacristía, ha de decir un neo-católico de provincias, falto de esa chispa cortesana que tanto enaltece al señor de la Revilla?

Tras estos preliminares, el señor de la Revilla entra en materia, dando una en el clavo y ciento en la herradura, aunque a él, ofuscado por la pasión y el orgullo, se le antoja lo contrario. Dice que yo no niego por completo su aserto respecto a la inferioridad de los españoles en las ciencias exactas, físicas y naturales. Esto que para el señor de la Revilla es curioso, maldita la curiosidad que tiene, pues ni implica contradicción, ni favorece a mi adversario en nada. Desde mi primera carta vengo diciendo que hay relativa inferioridad en este punto, mas no absoluta pobreza, y el señor de la Revilla, en vez de admirarse de ello, hubiera hecho bien en contestar a las proposiciones siguientes, que en diversas partes he sostenido y razonado:

1.º La intolerancia religiosa no influyó poco ni mucho en las ciencias que no se rozaban con el dogma. No hubo prohibiciones de libros útiles, ni persecuciones de sabios (sino en casos raros, y eso por otras causas), ni nada, en fin, que impidiese nuestro progreso en dichos ramos del saber. El señor de la Revilla no se ha acordado de destruir ni aún de mentar mi argumentación en este punto. Él sabrá la razón... y yo también la sé.

2.º Los talentos de segundo orden en las ciencias, los expositores, indagadores, etc., son dignos de muy honrosa memoria en la historia de las mismas; y nunca será completa la que no abrace sus tareas y descubrimientos. Sostuve esta verdad en la carta a que el señor de la Revilla contesta haciéndose cargo de la fuerza del argumento, pero procurando eludirle con un sofisma de tránsito, que no deslumbraría a un mal principiante de lógica. Dice que en la historia literaria suponen poco los autores de segundo orden, y deduce que lo mismo acontecerá en la científica. Pues cabalmente sucederá todo lo contrario, porque en las obras de índole estética no se toleran medianías, según aquello de Horacio:

*Mediocribus esse poetis Non Di, non homines, non concessere columnæ,*

que saben basta los chicos de la escuela; al paso que en las destinadas a un fin útil, cuales son las científicas, caben los esfuerzos de todo hombre investigador y laborioso, lo cual advirtió también el Venusino en el muy sabido pasaje cuyo final he recordado. El señor de la Revilla insiste en creer que los sabios nacen y viven como los hongos, y para él nada son ni significan los modestos científicos (hágame sustantivo por la gracia de Dios: ¡resabios krausistas!) que les allanan el camino, ni los que siguen sus huellas y explican, explanan o completan su doctrina. Sería ciertamente lucida la historia de la ciencia que escribiese el señor de la Revilla. Él no sabe ver más que cosas grandes y como el puño: lo demás son puerilidades y miserias. El desdén soberano con que trata de cuantos en España han cultivado la ciencia, teniéndolos por dignos de todo olvido y menosprecio porque no le parecen genios, me recuerda el caso de aquel jándalo fachendoso que tiraba con desgaire el pañuelo al entrar en su pueblo, añadiendo: «Camarada, no le levante, que diez llevo perdidos desde Reinosa.» Al señor de la Revilla debe de importarle muy poco perder los pañuelos, o séase la ciencia española, porque, en su entender, todo lo que no sea Galileos, Keplers y Newtones es cosa de ninguna monta. A bien que ahora vamos a tener cosecha de ellos, gracias a la Revista Contemporánea.

El que las historias de la ciencia no hablen o hablen poco de los españoles, nada tiene de extraños. Son en su mayor parte obra de autores extranjeros que no conocen el desarrollo de nuestra actividad intelectual, muy difícil de estudiar hoy por la rareza de los libros que produjo y hasta por la falta de Diccionarios bibliográficos que indiquen sus títulos y paradero. Siempre fuimos pródigos en hazañas y cortos en escribirlas, y no es maravilla que los de fuera desdeñen lo que con soberbia ignorancia niegan los de casa. Pero aún en esas historias escritas con falta de noticias en esta parte, hallamos celebrados a algunos españoles. En casi todos los anales de la botánica se habla con elogio de Acosta, Hernández<sup>82</sup>, Laguna, García de Orta, Monardes y los demás que he recordado en otras cartas. Apenas hay historia de la astronomía y de las matemáticas en que no suenen las Tablas Alfonsinas y otros monumentos del saber de nuestros antepasados de diversos siglos. La historia de la Medicina (y esto no lo niega el señor de la Revilla) está llena de nombres españoles, y sin gran esfuerzo pudieran citarse aquí como famosos y consignados en libros corrientes los de infinitos matemáticos, químicos, metalurgistas y geopónicos. Debe pasar un mal rato el señor de la Revilla cada vez que ve mentado a un español en libros de ciencia: a tal punto le arrastra el odio ciego que las cosas de su patria le inspiran, sólo porque esta patria es y ha sido católica. Valor se necesita para olvidar la escuela náutica y matemática de Sagres, fundada por un portugués y dirigida por un mallorquín, las cartas hidrográficas planas de los catalanes, el famoso Atlas de la Biblioteca de París, y la carta de Juan de la Cosa, la

primera que se hizo de los mares americanos: y no he querido omitirla, puesto que es de un paisano mío.

Con habilidad (llamémosla así) impropia de polémicas serias, dice el señor de la Revilla que, por confesión mía, únicamente dos descubrimientos (fuera de los marítimos) se deben a los españoles: las cartas esféricas y el nonius. En ninguna parte he dicho semejante cosa: cité esos dos *exempli gratia*, como hubiera podido citar otros veinte, vg.: el de la circulación de la sangre, debido a Miguel Servet; el del suco nérveo hecho por Doña Oliva Sabuco de Nantes; el de que los colores no residen en los objetos sino que son la misma lux refracta, reflexa ac disposita, consignado por Issac Cardoso con estas mismas palabras, en su *Philosophia libera*, donde también se apartó de la escolástica respecto a otros puntos físicos y psicológicos; el del platino, dado a conocer por Ulloa en 1748; el de infinitos ejemplares de los reinos vegetal y animal; el de algunos medicamentos como el palo santo o guayaco, la raíz de China, y la corteza de la quina; y si a libros extranjeros hubiéramos de creer, el del ácido nítrico y el de la destilación alcohólica, atribuidos hasta ahora a Raimundo Lulio. Pero como la ciencia española no necesita engalanarse con ajenas plumas, a un español, grande amigo nuestro y gran bibliófilo, se ha debido la demostración de lo contrario, como a otro sabio español, gloria de la moderna literatura catalana, se debe la más completa aclaración respecto al verdadero invento de Blasco de Garay. Así procede la erudición, no negando ni condenando en redondo como la ciencia de los contemporáneos, sino distinguiendo y apurando cada cosa.

Los nombres mismos de infinitas plantas pregonan la gloria de los botánicos españoles: Queria, Minuartia, Meletia, Monarda, Ovieda, Ortegia, Salvadora, Barnadegia, Mutisia... ¿eran calmuco o daneses los naturalistas en cuyo honor se titularon así estas especies? Y si hasta en los nombres está consignada su memoria, ¿cómo ha de faltar en los libros de historia de la ciencia? ¿Y por ventura son para relegados al olvido los descubrimientos médicos de Luis Mercado en lo relativo a las intermitentes (en cuyo estudio se adelantó a Morton y a Torti), y las observaciones de Solano de Luque sobre el pulso?

No amontonaré nombres propios, puesto que no agrada esto al señor de la Revilla, sin duda porque es más cómodo para él no citarse más que a sí propio y a sus amigos. Pero sí le diré que hipótesis muy célebres (por más que él lo niegue), vg., la del fuego, como unidad dinámica, claramente presentada por Vallés en su *Philosophia sacra*, y la del P. Feijóo sobre los terremotos considerándolos como fenómenos eléctricos, son de origen español; que Valverde figura al lado de Vesalio entre los primeros anatómicos; que hasta fines del siglo pasado fue de autoridad suma en punto a metalurgia el libro de Alonso Barba, a quien no se desdeñaron de traducir ingleses, alemanes y franceses; que los astrónomos españoles del siglo XVI, entre ellos Alfonso de Córdova y Juan de Rojas<sup>83</sup> (de quienes no puede decirse que están ignorados, puesto que los cita Moutucia en su conocidísima *Historia de las Matemáticas*), eran estimados por de los más eminentes de Europa, y venían los extraños a recibir sus enseñanzas; que Núñez puede estimarse, al igual de Vieta, padre del Álgebra, y que no está tan averiguado como el señor de la Revilla supone con ligereza imperdonable, que sean de segundo orden todos los científicos españoles, por la sencilla razón de que ni el señor de la Revilla ni nadie que sepamos se ha tomado la molestia de probarlo. Trabajen y averigüen estas cosas los doctos en las ciencias positivas (sin duda en oposición a la negativa, muy común en estos tiempos), pesen y quilaten ellos los méritos respectivos de nuestros sabios y de los extranjeros, y cuando éstos doctos matemáticos, físicos, químicos y naturalistas (bibliófilos además, circunstancia precisa para estar en autos) hayan sentenciado en pro o en contra, yo acataré su decisión porque, si soy implacable con la universalidad

superficial y el saber aparente, nadie me gana en respeto al especialismo profundo y tolerante y al saber sólido y verdadero. Pero lo que desde luego puede afirmarse mediante el sentido común y la ligera noticia que de tales cosas puede tener un profano, es que la ciencia alcanzó un desarrollo muy noble en España, produciendo infinidad de libros más o menos útiles (sobre lo cual no ha de decidir el señor de la Revilla sin examinarlos antes uno a uno, si tiene competencia para ello) y multitud de descubrimientos y observaciones parciales consignables, y consignados ya algunos, en cualquiera historia formal, todo lo cual es título de gloria bastante para que se hable de ciencia española, no pomposa sino justamente, y en el tono de piedad filial con que debemos hablar todos de nuestra patria, sin atribuirle ajenas glorias, pero procurando investigar y poner en su punto las verdaderas, sin adularla, pero guardándonos de dirigirle a tontas y a locas infundadas injurias. Y convéznase el señor de la Revilla de que no hay historia de la ciencia sin España, porque la ciencia no se compone sólo de dos teorías y de tres o cuatro hipótesis y de uno o dos principios fundamentales, sino de una larga serie de cabos sueltos, que suponen el trabajo y el esfuerzo de pueblos y generaciones enteras, esfuerzos que deben quedar registrados en la historia, si esta ha de ser completa, enlazada, útil y fructuosa. Y repito que es excusada y sofisticada la comparación con el arte literario, porque si en este montan poco cien poemas malos o medianos pues que ningún fruto directo saca la humanidad de las tareas poéticas realizadas con escaso numen, de trabajos científicos de segundo orden saca la humanidad incalculables ventajas. Poco aprovecharemos a nadie el señor de la Revilla ni yo con lanzar sendos tomitos de poesías líricas al mundo; maldito si la posteridad ha de descalabrarse investigando nuestras vidas y milagros, ni nos ha de levantar estatuas y monumentos; al olvido iremos como tantos otros dignos de mejor suerte; pero ¿cómo ha de olvidarse nunca al que descubre un cuerpo simple, o un fenómeno fisiológico, o estudia por primera vez un mineral o una planta, o demuestra algún ignorado teorema?

Y diré, para terminar esta materia, que más honra aún país, y más actividad científica demuestra en él, la circunstancia de que haya producido doscientos sabios modestos y útiles que un solo genio, porque el genio le da Dios (así lo creemos los neos y oscurantistas), al paso que el trabajo y la constancia y el estudio, previas ciertas condiciones, dependen en gran parte de la voluntad humana. Olvidábaseme advertir que no está aplicado con bastante propiedad el nombre de descubrimientos al de las cartas esféricas y al del nonius, que deben calificarse de invenciones, lo mismo que la del telégrafo eléctrico, vislumbrado por Fernán Pérez de Oliva, y llevado en parte a ejecución por el físico catalán Salvá en los primeros años de este siglo, el arte de enseñar a los sordo-mudos, debido al benedictino Fr. Pedro Ponce y al aragonés Juan Pablo Bonet, el de enseñar a los ciegos, expuesto por el Maestro Alejo de Venegas en su Tratado de ortografía, impreso en 1531, y tantas otras que fuera prolijo enumerar<sup>84</sup>.

Dice el señor de la Revilla que en la defensa de la filosofía española no ando muy afortunado, y que le doy lecciones pueriles, como la de advertirle que Foxo Morcillo y Gómez Pereira se llamaban así, y no Morcillo y Pereira, según él los nombra. En primer lugar, lo de los nombres es en mi artículo un paréntesis, que no influye poco ni mucho en la argumentación. En segundo, esta cuestión de los nombres no es tan impertinente como al señor de la Revilla le parece. Hay en nombres y apellidos formas consagradas por el uso, y que no conviene alterar para no exponer al lector a confusiones. Al decir Cervantes y Calderón, todos entendemos que se trata del autor de El Ingenioso Hidalgo y del de La vida es sueño; pero nadie nos entenderá si al primero le llamamos Saavedra o al segundo don Pedro de la Barca, o Henao, o Barreda o Riaño, por más que llevase todos estos apellidos. Y es tal la tiranía de la costumbre (fundada siempre en algo) respecto a este particular, que nos causaría suma extrañeza oír llamar Vega a secas a

Lope, o Mendoza al Marqués de Santillana, mucho más cuando la nueva forma, tras de inusitada, induce a errores, como en el caso de Gómez Pereira. E hice esta observación (disculpable en un pobre bibliófilo que no está a la altura de la ciencia moderna), porque he notado que hasta en la manera de citar los títulos de los libros y los nombres de los autores, se conoce el grado de familiaridad que con ellos tiene el señor crítico.

También le parece excusado al señor de la Revilla el que yo insistiese en la distancia que separa a Huarte a doña Oliva, de Vives, Suárez y Foxo, y dice (con evasiva sofisticada, aunque inocente) que los colocó en la misma línea de imprenta, no de categorías. Pues qué ¿en el mero hecho de citar a estos cinco filósofos en los términos que lo hizo, no dio a entender bastantemente que los tenía a todos por de primer orden y los estimaba como la flor y nata de esa decantada filosofía española? ¿Por qué citó a Huarte y a doña Oliva, y no a otros? ¿Por qué se dejó en el tintero a Alfonso de Córdova, Rodrigo de Arriaga, Gabriel Vázquez, Domingo de Soto, Báñez, Fray Juan de Santo Tomás, Ángel Manrique, Marsillo Vázquez, Pererio, Molina, Miguel de Palacios, Francisco de Vitoria, Fonseca, Toledo, los dos Sánchez, Servet, Gouvea, Valdés, Sepúlveda, Pedro Juan Núñez, Montes de Oca, Luis de Lemus, Cardillo de Villalpando, Pedro de Valencia, Mariana, Vallés, Caramuel, Nieremberg, Martínez, Piquer, Ceballos, Pérez y López y tantos otros? ¿Por qué calló el gran nombre de Raimundo Lulio? Sin pecar de malicioso, puede afirmarse que el señor de la Revilla se acordó de Huarte y doña Oliva porque escribieron en romance y son de los filósofos peninsulares más conocidos, habiendo de sus obras ediciones modernas muy comunes. El señor de la Revilla manifiesta grandes simpatías hacia Huarte, y yo le felicito por ello. Bueno es que se vaya aficionando a lecturas españolas, aunque no escoja, para principiar, a un filósofo de los de primera marca. ¿Ve el señor de la Revilla cuán notable es el libro de Huarte con no contarle entre los mejores los aficionados a estas cosas? Pues juzgue lo que serán los filósofos que no conoce: ex ungue leonem. Tenga calma el señor de la Revilla, y lea mucho de pensadores españoles, que su clarísimo entendimiento ha de llevarle a reconocer la verdad, o por lo menos a respetarla, ya que le falte valor para confesar su antiguo yerro. Y si le interesan los discípulos de Huarte, no deje de leer la filosofía sagaz y Anatomía de ingenios, escrita en el siglo XVII por el catalán Esteban Pujasol, y el Discernimiento de ingenios, que en el XVIII publicó el Padre Ignacio Rodríguez, el primero de cuyos libros contiene ideas tan nuevas, atrevidas y peregrinas como el celebrado Examen del médico de San Juan de Pie de Puerto.

Mas, a pesar de sus aficiones huartistas, obstínase por ahora el señor de la Revilla en el quod dixi, dixi, y truena contra mí, sin duda porque dudó de su infalibilidad crítica; pecado imperdonable para los amantes de la tolerancia y de la libertad del pensamiento. Pero como yo tengo la mala costumbre de decir las cosas muy claras aún a sabios como el señor de la Revilla,

Y así a lo blanco siempre llamé blanco, Y a Mañer le llamé siempre alimaña,

según cantó allá nuestro paisano Jorge Pitillas, repito ahora lo que a su tiempo dije y explané largamente, y lo que el señor de la Revilla ha tenido buen cuidado de no mentar en su contestación, sin duda por miedo de quemarse, es a saber: que niego y continuaré negando su competencia en esta cuestión, mientras no dé pruebas de conocer algo más que de oídas la filosofía española. E insisto en este punto, porque no veo en el señor de la Revilla trazas de enmienda, puesto que su llamada contestación a mi artículo deja las cosas tan mal como se estaban, y a él le coloca en situación más falsa y peligrosa que antes, haciendo patentes la ligereza con que habló primero y la terquedad insigne con

que ahora se aferra a lo dicho, sin reparar en la calidad de las armas que emplea para sostener una malísima causa. Y si al señor de la Revilla le parece todo esto personalidades, tenga en cuenta que aquí son indispensables y precisas, y que en nada hieren su buena fama, a no ser que pretenda ser omniscio o tener ciencia infusa, lo cual no sospecho de su perspicaz discernimiento.

Dice el señor de la Revilla que, para probar la existencia de la filosofía española cito a todos los que se han ocupado DE ella, lo cual califica de desahogo de bibliófilo. Perdone el señor de la Revilla: no los cité para eso, sino para demostrar que no somos usted y yo solos los creyentes en la existencia de la filosofía ibérica. Ahí está mi carta que no me dejará mentir. Entre eso y lo que el señor de la Revilla dice hay bastante diferencia. Aquí vendría bien la usada cortesía de que el señor de la Revilla no me había entendido; pero como yo me pago poco de fórmulas y sé que el señor de la Revilla me entiende perfectamente, como yo a él, diré sin rebozo (y si es personalidad, no le ofenda) que no quiso entenderme, porque así le convenía.

Y sepa el señor de la Revilla (aunque nada quiere saber de boca mía) que, aún empleado como argumento de autoridad, ese catálogo sería de gran fuerza:

- 1.º Por contener nombres ilustres y de primera importancia científica y bibliográfica;
- 2.º Por haber entre ellos sectarios de todas las escuelas filosóficas desde las más radicales hasta las más ortodoxas, lo cual excluye hasta la sospecha de ser el nombre de filosofía española bandera de secta o de partido;
- 3.º Por haber florecido los autores allí citados en muy diversos tiempos y naciones, lo cual excluye asimismo toda idea de confabulación y acuerdo.

Por eso, y porque no soy tan inmodesto que prescindiera de la autoridad de los que me han precedido, me permití aquel desahogo que tan mal ha sentado al señor de la Revilla y tan triste idea le ha hecho formar de la generación educada en las bibliotecas con estudios de cal y canto. Quizá esa generación (que aún está por ver) no competirá

En sal, en garabato, en aire y chiste

con la dorada juventud que hoy puebla los Ateneos y habla con sublime aplomo de transformar el Cristianismo, como si se tratase de remendar unos calzones viejos; pero de seguro tendrá la buena condición de no tratar cuestiones que no entienda, ni entretenerse en denigrar y escarnecer por sistema cuanto hicieron y pensaron nuestros abuelos. El señor de la Revilla, que me tiene a mí (aunque indigno) por de esa generación, dice que será divertida, a juzgar por la muestra. Es posible que yo no divierta al señor de la Revilla; en cambio, él me divierte mucho, muchísimo, y sentiría verme privado de sus donosas y eruditísimas lucubraciones acerca de la Filosofía española.

En todos estos preliminares, que en rigor pudieran calificarse de pólvora en salvas, gasta el señor de la Revilla muy cumplidas las tres primeras páginas de su artículo. Y cuando podíamos creer que iba a entrar en materia y a decirnos grandes cosas, después de anunciarnos que va a hablar por partes y a tratar la única cuestión seria que apunté en mi artículo, sale con lo siguiente: Cuando hemos dicho que la filosofía española es un mito, no hemos querido decir que no haya filósofos españoles, sino que no existe una creación filosófica española que haya formado una verdadera escuela original, de influencia en el pensamiento europeo, comparable con las producidas en otros países. Y a renglón seguido, y como si no lo hubiera dicho bastante claro, torna a remachar lo que él llama argumento, y es sólo una escapatoria por los cerros de Úbeda, diciendo que, para que haya filosofía nacional es preciso que constituya escuela y tradición en un país;

y no contento con esto, dice más abajo que ha de llevar su influencia más allá de los límites estrechos de la patria; cuyas condiciones (puramente externas y accidentales y que no afectan al mérito de las doctrinas) son, en concepto del señor de la Revilla, indispensables para que se pueda hablar de Filosofía española. Pues ahora voy a dar gusto al señor de la Revilla mostrándole, no una, sino varias creaciones filosóficas que forman tradición y escuela e influyen en España y fuera de ella. Y se habría ahorrado el señor de la Revilla mucho mal camino y muchos tropiezos si hubiese comenzado por aquí, en vez de adoptar el tono de un artículo de La Iberia y llamarme neo y retrógrado sin venir a cuento.

Para que el señor de la Revilla vea que no abuso de las ventajas que con ceguedad notoria se empeña en proporcionarme, prescindiré del senequismo, por ser doctrina más bien moral que metafísica, y porque tal vez pertenezca nuestro crítico al número de los que se niegan a reconocer la influencia del genio nacional en las obras de los hispano-romanos. Pero lo que no negará es la grandísima importancia histórica de esa transformación del estoicismo, que en la Edad media influye sobremanera, llegando a bautizar con el nombre del filósofo cordobés no pocos libros ajenos y de origen cristiano, como el *De quatuor virtutibus* de San Martín Bracarense; que en el siglo XV domina sin rival en las inteligencias de nuestros primeros renacientes (D. Alonso de Cartagena, Pedro Díaz de Toledo, el marqués de Santillana, Juan de Lucena, Fernán Pérez de Guzmán, el rey de Aragón Alfonso V, etc.); que en el XVI y en el XVII llega a su apogeo dentro y fuera de España con Justo Lipsio, Montaigne, Quevedo, Saavedra Fajardo, Gracián, Núñez de Castro, Baños de Velasco, Fernández de Heredia, Ruiz Montiano, Fernández Navarrete, el portugués Antonio López de Vega y otros ciento, expositores unos, comentadores y defensores otros, y moralistas los más, a la manera del filósofo de Córdoba; que en el siglo XVIII inspira buena parte de sus paradojas y atrevidos pensamientos a Rousseau, y provoca en Francia de parte de Diderot y de Lagrange defensas tan extremadas como las que por entonces hacían en Italia los jesuitas españoles Serrano y Lampillas.

Hago caso omiso de esta doctrina que siempre ha tenido secuaces de bulto en España y en otros países. Dejo también el averroísmo, o teoría del intelecto uno, porque de seguro me negará el señor de la Revilla que sea escuela filosófica española, aunque Averroes fuera tan cordobés como Séneca; pero de seguro, también, me confesará el predominio incontestable de esta filosofía arábigo-hispana en las escuelas de Occidente desde el siglo XII; predominio que (entre paréntesis) de nadie recibió más duros golpes que del mallorquín Raimundo Lulio, viniendo a sucumbir casi, bajo los recios anatemas del valenciano Luis Vives en los días del Renacimiento. Tampoco significará nada para el señor de la Revilla, como parte de nuestra historia filosófica, ese panteísmo judaico-hispano, personificado en Avicibrón (Ben Gabirol) mejor que en Moisés ben Mayemon (Maymónides) aunque malamente apellidado maimonismo, sistema tan real y poderoso, que, no sólo inspira en el siglo XVI a Miguel Servet y a Giordano Bruno (confundiéndose en ellos con reminiscencias neo-platónicas) y se amalgama en el XVII con el cartesianismo y el método geométrico en los libros de Benito Espinosa, e influye en otro panteísta, también de origen hebraico-portugués, aunque menos conocido, David ben Pinhas, sino que en el presente vive, y palpita más o menos modificado en el fondo de muchos sistemas alemanes.

De estas tres creaciones del pensamiento ibérico admitirá el señor de la Revilla el mérito y la importancia, y dirá que formaron tradición y escuela en la Península y fuera de ella, porque, como no fueron católicos sus autores, sino paganos, musulmanes o judíos, no hay riesgo en alabarlos; pero tendrá buen cuidado de advertir que Séneca, Avicibrón, Averroes y Maymónides fueron españoles sólo por el hecho de haber nacido

en España, sin considerar que grande debió de ser el elemento español en Séneca cuando a este siguieron e imitaron con preferencia nuestros moralistas de todos tiempos, y cuando aún hoy es en España su nombre el más popular de los nombres de filósofos y una especie de sinónimo de la sabiduría, lo cual indica que sus doctrinas y hasta su estilo tienen alguna esencial y oculta conformidad con el sentido práctico de nuestra raza y con la tendencia aforística y sentenciosa de nuestra lengua, manifiesta en sus proverbios y morales advertencias, de expresión concisa y recogida como los apotegmas de Séneca, que pugnan con el genio de la lengua latina y la cortan seca y abruptamente; y sin reparar, en cuanto a Averroes y a Maymónides, que al primero refluye todo el genio filosófico de los árabes españoles, como al segundo toda la labor intelectual de los hebreos peninsulares, razas ambas sumamente modificadas por las condiciones de nuestro suelo y clima, y partícipes de las condiciones y leyes históricas del pensamiento nacional; leyes y condiciones por las cuales puede explicarse hasta cierto punto la inclinación al panteísmo, manifiesta lo mismo en los filósofos hispano-árabes y judíos que en todos los herejes españoles antitrinitarios, hayan sido o no filósofos, como Prisciliano, Gundisalvo, Miguel Servet, Alfonso Lincurio, Marchena y Martínez Pascual, porque el pensamiento español es lógico hasta en sus aberraciones.

Pero no cante victoria el señor de la Revilla, que aún hay, a falta de una, otras tres creaciones filosóficas españolas, con influencia en el mundo, con escuela y tradición dentro y fuera de casa, con todos los caracteres, en fin, que su merced exige (sin necesidad algunos) para que haya filosofía que en rigor pueda llamarse nacional. Y estas escuelas son el lulismo, el vivismo y el suarismo, de los cuales voy a decir cuatro palabras, suficientes para mostrar el encadenamiento de su tradición científica, remitiendo a quien desee más noticias a los libros (muy pocos por desgracia) que tratan algo de esto, y mejor aún, a las obras de los mismos filósofos, que ahí están muriéndose de risa en los estantes de las bibliotecas, y que cualquiera puede leer, si sabe latín y tiene curiosidad de aprender lo que en su alta sabiduría desdeñan los señores del Ateneo y de la Revista Contemporánea.

Y comenzando por el buen Ramón Lull, a quien el pueblo católico venera en los altares como a mártir de la fe, y a quien, cual a heroico obrero de la ciencia, debieran venerar los sabios incrédulos o creyentes, y como gloria inmortal del nombre patrio, los españoles todos; nadie, sin presunción y ligereza notorias, osará llamar estimable ingenio de segundo orden al gran filósofo del siglo XIII, inteligencia de las más colosales, profundas y sintéticas de todos tiempos, padre y constructor de un sistema armónico tan sencillo como ingenioso, que no me detendré a exponer aquí porque ya lo ha hecho brillantemente el señor Canalejas; sistema que, a la manera del de Hegel, engarza con hilo realista el mundo de la Metafísica y el de la Lógica, los principios del ser y del conocer, tendiendo a reducir las discordancias y resolver las aninomias, para que, reducida a unidad la muchedumbre de las diferencias (como dijo el más elegante de los lulianos), venza y triunfe y ponga su silla en todo, no como unidad panteística, sino como última razón de cuanto existe, aquella generación infinita, aquella Expiración cumplida, en quien la esencia y la existencia se compenetran, fuente de luz y foco de sabiduría y de grandeza. ¿No llena todas las condiciones de unidad científica la concepción luliana, desde el árbol elemental hasta el divino, mediante el cual se halla luego la solución del árbol de las cuestiones? ¿Qué hay más ingenioso que el artificio de la lógica luliana y el juego de los universales y de los predicados? Después del Órganon aristotélico no se había excogitado cosa semejante. El gran pensamiento de la unidad de la ciencia rige y gobierna todos los trabajos de Raimundo Lulio. Él aplicó su método a la ética, a la cosmogonía, a la teodicea, considerándolas a todas como ramas del mismo tronco. No fue expositor de ninguna filosofía extraña, sino fundador de una escuela, de

existencia reconocida en todos los países de Europa, que en Mallorca tuvo hasta nuestro siglo cátedras oficiales y que cuenta entre sus sectarios españoles a Raimundo Sabunde<sup>85</sup>, Fr. Anselmo de Turmeda, Pedro Dagui, Juan Llobet, Nicolás de Pax, Lavinheta Alonso de Proaza, Arias Montano<sup>86</sup>, Juan de Herrera, Fr. Luis de León, Pedro de Guevara, Suárez de Figueroa, D. Alonso de Zepeda; escuela que revive en el siglo pasado no sin gloria, representándola en polémica con el P. Feijóo los PP. Fornés, Pascual, Tronchón y Torreblanca, y que aún vive en el presente, coronando la serie de ilustres lulianos el Sr. Canalejas, si hemos de atenernos a estas palabras que conviene mediten el señor de la Revilla y sus compañeros de la Revista Contemporánea porque nada tiene de neo ni de inquisitorial el escritor que las dice: «Si para la educación filosófica de nuestro pueblo es o no camino más llano y fácil el de exponer a Lulio interpretándole latísimamente en el sentido moderno, que el importar enseñanzas extranjeras muy propias de sajones o germanos, pero antipáticas al genio de nuestra raza y a la índole de nuestra inspiración y de nuestra historia, es tesis que hoy no resuelvo, pero que confieso me solicita con energía... En lo político como en lo científico, las nacionalidades constituyen un organismo necesario para que la verdad se produzca en el transcurso de una edad, bajo todas sus fases y en todas sus maneras. ¿No se atenta a esta ley histórica cediendo al deseo de copiar y reproducir lo extraño sin consultar lo propio? ¿No es preferible renovar y rejuvenecer que comentar, cuando el fin se alcanza mejor de aquella manera?» Y si el señor de la Revilla juzga condición indispensable para la existencia de escuela el que lleve su influencia más allá de los límites de la patria, en este caso se halla el lulismo, doctrina bien conocida en el mundo científico, como lo demuestran los nombres del abad Tritemio, Cornelio Agripa, Valerio de Valeris, el P. Kircher, Giordano Bruno (que llamaba a Lulio hombre divino) Alstedio, Ibo Zalzinger, y otros lulianos extranjeros, grandes admiradores del *Ars Magna* y del *Arbor scientiæ*, y secuaces en todo o en parte de las doctrinas del filósofo de Mallorca. Ya tenemos una creación filosófica nacional que llena las condiciones requeridas por el señor de la Revilla. La grande edición de las obras de Lulio se hizo, no en Palma, sino en Maguncia, por diligencia de Zalzinger, y es seguro que Italia y Alemania han dado al lulismo tantos y tan fogosos secuaces como España<sup>87</sup>.

El segundo sistema peninsular influyente, conspicuo y famoso en el mundo, es el suarismo, respecto al cual anda muy fuera del tino el señor de la Revilla, cuando dice que Suárez fue un aventajado discípulo del escolasticismo, como si dijéramos un buen chico, un joven aplicado y estudioso<sup>88</sup>, dando a entender con ese tono despreciativo, sueños teosóficos y cabalísticos, entonces de moda, y pararon en el panteísmo: ninguno fundó escuela, ni trajo doctrinas nuevas al campo del saber, ni aún llegó a constituir sistema; todos trabajaron en la demolición del edificio escolástico, pero sin levantar nada propio ni duradero. ¡Cuán diversa fue la obra de Vives! No atacó éste el aristotelismo por sistema; no se adhirió sistemáticamente a Platón; juzgó el mayor daño para los progresos de la ciencia *auctoritate sola aquiescere et fide semper aliena accipere omnia*; enfrente del principio de autoridad colocó el de razón: *Tantum mihi habeatur fidei, quantum ratio mea vicerit...* *Patet omnibus veritas, nondum est occupata*; asentó la necesidad de reforma y de progreso en la ciencia, porque *nulla ars simul est et inventa et absoluta*, y con este criterio examinó las causas de la corrupción de todas las disciplinas, buscándolas, ante todo, en los vicios propios del entendimiento humano (idola tribus de su discípulo Bacon), en la oscuridad voluntaria, en el espíritu de sistema, en la adhesión a la palabra del maestro, en la veneración supersticiosa a la antigüedad, en el abuso de la disputa; censuro con juicio tan elevado y sólido los extravíos del Renacimiento como las sofisterías de la Escolástica, los primeros en el libro *De corrupta grammatica*, las segundas en el *De corrupta dialectica*; dijo antes y lo

mismo que Bacon, que la filosofía natural sólo podía adelantar *experimentis et usu rerum*; señaló reglas para corregir el engaño de los sentidos; tronó contra el afán de generalizar sin que precedieran *experimenta et observationes variarum rerum in natura*, exclamando con profunda verdad: *Ignorant quæ jacent ante pedes, scrutantur quæ nusquam sunt*; y después de haber visto y considerado con erudición y sagacidad maravillosas cada parte del saber tal como entonces se cultivaba, procedió a trazar un método de renovación de las ciencias, harto más completo, juicioso, armónico y ordenado que el de Verulamio, reputando *proprium tanti instrumenti opus intueri omnia, colligere, componere inter se, et universam hanc naturam quasi possessionem suam peragere*.

Para enderezar a tan alto fin el entendimiento, comenzó por definir la inducción y la experiencia y señalar sus fueros, no extremándolos como el canciller inglés, y dándoles reglas con igual o mayor acierto: «*ex singularibus aliquot experimentis colligit mens universalitatem quæ compluribus deinceps experimentis adjuta et confirmata, pro certa explorataque habetur... Ceterum experientiæ temerariæ sunt ac incertæ, nisi a ratione regantur, quæ adhibenda est illis tamquam clavus gubernator in navi: alioqui ferentur temere et fortuita erit ars omnis, non certa... Quod est in iis cernere, qui solis experimentis ducuntur de quorum ingenio judicium non censet, rem, locum, tempus et reliquas circumstantias inter se conferens, fieri enim convenit ut experientia artem pariat, ars experientiam regat*»<sup>89</sup>; consideraciones que explana después y en varios lugares largamente. La importancia de Vives como metodólogo no ha de ocultársele a nadie que haya leído los libros *De tradendis disciplinis*. Mas no se limitó a esto la actividad científica del sabio valenciano. En los libros *De prima philosophia* desarrolló con sentido ecléctico su sistema metafísico, inclinándose alguna vez a Platón, y con más frecuencia a Aristóteles; en los *De anima et vita* dio maravillosos ejemplos de análisis psicológico; en los tratados lógicos simplificó considerablemente, e intentó reducir a la pureza del *Órganon*, la dialéctica; en los libros *De veritate fidei christianæ*; aplicó a la teología su sistema filosófico, con lucidez de entendimiento y delicadeza de análisis asombrosas; sentó los fundamentos de la filosofía de la legislación con el nombre de *ars justitiæ*; en el discurso *In pseudo-dialecticis* clamó como ninguno contra la barbarie de la escuela, y por último convirtió sus principios a la crítica filosófica en la censura de las obras de Aristóteles, en el librito *De initiis, sectis et laudibus philosophiæ*; y en otros opúsculos, por los cuales le da Brucker la primacía entre los restauradores de la historia de la filosofía al modo de los antiguos.

Tenemos, pues, un sistema completo sustituido al antiguo, con su *Metafísica*, *Lógica*, *Psicología* y *Teodicea*, en parte muy fundamental nuevas, clara y metódicamente enlazadas. Voy a mostrar ahora el desarrollo de la doctrina vivista en el siglo XVI y siguientes, para que el señor de la Revilla se convenza de su importancia histórica, y acabe de entender que de Vives parte un movimiento tan poderoso como el que arranca de Descartes.

Ante todo, conviene advertir que la mayor parte de los filósofos italianos y franceses a que el señor de la Revilla se refiere, son posteriores a Vives, cuyas enseñanzas recibieron, aunque sin aprovecharlas bastante, porque les faltaba el juicio, cualidad capital del pensador valentino, y la tendencia conciliadora y amplio espíritu que asimismo le distinguen.

Telesio es el que más se acerca a Vives en estas condiciones; pero no acertó a desarrollar sino bajo un parcial aspecto el criticismo vivista. Mucho más adelantaron en el proceso de esta fecunda doctrina los filósofos españoles, aunque no se haya mostrado justa con ellos la fama. Dejando aparte a los que, como Gélida, Vergari, etc., nada

sustancial alteraron la doctrina del amigo o del maestro, vemos surgir de la filosofía crítica cuatro direcciones principales:

1.<sup>a</sup> El peripatetismo clásico, muy conforme con tendencia de Vives, que admiraba y seguía en mucha parte a Aristóteles puro y sin mezcla averroísta ni escolástica. Representan esta dirección, a más de otros no tan notables, Sepúlveda, Gouvea, Cardillo de Villalpando, Martínez de Brea y Pedro Juan Núñez (caudillo de la que pudiéramos llamar escuela valenciana)<sup>90</sup>, después de su conversión del ramismo.

2.<sup>a</sup> El ramismo español, tendencia de oposición un poco dura y sistemática a Aristóteles, mitigada por un elemento vivista sobremanera poderoso. Son corifeos de esta secta el salmantino Herrera, el valenciano Núñez en sus primeras obras, otro Núñez (Pedro... Vela) protestante abulense, que publicó en Ginebra una Dialéctica, y fue grande amigo de Pedro Ramus, y con más tenacidad que ninguno el Brocense, cuya filiación vivista puede apreciarse en estas palabras del prólogo de su Minerva: «*Multa veteres philosophos latuerunt quæ Plato eruit in lucem, multa post eum invenit Aristoteles, multa ignoravit ille quæ nunc sunt passim obvia: latet enim veritas, sed nihil pretiosius veritate*<sup>91</sup>», que es en sustancia el principio capital del racionalismo de Vives, expuesto en el prefacio *De causis corruptarum, artium*.

3.<sup>a</sup> El onto-psicologismo de Foxo Morcillo, cuya conciliación platónico-aristotélica no es más que un desarrollo admirable de la metafísica vivista, si bien inclinándose más a la doctrina del gran discípulo de Sócrates, señaladamente en la cuestión de las ideas innatas, que entiende a la manera de San Agustín. Por su libro *De studii philosophici ratione*, modificación de la metodología de Vives, se da la mano Foxo con el grupo siguiente:

4.<sup>a</sup> El cartesianismo ante-cartesiano, sostenido en filosofía natural por Dolese, G. Pereira, F. Vallés, Torrejón y Barreda, y en psicología por Vallés y Pereira, aunque en muchas cuestiones discordes. Si Descartes dice en el Discurso del método: «*Le premier precepte est de ne recevoir jamais aucune chose pour vraie que je ne la connusse évidemment être telle*»; ya el divino Vallés había dicho en el capítulo 64<sup>o</sup> de la *Philosophia sacra*: «*Necesse est ut in rationum, investigatione... etiam de his quæ sibi videntur probabilissima, nisi se ipsos velint (homines) fallere, dubitent.*»

Como exageración de la tendencia racionalista del vivismo y fenómeno aislado, aparece el libro del portugués Sánchez *De multum nobili, prima et universali scientia, quod nihil scitur*. También pudiera sostenerse que el empirismo sensualista de Huarte y doña Oliva tiene ciertas relaciones con la filosofía en cuestión, como dependiente que es de Gómez Pereira y de la Antoniana Margarita. Pero júzguese de esto lo que se quiera, que al cabo no es de esencia, siempre podrá afirmarse que los pensadores independientes (en el buen sentido de la palabra), los ciudadanos libres de la república de las letras, que en España florecen durante el siglo XVI, proceden en su inmensa mayoría del vivismo.

Llevó esta escuela su influencia más allá de los límites estrechos de la patria, y de ella nacieron:

1.<sup>o</sup> La filosofía de Bacon, que tomando por punto de partida los libros *De disciplinis*, proclamó las excelencias del método experimental (como ya lo había hecho Vallés en las *Controversiæ medicæ et philosophicæ*), desarrolló la teoría de la inducción, sabida de Aristóteles y no ignorada, ni mucho menos, de Vives y sus discípulos, analizó, de igual manera que el valenciano, las causas de los errores, e insistiendo en un punto menos atendido, aunque no olvidado para Vives, trajo la magna instauratio a las ciencias naturales.

2.<sup>o</sup> El cartesianismo, desarrollo parcial y exclusivo, lo mismo que el anterior, de otra fase de la doctrina de Vives y sus discípulos. Dice Julio Simón, que el principio de la

filosofía para Descartes fue la duda: éste fue todo su método; el porvenir de la filosofía estaba en este principio. Ahora bien; esa famosa duda había sido proclamada como principio de doctrina por Vives, Foxo Morcillo, Sánchez el escéptico, Gómez Pereira, Vallés y otros infinitos. En cuanto al famoso entimema, está en San Agustín, en Ochino, en Gómez Pereira y en cien partes más. El resto de sus principios apenas encierra novedad, como es sabido. Leibnitz lo demostró, y yo no necesito repetirlo. Lo que en su física y en su psicología tomó de Gómez Pereira y de Vallés, nadie lo ignora. Ya su contemporáneo el célebre Daniel Huet, obispo de Avranches, lo puso de manifiesto, en su Censura de la filosofía cartesiana.

3.º La filosofía del P. Buffier y la modesta, prudente y sabia, aunque incompleta, escuela escocesa, que en punto al análisis psicológico tiene sus precedentes en el tratado *De anima et vita*<sup>92</sup>, y en cuanto al criterio de verdad, al *sense common*, en este pasaje del libro I *De prima philosophia*, y en otros que pudieran citarse y a los cuales corresponde bien la tendencia general de las obras filosóficas de Vives: «*Quod naturale est, non potest esse ex falso (llama naturale al testimonio de conciencia)... nec potest certius esse veri argumentum, quam omnes naturaliter sic sentire... Nam si magni alicujus et sapientissimi viri auctoritas jure habet momenti plurimum, quanto habebit majus auctoritas generis humani?*»; que es, en sustancia, lo que dice Reid: «El asentimiento en virtud del cual todos los hombres se afirman a sí mismos proposiciones verdaderas y universales, es un juicio natural (expresión idéntica a la de Vives, que le distingue del juicio artificial o segundo), instintivo, que debe afirmarse, pero que no se razona.» ¿Y me preguntará ahora el señor de la Revilla si el nombre de Vives debe colocarse al lado de los de Descartes, Kant y Hegel? Sí, por cierto, y aún un poco más arriba, y si no suena tan alto como debiera, es por una grande injusticia histórica, incomprensible para el señor de la Revilla y otros fanáticos adoradores del éxito. Así como el hemisferio de Colón lleva aún hoy el nombre de Américo Vespucio; así se han bautizado con los pomposos nombres de baconismo, cartesianismo, y escuela escocesa diversos girones del manto de Vives, para quien espero que llegue pronto el día de la solemne reparación, hoy retardada sólo por el clamoreo de los sofistas.

Esperanza tengo de que retoñe esa escuela, nunca enteramente muerta en España, escuela de Melchor Cano, de Pedro de Valencia, de Isaac Cardoso, de Caramuel, de Feijóo, de Piquer, escuela cuya restauración dos veces se ha intentado en el siglo XVIII y en el presente, frustrándose por lado enemigo entrambas tentativas, la del animoso Forner, portento de doctrina, y la del sabio metafísico Llorens, secuaz de la escuela escocesa, la cual procuró enlazar con la tradición de Vives, en cuya empresa le sorprendió la muerte.

Ya está servido el señor de la Revilla a medida de su deseo; ahí tiene, aunque sólo rápidamente bosquejadas, las escuelas y las influencias que tanto deseaba conocer. Aunque de las seis me rechace tres, tiene que reconocer la existencia y nacionalidad de las restantes. Ya ha visto que hay lulistas, suaristas y vivistas dentro y fuera de España: pereiristas no, pues Gómez Pereira no fue caudillo de secta, porque no tenía condiciones para tanto, a pesar de su claro entendimiento, perspicuidad y audacia.

Y ¿qué diré del resto del artículo del señor de la Revilla, en el cual no hay una idea de provecho ni una noticia erudita, mostrándose el autor cada vez más desalumbrado y fuera de tino, como quien anda por sendas que no conoce, y a cada paso tropieza? ¿No es ridículo comparar la obra científica de Vives, Gómez Pereira y demás filósofos peninsulares con la misión de San Juan Bautista, que no predicaba una doctrina, precursora ni madre de otra doctrina, sino que anunciaba la venida del Salvador, diciendo: Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos, y bautizaba en el agua para la penitencia, esperando que viniese el que había de bautizar en el Espíritu

Santo y en el fuego? ¿Y me pregunta el señor de la Revilla qué me parecería del que intentase propagar y defender el juanismo? ¿Pues qué había de parecerme tal empresa? Un desatino, y más desatinado me parece el símil y más traído por los cabellos el argumento del señor de la Revilla, que sin duda cuenta mucho con la tolerancia de su público especial, cuando tales cosas escribe como si fuesen razones sólidas y macizas (estas palabras mías se le han indigestado, y no es extraño).

En cuanto a los místicos, el señor de la Revilla se vale de otra evasiva sofística, distinguiendo entre lo que él llama misticismo y la filosofía mística, que es lo mismo que si distinguiésemos entre el kantismo y la filosofía kantiana. El señor de la Revilla es muy dueño de hacer los distingos que guste y de interpretar las palabras como le plazca; pero el misticismo o la filosofía mística es indudable que ha florecido en España como en ningún otro país del mundo, y todo el que no sea positivista y haya leído *Las Moradas*, *Los Nombres de Cristo* y *la Subida al Carmelo* reconocer si que no hay filosofía más alta y sublime que aquella, y tendrá a Santa Teresa por filósofa tan grande y mayor que Hipatia (de quien después de todo sólo ha quedado la fama), y a Fr. Luis de León y a San Juan de la Cruz por filósofos profundos y excelentísimos, bastante más que Kant, Hegel y sus satélites, con cuyos nombres, sin cesar repetidos, quieren aturdirnos los críticos germanescos. Ya supongo la idea que tendrá el señor de la Revilla de la filosofía, y mal puede admitir en ella el misticismo, la filosofía divina, siendo secuaz de Comte y de Littré. Mas en cuanto a suponer que nadie considera como filósofos a los místicos citados, permóneme que dude de su honrada palabra. Sin recurrir a neos y oscurantistas, ahí están Rousselot en su libro de *Les Mystiques Espagnols*, el señor Valera en cien artículos y discursos, el Sr. Canalejas en su juicio del libro francés antes citado, el Sr. Martín Mateos en una serie de artículos publicados en la *Revista de la Universidad de Madrid*, y el malogrado estético Núñez Arenas en un discurso inaugural de la propia escuela, todos los cuales convienen en estimar como filosofía el misticismo y como filósofos a los místicos españoles.

El señor de la Revilla insiste en juzgar por el éxito las doctrinas filosóficas, y dice que, si Platón no hubiese fundado escuela, sería un gran filósofo, pero no un objeto importante en la historia de la Filosofía. Pues si la historia de la Filosofía no habla de los grandes filósofos y de sus doctrinas, ¿de qué ha de hablar? ¿Esperará a que venga el *servum pecus* para decidir del mérito de los sistemas? Pero bien mirado todo, no es el éxito, sino la fama del éxito, lo que no lograron los filósofos españoles. Más se han olvidado sus nombres que sus doctrinas. Lo dicho de Vives en particular puede aplicarse a todos ellos considerados colectivamente. Las limitadas noticias que tenemos de su influencia en el movimiento intelectual de la edad moderna nos bastan para creer fundadamente que aquella fue poderosa y fecunda. La Ontología, la Teodicea, la Cosmología, la Antropología, la Ética, el Derecho natural, la Estética, todas las esferas de la filosofía les deben copiosas luces; sólo falta que reconozcan la deuda, mucho mayor, sin duda, de lo que por los datos hasta ahora conocidos aparece. *Tulit alter honores...*

Aquí tiene usted, amigo D. Gumersindo, la contestación del señor de la Revilla, contestada sin añadir, ni quitar, ni desfigurar ninguno de sus argumentos, al revés de lo que él ha hecho con los míos. Escrita su réplica en momentos todavía de irritación y cólera, es, bajo todos aspectos, indigna de su reputación y notorio talento; nada prueba, nada resuelve; puede pasar únicamente como evasiva. Un solo argumento fastidiosamente desleído, algunas declamaciones de club patriótico; mucho contar al público lo que yo digo, suprimiendo (cosa es clara) las amenidades contra su persona y con ellas otras cosas que no son para el ingenioso crítico amenidades, sino espinas; un rebajar poniendo por bajo, cuando lo raro y peregrino sería rebajar poniendo por cima;

no poco de aquellas sabidas frases: baste con lo dicho... mucho pudiéramos decir... pero ya dijimos... pero no lo diremos... porque el señor Menéndez es neo; he aquí el artículo del señor de la Revilla.

Al final anuncia que no discutirá conmigo mientras no vea que empleo más comedidas formas. En cambio, yo que de formas me cuido poco, que no soy catedrático de Literatura como el señor de la Revilla, y que no tengo reputación literaria buena ni mala que aventurar en este lance, discutiré con él en cualquiera forma, aunque use él la peor de todas, la progresista, aunque toque el himno de Riego, y me llame neo y troglodita... y cuanto se le antoje, que por eso no he de ofenderme; pero condición de que dé muestras de haber estudiado la materia y conocer de la filosofía española algo más que vagas generalidades.

De usted apasionado amigo y paisano.

Santander 19 de Setiembre de 1876.

Segunda parte

Al Sr. D. Alejandro Pidal y Mon

Dos artículos del Sr. Pidal sobre las cartas anteriores<sup>93</sup>

- I -

No hace muchos años que los eruditos y laboriosos investigadores de los tesoros literarios que encierran nuestras bibliotecas, paraban su atención, solicitada por tan extraño espectáculo, en un joven, casi un niño, que con un infolio en pergamino o con algún empolvado manuscrito delante, tomaba de cuando en cuando apuntes en unas cuartillas de papel con aquella naturalidad desembarazo que acusan largos hábitos y gran familiaridad en el trato y manejo de tan venerandas antigüedades.

La asiduidad con que concurría a su puesto, el carácter de letra de los manuscritos que estudiaba, el idioma en que estaban escritos los libros que pedía, unido con su tierna edad e infantil aspecto, despertaban de tal modo la curiosidad de los observadores, que en breve se esparció el rumor de que un nuevo erudito, ratón de biblioteca y tragador de polvo y de polilla, iba a salir a luz en la patria de los Gallardos, Calderones, Gayangos y Duranes.

Justificaba tal apreciación el relato de varias anécdotas que corrían entre los aficionados. Contábase el caso acaecido a uno de nuestros literatos más encargado de comentar los poetas españoles del siglo decimotercero, y en cuyas laboriosísimas investigaciones no había podido dar con el códice manuscrito de cierto fraile poeta, viéndose obligado a consignarlo así en la obra, e inclinándose al parecer de que tales versos no existían; cuando días después recibió una carta suscrita por desconocido nombre en la que se le indicaba la biblioteca, la sala, el armario, el estante y el legajo en que los tales desconocidos versos dormían el sueño del olvido. Maravilloso, al parecer, nuestro literato; corrió al sitio que se le indicaba, con gran desconfianza y temor de ser juguete de una broma, y halló en el mismo punto señalado las obras del poeta, inquirió diligente las señas de la casa del Colón de aquellas desconocidas rimas, y fuele a visitar agradecido. No le halló en ella, y decidió esperarle. Introdujéronle en una reducida habitación colmada de papeles y libros, y cuál no sería su asombro cuando, pensando hallarse con un hombre proyecto, cuyas canas justificasen su sabiduría bibliográfica, se encontró cuando, de vuelta ya nuestro erudito, penetró por fin en su habitación, con un joven imberbe, vestido con una chaquetilla y con más trazas de jugador de marro o de las cuatro esquinas, que de espolvoreador de archivos y desenterrador de códices apolillados. Entablaron conversación animada sobre puntos oscuros de nuestra

literatura, y horas después, según es fama, salía el insigne literato haciendo cruces de ver compendiada tanta erudición en tan cortos, aunque tan bien aprovechados años.

Estos relatos y otros, como la noticia de que en un solemne certamen abierto por una rica casa editorial, y del que fueron jueces nuestras notabilidades literarias más ilustres, sólo se habían considerado dignas de premio dos obras, y abiertos los pliegos en que venía el respectivo nombre de su autor, se encontraron los jueces con que ambos trabajos llevaban el mismo nombre, que no era otro que el de nuestro joven, vinieron a aumentar nuestros ya vivos deseos de conocerle, deseos mezclados con el temor de que fuese el tal joven uno de esos prodigios de memoria en quienes la casi total ausencia de entendimiento abona la teoría de que una facultad se desarrolla siempre a expensas de las otras, y justifica el dicho vulgar de que la memoria es el talento de los tontos.

Conocímosle por fin una noche en unas modestas veladas literarias, en que no para hacer aparatosos alardes de postizos conocimientos, sino para estudiar y dilucidar detenidamente las cuestiones más importantes que nos ofrece la historia científica y política de nuestra patria, nos reuníamos algunos jóvenes, deseosos de aprender, y algunos ancianos de nombre ilustre en la república de las letras. Tratábase aquella noche de la decadencia de España en el reinado del último representante de la causa de Austria, y de su renacimiento en el del primer representante de la casa de Borbón; y habiendo hecho uso de la palabra personas ilustradísimas que habían estudiado de propósito el tema, y algún sabio encanecido en el estudio de la historia patria, parecía ya agotado el asunto, cuando el que esto escribe rogó al joven recién presentado, que hasta entonces había permanecido silencioso, que dijese algo de su cosecha sobre el particular, aunque ya nada nuevo pudiese, al parecer, decirnos.

Excusose con natural modestia al principio; pero vista nuestra insistencia, usó de la palabra incontinenti, y sin afectación ni pretensiones, y en un estilo claro y llano, y con un lenguaje castizo, desarrolló con tal novedad, profundidad y extensión el tema, demostrando tal copia de erudición, tan serena crítica y tanto ingenio, que desde entonces quedó para nosotros inconcuso no sólo que el joven en cuestión, además de una erudición vastísima, hija de largos y concienzudos estudios, poseía profundos conocimientos científicos, puesto todo al servicio de un entendimiento sólido y elevado, sino que la tan decantada decadencia literaria de España en el reinado de Carlos II, y su tan ponderado renacimiento en el de Felipe V, era uno de tantos lugares comunes, sin fundamento, inventados por la pasión y propalados por la ignorancia, como corren de boca en boca por los labios de los eruditos a la violeta del presente siglo.

Pocos días después, en el despacho del director de La España Católica, escuchábamos atentos unos cuantos aficionados a la literatura unas magníficas composiciones poéticas debidas al mismo joven. Eran unas versiones escrupulosamente hechas de los clásicos griegos y latinos y de los más afamados poetas italianos, ingleses, franceses, portugueses y lemosines, y aquel mismo día, y en la misma España Católica, veía la luz el primer artículo de aquella larga serie de estudios acerca de los jesuitas españoles en Italia, que tanto llamaron la atención de los críticos, y en los que tan soberanamente se demostraba lo atroz del desafuero cometido contra el saber, no menos que contra la justicia, la virtud y la religión, por aquel acto que ha calificado la historia con el nombre de bárbaro por boca de los mismos corifeos de la impiedad, que acaso por eso no vacilan en repetirlo.

Por aquellos días también adquirimos completas noticias de casi todos sus trabajos, publicados ya unos, inéditos otros y algunos por acabar todavía, y cuya sola enumeración asusta, pues fuera bastante cualquiera de ellos a ocupar la vida de un hombre, si habían de ser desempeñados con la conciencia que su asunto requería y con la que evidentemente los había él desempeñado todos. Tales eran los Estudios poéticos

a que antes nos hemos referido; los Estudios clásicos, de que forma parte La novela entre los latinos, precioso opúsculo que deja agotada la materia y que presentó el autor como tesis doctoral al recibir este grado en la Facultad de Letras; el Ensayo bibliográfico y crítico sobre los traductores españoles de Horacio; el Bosquejo de la historia científica y literaria de los jesuitas españoles desterrados a Italia por Carlos III, de que ya hemos hecho mención; los Estudios críticos sobre escritores montañeses, inaugurados con el tomo referente a Trueba y Cosío, la Biblioteca de traductores españoles, que ha merecido el nombre de «tesoro de erudición biográfica y bibliográfica»; La historia de la estética en España; y finalmente, La historia de los heterodoxos españoles desde Prisciliano hasta nuestros días, digno pendant de La historia de los herejes italianos, que con gloria suya y de la Iglesia ha dado luz el inmortal César Cantú.

Tales y tantas obras, fundamentales las más de ellas, nos llenaron de admiración ante el mero desarrollo de sus planes. Planes asombrosos por la vastedad de su extensión, por el número y novedad de sus datos, por la naturaleza y copia de sus fuentes, por lo ordenado de su método y por la unidad de su pensamiento.

Y sin embargo, debemos decirlo, y lo diremos, nada de todo esto nos sorprendió tanto como la absoluta imposibilidad en que nos vimos de darle alguna noticia nueva, algún dato desconocido, alguna fuente ignorada, algún argumento o consideración importante, olvidado en el desarrollo de sus temas. Siempre que le apuntábamos el nombre de algún autor, el título de algún libro, las aseveraciones de algún crítico, la fuente de algún estudio, siempre nos confundía saliéndonos al paso, atajándonos en nuestra indicación y completando todo aquello que le decíamos con nuevos hechos y razones, que nos probaban, que no sólo conocía aquel escritor o aquella obra, sino que los conocía a fondo y sabía distinguir, tanto en materia de erudición como de doctrina, lo bueno de lo malo que en ellos se hallaba.

Y lo más notable de este saber y de esta erudición era que, como se echaba de ver en seguida, no habían sido adquiridos por segunda mano y en libros de referencia, sino en sus propias fuentes, bien fuesen éstas españolas o extranjeras, manuscritas o impresas, raras o comunes, antiguas o modernas; fuentes cuyo detenido análisis, así como el de sus comentaristas, traductores y plagiarios, nos hacía bajo el punto de vista filosófico de su doctrina, histórico de sus hechos, literario de su estilo, bibliográfico de su edición y hasta bibliománico de sus ejemplares, si éstos eran raros.

Así, sin exageración ninguna de nuestra parte, conocimos nosotros hace tres años al joven D. Marcelino Menéndez Pelayo, natural de la provincia de Santander y de edad ¡de diez y siete años!

Y dicho esto, vamos, con el respeto que nos merece y con la desconfianza de nuestras propias fuerzas que el caso nos impone, a juzgar su última producción, verdadera improvisación literaria, con algunas de cuyas aseveraciones nos atrevemos a no estar completamente conformes.

Titúlase esta producción Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española, y dala comienzo un prólogo tan bien escrito como bien pensado del Sr. D. Gumersindo Laverde Ruiz, bien conocido en la república de las letras, paisano del autor, y cuya delicada salud le obliga a calificar esta última producción de su bien tajada pluma de su «testamento literario.»

Es el Sr. Laverde y Ruiz el porta-estandarte, por decirlo así, de los concienzudos entusiastas de la ciencia española, que, indignado ante el voluntario olvido en que la profunda ignorancia de los modernos sabios deja sumidos los tesoros de la sabiduría patria, para correr a rendir humilde tributo de admiración y de homenaje ante las más triviales y chavacanas producciones de la ciencia extranjera, ha dedicado su vida a la

investigación y recuento de nuestros sabios teólogos, filósofos, eruditos y naturalistas, y de sus más notables producciones y descubrimientos más importantes, dándonos, como resultado de sus trabajos, la evidencia de nuestra superioridad científica, y como causa de nuestra actual decadencia el desconocimiento de nuestros grandes hombres y de los monumentos que produjeron, señalando, al mismo tiempo el modo de remediarla por medio de estudios críticos y de catálogos bibliográficos, y sobre todo, por la resurrección de nuestras antiguas universidades y la creación de cátedras para los diversos ramos de la ciencia española.

Gastó en esta noble cruzada sus juveniles fuerzas el Sr. Laverde, produciendo curiosísimos y eruditísimos trabajos; pero al cabo, «pasáronse los años», «marchitáronse las ilusiones», «disipáronse sus esperanzas terrenales», «aumentaron sus desengaños», «desfallecieron a una su cuerpo y su espíritu», hasta el punto de retirarse a exhalar su último suspiro en el suelo bendito en que reposan las cenizas de sus abuelos»; pero sin arriar por eso su bandera, antes bien, manteniéndola enhiesta y tremolándola sobre los jóvenes adictos de la ciencia española.

Cuando he aquí que la Providencia le envía, cuando ya «enfermo y dolorido, nada le es dado hacer para unir la predicación al ejemplo», al joven Menéndez Pelayo, que, como dice Laverde, «él solo vale por un ejército», y ante refuerzo tan inesperado, se le ensancha el pecho, se le enardece el corazón, y como si ya no le aterrara la muerte, que pálida y callada se le aproxima, arroja el español ¿qué importa? exclamando: Non omnis moriar. Si yo me voy, «queda en pie V., joven alentado, corazón sano, cabeza potentísima, para continuar la tradición de mis ideas y proyectos, y conducirlos todos a feliz término y remate.»

Y en verdad que el resto de la obra que estamos examinando justifica plenamente sus esperanzas y consuelo.

Constituye su núcleo, como se echa de ver por el título, algunas polémicas sobre la existencia de la ciencia española, varias indicaciones sobre los medios de generalizar su conocimiento, y el proyecto de una obra fundamental acerca de los heresiarcas españoles, que no es otro que la introducción y el índice de dicha obra, compuesta por el autor y que en breve verá la luz, según tenemos entendido. Con decir que el libro que vamos examinando es, a pesar de haber sido escrito al correr de la pluma, para las columnas de un periódico, y sin más plan que las exigencias de la polémica, un manantial inagotable de erudición española, un tratado crítico de nuestra cultura intelectual, y un libro amenísimo escrito en lenguaje castizo y lleno de sal ática ad usum de los Don Hermógenes del krausismo, tenemos dicho todo cuanto de él se puede decir en conjunto, concluyendo por añadir que todo escritor español, más aún, católico, no puede prescindir de tenerlo sobre su bufete, si ha de contestar fácil y victoriosamente a los enemigos de nuestra fe, que niegan sistemáticamente la cultura intelectual de España, como prueba evidentísima de las tinieblas en que se sumen las naciones, donde sin rival impera señora y reina absoluta de los corazones y de los entendimientos la Fe católica revelada por Dios y por su Santa Iglesia.

Motivó las cartas que forman este libro una de tantas proposiciones como la soberbia pedantería racionalista, que desprecia a bulto y montón los tesoros de la Edad Cristiana, para prosternarse estática ante la última exhumación de alguna necedad, fiambre ya de muchos siglos, arroja desde lo alto de las cátedras que ha tomado por asalto, merced, antes que a nada, al abandono de la juventud católica, más gustosa, por regla general, y hasta ahora, de encerrarse en el cómodo pero estéril círculo de las declamaciones, exageraciones y pesimismo políticos, que de trepar por la áspera pero gloriosa cumbre del estudio y de la meditación, por donde tan airoosamente asciende nuestro Menéndez Pelayo proposiciones que arrojan también desde las columnas de las revistas que

forman ya, comparadas con los periódicos, los estudios serios de estas generaciones tan raquíticas de espíritu como de cuerpo para quienes sería empresa inverosímil atreverse con uno de esos libros con que se desayunaban nuestros mayores.

La tal proposición era más grave por ser hija de uno de los pocos escritores concienzudos que cuenta la secta, laborioso y de talento nada común. El Sr. Azcárate. Pero ¿qué pueden ver los ojos del entendimiento, por poderosos que de suyo sean, cuando los ciega la tupida venda que la pasión amarró sobre ellos?

Así fue que el Sr. Azcárate afirmó que por falta de libertad en la ciencia, España había perdido por completo su actividad científica durante tres siglos.

Pocos más a propósito para destrozar esta afirmación que Menéndez Pelayo. Para el que niegue el movimiento no hay mejor razón que moverse.

Menéndez Pelayo no se movió; pero a un solo signo de su pluma brotaron por encanto, como evocadas del fondo de sus olvidados sepulcros, legiones de sabios de todas clases que florecieron en España durante esos tres siglos, y cuyos nombres la fama, pasando callada sobre las cunas de sus ingratos hijos, repite todavía por los lejanos países que conservan, como cicatrices honrosas, los recuerdos de nuestra potente gloria.

Pero Menéndez Pelayo no se contentó con hacer desfilar esta procesión interminable por ante los ojos del escritor krausista; hizo más: hizo que cada uno de ellos le fuese enseñando, por decirlo así, su hoja de servicios, sus méritos, para él totalmente desconocidos. ¡Qué asombro! se nos concedía algunos teólogos; pero se creía que teólogos era cosa así como sacristanes, no hombres que pasaron su vida pensando en Dios y avalorando sus infinitas perfecciones; se nos otorgaban algunos místicos, como quien dice, algunos beatos, ponderando todo lo más su lenguaje, pero sin reconocer su intuición poderosa, a la luz de la cual descubrieron los arcanos de la eternidad en medio de las efusiones del amor divino; se confesaban nuestros poetas, novelistas y dramaturgos; pero como válvula que la conspiración tenebrosa contra nuestra libertad dejó abierta a las expansiones inevitables de la inteligencia, no como fruto natural y lozano del árbol frondoso de nuestro ingenio, que engalanó con sus flores la imagen de la verdad que en nuestros altares se veneraba. ¡Pero filósofos! ¡pero naturalistas! ¿por dónde?

Vedlos ahí; ahora pasan, con su genio profundo y filosófico verdaderamente español, con su erudición, con sus verdades. ¿No os asombráis, racionalistas? Lo comprendo, pero prosternaos ahora y adorad, porque pasan también con sus errores.

Con sus errores, sí; son esos errores que el buen sentido nacional dejó morir sobre el para ellos estéril suelo de la patria, y que vosotros adoráis, hoy que os los presentan con papel dorado y con etiqueta francesa y alemana, como las novísimas revelaciones de lo absoluto.

Ahí los tenéis, la duda de Cartesio, el escepticismo de Hume, el sensualismo de Locke, el empirismo de Bacon, el panteísmo de Espinosa. Ahí los tenéis, adoradlos. Vives, Gómez Pereira, Sánchez, Huarte, Servet, os los presentan; inscribid sus nombres en las lápidas del templo, que el día que se realice el ideal de la humanidad en el archipiélago de la Oceanía, elevaréis a la lenteja.

¿No podéis? Lo comprendo; sus errores no eran errores trascendentales. Todos eran errores sometidos a la fe. La Iglesia no los perseguía; no podéis por lo tanto glorificarlos; sólo hay aquí una víctima de la intolerancia, Servet; pero no lo ha quemado la inquisición, le achicharró el libre examen. ¡Qué desgracia!

Y después de los filósofos como Báñez, Soto, Téllez, Vázquez, Rodrigo de Arriaga, Henao, Toledo, Bernaldo de Quirós, Pererio, Molina, Suárez, Sepúlveda, Fonseca, Pedro Juan Núñez, Cardillo de Villalpando, Martínez de Brea, Gouvea, Montes de Oca,

Luis de Lemus, Pedro Monzó, Simón Abril, Vicente Mariner, Luis Vives, Foxo Morcillo, Núñez, Herrera, el Brocense, Sánchez, Gómez Pereira, Vallés, Isaac Cardoso, Huarte, Doña Oliva Sabuco de Nantes, Pedro de Valencia, Quevedo, Caramuel, Nieremberg, Tosca, Nájera, Feijóo, Hervás y Panduro, Forner, Viegas, Andrés, Eximeno, Martínez, Piquer, Ceballos, Valcárcel, Rodríguez, Pérez y López, Castro, y Arteaga, vendrán los políticos, como Foxo Morcillo, Mariana, Furio Seriol, Rivadeneyra, Santa María, Márquez, Navarrete, Quevedo, y Saavedra, que escribieron con más libertad bajo reyes como Felipe II e inquisidores como Torquemada, que pueda hoy escribir periodista alguno de oposición en materias de gobierno, cuyos libros, como dice Menéndez Pelayo, escritos casi todos con gran libertad de ánimo, y llenos algunos de las más audaces doctrinas políticas, no fueron (ni uno sólo, entiéndase bien) prohibido por el Santo Oficio, ni recogido por mandamiento real, a pesar de que en ellos o en los trabajos que de ellos derivaban se sostuviera públicamente, no ya que fuera lícito matar al tirano, sino que el gobierno democrático era mejor que el monárquico y aristocrático, como se propuso sostener en sus conclusiones, publicadas en 1634, el Padre Agustín de Castro, de la Compañía de Jesús.

¡Hasta tal punto estaba sofocada por la tiranía del Estado, como afirma el Sr. Azcárate y su escuela, la actividad o libertad científica en España durante estos tres siglos!

Hacemos gracia a nuestros lectores de la interminable tarea de escritores de ciencias sociales y económicas que la implacable erudición del Sr. Menéndez Pelayo obliga a desfilar ante los ojos del escritor krausista, así como la de los orientistas, hebraizantes, humanistas, griegos y latinos, arqueólogos, historiadores y naturalistas, si bien su corazón hubo de ablandarse cuando le llegó el turno a la consabida válvula, o sea a los grandes astros de nuestra literatura, contentándose sólo al fin con cerrar esta gloriosa columna con algunos sabios originales, como el benedictino Ponce de León, que imaginó el arte de enseñar a hablar a los sordo-mudos; y con poner término a su carta con una instancia a los gobiernos y academias para que fomenten los estudios patrios, si no quieren ver realizada la tremenda profecía de Valera con que acaba y dice así, «Quizá tengamos que esperar a que los alemanes se aficionen a nuestros sabios, como ya se aficionaron a nuestros poetas, para que nos convenzan de que nuestros sabios no son de despreciar. Quizá tendrá que venir a España algún docto alemán para defender contra los españoles que hemos tenido filósofos eminentes.»

Esta última parte de la profecía del Sr. Valera ha salido fallida: el alemán no hace falta.

Y no por falta de españoles (si es que basta para serlo haber nacido en España) que niegan la existencia de nuestros filósofos, pues apenas vio la luz pública la carta del Sr. Menéndez Pelayo, cuando, como si se sintiera herido en las entretelas de su corazón, enristró la pluma el señor Revilla, joven de claro y agudo ingenio, de gran facundia y no vulgares conocimientos, aunque afeado todo por un sabor volteriano que ofende, y por las tenebrosas enseñanzas de sus sibilíticos maestros. El Sr. Revilla ha sido primero krausista; después conoció lo vacío de esos idealismos panteístas, y fue positivista. «Hoy, como dice el señor Menéndez Pelayo, pasa por neo-kantiano; pero lo cierto es que siempre ha militado en las filas de la impiedad, con una u otra bandera.»

Sea de esto lo que fuere, el Sr. Revilla escribió un artículo en la Revista Contemporánea con motivo de la entrada en la Academia del Sr. Núñez de Arce, refutando al Sr. Valera, y censurando a los Sres. Laverde y Menéndez Pelayo, por sus afirmaciones sobre la ciencia española; artículo que viene a ser una paráfrasis de la proposición del Sr. Azcárate, sazonada con todos aquellos naturales ornatos de la escuela, o sean las consabidas declamaciones sobre el despotismo, la superstición, la intolerancia, y finalmente, la INQUISICIÓN, «coco de niños y espantajo de bobos»,

como la llama Menéndez Pelayo; socorrido «Deus ex machina que les viene como llovido en las situaciones apuradas», para resolver los más intrincados problemas de nuestra historia, ornatos que califica con extremada agudeza el Sr. Pelayo de «Sinfonía patriótica sobre motivos inquisitoriales.»

En este artículo asevera el señor de la Revilla que «en la historia científica de Europa no somos nada (los españoles)», que la tan «decantada filosofía es un mito», y que «en la historia de la filosofía puede suprimirse sin gran menoscabo la parte relativa a España.»

Oportet haerescere esse, dijo San Pablo, y repite oportunamente con este motivo el Sr. Laverde en su prólogo-carta al Sr. Pelayo. Si el señor de la Revilla no hubiese escrito las anteriores frases, no hubiera escrito tampoco Menéndez Pelayo su incomparable refutación en la carta que lleva por título Mr. Masson Redivivo, y en la que, comparando al señor de la Revilla con el escritor enciclopedista que tan injustamente trató a España en aquel monumento de la ignorancia del siglo XVIII, cierra con su «eco póstumo», y le prueba por activa y por pasiva, con hechos y razones, que somos mucho en la historia científica de Europa, que no son un mito los filósofos españoles y que no puede suprimirse, sin gran menoscabo de la historia de la filosofía, la parte relativa a España; y no es lo peor que le pruebe esto, sino el modo y manera con que se lo prueba, poniendo tan de relieve las contradicciones y las inconsciencias de los modernos sabios, que el lector no sabe qué admirar más, si la erudición que atesora o si la gracia y el chiste con que la presenta en confirmación evidente de lo hueco y vacío de las declamaciones de los sabios que construyen su propia ciencia, como inteligencias que son abiertas a todo viento de doctrina.

Pero como si los Sres. Azcárate y Revilla no se bastaran por sí solos para despojar a España de sus más esclarecidas glorias, testimonio vivo de la benéfica influencia de su religión, acudió a la palestra, bien que indirectamente, no ya un discípulo aventajado de la secta, como los dos citados, «sino un hierofante, un Pontífice máximo, un Patriarca del krausismo, jefe reconocido de cofradía, personaje conspicuo, varón integérrimo y severísimo, especie de Catón revolucionario, grande enemigo de la efusión de sangre, y mucho más de la lengua castellana.» «Todos le conocemos», añade el Sr. Pelayo, «¿Y quién no le conocerá ante semejante retrato trazado de mano maestra, por más que el Sr. Menéndez no quiere nombrarle, «porque al cabo ha sido discípulo suyo, y le debe, entre otros inestimables bienes, el de afirmarse más y más cada día en las sanas creencias y en la resolución de hablar claro... per contrapositionem a las enseñanzas y estilo del referido maestro?»

Éste, pues, «eximio metafísico», ha puesto un prólogo «largo, grave, majestuoso, sibilino, y un tanto soporífero, al libro de cierto positivista yankee, traducido nada menos que directamente del ¡inglés! por una «persona muy honorable (¡manes de Cervantes, sed sordos!)» y en el cual después de aplaudir un libro que dice que «la ciencia nació en Alejandría» y que los Santos Padres fueron hombres ignorantísimos, sin instrucción ni criterio, llama a la mística, sublime cópula entre el Oriente y la Grecia, y nos habla en un idioma que, como dice Menéndez Pelayo, debe ser «castellano de Morería o latín de los Estados-Unidos», de la solidaria continuidad y dependencia de unas determinaciones individuales con otras que permiten inducir la existencia de un todo y medio natural que constituye interiores y particulares centros, donde la actividad se concreta con límite peculiar cuantitativo y sustantiva cualidad en íntima composición de esencia factible o realidad formable y poder activo formador. Este escrito, que presenta a los católicos en perspectiva la justicia de la espada, y que aplaude las persecuciones religiosas de Alemania, después de hablar con evidente ignorancia de nuestra historia del fanatismo de la clerecía en España, a la que llama con

desdén Patria de los dominicos y de los jesuitas, asegura que, «mientras los demás pueblos europeos convertían mediante el Renacimiento y la Reforma a propia libre reflexión su espíritu y se despertaban a la observación diligente y profunda, nosotros quedábamos adheridos y como petrificados en las viejas imposiciones dogmáticas»; «error histórico imperdonable, aunque, como dice Menéndez Pelayo, se explica bien en un sabio que no lee libros viejos y construye su propia ciencia.»

Pero a bien que, si el maestro no sabe, aquí está el discípulo que le enseñe, si no con el merecido acompañamiento de palmeta, con cada cogida capaz de poner espanto en el más imperturbable constructor de ciencias, mediante la propia libre reflexión de su espíritu, abierto a todo viento de doctrina y libre de todo yugo o imposición dogmática; y es lo cierto que, si él no aprende, los demás aprendemos que los oráculos del krausismo en España son una casta de impíos, con cuya impiedad sólo compite su ignorancia, siendo ambas sólo superadas por el inaguantable barbarismo de su lenguaje.

Dejemos pues, a un lado al maestro, y volvamos a su antiguo discípulo el señor de la Revilla, que con más ingenio y más literatura (causa sin duda de lo poco que pernoctó en la escuela), volvió a la carga en otro artículo, en el que, ampliando sus aseveraciones anteriores, y confirmándolas de nuevo, se desata en toda clase de invectivas contra la «generación educada en las bibliotecas con estudios de cal y canto»; contra los neo-católicos, inquisitoriales, defensores de instituciones bárbaras; que tales son, a los ojos de los defensores del moderno germanismo, los paladines sostenedores del buen nombre y de las glorias tradicionales de nuestra patria.

Y comprendemos perfectamente la ira del señor de la Revilla, no contra la generación (¿dónde está por desgracia?) sino contra los individuos educados en las Bibliotecas, con estudios de cal y canto. Al señor de la Revilla le gustan más, y tiene razón, las generaciones de católicos educadas en la redacción de algún periódico donde sólo aprenden a declamar contra el liberalismo y la civilización moderna, sin pararse a investigar las razones y causas, y alcance y sentido de su justa condenación, y donde sólo aprenden a lanzar excomuniones a troche y moche sobre todo el que se permite no seguir las exageraciones de su carácter o de su mal humor; generaciones que cuando llega el caso y ven alzarse enfrente de sí enemigos serios de la religión y de la patria, se encuentran desprovistos de armas científicas y doctrinales con que combatirlos, y tienen que limitarse a huecas declamaciones de un vago sentimentalismo, o reducirse a un silencio vergonzoso.

Contra esta generación no le va del todo mal a la generación que, como dice el Sr. Menéndez Pelayo, «disputa en el Ateneo de Omni re scibili, y se propone transformar el Cristianismo ni más ni menos que si se tratase de remendar unos calzones viejos»; contra la que siguiera las huellas del Sr. Pelayo, ya sería otra cosa. Ésta no declamaría lugares comunes, razonaría con arreglo a la lógica, no negaría los hechos que ignorase, aduciría los pertinentes evidenciándolos y explicándolos, no se encerraría en vanas excomuniones y demostraría con documentos lo fuera de las vías de la razón y de la verdad que iban los enemigos de la religión y de España.

Lean nuestros lectores la segunda carta que el señor Menéndez Pelayo dedica, no ya a Mr. Masson Redivivo, sino a Mr. Masson Redimuerto, y encontrarán de sobra justificado su título con las inestimables páginas que emplea en probar que la intolerancia religiosa no influyó en poco ni en mucho en las ciencias que no se rozaban con el dogma; que los expositores e investigadores que florecieron en nuestra patria son dignos de honrosa memoria; que el que en las historias de la ciencia se hable poco de los españoles, no reconoce otra causa que el ser sus autores extranjeros, y el que siempre fueron los españoles pródigos en hazañas y cortos en escribirlas; que a españoles se deben las invenciones del nonius, de las cartas esféricas, de la circulación

de la sangre, del suco nérveo, de que los colores son la lux refracta, reflexa ac disposita; del Platino, de los rudimentos del telégrafo eléctrico, de infinidad de plantas y minerales; así como de hipótesis geológicas, de descubrimientos médicos, del arte de enseñar a los mudos y del de enseñar a los ciegos; y en cuanto a la filosofía, que no sólo hubo filósofos eminentes, sino que éstos constituyeron escuelas a las que se afiliaron nombres ilustres de otros países, y que no fue el éxito, sino la fama del éxito, lo que les faltó a estos filósofos, de los cuales se puede decir que «más se olvidaron sus nombres que sus doctrinas.»

Pero, ¿qué digo? lean nuestros lectores esta carta, lean todo el libro; que en él encontrarán, además de estas cartas, tres capítulos titulados de Re Bibliographica en que propone tres medios para reparar la ignorancia hoy generalmente sentida respecto a nuestra historia científica. Fomentar la composición de monografías bibliográficas y de monografías expositivo-críticas, y crear seis cátedras nuevas en los doctorados de las facultades, con otras instituciones encaminadas al mismo propósito. ¿Sabéis cuáles son estas instituciones? Escuchadlo, «espíritus fuertes, libres de imposiciones dogmáticas y esclavos del primer charlatán que los embauque, tétricos y cejijuntos krausistas, discutidores de ateneo, traductores aljamiados, alegres gacetilleros, generación novísima de dramaturgos y novelistas fisiológicos, escuchadlo: son los frailes.

En él encontrarán además abundante copia de noticias y datos bibliográficos, curiosas observaciones histórico-críticas, párrafos tan elocuentísimos y tan magistralmente escritos como el relativo a los místicos españoles, juicios filosóficos tan notables como el del Vivismo, y profesiones de fe católicas y españolas tan magníficas como la siguiente, que, como modelo en el género, trasladamos, para, contento de los verdaderos sabios y asombro y risa de los que se lo llamen sin serlo:

«Soy católico, dice con acento firme sereno el señor, Menéndez Pelayo, contestando a las imputaciones del señor de la Revilla, no nuevo ni viejo, sino católico a machamartillo, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna. Soy católico, apostólico, romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia, en cualquiera forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso; pero muy ajeno, a la vez, de pretender convertir en dogmas las opiniones filosóficas de éste o el otro doctor particular, por respetable que sea en la Iglesia.

»Estimo, cual blasón honrosísimo para nuestra patria, el que no arraigase en ella la herejía durante el siglo XVI, y comprendo, y aplaudo, y hasta bendigo la Inquisición como fórmula del pensamiento de unidad que rige y gobierna la vida nacional a través de los siglos, como hija del espíritu genuino del pueblo español y no opresora de él, sino en contados individuos y en ocasiones rarísimas. Niego esas supuestas persecuciones a la ciencia, esa anulación de la actividad intelectual y todas esas atrocidades que rutinariamente y sin fundamento se repiten, y tengo por de mal gusto atrasadas de moda lucubraciones como la del señor de la Revilla. No necesitamos, en verdad, ir a Alemania ni calentarnos mucho los cascos para aprender todo eso. Ya lo sabían los bienaventurados liberales del año 20.»

Y en él encontrarán por fin un capítulo VII, relativo a los heterodoxos españoles, del que no se puede decir una palabra, pues es necesario leerlo para formar cabal juicio de su mérito extraordinario, tanto por los conocimientos que revela, como por la fe ilustrada y el patriotismo sensato que respira.

Todo esto, y mucho más que omitimos, encontrarán nuestros lectores en este epistolario, en que, dirigiéndose a su paisano y amigo el Sr. Laverde, ha triturado tan por completo a los Sres. Azcárate, Salmerón y Revilla, eminencias de la ciencia

racionalista en España, reduciéndolos de tal modo al silencio, que el primero se ha visto precisado a decir que en los tres siglos de falta de actividad científica a que se refería, no, incluía al siglo XVI, sino al XIX; y al último, a pesar de su indisputable talento y de sus grandes medios, sólo se le ha ocurrido abandonar el campo con una salida tan impertinente como desventurada diciendo que no quería continuar la polémica, para evitar que a su costa se fabricasen reputaciones ilegítimas, añadiendo en otro lugar que el Sr. Menéndez Pelayo es un neo indigesto y atrabihario, notable sólo por su apego a las más rancias preocupaciones, y su odio a toda idea de libertad y de progreso.

Palabra que, aparte aquello de reputaciones ilegítimas, que no tiene precio, se parecen bastante a las que el pavo de la fábula arrojaba al cuervo, viéndose en la imposibilidad de seguir su vuelo.

Y examinando ya, aunque muy superficialmente, el trabajo del Sr. Menéndez Pelayo, otro día, y en otro artículo, expondremos nuestro diferente modo de pensar en algunos de los interesantísimos puntos que en él trata con tan indisputable superioridad este nuevo atleta de la Religión católica y de la ciencia patria, de quien se puede decir que si sigue estudiando con la misma aplicación y provecho y Dios le concede larga vida, será con el tiempo la personificación majestuosa de la ciencia española que se levanta en el último tercio del siglo XIX, para derramar sobre los hijos espurios de la patria que corren tras los fuegos fatuos de la impiedad extranjera, los raudales de luz que el sol de la verdad católica arrojó en tiempos más felices sobre el glorioso suelo español.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

- II -

Pocos son los días que, por una u otra razón, no recordemos una chistosa aunque amarga y profunda caricatura que vio la luz no ha mucho tiempo en un periódico ilustrado del extranjero. Representaba esta caricatura tres cucañas de esas que, con un premio en lo alto, levantan en forma de un palo, untado de sebo, en las plazas de nuestros lugares en los días de fiesta y de regocijo. Por la primera, trepaba un robusto mozo en presencia de un numeroso público que le animaba con sus voces y ademanes para que llegase a desatar el premio, y un rótulo decía debajo en caracteres rojos: Cucaña francesa. Por la segunda ascendía otro individuo, y la gente lo veía subir silenciosamente, aunque atenta, y otro rótulo de letras blancas decía al lado: Cucaña inglesa. Por la última se esforzaba en subir un tercero, y la gente que por allí había, en vez de ayudarle en su ascensión o de verle subir tranquilamente, procuraba desanimarle con gritos y silbidos, y hasta había algunos que se colgaban de sus pies para echarle abajo. Esta tercera y última cucaña ostentaba en caracteres negros este lema: Cucaña española.

Y así es, en efecto. Apenas despunta en nuestra patria una notabilidad en cualquier arte o ciencia, y se apresta a trepar con brío por las ásperas cumbres de la gloria, cuando le sale al encuentro la ruin envidia, que, como herencia, nos legaron, con su sangre, los moros, para hacer estériles sus esfuerzos introduciendo en su ánimo el desaliento y la confusión.

Y luego los mismos que esto hacen se quejan de nuestra falta de sabios y de artistas.

Estos mismos días vimos en un periódico de esta corte amargas quejas y lamentos porque los estudios históricos no florecían en España, y en el mismo periódico y por aquellos mismos días se censuraba agriamente el que la Academia de la Historia, respondiendo a los fines de su instituto hubiera elegido para académico a uno de nuestros más ilustres epigrafitas, infinitamente más conocido en el extranjero que en España, al sabio hijo de San Ignacio, el P. Fidel Fila.

No, no nos faltan, ciertamente, sabios; lo que falta en España, por desgracia, es público que los estudie y gobiernos que los protejan.

¿No tenemos bien a la vista numerosos ejemplos de hombres doctísimos, cuyas obras, que corren impresas por el extranjero, apenas son conocidas en España?

Citemos, entre mil que pudiéramos, tres ejemplos:

D. Aureliano Fernández-Guerra, verdadera gloria nacional, sabio historiador e ilustradísimo literato, cuyos trabajos encomian los sabios alemanes con admiración y con respeto, tiene, entre sus colosales trabajos históricos, propios de un benedictino, escrita una obra histórico-geográfica referente a épocas y lugares importantísimos de España. Fragmentos de esta obra han visto ya la luz en Alemania. En España no se ha podido publicar, porque el Sr. Fernández-Guerra, modesto empleado que fue en la dirección de Obras públicas, no podía costear la edición de una obra que, de seguro, en España no se habría vendido.

D. Pascual Gayangos, cuyo nombre es familiar a todo literato en Inglaterra y Francia, recorre hoy los archivos de España, es verdad, pensionado... ¿por el gobierno español, o por encargo de alguna rica casa editorial? No; por encargo del Gobierno inglés, que, más atento que los nuestros a sus grandes intereses intelectuales, tan íntimamente relacionados con los morales y materiales, desea conocer los documentos referentes a su historia que encierran los archivos españoles.

El difunto marqués de Pidal, de cuyas condiciones personales no hemos de decir una sola palabra, pero cuyo nombre, conocido de antiguo en la república de las letras, y la circunstancia de haber encontrado en los archivos de la Inquisición documentos inéditos importantísimos, parece que debía despertar la curiosidad sobre una obra histórica relativa al punto más importante de nuestra historia, tuvo que regalar la edición que hizo de Las alteraciones de Aragón durante el reinado de Felipe II, mientras M. Magnabal, que la tradujo al francés, vendió en el extranjero con profusión la misma obra.

Estas reflexiones, que casi sin querer se nos vienen a los puntos de la pluma, atraídas por sucesos recientes, tienen aquí un lugar oportuno, tratándose del joven español, D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Apenas vio la luz pública nuestro artículo referente a este ilustradísimo joven, en La España del sábado último, cuando algunas personas se apresuraron a tacharlo de hiperbólico, fundadas en que, si no hubiese exageración en lo que decíamos, el Sr. Menéndez Pelayo sería mucho más conocido; error manifiesto e imperdonable en personas que conocen nuestro modo de ser.

Hubiera nacido en Francia o en Alemania el Sr. Pelayo, y tendría fuerza el argumento; hubiera él sentado plaza en las filas del armonismo, del neo-kantismo, o del positivismo; escribiera en tono dogmático y sibilino párrafos en jerga de la moderna germanía, o frecuentase el Ateneo, el Casino de la prensa o el salón de Conferencias del Congreso, y ya sería otra cosa. La Correspondencia nos tendría al pormenor hasta de sus más íntimos detalles; pero tratándose de un individuo de la generación que se educa con estudios de cal y canto; tratándose de un ultramontano, que es ultramontano porque sabe, y que no vocifera en los clubs, ni excomulga desde los periódicos, ¿quién se ha de acordar de él como no sean los que, aunque de lejos, siguen el movimiento del verdadero progreso intelectual de nuestra patria? Y los que esto hacen, se encuentran con que, lejos de ponderar con exceso los merecimientos de Menéndez Pelayo, los hemos expuesto con moderación manifiesta, por temor a la inverosimilitud que de su cotejo con la edad de su poseedor resulta.

Pero más audaces (sin duda por la autoridad que les asiste) pregonáronlos filósofos ilustres, como fray Zeferino González, y Caminero; literatos y críticos, como Laverde y Ruiz, y Milá y Fontanals; y escritores, como el P. Mir, el cual asegura «que contrasta a

maravilla el verdor de sus años con la grandeza del ingenio, la madurez del juicio y su erudición inmensa y bien aprovechada», «que sus obras honrarían a cualquier autor, cuya cabeza hubiera encanecido en el estudio, y cuya pluma se hubiese ejercitado largos años en escribir sobre las cuestiones más arduas y difíciles», asegurando Laverde que «ha dado muestras de estar cortado por el patrón de los Nebrijas, Vives y Brocenses», y que «el caudal de doctrina y de noticias (muchas harto nuevas), la madurez y penetración de juicio, la destreza polémica, el orden amplio y desembarazado, y la soltura, originalidad y abundancia de estilo que ostenta en sus Cartas, hácenlas dignas de ponerse con los dechados del género en nuestra lengua», considerando «maravilloso en un joven de veinte años tal conjunto de cualidades, que pocas veces aparecen reunidas», y llamándole «émulo de Burgos» por sus Estudios poéticos; todo lo cual autorizó a Caminero para considerarle ya como «una gloria nacional», y para que el P. Zeferino, en cartas que tenemos a la vista, declare que, «atendidos su extraordinaria erudición, su criterio recto y, bastante seguro, podrá ser con el tiempo una gloria del Catolicismo y de España y una espada temible a los adversarios de la patria y de la Iglesia.»

¿Qué tiene, pues, de extraño que nosotros, que después de todo no hemos hecho más que relatar sucesos y mencionar hechos incontrovertibles, rindamos tributo a tales merecimientos, haciendo por fin nuestras estas palabras de Laverde relativas a Menéndez Pelayo: «Niéguele su admiración con afectada superioridad la ruin envidia y la vanidosa pedantería; yo no sé reprimirla ni quiero disimularla; hallo en abandonarme a ella especial fruición mezclada de noble y legítimo orgullo?»

Y dicho esto, fácilmente se comprenderá la natural repugnancia y embarazo con que entramos en la segunda parte de nuestro estudio, descartada ya la primera, que consistía en dar a conocer a nuestros lectores a Menéndez Pelayo y la victoria que sobre los ejércitos racionalistas había obtenido.

Pero si el nombre y las condiciones de Menéndez Pelayo nos imponen cierto justo temor al oponer a algunas de sus afirmaciones doctrinales otras nuestras, alientanos en tan difícil empresa la firme y arraigada convicción que abrigamos de la bondad y la justicia de la causa que defendemos.

¿Hay filosofía española? ¿Fue ésta la mayor manifestación de nuestro genio? En la ruina de toda verdadera filosofía a que asistimos, ¿debemos volver los ojos, para reparar tanto daño, a la filosofía española?

He aquí, con la mayor claridad que es dado a nuestra tosca pluma, planteados los tres problemas más fundamentales relativos a la existencia, importancia y valía de la ciencia española en su parte filosófica o especulativa.

Procedamos con método y procuremos fijar bien los términos de cada cuestión. ¿Hay filosofía española? Si por filosofía entendemos aquel conocimiento de verdades relativas a Dios, el mundo y el hombre, que con determinadas limitaciones nos da la ciencia filosófica, claro está que no puede haber filosofía española, ni alemana, ni francesa, porque ni la verdad tiene patria, ni los conceptos de Dios, del hombre y del mundo se pueden encerrar en los estrechos límites de una nacionalidad cualquiera.

Si en vez de considerar la filosofía bajo el punto de vista de su organismo científico, la consideramos bajo el punto de vista de su desarrollo histórico, claro es que, allí donde haya habido filósofos habrá habido filosofía, y en este punto el Sr. Menéndez Pelayo ha puesto la ceniza en la frente a los Sres. Azcárate, Sanz del Río, Salmerón y Revilla, como dijimos ya en otra parte.

Pero la existencia de filósofos en un país, ¿autoriza para bautizar con su nombre a un organismo científico, cuando no se considera el aspecto histórico de la ciencia? Más claro: ¿se puede decir, en lenguaje técnico, filosofía alemana y filosofía española?

Distingo: si los caracteres generales o dominantes de todos los filósofos de aquel país coinciden en una nota característica, sí; si no, no. El término filosofía alemana, en rigor, es malo (siempre bajo el punto de vista filosófico, no histórico), porque comprende bajo una común denominación filosofías tan distintas y aún opuestas como las de Leibnitz, y Hegel; y sólo se le admite en cuanto, bajo este nombre, comprendemos el conjunto de los sistemas que, a partir de Kant y hasta Krause, vienen más o menos informados por la nota común y característica del idealismo panteísta.

En este sentido, propiamente hablando, no se puede decir que hay filosofía española; pues la única nota característica de gran importancia que une a casi todos nuestros filósofos y sistemas es la del Catolicismo; pero esta nota, considerada sólo, por decirlo así, negativamente, es muy vaga y no basta para dar carácter a una filosofía. Para que el Catolicismo imprima este carácter, no basta que en ella se salve el Catolicismo *quo ad substantiam*; es necesario, como dice elocuentemente el sabio filósofo español Fray Zeferino González, «que el principio católico se revele y palpite en el fondo de la solución no sólo de todos los grandes sino hasta de los secundarios problemas filosóficos, es necesario que el principio católico informe y vivifique el organismo filosófico hasta en sus derivaciones más remotas y en sus miembros todos, a la manera que el alma informa y vivifica y extiende su acción hasta las extremidades y partes menos principales del cuerpo.»

Así, pues, podremos decir, contra lo que creen los racionalistas, que en España hubo filósofos ilustres y originales, fundadores de sistemas tan célebres como el senequismo, el isidorianismo, el averroísmo, el maimonismo y principalmente el lulismo (no admitimos el suarismo como sistema filosófico distinto del tomismo) y el vivismo, podremos decir que estos últimos sistemas representan las tendencias del genio nacional en dos momentos distintos de su historia; podremos decir que sería incompletísima toda historia de la filosofía que no tuviese en cuenta estos y los anteriores sistemas que florecieron en España; pero no podemos decir que, con nombrar la filosofía española, hemos indicado una tendencia importante, ya porque fuese común a los filósofos, como cuando al decir alemana nos referimos al idealismo panteísta, que en su momento más importante domina; ya porque fuera única y universalmente reconocida su trascendencia, como cuando decimos francesa nos referimos al cartesianismo, única y trascendental, aunque con bien infausta trascendencia, filosofía original y propia que poseen los franceses.

¿Fue la filosofía la mayor manifestación de nuestro genio?

Entendiendo por filosofía los sistemas puramente filosóficos a que hemos aludido, no; pues por eminentísimos que fueran, que lo fueron mucho, nuestros filósofos, y por variados y completos que fueran sus sistemas, más brillaron todavía nuestros teólogos y nuestros literatos, sin que por eso pretendamos nosotros disminuir en lo más mínimo el mérito que en ellos, con mayor fundamento que nosotros, reconoce el Sr. Menéndez Pelayo.

En la ruina de toda verdadera filosofía, a que asistimos, ¿debemos volver los ojos a la filosofía española?

Entendiendo por filosofía española el senequismo, el averroísmo, el maimonismo, el lulismo y el vivismo, claro es que no; y la razón es obvia: el error total sólo con la verdad total se destruye, y para nosotros la verdad total ni se contiene en esos sistemas incompletos unos, erróneos otros, y otros, a nuestro humilde parecer, un tanto kabalísticos o un tanto eclécticos.

No faltará seguramente alguno que, al leer nuestras respuestas, no acierte a comprender cómo salen de nuestra pluma semejantes afirmaciones, ni pueda concordarlas con todo lo que anteriormente llevamos dicho; pero su asombro cesará

fácilmente cuando le hayamos manifestado el resto de nuestra opinión sobre el asunto, con lo que se da fácil solución a todas estas dudas.

Si alguna filosofía merece el nombre de filosofía en absoluto, el nombre de *perennis philosopha* que dijo Leibnitz, y el nombre de filosofía española en particular, no es otra que la grande y sublime filosofía escolástica, tal como la fijó la diestra inmortal del doctor angélico Santo Tomás de Aquino.

España, fiel a la tradición de las escuelas cristianas de Sevilla y de las mozárabes de Córdoba, vio con pena arribar a sus costas al averroísmo, el gran corruptor de la filosofía de las escuelas, y vio, a ruegos de uno de sus mayores Santos, venir escrita especialmente para ella misma la Suma contra gentiles de Santo Tomás de Aquino. Los hijos de Santo Domingo de Guzmán, maestros en esta filosofía, esparcieron su conocimiento en España, cuna de su Orden, y cuando la cristiandad llamó a concilio a sus sabios, España asombró a la cristiandad, convocada en Trento, con el número y calidad de sus filósofos y teólogos.

La filosofía escolástica, esta filosofía a la que Leibnitz llamaba filosofía española, no tenía nombre particular, porque no era una idea ni sistema parcial, una invención particular; era la verdad toda, y completada por la teología, que explicaba a su vez, formaba un todo vivo y compacto, un verdadero organismo científico, al que venía estrecho el nombre de filosofía, y al que hubiera sido menoscabar bautizarle con un nombre particular que no fuera el de filosofía del Ángel de las Escuelas.

Y no porque no tuviera nombre indígena como el vivismo o el lulismo, ni pudiera llamarse a secas filosofía, dado que estaba completada con la teología, formando completo y acabado organismo, hemos de negarle el carácter de filosofía española, dado que la profesaron nuestros mayores sabios, se enseñó en nuestras más célebres universidades, se informó con ella nuestra literatura, nuestro derecho y hasta nuestras artes.

Considerada así la cuestión, tenemos ya respuestas que dar a las anteriores preguntas, muy diferentes de las que dimos antes.

¿Hubo filosofía española? Sí, la hubo, mayor que en alguna otra parte, salvo Italia, patria de Santo Tomás. ¿Fue ésta la mayor manifestación de nuestro genio? Sí; que nunca alcanzó España gloria más grande que la que le dieron sus teólogos escolásticos en el siglo XVI. En la ruina de toda verdadera filosofía a que asistimos, ¿debemos volver los ojos a la filosofía española? Sí, porque esta filosofía es la *perennis philosopha* de que nos hablaba Leibnitz, la única verdadera, la única completa, la única católica, entendiendo por católica, no la que salva el Catalicismo *quo ad substantiam*, en cuanto no se opone a él, sino la que informa el Catolicismo, como informa el alma intelectual al cuerpo humano hasta en sus más apartados e imperceptibles átomos.

Pero ya estamos oyendo decir a algún admirador del señor Menéndez Pelayo, que nosotros pecamos exagerando lo mismo que el Sr. Menéndez Pelayo confiesa, pues tanto enfrente del Sr. Azcárate, como del señor de la Revilla, ha proclamado como filosofía española, al par de las otras, la filosofía escolástica, y que los nombres con que les abrumó pertenecen la mayor parte de ellos a adeptos de esa filosofía.

Así es, en efecto; pero si bien es cierto que el señor Menéndez Pelayo encarece enfrente de los racionalistas a la escolástica, considerándola como la tercera parte de la filosofía española, asegurando que es nuestra por derecho de conquista, y llamándola «uno de los sistemas más completos, luminosos y prepotentes que han ejercitado el entendimiento humano», también lo es (aparte otros pecadillos sobre que volveremos luego) que para el Sr. Menéndez Pelayo el escolasticismo «no es el sistema primero ni único de la filosofía cristiana», sino «un campo del que en ocasiones le aparta algo de aquella santa ira que dominaba a los humanistas del Renacimiento», para volver los ojos

a «la falange brillantísima de peratéticos clásicos y de esos otros pensadores eclécticos e independientes que pudieron escribir en su bandera el lema de ciudadanos libres en la república de las letras», y para entusiasmarse con el «siglo aquel» en que, entre otras muchas cosas, no «solían escasear las acerbas invectivas contra la barbarie de la escolástica», y que «ofrecía el espectáculo de independencia y agitación filosófica que caracteriza a España en aquella era en que todos los sistemas a la sazón existentes toman representantes en nuestra tierra, y sobre todos ellos se alzaba el atrevido vuelo de esos espíritus osados e inquietos los unos, sosegados y majestuosos los otros, agitadores todos, cada cual a su manera, sembradores de nuevos gérmenes y nuncios de ideas y teorías que proféticamente compendiaban los varios y revueltos giros del pensamiento moderno.»

Y como si esto no bastase, no es menos cierto que lo mismo el Sr. Menéndez Pelayo que su paisano y amigo el señor Laverde, se entusiasman con Vives, que es para el señor Laverde un segundo Santo Tomás de Aquino, y con la resurrección de cuya doctrina sueñan, exclamando el señor Menéndez Pelayo: «¡Qué útil fuera una resurrección de la doctrina vivista en esta época de anarquía filosófica!»

Para rebatir estos asertos usaremos de nuestra razón y nuestro criterio; pero, seguros de no hallarlos mejores en otra parte, nos atenderemos a los mismos datos que los señores Laverde y Menéndez Pelayo nos proporcionan.

Luis Vives es a los ojos de Laverde un filósofo ecléctico que «combino el oro que extrajo de la escolástica decadente con lo más acendrado de otros sistemas», que «cristianizó la filosofía renaciente», del que «procede toda la filosofía moderna anterior a Kant, lo mismo en lo bueno que en lo malo»; de quien «la Europa entera es discípula ingrata», y al que «España debe estimar como la más elevada personificación de su genio científico», y ver en su sistema «el molde más a propósito, por lo conciliador y comprensivo para reducir a unidad armónica las diferentes teorías de nuestros doctores, y de esta manera dar cuerpo visible a la filosofía nacional».

Y para Menéndez Pelayo, Vives es «el más prodigioso de los obreros del Renacimiento», «renovador del Método antes que Bacon y Descartes, iniciador del psicologismo escocés, conciliador y prudente aún en la obra de demolición que había emprendido», que «tronó contra las sofisterías de la escolástica»; y clamó como ninguno contra la barbarie de la escuela»; y que sustituyó con un sistema completo al antiguo», siendo punto de partida «de un movimiento tan poderoso como el que arranca de Descartes»; siendo fruto del vivismo, el «peripatetismo clásico, o aristotelismo puro sin mezcla de averroísmo ni escolasticismo», «el ramismo español, tendencia de oposición dura y sistemática a Aristóteles», «el onto-psicologismo de Foxo Morcillo», «defensor de las ideas innatas», «el cartesianismo ante-cartesiano», «el escepticismo de Sánchez», «el empirismo sensualista de Huarte y doña Oliva» «y pensadores independientes y ciudadanos libres de la república de las letras», y cuya influencia traspasó los límites de la patria, y de la cual «nacieron la filosofía de Bacon», «el cartesianismo» y «la filosofía escocesa», debiendo por lo tanto colocarse su nombre «más arriba que los de Descartes, Kant y Hegel, porque se ha bautizado con los pomposos nombres de baconismo, cartesianismo y escuela escocesa diversos girones del manto de Vives.»

De propósito hemos subrayado muchas palabras de las que anteceden, para que, fijándose en ellas, pueda conocer cualquiera, por medianamente versado que se halle en ciencias filosóficas, el carácter y significación de Luis Vives; y cuenta que nada hemos dicho de nuestra cosecha; nos hemos limitado a entresacar algo de lo mucho y bueno que de él dicen sus entusiastas admiradores los Sres. Laverde y Menéndez Pelayo.

Nosotros (juzgando sólo por los datos de estos señores) le admiramos también como un sabio, muy superior a Bacon y a Descartes, sembrador, no ya de ideas, sino de sistemas a granel, como le llama Campoamor; pero por lo mismo, nos limitamos a admirarle y no queremos resucitar su sistema.

Si al árbol se le conoce por sus frutos, como dice el Evangelio, ¿qué deberemos pensar de un árbol cuya fruta son el empirismo baconiano, la duda cartesiana, el psicologismo escocés, el aristotelismo no purificado por los escolásticos, el anti-aristotelismo, las ideas innatas y hasta el escepticismo y el sensualismo?

Sin duda que su nombre será de gran peso para probar al Sr. Azcárate y al Sr. Revilla que hubo filósofos españoles muy ilustres, muy originales, muy fecundos; que los filósofos extranjeros más célebres no hicieron más que plagiarles echando a perder sus invenciones; es más: que, dado el tiempo en que florecieron, hicieron mucho bien, ya conteniendo y encauzando las asoladoras corrientes que devastaban los campos de la ciencia, ya fustigando inveterados abusos; pero... ¡resucitar su doctrina! ¡declararse vivista hoy! ¡pretender que la filosofía española sea el vivismo!... Por los clavos de Cristo, que aún hay tomistas en España.

No; ni el lulismo, por más respeto que nos merezca; ni el suarismo, que como sistema filosófico no puede distinguirse fundamentalmente del tomismo; ni el vivismo, por importancia que le concedamos, pueden, ni aspirar al título de filosofía española por excelencia, ni a resucitar como remedio definitivo y como arma irresistible contra las modernas filosofías que algunos de ellos engendraron.

En vano pretenderá el Sr. Menéndez engalanarlos con ajenas galas, presentando como discípulo de Vives a Melchor Cano, que es tomista de pura raza, ni elevar a las nubes el congruismo, sistema teológico acerca de la gracia incapaz de competir con el que sobre la misma cuestión ofrece el tomismo.

En vano censura a los neo-escolásticos que prefieren Liberatore o Sanseverino a Sánchez o a Huarte. No es posible que lo desconozca. La religión única informó la única filosofía y resultó el escolasticismo tomista, que es la filosofía cristiana por excelencia, que, completada por la Revelación, forma, como hemos dicho, un organismo vasto, profundo y elevado, que se llama la teología escolástica, en que tan alto rayaron los colosales ingenios que florecieron en España, cuyas doctrinas y cuyos nombres es necesario recordar para proclamar la existencia de la ciencia española; para demostrar que esta ciencia fue la más alta manifestación de nuestro genio, y para asegurar que en la ruina de toda verdadera filosofía a que asistimos, debemos volver los ojos a esta ciencia, como remedio a tanto daño.

No somos solos, por fortuna, los que así pensamos; el P. Zeferino en sus Apuntamientos sobre una Biblioteca de teólogos españoles, regocijándose ante la idea de que se iba a formar una sociedad literaria con objeto de publicar una Biblioteca de filósofos españoles, objeto a sus ojos «patriótico, digno y elevado», por «no ser él de los que miran con injustificado desdén la filosofía española», ni de los que «afirman que no merece figurar al lado de la de las otras naciones», ni «asentir al dictamen de los que parecen estar persuadidos de que la filosofía española carece de todo mérito y originalidad», se pregunta, sin embargo, «si no sería más conveniente, más útil y hasta más patriótico publicar una Biblioteca de teólogos españoles»; y se decide por la afirmativa, porque «cualquiera que sea la opinión que se adopte sobre la importancia absoluta o relativa de la filosofía española, es innegable que el movimiento filosófico realizado en la Península Ibérica no puede ponerse en parangón con el movimiento teológico que comunica especial brillo a la historia eclesiástica de España, y siempre será preciso reconocer que la importancia de la filosofía en España es muy inferior a la de la teología española, la cual se puede decir, con razón, que ocupa un lugar, no sólo

preferente y distinguido, sino acaso el primero en la historia de las ciencias teológicas, «porque la verdad es, añade el sabio dominico, que si España puede presentar algunos filósofos más o menos recomendables y distinguidos, no puede presentar escritores que rayen tan alto en filosofía como rayaron en teología Torquemada, los dos Sotos, Cano, Carranza, Molina, Suárez, Vázquez, Alfonso de Castro, Pérez de Ayala, Báñez, Lemos, Valencia, con tantos otros que dieron gloria inmortal a nuestra patria.

«Sin duda alguna, continúa el obispo de Córdoba, que una Biblioteca de teólogos españoles que, arrancando de San Isidoro y Tajón y pasando por Juan de Torquemada, con otros teólogos de los siglos XIV y XV, y después por los grandes teólogos del siglo XVI para terminarse en el siglo XVII, ya que no se quiera continuar hasta el XVIII con el oratoriano Calatayud, sería un monumento literario digno de la gran nación que en siglos anteriores figuró al frente de las demás.»

Así, pues, no vacilaremos en repetirlo, aunque sea enfrente de adversarios tan temibles por lo eruditos como los Sres. Laverde y Pelayo. Proclamen en buen hora la superioridad científica de España sobre las demás naciones; afirmen una y otra vez que la intolerancia religiosa y la Inquisición favorecieron, en vez de coartar, el liberrimo vuelo de la ciencia; aseveren que el genio español es de suyo filosófico y profundo, sin estar tocado de la ligereza francesa, de la nebulosidad alemana, ni de la lentitud inglesa; exhiban como nacionales glorias, en testimonio de esta verdad, los nombres ilustres de Séneca, de Lulio, de Vives, y hasta los de Averroes y Maymónides; vindiquen el nombre de Vives del olvido que sobre él pretenden esparcir los discípulos de Sanz del Río; celebren su genio poderoso, su maravilloso saber, su buen juicio, sus sanos propósitos; recuerden, para justificarle, la decadencia a que por entonces habían llegado algunas ramas desgajadas del tronco vigoroso de la escolástica; pero no traten, por Dios, de sincretizar en un eclecticismo vivista todas las escuelas españolas, reivindicando como glorias de España el empirismo de Bacon, la duda de Descartes, el psicologismo escocés, ni los demás errores o verdades incompletas que sucedieron al abandono de la escolástica; y sobre todo, no traten de hacer olvidar, presentando a Vives como superior a Soto, a Suárez, o a Melchor Cano, y al vivismo como superior al tomismo, que la doctrina de Santo Tomás, único organismo completamente científico y católico, fue, si no por casualidad de su nacimiento, por derecho de conquista, la filosofía española, como la llamó Leibnitz, la que hizo brillar a Juan de Torquemada en Basilea, la que predicó Vicente de Ferrer en toda Europa, la que fomentó Cisneros y restauró Francisco de Victoria, el Sócrates de la teología española; la que inspiró a Diego de Deza, el protector de Cristóbal Colón; la que inmortalizó a Carranza, el gran campeón del Concilio de Trento; a Domingo Soto, el encargado por los Padres del mismo Concilio de redactar sus decisiones y decretos; a Pedro Soto, el restaurador de las universidades de Dilingen y Oxford, el primer teólogo de Pío IV en el Concilio Tridentino, que le calificó «de príncipe de los teólogos», y que pareció, según dice Palavicini que quedaba sumido en la oscuridad con la muerte de una de sus mayores lumbreras; las que profesó Melchor Cano, que pensando como Santo Tomás, escribía como Cicerón; la que formó a Báñez y a Lemos, a Salmerón y a Láinez, a Pérez Ayala y a Juan de Santo Tomás y al gran Suárez, que lejos de proponerse separarse de Santo Tomás, le siguió en su filosofía y pretendió no apartarse de él en sus innovaciones teológicas; la que se enseñó en nuestras universidades de Salamanca y Alcalá; la que dio dirección y guía a nuestros místicos como Santa Teresa y Fray Luis de Granada, y la que inspiró a nuestros artistas, dándonos, entre otras obras maestras, el gran lienzo de Zurbarán, en el que el Emperador de las Españas y el clero secular y regular español y la nobleza de Castilla asisten de hinojos al Triunfo de Santo Tomás de Aquino.

¡Que no procuren hacerlo olvidar, por Dios; antes bien, dediquen su maravilloso saber y su incontestable talento a recordarlo; que sólo así podrá renacer en España el estudio de la teología filosófica, de la filosofía escolástica y, con ella, nuestra grandeza intelectual, moral y política; sólo así volverá a florecer, como floreció en otros tiempos, la ciencia española!

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

In dubiis libertas

Florenia 13 de Abril de 1877.

Sr. D. Alejandro Pidal Mon.

Mi bueno y docto amigo: En Roma tuve ocasión de leer los dos brillantes artículos que usted ha dedicado a mi pobre libejo acerca de La Ciencia española. De inmodesto pecara yo si no dijera que me parecen en alto grado hiperbólicos los elogios que usted, a manos llenas, ha derramado sobre aquel pobre trabajo, que si alguna consideración merece, ha de alcanzarla tan sólo por el fin a que se endereza y como anuncio de ulteriores tareas, que, de cierto, no le supera en mucho. Pero de ingrato se me tacharía, con razón, si no diese a usted alguna muestra de mi agradecimiento por la lluvia de flores con que ha tenido a bien regalarme. Por eso escribo estas líneas, y añado a ellas, a modo de postdata, algunas observaciones sobre el segundo artículo, en que usted, a vuelta de mil encomios, manifiesta aguda y sabiamente su discordancia de parecer en alguno de los puntos que directa o incidentalmente he tocado en mi libro.

Superfluo me parece advertir que en esta polémica no me mueve otro interés que el de la ciencia española, por cuya mayor difusión y esclarecimiento trabajo. Por fortuna, los puntos en que disintimos no son capitales. En lo sustancial estamos conformes, y no juzgo imposible que en lo demás lleguemos a entendernos. Harto conocía yo, al tiempo en que escribí aquellas cartas, el vigor y pujanza actual del tomismo entre nosotros. Entonces, como ahora, confesaba y confieso que esa restaurada escuela es en España el más firme valladar contra las invasiones del racionalismo. Pero como a éste se le puede combatir de muchos modos, y no era lo más oportuno en aquella discusión, puramente histórica, afectar exclusivismos de escuela, no quise hacer hincapié en el tomismo, ni empeñarme de propósito en demostrar a los adversarios que España había dado grandes expositores de la doctrina del egregio Aquinate; cosa generalmente sabida y que ellos no negaban, por lo cual hubiera tenido escasa fuerza el argumento. A los que me preguntaban por creaciones filosóficas nacionales, por escuelas y sistemas peninsulares, claro es que no podía responderles con una filosofía extraña de origen, aunque nuestra por derecho de conquista, como ya tuve cuidado de advertir. Bajo el aspecto histórico nacional, único que yo entonces consideraba, pesa y significa más Averroes que los expositores de Santo Tomás.

Aquí tiene usted explicada una de las causas de lo que en mí pudo parecer ligereza o desdén respecto al tomismo. Yo hablaba entonces como bibliógrafo español, nada más. Los tomistas no me servían para el caso; era necesario presentar filósofos de grande originalidad de pensamiento, bien o mal encaminada, que de esto hablaremos luego. Por eso acudí a Séneca, a Averroes, a Maymónides, a Lulio, a Vives, a Foxo, a Suárez y a algunos más, sin desdeñar, no obstante, la escolástica, a la cual algunos de ellos pertenecieron, y de la cual dije que era, no una, sino dos terceras partes de nuestra filosofía. Pero de estas dos partes hice gracia a los contrarios, e insistí en la tercera, en la más curiosa y menos estudiada hasta ahora, en la de los pensadores independientes.

Y precisamente por lo menos estudiada me fijé en ella. Yo veía que el neo-tomismo cobraba de día en día mayores fuerzas, y que sus sectarios, tan respetables por el número como por el saber, eran muy capaces de ilustrar, docta y concienzudamente, los anales de su escuela. Justo, era, pues, dejarles el campo libre y no meter la hoz en mies ajena. Pero advertía en ellos, al mismo tiempo, cierto espíritu, sobrado exclusivo, que los llevaba a seguir y ensalzar tan sólo las obras y doctrinas del Ángel de las Escuelas, con veneración laudable, sí, pero, según mal pobre entender, dañosa por lo extremada. Proyectábase una edición de las obras de Santo Tomás, tantas veces reproducidas por la estampa, tan conocidas, que se encuentran en todas las bibliotecas, en todas las manos. Y esto, cuando en Italia, patria del Santo, y en Francia, y en Alemania, y en todo el orbe cristiano, se trabaja sin cesar sobre sus admirables escritos, y en cien formas se los expone y reproduce. Y mientras se pensaba en esta empresa magna, a nadie se le ocurría, sino a mi docto y entrañable amigo Laverde, no ya publicar una biblioteca de filósofos ibéricos, sino reimprimir el más insignificante opúsculo de cualquiera de nuestros pensadores. Tenemos una reimpresión completa, aunque no muy esmerada, de las obras de Suárez; pero no se ha hecho en España, sino en París. Tenemos una buena traducción del Guía de los extraviados o Director de los que dudan, de Maymónides; pero no la ha hecho ningún español, sino el francés Munck. Al mismo y a otros compatriotas suyos debemos el conocimiento de la Fuente de la vida, de Avicebrón. El Filósofo autodidacto o Régimen del solitario, de Aben Thofail, está traducido al latín, al inglés y al alemán; pero no al castellano. El Cuzary, de nuestro gran pensador y poeta Jehuda-Ha-Levi, hemos de buscarle en la vieja y rara versión de Jacob de Avendaña, En todos los países civilizados se han hecho ediciones completas de Séneca, menos en España. De San Isidoro no han reproducido las prensas españolas, en lo que va de siglo, un solo tratado. A Raimundo Lulio hay que estudiarle en la vetusta edición maguntina, que, tras de incompleta, es rara y de difícil manejo. Pues no digamos nada de los filósofos posteriores al Renacimiento...

No piense usted por esto que yo juzgase inútil (blasfemia científica sería) una reimpresión de Santo Tomás hecha en España. Pero hoy por hoy importa más a nuestra crédito científico popularizar nuestros sabios, que los extranjeros, aunque, como el Ángel de las Escuelas, sean de los que tienen por patria el mundo y la humanidad por discípula.

Todo esto pensaba yo, y encontrando demasiado tirante el arco por una parte, probó a doblarle por la otra, quizá con exceso. Exceso digo, no respecto al mérito de nuestros filósofos, que cada día reconozco mayor que cuanto yo acierto a encarecer, sino exceso respecto a la alteza del tomismo, que tal vez ofendí (si ofensa cabe) con palabras ligeras o indiscretas.

En ello influyeron además otras causas que tampoco ocultaré. No soy tomista; quizá lo seré mañana. Lo cual no quiere decir que yo tenga pretensiones filosóficas, que en un pobre bibliófilo fueran absurdas. Pero sé que cada hombre está obligado a tener más o menos su filosofía, no sólo práctica, sino especulativa. Ahora bien; esa filosofía, por lo que a mi toca, no es otra que el criticismo vivista. Pero como éste no es adverso al tomismo, ni mucho menos, aunque sí distinto, de aquí que venere, respete y acate yo la doctrina tomista, como puede hacerlo el más fervoroso de sus adeptos. Es más: sospecho que el no haber llegado yo a ella, depende más de mi debilidad de entendimiento que de otra razón alguna. También pueden influir en ello ciertas preocupaciones literarias o humanísticas de que no es preciso tratar ahora, y a las cuales quise aludir con lo de la santa ira. Ocasión tendré de volver a este punto.

Si usted ha seguido con paciencia todo el relato anterior, habrá comprendido las causas de mi posición (si tal puede llamarse) respecto al tomismo. Ahora entraré a

examinar parte por parte las discretas y amistosas reflexiones que vienen apuntadas en su artículo.

Fijándose en un punto claro y luminoso, pregunta usted: «¿Hay filosofía española?» y, distinguiendo, contesta: «Bajo el punto de vista de su organismo científico, no hay filosofía española, ni alemana, ni de ningún otro país: la verdad no tiene patria.» Hasta aquí vamos conformes. «Bajo el punto de vista de su desarrollo histórico, donde haya filósofos habrá filosofía.» Tampoco en esto cabe duda, aunque siempre es necesario que entre estos filósofos medie algún lazo más o menos íntimo. Yo creo que le hay siempre entre los pensadores de un mismo pueblo, y en tal concepto ninguno carece de filosofía nacional, más o menos influyente y desarrollada. Y si nunca oímos hablar de filosofía rusa, ni de filosofía escandinava, será, o porque estos y otros países no han tenido pensadores de primero ni de segundo orden, o porque nadie se ha cuidado de investigar sus relaciones y analogías, o porque estas investigaciones no han entrado en el general comercio científico. De otra suerte, es imposible que filósofos de un mismo pueblo y raza no ofrezcan uno y aún muchos puntos de semejanza en el encadenamiento lógico de sus ideas.

Y sigue usted preguntando: «¿Se puede decir en lenguaje técnico filosofía alemana, filosofía española?» Y la contestación es: «Si los filósofos coinciden en una nota característica, sí; si no, no.» Por eso, en concepto de usted y en el mío también, es exacto el nombre de filosofía alemana, aplicado a los sistemas germánicos que han aparecido desde Kant hasta nuestros días, y no a la doctrina de Leibnitz, ni a la de Wolfio, ni a ninguna otra anterior. Tiene usted asimismo por exacto el término de filosofía francesa aplicado al cartesianismo exclusivamente, y yo añado que en este sentido es también legítimo el nombre de filosofía escocesa, con que se designa el psicologismo de Reid, Dugald-Stewart y Hamilton, y nunca el escepticismo de Hume, aunque éste naciera en Escocia. Pero en cuanto a España, no descubre usted más nota característica que una a sus filósofos, que el Catolicismo, nota de suyo harto vaga y no suficiente para justificar el nombre de filosofía española.

En rigor, la cuestión de los nombres importa poco, pues una vez admitida la existencia confesado el mérito de nuestros filósofos, de alguna manera hemos de designar el conjunto de sus especulaciones, puesto que no aparecen aisladas ni independientes unas de otras. Mas, por lo que importe, conviene aclararla. Y se aclara con dos preguntas sencillísimas: ¿Existe la filosofía griega? ¿Es exacto este nombre? A lo que yo entiendo, no hay medio humano de reducir a esa violenta unidad aquella variedad y riqueza de sistemas. ¿Cuál toma usted por tipo del genio filosófico de la Grecia? Y aún limitándose a los dos principales, ¿llamará usted filosofía griega a la platónica, y negará este nombre a la aristotélica, o viceversa? O más bien, ¿reconocerá usted que el ingenio filosófico de los helenos no ha de buscarse en una ni en otra de sus escuelas, sino en el conjunto de todas y en su desarrollo histórico?

Sin duda que en esto último; y por eso es legítimo el término de filosofía griega, y no menos legítimo aunque no tan usado, el de filosofía española. Inexactos fueran uno y otro, si indicasen series de fenómenos aislados, sin más enlace que el de lugar y el de tiempo.

Mas no sucede en estos dos casos. Nadie lo duda en cuanto a Grecia; y por lo que toca a España, vese claro el organismo de su historia científica, a poco que en ella se penetre. En Séneca están apuntados ya los principales caracteres del genio filosófico nacional. Dos de ellos, el espíritu crítico y el sentido práctico, llaman desde luego la atención del lector más distraído.

Séneca es uno de los tres grandes maestros de la raza ibérica; todos nuestros moralistas descienden de él en línea recta. Séneca, gentil en verdad, pero a quien San

Jerónimo llama noster, y pone en el catálogo de viris illustribus al lado de los primeros cristianos, preludia nuestra filosofía ortodoxa. La heterodoxa (tomado el vocablo en su más lato sentido) presenta siempre un carácter distintivo, el panteísmo.

Porque hay una filosofía panteísta, española, resuelta y clara, que se anuncia por primera vez en Prisciliano, asombra el mundo en Averroes y en Maymónides, con todas las escuelas árabes y judías que preceden y siguen al uno y al otro; pasa a Francia con el español Mauricio; se vislumbra en Fernando de Córdoba, que en pleno siglo XV formula el principio ontológico de lo uno, en que se resuelven el ser y la nada; inspira en el siglo XVI al audaz y originalísimo Miguel Servet, alcanza su última expresión en el XVII, bajo la pluma de Benito Espinosa, cuya filiación hebraico-española es indudable.

Si el panteísmo está en el fondo de toda la filosofía española no católica, e informa lo mismo el averroísmo y el avicbronismo, que el misticismo quietista, de Molinos, persigue como un fantasma a todo español que se aparta de la verdadera luz, en cambio la filosofía española ortodoxa y castiza de todos tiempos conviene en ser crítica y armónica, y cuando no llega a la armonía, tiende al sincretismo. Obsérvelo usted en todos nuestros pensadores de las grandes épocas. San Isidoro condensa y sincretiza la ciencia antigua. Raimundo Lulio forma un sistema del todo armónico, y levanta el espíritu crítico contra la enseñanza averroísta. Luis Vives es la crítica del Renacimiento personificada. Foxo Morcillo, en su tentativa de conciliación platónico-aristotélica, fórmula el desideratum del armonismo. Todas las escuelas nacidas al calor de la doctrina de Vives, son críticas por excelencia; sobre todo la valenciana. De todo lo cual deduzco que al principio ya formulado por varios escritores, «la filosofía española es esencialmente dogmática y creyente», principio que usted juzga demasiado elástico, debe añadirse este otro: «la filosofía española ortodoxa es crítica y armónica: la filosofía española heterodoxa es panteísta y como tal, cerrada y exclusiva.» Tales son, salvo error, las notas características de la filosofía ibérica. Harto más difíciles de señalar y más controvertibles son las de la italiana, y nadie duda de su existencia, por lo menos desde que Mamiani publicó su libro del Rinnovamento.

No hemos de reñir por averiguar si la manifestación filosófica es la más brillante de nuestro genio, y si es igual o superior a la teológica y a la artística. Yo las creo iguales, cada cual en su esfera, y pienso que se completan mutuamente. Y pienso más: que hasta hoy no se ha entendido bien la historia de nuestra literatura, por no haberse estudiado a nuestros teólogos y filósofos.

«¿En la ruina de toda verdadera filosofía a que asistimos, debemos volver los ojos a la filosofía española?» «No, contesta usted: «si por filosofía española entendemos esos sistemas, incompletos unos, erróneos otros, porque el error total sólo con la verdad total se destruye.» Y aquí siento disentir de usted, y precisamente por las mismas razones. La verdad total no la ha alcanzado el tomismo ni ninguna filosofía, como filosofía, pero debemos aspirar a ella. ¿Y dónde encontrar mejor dirección que en el armonismo de la filosofía española, sobre todo en Foxo Morcillo? Él no hizo más que indicar la concordia; pero tuvo en cuenta los dos términos del problema. El aristotelismo, aunque sea el aristotelismo tomista, no nos da más que uno. ¿Porqué hemos de pararnos en el tomismo? ¿Cree usted que si Santo Tomás hubiera conocido a Platón y a Aristóteles en sus fuentes, como los conocieron los sabios del Renacimiento, se hubiera detenido donde se detuvo? En suma: «El tomismo es la verdad toda.» En su parte teológica, concedo. En su parte filosófica, niego. Es una gran parte de la verdad, pero no toda. La verdad total está en la deseada armonía de Platón y Aristóteles, polos eternos del pensamiento humano. ¿Por ventura se agotó en Santo Tomás el entendimiento humano?

Dice usted que la *perennis philosophia* de Leibnitz es la escolástica. Yo creo que son sólo aquellos principios fundamentales e inmutables, leyes comunes a toda inteligencia y que, más o menos, yacen en el fondo de todo sistema no panteísta. Dudo mucho que Leibnitz, que llamaba bárbaro estiércol a la escolástica, aunque en ella encontrase oro, viera allí otra cosa que materiales aprovechables para nuevas construcciones.

Equivocábase en lo primero, como todos los de su siglo; pero, en rigor, ¿qué es la escolástica? ¿dónde principia y dónde acaba? ¿Es escolástica la ciencia compilatoria de Casiodoro y de Boecio, la de San Isidoro, la de Beda o la de Alcuino? Pues más vale conocer la antigüedad en sus fuentes que en alterados extractos. ¿Es escolástico el panteísmo de Scoto Erigena? ¿Lo es el antitrinitarismo de Roscelino, o el racionalismo de Abelardo, o alguna otra de las infinitas herejías que brotaron en las escuelas de la Edad Media? ¿Son escolásticos los místicos educados con el libro falsamente atribuido a Dionisio Areopagita? ¿Sonlo los averroístas con su panteística teoría del entendimiento uno? ¿Dónde está la verdadera escolástica? En el tomismo, dice usted. Pero entonces se enojarán los escolistas y los ockamistas, si alguno queda, y se enojarían también los suaristas, a no ser por el fervor architomista que en estos últimos años ha entrado a los en otro tiempo disidentes jesuitas.

«España vio con pena arribar a sus costas al averroísmo, al gran corruptor de la filosofía de las escuelas.» A pesar de esto, no deja Averroes de ser una gloria muy española. Y lo cierto es que la escuela, sin Averroes y antes de Averroes, estaba hartamente corrompida, y había sido un semillero de herejes: testigos, Scoto Erigena, Berengario, Roscelin, Abelardo y muchos más. El averroísmo, con traer un nuevo elemento de impiedad, fue útil por la reacción poderosa que provocó, y de la cual nacieron el tomismo y el lulismo.

Subraya usted algunas frases más relativas a la escolástica. Dije que «no era el sistema primero ni único de la filosofía cristiana.» Y, en efecto, no es el único ni el primero, so pena de excluir de la filosofía cristiana a todos los padres de la Iglesia griega<sup>94</sup> que fueron más o menos platónicos, y a San Agustín, que lo fue también. Repito que una cosa es la filosofía tomista y otra su teología. Sólo ésta puede llamarse el sistema primero y único, por no ser otra cosa que la teología cristiana metódicamente expuesta. Pero al servicio de esta teología, y formando o no un organismo con ella, pueden aplicarse otras filosofías diversas de la de Aristóteles.

Que yo aplaudo las invectivas del Renacimiento contra la barbarie de la escuela. ¿Y por qué no? La barbarie literaria es censurable donde quiera, lo mismo en los escolásticos antiguos que en los krausistas modernos. No participo de la preocupación, en otro tiempo general, contra el lenguaje y estilo de los escolásticos. Sé que se encontraron con una lengua como el latín, decadente por una parte, y por otra de malas condiciones para la filosofía, sobre todo por su carencia de artículos. Sé que crearon una lengua y un estilo especiales, de perversas condiciones estéticas, pero analíticos y precisos. Sé que algunos escribieron, si no con elegancia y agrado, con vigor y fuerza. Pero en muchos maestros y en el *servum pecus* de los discípulos, ¿quién negará que hubo barbarie, y barbarie espantosa? Yo los disculpo; pero no los aplaudo. ¿Quién dudará que es mejor escribir como Platón que como Alejandro de Hales o como Escoto? Y a pesar de las muchas defensas que de él he visto, todavía no he logrado persuadirme que el estilo de Santo Tomás sea un gran modelo. El Santo (y dispéñeme usted esta blasfemia) tenía más de pensador que de artista. En la prosa didáctica muestra Santo Tomás grandes cualidades, reflejo de su grande alma; pero no igualdad, ni corrección, ni gusto. Quizá no eran posibles en su tiempo. Mas no he de ser yo quien haga observaciones literarias, tratándose de un Santo Tomás de Aquino.

Censura usted más adelante varias frases de Laverde y más relativas a Luis Vives. Pero yo no veo en ninguna de esas frases motivo de escándalo, y procuraré demostrarlo, aunque brevemente, examinándolas una por una.

Luis Vives es un filósofo ecléctico. Sí, por cierto, como lo es todo filósofo digno de tal nombre, máxime cuando nace en épocas de transición, en épocas críticas. Ecléctico en cuanto admite la verdad, venga de donde viniere; ecléctico en cuanto no sobrepone a la propia razón y al propio criterio la razón de los maestros y el criterio de una escuela determinada; ecléctico en cuanto no acata la autoridad sino en las cosas que son de fe: ecléctico en cuanto profesa el gran principio *In necessariis unitas, in dubiis libertas*; ecléctico porque no desdeña ninguno de los elementos y tendencias del pensamiento humano, sino que los comprende y armoniza todos, como están comprendidos y armonizados en la conciencia; ecléctico en cuanto no declara guerra a Platón en nombre de Aristóteles, como los escolásticos, ni a Aristóteles en nombre de Platón, como la escuela de Florencia. Pero no ecléctico a la manera de los franceses, pretendiendo conciliar la verdad y el error en una síntesis; que esto sólo fuera lo peligroso y censurable.

Combinó el oro que extrajo de la escolástica decadente con lo más ACENDRADO DE OTROS SISTEMAS. Esta bella frase encierra otra verdad innegable. ¿Quién puede olvidar que la escolástica estaba decadente, pero muy decadente, en los días de Vives y en los próximamente anteriores? Ya no producía Tomases ni Escotos. Estaba representada por aquellos doctores que disputaban sobre la diferencia de estas dos frases *Vidi Papam y Papam vidi*; por los averroístas de Padua, impíos brutales y negadores de la inmortalidad del alma; por aquellos catedráticos de prima de teología que razonaban de esta suerte: «Nuestra fe está fundada en Santo Tomás, y Santo Tomás en Aristóteles; luego decir mal de Aristóteles es ir contra nuestra santa fe»<sup>95</sup>.

Las tan renombradas Universidades yacían en general y manifiesta decadencia. La de Salamanca apenas dio más señal de vida, en el último tercio del siglo XV, que la herejía del escolástico Pedro de Osma. La de París, si hemos de juzgar por lo que cuenta Vives, que estudió en ella, era un foco de ignorancia y de barbarie. Y aún algo más tarde decía graciosamente D. Diego de Mendoza: «No sé por qué Aristóteles, en sus libros *De animalibus*, dijo que no había asnos en Francia, cuando vemos tantos bachilleres como se hacen en París cada año.» Tal era sin excepción (puesto que nada montan algunas individualidades, como el Cardenal Cayetano) el estado de la enseñanza escolástica cuando escribió Vives. Y, sin embargo, Vives tuvo el buen juicio de no confundir el escolasticismo en una general censura, de guardar sus mayores anatemas para los averroístas, de atacar, no a los aristotélicos de veras, sino a los pseudo-aristotélicos.

Tomó de otros sistemas distintos del tomismo, sistemas que Santo Tomás no pudo poner a contribución porque en su siglo no se conocían. Utilizó Vives doctrinas platónicas; utilizó todo el saber de Aristóteles, que no se conoció íntegro y puro hasta los días del Renacimiento; aprovechose de toda aquella ciencia antigua, cuya noticia sólo había llegado a Santo Tomás, de segunda mano, en incorrectas traducciones, cuando no en resúmenes y extractos. La ciencia de la Edad Media es muy respetable, pero su erudición valía poquísimos.

Cristianizó la filosofía renaciente. En lo de cristianizar no veo mal alguno, y el término filosofía renaciente no quiere decir otra cosa que filosofía del renacimiento. Esta filosofía era de origen griego, como toda filosofía, y Luis Vives la cristianizó, de la misma manera que Santo Tomás había cristianizado el pseudo-peripatetismo que corría en su tiempo. Así como el Angélico Doctor apartó las espinas del averroísmo, el gran filósofo de Valencia salvó su sistema de diversos escollos, huyendo cuidadosamente del neo-platonismo teosófico de Marsilio Ficino, que era por entonces el mayor peligro, y

de las extravagancias gentílicas de aquellos gramáticos que se habían dado a resucitar en crudo la doctrina del alma del mundo, la unidad eleática, o el atomismo de Leucipo.

De Vives procede la filosofía moderna, así en lo bueno como en lo malo, pero lo malo procede ocasionalmente como proceden del dogma las herejías. Si no hubiera un dogma de la Trinidad, no habría herejes anti-trinitarios. Si no hubiera un misticismo puro y sano, no habría místicos heréticos, como los quietistas y otros. De la misma manera (si licet parvis componere magna), si Vives no hubiese formulado las leyes del procedimiento experimental, recomendando su uso en los casos en que debe aplicarse, no hubiera venido Bacon proclamando como único, o poco menos, este procedimiento, extendiéndole a todo, anulando la ciencia pura y encerrándose en el empirismo; ni hubiera venido, como legítima consecuencia, el brutal materialismo del siglo pasado, ni el positivismo que ahora nos aqueja. Esto es evidente. Pero como el procedimiento experimental no deja de ser legítimo aunque de él se abuse, maldita la responsabilidad que le corresponde a Vives por los yerros de sus discípulos.

Que Vives es la más elevada personificación de la España científica, me parece indudable. Si ese calificativo está reservado para el filósofo más original y de más hondo influjo en el pensamiento europeo, ¿quién podrá disputárselo al polígrafo de Valencia? No en modo alguno los tomistas; no Suárez, a pesar de su maravillosa Metafísica, de la cual dijo Vico que encerraba cuanto hay que saber en materia de filosofía; no el mismo Ramón Lull, entendimiento sintético de primer orden, pero no iluminado por aquella ciencia antigua que dio alas a Vives; no Moisés ben Mayemon, no Avicbrón, padre de todo el panteísmo moderno; no León Hebreo, de quien descende toda la estética platónica del siglo XVI; no Séneca, el gran moralista, ni ninguna otra de las grandes figuras de nuestra historia científica. La filosofía española dogmática y creyente al par que crítica y armónica sólo alcanza su cabal desarrollo en Vives y Foxo Morcillo. Pero Vives, por la universalidad de la doctrina, ha eclipsado el nombre de su discípulo.

Vives fue el más prodigioso de los artífices del Renacimiento, y como la obra del Renacimiento era grande y santa, y no debe confundirse con las excentricidades de Pomponio Leto o de cualquier otro pedante, cábele gloria, no pequeña, por ello. Artífices del Renacimiento, y no tomistas, habían sido los que trabajaron en la Políglota Complutense. Mientras dos judíos conversos, tres humanistas y un griego fugitivo de Constantinopla levantaban aquel monumento, los tomistas disputaban sobre suposiciones y restricciones. Artífices del Renacimiento fueron los que cuidaron de las primeras ediciones de los Santos Padres. Cuando el escolástico Pomponazzi, que en pleno Renacimiento ignoraba el griego y escribía perversamente el latín, dudó de la inmortalidad del alma, no se levantó para responderle ningún tomista (que yo sepa), sino un artífice del Renacimiento, un humanista, un peripatético clásico, muy de segundo orden, Agustín Nipho. Cuando arreciaba la gran tormenta de la Reforma, nacida en los claustros escolásticos de Alemania, no en las escuelas de Letras humanas de Italia, encontró, cual valladar firmísimo, los libros *De veritate fidei christianæ*, de Vives, y los *De libero arbitrio*, de Sepúlveda, hombres uno y otro del Renacimiento. Al cabo, y como reacción contra el protestantismo, despertó con nueva pujanza la escolástica, pero despertó influida, muy influida, por el Renacimiento. ¿Se concibe antes del siglo XVI un libro como el de Melchor Cano? ¿Se parecen Victoria ni Soto a los escolásticos del siglo XIV ni a los del XIII? ¡Oh! Qué gran bien hizo el Renacimiento desterrando la barbarie de la escuela! Los nuevos escolásticos no fueron ya bárbaros, por lo menos con aquella barbarie pertinaz y repugnante de los anteriores; no se entretuvieron en sofisterías, a lo menos deliberadamente y con insistencia; fueron grandes filósofos, grandes teólogos, dignos discípulos de Santo Tomás. Y todo, gracias

a los artífices del Renacimiento. Hora es de hacerles justicia, ya que por medio siglo ha sido moda repetir contra ellos las declamaciones de aquel fanático, elocuente y desdichado demagogo tomista, Fr. Jerónimo Savonarola. De todos esos humanistas, muy pocos, y ninguno de primera talla, si se exceptúa a Melancton, cayeron en el protestantismo, al paso que éste alistó falanges enteras entre la gente universitaria, que los otros llamaban bárbara. No fueron tomistas, por lo general, aunque alguno hubo, y de primera nota. Todo su saber teológico no salvó a Carranza de luteranizar, aunque de buena fe, en la cuestión de la fe y las obras.

Vives renovó el método antes que Bacon y Descartes. Pero como la reforma del método era necesaria, aplausos y no censura merece nuestro autor. Dice usted, amigo mío, que si el árbol se conoce por los frutos, ¿qué hemos de pensar de un árbol, cuya fruta son el aristotelismo no purificado por los escolásticos, el anti-aristotelismo, las ideas innatas, el empirismo baconiano, el cartesianismo, el psicologismo escocés, y hasta el sensualismo, y el escepticismo?

Vayamos por partes. El aristotelismo clásico. ¿Valía más leer a Aristóteles en aquellas infames traducciones latinas que corrían en la Edad Media, que estudiarle en su original griego? ¿Cómo habrían de purificar los escolásticos a Aristóteles, si no le conocían más que a medias? ¿Qué hubiera dicho el Estagirita de sus comentadores que solían trabajar sobre un ilegible texto latino, vertido de otro árabe, que tampoco era traducción directa? El Aristóteles escolástico, purificado o sin purificación, recuerda aquello de

Criada de las criadas De las criadas de Aurora...

Los peripatéticos clásicos buscaron el agua en su fuente, e hicieron muy bien. Merced a ellos murió el averroísmo, que sólo vivía por la ignorancia filológica (digámoslo así) de los escolásticos. El tomismo era impotente para acabar con aquella plaga de panteístas y naturalistas que se escudaban con el nombre de Aristóteles, porque ni los tomistas de aquel tiempo solían saber griego, ni tomaban parte en el movimiento literario de entonces. Pero así que apareció el legítimo Aristóteles, Averroes quedó confinado a la escuela de Padua, donde arrastró lánguida vida algún tiempo más; pero sin influjo en el pensamiento europeo.

El peripatetismo clásico, que hizo tan gran bien, no cayó, por otra parte en ninguno de los pecados reales y positivos de Aristóteles. Ni afirmó la eternidad del mundo, ni manifestó dudas sobre la inmortalidad del alma. Al contrario, se esforzó en defender a su maestro, mostrando que no se encontraban en él tales errores. Para evitarlos tampoco necesitaron recurrir al «Aristóteles purificado» de la ciencia escolástica, a la cual se mostraron indiferentes, cuando no hostiles. Bastábales ser católicos para no ser panteístas ni materialistas.

El anti-aristotelismo o ramismo español, es otra tendencia del todo inocente. No se encamina más que a la lógica y a la física, y casi siempre con acierto. Hicieron varias innovaciones dialécticas, atacaron la autenticidad de algunas partes del Organon, y clamaron mucho y bien en pro de la legítima libertad filosófica.

El onto-psicologismo de Foxo Morcillo, defensor de las ideas innatas, también es fruta sana, porque las ideas innatas las entiende Foxo a la manera de San Agustín, autoridad tan respetable como la del mismo Santo Tomás. La doctrina de las ideas innatas en el terreno filosófico es discutible; pero tal como la sostiene Foxo, no es ninguna herejía. Ni puede decirse que es fruta del árbol de Vives, pues éste, no enseña el innatismo, doctrina que Foxo añadió con otras al caudal recibido de su maestro. En éste predominó

la tendencia psicológica; en Foxo la platónica y ontológica, que es lo que da originalidad y carácter propio a sus especulaciones.

En cuanto al empirismo baconiano, ya he indicado cómo y por qué nace del vivismo. El procedimiento de inducción y el experimentalismo fueron conocidos y practicados por los griegos, sobre todo por Aristóteles, a quien malamente se ha acusado de ignorarlos. Los escolásticos los olvidaron un poquito, sin que pueda hacerse otra excepción que la de Rogerio Bacon, y quizá; la de Alberto el Magno. Vives los resucitó, señaló sus límites, dictó sus leyes, y merced a ello, adelantaron prodigiosamente en los tres últimos siglos las ciencias naturales, las históricas y todas las de aplicación, que digámoslo en puridad, no andaban muy medradas con el escolasticismo.

El sensualismo en ninguna manera es doctrina de Vives, ni puede lógicamente deducirse de sus principios. Tampoco la he dado yo por tal, limitándome a decir que Huarte y doña Oliva, campeones de ese sistema entre nosotros, tienen alguna relación con Vives. Mas no la tienen como sensualistas, sino como sutiles y delicados observadores psicológicos. El análisis de las pasiones, hecho por doña Oliva, se parece mucho a ciertos capítulos del tratado *De anima et vita*, y buena parte de las sagaces y agudas observaciones de Huarte sobre la variedad de los ingenios y de los estudios que convienen a cada uno, están fundadas en conceptos de la obra *De disciplinis*. Lo cual no es decir que Huarte carezca de originalidad, antes la tiene grandísima, al exponer a su modo el recíproco influjo de lo moral y de lo físico, la doctrina de los temperamentos, la de los climas, y los principios y bases de la frenología y de la craneoscopia. En algunas de estas enseñanzas tiende al materialismo, por lo cual la Inquisición mandó borrar en su libro algunas frases, además de aquel singular capítulo en que cometió la inocentada de describir el temperamento de Jesucristo. Pero de nada de esto es responsable Vives, en cuyas obras no hay una sola frase que pueda torcerse en sentido materialista. Cúlpese sólo al ingenio raro y paradójico, aunque agudo y encumbrado, de aquel docto médico aragonés.

Del cartesianismo ante ni post cartesiano no debe responder Vives sino hasta cierto punto. Real y verdaderamente él no parte de la duda metódica, aunque aconseja muchas veces suspender el juicio. Quien la pone por base es Foxo Morcillo en su tratado *De vi et usu dialecticæ*. Empieza por prescindir de todos los conocimientos adquiridos; sienta un principio, el de la existencia, principio ontológico, no puramente psicológico como el entimema de Descartes, principio subjetivo, que no es más que una afirmación de conciencia. Pero el de Foxo es objetivo, lo cual salva, a mi modo de ver, la dificultad, y no encierra la ciencia en un estéril y peligroso yoísmo. No está el mal del cartesianismo en la duda, estado ficticio y transitorio, que equivale en estos filósofos a la usada declaración de «prescindiremos de toda autoridad no fundada en razón, en aquellas materias que Dios entregó a las disputas de los hombres», declaración que con unas u otras palabras se lee al frente de casi todos nuestros libros de filosofía, incluso los de algunos escolásticos, como Rodrigo de Arriaga. Aunque la duda sea metódica, como lo es en Foxo y en Descartes, no veo gran mal en ello. El quid del cartesianismo está más adelante, en el entimema.

Hay un singular hereje español que proclamó la duda, aún tratándose de las verdades reveladas. Mas para salir de tal estado, no recurrió al cogito, ni al principio del ser, ni al de la existencia, sino a una luz interior y sobrenatural que Dios comunica a sus elegidos. Puesto ya en tal camino, negó todo valor a la ciencia humana, y se encerró en un misticismo antitrinitario y semi-panteísta. Mas ¿qué tienen que hacer las ideas y especulaciones de Juan de Valdés con las de Vives, espíritu práctico por excelencia? Sólo por un lazo tenuísimo pueden unirse.

En cuanto a la construcción ontológica de Foxo, que procede, en el libro suyo que he citado, por método geométrico, nada veo que merezca censura, nada que pueda tacharse de inductivo al espinosismo. Los demás que llamó cartesianos antes de Descartes, sonlo, no en la base de su sistema, sino en doctrinas particulares, especialmente físicas y psicológicas. No eran, en verdad, dogmas las opiniones de los escolásticos antiguos sobre estos puntos, y la prueba es que no las siguen los escolásticos modernos.

De Vives procede la filosofía escocesa. Sí, por cierto, y en todas sus partes; ¿mas cuándo ni por qué razón ha sido peligrosa la escuela escocesa? Tímida e incompleta tal vez pueda llamársela, pero ¿dañosa? ¿Es censurable por ventura la observación psicológica? ¿Hemos de rechazar, como criterio, el común sentido, la conciencia en toda su amplitud, que decía el introductor en Cataluña de esta escuela? ¿Qué mayor barrera puede oponerse a los extravíos y exageraciones idealistas, al predominio de una sola facultad o tendencia? ¿No es una gloria para Vives haber distinguido con lucidez suma los dos momentos del juicio, señalando el carácter necesario, infalible y universal del juicio, que él llama *naturale* y que los escoceses apellidan *espontáneo*? El mal de la doctrina escocesa está en ser puramente psicológica y lógica, en carecer de metafísica. Por horror a los sistemas germánicos de lo absoluto, negó Hamilton la filosofía de lo incondicionado, sin sospechar que tal negación había de ser arma terrible, a la vuelta de pocos años, en manos de los positivistas, que, por boca de Stuart-Mill, le han acusado de contradicción flagrante. Pero ni de esta contradicción ni de aquellas negaciones tiene que responder Vives, porque no se detuvo en el psicologismo, sino que coronó el edificio de su sistema con una metafísica, con una *prima philosophia*.

También tiene usted por fruta dañada los pensadores independientes y ciudadanos libres de la República de las Letras. Pero usted sabe muy bien que estos audaces ingenios eran al mismo tiempo católicos fervorosos y empezaban y acababan sus libros con protestas, absolutas y sin restricciones, de sumisión a la Iglesia católica, y limitaban siempre sus audacias a materias controvertibles. Así entendido, el título de ciudadano libre de la República de las Letras es el más hermoso y apetecible que puede darse, y yo por mí, no le trocaría por ningún otro, ni siquiera por el de tomista, que al cabo indica adhesión a una escuela determinada. Los principios y tendencias del vivismo dan, según yo entiendo, ese libérrimo derecho de ciudadanía.

Poco diré del escepticismo de Sánchez. A decir verdad, sólo procede de Vives por la tendencia crítica, aunque exagerada y fuera de quicio. Pero no hemos de engañarnos sobre el carácter de este escepticismo. Sánchez es buen católico; de tejas arriba no duda de nada. Su escepticismo es de tejas abajo. En ocasiones parece un devaneo literario, por la forma ligera y un poco francesa en que vienen envueltos sus anatemas contra toda ciencia, y hasta contra la posibilidad de saber nada. Montaigne se contentaba con dormir en la almohada, de la duda; pero Sánchez es violento y agresivo, lo resuelve todo, o más bien no resuelve nada, con su eterno ¿Quid? y se burla de la necedad humana, asomada constantemente al pozo de Demócrito. No niega, sin embargo, como Hume, el principio de causalidad, ni rechaza, como los pirrónicos, el testimonio de la experiencia. Realmente era observador sagaz, y en sus comentarios, o más bien refutaciones semi-burlescas de algunos tratados psicológicos de Aristóteles, notó y corrigió con buen juicio errores graves de la ciencia antigua. Si en esto y en algunas observaciones sobre la incertidumbre de las ciencias parece discípulo de Vives, en lo demás es un insurrecto.

Resulta de toda esta disquisición, en verdad harto prolija, que fueron sanos en el árbol todos los frutos vivistas, aunque, llevados algunos a tierra extraña, se pudrieron o se malearon, cosa naturalísima. Y que el vivismo no es responsable en modo alguno de ciertas consecuencias, harto lo prueba la misma enumeración que de sus frutos venimos haciendo; pues, ¿cómo un mismo sistema había de pecar a la vez de «aristotélico y de

antiaristotélico, de baconista y de cartesiano, de partidario de las ideas innatas y de sensualista?» ¿No fuera esto absurdo? La verdad es que no peca por ninguno de estos capítulos, sino que encierra en una vasta síntesis lo mejor y más sólido de todos, sin las exageraciones ni el exclusivismo de ninguno. Por eso, y porque no contiene ningún error grave, que sepamos, y porque es creación del todo española, queremos resucitarle y nos decimos vivistas. Y como este sistema salva el catolicismo quoad substantiam, y no tiene la pretensión de ser la «filosofía católica», sino la «filosofía española», pide, y alcanzará de seguro, el derecho de vivir, crecer y multiplicarse al lado de su hermano mayor el tomismo y a la sombra de la Iglesia, por lo menos con la misma razón que el tradicionalismo, por ejemplo, sistema sensualista y de consecuencias altamente peligrosas y alguna vez censuradas. Por cierto que de ningún vivista, a pesar de ser tan dañosos los frutos del árbol, se podrá citar una proposición tan malsonante como aquella: «La razón y el absurdo se aman con amor invencibles.»

Harto he molestado a usted, amigo mío, y a los lectores con estas prolijas y acaso inoportunas observaciones. Hora es de terminar. Mas no he de hacerlo sin advertir que Melchor Cano tiene bien poco de tomista, a no ser que por tomista se entienda vestir el hábito de Santo Domingo y seguir la doctrina de Santo Tomás en lo teológico; doctrina oficial, digámoslo así, en la Orden a que pertenecía Melchor Cano. Pero en lo demás, el autor de la obra *De locis theologicis*, pertenece a la pléyade de escritores del Renacimiento. No es tomista en la forma ni en el estilo, porque Santo Tomás escribió mal, como se escribía en su tiempo, y Melchor Cano escribe maravillosamente. No es tomista en filosofía, porque entre Platón y Aristóteles no se atreve a decidir, y escribe: *Divo Augustino summus est Plato, Divo Thomæ Aristoteles... Mihi quidem nec Augustini nec Thomæ videtur contemenda sententia*. Lo cual equivale a decir que en filosofía no desprecia la autoridad de Santo Tomás, pero tampoco la sigue, ni más ni menos que hacían los vivistas. Y no vale decir que Melchor Cano fue poco afecto a Vives, y afirma de él que «señaló con acierto las causas de la corrupción de las ciencias, pero que no anduvo tan atinado en proponer los remedios», puesto que en realidad él se aprovechó ampliamente de Vives y de muchos vivistas, como Juan de Vergara, cuyo libro de las Cuestiones del Templo trasladó en cuerpo y alma, al tratar de la historia humana. Y nada mejor podía hacer, puesto que Vergara es el padre de la crítica histórica entre nosotros.

En resumen; todo lo que en el libro *De locis* no es teología pura, procede de fuentes distintas del tomismo. Por eso he llamado y sigo llamando vivista a Melchor Cano. Su gloria está en haber puesto al servicio de la teología la ciencia profana y el criticismo de Vives.

Nada diré del congruismo, cuestión para debatida entre los dominicos y los jesuitas. Yo he ensalzado el congruismo por ser creación científica española. El sistema tomista sobre la gracia no lo es, y por eso no hice particular mención de él.

No censuro a los escolásticos que prefieren Sanseverino o Liberatore a Sánchez o a Huarte. Puede perdonárseles el que desconozcan a estos escritores, pero en ningún modo el que dejen de estudiar a Suárez o a Domingo de Soto, con preferencia a los renovadores italianos y franceses del escolasticismo. Sobre esto versaba únicamente mi censura, que por otra parte no se dirige a los doctísimos filósofos que hoy son en España cabeza del movimiento neo-tomista, Harto sé que estos conocen de perlas el desarrollo anterior de sus doctrinas en nuestra Península. Pruébamelo el curso de *Philosophia Elementaria* de fray Zeferino González, y el áureo artículo de usted sobre mis desdichadas Cartas.

Y a propósito del ilustre obispo de Córdoba (cuyas bondades para conmigo, de nuevo y públicamente, y con toda la efusión de mi alma agradezco), uno mis votos a los suyos

respecto a la Biblioteca de teólogos españoles, sin que para encarecer su importancia sea preciso rebajar en un ápice el mérito de nuestros filósofos. Nequid nimis, amigo mío. Muchos de los autores que Fr. Zeferino cita, tienen tanta o mayor importancia como filósofos que como teólogos. Testigo Suárez, ninguna de cuyas obras teológicas llega en mérito a su *Metafísica*. No demos ocasión a que los racionalistas nos digan en son de triunfo que hemos tenido teólogos (lo cual, en boca suya, equivale a sacristanes), y no filósofos.

Suscribo, con todo el entusiasmo de que soy capaz, a los elogios que usted hace de los tomistas españoles. Constituyen, en efecto, una de las páginas más brillantes de nuestra historia científica. Pero tampoco hemos de exagerar las cosas. Cisneros fomentó muy poco el tomismo; lo que más poderosamente alentó, fueron los estudios orientales y escriturarios. Y como era muy buen español, favoreció asimismo la escuela luliana, manifestando su deseo de que «se enseñase en todas las escuelas», como es de ver en la carta que dirigió a los mallorquines. En cuanto a los estudios del Renacimiento, que habían de obtener su más cabal expresión en Vives, sabida es la benéfica influencia de Fr. Francisco Ximénez, comparable, en algún modo, a la de Lorenzo el Magnífico o la de León Décimo.

Nada diré de Carranza, tan respetable por su saber como por su desdicha. Pero es lo cierto que sus méritos científicos se reducen para nosotros al opúsculo «de la residencia de los obispos», a la *Summa Conciliorum*, que es una compilación, y a los «comentarios al *Cathecismo christiano*», en que hay frases de sabor protestante, como lo demostró ampliamente Melchor Cano, y vino a confirmarlo la sentencia de Gregorio XIII, seguida de la abjuración por el mismo arzobispo, de diversas proposiciones.

No creo que el «tomismo diese dirección y guía a nuestros místicos.» A lo sumo puede decirse esto de Fr. Luis de Granada y algún otro ascético de los que impropriamente se llaman místicos. Los místicos puros no son tomistas. Es seguro que Santa Teresa había leído muy pocos tratados escolásticos. En cuanto a los demás, aunque sea cierto que conocían bien la *Summa* como todo el mundo entonces, esto también que seguían con preferencia a Hugo de San Víctor, a Gerson, a San Buenaventura, y aún a Suso y a Tauler, sin olvidar la fuente común de todos que era el libro *De divinis nominibus* atribuido al Areopagita. Fuera de esto, tenían muy bien leído a Platón, y aún a los neoplatónicos de Alejandría, y a los de la escuela toscana del Renacimiento. Cuando Malon de Chaide en «la *Conversión de la Magdalena*» quiere tratar de la «hermosura y del amor», no pide enseñanzas a Santo Tomás sino que acude al *Convite de Platón*, y le glosa y comenta. El que haya leído a León Hebreo sabrá de dónde bebió Cristóbal de Fonseca gran parte de sus especulaciones sobre el amor divino. Tan verdad es esto, que en el trabajo que preparo sobre la «*Historia de la Estética en España*», no he podido menos de considerar a nuestros místicos como la más brillante personificación del platonismo del Renacimiento, enlazándolos, no con los tomistas, sino con los poetas eróticos de entonces. Y no cede esto en desdoro, sino en gloria suya; porque la doctrina estética contenida en los diálogos del hijo de Aristón es tan alta y sublime, que, aún en nuestros días, el escolástico P. Jungmann ha escrito un tratado «de la belleza y de las bellas artes, según los principios de la filosofía socrática y de la cristiana», considerándolas poco menos que como idénticas.

Ni tampoco creo que contará usted entre los tomistas al incomparable Fr. Luis de León, el cual, según refieren sus contemporáneos, solía decir que «tres sabios había tenido el mundo; el primero, Adán; el segundo, Salomón, y el tercero... no Santo Tomás de Aquino, sino Raimundo Lulio.» Bien clara está la tendencia al «armonismo luliano» en muchos pasajes de aquellos platónicos diálogos sobre los nombres de Cristo. Como poeta, se inspira en todo, hasta en la «teoría de los números pitagóricos», pero pocas

veces en el tomismo. Que Suárez, y antes de él otros jesuitas, y después todos hasta el siglo pasado, son disidentes y constituyen una disgregación del tomismo, harto lo han repetido y ponderado en todas épocas los tomistas puros, especialmente los dominicos. Hasta qué punto llega esta disidencia, y si basta a constituir escuela aparte, es lo difícil de determinar con precisión. En la parte teológica no cabe duda, y usted lo confiesa, puesto que opone el «congruismo» al sistema tomista sobre la gracia. En la filosófica no es menos honda la división. Ni puede decirse que Suárez es en ella expositor de Santo Tomás, pues lo que expone directamente es «la Metafísica de Aristóteles», separándose en muchas cuestiones de Santo Tomás, planteando otras que a éste no le pasaron por las mientes, y mostrándose tan original en desarrollos y conclusiones, que su «ontología» es uno de los más preciosos monumentos de la ciencia ibérica. «Pretendió no separarse de Santo Tomás», porque todos los escolásticos hacían otro tanto; pero Santo Tomás, como Aristóteles, como Averroes y otros grandes nombres, ha sido un pabellón que ha cubierto todo género de mercancías.

Aparte esto, ¿no pasan por sistemas distintos del «tomismo» el «escotismo», el «okamismo» y otros? ¿Pues por qué no ha de serlo el «suarismo», que es tanto o más independiente que ellos? Cada una de las infinitas divisiones y subdivisiones de la filosofía griega tiene un nombre especial, y a buen seguro que muchas de ellas no difieren tanto entro sí como la doctrina del Doctor «angélico» y la del «eximio» jesuita de Granada.

«El tomismo es filosofía española, porque fue enseñado en nuestras universidades.» Pero no fue la única filosofía enseñada en ellas, puesto que el lulismo tuvo cátedras aparte, y las tuvieron los demás sistemas escolásticos, y, lo que es más, las tuvo «en todo el siglo XVI» el peripatetismo clásico, lo cual, para gloria de nuestra nación, dejaron registrado los extranjeros. Según ellos, en las aulas españolas se enseñaba a Aristóteles íntegro y en griego. Y sin que ellos lo dijeran, sabémoslo por los escritos de Pedro Juan Núñez, fundador de la gloriosa escuela valenciana, en la cual fue tradicional el culto de la sabiduría antigua ex ipsi primis fontibus. A Núñez sucedieron en la misma enseñanza Monzó, Monllor y Serverá. En Barcelona propagó su método el mismo Núñez; en Zaragoza, Simón Abril; en Alcalá, Cardillo de Villalpando, a quien muchos, malamente, juzgan tomista; en Coimbra, Pedro de Fonseca, lazo de unión entre los peripatéticos clásicos y los suaristas. A la sombra de este peripatetismo ilustrado, tolerante y de acendradas formas literarias, se desarrolló nuestra libertad filosófica. Merced a él levantaron la cabeza los ramistas, especialmente en Salamanca; proclamó Dolese el atomismo en Valencia, siguiéronle Vallés en Alcalá, y Gómez Pereira en Medina del Campo; examinó Pedro de Valencia con segura crítica todas las opiniones de los antiguos sobre el criterio de la verdad, e hizo Quevedo la apología de Epicuro, anticipándose a Gassendo.

El escolasticismo no contrarió sistemáticamente este movimiento, antes bien, recibió su influencia. Siglo y medio dura esta época, la más gloriosa, en todos conceptos, para España. De los peripatéticos clásicos salió Gouvea, el vencedor de Pedro Ramus; salió Sepúlveda, el adversario terrible de Erasmo y de Lutero. De las demás disgregaciones del vivismo salieron los fundadores de todos los sistemas modernos.

Usted recordará lo que sucedió al pararse este movimiento. Llegó un día, allá a mediados del siglo XVII, en que el escolasticismo se presentó intolerante, y aspiró a dominar solo en las aulas. Y entonces, como por encanto, huyó de nuestras Universidades aquella grandeza, no se estudió la filosofía en sus fuentes, olvidose la crítica de Vives, faltó independencia y serenidad en el juicio, diose de mano a las ciencias auxiliares, y ¡cosa rara! el escolasticismo, alcanzado el absoluto imperio a que aspiraba, empezó a decaer rápidamente, se durmió sobre sus laureles y no produjo ya

Sotos, ni Molinas, ni Vázquez, ni Suárez, sino sumulistas y compendiadores de compendios y disputadores en el vacío. ¡Y cuándo se durmieron precisamente cuando se levantaba el cartesianismo y venían en pos de él Malebranche y Espinosa. La ciencia escolástica, que en el siglo XVI y en la primera mitad del XVII estaba al nivel de la ciencia independiente, empezó a quedarse atrasada. En la España de Carlos II quedaba todavía mucho arte y mucha ciencia, aunque uno y otra decadentes, pero no estaban en las universidades. Había que buscarlos en aquel grupo de críticos históricos que se reunían en la celda de Fr. Hermenegildo de San Pablo; grupo formado por Nicolás Antonio, D. Juan Lucas Cortés, el marqués de Mondéjar y otros; o en las producciones de algún erudito que conservaba la tradición antigua, más o menos alterada, o en las de los últimos místicos, o en el teatro. El escolasticismo de las aulas sólo despierta con algún brío cuando asoma en nuestro horizonte científico la estrella vivista del P. Feijóo.

¡Tan necesaria es una prudente libertad en las indagaciones del espíritu!

Y ahora, si no temiera prolongar esta carta, mostraría cómo el espíritu de la doctrina de Vives informa toda nuestra civilización. Mostraría que a él debemos lo poco o mucho que hemos trabajado en ciencias naturales; que de él arranca una reforma en la enseñanza de la teología y del derecho; que nuestra crítica histórica, desde Juan de Vergara hasta el presente, es una aplicación del vivismo; que él dio luz y guía a los estudios de erudición y humanidades, y que sin él nuestra literatura clásica del gran siglo no hubiera tomado el sesgo que llevó y que la condujo a la gloria. Haría ver que Vives tiene todas las cualidades buenas del Renacimiento y ninguna de sus exageraciones; que no es un fanático enemigo de la Edad Media; que no condena en poco ni en mucho la civilización cristiana, y que él fue el primero en señalar las bellezas literarias de autores entonces tenidos por bárbaros. Pondría en claro que toda restauración total o parcial de los estudios en España ha sido restauración vivista, y deduciría de todos estos hechos, y de otros que puedo alegar y alegaré en su día, la necesidad de volver a Vives para salvar la ciencia española del olvido y de la muerte. Pero todo esto, Dios mediante, hallará oportuno lugar en un libro que con el título de Exposición e historia del Vivismo pienso escribir. Libro será malo y rudo como de tosca pluma y pobre entendimiento, pero útil si llama la atención de los doctos hacia nuestra pristina y olvidada ciencia.

Siento, amigo mío, tentaciones de romper esta carta. Ha salido larga, machacona, y llena de repeticiones. Parece un quodlibeto escolástico de los malos tiempos. No he escrito nada peor con haber escrito cosas tan malas. ¡Y pensar que la he escrito en Florencia, en la moderna Atenas, donde parece que aún vagan las sombras de Lorenzo el Magnífico y de Angelo Poliziano, uno de mis amores literarios más íntimos y verdaderos! También es fatal coincidencia.

Mas no es lo peor el estilo, ni el haber escrito esta carta a pedazos y sin ver un libro. Es el temor que me aqueja de haber hablado con irreverencia del tomismo, sistema tan luminoso, tan sublime, tan fecundo. Es, de otra parte, el recelo de haberme mostrado ingrato con usted, que es todo bondad para conmigo, y que ha honrado mis borriones de estudiante con elogios correspondientes sólo a un trabajo maduro y sazonado, pero elogios que no olvidaré nunca, porque sé que nacen de una alma nobilísima.

Decididamente rompo la carta... Pero no, porque anda mezclado el buen nombre de Vives con el asunto. Lo mejor es remitírsela a usted para que, una vez leída, haga de ella lo que le plazca. Publíquela usted, si quiere; rásguela o quémela si no, que nada se perderá en ello. Pero en ningún caso la considere usted como réplica a su artículo ni como escrito anti-tomista, sino como observaciones y notas que tienden a explicar, más que a defender, mi opinión en ciertos puntos.

Suyo siempre devotísimo.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

La ciencia española bajo la Inquisición. Por el señor del Perojo

- I -

Venecia 6 de Mayo de 1877.

Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.

Mi querido amigo: A tiempo llega el récipe de la Revista contemporánea. Ya comenzaba a impacientarme por el largo silencio de esos señores sabios. ¡Loado sea Dios, que al fin han resollado, y de veras! Ya no es el caballero de la Revilla quien entra en liza, sino su amigo conmlitón el caballero del Perojo, como si dijéramos, el de la ardiente espada o el de la triste figura. Tristísima la van haciendo ellos en este lance. Pero loado sea Dios una y mil veces, pues tengo otra vez enfrente a los perpetuos enemigos de la Religión y de la patria, y con ellos he de cruzar las armas,

Aquí do la lanza cruel nunca yerra,

o con V., mi buen amigo, de quien sólo me separan diferencias relativamente mínimas y casi imperceptibles. A mí, como en ocasión semejante decía Caminero, me consuela y me anima la polémica con los impíos, al paso que me contrista y desalienta la discordia con mis hermanos. Demos, pues, de mano por un instante a nuestras rencillas domésticas, y acudamos a los bárbaros, ya que los bárbaros llaman a las puertas. Comencemos, pues, y que Dios nos ayude, pues sin él no hay principio ni obra buena.

Si no mienten mis cálculos... astronómicos, el artículo del señor del Perojo tuvo (como ahora dicen) la génesis siguiente:

Allá por Agosto del año pasado escribí, para refutar ciertas afirmaciones del señor de la Revilla, un articulejo que al señor de la Revilla le amoscó grandemente, y dio ocasión a aquel su célebre exabrupto, rotulado por mal nombre La Filosofía española.

En el mismo número de la Revista contemporánea en que salió aquel portento, vino cierta notita al pie de unos cuadros de enseñanza alemana, en la cual nota (que sonaba como de redacción) hacía causa común, o poco menos, con el señor de la Revilla. Desde aquel momento (y aunque me hubiesen faltado otros datos) no podía yo menos de considerar a la Contemporánea como publicación anti-española y órgano oficial de los negadores de nuestra ciencia. Y como la Contemporánea viene a ser el corazón y los ojos del caballero contrincante, que, después de todo, se gasta en ella honradamente su dinero, como otros en coleccionar cajas de fósforos, hubo de enojarse grandemente el señor del Perojo por lo que yo decía de aquella hija de sus entrañas, merced a la cual, y como per saltum, ha llegado él a jefe de cofradía y aún de escuela.

En la misma carta a que aludo (y perdone usted la necesidad, ahora inevitable, de citarme a mí propio) tuve la desdichada ocurrencia de decir no sé qué respecto al elegante estilo y castiza frase de los contemporáneos, citando entre ellos a los señores Montoro y del Perojo, si la memoria no me es infiel. Con cuya inocente observación literaria bastó para que el segundo de estos caballeros, herido en lo que más le dolía, sin duda porque apunté bien, perdiese los estribos y comenzase a jurar y perjurar que haría y que acontecería, y que yo se las había de pagar todas juntas. Mas como por reparos de estilo no está bien romper la cabeza a nadie, y como por otra parte, hubiera sido soberanamente ridícula de parte suya una apología de sus méritos filológicos y literarios, húbose de contentar por entonces con el deseo de armarla, aleccionado, sin duda, por aquel rasgo sublime con que cortó la pelea el señor de la Revilla. Pero otra le quedaba en el cuerpo al director de la contemporánea, y tengo para mí que sólo le

detenía el temor de dar con su réplica demasiada importancia a tan menguado antagonista.

A pesar de lo cual, afanoso, y día tras día, iba cogiendo de aquí y de allí noticias, hechos y apreciaciones útiles para la grande empresa que meditaba, sin que dejase al propio tiempo de construir tal cual silogismo en bárbara, y vociferar, triviis et angiportis, en loor del triunfante esplendente señor de la Revilla

Toda esta elaboración duró algunos meses, y aunque había recogido el señor del Perojo ripio de sobra para rellenar su torta, la torta no acababa de salir, por aquella maldita dificultad de la importancia. En esto aparecieron los dos excelentes artículos de usted sobre mi libro, y a tal aparición el señor del Perojo vio el cielo abierto; comprendió que podrá jugar por tabla, y sacó del horno la torta, calentita y abrasando.

Resumen: 1.º El Sr. Perojo escribe contra mí por un pique literario, es a saber, porque dije mal de su estilo.

2.º El señor del Perojo ha limado y lamido su nuevo parto durante cinco o seis meses por lo menos.

3.º El señor del Perojo no quiere escribir directamente contra mí, por no darme importancia, y prefiere hacerlo contra usted, con la precaución (¡si será listo el mozo!) de elogiará usted mucho (no tanto como usted se merece), y ponernos a Laverde y a mí a los pies de los caballos: item más, exagerando las diferencias que a unos de otros nos separan, con la sanísima intención de aislarnos. ¡Como si no tuviéramos bien entendida la treta, que, por lo demás, revela escasísimo ingenio!

Tras estos preliminares, útiles para fijar la situación del Sr. Perojo en este lance, entremos a considerar punto por punto su lucubración, que tiene la friolera de 40 páginas en 4.º Necio sería yo si emplease otras tantas para refutarle. En su parto sietemesino el señor del Perojo ha echado el resto, ha dicho cuanto sabía y mucho más. Allí hay de todo.

Botánica, blasón, cosmografíasacra, profana, universal historia;

allí exposiciones de sistemas filosóficos, altas y encumbradas disquisiciones históricas, peregrinos apuntes bibliográficos, catálogos de todos los sabios del globo terráqueo, arranques oratorios dignos de fray Gerundio de Campazas. Para que sea un cumplido tratado de todas las cosas y otras muchas más, sólo falta un poco de espiritismo y otro poco de arte de cocina.

El título es ya resonante y terrorífico: La ciencia española bajo la Inquisición. Si a esto se añadiesen una portada a seis tintas y algún grabado que representase un quemadero, el alegato sería mucho más convincente.

Prescindiré casi del todo de las lindezas que de mí se dicen en el artículo. El enfadarse por tales cosas sería una inocentada propia del señor de la Revilla. Para mí no hay música más agradable que las insolencias racionalistas. Harta fuera mi desgracia si me aplaudiese el Sr. Perojo. Sería prueba indudable de que yo andaba dando por las paredes.

Pase, pues, lo de la sociedad de socorros mutuos, como si los krausistas por un lado, y los contemporáneos de otro, no diesen los mejores modelos de tales sociedades. Entre los católicos puede haber exceso de benevolencia mutua; pero no abundan rasgos parecidos al siguiente: Anunció cierto día la Revista de Westminster, allá en la nonagésima plana, cerca de los anuncios de máquinas de coser, y de carne Liebig, que había recibido un librito español intitulado Ensayos sobre el movimiento intelectual de Alemania, del cual se deducía que el autor era un joven muy guapo y muy aprovechado,

y muy al tanto del movimiento germánico, añadiendo que le daba gracias por su regalo. Todo esto dicho en cuatro líneas, a modo de suelto de La Correspondencia. Pues he aquí que cierta Revista, de la cual era director y propietario el autor del libro, reproduce a los pocos días, muy satisfecha y muy oronda, el encomio antedicho, precedido de un comentario suscrito por cierto amigo íntimo del autor empeñado en hacernos creer que aquella fórmula de cortesía era una glorificación y una apoteosis, sin duda porque estaba en lengua anglo-sajona. Si el Sr. Perojo sabe éstas y otras cosas, ¿por qué habla de sociedades de socorros mutuos?

Que yo he buscado deliberadamente ocasión de camorras, tampoco es exacto. Yo no me acordaba del Sr. Azcárate, hasta que el Sr. Azcárate dijo que la intolerancia había anulado por tres siglos toda actividad intelectual en España; ni pensaba en el Sr. Revilla, hasta que el señor Revilla afirmó que la ciencia española era un mito; ni en el Sr. Salmerón, hasta que escribió todas aquellas barrabasadas en el prólogo del Draper. Esos señores fueron los que buscaron camorra al sentido común y a todo sentimiento patriótico, con sus destempladas negaciones. Yo no hice más que lo que debe hacer todo buen hijo cuando se ataca a su madre. En lo demás, soy enemigo de dimes y diretes, porque sé el tiempo precioso que se pierde en ellos. No he lidiado ni lidio más que por el honor literario de la patria.

Al Sr. Giner no le he atacado nunca, y de los señores Montoro y Perojo he escrito una sola frase, que no llevaba sabor polémico, pero que al segundo se le ha atravesado en las entrañas. Y ciertamente que, si era injusta, no valía la pena de tomarla por lo serio, viniendo de tan oscuro escritorzuelo como yo.

Dice el Sr. Perojo que yo buscaba ser sacado a pila por cualquiera de los ingenios a quienes atacaba. ¡Buenos padrinos me hubiera echado! ¿Y qué es eso de sacar a pila? ¿Será a fuerza de pila, como si dijéramos a fuerza de palanca? En tierra castellana se dice y ha dicho siempre sacar de pila.

Niego que el Sr. Revilla dejase en el artículo de marras resuelta la cuestión de la filosofía española en modo alguno, y remítome sobre este punto a la contestación que entonces le di, y que el Sr. Perojo no se ha tomado la molestia de leer, como mostraré luego. Niego asimismo haber tergiversado los puntos que tocó el Sr. Revilla. Ésta es una de tantas afirmaciones sin pruebas como llenan el artículo del Sr. Perojo, que es largo, pero de poquísima sustancia.

Que yo llevé inocentemente al Sr. Revilla a la polémica. El inocente será el que se dejó llevar. Años tiene y experiencia para que no le engañe un estudiantuelo inocente como yo. Y si inocencia fue el contestar primero, inocencia mayor fue callarse después. Pero todas estas inocencias tienen una explicación muy fácil que el Sr. Perojo, con su natural travesura, no dejará de vislumbrar.

Entramos ya en la miga del artículo, y es forzoso proceder con más seriedad... digo, con la que consiente el argumento. A la manera de aquel abogado de los Litigantes de Racine, que comienza su arenga desde la creación del mundo, y va discurrendo por los babilonios, los persas y los medos, sin llegar nunca al asunto en litigio, el Sr. del Perojo toma también las cosas ad ovo, y con toda la seriedad de un doctor alemán cuando prorrumpe en una perogrullada, nos enseña primeramente que la filosofía tiene siempre en su historia problemas que presenta al espíritu humano.

Enunciado este descubrimiento, nos habla de los jonios, de los pitagóricos, de los eleatas, de Heráclito y su proceso (que será sin duda alguna causa criminal que le formaron los efesiacos, pues el vocablo proceso, así a secas, no tiene otra significación en castellano), de los eleáticos y su explicación (no dice de qué), de los sofistas con su imposibilidad de conocimiento y su demostración (como si imposibilidad de conocimiento y demostración entrasen en el mismo saco). Dice también (¡recóndita

noticia!) que en la antigüedad encontramos a Sócrates, Platón, Aristóteles, tras de lo cual pone dos et cœtera, y termina con gran satisfacción: Toda época filosófica tiene, pues, su problema.

Está bien, dice, al llegar aquí, el lector; pero de todo eso se deduce que la antigüedad tuvo no uno, sino muchos problemas filosóficos, y los tuvo de todas castas, unos cosmológicos, otros teológicos, otros morales, otros lógicos, pues nadie dirá que son uno mismo el problema de la fuerza y de la materia, y el problema de las ideas, el problema del conocimiento y el de la voluntad, etc. Yo sé bien, o por lo menos adivino, lo que el señor del Perojo ha querido decir. En la historia de la filosofía griega se distinguen generalmente, y con bastante aunque no con entera exactitud, tres periodos: el cosmológico, en que mecánicos y dinámicos quieren explicar a su modo la constitución del universo; el dialéctico o lógico, en que imperan los eleáticos y sofistas; el metafísico, que empieza con las escuelas socráticas, aunque Sócrates, por lo que de su doctrina alcanzamos, fue, más que todo, moralista.

Repito que esta división es muy imperfecta; pero apoyado en ella el Sr. Perojo, ha querido decir que en cada época de la filosofía helénica predomina una tendencia sobre las restantes, lo cual, dicho así, es una verdad como un templo. Pero ha de advertirse que muchas de esas direcciones coexistieron, y que muchos de esos filósofos tendieron a resolver diferentes problemas y aplicaron su actividad a varias ramas de la ciencia. Y advierto esto, porque las ideas del Sr. Perojo, aunque confusamente expresadas, me parecen nacidas de un criterio pobre y estrecho que se empeña en encerrar la historia de la filosofía en un molde inflexible y reducirla a una especie de mecanismo, mediante el cual, en una época determinada, ha de plantearse tal problema y resolver tal cuestión, sin que pueda plantearse otro ni resolverse de distinto modo, cuando precisamente la historia demuestra que en todas las épocas se plantean todos los problemas y se resuelven bien o mal todas las cuestiones, y que nada hay nuevo debajo del sol, y que en el terreno filosófico no pueden presentarse ni resolverse más cuestiones que las presentadas y resueltas por la filosofía griega, a no ser que añadamos una nueva facultad al entendimiento humano o alteremos esencialmente sus condiciones. En filosofía no se concibe el progreso de la manera que los adversarios le entienden. Puede formularse en distintos términos el problema, puede trabajarse sobre los datos del conocimiento dando más importancia a unos que a otros, perfeccionando los métodos, haciendo aplicaciones etc., pero de ahí no se pasa.

Formular un problema realmente nuevo es tan imposible como crear un sexto sentido. Lo que hacen los problemas es tomar una forma nueva en cada época; pero una de dos: o están bien puestos, y entonces son idénticos a los antiguos, o están mal puestos y son abortos de una mente enferma, nacidos de torcimientos y mutilaciones de la conciencia. La conciencia humana, una y entera, no formula más cuestiones que las que ha formulado siempre. Todas las ideas filosóficas (ha dicho un contemporáneo ilustre) pueden escribirse en una cuartilla de papel. Esa conciencia universal, verdadera piedra de toque para toda creación filosófica, es la que Vives proclamó en toda su amplitud, como iremos viendo.

De lo expuesto se deducirá que yo no creo, como el Sr. Perojo, que la filosofía moderna tiene un problema propio y peculiar, sino que digo y sostengo que tiene los mismos problemas que la filosofía de todos tiempos. Y si no los tiene, no debe llamarse filosofía, sino aberración del entendimiento humano. ¿No tiene cada facultad humana su objeto propio? ¿Han variado estos objetos desde Platón y Aristóteles hasta nosotros? Pues si son los mismos, aún suponiendo que se hayan perfeccionado las facultades cognoscitivas, éstas habrán llegado a ver con más claridad y precisión sus respectivos fines; pero no a crear otros nuevos.

Y no variando la facultad ni su objeto, el problema sigue planteado de la misma manera que para los griegos, y así estará hasta el fin del mundo, si Dios no nos infunde sobrenaturalmente nuevos medios de conocer, o algo por el estilo.

Y en efecto, el problema que el Sr. Perojo supone propio y exclusivo de la filosofía moderna, a saber, el conocimiento de las cosas mediante nuestras solas facultades, lejos de ser nuevo, es el más viejo de la tierra, es el que debió proponerse el primer hombre que filosofó... ¿qué digo? nuestro padre Adán cuando abrió los ojos en el Paraíso: es la definición y la esencia misma de la filosofía. Mediante nuestras solas facultades, ¿qué quiere decir esto? ¿Rechazando el yugo de la autoridad? ¿Pues no lo hicieron todos los pensadores griegos que fueron cabezas de sectas? ¿No lo hicieron asimismo muchos escolásticos? ¿Qué filósofo, que lo haya sido de veras, ha reconocido en el campo puramente filosófico otro medio de conocer que las facultades humanas? La proposición del Sr. Perojo es, o una perogrullada, o un error muy común en los filósofos de su temple. Es un error, si el desprecio a la autoridad y el examen individual se entienden en el sentido absurdo de que cada cual, por su cuenta y riesgo, como si nadie hubiera pensado ni discurrido antes, construya, como dicen los krausistas, su propia ciencia, cual si hubiese una ciencia al gusto de cada consumidor. No; la conciencia individual, que es siempre imperfecta y está siempre oscurecida por el predominio de una facultad sobre restantes (de lo cual nace la diferencia personal), debe acrisolarse y purificarse en la conciencia universal, en la conciencia histórica, que pocas veces yerra ni sufre mutilaciones. De ahí la justa importancia de las grandes doctrinas y de los grandes nombres en la indagación filosófica.

Por lo demás, repito que, antes de la filosofía moderna, estaba reconocida universalmente la necesidad del racionalismo en metafísica. Nadie la había afirmado con más brío que San Anselmo. Y algunos escolásticos habían pasado más allá del justo límite, extendiendo la razón a donde no puede llegar. Tal fue el pecado de Abelardo.

Cita el Sr. Perojo unas palabras que atribuye a Vives y que le parecen encerrar esa proclamación del libre examen: «Nada rebaja más el espíritu humano que la costumbre de pensar por otro, y de conceder a la autoridad lo que sólo a la razón corresponde.» Realmente Vives condena en un pasaje que cité en otra ocasión el auctoritate sola acquiescere, et fide semper aliena accipere omnia»; pero no basta citar estas palabras, sino parar mientes al sentido en que Vives, fervoroso católico, las toma. Más adelante volveré sobre esto.

No es exacto que la filosofía moderna, al dar su primer paso, sea dogmática. Al contrario, presenta un carácter crítico, y muchas veces escéptico. Pero todas estas son generalidades que pierden mucho de su fuerza, puestas en cotejo con la realidad de los hechos. Entre los filósofos del Renacimiento los hay críticos como Vives; dogmáticos, como los peripatéticos clásicos, y los mismos neo-platónicos de Florencia; escépticos, como Sánchez, Montaigne, Charrón y alguno más: en una palabra, los hay de todas castas y condiciones. Es absurdo el empeño de ponerlos a todos en fila, como reclutas, y hacerlos dogmáticos a la fuerza, sólo porque así nos viene bien para la clasificación, y porque así se retrasa el criticismo hasta la época de Kant.

Establece el señor del Perojo las dos direcciones principales e indudables del pensamiento moderno, la baconiana y la cartesiana, el empirismo y el psicologismo o idealismo que él dice.

Pero no han de olvidarse varias cosas: primero, que las dos direcciones existen desde que hay filosofía en el mundo; segundo, que la doctrina de la conciencia o razón universal proclamada por Vives (como el mismo Sr. Perojo reconoce), está por cima de la una y de la otra, porque dentro de ella caben entrambas; tercero, que Bacon y

Descartes no hicieron más que recoger, cada cual por su parte, mermada y como Dios quiso, la herencia de los filósofos españoles e italianos del siglo XVI.

El señor del Perojo nos hace un cargo tan injusto como gratuito, suponiéndonos ignorantes de lo que él llama proceso histórico de la filosofía moderna. Imagina además que la historia de la filosofía española, como nosotros la concebimos, contradice a ese proceso. Para contestar a estas afirmaciones, no necesito más que remitirle a la brillante carta con que mi buen amigo Laverde encabezó mis Polémicas. Allí verá de qué manera entroncamos nosotros con Vives el movimiento filosófico moderno. Allí verá que «Bacon, exagerando la inducción proclamada por Vives, paró en el empirismo, y engendró a Locke, como Locke a Condillac, y Condillac a Destutt-Tracy y a Cabanis.» Allí leerá asimismo, que «Descartes, tomando de los vivistas españoles (no precisamente de Vives) su racionalismo, pero sin atenuación ni límites, y dejando al descubierto altas verdades, abrió conscia o inconscientemente la puerta a todos los idealismos posteriores.» Y allí, finalmente, escribió mi docto amigo que «Reid, huyendo del escepticismo sensualista de David Hume y no acertando a salir del sentido común ni a desprenderse de las reminiscencias baconianas, creó un empirismo psicológico, sabio y fecundo, pero estrecho, que a su vez extremó Hamilton desterrando de la filosofía toda especulación acerca de lo absoluto e incondicionado.»

Todo esto, y algo más, dijo Laverde; y si el señor del Perojo hubiera leído aquella carta, se hubiera ahorrado el trabajo, bien inútil, de escribir algunas páginas y repetirnos cosas que sabe cualquier alumno de segunda enseñanza. De Hobbes ni de Berkeley no habló entonces mi amigo, porque no venía a cuento. Ni tampoco es muy oportuno en el artículo del Sr. Perojo aquello de «¿Quién será tan insensato que pretenda introducir en la evolución de la escuela de Bacon un nuevo aspecto, una nueva forma?» Nadie pretende semejante cosa: lo que decimos y afirmamos es que la historia de esa escuela no empieza donde debe empezar; pues prescindiendo de sus antecedentes en la antigüedad y en los tiempos medios, no cabe desconocer que lo que se llama baconismo es una mera disgregación de la escuela de Vives, como probé en la carta contra Revilla y repetiré luego; y es indudable asimismo que con Telesio y Galileo tiene el empirismo un verdadero proceso (como diría Perojo) en Italia. No decimos, por tanto, que la historia de la filosofía baconista no tenga pies, sino que le falta cabeza.

Sigue el señor del Perojo exponiendo a sus anchas los sistemas cartesianos y desarrollando todo lo que aprendió en Heidelberg de la historia de la filosofía.

Pero como la historia de la filosofía no salva a nadie de cometer solecismos, el señor del Perojo da un batacazo tremendo en aquello de la causa *efficientis*, que (según el latín que yo aprendí en la Montaña) debe ser causa *efficiens*. Y, ciertamente, que para hacer una concordancia vizcaína, poniendo en genitivo lo que ha de ser nominativo, no era preciso gastar tanta prosa.

En la página siguiente el Sr. Perojo comete la debilidad de llamar filósofos a Voltaire, La Mettrie, Holbach y otros pobrecillos del siglo pasado, que fueron cabalmente la caricatura más perfecta de la filosofía. Verdad es que también el señor de la Revilla llamó filósofo a Rabelais. ¿Y por qué no al Aretino, y al autor de La lozana andaluza, y a Beroaldo de Verville? Allá se van todos en punto a filosofía, y no sé por qué ha de ser preferido el cura de Meudon.

Luego nos anuncia el Sr. Perojo la aparición de Kant en estos retumbantes términos: Kant fue la involución de la evolución de la filosofía. No diría otro tanto Feliciano de Silva, y tengo para mí que este rasgo había de dejar patitioso al Dr. Miguel de Silveira, pues en todo su Macabeo no hay mayor embrollo. Verdad es que el señor del Perojo habla aquí en términos hegelianos. ¡Bendito sea el lujo y quien lo trujo! es decir, ¡quien nos trajo esta sal a Castilla! ¿Ha terminado el Sr. Perojo sus preliminares? No, que

ahora habla de Kant, y dice que fundió las dos direcciones en que venía dividido el pensamiento humano, como si nadie las hubiera fundido antes, y truena luego contra los que confunden el criticismo con el escepticismo, error en que no sé quién habrá podido incurrir. Lo que dicen muchos, y pienso que con razón, es que el criticismo kantiano (que es cosa muy distinta de la crítica, la cual es en el mundo harto más antigua que Kant), si no es el escepticismo puro, es el camino mas derecho para llegar a él, a poca lógica que pongamos en la mollera del racionante. Kant salvó, como pudo, las consecuencias de la crítica de la razón pura en la crítica de la razón práctica; pero los remedios de ésta han parecido generalmente paños mojados, cuando no contradicciones palmarias.

Pero todo esto, dirá usted, viene tanto al asunto, como las coplas de Calainos, o la glosa de la mal maridada. Y yo le confesaré que tiene razón; pero la culpa es del señor Perojo, que se ha empeñado en demostrarnos que posee toda la dosis de filosofía necesaria para aspirar al grado de bachiller en artes. Ahora que estamos plenamente convencidos de ello, a pesar de aquel lapsus de latinidad notado más arriba, veamos si entra en harina. Y van ya nueve páginas de las 40.

Pues tampoco en la décima encontramos nada de provecho, sino la afirmación, muy verdadera, de que las ciencias florecieron extraordinariamente durante la antigüedad y en los tiempos medios en nuestro suelo, y la afirmación falsísima, y destituida de pruebas, sin duda por economía, de que la Inquisición paralizó este movimiento, ensañándose con toda clase de hechos (¿qué será esto de ensañarse con un hecho?) que en algo manifestaran actividad e independencia. Y no deja de añadir que el Santo Oficio encontraba en cada pensador u hombre científico un hereje contaminado con los sacrilegios que por el mundo se estaban propagando.

El señor del Perojo, que tanto aparato científico ha desplegado hasta aquí, se pone ahora sencillamente al nivel de cualquier orador progresista. A todas esas absolutas sin pruebas, que vienen después de medio siglo de trabajos históricos que demuestran lo contrario, se contesta en dos palabras por el método de Scalígero en su controversia con Cardano, poniendo sí; donde dice no, y no donde dice sí. De todas esas declamaciones inquisitoriales me he hecho cargo repetidas veces, refutando a los Sres. Azcárate, Salmerón y Revilla: al analizar mis cartas ha hecho usted de nuevo la debida justicia de ellas; y, no obstante, como si nada hubiera pasado ni nada se hubiera dicho, el señor del Perojo, sin invalidar uno solo de nuestros datos, una sola de nuestras afirmaciones, vuelve, tan fresco, a despotricar como sus adláteres. Esto será procedimiento neo-kantiano, pero no racional ni lógico. Ciertamente que si algo hubiera capaz de desalentar a quien sólo trabaja por la verdad y la justicia, y espera y confía que la justicia y la verdad triunfen siempre, sería esa terquedad sin ejemplo con que, a pruebas y a hechos cien veces alegados, se responde, por todo argumento: no, porque no.

¿Es esto la ciencia moderna? ¿Se concibe que en 1877 se haya escrito, para afrenta de la cultura española, un párrafo del tenor siguiente:

«No hay más que recorrer las páginas del sangriento libro del martirologio español, para advertir cómo al primer paso de un talento extraordinario, a la primera creación de un espíritu reflexivo, acudía presurosa la Inquisición a extinguir con el fuego de las hogueras toda su obra... ¡Cuántos hombres ilustres tuvieron que sucumbir!... Larga sería la lista de científicos que perecieron en las hogueras de la Inquisición?»

Y yo ahora, con la conciencia tranquila, seguro de la verdad y de la razón que sustento, pido al Sr. Perojo las pruebas de todo eso; le pido, es más, le ruego que me nombre un sabio, un solo sabio español que pereciera en las hogueras inquisitoriales. ¿Dónde están? Yo no los veo. Las víctimas de la Inquisición pueden distribuirse del modo siguiente:

Judaizantes: Todos gente oscura: ni un solo nombre ilustre entre ellos. Algunos dicen que Menaseh ben Israel fue atormentado; pero es falso. El atormentado fue su padre, mercader de Lisboa y hombre sin letras. El único judaizante literato que, según mis noticias, padeció tormento fue David Abenatar Melo, mediano traductor de los Salmos. Pero nadie le persiguió por poeta, sino por judaizante. La Inquisición de Portugal quemó a principios de este siglo (cuando en el resto de la Península apenas se quemaba a nadie) a otro judío dramaturgo, Antonio José da Silva. Científicos, cero. Entre los conversos y los judaizantes hubo hombres de gran valía; pero nadie les persiguió mientras fueron cristianos, a lo menos en apariencia. Isaac Cardoso, Isaac Orobio de Castro y otros muchos, después apóstatas, habían alcanzado en España honores y reputación, desempeñando hasta cátedras en nuestras Universidades, sin que fuera obstáculo la mancha de su origen. Es más: en España imprimieron libros filosóficamente muy atrevidos, y nadie les fue a la mano, ni los quemó, ni los puso en el índice.

Moriscos: Gente indocta todos. Los que algo sabían, como Miguel de Luna y Alonso del Castillo, vivieron en paz con los cristianos, y lograron hacer su agosto. Quemados, cero. Atormentados, ídem.

Protestantes: Ni uno sólo de los que algo valieron fue chamuscado por la Inquisición. Juan de Valdés murió tranquilo y sosegado en Nápoles. A Servet le tostó Calvino. El doctor Constantino Ponce de la Fuente murió en las cárceles, y lo que quemaron fue su estatua. Juan Pérez, Casiodoro de Reina, Cipriano de Valera, etc., anduvieron casi toda su vida por el extranjero. Ninguno de ellos era un sabio del otro jueves. Total de sabios protestantes quemados, cero.

Nigromantes y brujas: No creo que los sabios abundasen en el aquelarre de Zugarramurdi. De nigromantes doctos sólo se procesó (que yo recuerde) al Dr. Torralba, que era un loco de atar. Así lo entendió la Inquisición, y por eso no perdió el tiempo en atormentarle ni en quemarle.

Alumbrados, confesores solicitantes y otros excesos. Tampoco en esta sección parece ningún sabio. Dios nos tenga de su mano.

Procesos políticos de Aragón. Ídem id.

Resumen de todo: la Inquisición de Portugal quemó a un judío, que hacía sainetes, no por hacer sainetes, sino por haber judaizado.

La Inquisición de Valladolid quemó a un predicador de fama, llamado el Dr. Cazalla, por haber esparcido el luteranismo en aquella ciudad.

La Inquisición de Sevilla quemó los huesos de otro predicador famoso, por igual causa.

Tenemos, pues, que el sangriento martirologio de más de cinco siglos, desde fines del XIII, en que entró la Inquisición en Cataluña, hasta principios del XIX, se reduce a tres, por mejor decir, a dos hombres, un poeta dramático y un predicador, entrambos medianos, y sin los cuales se pasaría muy bien nuestra historia literaria. De Cazalla ni aún sabemos que imprimiera nada, por lo cual nadie le nombra, sino los que escribimos de herejías. A Antonio José le ha dado alguna fama su trágico fin; pero sin la circunstancia de haber trabajado para un teatro tan pobre como el de Portugal, maldito si representaría nada en la historia de las letras.

Que entre las gentes castigadas en diversos conceptos por la Inquisición podía haber muchos sabios inéditos, como el poeta D. Pánfilo, ni lo niego ni lo afirmo. Pero esto es bueno para dicho en la elegía de Gray sobre el cementerio de una aldea, no para aducido en una discusión científica. Ni es cierto que la Inquisición anduviese a caza de sabios para tostarlos. La Inquisición, como todo tribunal, se componía de hombres, y, según las ocasiones, procedió más o menos rectamente, pero nunca con esa intención deliberada y

sistemática de matar el pensamiento, a no ser que por pensamiento se entienda únicamente el pensamiento heterodoxo.

Pues ¿qué diremos de esos famosos procesos con que siempre se da en cara a los defensores de la Inquisición? La Inquisición procesó a Carranza, porque Carranza había enseñado proposiciones de sabor luterano. La Inquisición procesó a Damián de Goes, porque Damián de Goes era protestante. Pero no procesó al primero por teólogo, ni al segundo por humanista; como en el siglo pasado no procesó a Anastasio da Cunha por matemático, sino volteriano. Pero ¿a qué prolongar esta reseña? De otros procesos he hablado más de una vez, y no quiero repetirme. El del Brocense fue una cuestión de escuela: era ramista, y se contra él los aristotélicos salmantinos. La Inquisición, para hacerlos callar, le llamó a su tribunal tres veces; pero no le impuso castigo alguno. Lo de Fr. Luis de León fue cuestión más honda; sus acusadores nos eran gente vulgar, y por eso duró tanto la causa; pero ni Bartolomé de Medina ni León de Castro pudieron impedir que se hiciese la luz y se reconociese la inocencia del procesado. Hay otros procesos que son (como diría el señor de la Revilla) verdaderos mitos: en esta categoría coloco los que se suponen fulminados contra Fr. Luis de Granada, Pablo de Céspedes, Arias Montano, el P. Sigüenza, y no sé cuántos más; procesos que nadie ha visto y que, según toda probabilidad, no han existido nunca sino en la imaginación de Llorente, que convertía en procesos la más insignificante referencia, el más leve registro que encontraba en los libros de la Suprema. Esos que él llama procesos fueron acusaciones frustradas, que ni la Inquisición ni tribunal alguno del mundo puede impedir.

Si la Inquisición no extinguió el pensamiento con hogueras ni con potros, ¿de qué otra suerte ejerció su maléfica influencia? Con la prohibición y expurgo de libros, se dirá, aunque no lo dice el señor del Perojo. Otra preocupación infundada. Los libros que la Inquisición podía condenar, se reducen a las clases siguientes:

1.º Libros de la antigüedad, ya pecarán de obscenos, ya contuvieran errores anticristianos. La inquisición los permitió todos «propter elegantiam sermonis». Prohibió únicamente que se enseñasen en las aulas los poetas demasiado eróticos, y vedó asimismo una o dos traducciones en lengua vulgar.

2.º Libros licenciosos modernos, especialmente italianos y españoles. Prohibió algunos, pero sin proceder con excesivo rigor en este punto. En los que eran modelos de lengua y de estilo, mandó borrar sólo ciertos pasajes. Por lo demás, en todo lo que toca a amena literatura, pecó más bien de laxa que de rígida, como todo el mundo confiesa.

3.º Libros protestantes. Prohibió todos los que llegaron a su noticia, e hizo perfectamente.

4.º Libros de filosofía y ciencias escritos por españoles. No prohibió ninguno. Quitó en el libro de Huarte un capítulo sobre el temperamento de Jesucristo, y con él algunas frases de sabor excesivamente materialista. Las expurgaciones en el libro de Doña Oliva fueron de poca monta. Fue expurgado asimismo un discurso de Ambrosio de Morales, en que el cronista pretendía demostrar que las estrellas tienen poderío sobre todo el hombre. ¡Esta es toda la persecución contra nuestra filosofía!96

5.º Libros de filosofía, escritos por extranjeros. No prohibió casi ninguno, ni siquiera la Ética de Espinosa.

Y no se diga que las doctrinas de Bacon, Descartes, Gassendi, etc., eran desconocidas en España, pues afortunadamente quedan los libros de Isaac Cardoso, Caramuel y otros, en que están expuestas, y aún comentadas y defendidas. Esto por lo que hace al siglo XVII. En el XVIII, muy a principios, el P. Tosca enseñó, sin que nadie le pusiese trabas, el gassendismo, y hasta tuvo muchos discípulos. Por el mismo tiempo, el P. Feijóo y otros ensalzaban sin reparo a Bacon.

A la entrada del cartesianismo no se opuso la Inquisición en manera alguna. Prohibió todos los libros materialistas o impíos del siglo pasado, e hizo muy bien, y merece alabanzas por ello.

6.º Libros de mística. Recogió o mandó expurgar los que encerraban doctrinas de alumbrados y quietistas, o los que mal interpretados por el vulgo ignorante podían conducir a tales errores. Por eso se prohibieron temporalmente algunos de Fr. Luis de Granada y otros varones piadosísimos y hasta santos. Pero pasado el peligro, o hechas las oportunas correcciones por los autores, volvieron a circular sin trabas, coincidiendo esto con el mayor desarrollo y esplendor de nuestra mística.

7.º Libros de nigromancia, hechicería, etc. Obró cuerdamente en vedar tales simplezas.

Ésta es, reducida a breves términos, la historia de las persecuciones y prohibiciones inquisitoriales. Con esto sólo queda reducida a humo toda la argumentación del señor del Perojo. Y cuenta que, para hacerlo, no he tenido que acudir a datos recónditos, sino repetir noticias que sabe todo bibliófilo, algunas de las cuales fueron ya presentadas con análogo intento por mi erudito amigo D. Adolfo de Castro en una ocasión semejante.

Si después de estas demostraciones de hecho, y de las que añadiré cuando sea necesario, continúa el señor del Perojo hablando de los sabios quemados y de otras vulgaridades por el estilo, tolerables sólo en una gacetilla, yo tendré el derecho de encogerme de hombros y dejarle por incurable. A lo más, aplicaré el procedimiento de Scalígero, que, para ahuyentar a todo género de tábanos literarios, es probado.

No me tache el señor del Perojo de duro ni de incisivo. Vim vi repellere licet. Lo cual en castellano quiere decir que donde las toman, las dan. Su artículo, por el bulto, ya que no por la sustancia, merece que le dediquemos una segunda carta. En ella llegaremos a la cuestión capital, a la filosofía española. Harto persuadido estoy de que nada de cuanto yo diga ha de hacer mella en la dura cerviz de esos señores, pero puede convencer a otros que piensan y racionan, aunque no son neo-kantianos.

Quedamos, pues, en la sección tercera del artículo perojino. La síntesis de lo que llevamos recorrido es ésta: «Larga sería la lista de los hombres de mérito científico que perecieron en las hogueras de la Inquisición.»

La síntesis de lo que yo he contestado es esta otra: «Ningún hombre de mérito científico, fue quemado por la Inquisición.»

Yo he demostrado la mía. La del señor del Perojo está sin pruebas. Búsquelas, y se lo agradeceré en el alma.

Quedo borrajando la segunda carta.

Suyo siempre buen amigo

M. MENÉNDEZ PELAYO.

- II -

Venecia 8 de Mayo de 1877.

Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.

Charissime: Tras breve descanso vuelvo a la comenzada y enojosa tarea, es decir, a la disección anatómica del engendro perojino. Estábamos en la sección 3.ª, folio 336, en que el discípulo de Kuno Fischer pregunta: ¿Es sostenible que hayamos tenido filosofía española? Desde luego puede usted imaginarse cómo resolverá la cuestión; pero siendo infinitos los modos de errar y de hacer las cosas mal, el señor del Perojo yerra de distinto modo y por diverso camino que el señor de la Revilla y los demás. Elige posición opuesta y trae al combate nuevas armas, que él cree de finísimo y bien templado acero toledano, pero que son realmente de mala y quebradiza hoja de lata.

Empieza por decir que el desarrollo de la filosofía moderna, desde Bacon y Descartes hasta Kant, es próximamente el tiempo mismo del dominio de la Inquisición, por lo cual, en su concepto, no pudieron filosofar los españoles. Ahora echemos cuentas: la Inquisición nace en el siglo XIII como protesta e instrumento contra la herejía albigense; sigue dominando en Cataluña durante los siglos XIV y XV, y a fines de éste se establece en Castilla, donde dura tres siglos justos. Total de dominio de la Inquisición en una u otra formas con tribunales más o menos regulares, pero siempre activos e independientes de la jurisdicción episcopal: cinco siglos. No se pierda de vista el dato, porque es importante. Ni se diga que en las dos primeras centurias la Inquisición estuvo reducida a una parte sola del territorio, pues cabalmente era entonces Cataluña lo mejor y más ilustrado de España y lo que más participaba del general movimiento europeo. Ni se alegue tampoco que esa Inquisición fue benigna y tolerante, pues vemos a aquellos buenos dominicos, entre los cuales se distinguió Eymerich, perseguir y condenar implacablemente todo vestigio de heterodoxia. Así fueron sucesivamente castigados con penas espirituales y temporales los herejes siguientes, y alguno más que ahora omito: Albigenses: Durán de Baldach y otros. Valdenses: Pedro Oler, cabeza de los Begardos; Arnaldo de Villanova, Jacobo Justi y sus discípulos, también Begardos; Berenguer de Montfalcó, Raimundo de Tárrega, Nicolás de Calabria y Gonzalo de Cuenca, Bartolomé Janoesio, fray Arnaldo de Montaner. Todos estos procesos son de corifeos de herejías. Quizá no tuvo que instruir tantos la Inquisición castellana en todo el tiempo de su influencia.

El modo de proceder de esta Inquisición está expuesto en el famoso Directorium de Eymerich. Tampoco se puede decir que faltasen tizonazos. Pedro Oler y Fr. Bonanato fueron quemados en Barcelona; Durán de Baldach lo fue en Gerona; los cadáveres de Guillermo Gelabert, Bartolomé Fuster y otros herejes fueron entregados a las llamas en Valencia. Nicolás de Calabria, fanático rabioso, pasó al brazo secular en Barcelona, y no hay que preguntar cuál fue su suerte. Esos dos siglos de Inquisición dura y constante debían, según los adversarios, extinguir toda actividad; pero como la historia se empeña en ser ultramontana, nos dice (¡qué lástima!) que durante esos 200 años fueron el pueblo más rico, ilustrado y feliz de la tierra. Disfrutaban de libertad política; tenían una industria para aquellos tiempos muy respetable; el comercio de Barcelona competía con el de las más florecientes ciudades italianas; sus armas triunfaban en todas partes; el terror de su nombre penetraba hasta el remoto Oriente; los peces no se atrevían a moverse sin llevar las barras en sus escamas, y, en fin, aquel pueblo gigante engendraba al mismo tiempo reyes del temple de Pedro III, de Pedro IV y de Alfonso V; filósofos como Raimundo Lulio; médicos de la casta de Arnaldo de Vilanova; alquimistas al modo de Raimundo de Tárrega; historiadores como Desclot y Muntaner; poetas como Mosén Jordi y Ausias March; novelistas como, Juan de Martorell, y juristas y teólogos, y cuanto puede engendrar una potente raza en todo el vigor de la juventud y de la vida. 200 años de Inquisición deben de bastar para matarlo todo, y sin embargo, a medida que el tiempo pasa, el movimiento crece, y Cataluña cierra ese periodo abriéndose en cuerpo y alma al Renacimiento, que entra en el arte con el petrarquismo de Ausias March y con las imitaciones ovidianas de Mosén Ruiz de Corella, y entra en la ciencia filológica con los humanistas de la corte de Alfonso V. Cuando Cataluña se une a la España central, no trae un solo síntoma de decadencia, a pesar de las dos centurias inquisitoriales.

Establécese la Inquisición en Castilla (y no mucho después en Portugal), y comienza la segunda y más famosa época, el tercer siglo de Inquisición, el XVI. En él no hubo opresión alguna para la ciencia, lo he mostrado en la carta anterior; hubo sí mucha persecución de judaizantes, menor de moriscos, alguna de protestantes, casi nada de brujas, y mucha de malos clérigos, en lo cual la Inquisición se mostró severísima y

cooperó a la gran reforma iniciada a fines del siglo XV por la Reina Católica y por Cisneros. En este periodo, que abraza todo el siglo XVI, fue políticamente España la primera potencia de Europa. Si descendió de este rango no fue por la Inquisición, sino a consecuencia de la lucha generosa y desesperada que, en cumplimiento de un deber sagrado como católicos y como españoles, sostuvimos contra el torcido espíritu de la época y contra media Europa coligada en defensa de la Reforma. Fuimos, a la postre, vencidos en la liza, porque estábamos solos; pero hicimos bien, y esto basta: que las grandes empresas históricas no se juzgan por el éxito. España, en ese siglo, fue el brazo de guerra del Catolicismo en todos los campos de batalla de Europa. En la política interior cometimos desaciertos o aciertos, de que en manera alguna es responsable el Santo Oficio, a quien sólo a última hora empleó como instrumento Felipe II, cuando las alteraciones de Aragón.

Pues en lo relativo al desarrollo intelectual de esa era, ¿quiere el Sr. Perojo que (para no repetir lo que tengo dicho noventa veces) condense en dos docenas de nombres, de todos sabidos, nuestras grandezas científicas? Pues elija los siguientes:

Teólogos. Fray Luis de Carvajal, que renovó del todo el método y la forma en su libro *De restituta Theologia*, uno de los más bellos que produjo el Renacimiento. -Alfonso de Castro, cuyos libros *De hæresibus* han sido por más de dos siglos la única autoridad en la materia, y hoy mismo son de provecho grandísimo para teólogos y no teólogos, por lo rico y portentoso de la doctrina, y lo maduro y reposado del juicio. -Diego Láinez, primera gloria de la Compañía de Jesús, después del fundador. -Salmerón, oráculo de Trento, y expositor de la Escritura, puesto hoy mismo en las nubes por todos los que entienden de esto. -Maldonado, restaurador de la enseñanza teológica en París, uno de los más grandes teólogos que han existido, encomiado a porfía por católicos y protestantes. -Domingo de Soto, cuyos libros *De natura et gratia* constituyen el ataque más terrible que el luteranismo padeció en toda aquella centuria. -Melchor Cano, de quien basta el nombre. -Molina, padre del congruismo. -Suárez, Valencia, Vázquez...

Pero no quiero seguir, porque para el señor del Perojo, todo esto será paja. Sus grandes teólogos serán el zapatero Jacobo Boehme y aquel Schleiermacher, que decía (sin que le llevasen a un manicomio, porque en Alemania se oyen cosas muy raras): «Ofrezcamos un rizo de nuestros cabellos a los manes del Santo Espinosa»; (o Spinoza, como diría el Sr. Perojo). A la profundidad y elocuencia de ese rasgo, nunca llegó ciertamente la teología de Domingo de Soto ni la de Melchor Cano.

Escriturarios. El nombre sólo de Arias Montano basta para llenar un siglo, y es por sí tan grande como el de cualquiera de esos luminares de las ciencias de la materia, que para el señor del Perojo parecen ser las únicas en el mundo. Pero España posee una larga serie de cultivadores ilustres de las ciencias bíblicas, serie que empieza con los colaboradores de la Políglota Complutense, «y con aquel Diego López de Estúñiga que tan malos días y tan malas noches hizo pasar a Erasmo, y termina, bien entrado el siglo XVII, con Pedro de Valencia y Fr. Andrés de León.

Místicos. ¿Quién no conoce a San Juan de la Cruz, a Santa Teresa, a Fr. Juan de los Ángeles, a Malon de Chaide...? El Sr. Perojo es muy dueño de preferir a los místicos alemanes, que probablemente no habrá leído<sup>97</sup>. Nosotros nos quedamos con los nuestros, y creo que ganamos en el cambio. Así como así, en la redacción de la Contemporánea está el Sr. Revilla, a cuyo juicio nuestros místicos son quizá los primeros del mundo. Allá ajusten el señor del Perojo y el Sr. Revilla estas cuentas. Yo quito el quizá, a pesar del respeto que tengo a San Buenaventura, y sigo adelante.

Juristas. A los dos grandes luminares de la jurisprudencia extranjera en la época del Renacimiento, que son Alciato y Cujacio, opone la España inquisitorial del siglo XVI, sin desventaja alguna otros dos: Gouvea y Antonio Agustín. Los de segundo orden no

tienen cuenta. En otro género de disquisiciones, Victoria, Soto, Molina, Suárez y Baltasar de Ayala fundan (puede decirse) el derecho de gentes. No lo digo yo: lo indicó ya Brucker, respecto a Francisco de Victoria. Lo han afirmado de los restantes: Mackintosh, en la Revista de Edimburgo, Weathon, en la Historia del derecho natural. Creo, no obstante, que exageraron un poco. Algunos de esos autores son tomistas, y en Santo Tomás bebieron los fundamentos de la doctrina que maravillosamente desarrollaron. Pero es indudable que en la constitución de ese derecho, como ciencia separada, precedieron a Grocio, Puffendorff, etc., los españoles.

Médicos. El Sr. Revilla dijo ya que la nulidad de la ciencia española no se entendía de este ramo del saber. El señor del Perojo tampoco ha insistido en semejante punto y ha hecho bien. Bastarían Laguna y Vallés, Mercado y Valverde para poner muy alta la ciencia médica española de los tiempos inquisitoriales.

Humanistas. No se interrumpe la serie en todo el siglo XVI. Si el señor del Perojo quiere saber algunos nombres, vaya a mis Cartas polémicas. Entre tanto, le citaré sólo a Antonio de Nebrija, Juan de Vergara, Fernán Núñez Pinciano, Lorenzo Balbo, Arias Barbosa, Andrés Resende, Pedro Juan Núñez, Antonio Agustín, Álvaro Gómez de Castro, Juan de Verzosa, Antonio Lull, Alfonso García Matamoros, Aquiles Estaço, Francisco Sánchez de las Brozas, Juan Luis de la Cerda, Vicente Mariner... y mil más, cuantos quiera, que no me duelen prendas en el asunto, y estoy dispuesto a darle un compendio de la vida y milagros de cada uno.

Crítica histórica. Sienta las bases Juan de Vergara. Continúan su obra Foxo Morcillo, el aragonés Costa, Ambrosio de Morales, Luis Cabrera, Fr. Jerónimo de San José. Esta ciencia sólo llega a cumplida sazón a fines del siglo XVII, como a su tiempo veremos. En cuanto a lo que hoy llaman filosofía de la historia, uno de cuyos fundadores, juntamente con San Agustín, fue nuestro Orosio, algo y aún mucho puede aprenderse en el admirable prólogo de Fr. José de Sigüenza a su Vida de San Jerónimo.

Nada digo de otras ciencias como la Estética, cuya Historia en España trazaré en su día con la mayor copia de datos que me sea posible, no siendo pocos los que ya tengo recogidos.

Literatura. Es excusado hablar de ella, porque nadie niega su prodigioso desarrollo a pesar de la Inquisición; antes bien, el Sr. Revilla la considera como válvula abierta a las expansiones del genio nacional. Sólo diré que en ese siglo nace y se acrisola la prosa didáctica, se perfecciona la histórica, llega la poesía lírica a su mayor auge con Fr. Luis de León y Herrera, obtiene inusitado cultivo en variadas formas la novela, y crece y se agiganta por días el teatro, a pesar de las trabas que alguna vez le opuso la Inquisición, prohibiendo tal cual obra demasiado liviana. Los nombres de este periodo no hay para qué recordarlos. Debe saberlos todo el que ha mamado leche castellana.

De las ciencias exactas y naturales hablaré después.

Si a toda esto se agrega el progreso de las artes plásticas y de la música, así en la práctica como en la teoría; item más dos o tres invenciones, de distintos géneros, tan benéficas como ingeniosas, tendremos casi completa la herencia intelectual del siglo de oro, herencia bastante para que la contemplemos y traigamos a la memoria con legítimo orgullo, en contraposición a la miseria y bajeza de los tiempos presentes.

Todo esto produjo España bajo el dominio de la Inquisición en el tercer siglo de su existencia. Todo esto, y además capitanes de la talla de D. Hernando Dávalos, Antonio de Leiva y el de Alba, marinos como D. Álvaro Bazán, embajadores al estilo de Vargas y de don Diego de Mendoza, y navegantes y conquistadores de regiones incógnitas, a quienes los griegos hubieran puesto en el número de sus semidioses.

Ésta fue España desde el 1500 al 1599. ¿Qué importa que en ocasiones decayese una rama de la actividad, cuando al propio tiempo surgía otra lozanísima y pujante? Todo no se da en un día, ni maduran todos los frutos al mismo tiempo.

En el último tercio, y sólo en el último tercio de este siglo, tercero ya de dominio inquisitorial, es cuando aparece en Inglaterra la filosofía de Bacon, que ni era gran novedad ni tuvo mucho séquito por entonces. La primera edición del tratado *De dignitate et augmentis scientiarum* fue en inglés, como es sabido, y apenas la leyó nadie fuera de Inglaterra. A los diez y ocho años apareció una traducción latina, obra de varias manos, corregida por Bacon, que refundió y aumentó considerablemente su trabajo, dividiéndole en nueve libros, cuando antes tenía dos tan sólo.

Con esto empezó a ser conocido en Europa el nombre de Bacon, y no fueron los españoles los últimos en tener noticia de sus obras. La Inquisición no las prohibió nunca. Conste, de todas suertes, que lejos de haber sido contemporáneos el predominio de la Inquisición y el de la filosofía baconiana, fue anterior la primera en tres siglos a Bacon, en tres siglos y medio a Hobbes y a Locke, en cuatro siglos y medio a Berkeley y a Hume. La época baconiana por excelencia fue el siglo XVIII, en que el poder de la Inquisición estaba completamente anulado.

La filosofía de Descartes vino cerca de medio siglo después de la de Bacon. Su desarrollo llena la segunda mitad del siglo XVII. Malebranche, Espinosa, Leibnitz, son todos de este tiempo.

Volvamos ahora la hoja, y veamos lo que entretanto sucedía en España.

Muchos consideran el siglo XVII como ominoso y de fatal recordación. A decir verdad, es decadente respecto al anterior; pero no en todo ni por las causas que generalmente se señalan. Investigar el modo y ocasión de esta decadencia, no es muy fácil. Los críticos de la Revista contemporánea lo resuelven a las mil maravillas con el *Deus ex machina* consabido; pero está probado hasta la saciedad:

1.º Que en los tres siglos anteriores, la Inquisición no había estorbado el progreso de los estudios, aunque hartó tiempo tuvo a su disposición para hacerlo.

2.º Que en este siglo la intolerancia fue menor, mucho menor que en los anteriores.

Y la cosa es clara: en el siglo XVI encontramos algún proceso de gente docta, aunque generalmente con resultado favorable a los procesados: el único escritor del siglo XVII encausado por la Inquisición (que yo recuerde) fue el P. Froilán Díaz, autor de un Curso filosófico que corrió con algún aplauso. Pero el motivo de la causa no fue su filosofía, que es hartó mediana, sino un enredo político que todo el mundo sabe. En el siglo XVI se quemaba a los protestantes; en el siglo XVII, en los tiempos de Carlos II, a Jaime Salgado, fraile apóstata, que en Inglaterra había abjurado públicamente el Catolicismo, se le mandó por toda penitencia a reclusión en un convento de su orden. No fue mucho mayor la pena que se impuso al famoso jesuita Juan Bautista Poza, aunque (si hemos de creer a su acusador, Juan del Espino) estaba convicto de herejías enormes. Las listas de los autos de fe en esta época no contienen más que nombres oscuros de judaizantes, apóstatas o sacrílegos, de sacerdotes concubinarios, de bígamos, etc.; ni uno solo de pensadores, ni de filósofos, ni de copleros, ni de autores de artes de cocina. Nada, absolutamente nada. ¿Era porque no había hombres de ciencia a quienes quemar? Eso lo veremos luego. En el siglo XVI se prohibieron muchos libros: en el XVII, relativamente, muy pocos. Llega una época en que los índices expurgatorios no son más que reimpressiones. Ergo, las causas de la decadencia hay que buscarlas por otro camino.

No es posible que una causa sola haya producido efectos contradictorios. Y contradicción perpetua e inexplicable debe ser la historia española del siglo XVII para quien con ese criterio parcial y errado la examine. En esa centuria descendió España del apogeo de su gloria militar y política por la causa que señalé a su tiempo, y además por

los sucesivos desaciertos de gobernantes y consejos, de todo lo cual la misma culpa cabe a la Inquisición que al moro Muza. La Inquisición no era Lerma, ni Uceda, ni Olivares, ni el hijo de la Calderona. A fines del siglo XVII podía notarse un espantoso descenso de población respecto al tiempo de los Reyes Católicos, descenso producido, no por una causa, sino por muchas, casi todas inevitables: primera, la expulsión de los judíos, medida política que vino a salvar a aquella desdichada raza del continuo y feroz amago de los tumultos populares, que era imposible contener, como lo demostraban recientes casos en la mayor parte de las ciudades de España: segunda, la colonización del Nuevo Mundo, en el cual sembramos a manos llenas religión, ciencia y sangre, para recoger más tarde cosecha de ingraticudes y deslealtades, propia fruta de aquella tierra: tercera, las guerras incesantes de dos siglos, y en veinte partes a la vez: cuarta, la expulsión de los moriscos, providencia necesaria para salvar de peligros muy ciertos y muy graves la unidad y la integridad nacionales: quinta, el excesivo número de religiosos de ambos sexos. Contra este exceso, nacido de intenciones muy piadosas y muy respetables, clamaron repetidamente nuestros economistas y clamó el Consejo de Castilla en su célebre Consulta; pero no fue posible atajarle, porque el espíritu de la época iba decididamente por allí. A consecuencia de la expulsión de los judíos había bajado considerablemente la balanza del comercio en nuestras ciudades marítimas: el comercio de Levante, que ya no tenía la importancia que en la Edad Media, lo monopolizaron los venecianos: el de América, que podía ser fuente inagotable de riqueza, lo monopolizamos nosotros; pero lo hicimos pésimamente, gracias a los errados principios económicos y a la impericia de nuestros gobernantes. Caído el comercio, cayó la industria, ni había brazos para ella, porque lo esencial entonces (lo digo de todas veras) no era tejer lienzo, sino matar herejes.

Por todas las causas hasta aquí indicadas, y además por la expulsión de los moriscos, grandes cultivadores del suelo, quedó atrasada la agricultura. Y llegamos a fines del siglo XVII con la población disminuida, sin agricultura, sin industria y sin comercio. Pero en cambio, habíamos sido el único pueblo de Europa que comprendió su deber en la época de la pseudo-Reforma; habíamos permanecido fieles al espíritu de nuestra civilización en todo y por todo; éramos tan cristianos y tan españoles en 1699 como en 1492; habíamos regalado a la civilización un mundo. Total, nos habíamos desangrado por la religión, por la cultura, por la patria. No debíamos ni debemos arrepentirnos de lo hecho. Por eso, ni V. ni yo renegamos de nuestros abuelos, sino que los admiramos en sus grandezas y los compadecemos en sus desdichas. Pero hay que tener sangre española en las venas, para sentir y entender esto. Los Perojos, Revillas y compañía, ni hablan nuestra lengua, ni son de nuestra raza.

¿Fue en lo científico y artístico siglo de decadencia el XVII? En unas cosas sí, en otras no. Por lo que hace al arte, no en el primer periodo, sí; en el segundo. Las maravillas de nuestras escuelas pictóricas pertenecen casi todas a ese siglo. Por lo que hace a la literatura, sí, en cuanto a la prosa y a la poesía lírica; no, en cuanto al teatro, cuya época de oro es el siglo XVII. Por lo que hace a la ciencia, sí, en cuanto a la teología que se sostiene con honra sin embargo; no, en cuanto al derecho que produce aún los Ramos del Manzano y los Fernández de Retes. Sí, en cuanto a la mística, cuya decadencia es manifiesta, aunque gloriosa; como que la cierran Sor María de Agreda y el P. Nieremberg. No, en cuanto a la crítica histórica, que cabalmente toca a su apogeo en los tiempos de Carlos II, fenómeno que sin duda sorprenderá al señor del Perojo, pero que a mí no me sorprende, porque es ley de la humanidad que cuando unos estudios suban, otros bajen. La crítica histórica en España había nacido muy a principios del siglo XVI con Vergara, que trituró y desmenuzó con segura mano las ficciones de Anio Viterbiense. A Vergara siguió considerable grey de escritores que se afanaron en trazar,

cada cual a su manera, los principios del arte histórico. Zurita los llevó a la práctica con tal éxito, que aún hoy asombra. Vino en seguida Ambrosio de Morales para constituir un verdadero aparato científico a la Historia de España, aplicando la numismática, la epigrafía, la diplomática, cuantas ciencias auxiliares halló a mano. Al lado de esta corriente crítica había existido, durante todo el siglo XVI, otra manera infantil y candorosa de escribir la historia, representada por cronistas generales, como Ocampo, y más aún por los crédulos biógrafos, historiadores de ciudades, etc. De ambas partes la elaboración era inmensa. Llega el siglo XVII y se inaugura con una serie estupenda de falsificaciones, que a muchos les escandalizan y asustan. Esos falsos cronicones son, como si dijéramos, los estudios prehistóricos de aquel tiempo, una tentativa para poner historia donde no la hay. Mas precisamente de esa tentativa escandalosa nace una reacción que ha de levantar nuestra crítica histórica al más alto punto. Los primeros intérpretes de ese movimiento son Pedro de Valencia en su fulminante informe sobre el pergamino de la Alcazaba, y el insigne Obispo de Segorbe, D. Juan Bautista Pérez. Crece la ola de las falsificaciones, y cuando parece haberlo inundado todo, surgen de un golpe, y se reúnen por instinto común, allá en los calamitosos tiempos de Carlos II, que muchos recuerdan con rubor, cinco o seis eruditos de tal calidad que para encontrarlos iguales, no mayores, hay que venir hasta el P. Flórez. Fueron (conviene no olvidarlo) fray Hermenegildo de San Pablo, D. Gaspar Ibáñez de Segovia, marqués de Mondéjar, D. Juan Lucas Cortés, D. Nicolás Antonio, el Cardenal Sáenz de Aguirre y el futuro deán de Alicante Manuel Martí. Y no fueron ellos solos; pero en estos cinco nombres, a los cuales puede agregarse el de Pellicer, después de su conversión, se cifran y compendian las grandezas críticas de ese periodo. Lo que esos hombres hicieron no hay necesidad de recordarlo; que no habrá erudito (si es español) que lo ignore. Sus obras se llaman la *Collectio Maxima Conciliorum Hispanice*, la *Bibliotheca Hispana*, la *Censura de Historias Fabulosas*, la *Bibliotheca Genealógico-Heráldica*, la *Themis Hispana*, las *Disertaciones Eclesiásticas*, la *Era Española*, las *Memorias de Alfonso VIII y de Alfonso el Sabio*, la *Disertación sobre el teatro de Sagunto...* en una palabra, el desbrozamiento de toda maleza, la luz llevada a todos los senos de nuestra historia política y eclesiástica, de nuestra cronología, de nuestra arqueología, de nuestra bibliografía, de nuestra jurisprudencia. ¿Va comprendiendo el Sr. Perojo que no andaban en cuatro pies los hombres del tiempo de Carlos II? ¿Se convence de que no éramos una nación de frailes, de beatas y de mendigos? ¿O es que no hay más estudios útiles que la astronomía y las matemáticas? Pero hay más, y es preciso decirlo. La raza de los humanistas no se había extinguido. La prosa y los versos latinos del deán Martí son un portento de pureza y de elegancia. Otro tanto acontece con los de su amigo Fr. Juan Interián de Ayala. Uno y otro hacían, además, con primor, versos griegos. Hoy nos extasiamos con las dos odas anacreónticas que forjó Leopardi; pero ciertamente que no superan, ni poética ni filológicamente, a una tentativa exactamente igual hecha por el P. Ayala. El deán Martí tradujo en dísticos griegos gran número de epigramas de Marcial; y, a lo que yo alcanzo, estas versiones, por lo poéticas y por lo concisas, son de gran precio. Otro famoso humanista, amigo de los anteriores, fue el trinitario fray Manuel Miñana, elegantísimo historiador en prosa latina. Estos tres escritores alcanzaron al siglo XVIII, pero se educaron y formaron y escribieron sus principales obras en los últimos años del XVII, es decir, en el ominoso periodo de marras.

Niegue el Sr. Perojo todos estos hechos, si le place. Niegue que en 1698 teníamos un matemático como Hugo de Omerique, a quien no se desdeñó de estudiar y de elogiar Newton. Niegue que por entonces se establecía en Sevilla una Academia de Medicina y Física experimental. Diga que fue broza todo lo que he citado, que dispuesto estoy a probarle que no ha hecho otro tanto la España del siglo XIX con todas sus

iluminaciones y grandezas. Otros estudios decayeron, ¡pero de qué manera! El último fulgor de los estudios orientales fue la brillante controversia de Pedro de Valencia y del P. Andrés de León. El último hebraizante ilustre es Trilles, que no encuentra sucesor digno hasta mediados del siglo XVIII, en Pérez Báyer.

A muchos les extrañará el oír que todavía se cultivaba la estética en los últimos años de la fatal centuria. Y sin embargo, entonces vieron la luz dos tratados de no poco precio, el Discurso de la hermosura y del amor, del conde de Rebolledo, y el libro De la hermosura de Dios, del P. Nieremberg, fieles entrambos a la gran tradición platónica de los León Hebreo, los Cristóbal de Fonseca, los Malon de Chaide y los Calvi. Luego, tampoco se interrumpió la historia de la ciencia en este punto.

¿Y no tuvo filósofos y pensadores el siglo XVII? Sí que los tuvo, y muy notables. Tuvo al sapientísimo Pedro de Valencia, que en su áureo libro De juicio erga verum mostró decidida tendencia al escepticismo de Sexto Empírico. Tuvo al infatigable peripatético Vicente Mariner, que dotó a la lengua castellana de una traducción completa, fiel y esmeradísima de Aristóteles. Tuvo a Isaac Cardoso, propagador eximio del atomismo gassendista, que enlazó con precedentes peninsulares. Tuvo al Obispo Caramuel, uno de esos portentos de sabiduría y de fecundidad que abruman y confunden el pobre entendimiento humano. Este hombre extraordinario proclamaba y seguía el libre examen filosófico, y estaba muy al tanto de todas las doctrinas cartesianas, gassendistas, etc. de entonces, doctrinas que discute, sin adoptarlas a tontas y a locas, como hacemos hoy con cualquier sistema extranjero. Tuvo a Uriel de Acosta, fogoso materialista, y a David Nieto, panteísta decidido en el tratado De la naturaleza naturante, y a Molinos, partidario de la aniquilación y del nirwana. ¿Ha leído el señor del Perojo la Guía Espiritual? Pues léala, y verá que aquel hereje no era ningún sacristán de monjas, y que su doctrina tiene más intrínquilis de lo que parece. Tuvo además el siglo XVII moralistas como Quevedo y Gracián, políticos como Saavedra, Hernández Navarrete y bastantes más, porque, como arreciaban los males de la monarquía, pululaban los arbitrios y los remedios, sin que faltasen economistas como Struzzi y Dormer que solicitasen la libertad de comercio.

Todo esto, más la pintura, la crítica histórica y el teatro, nos dejó en herencia el cuarto y más calamitoso de los siglos inquisitoriales.

El quinto, o sea el XVIII, nada tiene de inquisitorial, y por lo tanto es excusado hablar de él. Religiosa y políticamente, la dinastía francesa nos trajo grandísimas calamidades: el jansenismo y el enciclopedismo; la centralización y el cesarismo administrativo manifestados con hechos brutales, e inconcebibles casi, como la expulsión de los Jesuitas; la ruina completa de nuestras libertades provinciales que, a lo menos en la forma, habían respetado mucho más los reyes austriacos. Torcióse completamente el espíritu de la civilización española, torcimiento que dura aún por desgracia; no se combatió ya por el Catolicismo, sino por el pacto de familia; mudó de carácter la literatura; alteróse radicalmente la lengua. El Santo Oficio, la más española y castiza de nuestras instituciones, siguió la universal decadencia.

Su último acto de energía fue el proceso de Macanaz. Después, regalistas y jansenistas le oprimen, le anulan y le convierten en instrumento. De otra suerte, ¿se conciben siquiera los infinitos atropellos contra la Iglesia cometidos por los consejeros de Carlos III? Cuando hombres como Aranda y Roda podían con un decreto deportar Órdenes religiosas, llamar a juicio Obispos, anular fundaciones pías, ¿qué podía ser la Inquisición sino un nombre y una sombra? ¿Qué podía ser allá a los fines del siglo, cuando eran inquisidores Arce, Llorente y Villanueva? No se hable, pues, de la Inquisición del siglo XVIII, porque se reirán hasta las piedras.

Por fortuna, como la nación no estaba reducida a sus ministros, continuó su desarrollo literario y científico, que fue notable, aunque no tan español ni tan influyente como el de tiempos anteriores. Pero en muchas ciencias hubo evidente progreso, y otras renacieron, sin contar una, y es la filología, en que nos pusimos a la cabeza del mundo con Hervás y Panduro. Lástima que la España del siglo XIX no haya recogido la tradición gloriosa de aquel jesuita, y que alemanes y rusos sean los que hayan venido a continuarla. Y eso que no ha habido Inquisición en cincuenta años. Pero la había cuando se imprimió el Catálogo de las lenguas. ¿Si tendremos que convenir en que la Inquisición era gran medio para purificar la atmósfera y avivar los ingenios?

Ya lo ve usted; con el simple objeto de poner en claro la cronología inquisitorial embrollada de propósito por los adversarios, he tenido que tocar un poco de todo, lo cual no me pesa, porque así quedan sentadas las bases históricas que nos han de servir para resolver la cuestión magna. Ésta es la de la filosofía: pero como esta carta se va prolongando con exceso, y no es cosa de atropellar en cuatro líneas punto de tanta entidad, prefiero guardarle íntegro para una tercera epístola. Así como así, el engendro del Sr. Perojo es tan elavadito y tan mono, que lo mismo da cogerle por los pies que por el cogote. Salto, pues, provisionalmente, a la pág. 348, y sección cuarta, en que nuestro sabio comienza a hablar de las ciencias exactas y naturales.

Acostumbraban los malos predicadores de la época gerundiana, cuando les faltaba verdadero asunto o no sabían desarrollarle, acudir a ciertos registros o almacenes llamados Polianteas y Teatros de la vida humana. En tales fuentes hacían acopio de una erudición indigesta que propinaban luego, pegara bien o no, a sus cristianos oyentes. Por lo visto, el Sr. Perojo topó en Heidelberg con algún discípulo de estos predicadores, que le enseñó a las mil maravillas el susodicho método. Para escribir su kilométrico artículo, sepultose en alguna de esas Polianteas modernas que se llaman enciclopedias y diccionarios, se atarugó bien de vulgaridades y noticias de segunda mano, y las aderezó luego en forma de execrable almodrote. Con lo cual pensó haber puesto una pica en Flandes, y es seguro que dijo para sí: «¡Qué fácilmente se hace uno erudito en este siglo de las luces!» Ahora bien; todo ese castillo de naipes se viene a tierra con una observación sencillísima. No hay, no ha habido ni habrá en la tierra pueblo que en una misma época presente en igual grado de desarrollo todas las ramas del árbol de la cultura. Ni los griegos mismos, privilegiados dentro de la humanidad, consiguieron eso. ¿Cuándo florecen las ciencias naturales en Grecia? En tiempo de Aristóteles y de Teofrasto, es decir, en tiempos de decadencia literaria, cuando a los oradores empezaban a sustituir los retóricos semejantes a Demetrio Falereo, cuando la tragedia agonizaba, cuando a la vigorosa comedia antigua había sustituido la prosaica y burguesa (como ahora dicen) comedia nueva. ¿Cuándo florecen las matemáticas? En tiempo de Arquímedes y de Euclides, es decir, en tiempo de más general y señalada decadencia, desde la época alejandrina hasta la romana inclusive. Pues vamos a las naciones modernas.

La literatura alemana de los siglos XVI y XVII<sup>98</sup>, por lo que de ella alcanzamos con hastío y con asco los meridionales, o no existe, o es barbarie pura o pedantería insufrible. El Sr. Perojo habrá aprendido en Heidelberg a entusiasmarse con esos poetas tudescos, pero a los que en esos dos siglos produjimos Ariostos y Tassos, Cervantes y Calderones, Shakspeares y Miltones, Corneilles y Racines, nos crispa los nervios toda esa literatura hiperbórea. Total: que, para llegar los alemanes al punto a que han llegado en este siglo, con dirección buena o mala, que esto no es del caso, han tenido que pasar por doscientos años de ignominia literaria, en que italianos, españoles, franceses e ingleses podíamos llamarles a boca llena (y se lo llamábamos) bárbaros. ¿Carecía entretanto Alemania de todo género de cultura? Nada de eso: presenta grandes nombres

en ciencias naturales y humanidades; posee además algunos místicos... pero en cuanto a gusto, Dios le dé. La barbarie se mascaba. Pues veamos otro punto: ¿Dónde nació Copérnico? En Polonia. ¿Qué más dio Polonia en el siglo XVI? Nada, que sepamos. ¿Cuándo florecen Galileo y Torricelli en Italia? A principios del siglo XVII, cuando decaía a todo andar el gusto literario en la Península transalpina. ¿Cuándo nacen en Francia los Laplace, los Monge, los Lavoisier? En el siglo XVIII, época de espantoso descenso filosófico, teológico, moral y literario. ¿Dónde nació Franklin? En la América inglesa. ¿Que literatura, qué filosofía, qué crítica histórica poseían entonces aquellas colonias? Ninguna.

Y siempre lo mismo, porque es justo designio de Dios que las ciencias peregrinen de unas gentes a otras. A veces sucede que tres o cuatro o cinco de ellas se encuentran en el viaje, pero todas jamás coinciden. Y esto ha sucedido en España.

En los tiempos medios florecen aquí la astronomía y las matemáticas. En cambio, nuestra literatura de esos tiempos es ruda e incompleta aún; nuestra teología no llega ni por asomo, a la que tuvimos en el siglo XVI. Humanidades no podía haberlas; los estudios históricos estaban asimismo en la infancia. Por el contrario, en el siglo XVI florecen la teología, la filosofía, la jurisprudencia, las humanidades, la medicina, la poesía lírica, la prosa; y decaen los estudios matemáticos y astronómicos. En el XVII imperan el teatro y la crítica histórica, y decaen la teología y otras ciencias, decaen la poesía lírica y la prosa. En el XVIII desaparece, o poco menos, el teatro, renacen la lírica y la prosa, falta casi del todo la teología, cultívanse con empeño las ciencias naturales, prosigue su camino la crítica histórica, y nace con Hervás, la filología comparada, y con Andrés la historia literaria. Y éste es el giro constante y perenne que han llevado las ciencias en nuestro suelo. Hasta podemos decir que somos afortunados entre todos los pueblos de la tierra, pues, más o menos, y en una época o en otra, lo hemos tenido todo. Con lo cual quedan, ipso facto, invalidadas todas las deducciones que el señor del Perojo saca malamente del menor adelanto de algunas ciencias en diversas épocas, atraso reconocido por mí una porción de veces. Ahora voy a hacer algunas observaciones de pormenor sobre el fárrago perojino.

Astronomía. En ésta se detiene con particular predilección, haciendo grandes y justos encomios de la ciencia árabe y hebrea, en todo lo cual estamos conformes. También lo estoy en cuanto a las Tablas Alfonsinas, y todo lo demás que luego dice. Hay, sin embargo, en este párrafo dos lapsus de cuantía: primero, suponer que nuestros padres, antes de la infiltración del saber semítico, no tenían otra cosa recomendable que su fe cristiana. Éste es un despropósito que no merece respuesta. Los cristianos conservaban en cuanto a ciencia nada menos que la tradición isidoriana; y ni un momento se interrumpió durante la Edad Media el estudio de las Etimologías. En los tiempos más calamitosos, en el siglo VIII y en el IX, vive, y no sin gloria, la ciencia española. Los muzárabes cordobeses, San Eulogio, Álvaro, Sansón, Spera in Deo, conservan por su parte el tesoro de las antiguas enseñanzas. Que entre los cristianos no sometidos duraban de igual modo las ciencias teológico-filosóficas, nos lo demuestran Elipando y Félix, Heterio y San Beato de Liébana, Claudio de Turín y Prudencio Galindo. Repito que hay en el mundo algo más que astronomía. Prescindamos, por otra parte, de la opinión eruditamente sostenida por nuestro Simonet y otros orientistas, según los cuales, mucha de la que pasa por ciencia árabe es ciencia mozárabe y de cristianos renegados, de suerte que, en vez de infiltrarse el saber árabe (que al tiempo de la conquista no era gran cosa) en el pueblo vencido, se infiltró en el pueblo vencedor la poderosa ciencia hispano-romana de la era visigótica. Alguna exageración habrá en esto, pero hay hechos que hablan muy altos y por otra parte, sábese muy bien hoy que Gerberto (después Silvestre II) no se educó con los árabes, como parece indicar el Sr.

Perojo, sino bajo el magisterio de Ato o Athon, obispo de Vich, en Cataluña, es decir, en la parte de España que menos tiempo estuvo sometida y menos participó de la influencia sarracena; y lo que Athon le enseñó, no pudo ser otra cosa que la ciencia isidoriana, mejorada y ampliada.

El segundo lapsus es la inocente repetición de aquel cuento de viejas con que historiadores sin crítica pretendieron oscurecer el nombre de Alfonso el Sabio, cuento que han repetido otros en son de elogio. ¿Qué cronista contemporáneo del Sabio Rey asevera semejante patraña? ¿Cómo había de decir Alfonso la blasfemia que se le atribuye, él, que, lejos de ser despreocupado, o sease impío, cantaba con la devoción más pura y candorosa los loores de Nuestra Señora; él, que, como legislador, tan altos puso los derechos de la Iglesia? ¡Ah! No busquen los contemporáneos antecesores tan ilustres como Alfonso el Sabio.

Resumen de lo que el Sr. Perojo dice en esta sección: «En astronomía fuimos los maestros de Europa.» Y luego añade: «Decaímos en el siglo XVI.» Y pregunta ¿por qué? sin reparar que él ha respondido pocas líneas antes con decir: «Es difícil mantener ab æterno, esta posición, porque las ciencias no se casan con ningún pueblo, y no siempre habíamos de guiar al mundo.» Pues ¿qué es esto sino lo que decimos nosotros? A todo gran desarrollo sigue inevitablemente la decadencia; y cuanto mayor es el primero, más terrible es la segunda. Todo lo cual equivale a decir que la astronomía, que había estado algunos siglos entre nosotros, se fue a visitar otros países; y en cambio vinieron a nuestra casa huéspedes nuevos. Ni más ni menos.

Lo de la Inquisición (repítolo por centésima vez) es falso. La Inquisición española no persiguió a ningún astrónomo. Cíteme uno el Sr. Perojo, y le daré las gracias. Lo demás es andarse por las ramas. Nosotros no fuimos los que condenaron el sistema de Copérnico, hasta que vino de Roma el decreto de la Congregación Apostólica que prohibía enseñarle como tesis. Entonces hicimos lo que todo el pueblo católico, someternos. Hasta entonces la Inquisición no había tomado cartas en el asunto, y más de un español había enseñado y defendido el sistema famoso. Ahí está Diego de Estúñiga en su Comentario a Job, que no me dejará mentir. Cuando Roma condenó el trozo de este libro que se refiere al sistema del mundo, la Inquisición (que hasta entonces le había dejado correr sin reparo) le puso en sus índices con la frase donec corrigatur, pero advirtiéndole que no era prohibición suya, sino de la Santa Sede, con lo cual ni prejuzgaba la cuestión ni hacía otra cosa que cumplir una orden superior.

Lo de cum tali opinione clament debe ser otro desatino como la causa efficientis, porque no hace sentido, o hace otro diverso y contrario del que el Sr. Perojo supone. Gritar con una opinión será favorecerla. Probablemente el autor de donde tomó esta frase el señor del Perojo, diría contra talem opinionem clament, y mejor acaso clamant, porque aquí está fuera de su lugar el subjuntivo. Pero si dijo lo que el Sr. Perojo supone, dijo también una verdad como un templo, porque hubo españoles que clamaron con Copérnico, es decir, que siguieron su sistema. No será la primera vez que, por ausencia de latinidad, dice un sabio de la Contemporánea lo contrario de lo que se propone decir.

No fuimos de los que perseguimos a Galileo, ni sé de dónde ha sacado el señor del Perojo tan estupenda noticia. A Galileo le procesó la Inquisición romana, y si en el tribunal había algún español, no por eso diremos que a Galileo le procesó España, porque ni uno, ni dos, ni veinte españoles, y más estando fuera de su tierra, son España.

Y a propósito de Galileo, no sé cómo el señor del Perojo concebirá el desarrollo de las ciencias astronómicas en Italia, donde se procesó a un copernicano y se quemó a Giordano Bruno, que también lo era. Aquí tendría alguna probabilidad su teoría; pero los hechos lo contrarestan, porque los hechos son ultramontanos.

Lo demás que el señor del Perojo dice de la astronomía, se reduce a una sarta de nombres de astrónomos, que empieza en Copérnico y acaba en Arago, a una declamación ridícula contra la mil veces maldita Inquisición (que sin duda le habrá dado muchos disgustos), y a algunos insultos contra Laverde y contra mí, de los cuales hago caso omiso.

Matemáticas. Otra disertación sobre la ciencia árabe, tan pedantesca e impertinente como la anterior. Mucha cita del *Al-gebr we'l mukabala* de Alkhowarezmi, advirtiéndome en una nota que *almukaba* significa oposición. ¿Sabe árabe el señor del Perojo? Pues si no lo sabe escriba esos títulos en cristiano, como hacemos los demás, y no se empeñe en echarnos humo a los ojos, convertido en nuevo D. Hermógenes. Y, a propósito, tampoco estaría de más y éste es aviso para él y para otros) que en la transcripción de los nombres arábigos siguiese la costumbre y la práctica de nuestros orientistas y no se empeñase en ponerlos a la tudesca, porque siendo ellos de suyo enrevesados y confusos, trascritos de esa manera cruda y bárbara, llegan a ser ininteligibles, a más de no haber oreja castellana que los resista. Cómo se traducen al castellano los nombres morunos, ya lo enseñó Fr. Pedro de Alcalá, y recientemente lo ha explanado mi buen amigo Eguilaz, que sabe lo que se pesca en tales cosas. Pero precisamente los que menos árabe saben son los que más empeño tienen en dar formas exóticas y desusadas a las palabras de aquella lengua introducidas en el habla común, para dejar a los profanos estáticos ante tal erudición aljamiada.

En cuanto a las persecuciones de científicos y pensadores, lo de siempre: cíteme uno sólo, y veremos.

Usted comprenderá bien cuán desvariada es la manera de discurrir de estos señores. La Inquisición no impidió que brotase en nuestras escuelas el congruismo, sistema teológico referente, a un punto delicadísimo, el de la gracia, y esto con los protestantes a la puerta. La Inquisición no impidió que se enunciasen libremente atrevidas ideas filosóficas. La Inquisición permitió en política defender el gobierno democrático, la soberanía popular y el tiranicidio. La Inquisición permitió discutir la autoridad de la Vulgata. La Inquisición no impidió a nuestros críticos relegar al país de las quimeras multitud de Santos y de mártires, con cuyas reliquias se envanecían muchas ciudades. La Inquisición permitió atacar el mal gobierno y los errores administrativos. La Inquisición consintió todo género de licencias al teatro, a la novela y a la sátira. ¡Y habla de meterse la Inquisición con los pobrecillos matemáticos, que son la gente más inofensiva de la república de las letras! ¿Qué importa que algún fraile ignorante confundiese a los matemáticos con los astrólogos judiciales? La Inquisición sabía distinguirlos.

Sigue otra sarta de matemáticos de las siete partidas del mundo, y como entre ellos no va incluido ningún español, el señor del Perojo triunfa y se recrea en su obra, y clama contra la Inquisición que quemó a tanta buena gente, toda, ya se ve, de genio colosal<sup>99</sup>. Y luego nos cita como autoridad excepcional en materia de bibliografía matemática al Sr. Echegaray. ¡Por los clavos de Cristo! ¿Cómo ni por dónde ha adquirido el Sr. Echegaray autoridad entre los bibliógrafos españoles? Podrá el Sr. Echegaray hacer llorar a diputados progresistas con el descubrimiento de la trenza incombustible, o sustituir el Catecismo del P. Astete con las nebulosas, o crispar los nervios del auditorio en dramas a lo Bouchardy, tejidos de horrores morales, apagaduras de luz, engendramientos por sorpresa, y puñalada final a modo de sangría de barbero; pero ¿cuándo se ha visto citado su testimonio en asuntos de bibliografía ibérica? ¿Y qué nos dice el Sr. Echegaray en el párrafo de su discurso que copia el Sr. Perojo? Pues nada en sustancia: que fue a buscar matemáticos al índice de Nicolás Antonio, y que encontró libros de cuentas y geometría de sastres. Yo me contentaré con observar:

1.º Que el Sr. Echegaray no encontró nada, porque si no vio más que los títulos de los libros, mal pudo saber (ni por adivinación) su mérito o demérito.

2.º Que en ninguna rama de bibliografía española podemos atenernos únicamente a la autoridad de Nicolás Antonio, porque Nicolás Antonio era un hombre solo, y su trabajo, aunque titánico e incomparable, adolece de inevitables errores y omisiones. Enterado saldría de la historia del teatro español el que fuese a buscarla a Nicolás Antonio. También es una y menguada la página del teatro en el índice de nuestro insigne bibliógrafo, y precisamente el teatro español es el más fecundo y copioso de la tierra. La misma pobreza se nota en la sección de novelistas, y en la de traductores, y en la de humanistas, y en la de escritoras, y en la de filósofos, y en las de botánicos, y en la de historiadores, y en todas aquellas, finalmente, que han sido exploradas hasta ahora, o en las que yo he explorado personalmente. Y puede afirmarse que en las secciones donde está más completo, Nicolás Antonio presenta tan sólo la mitad de la riqueza positiva, y en el mayor número de secciones, una tercera parte escasa. Los dos voluminosos tomos impresos del Ensayo de Gallardo constan en la mayor parte de títulos omitidos por Nicolás Antonio. Y así de los demás.

3.º Que tampoco debió contentarse con ver el índice, sino acudir a los artículos mismos, donde se da mayor noticia de cada libro.

4.º Que tampoco es exacto que todos los títulos allí registrados sean de libros de cuentas ni de geometrías de sastres. No son geometrías de sastres las obras de Pedro Núñez, ni es libro de cuentas la Algoritmia de Pedro Ciruelo, ni son para despreciados los siete u ocho comentarios de Euclides que allí se registran, ni creo que merezcan desprecio las obras de Fernández de Medrano, de Caramuel y del P. Zaragoza. Yo no entiendo de matemáticas (porque el entender de todo se queda para la escuela del Sr. Perojo), y no le podré decir con seguridad si alguno de los nombrados y de los que omito trajo algún progreso a la ciencia o la dejó como estaba, porque para esto sería preciso conocer la ciencia, y yo no la conozco. Sin duda por tal razón me suenan poco en el oído los nombres de esos Pretorius, Stifel, Reise, Van Colén y Metins que él cita como grandes matemáticos extranjeros del siglo XVI. Allá en su tierra serán muy conocidos esos caballeros; pero lo que yo puedo decir es que Núñez, Ciruelo y algún otro tuvieron en su tiempo tanta notoriedad como cualquiera de ellos, y que sus libros se imprimían y traducían, y corrían grandemente en tierras extrañas, lo cual, siendo geometría de sastres, no tiene explicación plausible.

Y a propósito de los matemáticos españoles modernos, no sé de dónde haya sacado el Sr. Perojo que son la mejor antítesis de los del siglo XVI.

Lo que los profanos vemos en España son hombres doctos y serios, que parecen estar al corriente del estado de la ciencia en otras partes; pero de ninguno sabemos que haya descubierto la cuadratura, ni asombrado al mundo con ninguna demostración inaudita. Fuera de Rey Heredia que (al decir de los que entienden estas cosas) mostró verdadera originalidad de pensamiento en la Teoría de las imaginarias, no sé que ninguno haya escogitado cosa nueva digna de particular memoria. Quizá Lanz, y algún otro de principios del siglo, tenía asimismo genio inventivo; pero de entonces acá (con la excepción antedicha), no sé que hayamos tenido más que buenos calculistas y buenos expositores.

Química. Nueva disertación sobre la ciencia árabe, y luego una serie de errores de grueso calibre respecto a los alquimistas españoles. Todo el mundo sabe que la Clavis Sapientiae, atribuida al Rey Sabio, es apócrifa; que es apócrifo el descubrimiento del ácido nítrico, por Ramón Lull; que son apócrifos todos los libros de alquimia publicados a nombre del gran pensador mallorquín, y que está en el aire la autenticidad de la mayor parte de los atribuidos a Arnaldo de Vilanova, a quien llama Villanueva el señor del

Perojo. Mi doctísimo amigo don José R. de Luanco demostró irrefragablemente, ante la Academia de Ciencias Naturales de Barcelona: 1.º, que Raimundo Lulio jamás creyó en los trampantojos de la Crisopeya, ni siquiera en la posibilidad teórica de la transmutación; 2.º, que sus obras están llenas de invectivas contra los alquimistas; 3.º, que los tratados susodichos son un laberinto de anacronismos y contradicciones, y están llenos de fechas y alusiones a cosas posteriores a la muerte de Raimundo Lulio; 4.º, que las operaciones químicas atribuidas a éste no están apoyadas por ninguna autoridad sólida; 5.º, que el ácido nítrico y la destilación alcohólica se conocían mucho antes de R. Lulio.

Y yo añadiré que los tratados alquímicos de A. de Vilanova (que real y verdaderamente fue alquimista) son, en gran parte, y con uno o con diversos títulos, los mismos atribuidos a Raimundo, y les cogen muchas veces las mismas razones de ilegitimidad, aunque no a todos. Luanco sospecha asimismo que el Raimundo alquimista fue real y verdaderamente Raimundo de Tárrega. Pero ya se ve, los libros alemanes del Sr. Perojo dicen otra cosa, y no es vergüenza desconocer los trabajos de la erudición española y seguir llamando alquimista a Raimundo Lulio. Los libros trasmutatorios atribuidos a éste, así como a Alberto el Magno y a Santo Tomás, son tan auténticos como el Testamento de Hermes Trimegistro. Fueron falsificaciones de alquimistas proletarios que quisieron escudarse con aquellos grandes nombres, y por eso un mismo tratado anda a nombre de varios autores.

De los metalurgistas, dice el señor del Perojo que acabaron en Bernal Pérez de Vargas, olvidando varias cosas: 1.º, que la obra *De re metallica* pertenece al siglo XVI, ya muy entrado, como que está dedicada al príncipe don Carlos, hijo de Felipe II; 2.º, que aunque obra notable, tiene originalidad escasa y está tomada en sustancia de Jorge Agrícola; 3.º, que hay otros metalurgistas españoles contemporáneos y posteriores a Pérez de Vargas, y de mayor originalidad que él, especialmente Álvaro Alonso Barba.

La Inquisición no acabó con la química, por la sencilla razón de que no había verdadera química entonces. La metalurgia floreció bastante. Y luego, la Inquisición no perseguía (que sepamos) a los químicos.

Sigue la lista consabida, a la cual quizá no fuera inoportuno añadir, por lo menos, el nombre de Carbonell. Quede para los doctos el resolverlo.

Física. No hay más que una lista de nombres, a la cual se puede contestar: Quedamos enterados. Y no sé por qué falta en ella Salvá, a quien se debe algo más que atisbos de una invención de primer orden, como recientemente ha demostrado la Academia de ciencias de Barcelona.

Zoología. Bajo este título habla también el Sr. Perojo de los botánicos, como si las plantas fuesen animales. En lo demás tenemos la canción acostumbrada: grandes ponderaciones del estado de la ciencia en la Edad Media, grandes lamentaciones de la tiranía inquisitorial que la ahogó. Y yo digo que el verdadero desarrollo de la zoología y de la botánica españolas no se verifica sino en el siglo XVI, con los Oviedos, los Acostas, los García de Orta, los Monardes, los Hernández, que se suceden durante todo aquel siglo. Si el movimiento cesa o se va disminuyendo y no se continúa hasta el siglo pasado con los Ortegas, los Mutis, los Quer, los Cavanilles y los Lagascas, la culpa no es de la Inquisición, que no persiguió a ningún naturalista. No se hable de ciencia zoológica en la Edad Media. Aunque a los tres autores citados por el Sr. Perojo añadamos otros, y especialmente Fernando de Córdoba, que aventuró una clasificación ictiológica; aunque busquemos los autores de libros de caza, y todas las fuentes directas e indirectas que pueden hallarse, todo ello es nada respecto a lo que se hizo en el siglo XVI. Tenemos, pues, que la zoología y la botánica se desarrollan en el siglo inquisitorial por excelencia, como se desarrolla la metalurgia y un poco también la

mineralogía, de todo lo cual la Edad Media estaba en ayunas. Total, que las ciencias decadentes son la astronomía y las matemáticas, pues la física no existía como ciencia empírica y aparte. En cuanto a la química, ya he dicho que es grilla la mayor parte de lo que se cuenta de nuestros alquimistas, y que no hubo ciencia seria y formal de los metales hasta el siglo XVI con Jorge Agrícola, cuyos principios adoptaron en seguida los nuestros. Conque la decadencia se reduce a astronomía y matemáticas, es decir, a dos ciencias que se reducen a una sola. Pero en ese tiempo hubo filosofía, hubo teología, y jurisprudencia, y medicina y otras cien cosas más. Y a propósito de la medicina, ¿como se concibe su desarrollo sin el de las ciencias naturales?

Observe usted una cosa. En todas las ciencias que en el siglo XVI estaban adultas y formadas, tuvimos hombres de primer orden, porque nadie negará que lo fueron Luis Vives, Melchor Cano, Domingo de Soto, Arias Montano, Suárez, Nebrija, el Brocense, Vallés, Laguna, Antonio Agustín, Fr. Luis de León, etc. En las que estaban en la cima, como la zoología y la botánica, tuvimos lo que podíamos tener: observadores diligentes y concienzudos, comparables a cualquier extranjero de su siglo. Por eso en la lista de zoólogos y de botánicos que da el Sr. Perojo, noto la omisión de siete u ocho españoles, a quienes la ciencia debe mucho. ¿Qué nos faltó pues? Astrónomos y matemáticos, es decir, lo que habíamos tenido en la Edad Media.

Nada diré de aquella barrabasada del Sr. Echegaray sobre los libros místicos y los casos de conciencia. ¡Desdichado el que no concibe en el mundo más que ecuaciones y cotangentes! El alma humana tiene abismos más insondables que todos los abismos de la materia, y con frecuencia solían poner el dedo en la llaga esos místicos y casuistas.

En la carta siguiente hablaré de la filosofía española.

Suyo siempre buen amigo,  
M. MENÉNDEZ PELAYO.

- III -

VENECIA, MILÁN 9 de Mayo de 1877.

Sr. Director de La España.

Mi buen amigo: Hora es de terminar con la famosa «perojada.» Comprendo que he incurrido plenamente en la necedad de contestarle largo y tendido, pero ya no tiene remedio, y lo que conviene es acabar pronto.

En la tercera sección de su artículo habla el señor del Perojo de la filosofía española, y decide ex cathedra que no tuvimos «tradición» y que no hay enlace entre los filósofos. Sobre esto me remito a lo que dije en la carta a usted escrita hace veinte días, y publicada en La España. A continuación llama «erróneas, sin razón ni criterio» a las clasificaciones de filósofos que hacemos Laverde y yo, y propone por su parte otra, con gran satisfacción. Divide, pues, la historia de la filosofía española en tres periodos.

1.º ¡Grupo en que comprendemos (dice) cristianos y paganos: San Isidoro, Séneca y Columela.

2.º Árabes y hebreos.

3.º Escolásticos y neo-platónicos.

El desatino del primer miembro de la división salta a la vista. ¿Cómo es posible identificar a cristianos y paganos cuando está por medio nada menos que el cristianismo? Pero lo más original es poner a San Isidoro antes de Séneca, y comprender entre los filósofos a Columela, que escribió únicamente de agricultura. Esto de meter el libro *De re rustica* entre los de filosofía, nos recuerda el caso de aquel bibliógrafo que puso entre los libros de matemáticas un tratado de cálculos... de la vejiga, o el de Auberto Mireo, que incluyó entre las obras que tratan de los deberes del cura párroco, el

Pastor Fido de Guarini. Al menos, éstos tuvieron alguna disculpa por el sonsonete de los títulos. ¡Si tendrá bien leído a Columela el señor del Perojo! Y en cambio omite a los verdaderos filósofos de este periodo, cuales fueron (prescindiendo de Séneca y San Isidoro) el gnóstico Prisciliano, que hizo un sincretismo de todas las herejías anteriores, como observa San León el Magno en la epístola donde largamente expone los errores de aquel heresiarca; Prudencio, autor del bello poema filosófico de la Psicomaquia y del de la Hamartigenia; Liciniano, cuya carta sobre el alma es de originalidad e importancia no pequeñas; Prudencio Galindo, digno de honrosísima memoria por su libro De la predestinación contra Escoto Erígena. Éstos y otros varios que pueden citarse son verdaderos pensadores, no Columela, escritor elegantísimo de las cosas del campo.

Luego habla de los árabes y de los hebreos, y elogia justamente sus méritos, aunque cometiendo el error imperdonable de afirmar que, mediante ellos, resucitó en Europa el pensamiento filosófico. Pues qué, ¿no habían tenido pensamiento filosófico, en bien y en mal, Escoto Erígena y Prudencio, Berengario y Lanfranco, San Anselmo de Cantorbery y Roscellino, Guillermo de Champeaux y Pedro Abelardo, Gilberto de la Porrée y Hugo de San Víctor? ¿Debieron algo a la ciencia árabe? ¿Cuándo nos veremos libres de esa manía de judíos y de moros!

Entre los nombres de filósofos que el señor del Perojo cita (casi todos mal, según su sistema), los hay que no fueron españoles, como Al-Gozel que será Algazel, el cual real y verdaderamente nació en el Khorasan, y Avicena. En cambio, se le quedó en el tintero nada menos que Avempace. Ni tampoco hace distinción alguna entre árabes y judíos, siendo así que los segundos rayaron mucho, más alto que los primeros, como lo demostrarán, a falta de otros nombres, Avicebrón, Jehuda-Ha-Leví, y Maymónides. De los dos primeros hace también caso omiso. Al terminar este párrafo hay otro descubrimiento estupendo: el referir a los árabes y hebreos «el origen de nuestra mística.» Por amor de Dios, ¿cuándo de las tinieblas ha salido la luz? ¿La mística española es, por ventura, cosa distinta de la mística cristiana? ¿No son biten sabidos sus orígenes? ¿No tuvo la Iglesia una serie de místicos desde los primeros tiempos? ¿No hay misticismo en San Agustín? ¿No fueron místicos Hugo de San Víctor, Gerson, San Buenaventura? ¿No se amamantaron en las obras atribuidas por error al Areopagita? Nuestra mística sólo difiere de la de la Edad Media en la perfección artística y en un poco de platonismo que entró durante el Renacimiento. ¿Cómo, de sistemas francamente panteístas, cual los de Avicebrón y Maymónides, había de salir una escuela mística «ortodoxa?» Es seguro que nuestros místicos no supieron el nombre de «Rabbi Moseh» sitio por las referencias de León Hebreo. Fr. Luis de León, el único de ellos que conocía a los rabinos, no presenta vestigio de más influencia semítica que la de la Escritura. Y lo mismo los restantes. En cuanto a los «alumbrados» y «quietistas», es decir, a los «místicos heterodoxos», ninguno de ellos sabía árabe ni hebreo, y aunque coinciden en ciertas doctrinas, es coincidencia casual y derivada de leyes generales del pensamiento humano, y de leyes particulares del pensamiento ibérico. Juan de Valdés es «místico» también, y místico «heterodoxo»; pero forma campo aparte. Desciende, por línea recta, de los místicos alemanes, aparte de su originalidad, que es grandísima.

El tercer grupo, el de «escolásticos» y «neo-platónicos», está horrorosamente formulado, aunque él nos acusa de «confusión horrible» en las clasificaciones que hacemos. ¿Quién le ha dicho al señor del Perojo que son «escolásticos» y «platónicos» todos los filósofos españoles del siglo XVI? ¿Son «escolásticos» «ni neo-platónicos» los «peripatéticos clásicos?» ¿O cree el Sr. Perojo que son una misma gente todos los que en el mundo han invocado el nombre de Aristóteles? Pues medrado está, de veras. Por esta regla Alejandro de Afrodisia y Averroes, Avempace y Santo Tomás, Pomponazzi y Suárez, Escoto y Núñez pertenecen a la misma escuela y caben en el

mismo saco. Y, en efecto, todos son «peripatéticos.» Pero apurado se ha de ver el Sr. Perojo para conciliar a los que afirman la eternidad del mundo y a los que la niegan; a los que dudan de la inmortalidad del alma y a los que la afirman; a los que defienden el intelecto «único» y a los que le suponen «múltiple», et sic de cœteris. Hubiera ido el señor del Perojo a uno de aquellos cultos ingenios del Renacimiento, que se llamaban «peripatéticos helenistas», a Melancton, por ejemplo, o a Gouvea, o a Juan Ginés de Sepúlveda, o a Gaspar Cardillo, a decirles que eran «escolásticos», y vería qué cara le hubieran puesto. ¿No se le ocurrió siquiera decir, en vez de «escolásticos», peripatéticos», y salvaba, en apariencia, la dificultad, aunque juntando cosas irreductibles?

Y continuo diciendo: ¿Es «escolástico» ni neo-platónico Gómez Pereira? ¿Lo es Francisco Vallés en su segunda época, es decir, en la Philosophia Sacra? ¿Lo era el Brocense, que llegó hasta a aborrecer el nombre de Aristóteles, sin ser platónico por eso? ¿Lo son Huarte ni doña Oliva? ¿Lo es Sánchez el Lusitano? ¿Lo son Pedro de Valencia e Isaac Cardoso, etc., etc.? Porque de esta manera iríamos sacando, gente que está fuera de la «clasificación» del señor del Perojo. Precisamente «neo-platónicos» decididos no hay más que uno, León Hebreo. Foxo Morcillo es en muchas cosas «aristotélico», y lo mismo Fernando de Córdoba, que le precedió en medio siglo. Los que más participan del «platonismo», en cierto sentido, son los místicos.

Vamos a ver por qué son erradas nuestras clasificaciones. Niego desde luego que en ellas están confundidos «horriblemente» partidarios de sistemas distintos. Los dos o tres errores de «por menor» que hay no los sabe «ni los puede saber» el señor del Perojo, pero yo los mostraré luego.

Todo el mundo ha venido considerando, por espacio de tres siglos, al «lulismo» como sistema aparte. Ni los lulianos han entrado en otras sectas, ni otras sectas han recibido a los lulianos. El señor del Perojo habla de Lulio sin conocimiento alguno, y cree que su sistema se reduce a una combinación de nombres. Si el tiempo que ha gastado en leer librotos alemanes lo hubiera empleado mejor, sabría a qué atenerse en este punto. Si hay en la Edad Media una creación original, completa y coherente en todas sus partes, es la de nuestro mallorquín, hombre de «genio verdaderamente divino», como le llamó Giordano Bruno. El «arte cabalístico» es lo menos de su filosofía, y sólo a ojos llenos de telarañas puede aparecerles otra cosa. Eso que el señor del Perojo llama «combinación de nombres» es un ingenioso y, en gran parte, nuevo sistema de lógica. ¿Y qué es la «lógica» sino el «Método» y la «forma», es decir, más de media filosofía? ¿Y una escuela que emplea procedimientos lógicos, distintos de los comunes, no está por este solo hecho bastante separada de las demás? Pues ¿en qué se diferencian «peripatéticos» y «baconianos» sino en la «lógica?» ¿Cree además el señor del Perojo que sólo de lógica discurrió y escribió Raimundo Lulio? Pues se equivoca grandemente. ¿Qué es lo más alto de la filosofía? La Teodicea, sin duda alguna. Pues Lulio tiene una Teodicea con ideas atrevidas (a veces demasiado atrevidas) y originalísimas. ¿Quiere saber el señor del Perojo como expone el filósofo mallorquín la doctrina de las relaciones entre la fe y la ciencia, punto capital, si hay alguno en filosofía? Pues sin más trabajo que ir al capítulo 63 del Ars Magna, verá que, según el pensador del monte Randa, «la fe está sobre el entendimiento, como el aceite sobre el agua. El hombre que no es filósofo cree que Dios es: el filósofo entiende que Dios es. Con esto el entendimiento sube con la intelección a aquel grado en que estaba por la creencia. No por esto se destruye la fe, sino que sube un grado más; como si añadiésemos agua en el vaso, subiría sobre ella el aceite. El entendimiento alcanza naturalmente muchas cosas. Dios le ayuda con la fe y entiende mucho más. La fe dispone y es preparación para el entendimiento, como la caridad dispone a la voluntad para amar el primer objeto. La fe

hace subir el entendimiento a la inteligencia del ser primero. Cuando el entendimiento está en un grado, la fe le dispone para otro, y así de grado en grado hasta llegar a la inteligencia del primer objeto, y reposar en él, identificándose la fe y el entendimiento... El entendimiento (dice en otra parte) es semejante a un hombre que sube con dos pies por una escalera. En el primer escalón pone el pie de la fe, y luego el del entendimiento, cuando el pie de la fe está en el segundo, y así va ascendiendo gradualmente. El fin del entendimiento no es creer, sino entender; pero se sirve de la fe como instrumento. La fe es el medio entre el entendimiento y Dios. Cuanto mayor sea la fe, más crecerá el entendimiento. No son contrarios entendimiento y fe, como al andar no es contrario un pie al otro.»

Esta doctrina peligrosa, por no decir «heterodoxa», pero profesada de buena fe por un mártir y bienaventurado; esta doctrina alta, profunda, ingeniosa, pero en la cual se confunden dos órdenes de verdades que están perfectamente distinguidos en la doctrina tomista; esta doctrina de la «fe propedéutica», ni era adoptada en el siglo XIII, ni puede negarse que es trascendentalísima, y separa a Raimundo Lulio de todas las corrientes escolásticas de su tiempo. Y cuenta que no es un pasaje aislado, sino uno de los puntos cardinales de su doctrina, punto que él desarrolla donde quiera con particular fruición, y que es su grande argumento contra los averroístas que distinguían la verdad teológica de la filosófica, aseverando que una cosa podía ser verdadera según la fe, y falsa según la razón. A este error monstruoso e impío contesta Lulio con la soberana concepción que hemos visto, cayendo, es verdad, en el error opuesto, por no advertir que la identificación de fe y ciencia, en los términos que él la establece, equivale a la destrucción de la primera. Pero ¿de cuántas escuelas alemanas modernas, de carácter teosófico, no puede descubrirse la filiación en esa doctrina?

Y doctrina es que informa toda la filosofía de Raimundo Lulio, desde la metafísica hasta la moral, y hasta los últimos ramos del Arbol scientiæ. De ahí su «unidad» que responde a la «unidad de la ciencia», tal como la concebía Lulio, con dos medios de conocer que se reducen a uno solo. Esa teoría es el centro a donde convergen todos los radios de la doctrina luliana. «Dios no es parte, es todo», dijo Lulio en París; y estas palabras, bien entendidas, dan la clave de su sistema, fundado sobre «la verdad única», de la cual a veces está a pique de pasar a «la única sustancia.»

Por lo demás, los pasajes que se refieren a la doctrina antedicha abundan tanto en sus obras, que abriendo a la ventura el grueso volumen luliano que llevo en la maleta 100 he tropezado con el texto que traduje, y sé bien que por cualquier tratado que hubiera abierto el libro, me hubiera acontecido otro tanto. Tiene además Raimundo Lulio notabilísimas doctrinas «psicológicas, morales y políticas», enlazadas todas con su «metafísica» y con su «lógica.» Si todo esto, y el haber tenido la ciencia luliana cátedras aparte y haber sido considerada como «escuela y sistema» por hombres como Cisneros, Juan de Herrera, Cornelio Agripa, Giordano Bruno e Ibo Salzinger, no basta para que la demos ese nombre, allá se las haya el Sr. Perojo. Será en todo caso una disputa de nombres ociosa y ridícula. Es doctrina, y doctrina importante y en partes nueva, la de Lulio; ha tenido hasta el siglo pasado «representación visible y oficial» (digámoslo así) en Mallorca; ha promovido acres polémicas y contado gran número de secuaces, todos los cuales se han honrado con el título de «lulianos», y esto en toda Europa... y sin embargo, no es «escuela.» Venga Dios y véalo.

¿Y dónde está la «horrible confusión» en los que señalamos como discípulos de Lulio? Invalídeme el Sr. Perojo un solo nombre, y veremos. Hay uno, sin embargo, que está fuera de su lugar, aunque él ni lo ha notado ni podido notarlo. Es Fernando de Córdoba. La notabilísima obra de este filósofo intitulada *De artificio omnis scibilis*, que se conserva manuscrita en las bibliotecas del Vaticano y de San Marcos de Venecia, y

de la cual poseo copia «colacionada» con los dos y sacada por estos pulgares, no pertenece a la escuela luliana, antes comienza con una invectiva contra Lulio. Pero cuando hice aquella clasificación, no había examinado yo el manuscrito de Córdoba, y para suponerle luliano me dejó llevar, no del título de la obra, sino de los respetables testimonios de Zetzner, Ibo Salzinger y los PP. Tronchon y Torreblanca. Ahora que he visto que se equivocaban, soy el primero en corregir el yerro.

Y luego dice el Sr. Perojo: «Señalan como fundadores de sistemas los Sres. Laverde y Menéndez a Huarte, Suárez, Gómez Pereira, Francisco Sánchez y Foxo Morcillo.»

¿Dónde ha visto el Sr. Perojo semejante cosa? Exceptuando a Suárez, ¿de los demás, quién ha dicho que sean «fundadores de sistemas?» ¿Cómo se llama en castellano esta manera de discutir, diciendo exactamente lo contrario de la verdad? Ni Laverde en sus Ensayos críticos y en la carta que precede a mis Polémicas, ni yo en éstas, hemos dicho semejante cosa. Laverde, en los primeros años de su generosa cruzada en pro de nuestra ciencia, cuando no tenía aún los datos que tuvo después, publicó en una Revista un artículo en que «interinamente» y no como sistemas, sino como «direcciones», (lo cual no es inexacto), habló de «huartismo» y de «pereirismo.» Pero cuando reprodujo aquel artículo en sus Ensayos, impresos el año 67, suprimió ese párrafo, y ni él ha vuelto a decir nada que se parezca, ni yo lo he dicho en todo el curso de esta polémica. El primer artículo de Laverde es poco conocido, y a buen seguro que el Sr. Perojo «no sabía» lo que acabo de contarle, cuando creó aquellos fantasmas para tener el gusto de combatirlos... digo, de declarar que insistía en que no son sistemas. ¡Vaya un descubrimiento! ¡Combatir ahora una idea emitida en el año 59 y retirada por su autor antes de que pudiese combatirla nadie!

Por lo que a mí hace, torno a decir que he hablado del «armonismo» de Foxo Morcillo y no de su escuela, porque no tuvo discípulos; del «escepticismo», de Sánchez y no de su «escuela», por idéntico motivo; del «sensualismo» de Huarte, y no del «huartismo», del «cartesianismo antecartesiano» de Gómez Pereira, y no del «pereirismo.» ¿Hablar del «racionalismo» del Sr. Perojo, es decir que el Sr. Perojo sea fundador del «racionalismo?»

Jamás hemos «creído» nueva la cuestión «platónico-aristotélica», como supone el señor del Perojo, con la buena fe que acostumbra. Es la cuestión más vieja de la tierra; es, digámoslo así, la expresión más clara del «dualismo» en el pensamiento humano. Históricamente se ha presentado más de una vez, y seguirá presentándose hasta el fin del mundo, como que su resolución es el desideratum de la filosofía. Bessarión no es «superior», sino «inferior», harto «inferior» a Foxo Morcillo; Bessarión no trató de conciliar a Platón y Aristóteles; lo que hizo fue defender a Platón de los ataques que en nombre de Aristóteles le dirigía Jorge Trapezuncio. Bessarión es «platónico» puro, y nada tiene que ver con Foxo. Si el señor del Perojo insiste en esta cuestión, yo que (aunque «erudito de lomos de libros») he leído, gracias a Dios, de capo a fondo, como dicen los italianos, las obras de Bessarión y las de Foxo, le presentaré un paralelo entre ambas, y celebraré que le haga provecho, y le enseñe a andarse con un poco de tiento en juicios y decisiones.

Otro tanto digo de Gómez Pereira. Estamos hartos de saber que el cogito cartesiano es muy antiguo, como que es pura afirmación de conciencia; y no está ciertamente en el cogito la originalidad de G. Pereira, ni nadie podrá sostenerlo, so pena de confesar que no ha leído la Antoniana Margarita. No por el señor del Perojo, que es incurable, sino por lo que pueda conducir al mayor conocimiento de un libro de que tanto se ha hablado en todos tiempos, ofrezco a usted un artículo sobre él, y antes de mucho.

Que el cogito es el modo de salir de la duda cartesiana, y por tanto, la base del cartesianismo y la causa principal de sus errores, no lo duda nadie que tenga ojos en la

cara, ni lo dudó el obispo Huet, que sabía algo más que los redactores de la Contemporánea, aunque no había sido discípulo de Kuno Fischer.

Después nos da el señor del Perojo una muestra de su erudición peregrina, diciendo que hemos omitido, entre los nombres de nuestros filósofos, dos «que están por cima de todos», a saber: «Raymundo Sebunde» y «Baltasar Gracián.» ¡Pobre Sr. Perojo! Empiezo por advertir que R. Sabunde está citado en el lugar correspondiente, es decir, entre los lulianos, y añadido que hice mal en citarle, porque es muy dudoso que Raymundo Sabunde fuese español, por más que Montaigne se lo llame, y por más que lo digan en la portada muchas ediciones de la Teología Natural. Según recientes investigaciones, era provenzal, nacido en Tolosa. Yo me alegraría de probar lo contrario; pero, hasta ahora, no he encontrado datos que oponer, aunque sí algunas presunciones. El señor del Perojo, que tan al corriente quiere estar de la erudición extranjera, debía saber esto, y así se hubiera evitado el «rasgo bibliográfico» de la nota. Yo no tolero que se menoscabe una sola de nuestras glorias; pero tampoco quiero que nos atribuyamos las ajenas. A Baltasar Gracián no le he citado, ni debido citarle, porque no es escritor de filosofía. Es un literato, agudo y singularísimo, un moralista delicado e ingenioso; pero no escribió de filosofía. El señor del Perojo le cita, sin duda, porque le tradujo al alemán Schopenauer; pero esto es oír campanas, y no saber dónde. Los que hemos leído a Gracián «en castellano» podemos afirmar que de sus obras se saca bastante filosofía, aunque más práctica que teórica; pero también se saca de los poetas, y de los novelistas, y de otras cien castas de escritores que no son filósofos. El Criticón es una novela «alegórica», filosófica en su base, y en algunos incidentes ingeniosísima, pero no es un tratado de metafísica. Lo que predomina allí es la observación de costumbres, y la crítica contemporánea. El Héroe y El Discreto son libros de moral; pero no de moral especulativa. El Político es un panegírico de Fernando el Católico. Y El Oráculo Manual, que es el traducido por Schopenauer, sin duda por que es muy oscuro y enmarañado, es sencillamente el que menos vale de todos los escritos de Gracián. Se reduce a una serie de máximas, algunas ingeniosas, otras notables sólo por lo enredado de la expresión. ¡Es curioso que estos señores alemanes, tan doctos y tan graves, vengán siempre a traducir y copiar lo «peor» o menos bueno que dimos en nuestros siglos de oro! De citar a Gracián (y ahora que me acuerdo, creo que lo cité), ¡cuántos «moralistas» nuestros habría que enumerar!

Después dice que los filósofos alemanes del siglo XVI, especialmente Eckart101 y el zapatero Boehme, valen más que los nuestros. El sabrá por qué. Y luego dice otro tanto de los italianos, porque, ya se ve, hemos de ser siempre lo peor de la tierra. Con la particularidad de que cita malamente casi todos los nombres italianos, sin duda porque los aprendió en algún diccionario alemán, que, tratándose de cosas de Italia, es para un español la fuente inmediata y el camino más derecho. Así es que nos habla de un Ficinius, que será Marsillo Ficinio, y de un Gemistus y un Pleto, que serán probablemente una sola persona, es a saber: Gemisto Plethon, el cual, entre paréntesis, no fue italiano, sino «griego», y tampoco descubrió, que sepamos, la piedra filosofal. También mienta a un Patritius, que será, si no me equivoco, Patrizzi (Francisco). Y hasta al pobre Giordano Bruno, él, o el cajista, le llaman Breno, como si se tratase, del jefe de los galos que asaltaron el Capitolio. Y también asegura que toda esta gente «existe» en Italia, cuando yo a ninguno de ellos he podido echar la vista encima. Será que «existieron...»

Todo aquello de los nombres «a derecha e izquierda» es faramalla y afirmación sin pruebas. Demuestre el señor del Perojo que no son «escolásticos, peripatéticos, clásicos», etc., los que yo doy por tales, y habrá hecho una cosa útil. Al Sr. Revilla no le presenté nombres, sino agrupaciones, ninguna de las cuales ha destruido el señor Perojo,

en medio de tanta prosa. Ni puse los nombres en el orden que el Sr. Perojo los pone. Ni ha notado el señor Perojo los verdaderos defectos de la clasificación. No ha advertido que Toledo no debía ir después de Suárez, porque escribió y murió antes; ni al salmantino Herrera se le puede llamar discípulo de Pedro Ramus, porque fue anterior en algunos años; ni Juan Montes de Oca está con propiedad entre los «aristotélicos puros», sino entre los «averroístas mitigados.»

Éstos, que son verdaderos lapsus notados por mí o por muy doctos amigos míos, tengo aquí especial gusto en corregirlos, como corregiría ciento que notase, porque trovando è riproviendo es como se hace la historia de la ciencia. Con la particularidad de que casi siempre estas rectificaciones son a mayor honra y gloria de nuestra filosofía. ¿No es un gozo descubrir que Fernando de Córdoba no fue un simple discípulo de Lulio, sino que escogió una nueva doctrina lógica y ontológica, y esto en el siglo XV? ¿No he debido experimentar íntima satisfacción al ver en tres rancios y enredados manuscritos pruebas irrefragables de que Montes de Oca fue un pensador original o ingeniosísimo, el más terrible de los contradictores de su comprofesor Pomponazzi, y al ver asimismo que aquel olvidado profesor nuestro planteó en 1523, a su modo, pero clarísimamente, el famoso problema del conocimiento, con que nos vienen rompiendo la cabeza los admiradores de Kant? ¿No es gloria que la rebelión anti-aristotélica entre nosotros, el ataque en toda regla a las «formas sustanciales», iniciado con las «ocho levadas» de Herrera, preceda a la tentativa de Pedro Ramus?

De los yerros antes notados pudo haber sacado el señor del Perojo algún provecho; pero lejos de parar mientes en ellos, fue a estrellarse contra la barrera dando nada menos que en Vives. ¡Y cómo! Clama contra Forner y contra nosotros porque aplaudimos «todas las obras de Vives, sin reparar que las hay con dos tendencias opuestísimas.» ¿Y cómo lo prueba? De ningún modo. Esa es una afirmación al aire, un distingo de los que se suelen hacer cuando hay empeño en darse tono y fingirse competentes en una materia dada; un medio como otro cualquiera de cazar moscas y de sorprender a los incautos.

El señor del Perojo nos dice con una «frescura» que verdaderamente asombra y que no sé admirar bastante: «El pensamiento de Vives tuvo dos periodos», el primero «escolástico entusiasta», el segundo «anti-escolástico y neo-platónico.»

No usted, mi buen amigo, sino los que no están al tanto de los procedimientos polémicos de cierta escuela, se quedarán asombrados cuando yo diga que «no hay tales dos momentos» y que «el pensamiento de Vives tuvo siempre las mismas tendencias.» Y las fechas van a cantar muy claro. La cronología de los tratados filosóficos de Vives es la siguiente:

1518. El opúsculo *De initiis, sectis et laudibus philosophicæ*, en que hay elogios de Aristóteles y censuras para sus intérpretes latinos. Cosa breve y de poca monta.

1519. *In pseudo-dialecticos liber*. Ataque virulento y terrible a la «escolástica.»

Desde 1520 a 1531 estuvo trabajando Vives en las obras siguientes, todas las cuales dedicó en el año 31 al rey de Portugal:

De *causis corruptarum artium*. Libro lleno de ataques a la escolástica y a toda la filosofía antigua.

De *tradendis disciplinis*. Exposición de sus métodos, que nada tienen de escolásticos y están sazonados con nuevas invectivas.

De *prima philosophia*. Tratado de metafísica, nada escolástico.

De *explanatione cujusque essentia*. -De *censura veri*. -De *instrumento probabilitatis*. -De *disputatione*. El último lleva la fecha de 1531, lo cual indica que fue el postrero que escribió Vives para cerrar esta enciclopedia. Unidos los cuatro, forman un curso de lógica, aristotélica en gran parte, pero no escolástica, y ajustada al plan que el autor había trazado en la obra *De tradendis disciplinis*.

1538. De anima et vita. Tratado de psicología. En el prefacio promete la obra siguiente que vino a completar la serie de sus trabajos filosóficos, y ocupó los últimos años de su vida.

De veritate fidei christianæ. Tiene alguna semejanza con la Summa contra gentiles de Santo Tomás, en la materia, no en la forma.

Ahora sería bien que el Sr. Perojo nos dijese cuáles fueron los libros en que Vives se mostró «escolástico fanático.» Entre los que andan impresos (y no se sabe que quede ninguno inédito), no he encontrado cosa alguna que justifique semejantes afirmaciones. Por tanto, Forner, Laverde y yo, «con pleno conocimiento de causa», hicimos bien en elogiar todas las obras filosóficas de Vives, porque «todas» forman un organismo coherente.

Tampoco es exacto que Vives «en su segunda época» sea «neo-platónico.» Vives en su «única época» escribió algunas frases de «pronunciado sabor platónico», que citaré luego, pero no «neoplatónico», que es cosa muy diversa. Ni constituye tampoco el «platonismo» la base de su sistema, pues al lado de esas frases, «en el mismo tratado», encontramos otras de sabor absolutamente diverso.

El Sr. Perojo no se ha tomado la molestia de leer mi segunda carta contra Revilla, y para juzgar lo que digo de Vives, se limita a transcribir un párrafo en que usted resumió, con la brevedad que a su intento convenía, mis conclusiones. Y luego hace mil apóstrofes y mil aspavientos, porque llamamos al «neo-platónico» Vives, «predecesor de Bacon», y dice que «nos ha cogido en una contradicción grande», y nos invita a que «sin subterfugios de ningún género» (no califico esta frase, porque basta copiarla: ¿cuándo hemos empleado subterfugios?) le probemos, «texto a mano (será en mano), con citas de Vives, que fue a un tiempo peripatético y ramista, escéptico y partidario de las ideas innatas, baconiano y sensualista, etcétera.»

¡Pues la cosa tiene dificultad! Aunque estoy en viaje, y tengo a mano pocos libros, no tan pocos que falte en mi maleta algo de Vives, con lo cual hay sobrado para dar gusto al Sr. Perojo.

Si a cada texto de los que voy a citar quiere que añada otros ocho o nueve del mismo tenor, no hay inconveniente.

Sensualismo. *Ingredimur ad cognitionem rerum januis sensuum, nec alias habemus clausi hoc corpore; ut qui in cubiculo tantum habent speculari unum qua lux admittitur, et qua foras prospiciunt nihil cernunt nisi quantum speculari illud sinit.* Lo cual, en castellano, quiere decir: «Entramos al conocimiento de las cosas por las puertas de los sentidos, y no tenemos otras, mientras estamos encerrados en este cuerpo, a la manera que los que están en una habitación donde sólo entra la luz por una ventana, no ven más que lo que aquella ventana les consiente ver.» Este pasaje es del tratado *De prima philosophia*, perteneciente al año 1531, en que (según las cuentas del Sr. Perojo), Vives debía de ser neo-platónico. ¡Buen platonismo está el de ese trozo! ¿Se quiere otro más claro aún, y que no deje lugar a dudas? Pues en el tratado *De anima et vita* se lee esta proposición: *Prima ergo cognitio est illa sensuum simplicissima, hinc reliquæ nascuntur omnes;* lo cual quiere decir en nuestra lengua: «El primer conocimiento y el más sencillo es el de los sentidos: de aquí nacen todos los demás.» Y el libro de donde está tomado es de los últimos que compuso Vives.

Baconismo. Dados estos precedentes, ya no se escandalizará el señor del Perojo, porque supongamos al neoplatónico Vives predecesor del empírico o experimentalista Bacon. Y así es la verdad. Vives, en el libro *I De prima philosophia*, declara natural e infatigable el testimonio de los sentidos y de la experiencia: *Naturaliter dicuntur iudicari quæ ab omnibus eodem modo et semper, ut quæ usurpantur a sensibus. Quod naturaliter est, non potest esse ex falso,* que, traducido, es: «Llamamos natural al juicio que es

siempre y para todos el mismo, como es el que versa sobre las cosas que conocemos por los sentidos. Lo que es natural no puede ser falso.» ¿Cómo se constituye para Vives la ciencia experimental? Del mismo modo que para Bacon. Allá va una muestra tomada del mismo tratado: *Ex singulis enim, aut quæ viderunt oculi vel audierunt aures et alii sensus in sua quisque functione cognoverunt, mens nostra præcepta efficit universalis, postquam illa inter se contulisset nec quidquam simile observaret in contrarium.* Que en romance es como si dijéramos: «De todas y cada una de las cosas observadas por los sentidos, deduce el entendimiento los universales, después de comparar los datos unos con otros y ver que nada hay en contrario.» Es decir: observación, cotejo, inducción. Total: empirismo puro. Así se forman los universales. ¿Confunde Vives la observación con la experimentación? De ningún modo. A la primera la llama *observatio et usus rerum*; a la segunda, *experimentatio*. ¿Cómo adelantan las ciencias naturales? Empleando los dos procedimientos. ¿Cómo se comprueban los universales así obtenidos? Sujetándolos a nueva experimentación. *Ex particularibus aliquot experimentis colligit mens universalitatem, quæ compluribus deinceps experimentis adjuta et confirmata, pro certa explorataque habetur.* Digámoslo en lengua vulgar: «De algunos experimentos particulares deduce el entendimiento el principio general; y comprobándole luego con muchos experimentos, podemos asegurarnos de su certeza.» Este pasaje es del primer libro *De tradendis disciplinis*. Si ahora quiere el señor del Perojo enterarse de las demás condiciones que Vives señala a la experiencia, siempre en sentido baconiano, vaya a mi carta segunda contra Revilla, que allí transcribo un pasaje relativo a esto. Y allí está copiado a continuación otro, que es la condenación anticipada de los extravíos experimentalistas, porque nuestro filósofo atendía a todo.

Ahora vamos a ver una cosa del todo distinta.

*Ideas innatas. Et quemadmodum vis quædam indita est terræ ad producendas herbas omnis generis, ita animæ nostræ... omnium ac disciplinarum sunt indita semina. Sunt anticipationes et monitiones a natura impressæ et infixæ. Ea est causa cur puer evidentissime veritati statim consentit, nunquam antè visæ. Esto es: «A la manera que la tierra posee una virtud natural para producir todo género de hierbas, así nuestra alma posee las semillas de todas las artes y ciencias. Son como unas anticipaciones y advertencias impresas y grabadas en nuestra alma por la naturaleza. Ésta es la razón de que el niño consienta con plena evidencia a la verdad, sin haberla visto antes.»* ¿De quién es este pasaje? Del mismo filósofo que los anteriores. ¿Está tomado de alguna obra compuesta en distinto periodo que las demás? No: se lee en la *De tradendis disciplinis*, donde está la proclamación del experimentalismo antes transcrita. ¿Y en qué parte del libro? Inmediatamente después del pasaje empírico que copiamos antes. ¡Buenos andan los dos periodos de la vida filosófica del ilustre valenciano, que señalaba el señor del Perojo! ¿Se quieren otros pasajes del mismo sabor? Allá van dos: *Mens humana, quæ est facultas veri cognoscendi, naturalem quamdam habet cognitionem atque amicitiam cum veris illis primis et tanquam seminibus, unde reliqua vera nascuntur.* Esto es: «El entendimiento humano, que es facultad de conocer lo verdadero, tiene estrecho parentesco y amistad con aquellas verdades o semillas primeras, de donde nacen todas las demás verdades.» Y prosigue diciendo: «De aquí nació la opinión platónica, según la cual recordamos y no aprendemos, y las almas de los hombres han tenido el conocimiento de muchas y grandes cosas antes de ser sumergidas en los cuerpos. Pero realmente no tienen más noticia (¡no la que los ojos pueden tener de los colores, antes de verlos, es decir, potencia, no acto. De estas primeras verdades va deduciendo la inteligencia otras, como de las semillas crecen las plantas.» Este pasaje, cuyo texto no copio, porque no es necesario, y quiero abreviar, está en el libro *De instrumento probabilitatis*.

Ramismo. Vives no es discípulo, sino maestro, de Pedro Ramus, y esto debe constar ante todo. Por lo demás, abundan las pruebas. ¿Qué atacó Pedro Ramus? La dialéctica de Aristóteles. Pues Vives nos dice en el libro III De causis corruptarum artium, que de las partes del Organon las categorías son embrolladas, confusas e incompletas; que el libro de la ermeneia pertenece a la gramática y no a la lógica; que los Analíticos primeros son útiles, agudos y doctos, pero están llenos de cuestiones superfluas; que los Analíticos posteriores no pertenecen a la dialéctica, porque tratan de la demostración, y ésta no la alcanza la lógica, y que los Tópicos son un índice de botica, aunque tienen buenas cosas. Tras de esta disección que es larguísima, por lo cual no la reproduzco, cierra contra Porfirio y los averroístas. Y ha de observarse que casi todos los argumentos de Vives contra el Estagirita fueron reproducidos exactamente por Ramus, aunque con menos tino<sup>102</sup>.

Ahora volvamos la hoja:

Aristotelismo. En el tratado De disciplinis que es exactamente una continuación del anterior, en la cual el filósofo se propone edificar un método de enseñanza sobre las ruinas amontonadas en los siete libros precedentes, ¿qué («lógica» recomienda? La de Aristóteles, escardándola de todo lo superfluo. ¿Qué es Aristóteles para Vives, desde el primero hasta el último de sus tratados? «El más docto y perspicuo de los filósofos gentiles.» ¿Qué libro de «Metafísica» recomienda al que siga su método? El de Aristóteles. ¿Quién, entre los infieles, se elevó más en la consideración del fin del hombre? Aristóteles, según el autor de los libros De veritate fidei christianæ. Y si quisiera transcribir ditirambos en loor de Aristóteles, hay en Vives dos o tres a pedir de boca.

No era difícil prolongar este análisis. ¿Quiere ver el señor del Perojo a Vives, afirmando la subjetividad de las sensaciones, a la manera cartesiana... digo mal, la subjetividad de «todo» conocimiento, y pasar más adelante, y declarar con Protágoras que el hombre es la «medida de todas las cosas?» Pues en el De prima philosophia leemos: «Ergo nos quæ dicimus esse aut non esse, hæc aut illa, talia aut non talia, ex sententia animi nostri censimus, non ex rebus ipsis: illæ enim non sunt nobis sui mensura, sed mens nostra. Quocirca censendæ sunt nobis res non in ipsorum nota, sed nostra aestimatione et iudicio.» Lo cual reza así en el habla materna: «Cuando decimos que una cosa es o no es, o que es de este modo o del otro, juzgamos por el parecer de nuestro ánimo, no por las cosas en sí. La medida de las cosas para nosotros es nuestro entendimiento, no las cosas mismas.» ¿Quiere verle escéptico o poco menos? Pues repare el trozo en que parece dudar hasta de la posibilidad de la «demostración»<sup>103</sup>. Y así podríamos continuar usque ad infinitum, que textos hay para todo.

¡Éstas son las grandes contradicciones en que nos ha cogido el señor del Perojo, y que le han dado pie para llamarnos admiradores «fáciles», y calificar de entusiasmo a priori el nuestro, y decir que somos «poco serios» y despreciar nuestros datos, como si él los diera buenos ni malos!<sup>104</sup> Contradicciones que pueden apoyarse en textos expresos y que no admiten interpretación ni doble sentido. ¿Y no tenemos derecho para seguir afirmando que no han leído a Vives los que nos piden en son de mofa cosas que con tan poco trabajo podemos presentar? ¡Éstos son los «errores estupendos» y los «engendros sobrenaturales!

Y si ahora me objeta el señor del Perojo «¿cómo nacen de Vives cosas tan opuestas y discordantes?», no tengo más que remitirle a la pág. 333 de su aborto, en que dice ni más ni menos lo siguiente: «Kant no es un simple creador de un sistema, sino el creador de una escuela, de un periodo histórico. En él se funden las dos direcciones en que venía dividida la filosofía. De Kant... arrancan multitud de direcciones: la idealista de Fichte, Hegel y Schelling, la pesimista, la realista, la experimental y todas las que hoy

llamamos neo-kantianas, Positivistas, naturalistas, etc. Sólo los que inician un periodo pueden producir creaciones tan aparentemente opuestas, pero que se explican y resuelven con facilidad, retrocediendo a la fuente madre de sus diferentes cursos.» Este párrafo viene clavado a mi asunto, con poner «Vives» donde dice «Kant», y hacer luego en los nombres de escuelas las respectivas sustituciones.

Ahora retrocedamos a «la fuente madre» para ver cómo en Vives se explican y resuelven las que parecen contradicciones. Advierto que algunas lo son o me lo parecen realmente, aunque me las explico, habida consideración al tiempo «crítico» en que escribía Vives, como me explico las consecuencias de la «Razón práctica» respecto de la «Razón pura.» Esto, aparte de las debilidades, flaquezas y vacilaciones inseparables del entendimiento humano, aún en gigantes como Platón y Aristóteles. Por eso no extraño que de vez en cuando asomen la cabeza en Vives ciertas ideas que no apruebo, y, que por otra parte riñen con el resto del sistema. La fecundidad portentosa de aquel «sembrador de sistemas» las engendra: su juicio reposado y certero, como pocos en el mundo, los mata en seguida. Tiene la doctrina de Vives, como yo la entiendo, la ventaja grande, y por muy pocos alcanzada, de abrazar con lucidez igual todos o casi todos los términos de la indagación filosófica. De aquí resulta que en ocasiones parece que da predominio a un elemento, y en ocasiones a otro, lo cual es fuente de contradicción para quien esté acostumbrado a ver un solo aspecto de las cosas, y ese mal. Pero todo se explica refiriéndolo al principio capital del sistema. Éste no es otro que «la conciencia humana en toda su amplitud», lo mismo que en la moderna escuela escocesa; pero más amplia y libérrimamente entendido. ¿Cómo caben dentro de este sistema las «semillas» innatas? Vives nos ha dado la respuesta: «en potencia», no en «acto», es decir, no como «ideas», sino como disposición para formarlas, como actividad del alma anterior a las sensaciones. ¿Por dónde comienza «históricamente» el conocimiento? ¿Nacen de los dos sentidos las demás ideas? No, sino de la actividad del alma que trabaja sobre el dato de la experiencia. Pero «histórica y ocasionalmente» puede decirse que nacen de los sentidos, y por eso Vives unas veces les atribuye un origen, otras otro, y por eso unas veces parece «partidario de las ideas innatas», otras «sensualista.» ¿No hay más ideas que las que directa o indirectamente se fundan sobre el dato sensible? En modo alguno. Hay en el hombre otra facultad superior y capaz de las ideas puras, «capaz de la divinidad», es decir, de llegar a ella. ¿Qué facultades tiene, pues, el hombre, prescindiendo de la primitiva actividad del alma? Seis en concepto de Vives, a saber: los «sentidos», que perciben los objetos sensibles particulares; la «fantasía», que percibe las cualidades sensibles generales; el «juicio», facultad de comparación, y la «razón», facultad de las ideas puras. La «conciencia humana», pues, está completa.

¿Por qué ensalza Vives la «experiencia» sin que por eso debamos calificarle de «empírico?» Porque la experiencia es el instrumento propio de las ciencias naturales. Él lo dice expresamente. Pero la «experiencia», a juicio de Vives, ha de ser guiada por la «razón», que es como el piloto en la nave. De otra suerte, la «experiencia» será fortuita y «el arte incierto.» ¿Quién puede decidir si las condiciones de lugar, tiempo, etc. en la «experiencia» han sido cumplidas, y si la «experiencia» es válida? La «razón», que está sobre la «experiencia.» Pero la «experiencia» cabe perfectamente en el sistema de Vives, aunque no es «única» como en el de Bacon, sino que está en su propio lugar y con su valor legítimo.

La contradicción «aristotélico-ramista» es fácil de explicar. Vives no ataca a todo Aristóteles; se fija principalmente en la «Dialéctica», y no quiere destruirla sino depurarla de lo que él juzga inútil. Por eso es «ramista» (antes de Ramus) porque censura algunas partes del «Organon»; y es «peripatético» porque acepta otras, y en la esencia lo acepta todo, con un poco más de procedimiento «inductivo» y un poco menos

de «deductivo.» Respecto de la Física, juzga que no se ha de tener a Aristóteles por el límite de la inteligencia humana; y que, el gran maestro es la naturaleza «observada» y «experimentada.»

Los vislumbres escépticos no son más que excesos de criticismo o ráfagas pasajeras. Por lo demás, no sólo de los sistemas citados, sino de algunos otros, se pueden encontrar formulados claramente los principios en sus obras. Hasta tiene más de un pasaje «tradicionalista», en que parece rebajar las facultades humanas y fundar toda enseñanza en la «palabra», al paso que en otros anatematiza como en profecía el «escepticismo místico» de los Pascal, los Huet y los Donoso Cortés, afirmando con maravillosas palabras, como él sabe encontrarlas siempre, el poder e independencia relativa de la razón.

Cómo entendía Vives esta independencia, qué límites la puso y en qué sentido es partidario del «libre examen», sábelo quien haya tomado alguna vez sus libros en la mano. Vives no exagera nada ni incurre en herejías. Era católico piadosísimo, y consideraba como «juegos pueriles» (pueriles lusus) todas las ciencias que directa o indirectamente no sirviesen para el gran fin. Aunque contemporáneo y amigo de algunos de los corifeos de la Reforma, jamás se rindió a sus halagos ni empañó en un ápice la pureza de su fe católica y española. La intolerancia que él combatió no es la de la Iglesia, sino la de las escuelas. Una de las razones que más excitan sus iras contra Aristóteles y Averroes es la impiedad de las consecuencias que algunos sacaban de estos autores. La tercera partes de sus obras son tratados ascéticos a cual más ortodoxos. Acaudilló el Renacimiento sin contagiarse con ninguna de sus exageraciones. Como católico y como español, el hijo de Blanca March es una de las figuras más simpáticas de nuestro gran siglo. ¡Qué extraño que nos refugiemos bajo su bandera!

No «son sus nietos legítimos» los impíos de nuestro tiempo, ni nadie ha dicho semejante cosa. Son a lo más descendientes de una rama ilegítima, y que en cada individuo ha ido bastardeándose más y más y mezclándose con peor sangre. Pero esto reza con los impíos de veras, no con los de la Contemporánea, que son gente inofensiva y de pocas agallas.

No he leído en los días de la vida cosa más agradable que aquel apóstrofe del Sr. Perojo: «¡Oh, Vives, ilustre pensador!...» Me trae a la memoria aquél de Diderot que tanto hizo reír a Voltaire: «Oh, Rousseau, mi bueno y respetable amigo» Veo que ciertas lindezas retóricas aún deben de estar en auge allá por Heidelberg. Pues ¿y aquello que le dice a Vives: «Tú que chasqueaste el látigo», no es un primor y un asombro? Esto de «dar un chasco» al pobre látigo, ¿no es el chasco más gracioso que hay en todos los chascarrillos?

Y luego cita en vano, como si dijéramos en falso, al pobre Gassendi, en el prólogo de «su obra», sin decir «cuál», siendo así que escribió siete tomos en folio. Pero yo lo diré por él. El pasaje en que Gassendi habla de Vives está en el proemio de las *Exercitationes Paradoxice adversus Aristotelicos*. ¿Y sabe usted cuál es el temor de que dice Gassendi que le libró la lectura de Vives y de Charron? El temor a los «peripatéticos», y a lo arraigado de tal escuela. No se nos venga pues, con «temores», que los hay de muchas clases en el mundo, y no ha sido el de la Inquisición el más fuerte.

Tan enterado está de las cosas de Charron, que le llama «amigo» de Vives, cuando ni siquiera fueron contemporáneos, y el libro *De la sagesse* se imprimió cuando ya Vives pudría en el sepulcro. Pero de estas hay tantas, que ya es pesadez señalarlas. Hora es de cerrar esta carta. Las tres páginas en que habla de usted, a usted le tocan, y usted sabrá dar cuenta de ellas.

Una observación final sobre el proceso de Servet. El Catolicismo puede ser «intolerante», porque es «infalible» y proclama esta infabilidad; el «protestantismo», es decir, «el libre examen», no tiene el derecho de serlo nunca, so pena de faltar a su esencia misma. Y bueno es saber que el primer proceso de Servet, el de Viena del Delfinado, se formó por intrigas y manejos de Calvino, manejos odiosos y viles, si los hubo nunca. El tribunal que allí le procesó no era la «Inquisición», sino un tribunal eclesiástico ordinario, que, entre paréntesis, sólo fulminó la sentencia cuando ya el pájaro había escapado de la jaula, y según toda probabilidad, haciéndole puente de plata sus carceleros, y hasta el Obispo, que le estimaba mucho como médico. El suplicio de Servet (ya lo dijo Voltaire) es mil veces más censurable que todas las hogueras de la Inquisición española, porque éstas no abrasaron a un sólo sabio.

Y basta ya de «perojismo.» Por todo lo que el director de La Contemporánea dice de mí, no he de quejarme. Motivos tiene por aquella endiablada frase para estar de mal humor conmigo. Yo no le cité ni censuré como filósofo, ni había para qué, sino como a uno de los infinitos que exornan y atavían con peregrinas galas nuestra pobre lengua. Lo que procedía después de esto era enmendarse, y el Sr. del Perojo se enmienda escribiendo un artículo donde, entre otras gallardías de estilo, se halla un a fuer de ser pesados, capaz de conmover en sus cimientos a la Academia de la calle de Valverde.

Sé, por experiencia propia, cuán fácilmente se deslizan en artículos de revistas y periódicos incorrecciones graves, como aquel rebajar por bajo y aquel ocuparse de, que nos espetó en la de marras el señor de la Revilla, con ser catedrático de literatura, y escritor que, cuando quiere, habla bien el castellano. Pero no comprendo que se deslicen, ni aún en conversación familiar, vocablos y frases con sentido absolutamente diverso del que tienen en la lengua. A fuer de podrá significar en el castellano de Heidelberg a riesgo de, pero, lo que es en nuestra tierra, significa una cosa distinta, y conforme en todo con el origen del modismo. Éstas que parecen puerilidades son cosas serias. La perversión de la lengua indica siempre perversión y trastorno en las ideas. Por eso, apenas se puede hoy coger un libro español, sin que se revuelvan los hipocondrios. De esto a la lengua franca de los piratas argelinos no hay más que un paso. Cuando un pueblo llega a no entenderse, y cada individuo se forja una lengua aparte, a ese pueblo se le llevan infaliblemente, y a todo andar, los demonios.

Suplico, finalmente, al Sr. Perojo que en las invectivas que dirija contra mí no incluya al Sr. Laverde, de cuyos zapatos no merezco yo desatar la correa, ni lo merecen el Sr. Perojo ni el Sr. Revilla, ni otro alguno de esa schiera infinita d'immortali. El Sr. Laverde que, como hombre, es un ángel, sin más defecto que la tolerancia excesiva, es, como literato y erudito, una de las glorias más puras y acrisoladas de la España de nuestros días. Nadie le excede en amor a la ciencia y en inteligente laboriosidad (harto mal recompensada por desdicha), y poquísimos se le acercan en la erudición, que es inmensa, en el gusto finísimo y delicado, en el juicio alto, firme y maduro. Sus ideas, sus proyectos, todos, llevan un sello de grandeza que asombra. Oprimidos por dolores tenaces, y heroicamente sobrellevados, que ya en vida le dan la corona del martirio, no vive ni respira sino para la ciencia patria. Hablista castizo, poeta genial y de una pureza exquisita, prosista limpio y acendrado, su nombre y sus escritos están demasiado altos para que puedan alcanzarlos los mal certeros tiros de la insolencia racionalista. Ahora que me separan muchas leguas de mi buen amigo, y él no puede borrar este párrafo, repito, con toda la efusión de mi alma, que soy indigno de figurar a su lado, ni aún en los artículos del Sr. Perojo, como no sea en concepto de aprendiz y discípulo oscuro.

Adiós, por ahora, amigo mío. Continúe el señor del Perojo sus doctas lucubraciones; forme un «martirologio de científicos» quemados por la Inquisición, ya que (según él) «es larga la lista»; repase un poco en el «Arte» de Nebrija la declinación de efficiens,

efficientis, que va por prudens, prudentis, y en el Diccionario de la Academia la definición del modismo «a fuer»; descubra esas obras inéditas en que Vives fue «escolástico entusiasta», y escriba luego contra mí más pliegos que legajos tiene el Archivo de Simancas, si es que los suscritores de la Contemporánea son de tan buena pasta que quieren, no ya «leer» (que fuera mucho pedir), sino «contemplar» artículos tan exorbitantes e inverosímiles como el de La ciencia española bajo la Inquisición.

Y usted, amigo mío, que estará ya cansado del fárrago presente, en que casi he excedido, «a fuer de molesto», al Sr. Perojo, no le deje de la mano, sino cumpla y ejecute en él la justicia, como de usted se espera.

Suyo siempre y en todas partes,  
M. MENÉNDEZ PELAYO.

La Antoniana Margarita de Gómez Pereira  
Carta al Sr. D. Juan Valera de la Academia Española

Mi docto amigo: A usted que es de los pocos y escogidos defensores del pensamiento nacional y castizo, enderezo esta carta con el declarado propósito de arrimarla a buena sombra, y cubrir mis audacias (ya que hoy pasa por atrevimiento nefando toda palabra de paz y de justicia hacia la antigua España) con el nombre y la amistad del escritor que hoy simboliza entre nosotros la alianza de la pureza clásica y de la gracia española. Mi voz tendría poca o ninguna autoridad para que se leyeran y tomasen en alguna consideración mis escritos. Y casi estoy tentado a no firmarlos. Usted sabe cómo he sido recibido en esta república de las letras, de ordinario tan quieta y pacífica. Apenas dije algo en pro de la ciencia española, que me parecía y sigue pareciéndome la cosa más clara y evidente de la tierra, no hubo piedra ni palo que no se levantase contra mí. Unos me dijeron soñador; otros neo; los de más allá erudito indigesto, falto de criterio y de ciencia; no faltó quien supusiera caritativamente, que de los libros sólo conocía yo los tejuelos, è così via discorrendo. Todo esto y mucho más debía de merecer yo por mis pecados: pero como quiera que semejantes calificativos no daban luz grande, que digamos, en la cuestión debatida, claro está que no me convencieron ni por asomos. Contesté, replicaron, torné a contestar, respondieron tomando un año de tiempo para la respuesta: volví a la carga con un fárrago escrito de prisa en una posada veneciana, y hasta la fecha han callado, quién dice que por desprecio, quién que por esperar otro año... o dos, porque esos señores gustan sólo de escritos lamidos y limados.

Con tales y tan perversos antecedentes, necesario era que para asomar de nuevo la cabeza a ese escenario, donde basta ser español y cristiano viejo para ser recibido con silbidos y alharacas, buscase yo el amparo y patrocinio de un Mecenaz como usted, respetado y bienquisto de todas las banderías, y a mí, y a todos los amantes de la cultura indígena, en grado particular, simpático. Porque usted ha dicho que la historia de la filosofía española debe escribirse: que en la filosofía del Renacimiento España disputa a Italia la primacía, y casi la vence con Vives, Soto, Suárez, Gómez Pereira, Foxo Morcillo, Servet, Sánchez y tantos otros, sin olvidar a nuestros prodigiosos e inspirados místicos<sup>105</sup>. Usted ha tenido valor para decir esto y otras cosas más sin temor de desprestigiarse ni perder su envidiable fama, a la faz del Ateneo y demás centros de ciencia movediza y extranjerizada. A usted tampoco le han de tener por sospechoso de ultramontanismo los nuevos apóstoles. Usted será, pues, mi padrino en esta demanda.

De tiempo atrás me he convencido que el principal obstáculo para que la idea de la filosofía española cunda y se propague (aparte de las preocupaciones antinacionales y antireligiosas) es la rareza de nuestros libros, la lengua en que por lo general están

escritos, y la pereza y falta de resolución que a mucha gente aparta de leerlos. Usted lo dijo con su habitual gracia ante la Academia Española<sup>106</sup>. A unos les falta la paciencia del bibliófilo, y no leen los libros porque no los encuentran a mano, o porque no quieren buscarlos ni gastar en ellos buena cantidad de dineros. A otros, por falta de latinidad, les estorba lo negro. Los bibliófilos, que tanto podían ayudarnos, hacen coro con los enemigos de nuestra cultura, y cuando de reimprimir rarezas se trata, no salen de Celestinas y libros de jineta. Temiendo estoy que el mejor día nos obsequien con el Libro de guisados de Ruperto de Nola, obra de grande trascendencia, como que se refiere al llamado arte útil; que es, a no dudarlo, el que los krausistas (séales la tierra ligera) mandaban estudiar en los Institutos, en el célebre plan de estudios de 3 de Junio de 1873.

Por todas estas causas y otras que fuera prolijo exponer, son contados los que toman en la mano un libro español de filosofía, aunque por otra parte no haya gran mérito ni dificultad en tomarle. Algunos salen del paso con decir que la filosofía española es un mito, disimulando (como decía Moratín de los despreciadores del teatro castellano) con un desatino su ignorancia<sup>107</sup>. Otros (y de éstos soy, aunque indigno) procuran haber a las manos esos libracos y estudiarlos. Desde que supe (gracias a mi incomparable amigo Laverde, a quien corresponde la primera honra y prez en este campo) que había filósofos españoles y quiénes eran, tuve empeño en conocerlos un poco de cerca, y con tal mira he ido y voy reuniendo una coleccioncita de libros filosóficos españoles, donde no faltan algunas rarezas, y extractando, y copiando casi, en las bibliotecas públicas, los que ni poseo ni tengo apenas esperanza de poseer nunca. Uno de estos es, por mi desdicha, la Antoniana Margarita, de la cual pudiera decir, parodiando a otro propósito unas palabras de Escalígero, que en más estimaría poseer un ejemplar que ser rey de Celtiberia.

Pero aunque no la tengo (¡quiera Dios que algún día se me muestre de buen talante el numen que preside a las empresas bibliománicas!) la he leído entera dos veces, muy despacio, y con la pluma en la mano, y tengo de ella extractos bastante copiosos, en los cuales irá fundado este análisis, que no será (Dios mediante) el último que yo haga de libros de filósofos españoles. Discurremos, pues, familiarmente y sin aparato científico acerca de Gómez Pereira, y reciba usted este trabajo como leve muestra de mi gratitud y amistad, ya que (como decía Catulo):

*Tu solebasmeas esse aliquid putare nugas.*

Del autor se sabe poco, casi nada. Los dos diligentes historiadores de nuestra Medicina no han añadido cosa alguna a lo que de su libro resulta. Su nombre y su patria andan en controversias. Llámánle casi todos los que de él escriben, Antonio: algunos extranjeros mal informados y de poca autoridad, y a su frente el abate Ladvoat, compendiador de Moreri, le apellidan Jorge<sup>108</sup>. La verdad es que su nombre no fue Antonio, ni Jorge, sino Gómez, y su apellido Pereira; de la misma manera que se llamó Gómez Arias aquel mal caballero cuyas fechorías pusieron en las tablas Luis Vélez de Guevara y Calderón, y conocemos por Gómez Manrique al autor del Regimiento de príncipes: no siendo en ninguno de estos casos patronímico el Gómez, como no lo es en el caso de Pereira. Así lo indica la misma forma de latinización de su nombre: Gometius Pereira. Nicolás Antonio debió de pensar como yo en esta parte, y por eso colocó a nuestro filósofo en la letra G de su Diccionario, y no en la lista de los autores *nominis ignoti*.

Lo que se ignora de todo punto es su patria. El apellido Pereira ha inducido a muchos a suponerle gallego o portugués: el jesuita Ulloa, en un pasaje que citaré adelante, le llamó resueltamente, y en latín bastante macarrónico, gallegus; pero la verdad es que en sus libros, ni a Galicia ni a Portugal alude una sola vez, que yo sepa. Lo que de él consta es que vivió y escribió en Medina del Campo, donde quizá habría nacido, aunque sus padres o abuelos procediesen de otra región de España. Si es verdad, como ha dicho Florentino<sup>109</sup> que un filósofo es ciudadano del pueblo donde piensa y escribe, como un guerrero toma nombre y patria de la bandera bajo la cual combate, la gloria de Gómez Pereira pertenece sin duda a Medina, que por tal hijo será famosa entre las villas castellanas, más que por los recuerdos de su antigua prosperidad y de sus riquísimas ferias.

El padre de Gómez se llamó Antonio, su madre Margarita: nombres que él mismo dejó registrados con piedad filial en el título de su obra maestra, y aún interrumpe en una ocasión el hilo de sus razonamientos para rogar cristianamente a sus lectores que encomienden a Dios el alma de sus padres.

Estudió, presumo que en Salamanca, filosofía y medicina, inclinándose de preferencia, según discurro, al sistema de los nominalistas, que él transformó en sensualismo a la moderna. Los Nominales habían penetrado a fines del siglo XV, no sin oposición, en Salamanca, donde fue su primer corifeo Alfonso de Córdoba. Sus discípulos llegaron a tener igual número de cátedras que los reales o realistas<sup>110</sup>. Allí se explicaron las doctrinas de Gregorio de Rimini, las de Durando y quizá las de Ockam, aunque por traer este nombre cierto sabor de heterodoxia no sonó tanto como los otros dos. Gómez Pereira los cita a todos, y es visible la influencia que en su ánimo y enseñanzas ejercieron, a pesar de la independencia de su carácter y de su marcada tendencia a la paradoja. Además de los autores nominalistas, estudió a Santo Tomás y a sus principales expositores, leyó todas las paráfrasis y comentarios averroístas, entonces tan en boga en la escuela de Padua; y, aún penetró en la filosofía de los Padres de la Iglesia latina, haciendo mucho caudal de las doctrinas de San Agustín. Su libro muestra erudición copiosa, aunque no rara en los filósofos de su siglo. Su ciencia médica rayaba muy alto, según parece por el libro *De las fiebres*.

G. Pereira, sin ser en su latín rudo ni bárbaro, tampoco puede ser calificado de humanista. No había hecho con preferencia una educación literaria como Vives, Sepúlveda, Gouvea, Cardillo, Foxo, Núñez y tantos otros pensadores sexcentistas. Habíase educado entre los gritos de la escuela: allí aguzó su ingenio sutilísimo con la disputa, y de allí tomó el arte de separar, distinguir y subdividir hasta lo infinito, robando a la escolástica sus propias armas para combatirla con ellas, y enriqueciendo a la nueva filosofía con los despojos de Egipto. Luce, sin embargo, cualidades de escritor en la Antoniana, a despecho de la prolijidad y falta de artísticas proporciones de tal libro, cortado a la continua por interminables digresiones y controversias que apartan de la vista y de la memoria del leyente el principal asunto. Pero G. Pereira no se pierde nunca: cuando más distraído parecía, vuelve a tomar el hilo, y prosigue eslabonando consideraciones. ¡Lástima que estas externas cualidades de la obra hagan un tanto fatigosa su lectura! El latín no es mejor ni peor que el de los buenos escolásticos de entonces, Domingo de Soto, vg. Pero el autor no se dirigía a los humanistas, sino a los médicos, filósofos y teólogos: así lo anuncia desde la portada.

A falta de otras noticias acerca del carácter e ingenio de G. Pereira, de sus libros se deduce que era buen cristiano y buen hijo, pero en lo demás hombre arrojado, impaciente de todo yugo, rebelde a toda autoridad no fundada en razón, amigo de ir contra la corriente, y de sacar a luz paradojas extrañas que asombraran a los nacidos; y

al mismo tiempo observador sagaz, dialéctico agudísimo, hombre, en suma, de poderosas y no mal dirigidas facultades intelectuales.

Médico se titulaba de Medina del Campo, cuando en 1554 y 58 divulgó en aquella villa los dos volúmenes, hoy rarísimos, a que debe toda su fama. Titúlase el primero, cuyo rótulo copiaré exactamente para satisfacción de los bibliófilos:

«Antoniana Margarita, opus nempe Physicis, Medicis et Theologis non minus utile quam necessarium. Per Gometium Pereiram, medicum Metimnœ Duelli, quœ Hispanorum lingua Medina del Campo appellatur, nunc primum in lucem editum. Anno MDLIV, decima quarta die Mensis Augusti 111.»

Tiene 6 hojas no foliadas de preliminares, 832 columnas y 10 hojas más sin foliar, con las erratas e índices.

Al fin dice:

«Metymnœ Campi excussum est hoc opus ex officina Chalcographica Guilielmi de Millis 1554.»

Esta primera edición es el colmo de la rareza. He tenido a la vista dos ejemplares de ella, perteneciente el uno a la Biblioteca de la Academia de Ciencias de Lisboa, y el otro a la Nacional de Bruselas, que lo adquirió con los demás libros del bibliófilo gantés Van-Hulthem, amigo y discípulo de mi paisano La Serna Santander.

La segunda edición de la Antoniana se hizo en Francfort (si hemos de creer a N. Antonio) medio siglo después que la primera, en 1610. Pero yo jamás la he visto, ni encuentro otra noticia de ella.

La tercera es de Madrid, 1749, por Antonio Marín. La portada es idéntica a la de la edición antigua, excepto en el final.

«Ex integro correcta in hac secunda editione. Tomus Primus Cum licentia. Matrity, Ex Typographia Antonii Marin, anno MDCCXLIX.» Tiene 355 páginas y se titula tomo primero, porque hace de segundo el otro tratado de Gómez Pereira, impreso por primera vez en 1558, y encabezado así:

«Novae Veraeque Medicinae experimentis et evidentibus rationibus comprobatae per Gometium Pereiram Medicum, etc.» (lo demás igual que en el frontis de la Antoniana.)

De este libro no sé que haya otra reimpression que la de Marín, que hace juego con la Antoniana.

«Nunc secundum in lucem edita: quae in hoc volumine tractantur elenchus versae paginae docebit. Tomus Secundus. Cum licentia. Matrity: Ex Typographia Antonii Marin, anno MDCCXLIX», 452 páginas. Con aprobaciones que para esta reimpression dieron los PP. Aravaca y Gallo.

Este segundo libro tiene mucho interés médico, pero poco o ninguno filosófico. Su objeto es combatir la doctrina de Galeno acerca de las fiebres, porque a juicio de Pereira (hombre en todo de singulares opiniones y nullius addictus jurare in verba magistri) el médico de Pérgamo ignoró las causas, esencia y especies de la fiebre, y con su ignorancia causó irremediables daños a las sucesivas generaciones, que le tuvieron por luz y espejo de la Medicina.

Pero dejando este punto para que los inteligentes le discutan, y sentencien si en los descubrimientos del terapéutico de Medina, y en los de Doña Oliva Sabuco de Nantes, que levantó asimismo bandera contra Galeno, hay (como parece) ideas, al par que atrevidas y originales, útiles y basadas en larga experiencia, cerremos nosotros esta parte bibliográfica, haciendo constar la inusitada escasez de la última edición de la Antoniana y de la Vera Medicina. Dada su fecha, relativamente moderna, debía de abundar, y sin embargo, es casi tan peregrina como las dos anteriores. He visto un ejemplar de ella en la Biblioteca de la referida Academia de Ciencias, y sé que existen

otros en la del Colegio de San Carlos de Madrid, en las Universidades de Oviedo y Salamanca<sup>112</sup>.

A la vuelta de la primera hoja de la Antoniana hay un Elenchus o resumen de las materias de la obra, especie de hilo de Ariadna, muy útil para no perderse en aquel laberinto de cuestiones incidentales. La dedicatoria es a Nuestro Señor Jesucristo, y ni aún allí pudo contener el autor su índole satírica y desenfadada. Una de las razones que aduce para dar tan santa nuncupación a su libro es la siguiente: «Muchas veces tropiezo con libros de antiguos escritores, conservados y tenidos en no poca estima, aunque su utilidad sea ninguna y su lección nada tenga de deleitosa. Lo cual atribuyo a la piedad de sus autores, por cuyos méritos concedióles Dios que sus obras durasen largas edades, al paso que se perdieron las de autores doctos pero impíos.»

En pos de esta dedicatoria viene una carta al cardenal arzobispo de Toledo D. Juan Martínez Guijarro, alias Siliceo, a quien se muestra muy agradecido, no sin indicarle que fue su intención primera ofrecerle la obra, pero que luego lo pensó mejor y la enderezó al Rey de los reyes y Señor de los señores.

Una breve advertencia informa a los lectores de la razón del título de la obra, que no se llama Paradojas, para que no parezca el rótulo soberbio: y otro prólogo, algo más extenso, muestra el fin y propósito del autor en la composición del tratado. Su profesión de fe filosófica no puede ser más explícita: «Sabed (dice) que sólo el celo de a verdad me mueve a divulgar esta obra y muchas otras (queriendo Dios), unas especulativas, otras de medicina práctica, tan útiles como nuevas y singulares. Comencé a dudar de muchas opiniones que médicos y filósofos tenían por indubitables y seguras: probelas en la piedra de toque de la experiencia, y resultaron falsas: al paso que mis doctrinas, confirmadas primero por la razón y luego por el éxito, más y más se arraigaron en mi ánimo<sup>113</sup>. Y entonces deliberé dar a la stampa estas primicias de mi labor, para que difundidas por toda Europa (si no me engaña el amor propio), sean como nuncios de la verdad que sustento. «Hablaré de cosas que nadie ha dicho ni escrito antes que yo. En no tratándose de cosas de religión, no me rendiré al parecer y sentencia de ningún filósofo, si no está fundado en razón. En lo que atañe a la especulación y no a la fe, debemos despreciar toda autoridad. La razón sola es la que puede inclinar el entendimiento a una parte o a otra»<sup>114</sup>.

Como ve usted, G. Pereira es racionalista en el buen sentido de la palabra, y no tomada in malam partem según ahora hacemos: es pensador independiente y ciudadano libre de la república de las letras, al modo de muchos otros filósofos nuestros. Dice como Vives, de quien en línea recta descende: *Tantum mihi habeatur fidei quantum ratio mea evicerit... Ideoque rationes attuli petitas ex natura, non e divinis oraculis, ne ex philosophia in Theologiam transirem*<sup>115</sup>.

También Vives juzgaba cosa mala y dañosa auctoritate sola acquiescere et fide semper aliena accipere omnia, y repetía con Séneca: *Patet omnibus veritas, nondum est occupata. Multum ex illa etiam futuris relictum est.* «No quiero (dice en otra parte) que se me compare con los antiguos, sino que se pesen sus razones y las mías... ni deseo ser autor o fautor de ninguna secta; ni quiero que nadie jure en mis palabras o sistemáticamente me siga. Si encontráis algo de verdad en mis escritos, seguidlo y defendedlo, no por ser mío, sino por ser verdadero. No rompáis lanzas en mi defensa... sed discípulos y secuaces de la verdad donde quiera que la encontréis»<sup>116</sup>. ¿Cómo había de sospechar Vives que precisamente por su independencia y manifiesto propósito de filosofar con libertad, habían de negarle algunos la cualidad de filósofo, fundados en que no formó escuela! Efugio pobre y miserable a todas luces. Pues qué, ¿no fundó la mejor y más amplia escuela, la del pensamiento libre? ¿Qué otra cosa es lo que yo he llamado y sigo llamando vivismo? Como Vives y Gómez Pereira pensaba el Brocense,

cuando pronunció aquellas memorables palabras registradas en su proceso: «que en cuanto a las cosas que son artículo de fe, él siempre tenía captivado el entendimiento a la obediencia de la fe, pero que en las otras cosas que no lo eran, no quería captivar su entendimiento, sino interpretar conforme a lo que ha estudiado, y que lo mismo hacía con los autores antiguos, porque a Platón y a Aristóteles, si no es que le convenciesen con razón, no quería creerlos, y así tenía escrito contra ellos; y que cuando comenzó a estudiar Súmulas, a las tres o cuatro lecciones dijo: juro a Dios y a esta cruz, de no creer palabra que me digáis... y que así tenía por malo creer a los maestros, porque para que uno sepa, es necesario no creerles sino ver lo que dicen, como Euclides y otros maestros de matemáticas, que no piden que los crean, sino que con la razón y evidencia entiendan lo que dicen<sup>17</sup>.»

En lo cual, si bien se mira, no hacía Francisco Sánchez más que glosar lo que había dicho en el tratado *De los errores de Porfirio*<sup>18</sup> al combatir la máxima *Oportet addiscentem credere*: «*Mihi certe divinitus arbitror contigisse, ut per totum triennium quo Philosophicis studiis impenditur opera, magistris meis nunquam aliquid assentirem.*» Y en la obra admirable donde formuló por primera vez, con aplicación a la lengua latina, las leyes de la filosofía del lenguaje, no se hartó de encarecer el daño que resultaba de no investigar las causas y las razones, y contentarse con ver por ajenos ojos y oír por ajenos oídos<sup>19</sup>. «Muchas cosas se ocultaron a Platón, que luego descubrió Aristóteles: muchas ignoró éste, que fueron después sabidas, porque la verdad está oculta, pero nada hay más precioso que la verdad.»

No de otra manera pensaba Sebastián Fox Morzillo, cuando al frente de su áureo libro *De naturæ philosophia seu de Platonis et Aristotelis consensione*, escribía: «El método que siempre me propuse en mis estudios y escritos filosóficos fue no seguir por sistema a ningún maestro, sino abrazar y defender lo que me parecía más probable, ya viniese de Platón, ya de Aristóteles, ya de cualquier otro. No dudo que esta manera de filosofar desagradará a hombres divididos en varias sectas y pertinacísimos en defenderlas; pero juzgo que el amor de la verdad debe anteponerse a toda autoridad humana. Yo sólo doy fe a los testimonios divinos, y a los de la Iglesia católica, y los acato y defiendo en todo como infalibles y eternos oráculos<sup>20</sup>. (*Eam enim semper rationem inire in studiis meis vel scriptis decrevi, ut nullius in verba auctoris jurare velim, sed quæ mihi magis probabilia videantur, ea maxime complectar, sive ab Aristotele, sive a Platone, sive a quovis alio dicatur: quæ vero minus probabilia, rejiciam. Hoc sane philosophandi genus quamvis multis qui ut varias sectas adamarunt, ita pugnacissime tuentur, displicere, adeoque in varias reprehensiones incurrere me posse non dubito, tamen... anteponendum est studium veritatis opinioni de alterius auctoritate temere sumptæ. Nos tantum divinis et Ecclesiæ catholicæ testimoniis fidem adhibemus, eaque tanquam certa et stabilia oracula amplectimur et tuemur.*)

En el tratado de *Studii philosophici ratione*<sup>21</sup> señala Fox como una de las principales fuentes de error el jurare in verba magistri, y adherirse a un sistema. Y tan allá lleva el filósofo hispalense este principio, a pesar de sus tendencias plutónico-aristotélicas, que en el tratado *De demonstratione ejusque necessitate ac vi*<sup>22</sup> anuncia que prescindirá de todo lo que halló escrito, guiándose sólo por sus propias observaciones, basadas muchas de ellas en el estudio de las matemáticas.

Esta tendencia crítica se extrema en manos del Hipócrates complutense, Francisco Vallés, que juzgó necesario, para no caer en error, «dudar de todo, hasta de lo más probable»<sup>23</sup>. «*Necesse est ut in rationum investigatione... etiam de his quæ sibi videntur probabilissima, nisi se ipsos velint fallere (homines) dubitent*», a pesar de lo cual, Vallés no es del todo escéptico, dado que admite las verdades per se notas con todas sus consecuencias, siempre que tengan aquella «evidencia» matemática que el

Brocense pedía. En cuanto al conocimiento de las cosas sensibles, no pasa de «opinión» más o menos probable, y ni hay ni puede haber verdadera ciencia física<sup>124</sup>.

De tales doctrinas al escepticismo puro y neto no habla gran distancia, y de cierto la anduvo el médico portugués Francisco Sánchez, cuyo agudo e ingenioso libro *De multum nobili, prima et universali scientia quod nihil scitur*<sup>125</sup>, conoce usted sobradamente. Pero justo será advertir que la ciencia que Sánchez principalmente ataca es la de su tiempo, no la ciencia en general, sobre cuyo método ofrece escribir un tratado: *Interim nos ad res examinandas accingentes, an aliquid scitur et quomodo, libello alio præponemus, quo methodum sciendi, quantum fragilitas humana patietur, exponemus*. Pero como este libro falta, y sólo queda el de las dudas y objeciones, de aquí que el nombre de Sánchez aparezca en primera línea entre los escépticos.

Con audacia no menor, aunque con tendencias empíricas en vez de escépticas, mostraron igual desprecio a la tradición Doña Oliva Sabuco de Nantes en su Nueva filosofía de la naturaleza del hombre, y Juan Huarte de San Juan en su conocido Examen de ingenios. A juicio de la doctora de Alcaraz, los antiguos se habían dejado intacta la filosofía que ella daba a luz, «con ser la verdadera, mejor y de más fruto para el hombre. Y el que no la entendiere ni comprendiere (dice en otra parte) déjela para los otros y para los venideros, o crea a la experiencia y no a ella»<sup>126</sup>. La experiencia es para Huarte, lo mismo que para Doña Oliva, la piedra de toque de todo conocimiento.

Estas citas, a las cuales fácilmente pudieran añadirse muchas, así de «aristotélicos clásicos» como de «ramistas, escépticos», etc., bastan, según entiendo, para establecer cierta manera de conformidad en cuanto a independencia filosófica entre nuestros pensadores no escolásticos del siglo XVI. El influjo de Vives es, en mi juicio, la causa primera de esta dirección. Por lo demás, cada autor, según las particulares aficiones de su espíritu, escogió diverso criterio de verdad, inclinándose unos a la experiencia, otros a la razón como facultad de las ideas puras, algunos al sentido común, y otros a la evidencia matemática. Pero todos convinieron en ser ciudadanos libres de la república de las letras.

Así se mostró en los fines de aquel siglo y principios del siguiente, Pedro de Valencia, al exponer y analizar con vislumbres escépticas las doctrinas de los antiguos sobre el juicio de la verdad (*De Judicio erga verum*) en el precioso opúsculo que intituló Académica<sup>127</sup>. Así, en tiempo de Felipe IV, el P. Poza en su lección de *placitis philosophorum*. Así el jesuita logroñés Rodrigo de Arriga, que con ser escolástico no dudó en contradecir a Santo Tomás y a Suárez. Así, en 1673, Isaac Cardoso, que el su egregia *Philosophia Libera* se propuso no admitir las opiniones como demostraciones o dogmas. «*Ita mentem disponemus ut neque alicui sectæ addicti aut sapientiam primoribus alligati, illius tantummodo placita, aliis despectis, amplectamur, nec opiniones tanquam fides aut demonstrationes recipiendæ*»<sup>128</sup>. Así el obispo Caramuel, que en su *Metalógica* exclama: «No soy enemigo de los peripatéticos, aunque tampoco sea ni quiera ser llamado peripatético: busco la verdad sola; sólo la verdad amo»<sup>129</sup>.

Lo mismo Camaruel que Cardoso, pertenecen a los últimos años del siglo XVII: a dos pasos de ellos están los PP. Tosca y Feijóo. ¿Dudará alguno de la persistencia del espíritu vivista en nuestra cultura? Si mayor prueba se necesitara, bastaría recorrer las inestimables páginas de la *Philosophia Libera*, donde hormigean las citas de nuestros pensadores, desde Vives en adelante.

Harto me he detenido en esta digresión, enderezada a probar que la tendencia crítica de Gómez Pereira es sólo una fase del espíritu general de nuestra ciencia libre en los dos siglos XVI y XVII, aunque menoscabada en el segundo. Ahora conviene entrar en el examen de la Antoniana, que por no ser un tratado metódico de psicología, de física ni de metafísica, sino un libro de controversia, una serie de paradojas, presenta las

cuestiones en orden poco riguroso y sistemático. Como la exposición que voy a hacer es puramente analítica, no hay inconveniente en tratarlas por el orden en que él las trae. Lo que me propongo no es reconstruir el sistema, sino dar a conocer la obra.

I. -Automatismo de las bestias. -Acepto esta expresión como admitida por el uso, aunque no es del todo exacta ni corresponde a la verdadera tesis de G. Pereira. Por lo demás, si hace algunos años podía juzgarse vano ejercicio escolástico y pura sofistería la cuestión del alma de los brutos, a nadie ha de parecerle tal, hoy que anda en boga esa nueva ciencia apellidada, con escasa propiedad psicología comparativa. Cuestión de psicología comparativa es la que discute el médico castellano, y justo será oír los fundamentos de su primera paradoja, la cual está formulada en estos términos: Bruta sensu carere (los brutos no sienten).

Nada más opuesto a la psicología peripatética que, concediendo al bruto alma sensitiva, sólo le negaba la racional. Y no faltaban filósofos y aún teólogos que admitiesen en los brutos cierta manera de raciocinio, negándoles sólo el conocimiento de lo universal<sup>130</sup>. En cuanto al valor de la palabra ratio, casi todos decían con Pereira que es *Vis animi distinguendi ac connectendi* (la facultad de distinción y relación).

La doctrina del alma de los brutos pasaba por axioma tan cierto como éste: el todo es mayor que una de sus partes. Algunos suponían del todo idénticos los juicios del bruto y los del hombre, afirmando que si hablara el primero, llamaría, como nosotros, album al color blanco, y quadratum, a la figura cuadrada.

El primero y más fuerte de los argumentos de G. Pereira es éste:

«Si el animal siente, tiene forzosamente que juzgar, si juzga, raciocina; si raciocina, forma proposiciones universales: luego no habrá distinción esencial entre él y el hombre: consecuencia inadmisibles y absurda.» La conclusión es peregrina, y se funda en las premisas siguientes:

«Si los brutos ejerciesen los actos de los sentidos exteriores como el hombre, al ver un perro o un caballo a su dueño, concebiría lo mismo que un hombre cuando ve a su señor, y afirmar mentalmente que aquél era su dueño... Y si no queréis confesar esto, ni conceder tanto a los brutos, no negaréis, a lo menos, que el bruto forma proposiciones mentales, lo cual no puede hacerse sin alguna facultad interior estimativa o cogitativa. El bruto distingue al amigo del enemigo; luego hay que concederle la distinción, *præcipuum rationis opus*.»

«Pensarán algunos destruir esta razón, diciendo que no todos los que conocen afirman la existencia de un objeto, puesto que en el conocimiento de simple aprehensión no se afirma ni niega nada. Por simple aprehensión pueden conocer los brutos las cosas sensibles sin afirmar si son, o no, cuáles son.»

La cuestión toma aquí nuevo giro, y G. Pereira impugna de esta manera el primer modo de conocimiento imaginado por los peripatéticos:

«Si la sensación y el conocimiento de la cosa que se desea antecede forzosamente al movimiento procesutivo hacia la cosa misma, necesario es que la noción de la cosa apetecida sea distinta, con afirmación de lo que es y donde está (*quod est aut ubi est*). Fuera absurdo imaginar que el bruto se mueve hacia un fin ignorando cuál es y dónde se halla. No niego que se dé algún conocimiento sin afirmación de existencia como el de la quimera, pero tengo por imposible huir de una cosa cuando se ignora hasta su existencia. El que afirma que los brutos conocen a sus amigos o enemigos, ha de confesar que forman juicios o proposiciones mentales»<sup>131</sup>.

«Si el cordero conoce al lobo presente, será porque forma esta proposición mental: el que está presente es el lobo. Afirmación particular que sólo puede fundarse en el conocimiento universal del lobo y todo lobo, como dirían los modernos sofistas. El cordero, por tanto, deduce la conclusión de las premisas.»

«En nada favorece a los adversarios la distinción de los dos modos de conocimiento hecha por Aristóteles. No basta la simple aprensión sin juicio para buscar -o huir de- la cosa apetecida. También hemos de conceder a las bestias la segunda operación del entendimiento, la facultad de componer y dividir, porque nadie puede afirmar: esto debo hacer, sin haber aseverado antes: esto es lo que es, estableciendo una relación entre dos juicios.»

Y a los que recurren al instinto, les responde: «O el instinto es una facultad y propiedad natural, o es algo diverso. Si lo primero, ¿para qué introducir una facultad distinta de la razón? Si lo segundo, será bien que los adversarios expliquen lo que es el instinto, porque yo no veo medio entre la propiedad que nos mueve hacia -o nos aparta de- una cosa, y la facultad de sentir y juzgar, que busca la útil y huye de lo dañoso»<sup>132</sup>. El instinto era (como las especies inteligibles, la materia prima, etc.) uno de los fantasmas de la filosofía escolástica que daban más pesadilla a G. Pereira.

De las obras admirables de los animales, de sus costumbres referidas por Aristóteles y Plinio, saca el autor de la Margarita la consecuencia de que son máquinas prodigiosamente organizadas, so pena de concederles las mismas facultades que al hombre, si no mayores.

Y razonando siempre por reducción al absurdo, afirma que pensarán en la inmortalidad del alma y temerán los castigos de la otra vida<sup>133</sup>, puesto que hacen todo lo posible por conservar ésta, defendiéndose de la inclemencia de las estaciones y de todo linaje de peligros. Argumento este de bien poca fuerza, porque basta el amor a la conservación natural para explicar tales actos.

Tendrán asimismo los brutos el don de pronosticar los fenómenos naturales, como lo advertimos en los alciones cuando se acerca la tormenta, según aquello de nuestro poeta:

«Ni baten las alas ya los alciones. Ni tentan jugando de se rociar, Los cuales amansan la furia del mar Con sus cantares y lánguidos sonos.

¿No indica maravilloso discurso apenas por el hombre igualado la industria de las abejas y el buen orden y regimiento de su república? et sic de cæteris, porque G. Pereira prosigue acumulando ejemplos.

«Si los brutos sienten como nosotros y juzgan, componen y distinguen, sacarán de las premisas la conclusión, y conocerán, por tanto, los universales. Si huyen del fuego, es porque conocen la proposición universal: *Omnis ignis est calidus*<sup>134</sup>, la cual han inducido de muchas proposiciones singulares. ¿Dónde queda la diferencia específica del hombre? ¿Por qué le llamamos animal racional?

«Síguese otro inconveniente mayor: las almas de los brutos tendrán que ser indivisibles como el alma humana, porque una sustancia divisible no puede engendrar el pensamiento. Lo que conociese la parte anterior, no sería percibido por la posterior y vice-versa. La distinción fuera imposible. Mas, por experiencia, vese claro que el bruto distingue y conoce la cantidad<sup>135</sup>.»

«Concedida la sensibilidad, hay que conceder a los brutos la conciencia. Conocerán que ven, conocerán que oyen; podrán juzgar de sus propios actos y distinguir los accidentes de la sustancia.»

Dejemos a un lado otros argumentos de menor fuerza, y vamos a la extraña solución que G. Pereira da al problema.

«Los brutos (según él) se determinan a obrar moverse mediante ciertas cualidades transmitidas por los objetos extrínsecos a los órganos de los sentidos, o por los accidentes

que producen en la economía animal los fantasmas encerrados en el órgano de la memoria» (in loco memorativo).

G. Pereira cree en las cualidades ocultas, y por ellas explica el movimiento de los graves, la reflexión de la luz, etc. (Est enim talis naturæ ordo quid quanto a magis elato loco grave descendit, ac cum majore impetu cadit, tanto in altrorem partem resilit).

De aquí procede también, y no de la sensación, el Movimiento de los brutos. Conviene saber que los brutos se mueven:

1.º Por las cosas presentes que mandan su imagen o algo equivalente a los órganos que impropriamente decimos sentidos. Por eso huye el animal cuando alguno le amenaza, y se arroja sobre el alimento cuando le ve cerca

2.º Por los fantasmas de las mismas cosas que, presentes, fueron causa de movimiento en otra ocasión. Así buscan los perros a su dueño ausente, etc.

3.º Por hábito y enseñanza.

4.º Por causas ocultas, que es lo que llaman instinto natural. Sólo así pueden explicarse ciertas operaciones de las hormigas y de las abejas.

No valía la pena de haber destruido con hábil dialéctica el sistema antiguo, para levantar después tan frágil edificio. Estas soluciones son una pura contradicción admite el instinto o algo parecido a él, después de haberle negado: supone al bruto capaz de enseñanza, cuando antes ni aún le concedía sensibilidad, y vuelve a los fantasmas y a las cualidades ocultas de la escuela, faltándole poco para decir que el fuego quema porque tiene virtud ustiva.

En la explanación del sistema hay cosas muy peregrinas y de sabor crudamente materialista.

La primera especie de movimiento puede ser de tres clases: natural (el de los graves), voluntario (el del hombre), orgánico o vital (el de los brutos.) La especie o imagen del objeto, recibida en algún órgano, se trasmite a aquella parte del cerebro, de donde arrancan los nervios motores. La cual parte produce una reacción que contrae o dilata los miembros del animal forzándole a moverse. Este movimiento es doble: de simpatía, o de antipatía<sup>136</sup>.

Al dar esta explicación fisiológica, ¿no pensó Gómez Pereira, no vieron los calificadores del Santo Oficio, que con un poco de lógica era fácil aplicarla a los actos humanos? A uno y a otros su firme creencia en la espiritualidad del alma y en la libertad humana debió de ocultarles las consecuencias de aquella atrevida paradoja, sostenida con una cadena de sofismas.

Segunda especie de movimiento. Los fantasmas son para Gómez Pereira, unos corpúsculos sutilísimos (spirituosa) transmitidos de oculto modo por los objetos exteriores. En ausencia de los objetos mismos, se conservan, en el triclinio de la parte posterior de la cabeza, asiento de la memoria, y obrando a veces sobre la parte anterior, determinan un movimiento análogo al que produjo la primera vista del objeto<sup>137</sup>.

Lo peor es que G. Pereira aplica proporcionalmente esta misma explicación de la memoria y de la abstracción al hombre. «Habéis de saber que tienen los brutos en la parte occipital una celdilla, donde se conservan al vivo las imágenes de los objetos. En esto somos muy parecidos a las bestias. Pero además de esta potencia conservadora de los fantasmas que decimos memoria, tenemos en el synciput otra facultad para conocer los objetos de quienes los fantasmas proceden, por vista y consideración del fantasma mismo que ante la parte anterior de la cabeza se presenta: y este conocimiento es el que llamamos abstractivo. En el bruto hay algo semejante, situado también en la parte syncipital. Cuando esta facultad entra en ejercicio, los miembros del animal se mueven»<sup>138</sup>.

Tercera especie de movimiento. Para explicar la educación de los animales, cosa apenas compatible con un sistema, supone que la onda sonora hace mover las cosas que toca y hiere. El sonido de la voz humana se trasmite, hiere los nervios: llega la impresión al cerebro, éste reacciona y produce el movimiento: *quemlibet aerem, motum, sic conari movere quascumque res ab eodem, contactas, prout ipse movetur.*

De la cuarta y última razón de las operaciones del bruto dice poco o nada. Dase por satisfecho con atribuir las a una causa exterior y oculta, llámese *occulta vis*, causa prima, alma del mando, etc.

Tal es, sucintamente, pero con fidelidad expuesto, el famoso automatismo de Gómez Pereira, acerca del cual corren muchas ideas incompletas y equivocadas entre los que sólo de oídas conocen su libro. Dicen que negó el alma a las bestias; pero la verdad es que les concede una alma divisible y perecedera, que se engendra por partes como el alma de la planta (*quæ ab ortu usque ad interitum deperdatur et gignatur per partes, ut anima plantæ*). Otras veces la identifica con el aliento vital, otras con el organismo. Tiene cantidad y está sujeta a la muerte (*quanta et interitui obnoxia*). Cuando hacemos pedazos a un gusano, queda en cada trozo una alma que le hace moverse, vivir y propagarse, y en cada una de las partes divididas se conservan los fantasmas.

Pedro Bayle demostró prolijamente (y no hay para qué rehacer su trabajo) que esta opinión del automatismo (llamémosle así, para excusar rodeos) fue parto del ingenio de Gómez Pereira, sin que se encuentren rastros de ella en toda la antigüedad griega y latina<sup>139</sup>. Algunos la han atribuido a los estoicos; pero hubieran salido de su error con sólo leer en el lib. I de las disertaciones de Arriano sobre Epicteto el cap. VI, donde se niega que los brutos tengan razón, pero no se pone en tela de juicio el que sientan.

De los nuestros llevó la misma opinión Juan Luis Vives en el libro II de su bello tratado *De anima et vita*<sup>140</sup>, donde leemos: *Brutum sequitur id quod vel sensu est simpliciter cognitum, vel a phantasia copulatum compactumque, vel ab extimatrice stimulatam, tanquam tacito calcari naturæ; homo autem componit ac dividit, et ab aliis ad alia transit, conferens ea inter se, ex quibus aliquid pariat atque eliciat.* Admite Vives en los brutos sensación, fantasía y existimativa, pero de ningún modo razón ni menos inmortalidad (*irrationabiles esse et mortalibus animis præditas*).

Ésta era la doctrina corriente entre escolásticos y no escolásticos, con muy leves diferencias. Francisco Cervantes de Salazar, en la continuación del *Diálogo de la dignidad del hombre*, afirma que éste «es igual con las plantas en el crecer, lo cual en ellas se llama ánima vegetativa; igual con los animales en el sentir, lo cual en ellos se dice ánima sensitiva; pero tiene razón, de la cual las plantas y bestias carecen.» Pero el sentir, en opinión del humanista toledano, «es de dos maneras, interior y exteriormente, porque el hombre (lo que no hace el animal) siente dentro el mal y el bien», es decir, tiene conciencia<sup>141</sup>.

Los tomistas glosaron en diversos sentidos estas palabras de la *Suma contra gentes* (lib. III): *Actus creaturarum irrationalium prout ad speciem pertinent, diriguntur a Deo quadam naturali inclinatione (el instinto) quæ naturam speciei consequitur. Ergo supra hoc dandum est aliquid hominibus, quo in suis personalibus actibus dirigantur.* Algunos escolásticos, entre ellos nuestro insigne Francisco de Toledo juzgaron que en ciertas especies de animales, notables por la sabiduría y prudencia de sus operaciones, había una fantasía o imaginación (que de ambos modos la llamaron) no disciplinable ni capaz de enseñanza: *Bene concluditur habere illa animalia (formicæ et apes) phantasiam, sed non disciplinabilem*<sup>142</sup>.

Júzguese qué escándalo produciría en las aulas la resbaladiza paradoja de Gómez Pereira. El primero que salió a impugnarla fue el granadino Miguel de Palacios, teólogo y filósofo peripatético de los más notables, autor de un comentario al tratado *De anima*,

y profesor muchos años en Salamanca. El opúsculo que escribió contra algunas paradojas de la Antoniana imprimiese en 1555 en Medina del Campo y es muy raro. He visto un ejemplar, encuadernado con la obra de G. Pereira, en la Academia de Ciencias de Lisboa, y su descripción bibliográfica es ésta:

Objectiones Licenciati Michaelis a Palacios, Cathedraci Sacræ Theologiæ in Salamantina Universitate, adversus nonnulla ex multiplicibus Paradoxis Antonianæ Margaritæ, et Apologia eorundem.

Al fin: Excussum est Methymnæ Campi in officina chalcographica Guillelmi de Millis vigesima die Martii. Anni 1555.

El argumento principal, el Aquiles, como dicen, de Gómez Pereira, está contestado en los términos siguientes: «Dices que si los brutos están dotados de sensibilidad, también lo estarán de razón. ¿Pero no ves que la fuerza sensitiva interior en los brutos es sólo aprensiva y no discursiva o judicativa? ¿No basta la aprehensión interior para excitar el apetito, y éste el movimiento exterior? Nosotros mismos experimentamos esto en los movimientos repentinos huyendo a la sola aprehensión de un mal terrible que de pronto se nos ofrece. El que nunca oyó el estruendo de las bombardas, ni sabe qué cosa sean, tiembla y se estremece cuando por primera vez lo escucha, por sola la aprehensión, sin que intervenga el juicio... La simple percepción del mal induce a huirle; la simple percepción del bien a buscarle<sup>143</sup>.

Tampoco admitía Miguel de Palacios que de la sensación se dedujese lógicamente la conciencia. «Cosas muy diversas, escribe, son el sentir y el saber que se siente. La primera de estas operaciones es directa, la segunda refleja. En el hombre mismo suelen andar separadas, cuanto más en el bruto. El que éste sienta no implica en manera alguna que reflexione<sup>144</sup>.»

En esto, como en otras casas de su réplica, anduvo Palacios discreto y sagaz, y puso verdaderamente el dedo en la llaga. G. Pereira se defendió habilísimamente, dando cierta especiosidad a su paradoja, pero poniéndose dos dedos del materialismo.

Al año siguiente (1556) apareció en la misma villa de Medina, centro entonces de gran comercio de libros, uno hoy rarísimo, con el título de Endecálogo contra Antoniana Margarita, sin duda por constar de once proposiciones. No he visto este opúsculo, pero ustedes tienen en Madrid dos ejemplares, uno en la Biblioteca Nacional entre los libros que fueron de D. Serafín E. Calderón, y otro en la colección de Salvá, que hoy posee D. Ricardo Heredia. Yo sólo puedo decir, por testimonio de D. Andrés Piquer en su Discurso sobre el sistema del Mechanismo, que el Endecálogo está escrito en romance (contra lo que generalmente se usaba en libros de filosofía), y tiene la forma de un diálogo satírico y burlesco, en que hablan el jimio, el murciélago, el cocodrilo, el león, el águila y otros animales, y presentan a Júpiter una demanda criminal contra G. Pereira, por haberles despojado de la posesión de sentidos, apetitos, etc. Nombran procurador, hacen un pedimento y alcanzan favorable sentencia. «Por la lectura de este diálogo (añade Piquer) se echa de ver cuán extravagante pareció a los españoles la opinión de Pereira, que después fue recibida con tanto aplauso fuera de España por su novedad, y se ve también que el autor del Endecálogo era más satírico que filósofo.»

El divino Francisco Vallés atacó la doctrina de G. Pereira, aunque sin nombrarle, en el capítulo LV de la Sacra Philosophia. «Un escritor nuestro (dice) por no conceder a los brutos la razón, temeroso (a lo que sospecho) de tener que atribuirles asimismo la inmortalidad, les negó hasta el sentido, explicando todas sus operaciones por naturales simpatías y antipatías. Admitida esta tesis, síguese una de dos cosas: o que nadie siente sino el hombre, o que todos los animales están dotados de razón y entendimiento<sup>145</sup>. La primera opinión es absurda, porque en tal caso ninguna fe podremos dar a nuestros sentidos, y será verdadera locura el negar que tienen sensibilidad unos entes a quienes

vemos huir del peligro, acudir a la voz y al reclamo, observar las leyes de la amistad y de la enemistad, etc. Dejado aparte este delirio, resta considerar si los brutos poseen alguna manera de razón.» Y de hecho Vallés se la otorga: «Certe rationem aliquam esse brutis negare non possamus citra proterviam», y lo prueba por sus maravillosas operaciones, haciendo una brillante retorsión de los argumentos de G. Pereira en pro de la tesis contraria: «Si negamos a los brutos la razón, hemos de negarles el sentido; pues ¿cómo se conocen las facultades sino por sus actos, y los actos sino por sus operaciones?»<sup>146</sup> El mismo procedimiento lógico que llevó al autor de la Margarita a asentar el automatismo, convenció a Vallés de que todo animal era racional, aunque con razón muy diversa de la humana, no sólo en grados, sino en la misma esencia, por ser el entendimiento humano capaz de las ideas puras: «ex sese nata est (mens) ratiocinari simpliciter et circa quidvis.» Por lo cual corrigió la antigua definición del hombre, en estos términos: animal científico o capaz de ciencia, es decir, de conocimiento ordenado, metódico y dependiente de los universales. De otro pasaje se deduce que concedía a los brutos la simple cogitación, cum præsensione finis, pero sin elección de medios. Lo cual le indujo a afirmar con buen sentido que sólo por analogía debía llamarse racionales a las bestias, aunque tuvieran imaginación y estimativa, que él llama razón sensitiva.

La paradoja de G. Pereira, discutida en España tan ampliamente como hemos visto, pasó ultra-puertos en el siglo XVII y alcanzó mucha notoriedad cuando la expuso Descartes, por encontrarla ajustada al divorcio que él ponía entre el pensamiento y la extensión, entre la materia y el espíritu. La opinión cartesiana es más sencilla y menos ingeniosa que la de G. Pereira. Los animales no son más que materia, y están sujetos a las leyes del mecanismo: son autómatas (ya pareció la palabreja). Escribe Descartes en la quinta parte del Discurso del Método: «Por estos dos medios podemos conocer la diferencia entre el hombre y las bestias. Cosa es digna de notarse que no haya hombre tan necio, ignorante e insensato que no sea capaz de juntar unas cuantas palabras y dar a entender su pensamiento; lo cual no hace ningún animal por perfecto y hábil que le supongamos. Y no es por falta de órganos, dado que vemos a las picazas y a los papagayos pronunciar palabras como nosotros, pero no hablar, quiero decir, no tener conciencia de lo que dicen. Por el contrario, los sordo-mudos, careciendo de órganos, estando por ende más incapacitados que las bestias, inventan por sí propios algunos signos, y se hacen entender de los que habitualmente les tratan. Lo cual prueba, no sólo que las bestias tienen menos razón que el hombre, sino que absolutamente carecen de ella<sup>147</sup>. Ni hemos de confundir las palabras con los movimientos naturales que indican las pasiones, y que pueden ser imitados por máquinas lo mismo que por animales, ni creer con los antiguos que las bestias hablan aunque no entendemos su lenguaje: cosa imposible, puesto que sus órganos son proporcionados a los nuestros. A lo cual se agrega que muchos animales muestran industria grande y mayor que la nuestra en muchas operaciones, y son del todo inhábiles para muchas otras: lo cual prueba, no que tengan entendimiento, pues entonces sería superior al nuestro y nos vencerían en todo, sino que carecen de alma, y que sólo la naturaleza guía sus actos según la disposición de sus órganos, a la manera que un reloj, compuesto sólo de ruedas y resortes, cuenta las horas y mide el tiempo mejor que nosotros»<sup>148</sup>.

Si en las primeras líneas Descartes glosa a G. Pereira, en las últimas compendia lo que había dicho Vallés, copiando hasta sus palabras textuales y sus ejemplos: quare cum illorum peritiam non agnoscamus, superest ut ad peritiam authoris referatur velut quod horologium, motu gnomonis et pulsatione cymbali, metiatur et distinguat nostra tempora, refertur ad peritiam artificis...<sup>149</sup>

En la «respuesta a las objeciones de Arnauld» repitió Descartes «que el único principio de movimiento en los brutos era la disposición de los órganos, y la continua afluencia de espíritus animales producidos por el calor del corazón, que atenúa y sutaliza la sangre.»

En la «respuesta a las sextas objeciones hechas por diversos teólogos y geómetras», se jactó de haber probado con razones fortísimas el automatismo de las bestias, sin nombrar para nada a los españoles que tanto habían especulado sobre esta materia. Objetáronle algunos que aquella opinión sabía a materialismo, y el afirmó que la contraria inducía a creer de la misma naturaleza, y sólo diversas en grados, el alma del hombre y la del bruto.

Al fin de su docta y acre *Censura Philosophiæ Cartesianæ*; puso el sapientísimo Obispo de Avranches Pedro Daniel Huet una especie de catálogo de los plagios de Descartes. Allí textualmente dice:150 «Nadie defendió con más calor, ni enseñó más a las claras esta doctrina (la del automatismo) que Gómez Pereira en su *Antoniana Margarita*, el cual rompiendo las cadenas del Lyceo en que había sido educado, y dejándose llevar de la libertad de su genio, divulgó en España ésta y otras muchas paradojas.»

De Huet tomó esta especie Bayle primero en las *Nouvelles de la Republique des lettres*, y después en su famoso *Diccionario*, donde trata bastante del asunto, y repite algunos argumentos de G. Pereira. Los discípulos y biógrafos de Descartes procuraron defenderle, alegando que leía poco, que el libro era muy raro, y no parecía natural que hubiese llegado a sus manos: presunciones harto débiles, al lado del convencimiento que a mi parecer resulta de todo lo expuesto. Y aún suponiendo que no conociera la *Antoniana*, pudo haber tenido noticia de ella por cualquiera de sus impugnadores, y sobre todo por la *Philosophia sacra* de Vallés, que tenía muy leída.

Para acabar de una vez esta materia ya enojosa, apuntaré las opiniones de otros filósofos nuestros que después de Descartes tocaron la cuestión del alma de los brutos.

El médico judío Isaac Cardoso, en su *Philosophia Libera*, calificada de *opus sane egregium* por Fr. Ceferino González, escribe que el alma de los brutos es corporal, y se reduce a la armonía de los elementos. Y como el fuego es el elemento más sutil, ardiente y movable, de aquí que el alma sea una partícula ígnea, que, templada por otros elementos, produce en el animal admirables operaciones151. La filiación de esta doctrina de la de G. Pereira, es indudable, aunque tiene asimismo precedentes en Galeno, que confundió el alma con el temperamento.

El P. Feijóo trató de la racionalidad de los brutos en un agradable discurso, que es el noveno del tomo III del *Teatro crítico*. No da muestras de conocer la *Antoniana Margarita*, sino por las referencias de Bayle, y se inclina a la opinión de los que negaron que Descartes hubiese leído el libro del médico castellano. Pero se equivoca de todo en todo al aseverar que este no tuvo séquito alguno y que su doctrina cayó muy luego en olvido, cuando de lo contrario dan testimonio las objeciones de Palacios, el *Endecálogo*, y las obras de Vallés e Isaac Cardoso, el segundo de los cuales invoca a cada paso, con respeto grande, la autoridad de G. Pereira.

Por lo que hace a la cuestión en sí misma, el P. Feijóo, sin afirmar positivamente cosa alguna, se inclina a la sentencia más admitida, que niega a los brutos discurso y les concede sentimiento, aunque no deja de proponer y esforzar algunos argumentos en pro de la racionalidad, defendida por Vallés entre los modernos y por Lactancio entre los antiguos. Para el benedictino de Oviedo la racionalidad no implica espiritualidad, y el alma de los brutos, sin ser materia, puede ser forma material, esto es, dependiente de la materia en el hacerse, en el ser y en el conservarse152.

El célebre médico y elegante filósofo D. Andrés Piquer, en su Discurso sobre el sistema del Mecanismo<sup>153</sup>, escribe: «Los nuestros (filósofos) en los tiempos pasados no han tenido reparo de llamar en los brutos alma al principio de sus operaciones, como lo hacen en el hombre, dando ocasión a que compendiando ambos principios en una idea, les atribuyesen los poco advertidos y los impíos idénticas facultades. Al principio, pues, interno, que en el hombre y en las bestias produce las sensaciones, vegetación, nutrición y cuantas acciones conducen a sostener la vida, lo llamaremos psyche... y al principio que en el hombre ejercita la razón con libertad e inteligencia, lo llamaremos alma (pneuma), para evitar la confusión y conformarnos con el uso común de nuestra lengua. Las puras sensaciones se hallan en los brutos: las sensaciones con conocimiento en los hombres.» Piquer había leído la Antoniana, el Endecálogo y la Philosophia sacra, que cita y juzga con acierto. Es reminiscencia pereirista la de este pasaje: «Al modo que el hierro se va hacia el imán y las pajas al ámbar, se van los brutos o huyen de los objetos que impresionan sus órganos sensibles.» La psyche de Piquer es material; es, como él dice, «la flor de la materia», y no difiere mucho de la partícula ígnea de Isaac Cardoso.

En concepto de D. Juan Pablo Forner, sobrino, y discípulo en muchas cosas, de Piquer, «los brutos tienen facultad de sentir, pero ajena enteramente de conocimiento reflexivo: de manera que su facultad de sentir no pasa más allá de la sensación. La sensación obra en la fantasía representando las imágenes, para que éstas pongan en movimiento los conatos siempre uniformes del apetito... En suma, el bruto siente, imagina, apetece, se mueve, pero no conoce. Todos sus actos dependen del principio brutal que en ninguna manera puede llamarse alma.» Porque es de advertir que Forner admitía dos principios en el hombre, el racional y el sensitivo. Este último, común con los brutos, no era para él sustancia, sino una energía vital o principio activo, semejante al de las plantas<sup>154</sup>.

Otros tratadistas de filosofía del siglo pasado y comienzos del presente no dieron en tan singulares opiniones, contentándose por lo general con las proposiciones de Wolffio, que supuso inmateriales, pero no espirituales, perecederas por aniquilación, y en ninguna manera inmortales, las almas de los brutos.

Una cita más y concluyo. Para Balmes, en quien renació con nueva gloria nuestra tradición filosófica, el alma del bruto no es material, porque la materia no siente; tampoco es espíritu, por no ser inteligente ni libre el principio activo en el animal. Su naturaleza es desconocida: su final destino también. No perecerá por corrupción, porque no es orgánico. Quizá será aniquilado (Balmes admite la aniquilación); quizá al ser absorbido de nuevo en el piélago de la naturaleza, prosigue ejerciendo su actividad en diversos sentidos y animando nuevos seres<sup>155</sup>.

Basta con estas indicaciones históricas sobre un punto que no es de mera curiosidad. El desarrollarlas fuera asunto de una larga monografía. Otras materias de mayor trascendencia llaman y solicitan nuestra atención en el libro de G. Pereira.

II. Modos de conocimiento. -Especies inteligibles. Para apreciar debidamente el mérito y originalidad del filósofo de Medina, es necesario fijarse en su teoría del conocimiento. El único método que para llegar a ella preconiza y defiende es la experiencia psicológica. «Antes de explicar las nociones internas y externas del alma humana, debo prevenir a mis lectores que juzguen de la verdad de lo que digo por lo que ellos mismos en el sentir, o en el entender hayan experimentado y experimenten. No se trata aquí de cuestiones cosmográficas, donde conviene creer al maestro, sino que se discuten y explican las operaciones de nuestro espíritu, de las que todos tenemos plena conciencia<sup>156</sup>.»

Admitida como único criterio psicológico la experiencia interna, la *tacita cognitio*, mal podía resistir a los de G. Pereira la doctrina escolástica, que él formula así: «Conviene todos en afirmar que nuestra alma no puede sentir ni entender nada, si no se modifica por algún accidente realmente distinto de su propia esencia. De donde infieren que el conocimiento es realiter distinto del sujeto cognoscente<sup>157</sup>.» A todo lo cual se agre-abía la invención de las especies inteligibles, por analogía con las sensibles.

G. Pereira rechaza todo esto. En primer lugar, las especies no son sensaciones, la sensación no se verifica sin la atención o *animadversión* de la facultad sensitiva. La impresión (*affectus*) en el órgano y la atención son sus únicas condiciones. En cuanto al conocimiento, no es cosa distinta de la facultad de conocer, ni esta se distingue tampoco del alma. El conocimiento puede ser intuitivo o abstractivo. El conocimiento intuitivo envuelve siempre una afirmación de existencia. «*Nihil aliud est hominem cognoscere distincte intuitive aliquam rem quam animam illius esse certissimam, existentiae rei.*» Lo cual no implica que el conocimiento sea verdadero, porque hay sensaciones deceptorias.

Las ideas o nociones son el alma misma modificada diversamente (*Animam ipsam taliter se habentem, tantum universas notiones suas esse.*) La visión no es más que un *modus habendi* del alma, provocado por otro *modus habendi* que es la atención<sup>158</sup>. «Si me preguntas en qué consisten estas modificaciones del alma, te diré que no las conozco a priori sino a posteriori y por sus efectos; pero conjeturo que guardan cierta proporción con las partes de nuestro cuerpo.»

No realmente, sino por un procedimiento racional, podemos separar el conocimiento, de la facultad de conocer, y ésta de la esencia del alma. (*Impossibile enim existimamus cognitionem ullam esse rem distinctam entitative a cognoscente.*)

Aplica el mismo principio a las sensaciones que él llama exteriores, prueba que no son entes, ni accidentes corpóreos ni espirituales: sólo resta que sean modos del alma. La sensación no nace del objeto y de la facultad, sino de la facultad sola: *a sola vi sensitrice*. Los fantasmas que son causa ocasional de la sensación, difieren del alma y son corpóreos: *quid ab homine se junctum et in homine inclusum*. El alma es libre en cuanto al conocimiento de sí misma, pero no por lo que hace al de los fantasmas que muchas veces se le presentan sin quererlo ella<sup>159</sup>.

Combate luego G. Pereira la proposición de San Agustín: *Illa informatio sensus quae visio dicitur, a solo imprimitur corpore quod videtur*, en lo cual, como advierte el autor de la Antoniana, claro se ve que el Doctor Hiponense confundió la impresión con la sensación o percepción. El alma necesita atender para ser modificada y sentir. El mismo santo parece reconocerlo en este otro pasaje: *Gignitur ergo ex re non visibili visio, sed non ex sola visione, nisi adsit et videns*.

Añade G. Pereira que «la visión es la atención del alma que se siente afectada por el objeto» (*modus habendi animae animadvertentis se affectam*); y niega que se vea sólo la especie, sino el objeto mediante la impresión.

No respeta el atrevido reformador la antigua clasificación de las facultades del alma. Para él no existe el sentido común a la manera que lo entendían los peripatéticos, *sensus qui ab Aristotele communis dicitur quo judicantur sensilia absentia et discernuntur ea quae variorum sunt sensuum*<sup>160</sup>. Este sentido, que discernía las percepciones de los demás, solían localizarle los escolásticos en la parte anterior del cerebro. Pero Gómez Pereira nota que, si este sentido común es facultad orgánica, será del todo inútil, o habrá dos sensaciones. Para juzgar las cosas sensibles comunes, vg. el movimiento y la quietud, el número, la magnitud, etc., tampoco vale, porque estas cosas no son sensibles per se, sino per accidens, conforme a la opinión de los nominales, a la cual G. Pereira se inclina. Y ¿quién sostendrá que es necesario para distinguir las percepciones de los

demás sentidos? «¿Para qué inventas esa facultad orgánica interior, cuando para dar razón de lo que nosotros experimentamos, es a sabor, que existe una potencia que distingue entre los objetos de los diversos sentidos, basta decir que el alma informando el ojo conoce el color, e informando el pie siente en él la frialdad, y afectada en el órgano del olfato percibe el olor etc., y que ella sola es la que juzga y distingue entre varias sensaciones, y aún entre los actos de varias facultades? Y si esto afirmamos, ¿para qué sirve ese vano sentido común puesto en la parte syncipital? ¡Como si no bastaran los cinco exteriores!»161.

No hay distinción real entre la facultad sensitiva y la intelectual, ni entre el conocimiento directo de lo singular y el conocimiento por reflexión. El uno depende del otro, y la misma alma que conoce lo universal percibe también lo singular (eamdem animam quae universale cognoscit, et singulare percipere). El alma misma, sin ningún accidente distinto de ella, es virtud sensitiva y virtud intelectual, y es sentido común cuando discierne las percepciones de los cinco sentidos162.

Tampoco es facultad orgánica la fantasía, que Avicena supuso colocada en la parte anterior de la cabeza para guardar los fantasmas. A lo de la localización replica el autor que herida o lesionada dicha parte anterior, no se pierde la memoria; al contrario de lo que sucede si se hiere la parte posterior. Por lo cual niega que haya semejante facultad ni que se distinga de la memoria.

Tampoco admite la imaginativa como exterior, pero sí como facultad interior de componer y dividir, que no se distingue de la esencia del alma. Otro tanto acontece con la estimativa. La memoria, si, es facultad externa y localizada en el occipucio, como lo comprueban los experimentos. Las potencias que no se distinguen del alma no tienen órganos especiales a su servicio; lo cual parece estar en contradicción con unas palabras anteriores163.

Hemos llegado a las entrañas del libro, a la discusión contra las especies inteligibles; y como éste es punto de capital importancia en que G. Pereira se adelantó más de dos siglos a Reid, me permitirá usted que sea un tanto prolijo y acumule extractos para convencer, si es posible, a los incrédulos.

¿Cómo se verifica el conocimiento? La explicación escolástica, según G. Pereira la expone, era esta: «Cuando el entendimiento desea conocer lo universal, pone delante de la imaginativa los fantasmas de algunos individuos de aquella especie conocidos antes: prescinde de todas las condiciones individuales, convierte el fantasma así modificado en especie inteligible, y por este método, abstraídas todas las particulares condiciones que distinguen un ser de otro, queda desnuda y escueta la naturaleza del ser, que, por medio de las especies inteligibles, produce en el entendimiento un acto de intelección universal, y esta intelección es accidente espiritual distinto del mismo entendimiento.»

Toda esta fantasmagoría se disipa ante las siguientes observaciones del médico de Medina del Campo164:

«Ante todo, de los fantasmas no pueden extraerse las especies inteligibles, por ser el fantasma cosa corpórea, y las especies inmateriales. Y si suponen que de la corrupción del fantasma nacen las especies inteligibles que guían al conocimiento de lo universal, engañanse de todo punto. Porque ni el fantasma se corrompe después de la intelección de lo universal, dado que seguimos conociendo y recordando como antes, ni aunque se corrompa puede ser nunca materia para especies inteligibles, como una piedra no es materia para producir un ángel. Absurdo es suponer que tengamos la facultad de sacar lo espiritual de lo corpóreo. Como los agentes intelectuales no obran sobre la materia, es imposible que del fantasma corpóreo y de una forma intelectual, como es el alma, resulte un ser incorpóreo.»

«Me responderás con los tomistas que la luz del entendimiento (lumen intellectus) produce ese fenómeno, y te volveré a preguntar qué luz es la que el entendimiento comunica a los fantasmas para producir la especie inteligible como de materia ex qua... No puede el entendimiento transmitir al fantasma su propia sustancia inteligible, que sólo Dios crea. Y aunque el entendimiento participe de ella, en modo alguno puede crear una sustancia espiritual en el fantasma, que es sustancia corpórea. Ni dará al fantasma ningún accidente espiritual, porque éstos (fuera de un milagro) no caben en las cosas corpóreas. La luz del entendimiento no da, pues, al fantasma virtud para producir las especies inteligibles.<sup>165</sup>»

«Ni la especie inteligible puede ser engendrada por el entendimiento mediante la consideración del fantasma, separando de él por abstracción propia las que llaman condiciones individuales, y produciendo luego la especie inteligible que represente lo universal, porque si así fuera, de trabajo excusado calificaríamos el del entendimiento en fabricar la especie o apariencia de lo universal, que él conoce antes y de un modo más exquisito. Y no se entiende por qué esa representación ha de tener existencia más perfecta fuera que dentro del alma, siendo así que ésta la contiene por alta manera como la causa a su efecto, al modo que aquella Venus Charita (esto es, graciosa) pintada por Apeles, distaba mucho de la Venus que el mismo Apeles había concebido en su mente, porque ni los órganos le obedecieron en todo, ni logró vencer las resistencias del material, ni cumplir perfectamente sus anhelos. Y si en esta obra externa no logró su propósito el inmortal artífice, verosímil será que el entendimiento en ninguna manera puede engendrar una especie que retrate lo universal tan al vivo como ya lo conoce y posee la inteligencia misma, productora de la especie<sup>166</sup>.» Y aún dado que esta fuera del todo exacta, frustra fit per plura quod potest fieri per pauciora.

«La experiencia de cada uno demuestra que el entendimiento puede alcanzar lo universal sin la consideración de ningún fantasma. Tampoco la noción de una cosa singular y cuantitativa puede dar al entendimiento la facultad de conocer lo universal, porque las cosas indivisibles sólo se perciben y conocen por una facultad indivisible. Los que inventaron estas especies cayeron en el mismo yerro que un pintor que dijera: «Yo que nunca he visto elefantes, ni sé cuál es su forma ni su figura, voy a formar una noción mental que me represente al elefante. «¿Cómo ha de pintar nadie lo que no ha visto ni concibe?<sup>167</sup>»

Al leer esta briosa refutación, en que hasta el estilo de G. Pereira toma una elocuencia desusada; al oírle defender con tanta energía los fueros del conocimiento directo, tal y como la experiencia nos le muestra, ¿quién no cree tener a la vista una página psicológica de la escuela escocesa? ¿Serán inútiles estas lecciones, hoy que el renovado escolasticismo enseña y sostiene aún la conversión del fantasma en especie inteligible por la luz del entendimiento?

Aún había otras malezas que desbrozar en este campo, y G. Pereira prosiguió lógico e inflexible, deduciendo que la intelección no es producida por ningún objeto o facultad distinta del entendimiento, ni puede llamarse accidente, sino que es la inteligencia misma taliter se habens; negando que fuese necesaria una nueva entidad para entender lo que antes no se entendía, cuando bastaba con una simple modificación; y repitiendo una y otra vez, antes de Descartes, que la esencia del alma era el pensamiento (actus intellectus idem cum anima), de cuyo principio sacó el partido que adelante veremos en su tratado De la inmortalidad del alma. A los teólogos les dice: «Si Dios concediese intelección a la piedra, ¿la llamaríamos sujeto inteligente? De ninguna manera, porque el pensamiento no está en su esencia<sup>168</sup>.»

En la cuestión de los universales, G. Pereira es nominalista, pero a su modo. Lo universal es para él un término incomplejo, que se predica univoce de muchas cosas

diferentes en especie o en número<sup>169</sup>. El conocimiento de los universales es de dos maneras: confuso, o distinto. Universal confuso es el todo respecto a sus partes. Universales distintos son la sustancia y los otros nueve predicamentos, con todo lo que cae bajo cada una de las categorías (dentro de la sustancia, el cuerpo, el animal, etc.)<sup>170</sup>. Lo universal confuso es conocido antes que lo singular; el todo antes que las partes, y así sucesivamente. «Primero decimos éste es un ente o un cuerpo, que éste es un animal o un hombre; y primero éste es padre o ésta es madre, que éste es Antonio, o ésta Margarita. Por eso los niños llaman a todos los hombres padres, y madres a todas las mujeres<sup>171</sup>.»

El conocimiento arranca de los universales confusos; de allí pasa a los singulares, y por eso tenemos siempre un conocimiento vago del objeto de la ciencia Antes de estudiarla<sup>172</sup>. Los universales distintos no son conocidos por sí mismos, sino por accidente, per accidens, mediante los sentidos interiores y exteriores. Sin haber visto los accidentes del caballo (color, figura, magnitud) no tenemos idea de la sustancia del caballo.

A los universales distintos se llega por abstracción. El pasaje siguiente, notable por el análisis psicológico y por la propiedad y limpieza de la expresión, explicará de qué modo:

«Yo nunca diré que entiendo lo que por experiencia sé que nunca he entendido, y escribiré sólo las operaciones intelectuales de que puedo decirme testigo ocular. Cuando deseo conocer la sustancia de una pared blanca y cuadrada, aparto mi entendimiento de la blancura, de la cantidad, de la figura, del sitio y de las demás condiciones individuales de aquella pared, todas las cuales yo he conocido antes por los sentidos exteriores o concebido abstractamente por la imaginación. Finjo mentalmente que la blancura, la cantidad, el número, etc. pueden dividirse y separarse de la sustancia en que residen, y entonces, adquiero la noción de ésta. Nunca la he conocido en sí misma, porque está velada por los accidentes; pero tampoco necesito formar una especie inteligible que me la represente, sino que vengo a su noción por la noción de los accidentes. Al contemplar mi entendimiento que aquellos accidentes varían a cada paso, sucediéndoles otros, infiero por necesidad la existencia de un objeto en quien residan los accidentes que se corrompen y los que de nuevo se engendran. Y así que infiero esto, conozco el sujeto, sin intermedio de especie alguna, sin que importe nada al entendimiento que el objeto sea o deje de ser como él lo entiende. Así se conoce lo real y lo fantástico, la quimera, vg., trayendo a la memoria partes de animales ya conocidos. Este conocimiento es por abstracción (abstractive noscitur)<sup>173</sup>.

Refuta luego a los realistas y a los partidarios de las especies inteligibles o conceptualistas, y añade: «Todas las conclusiones matemáticas se van deduciendo unas de otras, sin generación de ninguna especie.»

«Los objetos inteligibles se distinguen de los sensibles en que no producen inmutación formal en nuestros órganos, ni son conocidos por sí, sino por el intermedio de otros. Los seres indivisibles: Dios, los ángeles, las inteligencias y las almas, se conocen por la noción de las cosas sensibles. Invisibilia Dei a creatura mundi.»

Niega G. Pereira todo conocimiento intuitivo. Para formar una imagen o especie inteligible de Dios, de los ángeles y del alma, sería preciso conocer antes el objeto, del cual la especie es copia<sup>174</sup>. Además, la experiencia no nos informa de tal conocimiento intuitivo.

«Lo universal no se halla en los entes; todos son singulares. Lo universal, como conocido, tiene ser en el entendimiento. Conocemos la quimera; luego existe. Por lo demás, toda la cuestión de los universales se funda en el antiguo error de los gramáticos, que tomaron por sustantivos una infinidad de connotativos o adjetivos que designaban

cualidades o accidentes y no individuos»<sup>175</sup>. «El alma, como activa, es entendimiento agente, como pasiva es intelecto posible. (Anima intellectrix dicitur intellectus possibilis in quantum nata est omnia fieri ad affectionem proprii organi, ab omnibus sensilibus rebus nati affici.) El omnia fieri está tomado en el sentido de Aristóteles.

Hasta aquí el autor fielmente expuesto y compendiado. Apuntemos ahora los resultados de la especulación neológica de la Antoniana Margarita, para que se vea de un golpe la trascendencia de sus afirmaciones.

1.º El único criterio en cuestiones psicológicas es la experiencia interna.

2.º La sensación (bajo este nombre comprende G. Pereira las percepciones) no se verifica sin la atención o animadversión del alma, ni puede confundirse con la impresión o afección en el órgano. La sensación no nace del objeto y de la facultad sensitiva, sino que es una modificación o modus habendi del alma.

3.º La intelección o acto de entender no se distingue de la inteligencia, ni ésta de la esencia del alma.

4.º El conocimiento es directo, sin especies o imágenes intermedias, como lo prueban a una el razonamiento y la experiencia.

5.º No existe un sentido común. La facultad de discernir las percepciones no se distingue de la esencia del alma.

6.º La imaginación o fantasía es facultad interior y no orgánica ni localizada. Lo mismo la cogitativa o estimativa.

7.º La memoria es facultad orgánica, y reside en la parte posterior de la cabeza.

8.º La facultad sensitiva y la intelectiva no se distinguen más que en grados. El conocimiento principia por la sensación. Así conocemos los objetos externos.

9.º Conocemos los universales por abstracción. Así se forman las ideas de sustancia y causa.

10. No hay conocimiento intuitivo.

11. Los universales sólo tienen realidad en la mente.

12. De la noción de los objetos sensibles nos elevamos a la de los indivisibles.

No está, sin embargo, en estas proposiciones la doctrina psicológica completa y definitiva de G. Pereira. Lo más curioso anda oculto en el tratado *De animae immortalitate*, que estudiaré luego. Allí veremos que no hay motivos para calificarle de sensualista, aunque hasta ahora las apariencias sean fatales.

Como partidario de la experiencia interna, figura el autor de la Antoniana entre los padres de la moderna psicología, representada especialmente por los escoceses. Verdad es que aún en esta parte le precedió Vives. Su tratado *De anima et vita* no es más que el desarrollo de este principio: *Anima quid sit, nihil interest nostra scire: qualis autem et quae ejus opera, permultum, nec qui jussit ut ipsi nos nossemus, de essentia animae sensit, sed de actionibus...* Opera autem omnibus pene sensibus et internis et externis cognoscimus<sup>176</sup>. Por eso Vives en la obra citada raciocina poco y observa mucho. G. Pereira, aunque emplea el procedimiento dialéctico contra las teorías escolásticas, basa siempre las suyas en la observación.

En la identificación del acto de entender, del entendimiento y de la esencia del alma, precedió el filósofo de Medina a Descartes. *Tria igitur in eo ipso agnoscit Cartesius quod unum idemque esse dixerat: facultatem scilicet cogitandi, cogitationem et ideam, dice Huet*<sup>177</sup>. Para no extremar la semejanza, conviene tener presente que G. Pereira no admite ideas al modo cartesiano ni platónico, y que es francamente nominalista.

Como adversario de las especies inteligibles (invención de los árabes o de los escolásticos, nunca conocida por Aristóteles<sup>178</sup> a quien malamente se la achacó Reid) tenía G. Pereira por únicos predecesores a los Nominales, y especialmente a Durando. De ellos aprendió el gran principio de que «no se han de multiplicar los entes sin

necesidad», tan elogiado por Leibniz: *Secta nominalium, omnium inter scholasticas profundissima et hodiernaere formatae philosophandi rationi congruentissima est... Generalis autem regula est qua nominales passim utuntur: entia non esse multiplicanda praeter necessitatem... quae (sententia) etsi obscurius proposita, huc redit, hypothesim eo esse meliorem quo simpliciore... Ex hac jam regula nominales deduxerunt omnia in rerum natura explicari posse, etsi universalibus et formalitatibus realibus prorsus careatur, qua sententia nihil verius, nihil nostri temporis philosopho dignius*<sup>179</sup>.

Además, uno de los argumentos de G. Pereira se encuentra también en Durando: «El entendimiento, que es virtud reflexiva, se conoce a sí mismo y a sus facultades por certidumbre y casi experimentalmente. (G. Pereira suprimió el casi, porque para él la experiencia interna es más cierta e infalible que la externa.) Así sabemos por experiencia que existe en nosotros el principio de la inteligencia. Si en ella hubiese especies, conoceríamos con certidumbre su existencia en nosotros, como conocemos los demás actos y hábitos de nuestro entendimiento<sup>180</sup>.»

Guillermo Ockam, el más arrojado de los nominalistas, escribió: *Pluralitas non est ponenda sine necessitate, sed non apparet necessitas ponendi tales especies productas... ab objectis, quia omnes istæ species non possunt sentiri ab aliquo sensu*<sup>181</sup>. De Durando y de Ockam tomaron estos argumentos los nominalistas de París y de Salamanca, y en la última de estas escuelas debió de oírlos G. Pereira de boca de algún discípulo de Alfonso de Córdoba; pero tras de añadirles novedad y fuerza, imaginó otros muchos tan profundos o ingeniosos, y los enlazó por tal arte, que no sin motivo podemos darle la palma entre todos los predecesores de Reid, y afirmar que ninguno mejor que él comprendió y expuso la doctrina del conocimiento directo, de la cual los nominales no tuvieron más que atisbos y vislumbres.

En psicología experimental G. Pereira está, a no dudarlo, más adelantado que la filosofía de su tiempo, más que la del siglo XVII, más que Bacon, más que Descartes. Ninguno observa ni analiza como él los fenómenos de la inteligencia. El lord Canciller es casi extraño a estas cuestiones: le absorben demasiado la clasificación de las ciencias y el método inductivo. Es partidario de la experiencia, y toma puesto en las filas de los nominalistas. Pero su experiencia predilecta es la externa, con la cual adelantan y prosperan las ciencias naturales. De la interna habla poco y confusamente. Como todos los grandes lógicos, estudia más que nada, en el entendimiento el lado pragmático.

En cuanto a Descartes, el Dr. Reid ha notado que de la antigua teoría de la percepción sólo rechaza una fase. «Esta teoría (dice el patriarca de la escuela escocesa) puede dividirse en dos partes: la primera establece que las imágenes, especies o formas de los objetos externos proceden del objeto y entran por los sentidos al entendimiento: la segunda es que no percibimos en sí mismo el objeto externo, sino sólo su imagen o especie inteligible. La primera parte ha sido refutada por Descartes con sólidos argumentos, pero la segunda ni él ni sus discípulos la pusieron nunca en duda, estando todos muy persuadidos de que no percibimos el objeto, sino su imagen representativa. Esta imagen que los peripatéticos llaman especie, él la llamó idea, cambiando sólo el nombre, pero admitiendo la cosa<sup>182</sup>.»

En honor de la verdad, debo advertir que estas explicaciones del Dr. Reid no están muy conformes con el significado que dan a la idea cartesiana los modernos espiritualistas como Bordás y Martín Macos, ni quizá se ajusta a la verdadera de Descartes, aunque en los escritos de éste pueden hallarse proposiciones casi contradictorias en este punto. Que rechazaba los fantasmas, se deduce de este pasaje de la *Dióptrica*: *Observandum praeterea animam nullis imaginibus ab objectis ad cerebrum missis egere ut sentiat, contra quam communiter philosophi nostri statuerunt*<sup>183</sup>. Pero contra las especies no tiene ninguna refutación directa. Tampoco ha de entenderse la

idea de Descartes en el sentido platónico, porque (como advirtió Hamilton) el autor del Discurso del Método la extiende a los objetos de nuestra conciencia en general<sup>184</sup>. Yo bien sé que el Dr. Brown, disidente de la escuela escocesa, afirmó en sus *Lectures on the Philosophy of the mind* que la opinión de Descartes era diametralmente opuesta a la que Reid le atribuía; pero basta leer la brillante refutación que de aquella obra hizo Guillermo Hamilton para convencerse de que Descartes admitía una representación mental (como si dijéramos especie inteligible) distinta del objeto conocido y del conocimiento mismo, and consequently that in the act of knowledge the representation is really distinct from the cognition proper.

Malebranche presentó como doctrina cartesiana la de las representaciones distintas de la percepción, y fue refutado por Arnauld, el cual sostuvo, como G. Pereira, que todas nuestras percepciones son modificaciones del alma; pero añadió: esencialmente representativas. La representación, ni aún en ese sentido la admite G. Pereira; ni tampoco Reid, que, partidario acérrimo del conocimiento directo, califica el parecer de Arnauld de tentativa desgraciada de reconciliación entre dos opuestas doctrinas.

En el precioso Ensayo que cité antes probó Hamilton evidentemente que ni Locke ni otros filósofos de menor cuenta dejaron de admitir el sistema de la representación en una u en otra forma. Leibnitz rechaza ciertamente las especies inteligibles, pero es para sustituirlas con hipótesis de otro género, no menos opuestas a la teoría de la porción directa.

La gloria de haberla asentado sobre firmísimos fundamentos pertenece a la escuela de Edimburgo, y especialmente al Dr. Reid. No es mi intento disminuir en un ápice el mérito de esta prudente y sabia escuela que fundó en el sentido común el sistema del realismo natural, destruyendo para siempre la hipótesis de la representación con la cual (dice Hamilton) no hay medio entre el materialismo y el idealismo<sup>185</sup>. Pero séame lícito pedir algún recuerdo y alguna justicia para los antiguos nominalistas, para Durando y Ockam, y sobre todo para G. Pereira, cuyo nombre se enlaza a una de las mayores y más positivas, aunque menos ruidosas, conquistas de la ciencia. Las brillantes concepciones a priori, los sistemas germánicos de lo absoluto van uno tras otro desapareciendo; pero quedarán en pie el hecho de conciencia primitivo e irreductible, la observación psicológica y la crítica que de ella nace.

¿Osaré decir que en estos resultados han influido, más de lo que parece, Vives, Gómez Pereira y otros filósofos peninsulares?

El Dr. Miguel de Palacios, en sus *Objections* ya citadas, combate dos de las paradojas que en psicología sentó Pereira: la identificación del acto de sentir y de la facultad sensitiva: la no existencia del sentido común. Pero sus argumentos, aunque presentados con habilidad, son débiles, y G. Pereira lleva la ventaja en esta parte de su Psicología.

III. Principios de las cosas naturales. -La materia prima. -La sustancia y el accidente, etc. -En el campo de la psicología ejerció principalmente su actividad Gómez Pereira; pero tampoco dejó de sostener atrevidas novedades físicas y ontológicas en algunas cuestiones que trató por incidencia y a modo de digresión. Una de ellas fue la de *principiis rerum naturalium*, que no resolvió en sentido platónico como Foxo Morcillo, ni aristotélico como Benito Pererio sino inclinándose al atomismo, no tanto, sin embargo, que podamos decir con Isaac Cardoso: *Gomezius Pereira in sua Antoniana Margarita, Aristotelem deserens, in castra Democriti se recepit*<sup>186</sup>. Aunque sea evidente la inclinación de G. Pereira a la física corpuscular, no me atrevo a decir que se pasase a los reales de Demócrito. La exposición siguiente mostrará su verdadera doctrina.

Empieza por apuntar, siguiendo a Aristóteles, los pareceres de los antiguos filósofos mecánicos, dinámicos, etcétera; refiere luego el del mismo Aristóteles, según resulta de

la Física, y añade los de Hipócrates y Galeno. En seguida comienza a impugnar los tres principios de la Escuela: materia, forma y privación; pero sobre todo la materia prima. Los elementos se corrompen del todo por la acción de disposiciones contrarias a su conservación, y se engendran de la corrupción de los otros, sin que exista materia alguna. «Ninguna generación se verifica sin la corrupción de otro ente, ninguna corrupción sin la generación de un nuevo ser<sup>187</sup>.» La materia prima es inútil, según el axioma de que no se han de multiplicar los entes sin necesidad. Es condición de la materia ser un todo compuesto (totum compositum): por consiguiente, la materia prima será generable y corruptible, se resolverá en otra y ésta en otra usque ad infinitum, o hasta que llegemos a los elementos, verdaderos principios de las cosas. Si no es materia como la materia que conocemos, sólo resta que sea mera potencia de la forma, capacidad de recibirla, y por ende cosa vana y ficticia, ente de razón, porque la inherencia no es distinta de la cosa inherente, como la cantidad no se puede separar de la cosa cuanta, ni la figura de la cosa figurada.»

«¿Por ventura podremos llamará la materia prima, potencia de todo el compuesto, en tendiendo que en la composición no tiene otro ser que el ser total de la cosa? Pero, ¿cómo hemos de decir que tiene el mismo ser de la cosa compuesta, sino afirmando que el compuesto y el componente son una sola y misma cosa? Y entonces tendrán que confesar que la parte componente es igual al todo compuesto. Ajeno es de todo buen discurso el imaginar que la materia no tiene más ser que el que recibe de la forma, y que de ambas resulta un solo ente. Si la forma da su ser a la materia, las dos entidades vienen a convertirse en una sola. Acaso supondrás que la materia da primero el ser a la forma, cuando ésta es educida o sacada de la potencia de la misma materia, y que, después, de ella y de la forma resulta el todo esencial; pero esto es un delirio<sup>188</sup>.» Y entonces, ¿quién da el ser a la materia?

«Más verosímil será afirmar que los principios de la sustancia corpórea y mixta son los cuatro elementos, que sucesivamente se engendran y corrompen. De esta manera no habría necesidad de fingir entidades que ni percibimos en sí mismas ni conocemos por sus efectos. Tal es ese fantasma de la materia prima<sup>189</sup>.»

Verdad es que la distinción de materia y forma servía de base a la doctrina del compuesto humano de los teólogos; pero G. Pereira no se detiene por eso: «Sospecho, dice, que los grandes teólogos, atentos a la especulación de las cosas divinas y al cuidado de la salvación de las almas, despreciaron no pocas veces la observación de las cosas naturales, y cayeron así en algunos errores.» Poco importa que Santo Tomás hable de materia y forma en el hombre: sus razones minime probant, porque está en contra la experiencia<sup>190</sup>.»

También escribió algo G. Pereira acerca de la Educción de las formas de la potencia de la materia, impugnando la opinión de un grave doctor moderno a quien no nombra, según el cual, educirse las formas de la materia, de la cual todas, excepto el alma racional, dependen, es convertirse la potencia en acto, el fieri en esse.

Los elementos son entes corpóreos, simplicísimos, los más imperfectos entre todas las sustancias corpóreas, porque son los menos compuestos, y la esencia de la materia es la composición.

De las mil cuestiones, muchas veces menudas y fútiles, que G. Pereira promueve acerca de la generación y corrupción, no haré memoria, porque sólo conduciría a molestar a Vd. y a hacer olvidar a los lectores los verdaderos principios físicos de la Antoniana.

Como adversario de las formas sustanciales, G. Pereira tiene innegable importancia; pero no es el único ni el primero en España. Antes que él había escrito Dolese, en sentido francamente atomista, su Suma de filosofía y medicina, libro que no he llegado

a ver, pero que encuentro citado por Isaac Cardoso, autoridad de gran peso en todo lo que a nuestra ciencia se refiere: «En España Pedro Dolese, caballero valenciano, de profesión médico, publicó una Suma de filosofía y medicina en que sigue a Demócrito, y defiende sus opiniones acerca de los principios naturales, los átomos, y la incorruptibilidad de los elementos»<sup>191</sup>. Dolese es el más antiguo de los atomistas modernos: a lo menos así lo afirma Isaac Cardoso, que sabía bien la historia de estas controversias<sup>192</sup>.

Contra las formas sustanciales se levantaron principalmente los médicos. Además de G. Pereira, las combatió, Francisco Vallés en su *Philosophia Sacra. Regnabat pacifice et feliciter sane regnabat* (escribe el jesuita Ulloa) *in scholis omnibus Europæ, aristotelicorum entis naturalis systema, compositio nimirum ex materia et forma reciproce distinctis. Sed medici duo Hispani, alter complutensis Valles, satis notus ex Sacra sua, Philosophia, gallegus alter Pereira, haud ignotus ex sua Margarita Antoniana, enti naturali quod bene se habebat mederi volentes, ipsum necavere*<sup>193</sup>.

Vallés confiesa que en sus primeros escritos y en sus lecciones de física había defendido la materia prima, pero que ya la consideraba como hipótesis inventada para los más rudos (*hypothesin quandam esse ob rudiores confictam.*) Para Vallés los principios son los elementos, que están en potencia en las cosas concretas, en acto en ninguna parte<sup>194</sup>. Ni existen, ni han existido, ni pueden existir puros y sin mezcla, ni tienen formas sustanciales. Los que llamamos elementos son cuerpos de composición más sencilla y más próxima a la naturaleza elemental, pero en ninguna manera simples. La forma de la cosa es su esencia. Los seres se dividen en corpóreos e incorpóreos, no en materiales e inmateriales, a no ser que llamemos materia al conjunto de los cuerpos. El principio de individuación no es la materia sino la cantidad<sup>195</sup>. El modo cómo Vallés explica y defiende estas ideas no es para tratado de pasada. Día vendrá en que yo escriba de propósito acerca de la *Sacra Philosophia*. Ahora baste advertir que en lo esencial conviene su autor con G. Pereira, afirmando la corruptibilidad de los elementos. De la alteración nace la generación. «Si no existiera en los seres una lucha por la existencia, o nada se engendraría, o la generación de cada cosa procedería hasta lo infinito.» Citaré las palabras textuales: *Data autem est rebus a natura parente ea contrarietas et necessitas pugnandi ad generationem: quia si aliter quam per pugnam generare possent, neque talem repugnandi vim haberent, aut nihil generaretur, aut generatio rei cujusque procederet in infinitum.* Nada atajaría el progreso de la generación (añade) si todas las cosas no se pusiesen recíprocamente límites, peleando entre sí. Por eso fue necesario que hubiese entre las cosas lid y contrariedad y que unas se engendraran de otras, aunque no tienen una materia común<sup>196</sup>. «Tal es el sentido de la lucha por la existencia en el sistema de Vallés. Los elementos diversamente combinados forman todos los cuerpos que en continua lucha se alteran y destruyen para dar lugar a nuevas composiciones, que se diferencian en la cantidad. Si los antiguos ponían la vida del Universo en el amor, Vallés en la contrariedad y discordia<sup>197</sup>.

Esta doctrina tuvo mucho séquito en Alcalá. Isaac Cardoso cita, entre sus defensores, a Torrejón, que será sin duda el teólogo Pedro Fernández Torrejón, autor de un comentario o exposición a la física de Aristóteles, así rotulado: *Antiquæ Philosophicæ enucleatio per expositionem in octo libros Physicorum*; y al médico Barreda, autor de un tratado de temperamentos. Uno y otro pertenecen ya al siglo XVII, porque la tradición atomística (llamémosla así siguiendo a Cardoso, aunque el nombre no sea del todo exacto) no se interrumpió entre nosotros un momento. Fuera de aquí, todos los reformadores filosóficos de mediados y fines de aquel siglo convinieron en rechazar las formas sustanciales, inclinándose los más al mecanismo y algunos al dinamismo. Gassendo redujo a sistema las concepciones atomísticas de Demócrito y Leucipo.

Siguiéronle muchos, y entre los españoles, Isaac Cardoso, que dedicó todo el primer libro de su *Philosophia Libera*, impresa en 1673, a tratar de *principiis rerum naturalium*, mostrándose acre y tenaz en la reprensión de Aristóteles. «¿Cuánto no se hubieran reído (dice) Demócrito, Platón, Empédocles y Anaxágoras, si hubieran oído que la privación es el principio de las cosas, y que hay una materia nuda e informe, de cuyo vientre, como del caballo Troyano, proceden todas las formas, que, sin embargo, están sólo en potencia, produciéndose, por consiguiente, de la nada todos los seres naturales? El mismo Heráclito lloraría al oír tan monstruosa enseñanza. Si la privación es nada, ¿por qué se la cuenta entre los principios?»<sup>198</sup>

«¿Y qué es la materia prima? ¿Será un punto o un cuerpo? No puede ser cuerpo, porque no tiene forma ni cantidad. Si es punto, dependerá de otro sujeto en quien persista, y por tanto, no será principio. Si es cuerpo, no será ya pura potencia: tendrá cantidad, porque todo cuerpo es cuanto. Vacío no será, porque los escolásticos no concederán que se dé vacío en la naturaleza. ¿Dónde está, pues ese cuerpo insensible, sin cualidad o cantidad; dónde ese fantasma o vana sombra? Ni en los elementos, ni en el cielo, ni en los mixtos... en parte alguna, a no ser en nuestro pensamiento. ¿Y cómo ha de crear nuestro pensamiento entes naturales? Los principios de toda composición natural no son lógicos ni gramaticales, sino reales, naturales, físicos, sensibles»<sup>199</sup>.  
*Vaginam et amphoram formarum* llama por donaire a la materia prima.

Cardoso difiere de Vallés en un punto muy importante: sostiene la incorruptibilidad de los elementos, y procura probarla con razones y experiencias, tomadas algunas de ellas de Maignan y Beligardo.

En la cuestión de *atomis et illorum natura*, el médico hebreo se declara partidario de Dolese y de Gassendo: *Doctrina de atomis tametsi apud vulgares Philosophos male audiat, tamen iis qui libertatem in philosophando sortiuntur, verissima existimatur... utpote quæ melius rerum causas earumque affectiones asserit*. Los átomos son: *minima et indivisibilia rerum naturalium principia, ex quibus componuntur et in quæ ultima fit resolutio. Vocantur semina rerum, elementa primæ magnitudinis, prima corpora, et apud Pithagoricos unitates. Solida sunt ac inanis expertia individua, insectilia, insensibilia ac invisibilia corpuscula, et quamvis sint partes individue, non sunt instar puncta mathematici, sed ita sunt solidæ, compactæ et minimæ ut dividi nequeant, infrangibiles ob exiguitatem, invisibiles ob parvitatem*<sup>200</sup>.

Cardoso desarrolló largamente estos principios, y su libro, a pesar de ser judaizante el autor, fue muy leído y apreciado en España, tomando puesto en las bibliotecas de conventos y universidades. Además, se conocía directamente a Gassendo y a Maignan, cuyas doctrinas, así como las de Descartes, fueron ya tenidas en cuenta por Caramuel. Y aún algunos españoles entablaron polémica con los atomistas de ultra-puertos. El P. Palanco, obispo de Jaén, publicó un *Dialogus physico-theologicus contra philosophia novatores*. Replicole el P. Saguens, de la orden de los Mínimos, en su *Atomismus demonstratus*.

Iba entrando el siglo XVIII, y creciendo el número de adeptos de la filosofía corpuscular. Defendieronla el padre Juan de Nájera, en su *Maignanus Redivivus*, y el presbítero Guzmán en su *Diamantino escudo atomístico*<sup>201</sup>; pero más que todos se distinguió el insigne valenciano padre Vicente Tosca, restaurador de la manera de filosofar crítica, libre y amplia que llamamos vivismo... Atendiendo a su doctrina sobre los principios de los cuerpos, le he apellidado alguna vez gassendista; pero lo cierto es que en el conjunto de su doctrina no se ató a ningún sistema extranjero, porque era hombre de «larga experiencia y contemplación, de indecible amor a la verdad y libertad en profesarla, que supo contenerse donde convenía, y no dejarse llevar ni de las preocupaciones de la antigüedad ni de los halagos de las novedades modernas: amigo de

elegir de cada secta filosófica lo que mejor le parecía»<sup>202</sup>. Y por eso dijo un célebre satírico del siglo pasado, (que a veces hablaba en veras), impugnando a Vernei (Alilas el Barbadiño): «El insigne valenciano Vicente Tosca, no sólo nos dio larga noticia de todas las recientes sectas filosóficas, sino que aún se empeñó... en que había de introducirlas en España, desterrando de ella la aristotélica. No logró del todo su empeño, pero lo consiguió en gran parte, porque en los reinos de Valencia y de Aragón se perdió del todo el miedo al nombre de Aristóteles, se examinaron sus razones sin respetar su autoridad, y se conservaron aquellas opiniones suyas que se hallaron estar bien establecidas. Y al mismo tiempo se abrazaron otras de los modernos que parecieron puestas en razón: de manera, que en las universidades de aquellos dos reinos se tiene tanta noticia de lo que han dicho los novísimos terapeutas de la naturaleza, como se puede tener en Ila mismísima Berlín»<sup>203</sup>.

En la difusión del experimentalismo y de la filosofía natural influyó cuanto es sabido el P. Feijóo, aunque en la cuestión de principios anduvo indeciso y no se atrevió a prescindir de las formas sustanciales, como hacían Tosca y sus discípulos.

Volvamos al libro de G. Pereira, que, por ser un semillero de ideas y de paradojas, me hace caer a la continua en interminables digresiones. El resto de su cosmología más se distingue por la extravagancia que por los aciertos. Notaré sólo una teoría del fuego, bastante rara y original. «Investiguemos (dice) si en la concavidad de la luna existe un fuego elemental que excede en décupla proporción a la mole del aire, o si el tal fuego es una vetusta fábula de los poetas, semejante a los Campos Elíseos, a la Stigia y a las infernales furias, pues no parecen muy fuertes las razones que se traen para probar la existencia de ese inmenso fuego, y la verdad es que Aristóteles anduvo dudoso en esta parte.»

Tras este comienzo era de esperar una negación rotunda; pero esta vez G. Pereira nos da chasco. «A mi parecer (dice) hay en la región superior que linda con el cielo, una sustancia cálida y seca, no desemejante por su consistencia al aire. Llamémosle fuego o exhalación: poco importa... Este fuego entra en la composición de todos los mixtos... Si quieres experimentarlo, mete la mano en las entrañas, especialmente en el corazón, de un animal medio muerto, tenla algún rato y sentirás un calor grande y como de llama. El mismo ardor notarás en la descomposición de las lanas o de los estiércoles, o de otros mixtos semejantes. El fuego inferior que decimos llama no es simple como éste, sino compuesto»<sup>204</sup>.

Vallés imaginó otra teoría del fuego mucho más ingeniosa, y adoptada después por Boerhaave. Para el médico de Alcalá, como para el de Leiden, no existe ese fantástico fuego elemental en el orbe de la luna; el fuego en ninguna parte se encuentra separado, sino que es el alma del mundo, el padre de toda generación, el agente universal de las combinaciones, el que mantiene y alimenta todo ser, el espíritu de Dios que corría sobre las aguas. Todas estas cosas están defendidas en la Filosofía Sacra<sup>205</sup>, y la concepción no carece de grandeza.

No me detendré en una porción de extrañas cuestiones físicas que trata G. Pereira, y que luego trató Cardoso con soluciones no menos extrañas. Pero sí advertiré que el autor de la Antoniana anduvo muy en lo cierto al defender que sólo una causa extrínseca (forinseca causa) puede inducir el alma vegetativa y sensitiva en el feto, y cuando prueba contra los expositores de Aristóteles *semen non esse animatum*.

De ontología trató poco nuestro autor; pero en eso poco cortó por lo sano, negando una porción de distinciones que establecía la ciencia escolástica. A juicio suyo, los realistas habían confundido los accidentes reales y distintos de la sustancia (blanco, negro, caliente, dulce, etc.) con los que no son más que distinciones intelectuales.

Para separar los accidentes, en realidad, distintos, señaló dos métodos:

«Son distintos, los accidentes que producen impresión diversa en la parte sensitiva, y nos traen la noción de una cosa nueva. Así distinguimos la blancura de la leche, de su dulzura, percibiendo con los ojos la primera y con el gusto la segunda. Si ambas fuesen la misma cosa en la leche, uno de los dos juicios habría de ser falso o deceptorio. De la misma suerte distinguimos la sustancia de Sócrates de su blancura, porque la sustancia queda, y el color se muda. Y por la misma razón distinguimos de la sustancia el olor y las demás cualidades realmente distintas. Pero en este juicio podemos engañarnos, porque a veces la sustancia se modifica, perdiendo la figura, la cantidad y otros accidentes, que no por eso son separables de la sustancia. Entonces tenemos otro medio de distinguirlos. Podemos alterar a nuestro arbitrio la cantidad, la figura, el lugar, etc. de la cosa; pero no su color, ni su sabor, ni su olor. No podemos trocar lo blanco en negro, ni lo fétido en oloroso, ni lo caliente en frío. Al contrario, estas cualidades nos afectan en ocasiones contra nuestra voluntad. Además, hay muchas sustancias incoloras, inodoras, etc.; pero ninguna sin cantidad o sin figura, porque estos accidentes no se distinguen realmente de la sustancia»<sup>206</sup>.

Prueba más adelante que las relaciones no se distinguen de los fundamentos ni de los términos, y que Aristóteles jamás admitió tales distinciones reales, sino meramente lógicas, así en las Categorías como en la Metafísica.

En cuanto a la percepción de los universales de accidente (el color en general) la cuestión es sencilla: o se consideran como singulares y entonces se perciben como sensitiva per se, o como verdaderos universales, y entonces se conocen per accidens y por el entendimiento<sup>207</sup>.

Aun lleva más allá su horror a las distinciones reales. Para él el ente no se distingue de la esencia, ni ésta de la existencia, y así debió de entenderlo Santo Tomás, aunque sus expositores lo expliquen de otro modo. Illa essentia quae concipitur cum ipsa non sunt, postea cum sunt et existunt, est illa sua existentia. Concipimus quae sunt et quae non sunt eodem modo. Esta cuestión capital de la Metafísica (y resuelta del mismo modo por Suárez) está tratada muy de paso en la Antoniana.

En la no distinción de ciertos accidentes entitativos siguió G. Pereira a los antiguos nominalistas, especialmente a Ockam y a Gregorio de Rimini, y tuvo a su vez muchos secuaces. Vallés en las Controversias<sup>208</sup> negó que la cantidad se distinguiese de la sustancia. El mismo parecer llevaron muchos escolásticos, principalmente jesuitas, como Pedro Hurtado de Mendoza, Torrejón y Rodrigo de Arriaga<sup>209</sup>. Francisco de Oviedo, también de la Compañía, identificó con el cuerpo la figura. Y así otros, otras cualidades. No hay que decir si Isaac Cardoso se acostaría a las mismas opiniones, tan conformes a las novísimas filosofías cartesianas y gassendistas.

El valenciano Benito Pererio en su elegante tratado *De communibus omnium rerum naturalium principiis*, no admite distinción entre la esencia y la existencia, separándose en este y en otros puntos de la doctrina de Santo Tomás<sup>210</sup>, con aquel espíritu de libre indagación que en el siglo XVI solía acompañar a los pensadores jesuitas:

Miguel de Palacios en sus *Objectiones* dejó pasar sin impugnación todas las novedades hasta aquí expuestas, excepto la negación de la materia prima, y la teoría de la generación y corrupción, que es su consecuencia.

IV. Tratado de la inmortalidad del alma. En la pág. 496 del volumen que voy recorriendo, acaba lo que propiamente se llama Antoniana Margarita; pero a continuación se leen dos tratados adicionales. Del primero poco hay que decir. Titúlase *Paraphrasis in tertium librum Aristotelis De anima*. G. Pereira, apartándose, como desde el principio advierte, del camino de todos los expositores, trata de conciliar la doctrina del Estagirita con la suya, interpretándola en sentido muy lato, pero con agudeza. Opina como Cardillo de Villalpando<sup>211</sup>, Martínez de Brea<sup>212</sup> casi todos los nuestros, que

Aristóteles creyó en la inmortalidad del alma. La paráfrasis va acompañada de algunas notas en letra más menuda. Allí vuelve a sostener el automatismo de las bestias.

Como ilustración a esta paráfrasis sigue otro fragmento en que el autor repite que las sensaciones e intelecciones no son actos diversos del que siente y entiende, por ser el sentir y entender la esencia del alma, no obstante el parecer contrario de los escolásticos, a quienes procura convencer trayendo pasajes de Aristóteles y de San Agustín De Trinitate en su abono.

El segundo tratado se rotula así:

«De immortalitate animorum Antonianae Margaritae, ubi potiora quae de re hac scripta sunt, adducuntur et solvuntur, et novae rationes, quibus a mortalitate rationalis anima vindicatur, proponuntur.»

G. Pereira declara haber leído todas las apologías de la inmortalidad del alma, sin que ninguna le convenciese, por lo cual va a refutarlas una por una. En cuanto a él ha encontrado argumentos de tanta fuerza como las demostraciones matemáticas, argumentos ignorados hasta entonces, como se ha ignorado siempre la cuadratura del círculo.

La primera parte del tratado más se puede llamar de la mortalidad que de la inmortalidad, y si no estuviera yo bien convencido de la libertad filosófica que reinaba en la España del siglo XVI, motivo tendría para admirarme de que el Santo Oficio hubiera permitido la impresión, y el cardenal Silíceo admitido la dedicatoria de un libro, en que se tienen por vanas y de poco momento, y se critican ásperamente las razones todas en que la humanidad venía fundando una de sus más indestructibles creencias, para darla luego un fundamento más o menos sólido, pero nacido de una opinión psicológica individual, que pugnaba con la generalmente admitida en las escuelas.

El primer documento que en esta cuestión de la inmortalidad se presenta es el Fedon platónico, diálogo admirable que ha infundido en tantos el dulce deseo de la muerte. Pero G. Pereira permanece sordo a aquel encanto: todo aquello de la fértil Ftia le parece retórica pura: retórica el argumento fundado en la justicia de las penas, y de las recompensas. Rhetoricam plus quam Physicam sapiunt. Las razones puramente filosóficas son muy débiles, por estar fundadas en el sistema de la transmigración y de la reminiscencia, que el autor de la Margarita rechaza con toda energía.

En representación de los platónicos cristianos viene San Agustín con su libro De immortalitate animae, pero sus razonamientos (prosigue imperturbable el médico de Medina) son nullius valoris, y además están faltos de todo enlace lógico. El mismo Santo reconoció el poco orden y la oscuridad de aquel tratado en sus Retractiones. «Tiempo perdido será el que invirtamos en destruir estas cavilaciones, porque no habrá nadie tan ignorante de la Dialéctica que no pueda desatarlas fácilmente; pero temo que algunos se dejen llevar de la autoridad y nombre del escritor, y no pesando las palabras, sino el autor, den crédito a sus discursos»<sup>213</sup>. Y en efecto, ¿qué cosa más fútil que este modo de razonar: toda ciencia es eterna, la ciencia está en el alma; luego el alma es eterna. Este argumento sólo servirá para probar la inmortalidad de la especie, el intelecto uno. No menos vano es este otro: «La razón es inmortal, el alma no se puede separar de la razón; luego el alma es inmortal.» Este argumento, sin embargo, aunque no expuesto con bastante precisión, es en la sustancia idéntico a otro de G. Pereira y de Descartes, que veremos luego.

Después de haber tratado tan cavalièrment a San Agustín, la emprende con el Peripato. De Aristóteles dice poco, porque el Stagirita nunca trató de propósito esta cuestión, y anduvo oscuro en ella.

¿Y qué diremos de Averroes, ese hombre rudo, crassae et confusae Minervæ, bárbaro y antes caliginator que expositor? Ni él ni los demás árabes sabrán griego ni latín. Se

dejaron guiar por intérpretes, asimismo indoctos, ciegos que guiaban a otros ciegos y les hacían caer en el hoyo. G. Pereira, tras estas invectivas que estaban de moda entre los filósofos Renacentes, aconseja a sus lectores que no pierdan el tiempo ni la paciencia leyendo las paráfrasis de Averroes impresas en 1552 por los Juntas, ni menos su libro de medicina intitulado *Colliget*.

Averroes es el padre del famoso argumento escolástico *Intellectus recipiens omnes formas materiales debet esse denudatus a substantia recepti*. Pero si el entendimiento ha de ser inmaterial porque recibe formas materiales, claro está que para recibir las inmateriales debía de ser material. El argumento es, pues, contraproducente. Fuera de esto, todas las razones de Averroes y de la Escolástica se fundan en la doctrina de las especies inteligibles, del intelecto agente y del posible, fantasmas ya destruidos o ahuyentados por G. Pereira. El cual aquí persigue y anonada a los partidarios del intelecto uno, con las razones generalmente usadas en la escuela contra el panteísmo averroísta, pero expuestas con mucha fuerza.

Los que quieren demostrar la inmortalidad del alma, suponiéndola partícula de la esencia divina, yerran en los fundamentos. Los que acuden al *Lumen intellectus* que trasforma en inteligibles las especies sensibles, apóyanse en un sistema errado sobre los modos de conocer y en la vana distinción de dos clases de entendimiento.

Antes de entrar en la exposición de sus inauditos argumentos, G. Pereira, que se repite a cada paso, vuelve a traer a cuento el automatismo de las bestias, y vuelve a emprenderla con San Agustín, que en su libro *De quantitate animæ*, se mostró más teólogo que físico, *plus theologicis negotiis vacavit quam physicis*.

La razón primera y capital que G. Pereira aduce en pro de la inmortalidad del alma, es la que después adoptó Descartes, y que se conoce en las escuelas con el nombre de prueba cartesiana. Está fundada en el dualismo humano y en la independencia de las operaciones del alma, que tiene el cuerpo por instrumento. En estos términos desarrolla el médico español su argumento:

«El alma puede ejecutar sin el cuerpo sus principales operaciones (el entender): luego puede vivir sin el cuerpo, porque no depende de él, como el accidente de la sustancia, en el ser, ni en el conservarse, ni necesita de las disposiciones del sujeto para reparar las partes perdidas, porque como es inmaterial, no tiene partes. El alma ejerce sin el cuerpo, no sólo la operación de entender, sino la de sentir, porque una y otra son operaciones inmanentes... El alma no tiene instrumentos con que (quibus) hacer sus obras, sino por medio de los cuales (per quæ) las haga, porque en el estado actual no puede prescindir de los sentidos<sup>214</sup>. El alma racional que informa el cuerpo es semejante a un hombre encerrado en una cárcel, puesto dentro de un enrejado y sumergido en profundo sopor, del cual sólo le despierta algún golpe en el enrejado o algún objeto visible, odorífero, gustoso, etc., que por alguna de las ventanas se le ofrece. Entonces despierta sobresaltado, y siente los golpes en la red, o percibe por una ventana los colores y las luces, por otra el sabor, etc.

«Los objetos exteriores que impresionan nuestros órganos no concurren a la sensación de otra manera que como el que despierta a un hombre dormido. ¿Podremos llamar a este hombre causa de nuestro conocimiento o intelección? Causa eficiente en ninguna manera: ocasión sí, porque sin él no se hubiera verificado aquella sensación. Pero sólo el hombre que dormía es el verdadero productor de sus actos de sentir y entender.

Y si me preguntas de qué utilidad sirve el cuerpo al alma, puesto que no concurre a producir la sensación ni la intelección, te responderé que sirve para despertarla y excitarla, porque mientras anda unida a este cuerpo corruptible, no puede percibir nada sin que antes se verifique una alteración en cualquiera de los sentidos. Pero la sensación

nace solamente del alma, y no debe confundirse con la impresión hecha por el objeto en el órgano<sup>215</sup>.

«De las operaciones del alma no puede aducirse otro testimonio que la experiencia interna. Ella nos dice que el alma no se conoce a sí misma, si antes no la impresiona algún objeto extrínseco... Por eso en nosotros ha de preceder siempre alguna noción de cosa extrínseca al conocimiento del alma que se conoce a sí misma. Esta consecuencia es evidente. Y de aquí se seguirá también que esa noción sólo puede servir de antecedente, para que el alma saque después el consiguiente, procediendo así: «Conozco que yo conozco algo. Todo lo que conoce es; luego yo soy»<sup>216</sup>.

Aquí tenemos el famoso cogito cartesiano, mal formulado en G. Pereira lo mismo que en Descartes, pero idéntico. Ni como silogismo ni como entimema (reducible como todos los entimemas a un silogismo) resiste el más leve ataque. ¿De dónde saca G. Pereira la proposición: todo lo que conoce es, si hasta ahora no ha conocido más que objetos sensibles? ¿Con qué derecho dice Descartes luego, sobreentendiendo la mayor de un silogismo, cuando ha empezado por dudar de todo? Ni uno ni otro prueban la proposición: todo lo que conoce existe. ¿Será ésta una de las universales confusas, cuyo conocimiento precede, según G. Pereira, al de lo singular?

Evidentemente, el cogito cartesiano y pereirista sólo tiene fuerza incontrastable como hecho y afirmación de conciencia (de qua quivis conscius est, dice G. Pereira). Descartes lo reconoció muy bien en su réplica a las objeciones recogidas por el P. Mersenne: «Cuando conozco que soy una cosa que piensa, esta primera noción no está sacada de ningún silogismo; y cuando alguno dice: yo pienso, luego soy, no infiere del pensamiento la existencia como por medio de un silogismo, sino como cosa conocida en sí misma, por simple inspección del espíritu»<sup>217</sup>. En tal sentido, el cogito es la base del psicologismo moderno.

G. Pereira, como salido de las filas del nominalismo, no podía extremar tanto sus conclusiones. Harto hacía con separar del todo las operaciones del espíritu de las de la materia, e identificar el pensamiento con la esencia del alma, y repetir que es tan evidente la experiencia que tenemos de nuestros actos internos como la que adquirimos de las cosas extrínsecas<sup>218</sup>, todo lo cual es cartesianismo puro y neto.

No conozco más que otros dos autores que antes de la publicación del discurso del Método formularan un razonamiento análogo al de Descartes. El primero es San Agustín, en aquellas sabidas palabras contra los Académicos: *Nulla in his vero academicorum argumentorum formido dicentium: ¿Quid si falleris? Si enim fallor, sum, nam qui non est, utique nec falli potest: ac per hoc sum, si fallor; argumento que repite en el libro II De libero arbitrio, casi en idénticos términos.*

El segundo es Fr. Bernardo Ochino, famoso hereje italiano, de peregrina historia, discípulo de nuestro Juan de Valdés. En su catecismo, impreso en Basilea en 1561 (que no he visto sino citado por Rosmini), uno de los interlocutores dice: «Me parece que existo, pero no estoy seguro. Quizá me engañe.» Y replica el maestro: «Es imposible que lo que no existe crea que existe: tú crees que existes; luego existes.» «Cierto es», dice el discípulo.

Ochino divulgó esto años después de la impresión de la Antoniana; pero en la manera de presentar el argumento hay poca semejanza. Tampoco el de San Agustín se parece mucho en la forma al de Descartes<sup>219</sup>.

El segundo argumento de G. Pereira por la inmortalidad del alma, dice así: «Toda forma<sup>220</sup> puede dejar el sujeto que informa y tomar otro nuevo: puede abandonar uno y otro, y existir sola. De este género es el alma racional; luego podrá existir por sí y sin el cuerpo informado. Además no habrá objeto que exteriormente la afecte, y como interiormente no tiene principio de corrupción, será eterna»<sup>221</sup>.

«En todo el curso de esta obra hemos mostrado que el alma es indivisible, no como un punto, sino como un ángel, u otra de las sustancias separadas; es decir, toda el todo el cuerpo, y toda en cada una de sus partes. Separada del cuerpo, no se llamará forma; pero tampoco permanecerá ociosa, antes ejercerá, con mayor pureza que cuando informaba al cuerpo, su obra principal, la de entender, puesto que ya he demostrado antes que la intelección nace del alma sola. Cuando deje el cuerpo, entenderá por otro modo más perfecto todos los entes, sin necesidad de ser excitada por los objetos exteriores. Más natural es que el espíritu entienda sin el cuerpo que no unido él»<sup>222</sup>.

La tercera prueba está fundada en la identidad del alma: «¿Quién, a no ser un insano y un delirante, podrá negar que conoció en su infancia algunas cosas de que se acuerda en su vejez? Lo cual sería imposible si el alma no fuese una e idéntica en todas las edades»<sup>223</sup>.

Entran luego las razones que llama retóricas; es a saber: la justicia divina, la sed de lo absoluto, etc., y mezclado con ellas una especie de comentario a la égloga 4.<sup>a</sup> de Virgilio. En el argumento del consenso común, cita la creencia de los indios en la inmortalidad, «según me lo han participado, dice, mi hermano y mi sobrino, que han vivido muchos años entre ellos (*ex fratre et nepote qui per multos annos apud Indos vixerunt.*)»

Finalmente, desata las razones que suelen alegarse contra la inmortalidad.

1.<sup>a</sup> El entendimiento crece, se desarrolla y decae con la edad. G. Pereira contesta que lo que se altera no es el entendimiento, sino sus operaciones, a causa de la debilidad de los órganos o instrumentos. Notoria inconsecuencia es ésta después de haber afirmado que los actos intelectuales no se distinguen del entendimiento.

2.<sup>a</sup> Inutilidad del alma después de la muerte por falta de órganos de los sentidos. A esto replica que el alma separada puede entender de más perfecto modo que unida, porque el cuerpo sólo le sirve de estorbo.

Las demás objeciones eran fútiles, y G. Pereira desata sin dificultad.

A nadie sorprendan el atrevido estilo y singular proceder de este tratado. Sobre las pruebas de inmortalitate, reinaba gran libertad en las escuelas. Scoto y Cayetano afirmaron que la inmortalidad era verdad de fe, y como tal, indemostrable por razones naturales. Lo que en aquellos piadosos escolásticos nació de excesiva desconfianza en las luces de la razón, fue cómodo efugio en la escuela de Padua para cubrir impiedades. Pedro Pomponazzi dijo que el dogma de la inmortalidad era verdadero, según la fe; falso, según la razón<sup>224</sup>.

Quizá no andaba muy distante de este sentir su comprofesor y amigo, el ilustre sevillano Juan Montes de Oca, autor de unas importantes y desconocidas lecciones sobre el libro tercero De anima<sup>225</sup>. En ellas, después de refutar con crítica aguda y sutil el famoso argumento *Omne recipiens debet esse denudatum a substantia recepti*, y las demás pruebas averroístas, tomistas, etc., hasta entonces presentadas, acaba diciendo: *quod nulla est ratio naturalis quæ cogat intellectum ad assentiendum quod anima sit immortalis... Assentiendum est quod anima, sit immortalis solo verbo Cristi...* Verdad es que añade que tampoco las pruebas de la inmortalidad concluyen, y procura escudarse, en cuanto a lo primero, con la autoridad de Escoto; pero al decir a sus discípulos: «Si tuvieseis razones naturales, creeríais en la inmortalidad más de lo que creéis (si... haberetis, magis crederetis quan creditis)» harto induce a sospechar que también a él le habían tocado los vientos de duda que corrían en la escuela paduana. Por lo menos, no se libra de temeridad notoria, enseñando y escribiendo tales opiniones en 1521, después del decreto del Concilio lateranense de 19 de Diciembre de 1512. Quizá este mismo decreto le obligó a expresarse con menos claridad y más cautela, porque en otras muchas cosas va de acuerdo con Pomponazzi.

Desde Montes de Oca hasta Uriel de Acosta, no sé que ningún español dudase de la inmortalidad del alma. ¿Qué importaba que algunos de los argumentos por ella alegados fuesen débiles, cuando la creencia en un destino superior tiene sus raíces en lo más hondo de la conciencia humana? Por sostener esta verdad lidiaron bizarramente Sebastián Fox Morcillo, con las armas del platonismo<sup>226</sup>, Cardillo de Villalpando y Martínez de Brea, con las del peripatetismo, D. Pedro de Navarra y otros, en concepto de moralistas. Pero ninguno mostró tanta novedad y atrevimiento como G. Pereira al fundar la inmortalidad de nuestro espíritu en la independencia de sus actos y en el conocimiento que el alma tiene de sí misma. Sólo se le acerca en méritos Juan de Mariana en su hermoso tratado *De morte et immortalitate*, no impreso hasta 1609, medio siglo después de la *Antoniana*<sup>227</sup>. Pero el jesuita talaverano, que anduvo tan feliz al desarrollar el argumento platónico *anima se ipsam movet*, no vio toda la trascendencia y el alcance del *Animus a corpore non dependet*, y en su exposición se muestra harto débil.

Descartes no hacía otra cosa que repetir el razonamiento de G. Pereira cuando escribía: «Concebimos claramente el espíritu, es decir, una sustancia que piensa, sin el cuerpo, es decir, sin una sustancia extensa... Luego, a lo menos, por la omnipotencia de Dios, el espíritu puede existir sin el cuerpo, y el cuerpo sin el espíritu.» El autor de la *Antoniana* no tuvo necesidad de hacer intervenir la omnipotencia de Dios en una prueba de filosofía natural. Nótese que él profesaba, más o menos mitigado, el sensualismo de los nominalistas; con lo cual es más de admirar su clara comprensión de la naturaleza del espíritu.

He terminado el análisis del libro de G. Pereira, no más que en sus puntos y cuestiones esenciales<sup>228</sup>. Para acabar de caracterizarle, añadiré que su autor, como casi todos nuestros grandes pensadores, era hijo sumiso de la Iglesia y excelente católico. Quizá por esto, y a pesar de sus audacias de otra índole, no será acepto a los modernos impíos, que a tal extremo han traído a nuestra desdichada patria. En cuanto a mí, no puedo menos de mirar con admiración y simpatía al hombre que independiente y desligado de toda autoridad científica, sólo dobló la frente ante la eterna verdad, escribiendo: *Quapropter nequis putet nos pertinaci cervice persisturos, in nonullo errore, si forte ignari eum dictaverimus, confitemur, nos ipsos et nostra scripta subjici correctioni Summi Pontificis ac Ecclesiae Romanae.*

Con ser gentil, dijo ya nuestro Séneca, el más antiguo de los filósofos ibéricos: *Parere deo libertas*. Pocos de sus sucesores han sido infieles a esta máxima.

Y ahora, ¿qué me falta para cumplir, aunque mal, mi propósito en esta carta? Lo primero advertir que la *Antoniana* tiene al fin una tabla de erratas precedida de una advertencia al lector *Cantio lectoribus observanda, antequam, opus hoc legere aggrediantur*, y un índice de las cosas notables de la obra. (*Index sive tabula eorum quae in hoc opere reperiuntur.*)

Lo segundo, formar una especie de catálogo de los escritores que hasta ahora han hablado (casi todos de pasada) de la *Antoniana*, y notar sus aciertos o errores. Pero ya esta carta *crescit in inensum*, y me parece oportuno dar de mano a la tal lista, limitándome a citar algunos nombres que marcan ciertas alternativas en la manera de estimar y juzgar, por lo general de segunda mano, a G. Pereira.

Ya hablé de las cuestiones promovidas por el libro al tiempo de su aparición, y de lo que de él escribieron en el siglo XVII Huet, Bayle e Isaac Cardoso. Pero Huet, con ser tan erudito, no debió de leer entero el libro, puesto que no señala más analogías entre su doctrina y la de Descartes que el automatismo. Bayle sólo le conoció de oídas, como él mismo confiesa. Sólo Cardoso da muestras de tenerle estudiado y convertido en sustancia propia.

En el siglo XVIII le menciona Feijóo sin haberle visto, y más tarde Martín Martínez. Excitada la curiosidad de algunos, tuvo no sé quién la feliz idea de reimprimirle en 1759 con esmero grande; pero su intento salió vano, porque a los pocos años, y como por virtud mágica, el libro volvió a ser tan raro como antes. Pero ya se conocía mejor la doctrina física y psicológica de Pereira, y muchos le citaban como primer innovador filosófico, sobre todo en lo relativo a las formas sustanciales. En este sentido dijo el P. Isla en su novela famosa: «Dejo a un lado que el famoso Antonio Gómez Pereira no fue inglés, francés, italiano ni alemán, sino gallego, por la gracia de Dios, y del obispado de Tuy, como quieren unos, o portugués, como desean otros; pero sea esto o aquello (que yo no he visto su fe de bautismo), al cabo español fue, y no se llamó Jorge, como se te antojó a monsieur el abad (sic) Lavocat, compendiador del diccionario de Moreri, y no tuvo por bien de corregirlo su escrupuloso traductor, sin duda por no faltar a la fidelidad. Pues es de pública notoriedad en todos los estados de Minerva, que este insigne hombre, seis años antes que hubiese en el mundo Bacán de Verulamio, más de ochenta antes que naciese Descartes, treinta y ocho antes que Pedro Gassendo fuese bautizado en Chantersier, más de ciento antes que Isaac Newton hiciese los primeros puchericos, en Volstrove, de la provincia de Lincoln, los mismos con corta diferencia antes que Guillermo Godofredo, barón de Leibnitz, se dejase ver en Leipzig, envuelto en las secundinas... ya había hecho el proceso al pobre Estagirita. Había llamado a juicio sus principales máximas, principios y axiomas»<sup>229</sup>.

En términos parecidos, aunque con manera más científica, juzgaron la importancia de la Antoniana, Piquer, Forner, Ulloa y otros, cuyos pareceres quedan ya referidos. El P. Castro, autor de una docta aunque indigesta, Apología por la teología escolástica, particularizó más. «Es fácil (dice) descubrir en la Antoniana algunos otros principios de la nueva filosofía, vg., que no se distinguen de la sustancia del alma sus conocimientos, que estos no son otra cosa que diversos modos de ser o de saberse, que no todas las que llaman cualidades sensibles son accidentes entitativos de los cuerpos, y otras cosas que, hasta que se demuestre lo contrario, deben merecerle el distinguido honor de ser el primer innovador en materia de filosofía, el ejemplar de imitación y la causa, siquiera ocasional, de los nuevos sistemas»<sup>230</sup>.

El abate Lampillas escribió que después de Vives y antes de Bruno, abrió nueva senda a la filosofía el español G. Pereira, que tuvo valor de publicar... nuevo sistema de física, contrario al de Aristóteles, estableciendo nuevos principios, opuestos a la materia y formas sustanciales de las escuelas.» Los demás juicios del siglo XVIII están calcados en éste.

En el siglo XIX el nombre de G. Pereira ha tenido menos notoriedad, por el general abandono de nuestras gloriosas tradiciones. Los dos historiadores de la Medicina española, Sres. Morejón y Chinchilla, juzgaron bajo un parcial aspecto la Antoniana, e hicieron de ella justísimos elogios, y aun más del tratado De las fiebres. Chinchilla expuso con fidelidad, pero muy en compendio, la opinión de G. Pereira sobre el alma de los brutos.

En un erudito opúsculo sobre descubrimientos de los españoles atribuidos a los extranjeros, que dio a luz el escritor santanderino D. Ramón Ruiz de Eguilaz, hombre curioso y aficionado a estas investigaciones (sobre las cuales escribió un libro extenso, que no llegó a imprimirse) apareció por primera vez (que yo sepa) el silogismo de G. Pereira Nosco me aliquid nosse... como original del entimema cartesiano. Cundió esta especie, y reproducíjola en su ingenioso discurso de entrada en la Academia Española el Sr. Campoamor. De allí la tomaron los Sres. Vidart, Salmerón y muchos otros. Hoy ha entrado en el general comercio científico, por lo menos en España.

Para las posteriores vicisitudes del nombre de G. Pereira, pueden verse mis Polémicas, así las coleccionadas como las que andan todavía sueltas, aunque con noticia de su dueño.

Aún tengo que añadir una noticia, y por cierto la más lastimosa. A fines del año pasado oí que varios miembros influyentes de la Sociedad de Bibliófilos trataban de reimprimir la Margarita, y aún se me preguntó por tercera persona dónde había algún ejemplar que pudiera servir de texto para la reproducción. Excuso decir a usted el júbilo que me causó la noticia. A los pocos meses, la Sociedad publica un libro. Mi gozo en un pozo: la obra reimpresa no era la Antoniana, sino el Libro del potro y descendencia de los caballos Guzmanes. Confieso que toqué el cielo con las manos, y que en mis adentros maldije de la bibliofilia y del primero que tuvo tal manía en el mundo. Cuatro o cinco sociedades de bibliófilos tenemos en España: a ninguna se le ha ocurrido publicar un solo libro de filosofía. ¿Qué importa averiguar si hubo o no un español que se anticipase a Descartes, a Gassendo y a Reid en la discusión de las formas sustanciales o de las especies inteligibles? Lo que importa es poner en claro los oficios del mozo del bacín<sup>231</sup> o el modo de melesinar los halcones<sup>232</sup>. Si yo fuera capitalista, poco tardaría en hacer una copiosa y regia edición de la Antoniana y de otros muchos libros filosóficos españoles. Pero como no lo soy, ruego a usted, con las lágrimas en los ojos, que si conoce y trata a alguno de esos señores filo-biblion, que entienden en el gobierno y manejo de la dicha Sociedad, les pida por Dios y la Virgen Santísima que reimpriman la Antoniana (acompañada de las Objeciones y del Endecálogo), no ya por ser libro de importancia filosófica (consideración que no ha de hacerlos mella), sino por ser rarísimo y muy difícil de adquirir a ningún precio. Dígales usted que, por lo menos, vale tanto y es tan digno de conservarse como el Libro del potro, y que hasta puede hombrar sin desdoro con las Campañas de Carlos V, de Cereceda, y con el Henrique fi de Oliva. Dígales usted... pero no les diga nada, porque sería predicar en desierto.

A los sabios que no son bibliófilos y que desprecian la ciencia indígena, creyendo con simplicidad columbina que hoy empieza nuestro movimiento filosófico, gracias al trasiego de ideas vertidas a medio mascar en el Ateneo y en las Revistas, me limitaré a decirles con palabras más autorizadas que las mías, como que son de uno de los más profundos, a la vez que más modestos pensadores españoles de nuestro siglo, del inolvidable Dr. Llorens, profesor que fue de metafísica en la universidad Barcelonesa: «Cuando la civilización de un pueblo ha salido de sus corrientes primitivas; cuando la masa de sus ideas es más bien un agregado informe que un conjunto ordenado, y su energía natural se ha ido gastando en empresas poco meditadas o en imitaciones serviles, no hay que esperar que la importación de una doctrina filosófica venga a llamar la vida a un cuerpo desfallecido y exhausto. Podrá acontecer en ocasiones que un sistema filosófico, que lisonjee la pasión o se enlace con opiniones prácticas favoritas, se propague fácilmente y aún tome cierto aire que haga sospechar la existencia de un pensamiento propio: más venidos al hecho se desvanecerá esta apariencia cuando fijemos la vista en lo hondo de la sociedad donde esto aconteciere, que allí descubriremos o una degeneración de su constitución íntima, o un antagonismo entre el elemento propio y el extraño: accidentes todos que no pueden menos a de traer a mal término la vida nacional.» «El pensamiento filosófico no es un nuevo elemento de la conciencia humana, sino una forma especial que el contenido de la conciencia va tomando: por manera, que la masa de ideas elaboradas por cada pueblo, debe ser la materia sobre la cual se ejercite la actividad filosófica.» Y en otra parte añade: «El pensamiento filosófico viene naturalmente a formar parte de aquel organismo invisible que existiendo en el seno de cada nación determina su individualidad»<sup>233</sup>.

Esto dijo Llorens en 1854, cuando el desorden de las ideas y el desprecio a la tradición no habían llegado al punto en que hoy los vemos. Lo mismo, aunque con menos gravedad y elocuencia, he procurado yo inculcar en más de una ocasión. Sigo creyendo y afirmando que en España llevamos, hace más de medio siglo, errado el camino en todo. El que seguimos sólo puede conducirnos a la aniquilación y a la muerte de nuestra conciencia nacional. Deus tale omen avertat.

Aparte Dios tan mal agüero, mi respetable amigo, y déjenos ver de nuevo a esta pobre y maltratada España, ya que no temida en Flandes ni respetada en Trento, a lo menos cristiana y española en la ciencia como en la vida. No pretendo yo (¿ni quién tal pretendiera?) restaurar la variada trama de ideas y opiniones que desde Séneca hasta Balmes y aún más acá, constituyen lo que llamamos filosofía española. Quiero sólo que renazca el espíritu nacional a que Llorens se refería, ese espíritu que vive y palpita en el fondo de todos nuestros sistemas, y les da cierto aire de parentesco, y traba y enlaza hasta a los más discordes y opuestos.

Adiós, mi Sr. D Juan; harto he molestado a usted con las inauditas prolijidades de esta carta. Téngala por recuerdo de su apasionado amigo

M. MENÉNDEZ PELAYO.

La patria de Raimundo Sabunde

Un inconnu célèbre. Recherches historiques et critiques sur Raymond de Sebonde, par l'Abbé D. Reulet. Paris, V. Palmé; 1875, 324 pp.

- I -

Leí meses ha en el Polybiblion (revista bibliográfica católica) un articulito o compte-rendu en que por incidencia, y cual de cosa sabida y notoria, se hablaba de la patria provenzal de R. Sabunde, con referencia a una monografía del abate Reulet, autor de este descubrimiento. Causome no poco pesar la nueva, pues admirando como admiro al autor del Liber creaturarum, no podía yo llevar con paciencia que no se nos despojase de esta gloria filosófica, haciendo tolosano al que por catalán tuvieron y juzgaron todos los doctos, desde el abad Trithemio acá. Pero como tengo natural propensión a creer todas las malas noticias, di aserto, con ligereza sobrada (lo confieso), a la indicación del Polybiblion, y aún la repetí en dos pobres ensayos míos, por creer entonces oportuno no hacer hincapié en títulos dudosos o controvertibles, sino en los ciertos y averiguados de nuestra ciencia. Después he tenido ocasión de leer la del abate Reulet; y visto que no prueba lo que intenta, ni por asomos, creome en la obligación de hacer entera penitencia de mi pecado. No es otro el fin ni otra la causa de haberse escrito estas líneas.

A ninguno de mis escasos lectores parecerá nuevo ni peregrino el nombre de Sabunde. Por grande que sea el olvido en que yacen los monumentos de nuestro pasado científico, no quiero ni debo suponer que este olvido se extienda a la Teología Natural. El atrevido propósito de su autor, aunque los méritos de la ejecución no correspondieran, bastaría para librar de la oscuridad su nombre. En el último y decadente periodo de la escolástica, cuyo imperio se dividían místicos y nominalistas, apareció en Tolosa un profesor barcelonés que, sin pertenecer a ninguna de las banderías militantes ni ajustarse al método y forma universalmente adoptados en las aulas, antes puesta la mira en la reforma del método y de toda enseñanza, como si obedeciera a la poderosa voz del Renacimiento que comenzaba a enseñorearse del arte, concibió la traza de un libro único, no fundado en autoridades divinas ni humanas, que sin alegar textos de ningún doctor, llevase a la inteligencia de todos; libro fundado en la observación y en la

experiencia, y sobre todo en la experiencia de cada cual dentro de sí mismo. «Nulla autem certior cognitio quam per experientiam, et maxime per experientiam cujuslibet intra seipsum.» Trazó, pues, una Teología Natural en que la razón fuese demostrando y leyendo, cual si escritos estuviesen en el gran libro de las criaturas, todos los dogmas de la religión cristiana. El plan era audaz y no libre de peligros, que a las veces evitó mal Sabunde; pero la concepción misma es indicio claro de su vigorosísimo entendimiento. Al desarrollarla mostrose potente en la argumentación, abundante en los recursos, y hasta inspirado y facundo a veces en el estilo, libre a la continua de arideces escolásticas.

El libro había nacido en tiempo y sazón convenientes, y su éxito fue brillante, aunque más bien fuera que dentro de las escuelas. Difundido en abundantes copias por Francia, Italia y Alemania, llegó a ser estampado por los tórculos de Deventer en 1484 (si es que no existe edición anterior, como algunos sospechan), y entre los últimos años del siglo XV y todo el XVI aparecieron más de doce ediciones del primitivo texto, sin que fuera obstáculo la prohibición que del Prólogo de Sabunde hizo el Concilio de Trento. Suprimiose el prólogo, y la obra siguió imprimiéndose sin otra mudanza. Y como su extensión y lo incorrecto de su latín retrajesen a muchos de su lectura, acudieron dos elegantes humanistas admiradores de Sabunde, Pedro Dorland y Juan Amós Comenio, con sendos extractos rotulados *Viola animae* y *Oculus fidei*. Y por si algo faltaba a la mayor difusión y renombre de la doctrina de Raimundo, un caballero gascón, antítesis viva del piadoso catedrático del siglo XV, se entretuvo en verter la Teología Natural en encantadora prosa francesa, que aquel escéptico caballero hablaba y escribía como pocos o ninguno la han vuelto a escribir y hablar. No satisfecho con esto, tomó pie del libro de Sabunde para su más extenso y curioso ensayo, que con título de *Apología* (aunque de todo tiene menos de esto) anda desde entonces en manos de todos los aficionados a ingeniosas filosofías y a desenfados de estilo.

El *Liber creaturarum*, que por tales caminos había llegado a la cumbre de la celebridad, mantúvose desde entonces en estimación honrosa, y si no muy leído, continuó siendo muy citado, a veces con oportunidad escasa. De la patria del autor nadie dudaba, hasta que el abate Reulet publicó su paradoja intitulada, como dicho queda, *Un célebre desconocido*. Veamos si hace fuerza su alegato.

- II -

Aunque el escrito de que voy a hablar no tiene más de 316 páginas en dozavo, fácilmente pudiera reducirse a menor volumen con sólo suprimir algunas de las infinitas amplificaciones y redundancias en que se complace su autor. Es el estilo del abate Reulet elegante, pero desleído y falto de nervio, abundando además en ornamentos amenidades de dudoso gusto. Pero no conviene hacer hincapié en los defectos de un libro que tiene partes recomendables y demuestra haber sido trabajado con amor e interés hacia el asunto. Divídese en dos partes, concernientes, la primera a Sabunde, la segunda a su libro.

En la Biblioteca de Tolosa se guarda un precioso códice del *Liber creaturarum*. Por la descripción del abate Reulet vemos que el tal manuscrito es un volumen de 280 hojas en 4.º con profusión de adornos y miniaturas. Los títulos de los capítulos están en letra colorada, y en la foliatura síguese la numeración romana. La inscripción filial dice a la letra:

«Et sic explicit Liber Creaturarum (seu Naturae) seu Liber de Homine... inchoatus et inceptus in alma universitate venerabilis studii Tholosani, anno Domini millesimo

quadriagesimo tricesimo quarto et completus et terminatus in eadem universitate anno 1436 in mense Februarii, undecima die, quae fuit dies sabbati, etcétera.»

La importancia de este documento salta a la vista. Hasta hoy ignorábamos la fecha precisa en que fue escrito el Libro de las Criaturas. Cónstanos hoy que se empezó en 1434, y que su autor le puso término en el mes de Febrero de 1436. Pero aún no ha acabado la nota fina del códice tolosano.

«Hic liber est Berengarii Operarii, auctoritate regis notarii, Tholosae habitatoris, extractus a consimili copia magistri Alrici de Rupe, etiam notarii ibidem: et correctus per ambos jam dictos notarios subscriptos cum originali libro manu reverendi magistri Ramundi Sibiude (sic) in sacra pagina, in artibus et in medicina magistri... finitus corrigi die mercurii Cinerum, XIII mensis Februarii, anno ab incarnatione D. mill. quadringentesimo tricesimo sexto. Cujus quidem compilatoris vita functi penultima Aprilis eodem anno, etc.»

Otra revelación inesperada. Raimundo Sabunde murió en Abril de 1436, dos meses después de haber dado cima a su Teología Natural. La contradicción aparente entre las fechas del libro y de la copia ha sido discretamente salvada por el abate Reulet, mediante la diferencia entre el cómputo eclesiástico que Sabunde, como profesor, debió seguir, y el vulgar que forzosamente adoptaban los notarios. Éstos debieron de acabar la confrontación de su copia en 13 de Febrero de 1437. La autoridad de semejante traslado, que para nosotros hace veces de original, no puede ser más decisiva, y merece bien de las letras el abate Reulet por este su único descubrimiento, aunque entusiasmado con él ha querido darle más valor del que realmente tiene, y convertirle en arma para su antiespañola pretensión. Veamos cómo.

La primera dificultad que acerca de Sabunde se ofrece, es su nombre, que ha sido escrito de todas estas maneras: Sebeide, Sabunde, Sebundius, Sabundanus, Sebundus, Sebon, St.-Sebeide, y en cinco o seis formas más. La más antigua autorizada parece la de los notarios tolosanos, que escriben Sibiude. No me parece de grande importancia tal cuestión, aunque Reulet la discute en forma y largamente, explicando a su manera los cambios y trastrueques que en el nombre de Raimundo hicieron copistas y editores, guiados generalmente por razones eufónicas. Pero conviene advertir que en España nunca hemos llamado al filósofo catalán Sabeydem ni Sant-Sebeide, por más que nos cuelgue este milagro su biógrafo y añada que tan exóticos nombres se ajustan a las conveniencias de nuestra lengua. Sabunde o Sebunde se ha escrito siempre del lado acá del Pirineo, y a nada conducen los rasgos de sprit que con esta ocasión se permite el clérigo francés.

Llegamos al nudo de la cuestión, al capítulo de la patria. El abad Trithemio, que en 1494 publicó su catálogo de escritores eclesiásticos, afirma en él que Sabunde era natione Hispanus. Sinforiano Champier, en los primeros años del siglo XVI lo repite. Montaigne hace correr de gente en gente la misma aserción. El docto Maussac, en los prolegómenos al Pugio Fidei de Fr. Ramón Martí, impreso en 1651, adelanta más: llama a Sabunde natural de Barcelona y profesor en Tolosa. Desde entonces todos los críticos e historiadores de la filosofía han repetido estos datos.

El abate Reulet se levanta a contradecirlos, y, con toda la jactancia francesa (aquí de bastante mal gusto) anuncia que las pretensiones del libro van a sucumbir ante los derechos del Garona. ¿Y qué derechos son esos? ¿Ha parecido la partida de bautismo de Sabunde? ¿Se ha encontrado la indicación de su patria en algún registro de la Universidad de Tolosa? ¿Hay el más insignificante documento que disculpe tales fanfarronadas? No hay más que la rotunda afirmación del abate Reulet, escritor de 1875, contra el testimonio del abad Trithemio en 1498, cuando aún debían vivir gentes que conocieron a Sabunde.

¿Y cómo ha querido invalidar semejante prueba el apologista de la causa francesa? Fantaseando con escasa formalidad crítica un cuadro de novela en que el abad Trithemio aparece en su celda hojeando el Libro de las Criaturas, para redactar el artículo concerniente a Sabunde, a quien llamó español, ¿a que no saben mis lectores por qué? Porque en un manuscrito citado en una Historia del Languedoc se habla de un magister Hispanus, médico del conde Raimundo de Tolosa ¡en 1242! Y ya se ve, el pobre Trithemio tomó el rábano por las hojas, confundiendo a un filósofo del siglo XV con un médico oscuro del XIII, del cual hay noticia en un manuscrito. ¿Y qué prueba tenemos de que Trithemio hubiera visto semejante manuscrito? Y suponiendo que le viera, ¿por qué hemos de suponerle capaz de un yerro tan enorme e inexplicable? ¿Puede llamarse a este modo de razonar procedimiento crítico?

Que Trithemio, aunque laborioso y muy erudito, era a veces ligero. Está bien; pero ¿quién prueba que lo haya sido en este caso? En reglas de crítica, y tratándose de un autor del siglo XV, la palabra de los contemporáneos o inmediatamente posteriores vale y hace fuerza, mientras no haya datos en contrario.

Tampoco los hay para destruir la afirmación de Maussac respecto a la patria barcelonesa de Sabunde. Maussac sabía demasiado para confundir a Sabunde con S. Raimundo de Peñafort. Anchas tragaderas debe de tener el que consienta en atribuir tal desatino al ilustrador del Pugio fidei. Por lo demás, es cómodo, ya que no muy ingenioso, este medio de explicarlo todo y desembarazarse de las dificultades. ¿Quién ha dicho a Reulet que Maussac no tuvo datos o documentos que hoy desconocemos, para poner en Barcelona, y no en otra ciudad de España, la cuna de Sabunde? ¿Los ha presentado él buenos ni malos para hacer a su héroe hijo de Tolosa? ¿No confiesa que todos los analistas tolosanos guardan acerca de él alto silencio, y que la tradición local asimismo calla?

Pruebas de hecho no alega ninguna el abogado de Francia; conjeturas una sola, que le parece fortísima, pero que es débil y deleznable por descansar en un falso supuesto: la lengua. Dista mucho, en verdad, de ser clásico el latín del Libro de las Criaturas; pero muy de ligero ha procedido Reulet al asentar que está lleno de galicismos. Razón tiene cuando estima por de ningún valor el texto de Montaigne: «Ce livre est basti d'un espagnol baragouiné en terminaisons latines», si por español se entiende el castellano; pero tal interpretación sería aquí absurda. ¿Cómo se le ha de ocurrir a nadie que Sabunde, catalán del siglo XV, hablase castellano? ¿No es esto olvidar del todo la historia literaria de la península?

Dícenos el abate Reulet que él sabe el español (sic) y que no ha encontrado castellanismos en la Teología Natural. ¿Y cómo los había de encontrar, si Sabunde fue barcelonés? ¿Ignora el respetable clérigo que los barceloneses, lo mismo ahora que en el siglo XV, no tienen por lengua materna el castellano, sino el catalán, es decir, una lengua de oc, hermana del provenzal, hermana de la lengua de Tolosa, donde se escribió el Libro de las Criaturas en un latín bastante malo, que abunda en catalanismos por ser catalán el autor, y en provenzalismos porque había residido mucho tiempo en Tolosa, y en repeticiones y desaliños y redundancias como todos los libros de profesores no literatos, y más en el siglo XV?

Déjese, pues, el abate Reulet de traer a cuento la lengua española, frase malsonante y nunca oída de nuestros clásicos que se preciaron siempre de escribir en castellano. Tan española es la lengua catalana como la castellana o la portuguesa. Lo que conviene averiguar es si son realmente galicismos las frases de Sabunde que con dudosa exactitud filológica apellida así el crítico, sin distinguir tampoco el francés del Norte del del Mediodía.

¿Por qué han de ser francesas y no catalanas, o castellanas, o italianas, o de cualquiera otra lengua romance, expresiones tan sencillas como éstas: *Volo quod omnes dicant bonum de me; Hoc est clavis et secretum totius cognitionis?* ¿No son españolas de buena ley estas otras: Quiero que todos digan bien de mí. Ésta es la llave y el secreto de todo conocimiento? ¿No se puede y debe decir en catalán: Aquesta es la clau de tot coneixement, y en toscano Questa é la chiave ed il segreto, etc.? ¿Estará el galicismo en el uso frecuente de la partícula *quod* por *ut*? Pero ¿quién no sabe que éste es resabio general de la escolástica? En otro caso habría que declarar francés al mismo Santo Tomás de Aquino.

De este tenor son casi todas las pruebas alegadas por Reulet; algunas hasta contraproducentes. El *necesse est quod in homine*, etc. sigue mejor el giro castellano Necesario es que en el hombre haya algo que siempre dure, que el de la francesa *Il est necessaire*. El despreciativo de *ipso nullum computum facimus* es provenzalismo o italianismo, pero no buen francés del Norte aunque haya pasado al lenguaje familiar. La repetición de los pronombres personales, sobre todo del *nos*, aunque contraria a la índole suelta y generosa de las lenguas peninsulares, está en los hábitos académicos y profesoriales: *nosotros dijimos, nosotros creemos*.

En las palabras que como francesas cita, anda aún más desacertado el abate Reulet. *Brancha* es traducción del catalán *branca* y no del francés *branche*, como *bladum* lo es de blé (trigo). ¿Y no es algo inocente poner como galicismos las expresiones *unus cattas* (un gato), *omnes culpabiles* (todos los culpables), *addiscere ad legendum* (aprender a leer)?

Argumento que prueba demasiado nada prueba. Sabunde, como todos los malos latinos, tendía a la construcción directa y atada, con poco o ningún hipérbaton, por oraciones de *sum*, *es*, *fui* y primeras de activa. Esto es lo que su biógrafo llama construcción francesa, cuando realmente es el modo de decir propio de todo el que escribe con dificultad una lengua, atento sólo a la claridad y enlace lógico de las ideas.

Con todos estos poderosísimos argumentos mezcla el buen clérigo sabrosas burlas a propósito del énfasis castellano, que nos hace llamar batallas a todas las escaramuzas (vg. la escaramuza de Pavía, la de San Quintín, la de Bailén, las de Zaragoza, etc.). Con todo lo cual, si su tesis no gana mucho, a lo menos el autor logrará fama de hombre de sprit o de chispa, como decimos por acá. Dios dé buena manderecha, y mejor gusto y novedad en sus gracias.

De todo lo expuesto se deduce que el abate Reulet no ha alegado razón chica ni grande que invalide la autoridad de Trithemio. Seguimos, pues, contando a Sabunde en el número de nuestros filósofos. Los documentos, sólo con documentos, no con vanas conjeturas, se destruyen.

- III -

Si en la primera parte de este artículo no he podido menos de decir mucho mal de la memoria de Reulet, depárame en cambio grata tarea el retazo de su libro en que expone y juzga las producciones de Sabunde: y digo mal las producciones, puesto que una sola salió de su pluma, o a lo menos una sola queda, conforme demuestra con buenas razones nuestro abate. La *Viola animae*, compendio del *Liber Creaturarum*, en seis diálogos de elegante latín y sabroso estilo, obra es del brabantón Pedro Dorland, y así lo indican los versos laudatorios que, a usanza del tiempo acompañan a la Violeta en la impresión de Milán de 1517. Y fuera de la diferencia de estilo entre este libro y el de las Criaturas, acaban de persuadirnos de la verdad los elogios que el compendiador hace de Sabunde, y que en boca de éste fueran impropios y desmesurados. En la Violeta, pues,

(que en 1616 fue trasladada al castellano por Fr. Antonio de Ares con rótulo de Diálogos de la naturaleza del hombre), lo que a Sabunde pertenece no es la forma, sino la doctrina: lo propio acontece con el *Oculus fidei*, compendio más árido y menos feliz, que en 1661 estampó en Amsterdam el sociniano Juan Amós Comenio. Sólo por un inexplicable yerro de José Escalígero ha podido atribuirse a Sabunde el *Pugio fidei* del insigne orientalista catalán Fr. Ramón Martí, obra de erudición rabínica maravillosa, cuando del autor de la *Teología Natural* ni siquiera consta (y puede muy bien dudarse) que supiera hebreo. El único escrito de Sabunde, aparte de su obra magna, fueron, pues, las *Quaestiones Controversae* citadas por Trithemio, sin que de ellas quede otra memoria. Tampoco es imposible que hubiese compuesto *Quodlibetos*, como Josías Simler y Possevino afirman.

Limpio ya de malezas el terreno, procede estudiar el Libro de las Criaturas, primero por el lado bibliográfico, y luego al modo crítico. Halo intentado no sin fortuna el erudito francés, aunque la parte bibliográfica peque de ligera y sucinta, mucho más si la cotejamos con el excelente estudio que en la *Revista de Instrucción pública* (año 1857) estampó el modesto y malogrado bibliotecario de Oviedo, Sr. Suárez Bárcena. Las ediciones citadas (aunque sin descripción bibliológica) por Reulet llegan a diez y seis, o mejor dicho a quince, pues la existencia de la primera de Deventer, 1480, es muy incierta, y sólo se afirma por una referencia del *Lexicon de Ebert*, quien acaso la confundió con otra hecha en la misma ciudad en 1484. Lo mismo las ediciones incunables que las impresas en la primera mitad del siglo XVI, insertan el prólogo, y son por ende las más apreciables. Ni Reulet indica ni yo he podido averiguar la fecha de la más antigua de las expurgadas; pero el prólogo falta ya en la de Venecia, 1581, que poseo. Todos los textos impresos, incluso el moderno de Solsbach (1852), adolecen de alteraciones y faltas (no siempre tan sustanciales como Reulet imagina), cotejados con los códices del siglo XV (en la Biblioteca Nacional de París hay tres), y especialmente con el de Tolosa. Urge, pues, una reimpresión esmerada y completa del *Liber Creaturarum*, y a los españoles nos toca hacerla. Mengua sería que mientras los libros de jineta y de caza salen del polvo, permanecieran en él los más gloriosos testimonios de nuestra intelectual cultura. Todavía no anda en castellano la *Teología Natural* que Montaigne en el siglo XVI tradujo al francés y puso sobre su cabeza. Sabunde entre nosotros es principalmente conocido por los *Diálogos* de Fr. Antonio de Ares (libro muy raro) y por la versión de un rifacimento italiano, vulgarizada pocos años ha en la *Librería Religiosa*.

En ocasión más oportuna hablaremos de Sabunde, considerado como filósofo.

## Apéndice

Contestación de D. Alejandro Pidal y Mon a la carta *In dubiis libertas*

«Encontrando demasiado tirante el arco por una parte, probé a doblarle por la otra, quizá con exceso.»

(CARTA DE PELAYO. La España, 21 Abril 77.)

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Querido amigo: La carta de usted, a que contesto, cayó sobre mí como una bomba, rompíame en mis propias manos la pluma con que había empezado a refutar el extenso artículo del racionalista Sr. Perojo, publicado en el último número de la Revista Contemporánea sobre La Ciencia Española, y aunque a ninguno cedo en fe y entusiasmo, juzgueme débil y sin fuerzas, y sobre todo sin autoridad para contestar a usted como se debía.

El desaliento y la tristeza de que mi ánimo se halla apoderado con el repugnante espectáculo que diariamente presencio en las columnas de ciertos periódicos, que cerradas para todas las grandezas del movimiento católico y las luchas científicas, sólo se abren a la calumnia, a la injuria y a la acusación contra sus hermanos los católicos; las tareas políticas que tanto absorben la actividad del espíritu distrayéndole de los libros y asuntos literarios; y sobre todo la previsión de los grandes males que al renacimiento filosófico de nuestra patria acarrearían sus ataques de usted a la escolástica, si no se le oponían, como fuerte dique que atajara el mal en su nacimiento, la autoridad científica y doctrinas de algún nombre ilustre en la república filosófica, hicieron que cuando volví a tomar la pluma no lo hiciese para responder a usted, sino para invitar privadamente a los grandes filósofos escolásticos, a los sabios hijos de Santo Domingo, a los esclarecidos discípulos de Santo Tomás, para que saliendo a la palestra contrarestasen los esfuerzos de usted en contra del renacimiento escolástico en España. Quizá, si no las mismas, análoga o semejantes causas les obligaron a deplorar en silencio que el joven erudito que tan valientes asaltos acababa de dar a la impiedad y al racionalismo, volviese ahora sus armas contra la filosofía tomista, única filosofía cristiana que ha quedado en pie y que reverdece con vigor después de la inundación del racionalismo.. Lo cierto es que, si bien me animaron a la pelea, suministrándome armas defensivas con que acudir a los flacos de mi coraza, me dejaron a mí solo el empeño, a mí, siempre impotente para medirme con usted, pero mucho más en la presente ocasión y en el presente estado de mi ánimo; estado de postración y abatimiento, más propicio para el recogimiento y la meditación que para la lucha.

Pero sea como quiera, heme aquí casi sin libros también, pues plúgome no abrir casi ninguno, no porque pueda sin ellos, como usted, inundar con prodigiosa erudición estas páginas, sino por falta de ánimo y de tiempo, y por hacer más explicable mi torpeza. Heme aquí, repito, como David, enfrente del gigante Goliat; como David, sin fuerzas, pero armado de la honda escolástica, cuyos disparos, bien que por más certera y ruda mano dirigidos, dieron ya en tierra con otros gigantes que salieron a desafiar a tan alta filosofía desde los campos del Renacimiento, de la Reforma y de la Enciclopedia.

Bien se me alcanza que rechazará usted este papel que, con justicia sin embargo en la ocasión presente, le atribuyo de enemigo de la filosofía de Santo Tomás, recordándome que si en sus cartas a Laverde le colmó ya de elogios, en ésta a que contesto, con ser su objeto probar que el vivismo no era inferior al tomismo, califica usted a este de «el más firme valladar que en España hallan las invasiones racionalistas», asegurando que lo «aquejaba el temor de haber hablado con irreverencia del tomismo, tan luminoso, tan sublime y tan sesudo sistema», rogándome que «no considerase esta carta como escrito antitomista», pues usted, aunque sin serlo TODAVÍA, «venera, respeta y acata el tomismo como el más fervoroso de sus adeptos», conviniendo que «el ángel de las escuelas tiene por patria al mundo y a la humanidad por discípulo.»

Pero si bien es cierto que usted nos es enemigo sustancial y sistemático del tomismo, no lo es menos que las preocupaciones humanistas a que usted se confiesa un tanto accesible, le asaltaron de tal manera en esa Florencia, «en esa moderna Atenas», como

usted la llama, «donde aún vagan las sombras de Lorenzo el Magnífico y de Angelo Poliziano», que sin detenerse a contemplar sobre ellas la sombra más augusta por cierto del ilustre Savonarola, se entregó usted a sus naturales inclinaciones, dejándose llevar de las corrientes apacibles de la literatura renaciente, hasta dar más importancia a la forma que al fondo; nota característica que domina en su carta de usted y que es el eco que a través del baluarte de su fe y de su ciencia resuena en su trabajo, eco producido por el grito de rebeldía que ahoga en la sociedad la carne, reivindicando sus derechos sobre el espíritu, espíritu, y carne vueltos, si no a su primitiva concordia, a su ordenada subordinación en los grandes días de la Edad Media.

«Obra santa y grande» llama usted a la obra del Renacimiento; y he aquí, amigo mío, la clave de sus erradas equivocaciones. La obra del Renacimiento ni fue grande ni santa, como no fue santa ni grande la obra de la Reforma. La grandeza y la santidad fueron los caracteres de la verdadera Reforma y del verdadero Renacimiento, que tuvieron lugar, aquélla en el siglo XVI, por medio de los grandes teólogos escolásticos reunidos en Trento; éste en el siglo XIII, por medio de aquel irresistible movimiento de condensación, depuración y adelanto que se apodera de todas las inteligencias y corazones en todas las esferas de la vida y del que, como causa y efecto a la vez, aparece como dominándole, impulsándole y dirigiéndole la gran figura del teólogo y filósofo escolástico Santo Tomás de Aquino.

Y como éste es el nudo vital de sus apreciaciones y como el foco de donde irradian los tiros que en la carta de usted dirige a la ciencia y a la literatura de la edad cristiana por excelencia, creo más conducente al asunto, y al fin que me propongo, herir con mano firme y de una vez en el corazón de sus doctrinas, que irme de rama en rama y de espina en espina para abatir el árbol peligroso que usted ha levantado y que a pesar de mi flaqueza confío en que ha de venir al suelo en cuanto aplique a su robusto tronco la acerada segur de la incontrastable lógica escolástica.

Y para proceder con método, fijemos bien de antemano el sentido histórico de la palabra Renacimiento.

Es indudable que merced a los restos de las primitivas revelaciones conservados por la tradición más o menos desfigurados, y a los poderosos esfuerzos de la razón humana en todo su vigor natural, se habían elevado antes del cristianismo en medio de las aberraciones del espíritu, esclavo incondicional de la carne en los antiguos días, monumentos de imperecedera grandeza en casi todos los ramos del saber humano.

La personalidad humana, posesionada ya de la conciencia de su propio valer, se había proclamado a sí misma enfrente de la tiranía de la madre naturaleza, entre cuyos brazos se perdía y como se anegaba después de la revuelta ocasionada por el pecado original, el hombre racional y libre. Platón y Aristóteles en filosofía, Homero y Demóstenes en la palabra, Fidias y Praxiteles en las artes, habían elevado la meta del progreso posible en la antigüedad, sustrayendo con mano firme y vigorosa la individualidad humana, en cuyo conocimiento basaban la sabiduría, a la absorbente presión de la totalidad panteísta en que perdida la luz de la revelación se había anegado el hombre, al verse débil y solo ante las ir imponentes manifestaciones de una naturaleza exuberante y virgen.

Pero si la razón natural, en sus condiciones más propicias para su total desarrollo, les había permitido fijar con caracteres inmortales los eternos fundamentos de toda obra intelectual, esa misma razón, privada de la luz sobrenatural que da la gracia, no les habría impedido caer en todos los crímenes y vicios que solicitan y tientan a todo ser racional en este valle de miserias. Así es que el progreso intelectual, falto del apoyo y de la luz del progreso moral, empezó a caer por la pendiente de la decadencia con dirección a la sima de la barbarie.

Entonces vino el Cristianismo, y esta doctrina celestial cuyo fin está contenido en aquellas palabras casi divinas caídas de los labios del Apóstol: *instaurare omnia in Christo*, empezó por restaurar lo más esencial, las almas, que restauró no con las ciencias y las letras, sino con las virtudes.

Las ciencias y las letras que se bautizaron entonces, se bautizaron ya viejas. Eran catecúmenos decrepitos. Las artes decapitaron a Júpiter para colocar sobre sus hombros la cabeza de Jesucristo, y el Cristianismo, que necesitaba salir de las catacumbas, no pudiendo habitar en los santuarios de la abominación, improvisó sus templos en las basílicas.

Lo principal estaba ya conseguido. El camino del cielo estaba expedito para las almas.

Pero el Cristianismo es divino, y como divino fecundo con fecundidad que todo lo abarca. Así fue que, una vez restauradas las almas en Cristo, emprendió la restauración de todo lo demás, y en medio de las vicisitudes humanas, y a través de luchas y de azares, conservando siempre el elemento natural y operando siempre sobre lo existente, mejorando sin destruir, lo pacificó y lo transfiguró todo, restaurándolo todo en Cristo; y completando la antigua filosofía con las verdades de la revelación, formó la teología escolástica, y combinado el elemento socialista del Paganismo culto con el elemento individualista del Paganismo bárbaro, formó el organismo político, jurídico y económico de la Cristiandad, y utilizando los adelantos que en el metro y la rima habían hecho los antiguos y hasta las alegorías paganas, dándoles su verdadero sentido trascendental e inspirándolo todo en el espíritu de la nueva ley que nos dio la Divina comedia, y hasta las piedras mismas informadas por la divina aspiración, se escalonaron hacia el cielo formando en el espacio, como si las sostuvieran las alas de la fe con los arcos ojivos de la catedral, el templo verdaderamente cristiano.

Y no nos venga la erudición demostrando el proceso de la mecánica, la genealogía de la ornamentación, la génesis del simbolismo; que no ignoramos que además de ser esto prueba de lo mismo que sostenemos, Dios se vale de causas naturales para sobrenaturales efectos, que la historia vieja de la humana libertad es la apoteosis de la Providencia divina; y ciertamente cuando el primer déspota infame eligió para primer suplicio de su primer esclavo la cruz, no sospechaba que conspiraba de antemano a la exaltación de esa misma cruz, que de suplicio del esclavo había de convertirse en árbol de libertad, cuya savia fuese la sangre de un Dios, siendo su fruto la redención del universo.

El hecho es que el ideal cristiano estaba patente. La hora de su realización marcada en el plan divino se había ido preparando por medio y a despecho de los mismos hombres y de los mismos enemigos eternos de Dios. Pero Dios, por no sé qué ley histórica que respetuosamente reverencio, pero que humanamente deploro, nunca nos permite realizar por completo los ideales; abre los pliegues de su manto misterioso para dejarnoslos entrever, y luego nos los cierra como si quisiera enseñarnos que su realización absoluta sólo es posible en el cielo. Todos los monumentos ideales de la humanidad están incompletos, lo mismo los poemas que las catedrales, que las grandes empresas de los héroes del cristianismo. Parece que el pecado original que destruyó aquel magnífico plan del universo armónico se cierne sobre todas las obras de los hombres; su concepción es maravillosa, su ejecución empieza bajo magníficos auspicios pero a lo mejor sobreviene la catástrofe, y la obra queda interrumpida.

Esto le sucedió a la Edad Cristiana a través de invasiones y de peligros, en medio de luchas y de tinieblas: entrevió el ideal de todas las cosas atraídas hacia su perfección por la cruz en que Rey del Universo redimido se levantaba Nuestro Señor Jesucristo. Con los pies sumidos en el lodo que salpica la tierra, pero fija la vista en el cielo, presentaban unánimes aquellas generaciones todas las cosas a su Dios, idealizándolas y

trasfigurándolas a la luz de su ideal divino. Casi lo habían conseguido ya, cuando sobrevino la ineludible catástrofe. Cerró Dios los entreabiertos pliegues de su manto. Bajó el hombre sus miradas hacia la tierra, y al grito de ¡arriba! que había resonado en todos los corazones exaltados por el ideal celeste, sucedió el grito de ¡abajo! que hizo resonar en su centro la torpe voz de las groseras realidades.

Y como todo lo que se verifica en la historia, a la consecución de este tristísimo fin conspiró con el plan de Dios, que le permitía, el abuso que el hombre hizo de su libertad propia en todas las esferas de su acción y las infernales maquinaciones del abismo.

El Paganismo, esto es, la idolatría, o sea la adoración del demonio con el culto del vicio en que nos sumió el pecado original destronado por la redención de las almas, más tarde de la sociedad, y por último de las ciencias, de las letras y de las artes, se había refugiado en el misterioso seno de las heregías durante el tiempo de la fe en la Edad Cristiana; pero apenas vio que la humanidad bajaba a la tierra sus ojos antes fijos en el cielo, la llamó con su cántico de sirena por la voz de las letras renacidas; tomó posesión del cuerpo de los ídolos aún no despojados de las cabezas postizas de los santos, se infiltró en brazos de la forma en el fondo de las obras científicas, de la cabeza de los sabios que teorizaban el vicio para no avergonzarse de cometerlo, se corrió al brazo de los reyes, ansiosos de esgrimir las dos espadas que les presentaba el cesarismo pagano y si no pudo sentar su trono en el tabernáculo, subió las gradas del altar, y con la venia de los mismos pontífices tomó posesión de los retablos.

Gramáticos, legistas, artistas y monarcas llevaron a cabo la descristianación de las artes, de las letras, de las ciencias y de la política en ese periodo que se conoce en la historia con el nombre de Renacimiento. La religión no se podía descristianizar, pero podía forzársela a habitar en aquellos templos que no había querido ocupar cuando abandonando las catacumbas había tomado posesión de las basílicas.

Y lo que no se puede se intenta. El Paganismo, fingiendo avergonzarse de sí mismo como los estoicos se avergonzaban de los epicúreos, intentó posesionarse de la religión con el nombre de la Reforma y destruir sus dogmas proclamando el cesarismo en política, el sensualismo en las costumbres, el fatalismo en la conciencia, el racionalismo en el entendimiento, el paganismo, en fin; y en brazos de estos vientos que asolaron la mitad de Europa, se mecía el monstruo de la Revolución, que en vez del Papa-Rey quiere el César ateo, que ofrece en la Roma de los ídolos víctimas humanas en holocausto a Luzbel, el ángel de la revuelta que cree llegada ya por fin la hora suprema de su revancha contra Dios.

Tal fue la obra del Renacimiento, que, causa a la vez que pretexto y ocasión de la Reforma, inició la Restauración del paganismo que abiertamente hoy proclama la Revolución cosmopolita.

Así, pues, conste que entiendo por Renacimiento el movimiento pagano que, predominando sobre el elemento cristiano en la Edad Media, tuerce el camino de la civilización cristiana presentándola como ideal en artes, ciencias, letras, política, costumbres y religión la sociedad que cae al otro lado de la cruz.

Todo el que trate de aprovechar los elementos de aquella sociedad depurándolos y convirtiéndolos para hacerlos servir en su respectiva esfera al ideal cristiano, no es renaciente. Eslo, por el contrario, todo el que aunque conserva la significación cristiana, la busca su expresión ideal en las fórmulas del Paganismo.

No entiendo por Renacimiento el hablar mejor el latín ni el griego, el esculpir mejor que los artistas de la Edad Cristiana. Entiendo por Renacimiento el anteponer en absoluto Homero a la Biblia y Platón a San Pablo; representar a la Virgen María con la formas de Venus, y proclamar la omnipotencia del César sobre la libertad de reinos y repúblicas, asilos de las libertades locales y regidas por el navío almirante que dejando

al respectivo piloto el interior gobierno de cada nave, las conduce en ordenada escuadra al fin último de hombres y naciones juntamente.

Y para entendernos de una vez, llamo Renacimiento a lo que la historia se lo llama, a la invasión del Paganismo que con la venida de los griegos arrojados de Constantinopla, hace de la Europa cristiana, que acudía a las alturas de la gloria, la Europa pagana primero, protestante después y revolucionaria por último, que hoy miramos abismarse en la insondable sima de la barbarie.

Y sentado esto, claro es que para mí, como tampoco para usted seguramente, no puede ser obra grande ni santa la obra del Renacimiento. Que a la manera de todas las herejías y de todos los males en la historia haya sido causa ocasional de bienes, no lo niego. Que en determinadas esferas, en la filológica por ejemplo, haya producido incontestables ventajas, lo aseguro con completa seguridad; pero que estos bienes y ventajas compensen de tal modo sus extravíos, ni menos los justifiquen hasta el punto de considerar el Renacimiento como una obra santa, lo rechazo con toda convicción, y estoy seguro de que entendido el Renacimiento así, tampoco usted lo admite.

Aunque usted seguramente no, no faltará quien exclame, al leer mi opinión sobre ambos momentos de la historia, toda esa serie de lugares comunes de épocas bárbaras y de tinieblas, de superstición y de ignorancia, con que se atrevieron a bautizar a la Edad Media los pedantescos renacientes. Usted mejor que yo sabe el valor y significación de esas palabras en boca de humanistas y protestantes, volterianos y secuaces de la revolución que nos deshonra; y usted mejor que yo también sabe a qué ha quedado reducidas después de los trabajos de Chateaubriand, Schelegel, Lenoir, Caumont, Guizot, Thierry, Ozanam, Montalembert, Müller, Leo, Vogt, Hurter, Ranke y tantos otros como han puesto de manifiesto las incontestables grandezas de aquella edad, que no podrá nunca suspender las almas enamoradas de los ideales griegos y romanos.

No, la verdad es que el Renacimiento Pagano, es decir, Renacimiento del paganismo, no hacía falta, a mi ver, dando por supuesto la maldad y el error que el cristianismo había destruido y aniquilado, sustituyéndole como religión y como doctrina; y Renacimiento clásico, esto es, renacimiento de la ciencia, de las letras, de la política y de las artes de las épocas paganas, no hacía falta tampoco si se habría de comprar a tanta costa, por las siguientes razones:

1.<sup>a</sup> Porque ya se venía verificando desde mucho antes, o mejor, porque no habiéndose perdido nunca por completo el caudal, se iba aumentando poco a poco, depurándolo, purificándolo e incorporándolo a la ciencia cristiana.

2.<sup>a</sup> Porque mejor que volviendo a él por medio de parodias ridículas por lo impotentes y por serviles imitaciones de sus obras literarias y artísticas, se volvían como habían empezado a volver los grandes hombres de la Edad Cristiana, acudiendo a las fuentes perennes del saber y a los inagotables veneros de la inspiración abiertos por Dios en el gran libro de la naturaleza, para recorrer cuyas páginas tenían sus hombres la luz preclara de la fe, en lugar de la antorcha vacilante de la razón que sólo habían tenido los paganos.

3.<sup>a</sup> Porque siendo la forma como irradiación suprema del fondo de que es expresión y manifestación completa, la forma literaria y artística completa de los errores paganos no podía convenir sino deshaciéndola de nuevo para informar sus elementos con la doctrina opuesta para expresión de las verdades cristianas.

Y 4.<sup>a</sup> Porque era, como lo confesaron los mismos que lo intentaban, materialmente imposible la vuelta a una sociedad muerta, cuyas claves literarias nos eran desconocidas y cuyos resortes artísticos nos estaban vedados.

La historia confirma ampliamente estas aserciones de la razón.

El verdadero renacimiento del saber y de la virtud, del bien, de la belleza y de la verdad, cuyos elementos guardó la Iglesia en sus altares, depositarios de la gracia, en sus dogmas, y en sus claustros y archivos conservadores de la tradición y fieles comisarios de las letras, lo verificaron personificándolo, a despecho de los combates de la barbarie pagana y del paganismo bárbaro, Santo Domingo y San Francisco en las costumbres, Santo Tomás en la ciencia, San Buenaventura en la mística, Rogerio Bacon y Vicente de Beauvais en las ciencias, Dante en la literatura y Giotto en el arte, precedidos, acompañados y seguidos de aquella pléyade de santos sabios, místicos y artistas que hicieron del siglo XIII el gran siglo de la Edad Cristiana.

De tal modo, que a no ser por la consabida catástrofe la civilización hubiera llegado a su plenitud sobre la tierra, en esos mismos siglos XIV, XV y XVI en que a pesar de haber sobrevenido, todavía nos dieron una Santa Catalina de Sena, un Savonarola, un Fray Angélico y los directores del Concilio tridentino, en los que tanto por el hábito que vestían como por la ciencia con que iluminaban los senderos de su virtud, de su religión y de su arte se veía, a través del Renacimiento y la Reforma, como la verdadera Reforma y el verdadero Renacimiento del mundo estaban en aquellos hombres del siglo XIII, cuyas religiones profesaban, cuyos escritos estudiaban para aplicarlos, y cuya obra magna colocaban en el mismo siglo de León X junto con las Sagradas Escrituras al uno y otro lado de la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Y mientras tanto, los que se llaman renacientes cuando en realidad debieran llamarse desenterradores, poseídos de un vértigo suicida, y sin mirar a dónde, habían conducido a los griegos de Constantinopla el abandono de la unidad y con ella del espíritu y de las letras cristianas, acogen con trasportes de exaltación y de locura cada fugitivo que escapando de la cimitarra de Mahometo, aborda a Italia trayéndoles la peste entre los pliegues de sus afeminadas vestiduras, entonan cánticos alrededor de cada manuscrito que aparece, y se forman en procesión para honrar cada estatua que se descubre. Las letras y las ciencias que profesaron un San Agustín y un Santo Tomás, son calificadas de bárbaras. Época de barbarie se llama a la Edad Cristiana, religión de los bárbaros al Cristianismo, gótica con desprecio a la arquitectura religiosa; y mientras al culto de Jesucristo sucede el de Platón y a los divinos rostros de las vírgenes y los ángeles los rostros de las ramerías en los altares, y a la gran ciencia escolástica el aristotelismo no purificado, el averroísmo, el neoplatonismo divinizado y un eclecticismo más repugnante que el de la escuela de Alejandría. Y el cesarismo renace en toda su desnudez, y los nombres cristianos se abandonan por bárbaros, latinizando los prenombrados o tomando en su lugar los paganos, y se llama Júpiter a Dios, diosa a la Virgen, Padres conscriptos a los cardenales, augures a los obispos y asnos a los monjes. Savonarola es quemado vivo por los adoradores del Renacimiento, y Lutero acecha el momento de tomar por asalto como Mahometo la Constantinopla romana, arrojando sobre el Occidente una nube de bárbaros no menos temible que la que acaba de caer sobre el Oriente, ambas semejantes a las que habían arrasado en el siglo V la antigua sociedad pagana.

No creo que usted me tache de exageración estas líneas, su asombrosa erudición de usted anotará seguramente con la memoria y la imaginación estas páginas mejor que yo pudiera hacerlo en muchos días revolviendo libros y papeles.

Pero por si alguno que no posea no ya la colosal erudición de usted, pero ni aún la pobre y cada vez más arruinada que yo supe juntar, creyera exageradas estas líneas, tachándolas de vanas y huecas declamaciones, cúmpleme recordarle aquí las obras de aquellos renacientes, la mayor parte eclesiásticos, como Ficino, quedaba culto a Platón, manteniendo siempre encendida delante de su imagen una lámpara; que llamaba al Criton su segundo evangelio, y parodiando el evangelio de San Juan aplicaba las

palabras referentes al Verbo de Dios a Juan de Médicis, reservando a Lorenzo del mismo nombre las palabras relativas al Padre Eterno; de aquel Ficino que ayudaba a morir al gran Cosme de Médicis, al Padre de las letras renacidas, leyéndole las obras de Platón, cuya lectura prefiere aquel pagano a los últimos consuelos del sacerdote. Del ilustre renaciente Pomponio Leto, que se arrodillaba todos los días ante un altar erigido a Rómulo; que fundó una de aquellas academias en que se sacrificaba anualmente un macho cabrío en el aniversario de la fundación de Roma, y que se negaba a leer obra alguna en latín posterior a la decadencia del imperio, incluso los Santos Padres y la Biblia. De aquel Besarión que anunciaba la muerte de su maestro el impío Gemisto, diciendo que ya podía emprender en el cielo con los espíritus celestes la mística danza de Baco; de aquel Policiano que se quejaba de que se prefiriesen los salmos de David a sus propias composiciones; de aquel Bembo que escribía a Sadoleto que no leyese las epístolas de San Pablo para que su latín bárbaro no corrompiera su gusto con aquellas futilidades indignas de hombres serios; de aquel Beroaldo, que canta sus amores sacrílegos, y sus hijos sacrílegos también, en versos que juntamente con su piedad alaba Bembo; de aquel Sannazaro que no pronuncia el nombre de Jesús porque no era latino; de aquel Sadoleto que a pesar de su austera piedad recita de memoria los versos más impúdicos de Bautista el Mantuano; de aquellos Guichardini y Maquiavelo que consideraban la religión como un gran medio de gobierno y de represión por el imperio que ejercía sobre los tontos, a pesar de que la religión y la Iglesia habían acarreado la ruina y la deshonra de Italia, y cuyas obras protegían aquellos pontífices del Renacimiento que llamaban inteligencia hermosa a Lutero, que se valían de la excomunión para proteger la propiedad literaria de Ariosto, que se despojaban de la púrpura y se coronaban de laurel para improvisar versos latinos ante la exhumación de una estatua de la antigüedad, y que se coronaban de modo que hubiera podido preguntarse si era el Pontífice de la religión pagana el que iba a coronarse, pues a las alegorías e inscripciones gentílicas se unían los elogios de cardenales como Bembo, que decía al tribunal apostólico que León X había sido elegido por el favor de los dioses inmortales, llamando diosa Lauretana a la Virgen de Loreto y haciendo escribir al Papa mismo cartas en que, llamándose a la Santísima Virgen diosa, se pedía el auxilio de un monarca por los hombres y por los dioses.

Y todo esto, mientras acaso en el fondo de misteriosos antros se realizaban ya las últimas consecuencias del Renacimiento pagano, inscribiendo su nombre Pomponio Leto como Pontífice máximo del Paganismo renacido, y tejiéndose la corona de lauro que apareció suspendida sobre la puerta de la habitación del médico de Adriano VI al día siguiente de la inesperada muerte de este Papa enemigo del Renacimiento, corona en torno de la cual se leía: «Al libertador de la patria, el Senado y el pueblo romano.»

No quiero alargar más esta carta, que al fin y al cabo va dirigida a usted, recordándole cómo, a pesar de todos estos errores, la obra del Renacimiento literario fue incompleta, pues si la adoración de todo lo pagano pudo rehabilitar los vicios del Paganismo, el arte griego no pudo resucitar a impulso de aquel falso movimiento de galvanismo extraño a todas las energías de la vida. El mismo idioma latino perdió su precisión filosófica en los escritores renacientes, sin haber adquirido, por propia confesión, la elegancia y la fluidez de los grandes escritores clásicos, cuyo uso, norma del lenguaje según ellos, y cuya pronunciación les fueron totalmente desconocidos.

Pero aunque comprendo que como literato sostenga usted la superioridad del latín del Renacimiento sobre el latín de la Edad Media, no lo comprendo si lo sostiene usted como filósofo. «La belleza de una obra científica es naturalmente púdica, ha dicho un filósofo de este siglo, y esquivo todo ornamento que no sea la propiedad en los vocablos y el orden de su disposición en el discurso.» ¡Qué bueno fuera que Santo Tomás, por

ejemplo, en vez de aquel estilo cuya densidad metálica ensalzaba Graty y cuya exactitud precisa enamoraba a Balmes, que decía que Santo Tomás pesaba las palabras como metal precioso, estilo que comparaba Lacordaire con los «lagos límpidos», y con los «cielos transparentes», porque dejan ver la verdad en sus mayores profundidades, como aquellos dejan ver los peces y las estrellas, y que el P. Secchi compara por su celeste serenidad «con el mismo verbo de Dios», usara un estilo de Renacimiento, en que después de invocar a los dioses y a las musas, sacrificara a la triste parodia de una frase de Cicerón, la precisión de una palabra técnica de la que pendiera la inteligencia de un misterio divino de la religión católica!

No, las lenguas no son ni pueden ser Fetiches, objeto eterno e impasible de la adoración de las generaciones que pasan; la lengua tiene que ser, ante todo, fiel expresión de nuestros pensamientos y a una nueva religión y a una nueva ciencia un nuevo idioma. Sólo que así como la religión católica no destruía la naturaleza, ni la sociedad, ni la ciencia, sino que las purificaba y dirigía; así la Iglesia no destruyó el latín, antes bien hizo de él su propia lengua, menos armoniosa acaso a los oídos de un retórico, pero más propia para explicar los sublimes principios de la metafísica cristiana informada por los misterios divinos de la religión católica.

Vives, el mismo Vives, a quien usted tanto respeta, lo dijo, si no mienten los autores, en estas tres científicas palabras: «A christianis christiane.» Que lejos de considerar como bárbaras, como hacían los renacientes italianos, las letras sagradas, decía que los escritores cristianos eran iguales con frecuencia en elegancia y belleza, y a veces superiores, a los antiguos.

Deshecha, a mi parecer, esta clave fundamental del error, o mejor de la preocupación que avasalla hoy su ingenio, seducido por los brillantes recuerdos de una literatura que usted posee y en cuyos senos ha penetrado usted tan adelante, merced al gran conocimiento de las lenguas sabias de la antigüedad que usted tiene, réstame sólo recordar que si bien es cierto que, además de la soberbia, de la codicia y de la lujuria del heresiarca y de sus corifeos, fue efecto también la protesta de la envidia salvaje de los herejes, pudiéndose considerar la Reforma como brutal retroceso del grosero espíritu germánico contra el espíritu latino cultivado y brillante en aquellos días, no es menos cierto que la Reforma encontró pretexto y causas a la vez en el malhadado Renacimiento, que le dio ocasión con sus vicios y fuerza con sus elementos, que le preparó el terreno descristianizando las muchedumbres y que le franqueó la entrada en la cristiandad, siendo causa de que no se le pusiera pronto y enérgico remedio, y de que los sabios renacientes, más fuertes en Platón que en los Santos Padres, no esgrimieran armas contundentes contra el monstruo de la herejía, hasta que de España, sobre todo, vinieron aquellos grandes escolásticos, hijos fieles de Santo Tomás, que más apartados del movimiento renaciente combatieron a la Reforma con las bien templadas armas de la Edad Media.

Lutero, discípulo del humanista Trebonius, asombro, según Melanchthon, de la academia de Erfurth por sus conocimientos renacientes, que le hacen ensañarse joven aún contra la barbarie escolástica, y despreciar las Sagradas Escrituras hasta el punto de confesar que a los veinte años no había oído una línea, y que hasta cuando, herido por el rayo, abandonó la vida mundanal por el convento, lleva debajo del brazo, como preciosas reliquias, a Plauto y a Virgilio; Lutero, encanto de la universidad de Wittemberg, foco del humanismo en Alemania, que haciendo coro a Hutten, a Reuchlin y a Erasmo en sus burlas sangrientas contra la Edad Cristiana, contra la escolástica y contra las órdenes religiosas, esa trinidad odiada por el Renacimiento, la Revolución y la Reforma, se deshace en elogios de las bellas letras, del latín y del griego renacientes; Lutero, que ante la Roma de los Médicis siente retorcerse en sus entrañas el torcedor de

la envidia, que le hace deprimir lo que ambiciona, y que como aventurero que en día de saco entra a sangre y fuego en una ciudad para gozarse con sus riquezas y placeres y destruir las que no puede utilizar, arrojando el nombre de sus vicios a la frente ensangrentada de sus víctimas, clama contra los vicios paganos que cuidadosamente guarda entre los pliegues de su hábito para adorarlos en Alemania; Lutero, que mientras esmalta sus sermones con los nombres adorados del Renacimiento, quema con las Sagradas Escrituras las obras de Santo Tomás, tan odiadas de los renacientes, y que muestra proclamar la emancipación del pensamiento, la emancipación de la carne y la emancipación del estado, esto es, el racionalismo, el sensualismo y el cesarismo, los tres principios fundamentales del Paganismo que rehabilitó el Renacimiento, se desata en diatribas contra Santo Tomás y la iglesia tomística, como llama a la iglesia católica; prueban evidentemente lo que ya dijo Erasmo del Renacimiento y la Reforma: «Ego posui ovum, Lutherus exclusit.»

Y no se olvide usted que Erasmo es, a la vez que juez durísimo en la materia, prueba incontestable de lo que afirmo.

Erasmo era la personificación del Renacimiento por excelencia. No es pedante como Pomponio Leto, ni ignorante como Pomponazzi; no es pagano como Ficino; aunque para él vale más saber griego que saber todo lo demás, y aunque no se cansa de atacar a la escolástica, a los frailes y a la Edad Media, y aunque el pobre Lutero, según él, no ha cometido más pecados que atentar contra la tiara de los pontífices y contra la panza de los monjes, se conserva, al menos exteriormente, dentro del campo católico, y sin embargo usted recuerda aquel dicho común tan elocuente que atestigua la casi identidad de estas dos personificaciones y de estos dos movimientos: «Aut Erasmus lutherizat, aut Lutherus erasmizat.»

No, no cabe negarlo. Los críticos modernos más amantes del Renacimiento y más enemigos de la Reforma lo confiesan; por más que no hace mucho que el original Letamendi haya llamado al Renacimiento la Grecia en gracia de Dios frase que hubiera seguramente indignado a los renacientes italianos, más cuidadosos y amantes que de la gracia de Dios, de las gracias y de los dioses. Pero aún disculpando a los renacientes, no se puede negar que en ellos encontró aún a pesar suyo sus auxiliares la herejía, sin contar los que la siguieron, que no fueron en menor número, pues como el conde Alberto de Carpi escribía a Erasmo, que lo reconocía también, «entre los alemanes todos los amantes de las bellas letras se han convertido en fautores de Lutero.»

Como en Italia, aparte aquellos espíritus inconscientes y tímidos que siempre se detienen en las premisas, los demás se habían entregado al Paganismo por completo, no puede negarse, so pena de negar la historia, lo que con frase elocuente confiesa un partidario del Renacimiento en nuestros días: «Que la tea de la Reforma se encendía en la antorcha del Renacimiento.»

Por las mismas razones que nos prueban de dónde nos vino la enfermedad, se prueba de dónde nos vino el remedio.

A la sociedad cristiana paganizada no le quedaban más que tres caminos: o morir pagana como Cosme de Médicis en brazos de Platón; o precipitarse en brazos de Lutero con Melancton; o volver los ojos a la fe de los grandes días del Cristianismo, como el magnífico Lorenzo volvía en sus últimos instantes los moribundos ojos, apartándolos de las maravillas neopaganas que decoraban su estancia, al tosco Crucifijo de madera que le presentaba la diestra del mártir tomista Savonarola.

Europa siguió este último camino, y Europa se salvó, recordando que allá en el siglo XIII, en el momento más crítico de su existencia, cuando por todas partes la cercaban peligros, Santo Tomás la salvó con su doctrina de los errores aristotélicos, averroístas y escolásticos, del cesarismo pagano, del fatalismo oriental, del antimonarquismo

universitario, del racionalismo y panteísmo claustral, del kabalismo judaico y del misticismo de los herejes. Volvió los ojos a esta doctrina con la que Juan de Montenegro había vencido a los griegos en el concilio de Florencia, y Torquemada había brillado en Basilea, y Fr. Diego de Deza había comprendido a Colón, y Cayetano había asombrado a Italia y a Alemania, y Vitoria había restaurado las universidades europeas; y llamando en su auxilio a los grandes tomistas alemanes como Getino, polacos como Stono, ingleses como Fischer, italianos como Tomás de Vio, clamó con ronco acento hacia España, donde el Renacimiento propiamente tal no había penetrado apenas, donde el estudio de las lenguas sabias se utilizaba imprimiendo la Poliglota complutense en vez de las obras impúdicas de la antigüedad pagana, donde en lugar de Erasmo brillaba Vives, y donde, como efecto a la vez que como causa de todo esto, se cultivaba el estudio de Santo Tomás; y España entonces abrió los claustros gloriosos de sus conventos y sus universidades, y envió contra el monstruo de la Reforma aquel batallón sagrado de teólogos tomistas que pelearon en Trento derrotando al protestantismo para siempre con la doctrina de Santo Tomás de Aquino, que a cada paso se consultaba, deteniendo las deliberaciones hasta conocer su opinión, a pesar del desprecio con que la cubría el Renacimiento; plagiándole hasta sus palabras mismas para ponerlas en los decretos del concilio, a pesar de estar escritas en latín bárbaro según los pedantescos renacientes, y cuya obra magistral, la Suma, se colocó en pleno siglo XVI con las Sagradas Escrituras en la cima más culminante de la cristiandad verdaderamente renacida.

En tanto Lutero, ejecutando la sentencia que contra unas y otras había fulminado el Renacimiento, las quemaba constituyéndose en su verdugo, y tanto él como todos sus secuaces, considerando a los renacientes o como adversarios de escaso mérito y valor o como auxiliares, sólo decían al atacar los alcázares del Cristianismo: «Tolle Thomam et dissipabo ecclesiam Dei.» A lo que los doctores cristianos, defendiéndolos, contestaban, arrojando de sus manos a los adoradores de Platón: «Consulamus divum Thomam.»

Que tanto en uno como en otro campo, venidos ya a las manos y metidos en lo más recio de la pelea, se procuraba para herir en el corazón despojar al enemigo de su pavés, y si buscaban para esgrimir las armas más templadas los enemigos de la cristiandad, la cristiandad del siglo XVI no encontraba escudo más resistente para defenderse ni arma de mejor temple para atacar que la doctrina de Santo Tomás, forjada en los grandes días de la Edad Media por aquel gigante de la escolástica.

Aún considerando a los renacientes incompletos que pelearon por la verdad, los papas que los habían preferido a los tomistas debieron recordar aquella fábula del pastor que trocó su fuerte y poderoso mastín por diez gozques pequeños, creyendo resguardar mejor su rebaño, y que cuando vino el lobo, tuvo que buscar de prisa su mastín porque los ladradores gozquecillos no impedían el destrozo de sus ovejas.

Si usted, que es uno de los hombres que más respeto y admiro, no sólo por su erudición asombrosa en tan cortos años reunida, sino por su crítica atinada y lucido criterio, se detiene, dejando aparte toda pasión de polémica y toda impresión de momento y de lugar, a considerar estas razones, no dudo ni por un instante que, aparte tales diferencias, convendrá usted conmigo en lo sustancial, confesándome sin rebozo que la mayor parte de los cargos que usted hizo al tomismo fueron alardes de ingenio y de erudición con que usted quiso, parodiando los actos académicos de otros días, probar que se podían defender los excesos del Renacimiento, acaso con cierta secreta satisfacción del amor propio envanecido, producida por la íntima convicción de que entre los que cultivamos las letras no había ninguno capaz de deshacer su tesis de usted aún teniendo de su parte el auxilio de la razón y el testimonio de la historia.

Yo, después que usted me confiese lo primero, no tengo reparo en confesarle lo segundo. Así es que en vez de pelear contra usted, lo que hago es un llamamiento a su sentido moral, para que no abusando más de la broma, sin deslustrar el mérito de Vives y las grandezas del Renacimiento español, que soy el primero en proclamar, contribuya usted con su recto juicio y su prodigiosa ilustración al glorioso Renacimiento cristiano a que, después de tres siglos de Reforma, de Enciclopedia y de Revolución, estamos asistiendo en nuestros días.

Si usted, atento a la voz de este llamamiento amistoso, no ve en estas páginas una tesis que combatir, ni en esta discusión un juego de retóricos, y encerrándose dentro de sí, y posponiendo sus tentaciones literarias y su arsenal de erudición a su deber filosófico, trata usted de restablecer toda la verdad en la cuestión presente, trocándose de mi adversario en mi maestro, nada me quedará ya más que hacer sino soltar la pluma, para batir con más facilidad las palmas al ver cómo usted me enseña las paradas y respuestas que tienen las estocadas y tajos con que usted me maltrató en su epístola.

¡Qué carta entonces la de usted, amigo mío! ¡Qué, gran vindicación de la Edad Media! ¡Qué panegírico de la escolástica y del tomismo! ¡Qué flagelación de los excesos del Renacimiento! ¡Qué análisis tan profundo del Renacimiento español, tan distinto del italiano! Como abogado del diablo en la causa de beatificación de la Edad Cristiana, que al ver que por torpeza de sus defensores va a quedar sin honor el varón justo a quien tuvo por exigencias de su papel que atacar, restablece en su réplica la verdad sobre las virtudes de su alma y sobre la santidad de su vida; así usted en esta carta deshará con mayor crítica y erudición los cargos que amontonó usted en su acusación primera.

De seguro empezará usted acusándome de que no supe leer su epístola, en la que además de los elogios ya citados sobre Santo Tomás y su doctrina, me recuerda usted que «hablaba como bibliógrafo español» y no como filósofo al ponderar autores antiescolásticos; que a la escolástica llamó usted «no una sino las dos terceras partes de nuestra filosofía»; que a pesar de que «el neotomismo cobra de día en día fuerzas mayores en España, y que sus secuaces son tan respetables por su número como por su saber», «sería una herejía científica considerar inútil una reimpresión más de las obras de Santo Tomás en nuestra patria», a pesar «de haber sido tantas veces reproducidas por la estampa, de ser tan conocidas que se encuentran en todas las bibliotecas y en todas las manos, y cuando en todo el orbe cristiano se trabaja sin cesar sobre sus admirables escritos y en cien formas se le expone y se le reproduce»; que aunque usted «no es todavía tomista, quizá lo será mañana», pues aunque, hoy por hoy, «es vivista», «el vivismo no es adverso al tomismo, ni mucho menos», antes bien lo considera «como un hermano mayor», razón por la que usted «lo venera, respeta y acata como puede hacerlo el más fervoroso de sus adeptos.» Que si habló usted del bárbaro estiércol de la escolástica, debajo del cual se hallaba oro según Leibnitz, añadió usted que Leibnitz «se equivocaba en lo del estiércol como todos los de su época», y que si bien dice usted que aplaude las invectivas del Renacimiento contra la barbarie de la escuela, a renglón seguido tiene usted cuidado de añadir «que no es usted partícipe de la preocupación en otro tiempo general contra el lenguaje y estilo de los escolásticos», porque «sabe que, habiéndose encontrado con un latín decadente y de malas condiciones para la filosofía, crearon una lengua y un estilo especiales analíticos y precisos», en la que «escribieron con vigor y con fuerza», y que aunque Santo Tomás de Aquino sobresalga más «como pensador que como artista, no ha de ser usted el que haga observaciones literarias tratándose de un Santo Tomás de Aquino»; que al ponderar la obra de Vives no halla usted mayor elogio para él que compararla con la obra de Santo Tomás, y que al ensalzar los tomistas del Renacimiento no encuentra usted alabanza más grande que llamarles «dignos discípulos de Santo Tomás de Aquino.» Que tiene usted buen cuidado

en advertir que por lo general «no fueron tomistas los escolásticos que sucumbieron a la Reforma»; y finalmente, que aunque «suscribe usted con todo el entusiasmo de que es capaz a los elogios que yo hice de los tomistas españoles, que constituyen una de las páginas más brillantes de nuestra historia científica», le aqueja a usted «el temor de haber hablado con irreverencia de luminoso, sublime y fecundo tomismo», por lo que encarecidamente me ruega «no considere su carta como un escrito antitomista, sino como «palabras ligeras» con que usted, «encontrando demasiado tirante el arco por una parte, probó a doblarlo por la otra quizás con exceso»; y después de darme esta lección preliminar para que «aprecie su posición de usted respecto al tomismo», me irá usted enseñando los quites propios de cada acusación con estas o parecidas palabras.

Al cargo de que el tomismo no es la verdad total, porque ésta se encuentra en la deseada armonía de Platón y Aristóteles, y Santo Tomás sólo tuvo en cuenta a Aristóteles, y Aristóteles incompleto, pues no le conoció en sus fuentes como le conocieron los renacientes, usted contesta diciendo que Santo Tomás tuvo en cuenta a Platón, como se echa de ver en los elementos platónicos que se hallan en sus obras, y que tomó no sólo de Platón mismo, sino de San Agustín y demás padres de la Iglesia griega y latina que le siguieron y de los místicos que le estudiaron; que lo que tomó de Aristóteles principalmente fue el método, como lo que Santo Tomás tuvo que hacer fue más que un tratado crítico de Aristóteles, una creación filosófica nueva en vista de los problemas suscitados por estos genios de la filosofía, y una refutación de sus errores, tal como entonces emponzoñaban a la cristiandad, le fue más útil conocerlo como lo conoció entonces, completado con menos errores y comentarios para bien de la cristiandad y de la filosofía; y esto sin olvidar que escritores muy graves sostienen que Santo Tomás leyó a Aristóteles en griego, y sin olvidar que a instancia suya lo tradujo el famoso Wiliermo de Moerbeka, renombrado orientalista.

Que al cargo «de que la escuela con Averroes y antes de Averroes había sido un semillero de herejes como Scoto Erigena, Berengario, Abelardo y Roscelin», usted contesta que estos herejes salieron en tiempo y al lado de la escolástica, pero no de ella, sino a pesar de ella, como todas las herejías salieron de las verdades dogmáticas y de la Escritura, pero no producidas por éstas, sino a pesar y con ocasión de éstas; y de la escuela salieron los que los derrotaron, como San Francisco, San Anselmo y San Bernardo, Guillermo de Champeaux, Hugo y Ricardo de San Víctor, Alberto Magno, Alejandro de Hales, Enrique de Gante, y finalmente Santo Tomás que los enterró bajo el inmenso peso de su gloria.

Que al cargo de que obreros del Renacimiento y no tomistas eran los que trabajaban en la Políglota complutense, se debe contestar diciendo que sobre que falta averiguar si eran o no tomistas algunos de los que trabajaron en la Políglota, no se puede en justicia llamar obreros del Renacimiento, que llamaba a las Escrituras letras bárbaras, posponiendo su estudio al de Platón y alguno al de sus propias obras, a los que imprimían tan soberbiamente en sus primeros tomos la vulgata, tan despreciada por el Renacimiento y quemada después por la Reforma, sino más bien obreros que trabajaban por impedir que el Renacimiento paganizase nuestra patria, y que lo que está averiguado es, que si no lo fueron no fue porque no pudieran serlo, pues tomistas eran Agustín Justiniani, autor de la Octapla, y Santes Pagnini, autor de obras que aún hoy son muy estimadas de los orientalistas, y que escribieron al mismo tiempo que se imprimía la Políglota complutense, mientras venía al seno de la Iglesia el famoso orientalista Pablo de Santa María, convertido por la lectura de las obras de Santo Tomás, y su hijo, y sucesor en el obispado de Burgos, D. Alfonso de Cartagena; y esto sin contar los grandes orientalistas compañeros de Santo Tomás en religión y doctrina, como Fray Hugo y Fray Pedro, enviados por Gregorio IX a conferenciar con los griegos y que tan

brillante papel desempeñaron en Nicea y Ninfea; como Raimundo Martín, autor de la obra del *Pugio Fidei* que plagia un escritor en el Renacimiento, y sus siete compañeros destinados por el capítulo de la orden en Toledo para desempeñar cátedras de estudios orientales como las que por el mismo tiempo abrieron los hermanos predicadores en Murcia, Játiva y Estella, como Pablo Cristiano y Puigventor y demás hijos de Santo Domingo, que San Raimundo de Peñafort asignó al estudio y enseñanza de estas lenguas; como Fray Aroldo de Florencia y los dominicos que escribieron contra errores *græcorum*; como los sabios hermanos de Santo Tomás que, tres siglos antes de que se imprimiese la *Políglota* presentaban a Europa una Biblia de cuatro tomos en folio, fruto de la reunión, comparación y estudio de gran número de manuscritos antiguos, griegos, hebreos y latinos; como Guillermo de Moerbeka, que trasladó del griego al latín varios libros de Aristóteles a instancia de Santo Tomás de Aquino; como el célebre Bonanerio, que escribió en griego el *Thesaurus fidei*, obra llena de erudición y de ciencia; como Gofredo de Walerfodia y como Nicolao de Florencia, y Andrés Doto y tantos otros dominicos como, en medio de la general rudeza, cultivaron el griego, el árabe y el hebreo, no para resucitar las obras impúdicas del arte antiguo, sino para defender a la religión y a la civilización europea de los errores orientales que amenazaban hacer del Oriente un bajo imperio o un estado del Asia, los cuales merecieran atraer por sus heréticas cavilaciones y por su fatalismo panteísta la barbarie asoladora de Omar o el azote cruel de Mahometo.

Que al cargo de que Pomponazzi dudó de la inmortalidad del alma siendo escolástico y no se levantó a responderle ningún tomista, sino un peripatético clásico, Nipho, se le refuta contestando que Pomponazzi fue un aristotélico renaciente a la sombra de Alejandro de Afrodísia, muy ensalzado por los protestantes y los racionalistas, que era tan escolástico que llamaba ilusiones y decepciones falsas y absurdas a las doctrinas de Santo Tomás, y que sólo consentiría en aceptar sus doctrinas, imposibles según él, y en someterse a las sagradas Escrituras, por obedecer a Platón, «que dice que es una impiedad no creer en los dioses ni en los hijos de los dioses.» Que a este renaciente naturalista le contestaron, además de Nipho (que entre paréntesis era panteísta), Alejandro Achillini, que aunque averroísta era escolástico; Contarini, de la ilustre familia veneciana, que fue después cardenal; Ambrosio, arzobispo de Nápoles, y los tres frailes, probablemente tomistas, Bartolomé de Pisa, Jerónimo Banelliere y Silvestre Pereira, sin contar aquel ermitaño de Nápoles que le denunciaba como hereje e impío, mientras el ilustre renaciente, el famoso cardenal Bembo lo defendía delante de la corte romana, sosteniendo que su libro *De immortalitate* no encerraba nada contrario a la verdad; sin olvidar que mientras Pomponazzi y sus amigos se quejaban continuamente de los portadores de hábito que, educados con la doctrina tomista, les perseguían en sus errores, los obreros del Renacimiento se adherían a las doctrinas de Pomponazzi, como lo hicieron Simón Porta, Lázaro Bonamico, Julio César Escalígero, Santiago Zabarella, Daniel Bárbaro, Simón Porcio, cuya obra sobre el alma era más digna de un puerco que de un hombre «según Gessner»; Andrés Cesalpino, partidario de la generación espontánea; Galeotto Marcio, protegido por los reyes y los pontífices, y obligado a retractarse por los tomistas dominicos, y tantos otros sofistas como florecieron en el Renacimiento al calor de aquella filosofía, verdadero producto híbrido de mezclas tan extrañas y cuya personificación más ilustre es el famoso Juan Pico de la Mirándola, educado en la corte de Lorenzo de Médicis con aquellas doctrinas mixtas compuestas de kábala y gnosticismo, neoplatonismo y judaísmo, revestidas con el brillante manto de la literatura clásica y adornadas con trofeos de Aristóteles, Averroes y Epicuro, que le hacen caer en la herejía, de la que, a semejanza de la sociedad que simboliza, sólo se

levanta cuando, abandonando sus errores renacientes, muere en brazos de los hermanos de Santo Tomás de Aquino.

Que al cargo de que el tomismo era incapaz de acabar con el averroísmo, se contesta con la lectura de las obras de Santo Tomás, especialmente de la Summa contra gentiles, con la expresión de los mismos renacientes que dijeron por boca del mismo Pomponazzi que «Averroes fue talmente zurrado por Santo Tomás, que no le quedó otro recurso que vomitar contra él injurias», y por el testimonio de la cristiandad, que celebró con magníficos y colosales frescos por manos de Gozzoli, de Gaddi y de Traini el triunfo de Santo Tomás de Aquino, debajo de cuyos pies victoriosos se revuelca impotente y vencido, con el Gran comento en la mano, el temible Averroes.

Que al cargo de que los escolásticos olvidaron un poquito la experimentación, se contesta no sólo con recordar a Miguel Scoto, Vicente de Beauvais, el gran Rogerio Bacon, Raimundo Lulio y los alquimistas, y sobre todo a Alberto el Magno, tan ponderado por sus observaciones naturalistas por Humboldt, sino con las mismas palabras de la acusación, pues habiendo sido por lo general la física escolástica un comentario de Aristóteles, si Aristóteles no descuidó la experimentación tampoco la descuidaron los escolásticos, pudiendo además añadir a guisa de posdata los nombres de Alejandro Spina, inventor de los anteojos, Domingo Ceva, que escribió sobre gnomónica, Ignacio Dante, «uno de los matemáticos más insignes que brillaron en la corte del gran Cosme de Médicis»; que no sólo fueron escolásticos, sino hasta tomistas y dominicos, coronando estos nombres con el de Tomás Campanella, que sin dejar de ser tomista, se dedicó con ardor a la experimentación, fundando antes que Bacon, sobre este procedimiento exclusivo, el estudio de las ciencias naturales.

Que al cargo formulado con las palabras barbarie de la escuela, sinónimo en su carta de usted de barbarie literaria, esto es, que Santo Tomás y los grandes escolásticos de la Edad Media no escribieron un latín digno de Cicerón y de Virgilio, se debe responder, además de que la belleza de la forma en una obra filosófica consiste en la claridad y la precisión más que en la elegancia de los giros y en lo castizo de las palabras, de que no es razón juzgar del fondo por la forma y de que los famosos renacientes que todo lo sacrificaban a escribir como Cicerón, nunca pudieron conseguirlo, acusándose mutuamente de su impotente ignorancia y confesando que mejor que ellos hablarían el latín los palafreneros de Roma, estas palabras arrancadas por la manía pedantesca de los renacientes italianos al mismo Erasmo, tan enemigo de la Edad Cristiana y de los frailes y tan adorador del latín y del griego: «Es maravilla, exclama dirigiéndose a los renacientes italianos, cómo rebajáis a los Santos Padres de la Iglesia, a los grandes escritores de la Edad Media, a Santo Tomás, a Escoto, a Durando y demás. No halláis palabras con que denunciar su BARBARIE, y sin embargo, considerando, el caso con sangre fría, esos GRANDES HOMBRES que no hacen alardes de ser elocuentes ni ciceronianos, SON MÁS CICERONIANOS QUE TODOS VOSOTROS JUNTOS.» Erasmo lo prueba con las enseñanzas mismas de los clásicos y la confesión de los renacientes, que califica de gran escritor (esto es, de ciceroniano) al que habla bien, exigiendo para merecer este nombre dos condiciones precisas: conocer a fondo el asunto, y tener corazón y convicción para expresarlo. «Ahora bien, añadía irritado Erasmo, probadme que los escritores cristianos no conocen las cosas que hablan ni tienen el corazón y la convicción para expresarlas.»

Es evidente, el latín escolástico les parecía bárbaro a los paganos renacientes porque no comprendían las ideas de que eran expresión, y así como el latín pagano no podía servir al cristianismo, al paganismo renaciente no podía servir de intérprete el latín cristiano. Por eso nosotros, al oír cómo llaman bárbaro el latín de la Iglesia los renacientes, no podemos menos de recordar aquel verso de Ovidio: «Barbarus hic ego

sum quia non intelligor ulli.» Erasmo, además de probar a los renacientes que, según su criterio, también Cicerón fue un bárbaro, puesto que empleó palabras desconocidas y nuevas, se burla de los que quieren hacer nuevos Cicerones con el estudio del latín pagano, diciéndoles que harán charlatanes, pero no grandes oradores y escritores como el antiguo cónsul; y tenía razón Erasmo: si la palabra supone el pensamiento, el calor y la vida, ¿qué vida y qué calor podía tener el pensamiento pagano en una sociedad, a pesar de todo, cristiana, en boca de eclesiásticos y después de quince siglos de cristianismo? A esto solo cabe responder que, continuando el Renacimiento pagano, hubiéramos podido olvidar del todo el cristianismo, y acaso entonces hubiéramos llegado a escribir como Cicerón, lo que no valía seguramente la pena de deshacer la obra de Cristo; pues esto sí que sería barbarie, y barbarie del peor género.

Y contestados estos cargos, me recordaría usted, en auxilio de mis palabras sobre el amor que las universidades profesaron al luminoso tomismo, la historia de la universidad de Alcalá, fundada por el ilustre Cisneros, y de la cual dice D. Vicente de Lafuente que «tiene la gloria de haber vivido y muerto tomista desde su fundación hasta su último instante», «teniendo la honra de morir abrazada a la Suma»; y como prueba de que aún en las épocas de más decadencia científica en nuestra patria, tuvo elocuentes defensores el tomismo que se opusieron a la invasión cartesiana, me citaría usted el nombre célebre de Alvarado, conocido con el pseudónimo de El filósofo rancio; y en prueba de que la tradición tomista no se interrumpe en España, a Balmes, educado en el seminario tomista de Vich, consagrado a Santo Tomás por su madre, y que sus biógrafos nos presentan meditando sobre la Summa; y para justificar nuestros elogios a los tomistas españoles a que usted con tanto entusiasmo suscribe, nos presentará a nuestros místicos que, como usted dijo en aquella incomparable carta Perojina «tomaron los orígenes de su doctrina en la no interrumpida serie de místicos cristianos, en San Agustín, en Hugo de San Víctor, Gerson y San Buenaventura, amamantándose en las obras atribuidas con error al Areopagita» (elementos todos que se encuentran depurados y sintetizados en las obras de Santo Tomás), haciéndole a usted exclamar con evidente justicia que «nuestra mística sólo difiere de la de la Edad Media en la perfección artística, y en un poco de Platonismo, que entró durante el Renacimiento»; y me recordará usted que Santa Teresa, si no estudió autores escolásticos, encontró dirección y guía a las exaltaciones de su amor espiritual y místico en los tomistas dominicos que estaban encargados de su dirección espiritual primero, y en los tomistas carmelitas autores de los Salmanticenses, que la dirigieron después. Además me dirá usted cosas que ni siquiera sospecho, y que ha recogido usted de seguro en sus profundas y vastas investigaciones científicas en los archivos y bibliotecas del mundo sabio.

Y después de recordarme todo esto, me traerá usted a la memoria, como desagravio artístico de Santo Tomás, la influencia de su doctrina en Dante, y por Dante en las escuelas pictóricas que iniciaron y llevaron a cabo, elevándolo a su mayor perfección, el progreso artístico en Italia, y sus famosos himnos, aquellos himnos traducidos y puestos en música por los poetas y los artistas religiosos más célebres de la edad contemporánea, y de los cuales por sólo cuatro versos decía el poeta Santeuil que daría gustoso todas sus obras; y la resurrección de sus principios estáticos en el santo y mártir Savonarola, que aparece en la orgía artística del Renacimiento como un nuevo Pedro el Ermitaño, que predica la cruzada de todas las virtudes contra los vicios renacientes a fin de arrancar el sepulcro que Dios tiene en los altares, de manos del paganismo renacido, mientras enfrente de las tiránicas teorías de Maquiavelo, cuyo libro El Príncipe llamaba el déspota Federico II el Breviario de los reyes, coloca las doctrinas políticas de Santo Tomás; y la reacción que hoy mismo en nuestros días se levanta contra el realismo grosero de las artes en las obras de Félix, Taparelli, Jungmann y Marchese, que vuelven

a buscar la determinación y guía de sus investigaciones estéticas en las obras de Santo Tomás, punto de partida inevitable de todo progreso filosófico en sí y en su aplicación a todas las esferas de la ciencia y del arte.

Y finalmente, y para acabar, como a modo de lección práctica de dialéctica, me enseñará usted cómo se deshace el ingenioso sofisma con que usted quiso mostrarme a que extremos puede llegar un ingenio y una erudición como la de usted cuando, por probar el ingenio o la paciencia del adversario, se propone sostener una paradoja tan contraria a la opinión corriente como que Melchor Cano no fue discípulo de Santo Tomás, sino de Vives.

Este sofisma, que empieza por separar, para oponer, lo que en este sentido es inseparable, como es la teología de la filosofía en la escolástica, olvidando que, aunque distintas en su origen, formaron en los escritos de Santo Tomás, un perfecto organismo en el que compenetrándose se completan, siendo por lo tanto imposible ser lógicamente tomista en teología sin serlo en filosofía, como se puede ver estudiando la relación de la cuestión de la gracia con la cuestión de la naturaleza y la causalidad eficiente, la que liga la cuestión del sacramento de la Eucaristía con la de la esencia o concepto de los accidentes, la que encadena la de la naturaleza, existencia y propagación del pecado original con la teoría del compuesto humano y de la generación sustancial del hombre, la que une aprieta estrechamente la de los actos humanos, la de las virtudes y vicios, la de las pasiones, la de la voluntad y el libre albedrío y hasta de la vida eterna con los fundamentos y desarrollos de su ética y de su psicología, relaciones que podríamos ir señalando en todos los puntos de la doctrina de Santo Tomás, y que plenamente confirma a modo de contraprueba la inevitable y perpetua consecuencia con que de toda derivación tomista en las cuestiones teológicas se desprende una derivación filosófica de las doctrinas de Santo Tomás, como plenamente se ve en el congruismo que, puesto enfrente de la gracia eficaz en teología, exigió que se presentase inmediatamente, como teoría filosófica, el concurso simultáneo enfrente del principio de la premoción física; este sofisma que sigue señalando como carácter principal para filiar las escuelas y los sistemas filosóficos el estilo literario del autor que los explica y los defiende, con lo cual se echa por tierra toda la genealogía filosófica, pues ninguno de los tomistas de hoy escribe como Santo Tomás y los tomistas del sigloXIII, ni estos como Aristóteles, ni aún hoy Vera escribe como Hegel, ni Tiberghien escribe como Krause, ni es posible que variado el gusto literario con las épocas y generaciones, pudiera trascender ninguna doctrina filosófica, ni continuar ninguna escuela, si éstas hubieran de clasificarse no por sus soluciones científicas, sino por su estilo literario.

Este sofisma, que continúa valiéndose de la palabra forma como equívoca para diferenciar la de Santo Tomás de la de Melchor Cano, y que aparentando referirse sólo al estilo, se refiere en realidad al método, suponiendo así diferencias donde hay sólo identidad, como sucede en el método que usaron Melchor Cano y Santo Tomás, que no es otro que el método escolástico, que consiste en proponer la cuestión, presentar los argumentos en contra, establecer su tesis con las pruebas correspondientes y contestar a las objeciones.

Este sofisma, que pretende apoyarse en unas palabras de Melchor Cano sobre quién es superior, si Aristóteles o Platón (cuando después de todo viene a coincidir con Santo Tomás en dar la preferencia a Aristóteles con cierta moderación y completándolo con doctrinas platónicas) (*Probanda vero magis est divi Thomae opinio, ut adhibeatur moderatio quaedam*), para deducir de aquí que no sigue la doctrina de Santo Tomás, cuando no rechaza en sus obras ni una sola de sus teorías teológicas ni filosóficas, antes bien, le vemos citarlas y aprobarlas a cada paso, como sucede, sobre todo, en su obra *Relectiones de sacramentis*; y calificarlo de vivista cuando él mismo dijo, sin que lo

invalide el confesarlo (que es otra de las habilidades del sofisma), que si Vives señaló con acierto las causas de la corrupción de las ciencias, no anduvo tan atinado en proponer los remedios, lo cual (con permiso del sofisma) quiere decir que, en vez de declararse partidario de su filosofía, se declara abiertamente su contrario.

Sofisma al cabo que prueba, por lo absurdo y descomunal, el grado de sutileza de su claro ingenio y la opulencia de su atesorada erudición, que le ponen a usted en estado de asentar y casi probar, como cosa cierta y evidente, lo que es contrario a la realidad y a la común opinión de todos los doctos.

Lo mismo podría decir del suarismo presentado como doctrina distinta de la de Santo Tomás, que en casi todo lo que no sea relativo a las exigencias de la doctrina congruista y en alguna otra, como la distinción entre la esencia y la existencia, es idéntica al tomismo, habiendo bastante más distancia de ciertos pretendidos suaristas al gran Suárez que de éste a Santo Tomás; pero no quiero alargar ya más esta carta, que por lo pesada e indigesta lo mancha, cubre y llena de repeticiones, y por lo hinchado del estilo parece una producción de los pedantescos renacientes. Más valiera que, siguiendo el método escolástico, hubiera desenvuelto en dos cuartillas una serie de proposiciones que probadas a posteriori y lógicamente encadenadas entre sí, fueran al par que una demostración teórica, una demostración práctica de las excelencias del escolasticismo.

Pero ¿qué hacer? ya está escrita, y sin contestar a Perojo, de quien dio usted tan buena cuenta (y mucho siento no poder aceptar sus elogios, porque no me creo digno de merecerlos), teniendo a orgullo reconocer la inmensa superioridad de usted sobre mí, y dejando a un lado las ya para mi secundarias cuestiones referentes a la ciencia española, termino con un ruego que fervientemente le dirijo.

No sé lo que contestará usted a esta carta; pero puede usted darle dos contestaciones: una que me atrevería a llamar contestación de erudito; otra que calificaré de contestación de crítico y de filósofo. La primera consiste en desenterrar, cosa para usted que tiene toda una biblioteca en la cabeza sumamente fácil, todas las acusaciones que el Renacimiento primero, la Reforma después, el Cartesianismo más tarde, la Enciclopedia en seguida y el Racionalismo contemporáneo hoy, han formulado contra la Escolástica. A esta carta podría yo contestar victoriosamente después de muchos días de trabajo, de meditación y de consulta; pero como en el terreno de la erudición nuestras fuerzas son muy desiguales, me costaría mucho trabajo vencer, aún teniendo la razón de mi parte. La segunda consiste en colocarse en el observatorio de la crítica filosófica e histórica, y dejando aparte toda pasión y toda paradoja, apreciar los principios fundamentales, los efectos históricos y los resultados finales de los sistemas filosóficos en sus relaciones con la religión, con la política, con las artes, con las letras, con las ciencias y con la sociedad en que se formaron. A esta contestación no tendría más respuesta que dar que mi total aprobación. Estoy seguro de ello.

Lo conozco a usted demasiado para saber que si usted, cuyo prodigioso saber en edad tan temprana es un misterio que sólo puede explicarse reconociendo en usted un talento comprensivo, organizador y sintético que haya determinado a priori una dirección profunda y vasta en sus posteriores estudios, una memoria colosal, fácil y tenaz como que conserva estereotipado pero siempre lo que fugazmente atravesó por delante de los ojos y de los oídos, y una aplicación portentosa por la vocación intelectual y por la resistencia física que supone; se propone, elevándose sobre toda pasión de polémica y toda preocupación literaria, determinar fijamente el valor de la doctrina de Santo Tomás de Aquino, ha de rendir usted a esta gran manifestación científica de la verdad católica un homenaje profundo y completo, como el que espontáneamente ha rendido usted a la Inquisición española en su obra de civilización, en el transcurso de sus cartas.

Si así no lo hiciera usted, impotente yo para contrarestar, sus ataques, sólo me restaría apelar, como ahora apelo, del erudito que se colocó en un siglo que no era el nuestro, para esgrimir armas definitivamente relegadas al panteón del olvido por el fallo de la crítica histórica, y del erudito, que pertrechado con interminable arsenal de hechos sueltos y al parecer contrarios, apedrease el monumento levantado por esos hechos mismos completos y encadenados, o a pesar de ellos por la historia, al eminente crítico, teológico, filosófico, histórico y literario autor de la Historia de los heterodoxos españoles.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

Instaurare omnia in christo

Carta al Sr. D. Alejandro Pidal y Mon

Mi carísimo amigo: Gracias mil por la brillante carta con que ha respondido usted a la mía de Florencia, de Abril de 1877, dándole más importancia que la que en sí tenía, y honrando a su autor con excesivos, aunque en boca de usted harto sinceros, elogios. Gracias también por la claridad con que usted ha explicado su opinión en los puntos en que disentíamos (más en apariencia que en realidad), proporcionándome con esto bien templadas armas, y abriéndome fácil y expedito camino para acabar esta amistosa escaramuza, que no quiero llamar polémica. Seré brevísimo, porque apremia el tiempo para la publicación de la segunda Ciencia Española, de la cual serán el mejor remate y corona las epístolas de usted.

Confieso que al comenzar a leer la última a que contesto, sentí cierta pena de ver a usted apadrinar las antiestéticas y peligrosas opiniones de cierta escuela, cuyos descarríos han merecido más de una vez las censuras de la Iglesia y de toda sana filosofía, especialmente de aquella cuyas banderas usted sigue. Dólfame de ver convertido a usted en tradicionalista, de la noche a la mañana. Que el abate Gaume (a quien Dios haya perdonado) condenara, en *Le Ver Rongeur*, en *La Revolución* y en cien partes más, el Renacimiento, y se empeñara en entroncar con todas las herejías, errores y revoluciones modernas, de Norte y Mediodía, de Oriente y Occidente, atribuyéndolo todo con pobre y estrecho criterio al estudio de los clásicos, ni más ni menos que esos historiadores progresistas que lo explican todo por la Inquisición y los Jesuitas, lamentable es, pero nada extraño. Al cabo, Gaume era tradicionalista, y, en consonancia con los principios de su escuela, debió discurrir así: todo lo que el hombre hace o ha hecho, entregado a las fuerzas de su razón natural y sin el auxilio de la revelación, es malo, vitando y pernicioso. Es así que los paganos no tuvieron lumbre de la revelación: luego debemos hacer con sus libros un auto de fe, abrir cuenta nueva, y figurarnos que no hubo más que hebreos en el mundo, hasta que vino Nuestro Señor Jesucristo.

Tales racionios, reducidos aquí a su forma más precisa y seca, moverían a risa, si lo piadoso de la intención no los disculpase. Esto es lisa y llanamente *sancta simplicitas*. Y es además, con leve diferencia, una de las proposiciones heréticas de Lutero, condenadas por la Bula de León X: «que todas las virtudes de los paganos son vicios.»

¡Pero usted, discípulo de Santo Tomás, y por ende de Aristóteles; sectario de una escuela pagana, en cosmología, en antropología y hasta en ética y política: usted, a quien el tradicionalismo ha de parecerle uno de los más funestos errores que han afligido a la Iglesia: usted, que tan briosamente afirma el poder y las fuerzas naturales de la razón humana: usted, de cuyos labios he oído que tiene al Estagirita por hombre casi divino por lo admirable de su teoría de la materia y de la forma: usted, que acepta y pone sobre su cabeza todas esas enseñanzas griegas, se me había de convertir en eco de

ese sentimentalismo a la francesa, entre devoto y atrabiliario, que aquí han representado sólo algunos periodistas religiosos, discípulos de Donoso Cortés! ¿Qué dirían Melchor Cano y su maestro Francisco de Victoria, el Sócrates de la teología española si levantasen la cabeza? Pues qué, ¿imagina usted que en el auto de fe que Gaume o sus amigos hiciesen, habrían de escapar inmunes la Metafísica, ni el Organon, ni la Política del hijo de Nicomaco, aunque la sombra de Santo Tomás los escudase? Capaces eran de quemar a Santo Tomás mismo por haber gastado el tiempo en comentar esas profanidades, y a San Agustín por sus aficiones platónicas, y a San Jerónimo por sus aliños ciceronianos, y a San Juan Crisóstomo por la pícaro afición que tenía a Aristófanes, a San Basilio por aquel tratado suyo Del provecho que se saca de los antiguos y a todos los Padres de la Iglesia, en suma, por lo mucho que se acordaban de las ollas de Egipto. Y entonces la educación católica no sería aquella amplia, generosa y espléndida de las universidades de los tiempos medios, ni la del siglo XVI en que San Carlos Borromeo hacía imprimir para las jóvenes milaneses las comedias de Terencio, sino una educación hipócrita, raquíta y endeble, incapaz de resistir al más leve ataque de la impiedad moderna, que no es ignorante y ligera como la del siglo pasado, sino docta, razonadora y fría (en todas partes menos en España, se entiende), y que busca armas en todos los arsenales de la erudición sagrada y profana. No es que se pretenda hacer étnicos a los muchachos desde los bancos de la escuela: lo que deseamos es unir en fecundo y estrecho abrazo, como lo han estado en todas las grandes épocas de la Iglesia, el estudio de ambas antigüedades, para que dentro de un espíritu cristiano, ortodoxo y purísimo, la vida, la animación, la serenidad y la armonía lo penetren e informen todo, así en la ciencia como en el arte.

Pero repito que usted está con nosotros, y en manera alguna con Gaume y los suyos. Usted es un espíritu recto y delicado, amante de todo lo que es verdad y belleza, y usted no puede condenar ni quemar lo que sus maestros adoraron. Su carta de usted hace tales concesiones, que ellas bastan para tejer mi defensa. Un solo punto nos separa, y éste es una cuestión de nombre: el distinto significado que damos a la palabra Renacimiento. Usted le limita a los siglos XV y XVI: se fija en algunos aspectos suyos, en las aberraciones de algunos artistas, y enérgicamente le condena. Pero el Renacimiento no es eso, ni así le entiendo yo, ni así le he entendido nunca, y usted mismo va a darme la razón. ¿No llama usted verdadero Renacimiento al de su adorado siglo XIII? ¿Y Renacimiento de qué? pregunto yo. ¿Acaso del espíritu cristiano, que no estaba muerto, y que fue poderosísimo en toda la Edad Media? ¿Quizá de la ciencia de los Padres? ¡Pero cómo, si éstos eran la habitual lectura de entonces! Algo renacería para que aquello pudiera llamarse Renacimiento. Y venimos a sacar en consecuencia que este algo es la ciencia pagana de Aristóteles, mejor interpretada por Santo Tomás que por los anteriores; y es el arte de Dante, que toma por guía y maestro a un pagano, salva de las llamas eternas a los gentiles que se le antoja, llena su trilogía de símbolos y alegorías mitológicas (a veces con muy mal gusto), dándoles, eso sí, todo el sentido católico que usted quiera; y llama a Jesucristo el sumo Jove que fue crucificado por nosotros:

E se licito m'è, o sommo Giove, Che fosti'n terra per noi crocifisso, Son li giusti occhi tuoi rivolti altrove.

Ya sé que como se trata de Dante, a quien hemos convenido en llamar el poeta católico por excelencia, se encontrarán a esto mil disculpas, y volveremos al arte simbólico y al alto sentido, etc., etc.; pero, con franqueza: ¿qué diría usted si encontrase esas enormidades en un pobre poeta renaciente, en Sannazaro o en Vida? ¿No tocaría

usted el cielo con las manos? Pues de esa injusticia me quejo yo, y diré siempre a los admiradores incondicionados del siglo XIII, que no es muy puesto en razón tirar piedras al tejado del vecino, teniendo de vidrio el propio, ni hay para qué escandalizarse tanto de la inofensiva pedantería de llamar a los cardenales Padres conscriptos. Ya ve usted que el llamar Júpiter a Dios tampoco fue invención de los humanistas. Cosas son éstas que, después de todo, más atacan los fueros del buen gusto que los del dogma. ¿Cree usted que ninguno de aquellos paganos del tiempo de León X era bastante inocente para tomar por lo serio esas retóricas e imaginarse que vivía en la Roma imperial, y que iba a tornar a levantarse el ara de la Victoria, abrirse las puertas de Jano bifronte, caer la blanca víctima del Clitumno bajo la segur del sacrificador, y humear de nuevo el incienso ante las aras de Júpiter Capitolino? Todo esto no pasaba de ser un dulce recuerdo, bueno para dicho en verso o en oraciones de aparato; una pura convención académica, como lo ha sido en tiempos más cercanos el amor a los trajes, usos y muebles de la Edad Media, traído por el Romanticismo. Si el Renacimiento no hubiera sido más que eso, antes deberíamos calificarle de pueril y ñoño, que de cosa mala y vitanda como ustedes hacen.

Yo entiendo el Renacimiento de un modo más amplio, para mí, lo que hubo en el siglo XVI no fue más que el remate, el feliz complemento de la obra de reacción contra la barbarie que siguió a las invasiones de los pueblos del Norte: para mí, la historia de la Edad Media no es más que la gran batalla entre la luz latina y cristiana y las tinieblas germánicas. A esta obra, que llamo grande y santa, contribuyeron por igual Casiodoro y Boecio en la corte del rey Teodorico, San Martín Dumicense entre los suevos de Galicia, San Isidoro y sus discípulos entre los visigodos, Alcuino y Teodulfo en la corte de Carlo Magno. Lo que estos hombres sabían no era más que una empobrecida reliquia, pero reliquia al cabo, de la antigua ciencia profana y sagrada, y al hacer entrar en el espíritu de los bárbaros algo de la lógica de Aristóteles, de la gramática de Prisciano y Donato, de la moral de Séneca, hacían obra de Renacimiento, como la hacía San Eulogio al llevar a Córdoba, cual solaz para los muzárabes en la horrenda persecución que sobre ellos pesaba, las obras o Virgilio, Horacio y Juvenal. Y obra de Renacimiento hacía el mismo Carlo Magno en su tentativa de imperio; y a la causa latina servía Gregorio VII al poner su planta sobre la dura cerviz de los emperadores alemanes. Todo el que en medio de la desmembración y desorden de la Edad Media tuvo un pensamiento de unidad social o científica, fue renaciente. Y lo fueron los que en Occidente dilataron el conocimiento de Aristóteles, y lo fue su maestro de usted Santo Tomás, que le cristianizó. Y como no el más ni el menos, sino la esencia misma de las cosas, determina el carácter de toda gran evolución histórica, no me negará usted que el movimiento de los siglos XIV, XV y XVI es una prolongación del anterior, pues tan renaciente y pagano es el que comenta a Aristóteles como el que comenta a Platón... el que estudia a Homero como el que estudia a Virgilio, el que sabe griego como el que sabe latín; y si absolvemos a Gualtero de Chatillon, y a José Iscano, y a Benoit de Saint-More y a todos los que en la Edad Media escribieron malos poemas sobre el cerco de Troya, o las hazañas de Alejandro u otros temas clásicos por el estilo, no sé por qué hemos de condenar a los que con mejor estilo y más limados versos hicieron lo mismo en el siglo XVI. La medida debe ser una para todos; y yo, por más que hago, no puedo encontrar esa zanja entre el mundo antiguo y el nuevo, ni sé a punto fijo cuándo dejó de gritarse ¡arriba! y empezó a gritarse ¡abajo! como usted con más poesía que exactitud dice. Porque, francamente, entre un viejo fabliau francés y un cuento de Boccacio, ni en el asunto ni en la desverguenza de la narración hallo diferencia alguna, y sólo la veo en ser más elegante y donairoso el estilo del novelador de Certaldo. Y si le escandaliza a usted la Mandrágora de Maquiavelo o la Calandra de Bibiena, no me escandalizan a mí

menos los brutales desahogos del cruzado Guillermo de Poitiers o los feroces serventesios de nuestro Guillermo de Bergadan, y váyase lo uno por lo otro. Fácil es tejer un ramillete de poesías de la Edad Media, así latinas como vulgares, que son una verdadera spintria. Pero ni esto prueba nada contra la Edad Media, ni lo que usted dice va contra el Renacimiento sino contra los desafueros de algunos artistas que con Renacimiento o sin él hubieran hecho de las suyas. Citando hechos particulares y aberraciones de unos y de otros, toda causa se puede defender, pero sin llegar a resultado ni sentencia alguna. Abominaciones, errores y pecados en todos tiempos hay, y no son patrimonio ni afrenta de una época sola. ¡Ojalá fuera verdad lo que usted dice de que la carne estuvo subordinada al espíritu en la Edad Media!

Usted reconoce y acata la grandeza de los filósofos y artistas gentiles, atribuyéndola no sólo a los restos de la primitiva tradición, sino a los poderosos esfuerzos de la razón humana en todo su vigor natural (sic). Usted, atento a aquellas palabras del Apóstol: *Instaurare omnia in Christo*, llama restauración al Cristianismo, y no dice que destruyese lo antiguo, sino que lo pacificó y lo transfiguró todo, completando la antigua filosofía, y aprovechando el elemento social del paganismo antiguo. ¿Qué más defensa necesito yo? ¿No estamos conformes en todo? ¿No es esto lo que con su habitual agudeza ha dicho nuestro amigo Letamendi: la Grecia en gracia de Dios? Y después de esto, ¿qué significa el que usted, sin duda por involuntario olvido de esta su apología del paganismo (voz tan compleja como que abraza una civilización entera), venga a confundirle luego con la idolatría? ¿O que convertido involuntariamente, como tantos otros católicos, en eco de las diatribas protestantes contra Roma, censure indirectamente a los pontífices por el amor con que miraron el arte renacido? Pues que hay algún parentesco (sacrilegio es sólo el pensarlo) entre la Iglesia y la barbarie?

Repito que en lo sustancial estamos conformes. Usted encuentra bien que se aprovechen los elementos de la sociedad antigua convertidos y depurados: eso mismo digo yo. A usted le parece mal que le anteponga en absoluto (nota bene) Homero a la Biblia y Platón a San Pablo: yo creo lo mismo. Tiene usted por una profanación el representar a la Virgen con las formas de Venus, y yo lo tengo no sólo por una profanación sino por un error estético que el verdadero clasicismo reprueba. Usted confiesa las ventajas que en la esfera filológica y en otras hizo el Renacimiento. ¿Qué es, pues, lo que nos separa? El persistir usted en llamar Renacimiento a una sola de sus fases, y no de las más decisivas, a la venida de los griegos de Constantinopla, como si admitido todo lo que se dice de esos pobres griegos (que después de todo, no lo dude usted, son autores poco leídos y por nadie menos que por el abate Gaume), bastara la publicación de dos o tres gramáticas griegas ni de algún indigesto comentario sobre Platón, para hacer a la Europa, pagana primero protestante después, y revolucionaria por último. ¡Qué pícaros griegos!

El hermoso y clarísimo entendimiento de usted no puede asentir a tales filosofías de la historia. Usted sabe que nunca de causas tan pequeñas han nacido tan grandes efectos.

Usted dice que el Renacimiento clásico no hacía falta porque ya venía verificándose, y a mí no me parece mal que continuara, por la misma razón. Si sabíamos ya latín, bueno era que aprendiésemos griego: si sabíamos algo de la poesía de los antiguos, tampoco estaba de más que conociésemos su escultura.

Usted cree que las imitaciones que se hicieron entonces fueron ridículas o impotentes. Ésta es cuestión de gustos, y a mí me agradan mucho las silvas de Poliziano, y me encanta Fr. Luis de León imitando las odas morales de Horacio y el himno de Aristóteles a Hermias. Todo eso de formas muertas tampoco me convence; porque si la forma es bella, resplandece con eterna y no marchita juventud, y usted sabe y siente como los platónicos que aunque la Venus Urania descienda al sepulcro, resurgirá

siempre tan hermosa y radiante como al principio. No hay preocupación, ni sistema, ni escolástica que resista a la pura luz de la belleza.

Que en el siglo XVI no gustaba la arquitectura gótica. Error de gusto, pero que no contradice a ningún artículo del Credo ni definición dogmática.

Emparentar el Renacimiento con la Reforma es un lugar común que me parece muy poco fundado. El Renacimiento es cosa demasiado compleja, y la Reforma es una herejía harto sencilla, para que sea dable confundirlos. Concediendo que entre los italianos hubiera impíos, materialistas y paganos de toda especie, faltaría demostrar que profesaban la doctrina del servo arbitrio y de la fe sin las obras para identificarlos con los discípulos de Lutero. Y si se me responde que éste se parecía a Pomponio Leto, a Machiavelli y a Pomponazzi en ser revoltoso y díscolo, contestaré que el desorden y la rebelión son en el mundo harto más viejos que el Renacimiento y la Reforma y que los romanos y los griegos, como que el primer protestante fue aquel príncipe de la luz que dijo: «Pondré mi trono sobre el Aquilón y seré semejante al Altísimo.» Pues qué, ¿no ha habido herejías e impiedad en el mundo cuando no se estudiaba a los clásicos? Lutero era sencillamente un bárbaro, y usted confiesa que él no comprendió una palabra de los esplendores de la Roma de los Médicis. Y esa decantada cultura de las Universidades alemanas no era más que una barbarie pedantesca que se reducía al conocimiento material de los textos, sin que tuviera nada que ver con la penetración íntima y profunda del espíritu de la antigüedad que había en Italia. Lutero fue quien declaró que todas las virtudes de los gentiles habían sido vicios, quien execró el paganismo de la Roma papal; y su discípulo el dulce Melancthon, en quien bajo la corteza humanística duraba la herrumbre germánica, no se cansó de acusar a los cristianos de haber apostatado en las aras de Platón, tomando de él la doctrina del libre albedrío. Es más, rechazó constantemente la filosofía aristotélica, excepto la dialéctica.

Con Renacimiento y sin Renacimiento hubiera sido el siglo XV una edad viciosa y necesitada de reforma, dados los precedentes de la Edad Media. Sólo que en el siglo X, por ejemplo, había vicios y no había esplendor de ciencias y artes, y en el siglo XV brillan y florecen tanto éstas, que a muchos críticos les hacen incurrir en el paralogismo: post hoc, o más bien juxta hoc, ergo propter hoc, sin considerar que en último caso no es el arte el que corrompe a la sociedad, sino la sociedad la que corrompe al arte, puesto que ella le hace y produce. Y esta sociedad había sido producida y educada por aquellos benditos siglos medios, en que el concubinato, la simonía, la rapiña, el hierro de los emperadores y la ambición de los barones toscanos dilaceraron la iglesia hasta llevarla a aquel lamentable estado que así describe y deplora el Cardenal Baronio (pondré sus palabras en latín, para que no me saquen los ojos los extáticos adoradores de aquella edad de hierro): «*Quam fœdissima Ecclessiœ romanœ facies, quum Romœ dominarentur potentissimœ œque ac sordidissimœ meretrices, quorum arbitrio mutarentur sedes, darentur episcopatus, et quod auditu horrendum et infandum est, intruderentur in sedem Petri eorum amasii pseudo-pontifices, qui non sunt nisi ad consignanda tantum tempora in Catalogo Romanorum Pontificum, scripti!*» ¿Prefiere usted estos pontificados al gloriosísimo de León X, cuyo nombre no deshonorra, por otra parte, ningún hecho vituperable? ¿O le agradan más los tiempos en que la Iglesia era abofeteada en Anagni y conducida como vil cautiva a Aviñón?

¿Se han perdido por ventura los escritos de San Pedro Damiano que tan claramente nos dice que ningún vicio, aún de los más nefandos y contra naturaleza, era extraño a los clérigos de su tiempo? ¿Por ventura han perecido los libros *De consideratione* de San Bernardo, o el *Planctus ecclessiœ*; de Álvaro Pelayo, o el mismo poema de Dante, para que concedamos tan de barato que todo era luz y virtudes en la Edad Media, y que

hasta que vinieron esos pobres griegos a enseñar gramática, estábamos como en el paraíso? A no ser que toda la gente mala de la Edad Media fuera renaciente en profecía.

Me cita usted el testimonio de Erasmo contra el Renacimiento, y yo respondo: 1.º, que Erasmo no es la personificación del Renacimiento, porque, como los demás septentrionales, se quedó en la corteza; 2.º, que las invectivas de Erasmo contra los ciceronianos no son más que un despique por lo mucho que ellos se habían burlado de su latín y de lo plúmbeo de sus gracias.

Otro tanto digo de la frase de Alberto Carpi de que «en Alemania todos los amantes de las bellas letras se habían hecho fautores de Lutero.» Lo primero que convendría averiguar es si había entonces algún alemán que pudiera llamarse amante de las buenas letras.

Y aún dando por supuesto lo que se quiera suponer, ¿qué tiene que ver el neoplatonismo de Florencia, ni el materialismo de Pomponazzi, ni la impiedad política de Maquiavelo con el fatalismo fideísta y la superstición escriturarla de los luteranos? Sólo en ser herejías y errores pueden parecerse.

Lo de que el Renacimiento propiamente tal no había penetrado en España, sólo probaría, en caso de ser verdad, que habíamos sido más incultos y rudos que los demás meridionales, y no sería para alegado como título de gloria; pero (a Dios gracias) creo que esta suposición está refutada en todo el curso de este libro y en otros escritos míos. La verdad es, sí, que a nuestro Renacimiento no podemos acusarle de ninguno de los pecados que se achacan al italiano, y que, después de todo, no son suyos esenciales, sino peculiares de algunos de sus representantes.

No puede ser más delicado ni galante el modo como usted cierra su epístola. Y yo, correspondiendo en lo posible a él, no diré ni ahora ni en adelante una palabra más que pueda interpretarse como desdeñosa del tomismo, aún que en justa reciprocidad deseo, que no se ensañen ustedes en términos tan generales con el Renacimiento, en el cual hay muchas cosas buenas y bellas, y que todo hombre de buen gusto (y usted le tiene exquisito) debe reconocer y venerar. Ni me parece buen modo de servir a la Iglesia el suponer que tantos y tan ilustres pontífices, y tantos y tan venerables obispos, modelos en costumbres y doctrina, como Jerónimo Vida, Sadoletto y Antonio Agustín, fueran tan necios que no comprendieran nunca el trago que hacían en la sociedad con sus aficiones gentílicas.

Acordes como lo estamos, en lo esencial, sólo haré alguna leve indicación sobre otros puntos secundarios que trata usted en su carta. Así, diré:

1.º Que Santo Tomás tomó de Aristóteles bastante más que el método, pues tomó toda su doctrina cosmológica acerca de los principios de los seres, toda su doctrina ideológica del entendimiento agente y posible (bien o mal entendida, que esto no es ahora del caso), toda su lógica, y de la Ética y la Política cuanto era compatible con la doctrina católica. Usted sabe muy bien que ni aún sus más ardientes admiradores tienen a Santo Tomás por un filósofo original e inventivo, ni miran su sistema como una creación filosófica nueva, sino como una vasta síntesis en que se aplaude sobre todo la grandeza del conjunto. Por eso, la Santidad de León XIII en su reciente Encíclica lo que alaba principalmente en Santo Tomás es el haber reunido y congregado los miembros antes dispersos. Santo Tomás no puede ser llamado con entera propiedad fundador de un sistema: es un filósofo derivado de Aristóteles y de los Padres.

2.º Que no puede sostenerse que Santo Tomás supiera griego, pues aunque se hallan palabras griegas en sus escritos (como noym, yle y otros muchos vocablos técnicos, cuyo valor discute), las toma siempre de las versiones latinas de Aristóteles; ni más ni menos que el gran número de voces griegas que se usan y explican en los modernos tratados de medicina y ciencias naturales no nos autorizan para calificar de helenistas a

sus autores. Lo que hay que aplaudir en Santo Tomás es la diligencia que tuvo en proporcionarse distintas versiones, y compararlas entre sí, y aún en encargarse de otras nuevas (pero todavía muy imperfectas) a Moerbeka y algún otro. Por esta razón, y por lo que su sagacidad natural le hizo adivinar, es benemérito Santo Tomás del texto de Aristóteles, y debe contársele entre los precursores del Renacimiento, que continuó la tarea de corregir y depurar los textos y las versiones.

3.º Que si los herejes escolásticos nada prueban contra la Escolástica, tampoco los impíos italianos que usted menciona (ninguno de los cuales es humanista de primera talla) prueban nada contra el humanismo. *Ex nobis prodierunt, sed non erant ex nobis*, pueden contestar ustedes y podemos contestar nosotros, con palabras de San Juan. Y si no parece del todo justo atribuir a una escuela filosófica los errores de algunos de sus adeptos, todavía lo es menos hacer responsable de ellos a un movimiento filológico, pues no se ve aquí relación alguna entre la causa y el efecto.

4.º Que bien averiguado está que no eran tomistas de profesión los que trabajaron en la Políglota, sino discípulos unos del humanismo, y otros de la tradición rabínica; y bien sabidos son sus nombres: Nebrija, Diego López de Stúñiga, el Comendador Griego, Vergara, Alfonso de Zamora, Alcalá, Coronel, etc. Y lo racional era que para una empresa filológica se buscara a los que mejor sabrán el hebreo y el griego, y no a los que mejor disputaban *simpliciter* y *secundum quid*, al modo de las escuelas.

5.º Que no es lo mismo ser dominico que tomista, y que Fr. Tomás Campanella fue lo primero, pero no lo segundo, y no bastan todas las ingeniosidades y tours de force del P. Zeferino para hacerle entrar en el gremio.

6.º Que Pomponazzi era escolástico, aunque no tomista, y considerado como escritor, pasaba por un bárbaro entre los cultos ingenios de su tiempo, y era del todo extraño a los estudios helénicos.

7.º Que al cargo de que los escolásticos olvidaron un poco la experimentación, me contesta usted citando a Miguel Scoto, averroísta, y que por lo tanto queda, según usted, excluido del gremio: a Raimundo Lulio, a quien en rigor no se lo puede llamar escolástico: a los alquimistas que tampoco lo eran, y a Vicente de Beauvais, mero compilador. Ni basta que Aristóteles fuera partidario de la experimentación para decir que también lo serían los escolásticos, pues éstos, con dos o tres excepciones, prefirieron al estudio de la naturaleza el de las obras del Estagirita.

8.º Que cuanto más leo a Melchor Cano, más me convenzo de que no es escolástico, sino discípulo de Vives (con quien fue injusto como con tantos otros) y escritor del Renacimiento. Pues cabalmente lo que caracteriza y da valor propio al libro de Melchor Cano es lo que ni soñó Santo Tomás ni pudo soñarse en la Edad Media: la crítica de las fuentes de conocimiento, el criticismo aplicado a la teología. Idea era ésta que no podía brotar en tiempos de ignorancia filológica e histórica como fueron los anteriores al siglo XVI, e idea era tan nueva y peregrina, aún en ese mismo siglo, que el canciller Bacon contaba todavía entre los desiderata de las ciencias particulares el estudio de los respectivos tópicos, lugares o fuentes. ¿Cómo he de tener por escolástico a un hombre que con tanto desdén habla de las cuestiones relativas al principio de individuación, y aún a los universales? Ciertamente que si Melchor Cano hubiera sido un dominico vulgar que se hubiera limitado a exponer mejor o peor lo que en Santo Tomás había aprendido, nadie se acordaría de él a estas fechas. Porque supo escribir y porque trajo algo nuevo a la ciencia, dura hoy venerada su memoria.

9.º No se puede admitir esa compenetración tan absoluta que ustedes suponen entre la teología tomista y la filosofía, pues bien se puede estar de acuerdo con las conclusiones teológicas de Santo Tomás sin que para esto sea preciso declararse partidario de la teoría peripatética de la materia y de la forma y no de la hipótesis atomística; sin que sea

necesario tampoco admitir toda la fantasmagoría de las especies inteligibles, y del entendimiento agente y posible, sino antes bien propugnando la doctrina del realismo natural y del conocimiento directo. Y tan teólogo tomista puede ser el que niegue la distinción entre la esencia y la existencia como el que la admita. Yo no tengo inconveniente en decirme tomista, si el tomismo se entiende en el sentido amplio en que le toma nuestro actual Pontífice (gran partidario de los estudios clásicos, entre paréntesis). Después de decir en su hermosa Encíclica que «maestros posteriores desarrollaron con abundante fruto las semillas que esparció el Doctor Angélico», no se descuida de apuntar sabiamente que «si en los doctores escolásticos se halla algo tratado con demasiada sutileza o con poca consideración, o algo que no concierte bien con los descubrimientos posteriores, o que de cualquier modo no parezca, probable, de ninguna manera debe proponerse como dechado de imitación. Si así se entiende el tomismo (y éste es el único sentido autorizado por la cabeza visible de la Iglesia), soy tomista; pero no si se me quiere imponer, como última razón de todo, la doctrina cerrada de la Suma, y aún ésta no como la entienden los jesuitas, sino como la quieren los dominicos, y no sólo en lo esencial y en lo que se relaciona con la teología, sino en una multitud de problemas antropológicos y cosmológicos que entregó Dios a las disputas de los hombres: y no sólo en la doctrina, sino en el método y forma, y hasta en el estilo, de suerte que la filosofía católica venga a reducirse a un puro y escueto comentario de uno de los comentadores de Aristóteles, sin que en ella entre nada del criticismo de Vives, ni del experimentalismo baconiano (en lo que no tiene de exclusivo), ni de las observaciones psicológicas de la escuela escocesa, ni de lo que en la lógica inductiva han adelantado los positivistas, ni de los modernos estudios filológicos que han restaurado del todo la historia de la filosofía griega, ni nada, en suma, de lo que Santo Tomás no alcanzó o no supo. No: la filosofía cristiana y tomista, si lo es de veras, no puede caer en ese particularismo estrecho, que si le daría fácil victoria sobre el eclecticismo francés o el idealismo alemán y todos los sistemas a priori cada día más decadentes, la dejaría impotente para resistir la furiosa avenida de las hordas positivistas, de los lógicos ingleses, de los escritores críticos, de los filósofos de la asociación de ideas y de la inducción, que desde los laboratorios químicos y los anfiteatros anatómicos amenazan a la sana Metafísica, después de haber exterminado casi la Metafísica vacía y nebulosa de allende el Rhin. Aquí está el peligro verdadero: no en los trampantojos krausistas o hegelianos; y si la batalla ha de darse, forzoso es presentarnos con armas tan buenas como las suyas en el combate. La crítica histórica y literaria, las lenguas sabias, las ciencias naturales, la antropología en todas sus ramas, la lógica en todas sus formas y procedimientos, las ciencias escriturarias y patrísticas, todo esto debe ser el principal estudio del apologista católico, en vez de afincarse tanto en cuestiones que ya pasaron, en errores que ya no volverán y que nadie sigue ni defiende. Todo lo que Santo Tomás tiene de teólogo y filósofo cristiano es admirable y vividero: lo que tiene de filósofo peripatético y medieval puede y debe discutirse, y en algunos casos abandonarse. Por algo han pasado seis siglos desde el siglo XIII. Y usted comprende muy bien que es tal la fuerza expansiva del entendimiento en las cuestiones de tejas abajo, que aunque aparente estar sumiso a una doctrina y a un nombre, siempre halla algún resquicio por donde recobrar su libertad prístina; y así como en nombre de Aristóteles han lidiado entre sí alejandristas y averroístas, panteístas e individualistas, tomistas y escotistas, moros y cristianos, así vendrá a suceder que esa filosofía tomista que ustedes proclaman (y en la cual Santo Tomás, si levantase la cabeza, vería ya muchas novedades), a fuerza de adiciones, enmiendas e interpretaciones quedará tan desemejante de lo que fue en sus principios, como aquella famosa nave de Atenas, en la cual se sustituía cada año una pieza nueva a las viejas y gastadas, hasta que no quedó

ninguna de las que había tenido en tiempo de Teseo. Quiéranlo ustedes o no, la restauración tomista lleva este camino, y vale más ser franco como los jesuitas, y decir como dice el P. Yungmann en el prólogo de su Estética: «No es nuestro intento significar con el nombre de filosofía cristiana la de ningún periodo ni tiempo particular, ni de ningún sistema ni escuela determinados, sino la que tiene siempre presente que toda sabiduría viene de Dios, o lo que es lo mismo, el conjunto ordenado y científico de conclusiones del pensamiento racional que convienen bajo todos conceptos con la divina revelación.»

En suma: el espíritu general, el sentido, la mente del Angélico Doctor, no la letra que mata. Y decimos del Angélico Doctor, por ser la suya la más vasta y grandiosa de todas las concepciones filosóficas cristianas, pero obra humana, al fin, y que en sus pormenores admite controversia.

Así entiendo la filosofía cristiana, y aplaudo y bendigo su restauración, sin que para seguir su lábaro importe gran cosa el ser aristotélico o platónico, ni mucho menos el profesar tal o cual o cual doctrina sobre los modos del conocimiento. Ni creo que esa restauración tenga nada que ver con las aficiones clásicas ni con el Renacimiento. Quédese el confundir estas cosas para el abate Gaume y otros cejijuntos y severos Aristarcos, de quienes podemos decir con el poeta que «Ni les sientan los Dioses a su mesa, ni les admiten las Diosas a su lecho.»

No les dé usted oídos, pues muchas veces (no quiero creer que a ciencia y conciencia) han falsificado la historia achacando, vg., a Policiano un desprecio por los Salmos de que no hay el menor vestigio en sus obras (que tengo muy leídas), y que pugna con todo lo que sabemos de su vida y gusto literario.

El espíritu de usted es demasiado alto y generoso para dar asenso a tales invenciones, anécdotas y cuentecillos, y condenar por ellos el arte y la civilización en una de sus épocas más espléndidas. Usted tiene alma de artista, y gusta sin duda de coronarse con las flores de la antigua sabiduría, y repite conmigo aquella plegaria de Teócrito:

¡Haz que las Gracias sean Compañeras eternas de mi vida!

De usted afectísimo amigo,  
M. MENÉNDEZ PELAYO.

P. D. Como me precio de católico sincero, sin embajes ni restricciones mentales, y quizá en ésta y otras cartas, donde hablo de la Escolástica y de Santo Tomás, se me haya deslizado alguna frase poco exacta o que suene a irreverencia, o algo, en suma, que de cualquier modo pueda dar fundado pretexto a que algún escritor racionalista tenga la mala ocurrencia de citarme en apoyo de sus lucubraciones (si es que merezco ser citado), desde luego retiro tales palabras y las doy por no dichas, a lo menos en ese sentido, sin que esto obste en nada a la libertad que tengo y deseo conservar íntegra en todas las materias opinables de ciencia y arte, al modo de aquellos españoles de otros tiempos cuyas huellas, aunque de lejos y longo intervalo, procuro seguir, no captivando mi entendimiento sino en las cosas que son de fe, como dijo el Brocense.

Contestación del Sr. D. Gumersindo Laverde a la última réplica del Sr. Azcárate  
Sr. D. Gumersindo de Azcárate.

Mi distinguido amigo: Quebrantando, aunque levemente, mi propósito, involuntario por desgracia, de no volver a tomar la pluma para otra cosa que la correspondencia privada, voy a hacerme cargo, con la mayor concisión que me sea posible, de la carta

benévola y discreta, como suya, que usted ha tenido la bondad de dedicarme en el último número de la Revista Europea. Muévenme a ello la cortesía y buena correspondencia que usted tanto se merece, juntamente con el deseo de poner en su verdadero punto algunas especies, no el intento, que sería ya inoportuno, de renovar una discusión para la que me faltan fuerzas.

Cordialmente felicito a usted, y me felicito a mí mismo -que, a fuer de amigo suyo y justo apreciador de sus relevantes dotes personales, sentía en el alma verle capitaneando a los detractores de nuestras glorias científicas- por los términos en que rectifica la inteligencia, sobrado literal según veo, que, tanto el Sr. Menéndez Pelayo como yo, dimos al párrafo de su artículo de la Revista de España, de donde tomó pie aquel amigo para escribir la serie de eruditísimas epístolas insertas en la Europea. No iba tan allá su intención como sus palabras. Con su muy respetable padre, reconoce y proclama usted los merecimientos de la ciencia española del siglo XVI. Con nuestro común amigo el doctor Sr. D. Federico de Castro, ama la antigua filosofía nacional y desea que, saliendo del olvido en que la tenemos, sirva de base y punto de partida a las futuras especulaciones de los pensadores españoles.

Verdad es que, a pesar de tan satisfactorias explicaciones, todavía subsisten entre usted, por una parte y el señor Menéndez Pelayo y yo, por la otra, diferencias de no escaso bulto, pues si convenimos en la estimación del siglo XVI, no así en la de los dos siguientes, durante los cuales ve usted casi por completo -y nosotros trucho menos-paralizada la actividad intelectual de la Península. Como el prejuicio sistemático de que en mi carta-prólogo a las del Sr. Menéndez le suponía a usted imbuido, no precisamente por su cualidad de krausista, sino por otra más genérica, la de libre-pensador; prejuicio que consiste en reputar imposible la vida científica donde y cuando quiera que esté vedado el poner en tela de Juicio los dogmas religiosos; como este prejuicio, digo, de ser cierto, lo mismo y aún más implicaría la negación de la cultura patria de la primera que de las demás centurias referidas, no puedo ya atribuir a él la pobrísima idea que de éstas tiene usted formada, y debo considerarla hija de otras, aparentemente al menos, más positivas razones. ¿Cuáles? Una sola apunta usted (aparte la cita del absurdo paréntesis de tres siglos de Donoso, fácil y victoriosamente refutado tiempo ha por el Sr. Valera); la de que «si el movimiento intelectual del siglo XVI no se hubiese interrumpido, no le ignoraríamos.» ¿Era preciso para esto que semejante interrupción durase dos siglos, ni mucho menos? Cabalmente en España abundan, de un modo lamentable por cierto, los ejemplos de obras científicas del todo o casi del todo olvidadas por nuestros compatriotas a poco de haber salido a luz. Recordaré algunos por vía de muestra. Menester fue que un facultativo residente en París participase al P. Feijóo, que de los escritores allí en boga era uno por aquel tiempo «el nunca bastantemente ponderado Solano de Luque», para que el erudito polígrafo benedictino supiese que había existido pocos años antes y ejercido su profesión en Antequera el célebre autor del Lapis Lydius Apolinis. Con no ser muy posterior al marqués de Santa Cruz de Marcenado, el general Álvarez de Sotomayor, enviado a Berlín por el Gobierno español para estudiar la táctica prusiana, lo que hace presumir que no sería sujeto indocto, hubo de confesar, sin embargo, a Federico el Grande que sólo de oídas conocía las Refiexiones militares de mi ilustre paisano, de las cuales aquel monarca sacara el procedimiento bélico a que debió tantas victorias. De Hervás y Panduro y de su Catálogo de las lenguas, ¿quién se acordaba en nuestro suelo, mientras no comenzaron a divulgar su nombre los Discursos del cardenal Wisseman sobre las relaciones entre las Ciencias y la Religión revelada? ¿Quién recordaba tampoco al sabio anatomista Martín Martínez, médico de Felipe V, y al profundo matemático Tomás Vicente Tosca, lumbreras de la ciencia de su época, hasta que la Academia Española los incluyó en su

precioso Catálogo de Autoridades? ¿Quién hacía caso, de las Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal, de Arteaga, impresas, como la obra de Hervás, a fines del siglo último, hasta que el Sr. Fernández y González las encomió en su Historia de la crítica literaria en España desde Luzán, premiada por la Academia Española? A vista de estos y otros muchos casos que pudiera aducir, ¿cabe dar valor alguno al argumento u observación que usted propone en apoyo de su dictamen sobre la casi completa nulidad científica de nuestra nación en los siglos XVII y XVIII?

No pretendo con estas reflexiones negar la decadencia de nuestros estudios después del siglo XVI; miradas las cosas en globo, nadie la niega. Fue grande, en verdad, comparada con la altura a que anteriormente habíamos llegado; pero no tan absoluta, general y profunda como usted da a entender y yo mismo, con menos datos que ahora, ha algún tiempo creía. La falta de una bibliografía que continuase hasta el reinado de Carlos III la de D. Nicolás Antonio ha influido no poco en que erróneamente nos figuremos como de tinieblas palpables todo ese periodo. Por de pronto, en ciertos ramos del saber humano hubo, bajo los últimos reinados de la dinastía austriaca, manifiesto progreso, según ha puesto fuera de duda el Sr. Cánovas, contestando en la Academia Española al discurso de recepción del Sr. Silvela. Aunque es largo el pasaje del Sr. Cánovas, lo inserto a continuación en interés de la causa que defiende, ya que las Memorias de la Academia Española, de donde le tomo, no son tan conocidas como merecen:

«Grave error sería deducir de los falsos principios y extraños ejemplos citados hoy por el Sr. Silvela, que fuera el decimotercero siglo, no ya a los fines o a la mitad, sino ni aún al comienzo, periodo de general decadencia de la cultura patria. Es ésta de aquellas cosas que se dicen más que se piensan, pasando tal vez de boca en boca por pereza de analizarlas. Porque la poesía lírica había ya caído del todo hacia la segunda mitad del siglo XVII, sin que el brillo de ésta ni el de la dramática pudiera renovarse en los dos primeros tercios del siguiente, se suele condenar de plano una época, por otros conceptos digna de honrada memoria en nuestros anales literarios. Sabido es por demás que el cultivo de las ciencias entonces conocidas de la erudición, de las lenguas, fue no menos asiduo que el de las bellas letras en los reinados de Carlos V y Felipe II; debiéndose, a no dudar, el maravilloso vuelo que tomaron aquí a un tiempo todos los ramos de cultura el frecuentísimo trato que tenían a la sazón nuestros compatriotas con los pueblos más civilizados del mundo. Viose a los españoles durante el siglo XVI, aprender y enseñar en las sabias universidades de Francia o Flandes; rimar y construir estrofas en la ribera de Nápoles o las orillas del Po, al tiempo mismo que el Ariosto y el Tasso, estudiando a la par con ellos al Petrarca y al Boccaccio; predicar en Inglaterra la verdad católica a los mal convertidos súbditos de la reina María; disputar doctamente en Alemania, secundando con sus silogismos los golpes de la temida espada de Carlos V; plantear, profundizar, ilustrar en Trento las más complicadas cuestiones teológicas; contribuir más que nadie a extender el imperio de la filosofía escolástica, produciendo con arreglo a su método y principios, abundantes y preciados libros, no ya sólo de teología, sino de derecho natural y público, de jurisprudencia canónica y civil. Ni los estudios lingüísticos, ni los escriturarios, ni las matemáticas, ni la astronomía, ni la topografía, ni la geografía, ni la numismática, ni la historia en general, materias tan descuidadas más tarde, dejaron de florecer tampoco durante el periodo referido, con ser aquel mismo el que vio nacer, por causa de la oculta y amenazadora invasión del protestantismo, los mayores rigores de la censura real y eclesiástica en España. Pero desde los días de Felipe III hasta ya bien entrados los de Carlos II, la decadencia en todo género de estudios graves, eruditos y profundos fue luego rápida, palpable, total, precisamente a la hora misma que con rayos más altos resplandecía en nuestras letras la

inspiración dramática. Plena prueba es de este aserto una consulta, que poseo inédita, acerca de las personas que deberían acompañar a Inglaterra a la infanta María, presunta mujer del Príncipe de Gales, y en la cual el Consejo de Estado recomendó muy particularmente a Felipe IV, que comenzaba a reinar entonces, cierto jesuita escocés, «porque tenía (dice textualmente el documento citado) todos los estudios que allá estiman y acá no se usan, como son lenguas, controversias y matemáticas.» Hablando en secreto al Rey sobre asuntos de público interés, y siendo los que tal hablaban sabios ministros, no hay más remedio que prestar fe a esta mala noticia literaria. En el postrer reinado de la dinastía austriaca, los primeros diez y seis años del cual iluminó Calderón, como espléndida luz de ocaso, notose otra vez cierto calor en los buenos estudios, comenzando por los históricos, cuyas excelencias ya había celebrado, mejor que nadie, Fr. Jerónimo de San Josef en su conocida obra intitulada El genio de la historia, y continuando por los de lenguas y controversias, erudición y crítica, derecho civil y canónico, cual se echa de ver en las obras insignes de D. Nicolás Antonio, Ramos del Manzano, D. Juan Lucas Cortés, el Arcediano Dormer y el Marqués de Mondéjar, predecesores o maestros de Macanaz, Ferreras, Berganza, Burriel, Flórez, Mayans, Velázquez y Pérez Bayer, útiles faros aún de la literatura nacional. El Santo Oficio, siempre inflexible con los judaizantes y moriscos, ni vigilaba, ni asustaba mucho realmente a las personas de calidad y fama en los días de Carlos II, porque el poder real, de donde tomaba fuerza, andaba tiempo hacía en manos flacas; y en el entretanto el espíritu de examen, dejando en paz por de pronto las cosas divinas, y ocultándose bajo el manto de las ciencias positivas, se abría fácil paso por todas partes, llegando a penetrar advertido hasta en la misma España. A tales causas se debió, en mi concepto, aquel inesperado renacimiento literario. Mas, sea cualquiera el origen del fenómeno, su realidad no puede negarse; y no será culpa mía, sino de la verdad estricta, que falte en esta ocasión también aquella rigurosa unidad o simetría, tan pretendida por algunos teóricos, y que tanto suele escasear en la sucesión verdadera de los hechos humanos.»

Tampoco hallo que en estudios económico-políticos retrogradásemos ni tuviésemos nada que envidiar a las naciones entonces más adelantadas: tal impresión, al menos, deja en mi ánimo la lectura de la Biblioteca de los economistas españoles, del Sr. Colmeiro. En jurisprudencia sospecho que no eran unos pigmeos, vg., Salgado, Ramos del Manzano y Fernández de Retes, cuyos libros alcanzaban crédito allende los Pirineos, y eran reimpressos en Holanda por Meerman. Y para no amontonar citas, ¿cuántos sabios ha producido la España contemporánea, con todas sus luces y libertades, dignos de ponerse al lado de Pedro de Valencia, Isaac Cardoso, Caramuel, y Nieremberg, o siquiera de Quevedo y Saavedra? Pues ¿qué diremos del siglo XVIII? Sírvase usted citarme, si desea que asienta a su opinión, una serie de escritores de época posterior que en calidad y número compitan con Tosca, Feijóo, Campomanes, Piquer, Pérez Bayer, el P. Ceballos, los autores de La España Sagrada, Ulloa, D. Jorge Juan, D. Juan Bautista Muñoz, Cavanillas, Jovellanos, Andrés, Serrano, Eximeno, Hervás y Panduro, los canónigos Castro y Martínez Marina, Capmany, etc., etc. ¿Puede reputarse aletargada la actividad científica en un siglo que tan esclarecidos varones produjo? Que fuese inferior a la del XVI, concedido; pero ¿negarla casi en absoluto?...

Aquello «del ingenioso procedimiento de añadir a ciertos nombres la terminación ismo, y de las listas de escritores, no muchos para dos siglos, y eso que no se olvida ninguno», téngolo por una broma hiperbólica de usted, nacida acaso de su continuo trato con los filósofos andaluces, pues no puedo suponerle lector tan ligero de las cartas del Sr. Menéndez Pelayo y de la mía, que no haya advertido que en ellas sólo suena un ismo de nuestra invención, el vivismo, sobradamente justificado, y amén de esto, no correspondiente a los siglos XVII y XVIII, ni figurármele tan ayuno de noticias

bibliográficas, que desconozca que dicho amigo y yo, lejos de apurar la materia, hemos omitido centenares de autores, entre ellos algunos que, si hoy vivieran, tal vez pasasen por de primer orden.

Cuanto a las causas de la decadencia en cuestión, usted sigue considerando como la principal, si no única, la tiranía del Santo Oficio; yo, a mi vez, persisto en creer que no fue la única ni la más eficaz, digan lo que quieran Montalembert y otros escritores. Los argumentos expuestos en pro de esta opinión no han sido invalidados, ni se ha intentado siquiera contestarlos, y paréceme innecesario repetirlos.

Sobre mi modo de pensar en orden a la filosofía moderna, o a la que tal se denomina, aunque en el fondo sea tan añeja como las que pasan por rancias, diré a usted que únicamente la rechazo en lo que tiene de incompatible con el Credo católico. Fuera de esto, entiendo que podrán extraerse de ella, como en otros tiempos se extrajeron de la ateniense y de la alejandrina, materiales para ampliar y perfeccionar el edificio de la española. No me permiten más laxitud respecto al particular mis convicciones religiosas.

Por lo tocante a «la absolución que otorgo a ciertas formas de discusión», seame lícito observar que en el caso de que se trata no hubo ni aún asomo de ofensa verdadera, sino vivezas y frases irónicas, que podrán menoscabar un tanto, cuando más, el crédito científico o literario, nunca declarado inviolable, pero de ningún modo el honor y reputación moral del adversario, que es lo único que constituiría pecado grave. ¿No están haciendo continuamente lo mismo, sin que nadie se escandalice, no ya los críticos de gacetilla, sino los más encopetados de las revistas contemporáneas? Y si al propio tiempo, como la equidad exige, tenemos en cuenta la holgura y franqueza propias del género epistolar, el calor de la improvisación y de la controversia, la índole de las negaciones contrarias, y más aún la pertinacia en sostenerlas sin oponer pruebas a pruebas, que todo esto contribuye a encender el ánimo y a desatar la pluma sin que lo advierta el que la maneja, ¿a qué queda reducida la culpa por cuya absolución usted amigablemente me censura?

Deseándole prosperidades, es de usted siempre apasionado amigo,  
GUMERSINDO LAVERDE.

Lugo, 9 de Noviembre de 1876.

#### Nota final

Esta carta de mi amigo Laverde puede servir de cumplida respuesta, no sólo a la del Sr. Azcárate (que tuvo buen cuidado de no mentarme en la suya, él sabrá por duda por desprecio de sectario), sino a lo que apunta D. Luis Vidart en unos artículos sobre la Historia Literaria de España, insertos en la Revista Contemporánea. El Sr. Vidart, que ha escrito un libro sobre la filosofía española, no incurre ni podía incurrir en tan enormes yerros como otros racionalistas llamando, vg. como el Sr. Azcárate, siglo de absoluta nulidad científica al siglo en que un español, jesuita por añadidura, creó la Filología Comparada. Tales cosas se quedan para los krausistas, y el Sr. Vidart a estas fechas ya no lo es. Pero con todo eso tiene por irrefutable el argumento del Sr. Azcárate, de «que sin duda debió interrumpirse el movimiento a fines del siglo XVI, porque si así no fuese, ahora no ignoraríamos nuestro pasado científico.» A lo cual responderé con dos o tres proposiciones, para no repetir cosas ya dichas.

1.º Que a fines del siglo XVII no estaba ignorado el movimiento, puesto que nuestros escolásticos no se cansaban de leer y citar a los escolásticos del siglo XVI, y otro tanto hacían los filósofos independientes, como el judaizante Isaac Cardoso, que tenía una erudición estupenda en materia de filosofía española, no habiendo pensador nuestro

cuyas obras no hubiese leído y no aprovechara en su *Philosophia Libera*, impresa en 1673. Y no digamos nada de Caramuel, de Aguirre y de otros filósofos de entonces; sin que la intolerancia religiosa perdiera el tiempo en ahogar el recuerdo de nuestra pasada gloria científica. Lo que digo de los filósofos y teólogos es aplicable a los economistas y políticos, a los humanistas, a los eruditos como Nicolás Antonio y D. Juan Lucas Cortés, y hasta a los matemáticos como Hugo de Omerique.

2.º Que tampoco se cortó la tradición en el siglo XVII y nos lo prueban, entre otros ejemplos, Feijóo, aprovechando doctrinas de Vives sobre la Reforma de los Estudios; el P. Tosca, continuando la serie de nuestros atomistas; Martín Martínez, reimprimiendo la Nueva Filosofía de doña Oliva; Mayans, sacando a luz innumerables obras de sabios españoles, principalmente todas las de Vives; un editor de Madrid reimprimiendo la Antoniana Margarita, y otro de Granada, el Examen de ingenios; Hervás, utilizando los trabajos lingüísticos de nuestros misioneros, y Piquer, Forner, Lampillas, Andrés y Cerdá y Rico, con sus citas, apologías y reimpressiones de todas clases.

3.º Que el olvido y desprecio de nuestra tradición científica se inicia en los últimos años del siglo XVIII, y es debido exclusivamente al enciclopedismo y al espíritu francés, que no podían menos de condenar y tener en poco una cultura católica e indígena.

4.º Que a extender este desprecio y esta ignorancia han contribuido en lo que va de siglo las gárrulas declamaciones de los políticos, la extinción de las comunidades religiosas, conservadoras de la tradición antigua; las mal nacidas reformas y planes de estudios, el olvido de la lengua latina, la vandálica destrucción de muchas bibliotecas, la pereza intelectual y falta de seriedad científica que nos corroe, y finalmente, el énfasis germanesco de esos señores que se jactan de ignorar nuestras cosas (como si ninguna clase de ignorancia fuera mérito), y traen su propia insipiente por prueba de su dicho, como si las cuestiones históricas se resolviesen con un trabalengua o un sofisma.

Tenía, pues, razón el Sr. Azcárate en afirmar que «la vida intelectual en España debió interrumpirse durante largo tiempo», sólo que este largo tiempo comienza por los años de 1790 (plus minusve) y continúa en el presente, sin que se vean trazas de remedio, como que la decadencia intelectual de España, lejos de coincidir exactamente (como el Sr. Vidart dice) con la unidad católica fundada y sostenida por el Tribunal de la Fe (¡es decir, con el tiempo de los Reyes Católicos!) coincide, con exactitud matemática, con la corte volteriana de Carlos IV, con las constituyentes de Cádiz, con los acordes del himno de Riego, con la desamortización de Mendizábal, con la quema de los conventos y las palizas a los clérigos, con la fundación del Ateneo de Madrid, y con el viaje de Sanz del Río a Alemania.

Y bueno será advertir, a propósito de nuestra decantada intolerancia, que habiendo dominado los españoles por cerca de tres siglos en Italia, hizo la suerte que del españolísimo reino de Nápoles saliesen los más audaces pensadores de la península itálica: Giordano Bruno (a quien quemó la Inquisición de Roma, pero no la nuestra), Telesio, Campanella, Vanini (ajusticiado en Francia), y, finalmente, Juan B. Vico, Qui potest capere, capiat. ¡Qué maña nos dábamos los españoles para matar la luz de la ciencia!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

